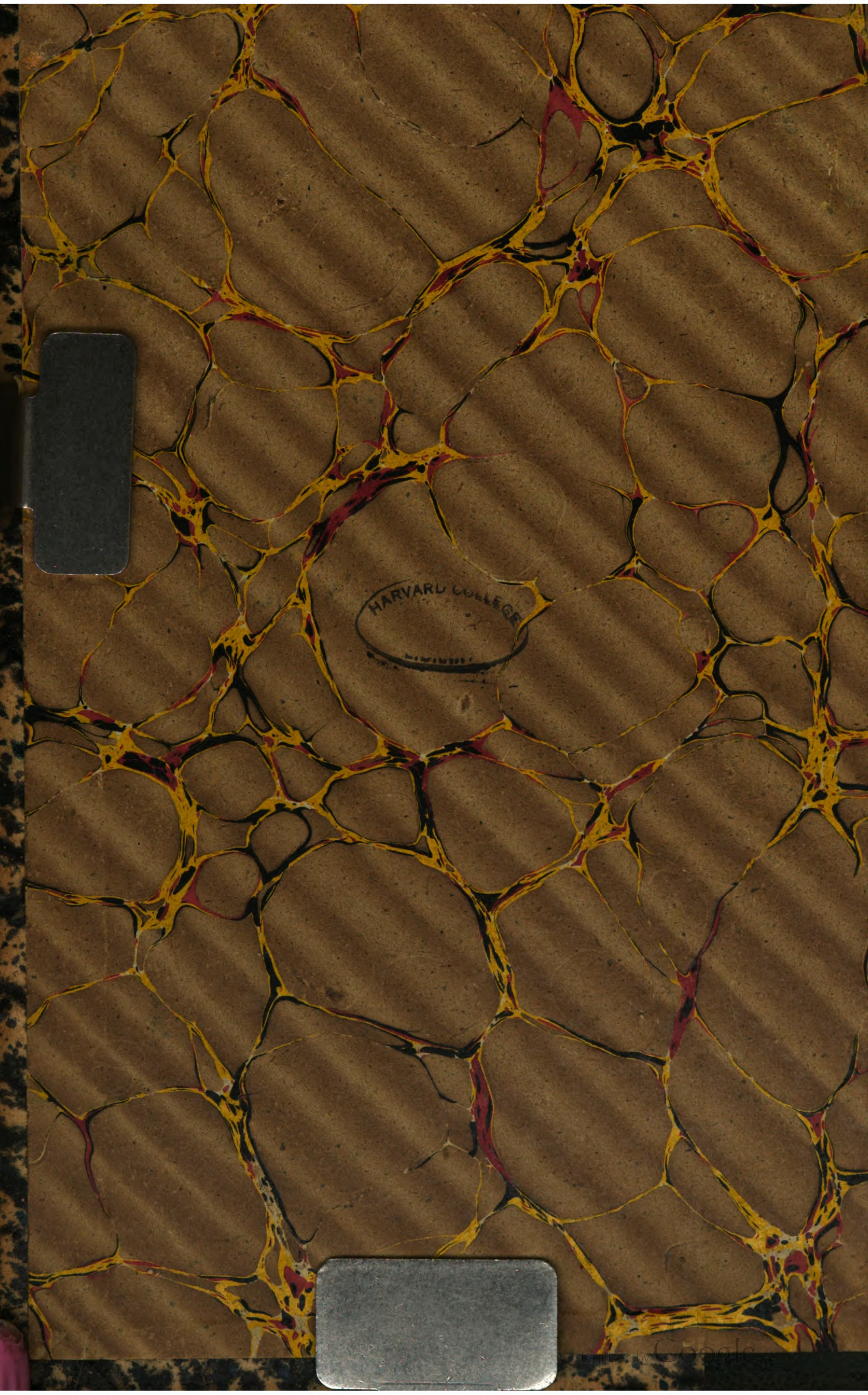
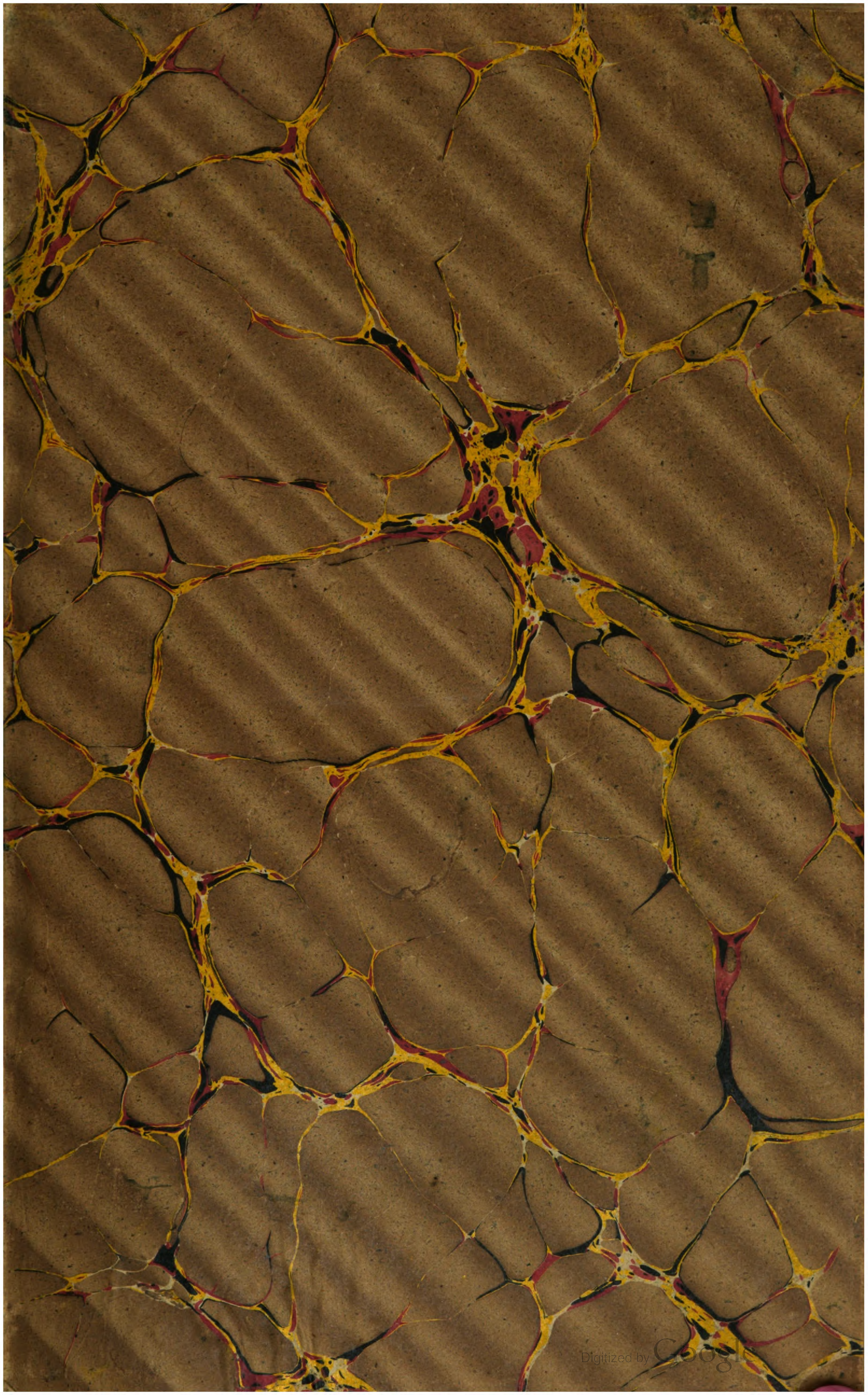



HARVARD COLLEGE



HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MEXICO

POR

W. H. PRESCOTT

NUEVA EDICION

TOMO II

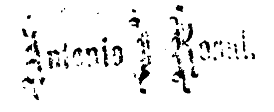




PARIS

1878.





LIBRO QUINTO.

Salida de México.

CAPITULO I.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES. — APRIETOS DEL EJERCITO. — PIRAMIDES DE TEOTIHUACAN. — GRAN BATALLA DE OTUMBA.

(1520.)

Los mexicanos permanecieron la mayor parte del dia siguiente á la salida de los españoles, quietos en la capital, ocupados en limpiar las calles de los cadáveres cuya corrupcion podria haber originado una peste. Tambien se emplearon en tributar los honores fúnebres á los guerreros muertos en aquella jornada, sacrificando á los míseros prisioneros, los cuales al ver su triste destino, de buena voluntad lo habrian trocado por el de aquellos que dejaron sus huesos en el campo de batalla. Gran fortuna fué esta para los españoles, pues así tuvieron tiempo de respirar; pero Cortés conoció que no debia contar con que aquella inaccion durara mucho tiempo, y ademas, previendo cuán importante era burlar la vigilancia de su enemigo, dió órden á las tropas de que se alistasen para proseguir la marcha. Dejaron encendidas las luminarias para engañar mejor á los enemigos, y á la hora señalada, sin tocar tambores ni clarines, pero con las fuerzas algo restauradas, dejaron los españoles el teocalli en cuyo recinto habian encontrado tanto refrigerio. En aquel lugar hay hoy un templo dedicado á la Vírgen bajo la advocacion de

Nuestra Señora de los Remedios, cuya milagrosa Imágen se dice ser la misma que trajeron los compañeros de Cortés (1). El viajero al pasar en aquel santo recinto no puede dejar de recordar, que allí es donde encontraron asilo los conquistadores, en el momento de su mayor desgracia (2).

Dispúsose que los enfermos y heridos fuesen llevados en el centro, ya en literas, ya en hombros de los tamanes; miéntras que los que tuviesen fuerza bastante para tenerse en la silla, montarian á la grupa de los jinetes. Los soldados útiles ocupaban el frente, la retaguardia y los flancos, y proporcionaban de esta suerte á los inválidos la mayor seguridad posible.

El ejército en retirada anduvo parte del camino sin que lo molestasen, pues lo favorecia la oscuridad; pero luego que comenzó á despuntar el dia divisaron partidas de indios que ocupaban las alturas y que se movian á su retaguardia, como enjambres de langosta. No pertenecian á la capital, sino á las provincias inmediatas, donde ya se sabía la derrota de los españoles. El mágico encanto de que hasta entónces habian estado revestidos los blancos, se habia disipado: estaba visto que los temidos *teules* ó dioses no eran invencibles (3).

(1) Lorenzana, pág. XIII.

(2) A lo que entiendo, el último ejemplo que se conoce de la interposicion de esta Imágen en favor de la metrópoli, es el del año de 1833 en que fué llevada á México para que lo libertase del Cólera-Morbo. Pero la Imágen no quiso pasar la noche en la ciudad y se volvió á su santuario donde la encontraron al dia siguiente, toda salpicada de lodo que probaba que habia andado algunas leguas por entre el cieno. (Latrobe, Viaje á México, carta 5.) †

† Acaso sería justa la manera invectiva que antecede, si esa creencia fuera popular; pero tan absurda historieta no ha existido mas que en la mente de M. Latrobe. Nadie la ha creido ni la ha podido creer, pues por muy atrasados que estemos en civilizacion, no lo estamos tanto que pudiese tener acogida, ni áun en el vulgo, una patraña semejante. Hemos creido no deber dejarla sin refutacion por redundar en mengua de la ilustracion de nuestra patria. — N. del T.

(3) Epíteto que les daban ordinariamente los mexicanos á los españoles, y que ellos traducian correctamente ó no, por « dioses ó séres divinos. » Hist. de la Conq., cap. 48, et alibi.) Una estancia de Ercilla prueba que entre los indios del Sur América era igualmente popular esta creencia.

« Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos
Y todos sus flaquezas entendieron.

Los españoles, guiados por sus aliados los tlaxcaltecas tomaron un camino algo largo, hácia el Norte, pasaron por Quauhtitlan y rodearon por la laguna de Tzompanco (Zumpango), prolongando un poco su marcha; pero alejándose de la capital. Al pasar por la base de los cerros, les arrojaban los indios pesadas piedras y nubes de saetas; y áun hubo algunos bastante osados para bajar á la llanura y atacar las extremidades de la columna; pero la caballería les daba luego una carga y les obligaba á refugiarse en los cerros, donde lo quebrado del terreno no permitia á los jinetes perseguirles; ademas de que los españoles tampoco lo intentaban, pues su objeto era huir mas bien que pelear.

De esta suerte siguieron caminando, muy poco á poco, haciendo alto en los parajes en que les importunaban demasiado los indios, y muy hostigados y molestados por los incesantes ataques de estos y por los proyectiles que recibian. De noche se guarecian por lo comun los españoles en alguna ciudad ó aldea, cuyos habitantes al saber que aquellos se acercaban, se salian llevándose consigo todos los víveres, así es que el ejército empezó á padecer las mayores escaseces. Su principal alimento eran las cerezas que recogian en los bosques ó á las orillas del camino, teniéndose por dichosos cuando encontraban algunas semillas y granos. Las mas veces no hallaban mas que paja y otros regalos igualmente ingratos, é inútiles para satisfacer el hambre. Cuando por casualidad moria algun caballo, era dia de banquete, y Cortés recuerda el hecho de que él y otros tuvieron un suntuoso festin un dia que devoraron un caballo sin dejar ni siquiera la piel (1).

Los soldados, extenuados por el hambre y el cansancio caian desmayados en el camino. Otros, sin fuerzas para andar al par de sus compañeros, se quedaban atras y caian en manos de los indios que venian detras del ejército, semejantes á buitres hambrientos, impacientes por abalanzarse sobre los muertos y los moribundos. Otros que por el con-

Viéndolos á miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados,
Al verse por mortales conquistados.»
Araucana, part. 1, cant. II.

(1) Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 147.
El hambre les abrió el apetito de manera que les pareció la carne del caballo tan de buen gusto como los famosos sobre asados de Nápoles, los gentiles cabritos de Avila y las sabrosas terneras de Zaragoza. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

trario se adelantaban demasiado en busca de alimento, corrian la misma suerte. El número de los que morian de esta manera, y la consideracion del cruel destino que les esperaba, obligó á Cortés á ordenar la mas estricta disciplina y á prohibir que nadie se separase del grueso del ejército, bajo penas mas severas que las que hasta entónces habia impuesto. Pero todo fué inútil; tal era la indiferencia con que les hacia ver el peligro, la ponderosa calamidad que en aquel momento les agobiaba.

Sus prolongados padecimientos hicieron que los soldados empezasen á ver con indiferencia áun aquellas mismas cosas por las que ántes habian aventurado la vida. Hubo mas de uno, que habiendo sacado salvo su tesoro de los peligros de la noche triste, lo abandonase por serle gravoso ; recogiendo alborozado el indio rústico, los brillantes fragmentos del rico botin de la capital (1).

Durante estos dias penosos, mostró Cortés su serenidad y fortaleza acostumbradas. Hallábasele siempre en el lugar del peligro ; trabando repentinamente con el enemigo encuentros, en uno de los cuales recibió en la cabeza una grave herida que despues le hizo padecer mucho (2). Sufria tanto como el ínfimo soldado, y procuraba alentarlos á todos con el consejo y con el ejemplo, y diciéndoles que llevasen con paciencia aquellos padecimientos que ya iban á terminar, pues estaban para llegar á la hospitalaria « tierra del pan » (3). Ayudábanle en todo esto sus fieles oficiales, y el comun de los soldados, mayormente los primeros veteranos, soportaron los trabajos con la inaudita paciencia y constancia características de la nacion española, y justificaron la vanagloria de un antiguo cronista español que dice : « empero la nacion nuestra española, sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos » (4). Igual fortaleza mostraron los tlaxcaltecas, quienes por otra parte estaban criados en una escuela en que se habian acostumbrado á la fatiga y á las privaciones. Aunque algunas veces, sucumbiendo al hambre, se tiraban en el camino, implorando á sus dioses para que no les abandona-

(1) Herrera menciona un soldado que consiguió reunir 3.000 « castellanos de oro, » y que los arrojó despues al lago, por consejo de Cortés. « Qué el diablo se lleve vuestro oro, le dijo, si ha de costaros la vida. » Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

(2) Gomara, Crónica, cap. 110.

(3) Esto significaba la palabra Tlaxcallan, y se llamaba así aquella tierra por la abundancia de maíz que se producia en ella. Boturini, Idea, pág. 78.

(4) Gomara, Crónica, cap. 110.

sen, cumplieron sus deberes como guerreros, y léjos de que las desventuras de los españoles les resfriasen, por el contrario, parece que les unia mas estrechamente con ellos, el temor del peligro comun que les amenazaba.

Al séptimo dia llegó el ejército á las montañas que dominan el valle de Otompan (Otumba), así llamado del nombre de una ciudad india, hoy pueblo, que está situado en él. Dista de la capital solo nueve leguas; pero los españoles habian andado tres tantos mas, á causa de los rodeos indispensables para tomar la orilla de los lagos. Caminaban con tanta lentitud, que habian empleado una semana; dos de cuyas noches las pasaron en el mismo lugar, por necesitar de descanso : así, hasta el 7 de Julio no llegaron á las alturas que dominan el dilatado valle que va á perderse en el territorio de Tlaxcallan, y que están frente por frente de las venerables pirámides de Teotihuacan, dos de los monumentos mas notables de la civilizacion americana, á lo ménos de los que hay al Norte del Istmo. En todo el dia anterior habian estado viendo partidas de enemigos que recorrian las montañas, blandian sus armas y con acento vengativo les gritaban á los españoles : « Apresuraos, que pronto os encontrarémos donde no podais huir de nosotros; » palabras de significacion misteriosa, cuya explicacion iban á saber al dia siguiente (1).

Los monumentos de S. Juan Teotihuacan, son probablemente, con excepcion de las pirámides de Chololan, los restos mas antiguos que existen en el suelo mexicano. Segun las tradiciones de los aztecas ya las encontraron allí cuando vinieron á establecerse en el país. Entónces Toetihuacan (cuyo nombre quiere decir, « *habitacion de los dioses*), » que hoy es una aldea miserable, era una ciudad floreciente, rival de Tula, la gran capital tolteca (2). Las dos pirámides principales estaban dedicadas la una á *Tonatíuh*, el sol, y la otra á *Meztli*, la luna. La primera que es considerablemente mayor que la otra, se ha encontrado tener 682 piés de lado en su base, y 180 piés de altura; dimensiones no

(1) Por lo concerniente á las páginas anteriores, consúltese á Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Bernal Diaz, cap. 123. Oviedo, Hist, de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13. Gomara, *ubi supra.* Ixtlilxochitl. Hist. Chich., MS., cap. 89. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 6. Relac. Seg. de Cortés, págs. 147, 148. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, caps. 25, 26.

(2) « Su nombre, que quiere decir « habitacion de los dioses » y que ya por estos tiempos era habitacion tan famosa que no solo competia, pero excedia con muchas ventajas á la córte de Tollan. » Veytia, Hist. Antig., tom. I, pág. 27.

inferiores á las de algunos de los monumentos famosos de esta misma clase, que hay en el Egipto (1). Estaba dividida en cuatro tramos, de los que hoy todavía se ven tres, pues las gradas que separaban al uno del otro, han sido destruidas por el tiempo. Mas este las ha maltratado de tal suerte y hasta tal punto ha acabado con los materiales, la maléfica vegetacion que con manto de rosas encubre sus estragos; que apénas se puede distinguir á primera vista la forma piramidal del monumento (2). Se asemejan tanto las enormes masas á las montañas del Norte-América, que algunos han creido que aquellas no son mas que eminencias naturales, perfeccionadas por la mano del hombre y adornados con terrados y gradas cuyas ruinas áun cubren su falda. Pero otros, no encontrando ejemplo de eminencias semejantes, en las anchurosas llanuras en que descansan las pirámides, infieren con mucha mas probabilidad, que todas ellas son construidas artificialmente (3).

Su interior es de cal y guijarros, y la cara exterior una capa de esa piedra, *tetzontli*, de que hay gran abundancia en las canteras inmediatas. Sobre todo esto hay una costra de estuco, de color rojizo, como el que cubre las ruinas del Palenque. Segun una tradicion están huecas; pero hasta hoy han sido infructuosas todas las tentativas hechas por descubrir la cavidad de la dedicada al sol. En la otra, se ha encontrado un agujero en la cara meridional, á los dos tercios de su altura. Dicho agujero forma una galería estrecha que penetra hasta la distancia de algunas varas y que termina en dos socavones. El mas ancho tenia 15 piés de profundidad (4), y sus paredes estaban cubiertas de ladrillos

(1) La pirámide de Myserinos tiene solo 280 piés de base y 126 de altura. La gran pirámide de Cheops, tiene 728 de base y 448 de altura. V. Donon, Egipto ilustrado (London 1825, pág. 9.)

(2) « Para descubrir que son pirámides, dice Tudor, se necesita estar colocado en cierta situacion y tener una poca de fe, » (Vuelta por Norte América, vol. II, p 277.) Con todo, M. Bullock dice: « la figura de la base es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto. » (Seis meses en México, vol. II, cap. 26). Ambos son testigos de vista, ¿á quién de los dos se debe creer? El historiador no debe cansarse de repetir aquellas palabras de una antigua copla francesa:

« Si com je l'ai trové escrite,
Vos conterai la vérité. »

(3) Tal es la opinion de M. Humboldt. (Essai politique, tom. II, págs. 76, 80.) El ha discutido tambien este punto interesante, en otra de sus obras: Vistas de las Cordilleras, pág. 25 y siguientes.

(4) Latrobe trae la descripcion de esta cavidad en la cual penetraron él y sus compañeros de viaje. Viaje á México, carta 7ª.

crudos; pero no se puede conocer á qué objeto estaba destinado; acaso sería á encerrar las cenizas de algun magnate poderoso, como sucedia con el solitario nicho que se encontró en la gran pirámide de Egipto. En lo que no cabe duda es, en que estos monumentos estaban dedicados á usos religiosos; y sería muy conforme á las costumbres del antiguo continente occidental, que sirviese á la vez de tumbas y de templos (1).

En la cumbre de la mas pequeña de las pirámides se ven señales de esto último, pues hay ruinas de un edificio sólido y espacioso de piedra (2); pero no las hay en la cumbre del templo mayor. Sin embargo, el viajero que quiera tomarse el trabajo de subir á su escarpada cima, quedará indemnizado de su trabajo con la magnífica perspectiva que desde allí se goza. Hácia el S. E. se vé la tierra de Tlaxcallan, rodeada de sus verdes y dorados campos de trigo, en medio de los cuales se levanta un pueblecillo, en otro tiempo capital de la república tlaxcalteca. Un poco mas allá, al Sur, recorre la vista las hermosas llanuras que rodean á la ciudad de la Puebla de los Angeles, fundada por los españoles y que en el esplendor de sus templos es digna de rivalizar con las mas famosas capitales de Europa. Allá en el lejano occidente se divisa el valle de México, que se extiende como un mapa, con sus lagos ya disminuidos y su régia capital que se ha levantado aún mas gloriosa de sus antiguas ruinas, y que está ceñida por una cintura de umbríos collados cubiertos de cipreses.

La cumbre del templo mas grande dicen que estaba coronada por un templo en el cual habia una colosal imágen de la deidad patrona, el sol, hecha de piedra y de una sola pieza, y que miraba hácia el Oriente. Su pecho estaba cubierto de una lámina bruñida de oro y plata en la cual se reflejaban los primeros rayos del sol levante (3). Un anticuario del siglo pasado dice haber visto algunos fragmentos de la estatua que áun existia entera cuando entraron los españoles en el país; pero que fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano destruc-

(1) « Et tot templa deum Romæ quot in urbi sepulchra
Heroum numerare licet; quos fabula manes
Nobilitat, noster populus veneratus adorat. »
Prudentius, Contra Sym, lib. I.

(2) Estas dimensiones son las que trae Bullock: (vol. II, cap. 26) el cual ha solido ver lo que escapa á las miradas de otros viajeros.

(3) Tal es la noticia que da el caballero Boturini. Idea, págs. 42, 43.

tora fué mas fatal que la del tiempo mismo, para los monumentos aztecas (1).

Alrededor de las grandes pirámides habia otras muchas pequeñas, que rara vez llegaban á la altura de 30 piés y que segun cuentan estaban dedicadas á las estrellas y servian de sepulcro á los grandes de la nacion. La llanura en que se levantaban se llamaba *Micoatl* ó « paso de los muertos. » El labrador cuando remueve la tierra con el arado, todavía encuentra haces de saetas y láminas de obsidiana que demuestran la índole belicosa de la poblacion primitiva (2).

¡Qué tropel de pensamientos se agolpan á la mente del viajero que pasa por enfrente de aquellos venerables memoriales de la antigüedad! ¡Tal vez está pisando las cenizas de las remotas generaciones que levantaron esos colosales monumentos que nos conducen desde lo presente hasta los mas oscuros senos de lo pasado! Pero, ¿cuáles fueron esas generaciones? ¿Serian los misteriosos Olmecas, cuya historia, como la de los antiguos titanes, está envuelta en las nieblas de la fábula? ¿O serian, como generalmente se cree, los pacíficos é industriosos Tultecas, cuya historia descansa sobre bases igualmente inseguras? ¿Qué ha sido de las razas que los edificaron? ¿Se quedaron en la tierra y se mezclaron y confundieron con los feroces aztecas que luego entraron en ella? ¿ó pasaron al Sur y allí encontraron vasto campo donde diseminar su civilizacion de la que dan tan elevada idea los restos que se encuentran en Centro-América y Yucatán? Todo es un misterio sobre el cual ha echado el tiempo un velo impenetrable que no es dado á la mano del hombre, descorrer. ¡Por allí pasó una nacion poderosa, populosa, civilizada; pero pereció sin nombre! murió sin dejar señal ninguna de su existencia!

Sin embargo, parecia que estas conjeturas no ocupaban la mente de los conquistadores, pues no han dejado ni una sola línea relativa á aquellos monumentos cubiertos de canas por el tiempo; á pesar de que pasaron precisamente por enfrente de ellos, y acaso bajo su sombra misma. Pero los sufrimientos presentes no les permitian pensar en lo

(1) Tanto Ixtlilxochitl como Boturini que visitaron estos monumentos, el uno á principios del siglo XVII, y el otro á principios del XVIII, testifican haber visto los restos de la estatua. Sin embargo, ya habia desaparecido enteramente en 1757, en que Veytia visitó la pirámide. Hist. Antig., tomo I, cap. 26.

(2) « Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa inveniet scabra rubigine pila, » etc.
Georg., lib. I.

pasado; ademas de que la inesperada y peligrosa posicion en que se encontraron en aquel sitio, debe naturalmente haber apartado de su mente cualquiera otra idea, fuera de la de la preservacion.

Al comenzar á subir el ejército las montañas que dominan el valle de Otumba, vinieron los exploradores avanzados con la noticia de que del otro lado habia acampado un poderoso ejército que parecia estar en espera de que se aproximasen los españoles. Pronto vieron éstos confirmada la noticia por sus propios ojos, luego que doblaron la cresta de las montañas y descubrieron al pié de ellas, un magnífico ejército que ocupaba todo el valle; siendo tantas las cotas de algodon de los guerreros, que parecia estar el campo cubierto de nieve (1). Formábanle las tropas de las provincias de cerca de la capital, y principalmente las del populoso señorío de Tetzcoco, que se habian levantado á instancias de Cuitlahuatzin, el sucesor de Moteuczoma, y se habian reunido allí todas para disputar el paso á los españoles. Cada jefe principal estaba con los suyos bajo su bandera, y todos desplegaban orgullosamente la pompa y tosco esplendor de su equipo militar. En cuanto la vista podia alcanzar no se veia otra cosa mas que banderas que ondeaban, escudos, yelmos de caprichosa figura, bosques de lanzas relucientes, los refulgentes petos de los soldados, todo en completa confusion, y moviéndose en grandes masas, semejantes á las oleadas del Océano embravecido (2). Espectáculo era aquel, capaz de desanimar al mas esforzado de los cristianos, causándoles aún mas desconsuelo el no poder llegar á la tierra hospitalaria que tenian á la vista y donde debia terminar su fatigoso viaje. Aun Cortés, al comparar aquel tremendo ejército que tenia á la vista, con sus propios tercios, extenuados por la enfermedad, el hambre y el cansancio, llegó á creer tambien que habia llegado su última hora (3).

Pero su corazon no decayó, y léjos de esto sacó fuerzas de lo afligido de su situacion. No tenia que vacilar, porque tampoco le quedaba partido que elegir: no podia huir, no podia retirarse á la capital de donde

(1) « Y como iban vestidos de blanco, parecia el campo nevado. » Herrera, Hist. General, dec, 2, lib. 10, cap. 13.

(2) « Vistosa confusion, » dice Solis, « de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores, » (Conq , lib. 4, cap. 20.) Su descripcion descubre la mano de un gran artista, como ciertamente lo era. Pero no debiera haber puesto en manos de sus compatriotas armas de fuego, que no tuvieron en aquella vez.

(3) « Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias. » Relac. Seg., pág. 148.

habia sido expulsado : debia, pues, avanzar, vencer á su enemigo, ó perecer. Aparejóse al instante para el combate, formó sus tropas en batalla, dándoles el mayor frente posible y protegiendo sus flancos con los únicos veinte jinetes que le habian quedado. Afortunadamente, no habia permitido á los inválidos que subiesen á la grupa de los jinetes, con lo que los caballos no estaban muy estropeados. Finalmente, las tropas habian dormido dos noches en un mismo lugar, lo que les habia recuperado un poco, si bien por otra parte, habia dado tiempo al enemigo para reunir todas sus fuerzas.

Cortés previno á la caballería que arremetiera con las lanzas y que dirigiese los botes á la cara : á la infantería mandó que hiriese de filo y no de punta con sus espadas, y que procurase romper violentamente por entre los tercios aztecas; y á todos encargó que atacasen de preferencia á los oficiales y generales, porque conocia muy bien que de aquí dependia en gran parte el buen éxito del combate, pues la falta de subordinacion de los bárbaros les desconcertaba luego que se veian sujetos á otros jefes que los que habian acostumbrado obedecer.

Dirigió despues á las tropas unas cuantas palabras para animarlas, como acostumbraba hacerlo en vísperas de un combate. Recordóles las victorias que mil veces habian alcanzado en peleas tan desiguales como la que ahora iban á trabar ; y les inculcó la superioridad de la ciencia y de la disciplina sobre el simple número. Díjoles que no habia que tener en cuenta el número de los enemigos, si el brazo del Altísimo peleaba por los cristianos. Finalmente, les exhortaba á tener segura confianza en Aquel que les habia sacado incólumes de tantos peligros, y que no podia permitir que muriesen á manos de infieles los que peleaban en defensa de la fe. Su alocucion fué breve, porque en los ojos de los soldados miró pintaba esa resolucion decidida que hace inútiles las palabras. Animábales esa desesperacion extremada que vuelve á los débiles, fuertes, y á los cobardes, héroes. Así, despues de encomendarse fervorosamente á la proteccion de Cristo, la Vírgen y Santiago, condujo Cortés sus batallones, en derechura contra el enemigo (1).

(1) Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la conq., cap. 128. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 27.

Cortés pudo haber dicho á sus soldados como Napoleon dijo á los suyos cuando la famosa batalla de los mamelucos: « Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta

Solemne momento fué aquel en que los españoles bajaron las montañas con paso firme y continente sereno, y entraron en las llanuras para ser envueltos, á lo que parecia, por las inmensas oleadas de sus enemigos. Estos les salieron al encuentro con ímpetu, haciendo resonar la montañas con penetrantes aullidos y arrojando nubes de saetas y piedras que por un instante oscurecieron la luz del sol. Pero luego que se chocaron uno y otro ejército, se conoció la superioridad de los cristianos, pues sus adversarios retrocedieron, y fueron puestos en el mayor desórden por la caballería; haciéndoles daño su misma multitud, porque las filas de dentro les empujaban hácia adelante, al mismo tiempo que la caballería enemiga les rechazaba. Venia tras ella la infantería, á la cual dejaron un ancho campo los indios, que parece como que deseaban dejarla penetrar. Pero aquella retirada era para volver con mayor ímpetu á la carga sobre los cristianos, que reducidos á un puñado se vieron de repente envueltos por todas partes; y sin embargo, defendidos por sus largas espadas se mantuvieron firmes, como un islote; (para usar de la frase de un contemporáneo, (1) contra el cual se estrellan en vano las mugientes olas que por todas partes lo combaten. La pugna de hombre á hombre era formidable. Los tlaxcaltecas y los españoles sacaron nuevas fuerzas; los unos porque peleaban casi á la vista de sus montañas natales, y los otros, porque recordaban los horrores del sacrificio, que era la suerte de los cautivos. La caballería llenó cumplidamente su deber en aquel dia: en grupos de cuatro ó cinco cargaba y se introducia entre las filas enemigas y las dispersaba, y de esta manera daba á la infantería tiempo de recobrar su brío y su ímpetu. No quedó una sola lanza sin teñirse en sangre de infieles; pero entre todos se distinguió en aquel dia, el jóven Sandoval, que hizo proezas de temerario valor. Montado en un corcel que manejaba con singular destreza, se precipitaba en el momento ménos pensado, en el punto donde mas reñida era la refriega, derribaba guerreros por todas partes, se regocijaba con el peligro, como si fuera su elemento natural (2).

siglos. » Pero la situacion de los españoles era demasiado séria para poder pensar en rasgos teatrales.

(1) Es la comparacion de que usa Sahagun. « Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes. » (Ibid, *ubi supra*.) El venerable misionero habia sabido las circunstancias de la batalla, por varios que estuvieron en ella.

(2) El retrato que traza del guerrero Tucapel el poeta épico Ercilla, puede aplicarse sin violencia á Sandoval, cual pintan los cronistas españoles.

Pero todos aquellos hechos heróicos solo servian para engolfar á los españoles cada vez mas y mas en aquel mar de enemigos; siendo tan difícil abrirse paso por entre sus gruesos é interminables batallones, como abrírselo con la punta de las espadas por entre la montañas. Muchos tlaxcaltecas y varios españoles habian muerto, sin que hubiese ningun herido; Cortés mismo recibió otro nuevo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan destrozado, que tuvo que apearse de él y que tomar uno de los del bagaje, caballo fuerte y que le llevó en toda la jornada (1). La batalla habia durado muchas horas: el sol habia llegado á la medianía de los cielos y calentaba las llanuras de Otompam con ardor insoportable. Los cristianos agobiados por el cansancio y debilitados por la pérdida de sangre, comenzaron á aflojar; miéntras que los enemigos que recibian á cada instante nuevos refuerzos, todavía peleaban con brio, y ademas, conociendo la debilidad de los españoles, redoblaban sus esfuerzos. Los caballos retrocedieron envueltos por el gentío de á pié; y los blancos, viendo que era inútil buscar un paso por las densas masas de indios que se habian agolpado á la retaguardia, comenzaron á entrar en algun desórden. El aspecto de la batalla iba dentro de breves momentos á volverse contra los cristianos: ya iba á decidirse de la suerte de aquella jornada, y todo parecia denotar que lo único que les quedaba era vender sus vidas lo mas caras que pudiesen.

En este momento crítico, Cortés cuyo ojo infatigable habia estado buscando inútilmente por el campo de batalla, un objeto que le ofreciese el medio de contener la ruina inminente de su ejército, apoyándose en los estribos logró divisar allá á lo léjos, y en medio de la multitud, á uno que por sus vestiduras y por su comitiva militar, le pareció ser el general que mandaba los ejércitos bárbaros. Cubria su pecho un visto-

« Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos, grita, en desigual batalla:
Con piedras, palo, flecha, lanza, dardo,
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera. »

Araucana, part. I, canto 8.

(1) Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13.
« Este caballo arriero, dice Camargo, « le sirvió en la Conquista de México, y en la última guerra se lo mataron. » Hist. de Tlaxcalan, MS.

sísimo peto de plumaje y ondeaba sobre su cabeza un penacho de hermosas plumas sobre un creston de oro y piedras preciosas; sobre su cabeza, atada á su espalda y entre los hombros se levantaba una astabandera dorada; que era el extraño distintivo que entre los aztecas denotaba al general. El cacique cuyo nombre era Cihuaca, venia en litera llevada en hombros de jóvenes que por su porte y vestido demostraban pertenecer á la flor de la nobleza india, y que cercaban la litera como para guardar la persona del cacique y el sagrado emblema que traia. No bien habia descubierto el ojo de águila de Cortés á aquel personaje, cuando su semblante brilló con el alborozo del triunfo: volvióse á los caballeros que le acompañaban, entre los cuales estaban Sandoval, Olid, Alvarado y Avila, y les dijo señalando al general indio: « Aquel es nuestro blanco; seguidme y ayudadme. » Arrojó su grito de guerra, y prendiendo las aceradas espuelas á su fatigado corcel, penetró por en medio del grueso enemigo. Los bárbaros retrocedieron sorprendidos y azorados por la impetuosidad del ataque: á los que no atravesaba con su lanza, los derribaba con su corcel: seguiánle los caballeros, que pasaron con la furia del huracan; hacian conmover las pesadas filas de su adversario; atropellaban en su paso con muertos y moribundos, y arrasaban con cuantos obstáculos se les oponian. En pocos momentos se encontraron en presencia del general indio. Cortés derribó á los que lo llevaban en hombros, acometió con la furia de un leon, le atravesó con su lanza y le dejó tendido en el suelo. Un jóven hidalgo, nombrado Juan Salamanca que habia permanecido al lado de Cortés, desmontó á toda prisa y acabó de despachar al indio moribundo: le quitó la bandera y la llevó á su general que es á quien pertenecia aquel glorioso trofeo (1). Todo esto fué obra de un momento. La guardia del jefe indio, sobrecogida por lo súbito del ataque, hizo poca resistencia, echó á huir y comunicó su pánico terror al resto del ejército. La noticia funesta cundió en breves instantes por todo el campo de batalla. Los indios llenos de consternacion ya solo pensaron en escapar. El número aumentaba la confusion y el ciego terror que les dominaba: atropellábanse ellos mismos al correr despavoridos, creyendo que á su espalda traian un enemigo (2).

(1) El emperador Cárlos V, permitió despues á este valiente hidalgo que usase este trofeo en su escudo de armas, en conmemoracion de aquella hazaña. Bernal Diaz, cap. 128.

(2) Todos los historiadores están contestes en alabar esta gloriosa proeza de Cortés, de

Los españoles y tlaxcaltecas no fueron omisos en recoger todo el fruto de aquel cambio feliz y maravilloso. El ansia de vengarse les hizo olvidarse de la fatiga, del hambre, de la sed, de las heridas. Persiguieron al fugitivo enemigo, dándole muerte á cada golpe y vengando con usura los desastres que habian padecido en los ensangrentados pantanos de México (1). El alcance duró mucho tiempo, hasta que habiendo abandonado enteramente el campo los indios, y estando saciados de matanza los españoles, se volvieron á él, á recoger los despojos de la batalla. Grandes fueron estos, pues el campo estaba cubierto de cadáveres de los jefes, á quienes habian apuntado de preferencia los soldados castellanos, conforme á la prevencion de su comandante. Aquellos cadáveres ostentaban toda la magnificencia que acostumbraban los guerreros aztecas en los dias de batalla (2). Luego que las tropas se habian indemnizado, hasta cierto punto, de las pasadas pérdidas, Cortés les reunió bajo las banderas, y despues de tributar gracias al Señor de los Ejércitos, por aquel triunfo milagroso, prosiguió su camino. El sol iba declinando en los cielos, por lo que ántes de que les envolviese la noche, procuraron llegar á un templo que estaba sobre una eminencia y allí encontraron cómodo y seguro alojamiento donde pasar la noche (3).

quien dice Gomara, que con solo su brazo salvó de la ruina al ejército entero. Crónica, cap. 110. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 27. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 13. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 89.

La breve y modesta noticia que el general da de la batalla, al emperador, forma un bello contraste con el estilo jactancioso de otros. « E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra. » Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 148.

(1) « Pues é nosotros, dice el intrépido capitan Diaz, « no nos dolian las heridas é ni teniamos hambre ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la victoria hiriendo y matando. Pues nuestros amigos los de Tlaxcallan estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. » Hist. de la Conq., loc. cit.

(2) Ibid, *ubi supra*.

(3) El beligerante apóstol Santiago vino como lo tenia de costumbre, en su caballo blanco, en ayuda de los españoles; suceso que ellos perpetuaron erigiéndole una capilla allí cerca. (Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.) Diaz, que en otras ocasiones habia dudado de su venida, la creyó indubitable ahora. (Ibid, *ubi supra*.) Segun el cronista tetzcocano, venia ayudado por la Santísima Vírgen y el Apóstol San Pedro. (Hist. Chich., MS., cap. 39.) Voltaire ha hecho la siguiente observacion, que es verdaderamente deli-



Tal fué la célebre batalla de Otompan ú Otumba, como por corruptela le llaman los españoles. Dióse el 8 de Junio de 1520. Los escritores castellanos regulan que la fuerza de los indios era de 200,000 hombres, y su pérdida de 20,000. Los que admitan lo primero no deben dudar lo segundo (1). Calcular exactamente el número de una multitud salvaje y desordenada es tan difícil como contar las arenas de la playa ó las hojas de otoño. Sin embargo, esta victoria fué una de las mas señaladas que se han alcanzado en el Nuevo-Mundo; no solo atendiendo á la desproporcion numérica de los dos ejércitos, sino á lo desigual de su condicion, pues los indios estaban en toda su fuerza, y los blancos extenuados por el cansancio, el hambre y los dilatados padecimientos, y carecian de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponia tanta pavura á los bárbaros ; careciendo tambien hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una confianza ciega en su jefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos, sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen éxito debe atribuirse á la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se habria perdido indefectiblemente, á no ser por la muerte del general indio: y aunque la eleccion de la víctima era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido á las manos á los españoles. Este es, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entónces propicia; de otra suerte, no habria sobrevivido ni un solo español para contar la sangrienta catástrofe de Otumba.

cada: « Los que han referido estos sucesos han querido engrandecerlos haciendo intervenir los milagros, con lo que, lo que hacen realmente es oscurecer la gloria de aquellos El verdadero milagro fué la conducta de Cortés. » Essai sur les mœurs, cap. 147.

(1) Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap 13. Oviedo, Hist. de las Ind , MS., lib. 33, cap. 47. Gomara, Crónica, cap. 110.

CAPITULO II.

LLEGAN A TLAXCALLAN.—SON ACOGIDOS AMISTOSAMENTE.—DESCONTENTO DEL EJERCITO. — CELOS DE LOS TLAXCALTECAS. — EMBAJADA DE MEXICO.

(1520.)

A la mañana siguiente dejó el ejército su campamento desde muy temprano: el enemigo no hizo tentativas para volver á emprender el ataque; una que otra partida de flecheros fué la que se presentó en la mañana á respetuosa distancia de los españoles, aunque algunas veces se acercaban á ellos lo bastante para molestarle con sus flechas.

En un terreno algo elevado descubrieron los españoles un manantial, presente algo raro en aquellas áridas regiones, y cuyo sitio recordaban con placer los españoles, por las frescas y copiosas aguas que en él habian encontrado (1). Un poco mas adelante descubrieron las toscas murallas que servian de baluarte y frontera á la república de Tlaxcallan. Los naturales de ella, arrojaron al divisarlas una exclamacion de regocijo, del que tambien participaron los españoles al verse cerca de una tierra hospitalaria y amiga.

Mas á este sentimiento siguióse otro de naturaleza muy diversa. Miéntras mas se acercaban á Tlaxcallan, mas les inquietaba el temor de la manera con que serian recibidos por un pueblo al cual traian luto y

(1) ¿Será la misma fuente de que hace Toribis honrosa mencion de su noticia topográfica del país? « Nace en Tlaxcallan una fuente grande á la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad : nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir « cabeza », y es así, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor rio de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula. » Hist. de las Ind., MS. parte 3, cap. 16.

desolacion, y que si estaba desfavorablemente dispuesto contra ellos, podia aprovecharse fácilmente de la angustiada situacion en que se encontraban. « El cual pensamiento, » dice Cortés, «nos puso en tanta afliccion, cuanta traiamos viniendo peleando con los de Colhua» (1). No obstante esto, el comandante hizo frente á la dificultad y animó á sus soldados á que confiasen en sus antiguos aliados, cuya pasada conducta era un garante de su futura fidelidad; sin embargo, les previno que puesto que estaban en un estado tan débil, cuidasen de no dar motivo alguno de queja ni de celos á sus engreidos y orgullosos aliados; pero ademas les encargó que estuviesen apercibidos por si era preciso abrirse paso por entre ellos, con fuertes corazones y brazos vigorosos (2). Agitados de estos temores digeron adios á los dominios aztecas y volvieron á pisar el suelo de la república.

El primer lugar en que se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, de cosa de doce ó quince mil habitantes (3). Esperábanles ansiosamente estos, y salieron á recibirles á alguna distancia de la ciudad invitándoles á que tomasen alojamiento en sus casas, y ofreciéndoles todos los auxilios que les dictaba su sencilla hospitalidad. Esta no fué con todo, tan desinteresada que no tuviesen los cristianos que dar en recompensa, parte del rico botin de la última batalla (4). Allí permanecieron dos ó tres dias, al cabo de los cuales, habiendo llegado á la capital de la república la noticia de su regreso, vinieron á recibirles el anciano cacique Maxixcatzin, que tan buen acogimiento les habia hecho desde su primera visita, y el jóven Xicotencatl, el guerrero que mandaba los ejércitos republicanos, cuando los sangrientos encuentros con los españoles. Maxixcatzin al abrazar á Cortés, le expresó todo el profundo sentimiento que

(1) « El cual pensamiento y sospecha nos puso en tanta afliccion, cuanta traiamos viniendo peleando con los de Colhua. » Relac. segund. de Cortés en Lorenzana, pág. 149.

(2) « Y mas diré que tenia esperanza en Dios que los hallaria mas buenos y leales, é que si otra cosa fuere, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercibidos. » Bernal Diaz, cap. 128.

(3) Llamado por Cortés, « Gualipan. » (Ibid, pág. 149.) Un azteca se habria visto en apuros para trazar el camino de los españoles segun los itinerarios de estos.

(4) Ibid, *ubi supra*. Sin embargo, Thoan Cano que era del ejército niega el hecho diciendo que los tlaxcaltecas les acogieron como á sus hijos y sin querer recibir ninguna recompensa. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11).

le inspiraban sus desgracias: díjole que era una hazaña maravillosa, haber resistido por tanto tiempo al poder confederado de todos los aztecas. « Nosotros,» añadió, « hemos hecho causa comun con vosotros: ambos tenemos agravios comunes que vengar; y ya en vuestra adversa fortuna, estad ciertos de que nos encontrareis vuestros fieles y leales amigos hasta la muerte.» (1).

Esta cordial protesta de amistad, hecha por uno de los que mayor influjo ejercian en la república, algo disipó los temores que agitaban el ánimo de Cortés: aceptó, pues, la invitacion que le habian hecho para que prosiguiese de una vez su marcha hasta la capital donde encontraria mayores comodidades para su ejército, que no en aquella villa fronteriza. Los enfermos y heridos fueron puestos en hamacas y llevados en hombros de los tamanes. Ya que iban llegando á la capital, salió á recibirles multitud de gentes que llenaban el aire con gritos de júbilo y con los rudos acentos de sus poco armoniosos instrumentos. Pero entre el júbilo general se escuchaban los ayes y lamentos de algunos desgraciados que buscaban impacientes entre las menguadas filas del ejército, á sus amigos y parientes, y que al no encontrarles, daban rienda suelta á lloros y sollozos que traspasaban el corazon hasta de los soldados mas despiadados. Entre aquella mezcla confusa de gritos de dolor y de placer, que es de lo que está tejida la vida humana, hizo su entrada en la capital de la república, el fatigado ejército de Cortés (2).

El general y su acompañamiento fueron alojados en el tosco pero espacioso palacio de Maxixcatzin; y el resto de las tropas se alojó en los términos del señorío del cacique. Allí permanecieron várias semanas, hasta que el esmero de los hospitalarios tlaxcaltecas y los remedios que su escasa ciencia quirúrgica les dictaba, les curaron de las heridas y les hicieron recobrarse de la extenuacion á que les habia reducido sus excesivos é imponderables padecimientos. Cortés fué uno de los que mas

(1) « Y para que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte. » Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 150.

(2) Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Bernal Diaz, *ubi supra*. « Sobrevinieron las mujeres tlaxcaltecas y todas puestas de luto y llorando adonde estaban los españoles: las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es ménos sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitan y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo, consolarles por medio de sus intérpretes. » Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 28.

sufrieron, pues perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda (1); fuera de que recibió dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó despues de tal manera con las fatigas mentales y corporales, que llegó á tener un aspecto alarmante : fué preciso sacarle un pedazo de cráneo (2), á resultas de lo cual sobrevino una fiebre, y el héroe que habia vencido tantos peligros y desafiado tantas veces la muerte, se vió tendido en cama, tan indefenso como un niño; pero al fin su excelente constitucion le hizo sobreponerse á la enfermedad, y llegó á recobrar su antigua actividad. Los españoles recompensaron los servicios de sus huéspedes partiendo con ellos, con política generosidad, los ricos despojos de la última batalla; y el comandante español gratificó á Maxixcatzin regalándole el trofeo que en ella habia quitado al general indio (3).

Pero ya que los españoles iban reparando su salud y sus fuerzas, merced al buen trato de sus aliados, y ya que iban recobrando la tranquilidad de espíritu y la confianza que les habian arrebatado sus últimos reveses, recibieron algunas nuevas que les probaban que su última desgracia no era la que habian sufrido en la capital de México. Al bajar de allí Cortés, cuando venia al encuentro de Narvaez, habia dejado á guardar en Tlaxcallan, cierta cantidad de oro que traia : añadíase á esto una suma considerable reunida por el malogrado Velazquez de Leon, en la expedicion que hizo á la costa, y finalmente, los tributos de algunas otras partes. A causa del alzamiento de la capital, juzgó el general al dirigirse á ella nuevamente, que era mas prudente dejar aquellas sumas bajo la custodia de algunos soldados inválidos, los que luego que se restableciesen debian ponerse en marcha y reunirse en México con el grueso del ejército. Despues llegó de Veracruz una partida de cinco

(1) « Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda. » Son las propias palabras de Cortés en su relacion al emperador (pág. 152.) Pero D. Thoan Cano, cuyas relaciones de familia le hacian tener tantas simpatías por los aztecas como por sus compatriotas, aseguró á Oviedo al oirle lamentar la desgracia del general, que podia excusar su sentimiento, pues Cortés tenia á la hora desta tantos dedos en su mano, como cuando salió de Castilla. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.) No podrá suceder que al decir « manco » quiso dar á entender, lisiado ó estropeado. »

(2) Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza ó porque no lo curaron bien sacándole los cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Gomara, Crónica, cap. 110.

(3) Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 13. Bernal Diaz, Ibid, *ubi supra*.

jinetes y cuarenta infantes, los que tomando bajo su costodia á los inválidos y el tesoro, emprendieron su marcha á la capital. Súpose ahora que esta partida habia sido derrotada y que el tesoro se habia perdido enteramente. Otros doce soldados que iban con el mismo destino habian sido asesinados en la provincia de Tepeaca; y á este tenor se recibia noticia continuamente, de algunos desgraciados castellanos, que fiados en el respeto que hasta entónces se habia guardado á sus compatriotas, é ignorando por otra parte, la catástrofe de la capital, habian sido víctimas del furor de los indios (1).

Estas funestas nuevas llenaron el ánimo de Cortés de temores por la suerte del destacamento de Villa Rica, último asilo de su esperanza. Envió al punto á esta plaza un mensajero de confianza; y tuvo la satisfaccion de recibir en contestacion una carta de aquel comandante, en que le participaba no solo que la colonia estaba salva, sino las amistosas relaciones en que habia entrado con los totonacas, pueblo de las inmediaciones. La mejor garantía de la fidelidad de estos aliados era el agravio indeleble que habian inferido á los mexicanos.

Al paso que los negocios de fuera tomaban este triste aspecto, el descontento del ejército ofrecia al general otro motivo no ménos serio de afliccion. Muchos de los soldados se habian imaginado que la espantosa catástrofe de la noche triste, pondria término á sus padecimientos, ó por lo ménos alejaria toda idea de volver por ahora á insistir en la conquista; pero vieron cuán distante estaba Cortés de pensar de esta suerte. Aun tendido en el lecho de dolor estaba revolviendo sin cesar en su mente nuevos planes para vengar su honor y recobrar los dominios que habia perdido, con menoscabo de otro dueño mas bien que de él mismo. Estos planes luego que entró en convalecencia quedaron de manifiesto, tanto por el arreglo que hizo del ejército, como por las órdenes que envió á Veracruz, pidiendo nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto ocasionó grande inquietud entre los descontentos, que en su mayor parte eran de los de Narvaez, quienes como hemos dicho, habian llevado la peor parte de la guerra. Muchos de ellos poseian

(1) Relac. Seg. *ubi supra*. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15. Herrera trae la siguiente inscripcion que se encontró grabada en la corteza de un árbol: « por aquí pasó Juan Juste con sus infelices compañeros, que estaban tan acosados por el hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo que pesaba ochocientos ducados, por unas cuantas tortillas de maíz. Hist. General, *ubi supra*.

tierras en las Islas, y solo habian entrado en la expedicion llevados de la codicia; pero no alcanzaron en México ni prez ni fama. Los pocos, comparativamente, que habian sobrevivido, no podian soportar sus actuales trabajos, suspiraban por volverse á sus ricas minas y alegres quintas de Cuba, y lamentaban amargamente el momento en que las habian dejado.

Viendo que el general hacia poco caso de sus quejas orales, resolvieron hacer por escrito una representacion en toda forma. Hacian ver lo temerario que era persistir en la empresa, encontrándose tan faltos de armas, de municiones y casi hasta de gente; y esto, para pelear con un enemigo pujantísimo y que era capaz de contar aún con mas recursos de los que habia desplegado ahora últimamente: pensar en esto era locura: intentarlo, era ir ellos mismos á la piedra de los sacrificios: el único partido que les quedaba era irse á Veracruz. Cada momento de tardanza era fatal: la guarnicion de esta plaza estaba próxima á sucumbir por la falta de fuerzas para resistir; con lo que quedaria destruida hasta la última esperanza: ademas que allí podian aguardar con mayor seguridad los refuerzos que llegasen de fuera; ó en un avento desgraciado escaparse fácilmente. Concluian insistiendo en que se les permitiese volverse al instante á Villa Rica. Esta peticion, ó mejor dicho protesta, estaba firmada por todos los descontentos y despues de autorizada por el notario real, le fué formalmente presentada á Cortés (1).

Aquel momento fué de prueba para él. Lo que mas le pudo fué ver en el encabezamiento del papel el nombre del secretario Duero, á cuyos buenos servicios debia el haber logrado el mando del ejército. Sin embargo, no por esto vaciló ni un momento en su propósito. Aunque los recursos de fuera se le escaseaban y aunque le abandonaban sus amigos, él se bastaba á sí mismo. Conocia que retirarse á Veracruz era abandonar la conquista: que una vez allí, el ejército encontraria pretextos y oportunidad para volverse á las islas: que todos sus planes de ambicion iban á quedar desbaratados: que iba á escapársele para siempre la codiciada presa que ya habia tenido entre las garras: que era, en fin, hombre perdido.

(1) Esto recuerda la representacion del mismo género que hicieron á Alexandro sus soldados, al llegar á Hystaspis; y que fué seguida, como era natural, de mejor éxito Alexandro iba por saciar su inextinguible sed de conquista; miéntras que Cortés trataba únicamente de no abandonar su comenzada obra: lo que en el uno era insensatez, era heroísmo en el otro.



En su famosa carta á Cárlos V, dice que reflexionando en su situacion, recordó entónces el antiguo adagio español que dice que «la fortuna ayuda á los audaces,» y que siendo cristiano confiaba en la infinita bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que pereciesen y quedase aquella tierra en poder de los infieles (1); que por lo tanto, resolvió no bajar á la costa y aventurarlo todo, retrocediendo y atacando de nuevo al enemigo en su misma capital.

En el mismo tono resuelto contestó á los descontentos. Recurrió á cuantos medios podian herir su honor caballeresco (2). Recordóles que no habia memoria de que el antiguo valor castellano hubiese cedido jamas á un enemigo : rogábales que no mancillasen aquellos hechos heróicos que habian hecho famosa á la España entre todas las naciones, y que no dejasen á medio acabar una empresa, para que luego viniese un atrevido y emprendedor á consumarla : preguntábales que ¿ cómo podian abandonar á sus aliados los tlaxcaltecas despues de haberles envuelto en la guerra, ni dejarles expuestos á la venganza de los aztecas ? decíales que caminar un solo paso hácia Villa Rica, era confesarse débiles y menguados : era desanimar á sus aliados y alentar á los enemigos : rogábales que recobrasen la confianza que ántes habian tenido en él, y que reflexionasen que si últimamente habian padecido reveses, habian tambien logrado todo y áun mas que todo lo que se prometian. Fácil era permanecer en aquella tierra hospitalaria hasta que llegando los refuerzos que estaban para venir, pudiesen otra vez tomar la ofensiva. Pero que si á pesar de estas consideraciones capaces de conmover el corazon de cualquiera hombre valeroso, preferian el descanso en sus hogares, á la gloria de una proeza heróica, no les detendria en su camino : que fuesen benditos de Dios : que abandonasen á su general en tan duro conflicto; pero que él preferia verse rodeado de un puñado de esforzados caballeros, mas bien que de una falange de menguados cobardes (3).

(1) Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 152.

(2) « Paréceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello fué una cosa de ánimo invencible y de varon de mucha suerte y valor. » Oviedo. Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 15.

(3) « E no me hable ninguno de otra cosa, y el que desta opinion no estuviere, váyase en buena hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde y desacordado de su propia honra. » Ibid, *ubi supra.*

Los descontentos eran, como ya lo hemos dicho, los de Narvaez; pero sus antiguos veteranos al oir este llamamiento (1) sintieron hervir de indignacion la sangre de sus venas, viendo que habia quien tuviese el villano pensamiento de abandonar al general en aquella crísis, y ofrecieron espontáneamente acompañarle hasta lo último; y los descontentos acallados, ya que no convencidos por el generoso entusiasmo de sus camaradas, consintieron en aplazar su marcha para otra ocasion mas favorable. (2)

Mas apénas estaba vencida esta dificultad cuando se presentó otra mas séria : los celos que se habian comenzado á despertar entre sus soldados y los indios aliados. A pesar de las demostraciones afectuosas de Maxixcatzin y sus inmediatos compañeros, otros habia que miraban de reojo á los españoles por los daños y duelos que habian causado á la república, y preguntaban con extrañeza, si ¿ademas de esto se la queria obligar á que soportase la carga de alojar á tan crecido número de extranjeros ?

Tales demostraciones de descontento no eran tan secretas que no llegasen á noticia de los españoles, quienes no podian oirlas sin inquietud. Verdad es que los autores de esas hablillas eran personas de poca consideracion, pues los cuatro señores de la república estaban fuertemente adheridos á la causa de Cortés; pero las apoyaba el belicoso Xixotencatl en cuyo pecho quedaban todavía restos de esa enemistad implacable que tan valerosamente habia demostrado en los campos de batalla. El contacto íntimo en que violentamente estaba con los españoles, ocasionaba que de vez en cuando saltase alguna chispa de su carácter inflamable.

Cortés, que vió con inquietud aquellas señales de alarma creciente,

(1) Oviedo ha empleado várias páginas en la arenga de Cortés, en la que el orador cita á Jenofonte y emplea un estilo parecido al de la antigua historia del pueblo judío, lo que da á aquella color de sermon, mas bien que de arenga de un general, pero ni Cortés era pedante, ni sus soldados literatos.

(2) Véase sobre esta turbulenta desavenencia, á Bernal Diaz, cap. 129. Relac. Seg. de Cortés, pág. 152. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15. Gomara, Crónica, caps. 112, 113. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 14.

Diaz se irrita fuertemente con el capellan Gomara, por no haber hecho distincion entre los antiguos veteranos de Cortés y los reclutas de Narvaez, y por haber envuelto á los unos y á los otros en el pecado de la rebelion. La noticia que da Diaz me parece mas cierta y por eso la he adoptado en el texto.

la cual debilitaba el punto de apoyo en que debia descansar la palanca de sus futuras operaciones, empleó todos los medios posibles, para infundir á sus tropas la perdida confianza : les recordó los buenos servicios que constantemente les habia prestado la masa de la nacion : díjoles que el mejor garante de la fidelidad de los aliados, era el odio profundo que tenian a los aztecas; cuyo odio debia avivarse con las últimas desgracias : finalmente, les hizo observar que si los tlaxcaltecas abrigasen designios hostiles contra los blancos, se habrian aprovechado de la angustiada situacion en que estos se habian encontrado, y no habrian aguardado á que se robusteciesen y tuviesen mayores medios de resistencia (1).

Estando Cortés procurando aquietar sus temores y los de sus compañeros, por aquellos medios de éxito dudoso, ocurrió un acaecimiento que felizmente afirmó de la manera mas estable la alianza con la República. Pero ántes de hablar de él, es menester dar noticia de lo acaecido en México desde la salida de los españoles.

A la muerte de Moteuczoma, fué electo para sucederle en el trono, su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtlapalapan. Era hombre activo, experimentado en las cosas de la guerra y propio por la fuerza de su carácter para sostener la vacilante monarquía. Ademas, parece que era hombre no solo de buen gusto, sino ilustrado, si hemos de juzgar por los bellos jardines llenos de plantas exóticas, que dejó en Ixtapalapan, y que llenaron de admiracion á los españoles. Por el contrario de su antecesor, detestaba á los blancos, y probablemente tuvo el placer de solemnizar el dia de su coronacion sacrificando á algunos de ellos. Al momento que le puso en libertad Cortés que le tenia prisionero, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El habia dispuesto los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste; y á instigaciones suyas se reunió el poderoso ejército que disputó el paso á los españoles en las llanuras de Otompan (2).

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caq. 15. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 14. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib, 12, cap 29.

(2) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Relac. Seg. de Cortés, p. 166. Sahagun, loco citato, y en el capítulo 27. O por mejor decir, «á instigaciones del gran demonio, capitan de los demas demonios, llamado Satanás, que es quien gobernaba á su antojo la Nueva-España ántes de que viniesen á ella los españoles. » Con este elocuente exordio comienza este capítulo el P. Sahagun.

Desde que éstos evacuaron la ciudad, se ocupó activamente en reparar los daños que le habian causado, en reedificar las casas y construir de nuevo los puentes destruidos, y finalmente, en poner á la ciudad en el mejor estado de defensa. Procuró mejorar la disciplina y armas de sus tropas: introdujo el uso de las largas lanzas, y añadiendo las hojas de las espadas quitadas á los cristianos, á largas picas, formó una arma terrible contra la caballería. Llamó á todos sus vasallos, de léjos y de cerca, en ayuda de la capital, y para mejor ganarse el afecto de los pueblos, les exoneró de algunos de los impuestos que habian acostumbrado pagar. Pero luego experimentó la instabilidad de un gobierno que descansa no en el amor, sino en el miedo. Los vasallos de las inmediaciones del valle, quedaron fieles, pero otros comenzaron á titubear sobre el partido que abrazarian, y los de las provincias apartadas, rehusaron de una vez su obediencia, considerando que aquel momento era el mas á propósito para romper el yugo que por tanto tiempo le habia oprimido (1).

En tal conflicto mandó el gobierno una embajada á sus antiguos enemigos los tlaxcaltecas. Componíanla seis nobles que llevaban un regalo de algodon, sal y otros artículos de que hacia algun tiempo se carecia en la república. Los cuatro señores de ésta, asombrados de un acto de reconciliacion sin ejemplo hasta entónces, convocaron al senado para que ante él expusiesen los embajadores el objeto de su mensaje.

Hiciéronlo así los aztecas: expusieron al senado que lo que proponian era el olvido de todos los pasados agravios y la formacion de una alianza. Manifestaron que todas las naciones de Anáhuac debian hacer causa comun contra los blancos: que los tlaxcaltecas harian caer sobre sí la ira de los dioses, si por mas tiempo acogian hospitalariamente á los que habian violado y destruido sus templos: que si confiaban en la amistad y ayuda de los extranjeros, viesen lo que habia sucedido en la ciudad de México, en cuyos umbrales fueron recibidos amistosamente y á la cual en pago, habian reducido á escombros y cenizas. Conjurábanles, en fin, en nombre de su religion á que no permitiesen que los blancos reducidos al último grado de miseria, se pusiesen en cobro, sino que los sacrificasen en las aras que habian profanado; y si lo hacian, ellos ofrecian en nombre del gobierno azteca, que se formaria una

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88. Sahagun, loco citato. Herrera, op. cit. cap. 19.

alianza en donde resultase á la república el beneficio de gozar como ántes de todos los objetos de lujo y comodidad de que hacia tanto tiempo estaba privada.

Las propuestas de los embajadores produjeron diferentes efectos en el auditório: Xicotencalt fué de dictámen que se las aceptase al punto, diciendo que mejor era unirse con los de su misma familia, que tenian el mismo lenguaje, la misma fe y las mismas costumbres, que no entregarse en brazos de aquellos orgullosos extranjeros, que aunque siempre estaban hablando de religion, no conocian mas dios que el oro. Este dictámen fué abrazado con entusiasmo por toda la juventud guerrera, que se habia inflamado al escucharlo. Pero los ancianos señores y mayormente su viejo y ciego padre, uno de los cuatro gobernadores de la república, el cual era muy adicto á los españoles, y Maxixcatzin íntimo amigo de éstos, se expresaron en términos fuertes contra la propuesta alianza con los aztecas. Ellos son hoy como siempre, dijeron, lisonjeros en las palabras y falsos en el corazon: proponen hoy á Tlaxcallan la amistad, porque tienen miedo ; pero luego que este pase volverán á su antiguo rencor. ¿Quiénes sino los aztecas pudieron haber privado por tanto tiempo á la república de los objetos mas necesarios para la vida, de estos objetos que hoy ofrecen tan liberalmente? ¿No se debe á los blancos que la nacion los posea? ¿Y sin embargo se nos invita á sacrificarlos en las aras de los dioses? ¡á sacrificar á los guerreros que despues de lidiar por la causa de Tlaxcallan, se han fiado á nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia, y por otra parte, ¿no son los blancos los séres cuya venida han anunciado desde lo antiguo los oráculos? Aprovechémosnos de esa llegada, y haciendo causa comun con ellos, acabemos de humillar de una vez á nuestros altaneros enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica de parte de Xicotencatl, hasta que con alguna violencia acabó la paciencia del anciano gobernador, quien arrojó á su jóven antagonista de la cámara del consejo. Un procedimiento tan contrario al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nacion, llenó de asombro á la asamblea ; pero léjos de reconvenir al gobernador, permaneció callada. Aun los mas apasionados parciales de Xicotencatl, temieron sostener á un caudillo que habia recibido tal ultraje del mas venerado de los cuatro señores de la república. Su padre mismo le reprendió públicamente, y el guerrero patriota que, aunque jóven tenia mas prevision que todos sus compatriotas,

quedó otra vez aislado en el consejo, como lo habia quedado en el campo de batalla. La propuesta alianza de los mexicanos, fué unánimemente desechada, y los embajadores, temerosos de que no les libertara de una violencia, ni áun el sagrado carácter de que estaban investidos, salieron secretamente de Tlaxcallan (1).

El resultado de la deliberacion fué sumamente útil á los españoles, quienes en su angustiada situacion, y mayormente estando desprevenidos habrian quedado á merced de los tlaxcaltecas si estos lo hubiesen querido. Pero de cualquiera manera, la union con los mexicanos habria puesto el sello á la desgracia de los conquistadores, pues teniendo recursos propios, solo podian esperar el triunfo valiéndose hábilmente de una parte de la poblacion indígena para combatir á la otra.

(1) Lo que pasó en el senado tlaxcalteca lo refieren aunque con algunas variaciones en cuanto á las circunstancias, pero en sustancia lo mismo, los escritores siguientes : Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS., Sahagun, lóco citato. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 10, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 129. Gomara, Crónica, cap. 111.

CAPITULO III.

GUERRA CON LAS TRIBUS CONVECINAS. — TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES. — MUERTE DE MAXIXCATZIN. — LLEGAN REFUERZOS. — VUELVEN TRIUNFANTES A TLAXCALLAN LOS ESPAÑOLES.

(1520.)

TRANQUILO el comandante español con el éxito de la discusion habida en el senado, resolvió emprender algunas operaciones militares ofensivas, por considerarlas el mejor medio de reprimir ese espíritu de sedicion que agitaba á sus tropas y que en la ociosidad debia inevitablemente fermentar cada dia mas. Al principio se propuso emplear á sus tropas en escarmentar á los indios de las inmediaciones, por haber puesto mano violenta sobre los españoles que habian pasado por entre ellos, fiándose en el respeto que siempre se les habia tenido. Entre estas tribus se contaba la de los tepanecas, pueblo que frecuentemente entraba en guerras con Tlaxcallan, y que como arriba hemos dicho, asesinó á dos españoles que iban para México. Una expedicion contra ella, sería fácilmente auxiliada por los tlaxcaltecas, y repararia la dignidad del nombre castellano, muy menoscabado á consecuencia de los últimos reveses.

Los tepanecas eran una tribu belicosa, procedente del mismo tronco que los aztecas, de quienes eran tributarios. Cuando entraron los españoles en el país, les juraron aquellos vasallaje, amedrentados por las crudas derrotas de los tlaxcaltecas; pero desde el levantamiento de la capital, habian vuelto á someterse al cetro mexicano. Su capital que es hoy un lugarejo, era entónces una ciudad floreciente situada en

las feraces llanuras que se extienden al pié de Orizaba (1). La provincia encerraba ademas, gran número de ciudades mas pequeñas, ocupadas por una poblacion atrevida y marcial.

Como los indios habian reconocido la autoridad de Castilla; Cortés y sus oficiales calificaron su conducta presente, de rebelion, y se decidió en un consejo de guerra que los que habian tenido participacion en la última matanza, fuesen condenados á la esclavitud. Antes de atacarlos, les mandó intimar el general que se rindiesen, ofreciéndoles el absoluto olvido de lo pasado, siempre que se sometiesen, y amenazándoles con el mas duro castigo, si acaso se obstinaban (2). A esto contestaron los indios, que ya estaban sobre las armas, en los términos mas insultantes, provocando á su enemigo á que se presentase en el campo de batalla, donde se abastecerian de las víctimas que necesitaban para sus sacrificios.

Cortés se puso sin tardanza á la cabeza de sus pocos españoles y de un buen refuerzo de tlaxcaltecas. Acaudillaba á estos el jóven guerrero Xicotencatl, el cual parece que por entónces olvidó su rencor, porque deseaba recibir una leccion sobre la guerra, militando á las órdenes del general que tantas veces le habia vencido (3).

Los tepanecas salieron á las fronteras á esperar al enemigo. Trabaron reñido combate en el que no pudo maniobrar holgadamente la caballería, á causa de las cañas de maíz de que estaba plantado el suelo; pero por fin triunfaron los españoles; los tepanecas abandonaron el campo que habian sostenido en buena lid y quedaron derrotados despues de una gran carnicería. A los pocos dias se trató un nuevo encuentro cuyos resultados fueron decisivos, y los tlaxcaltecas y españoles victoriosos, se volvieron en derechura á Tlaxcallan donde hicieron su entrada triunfante (4).

(1) El nombre de la capital de esta provincia, el mismo que el de esta, era « Tepejacac, » y fué corrompido por los españoles en « Tepeaca. » Es necesario confesar que en el cambio ganó en eufonia.

(2) « Y como vió aquello Cortés lo comunicó con todos nuestros capitanes y soldados; y fué acordado que se hiciese un tanto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos. » Bernal Diaz, cap. 130.

(3) Los cronistas regulan en 50,000 la fuerza del ejército, cuya fuerza es la mitad de toda la de que podia disponer la república. « De la cual, (Tlaxcallan) como ya tengo dicho, solian salir cien mil hombres de pelea. » Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte m. cap. 16.

(4) « Aquella noche, » dice el crédulo Herrera hablando de la orgía que se siguió á una de las victorias, « tuvieron los aliados indios, gran cena de piernas y brazos, porque fuera de un número increible de asados hechos en asadores de palo, tenian cincuenta mil pla-

El enemigo no intentó hacer nueva resistencia, y la provincia toda, para evitar mayores calamidades, se dió priesa á rendirse sumisamente. Sin embargo, Cortés aplicó el proyectado castigo, en los lugares donde se habia cometido el asesinato de los españoles. Los habitantes fueron marcados con un hierro hecho ascua, y despues de sacado el quinto real, repartidos entre los blancos y sus aliados (1). Los españoles estaban acostumbrados al sistema de *repartimientos* usado en las islas, pero era el primer ejemplo de él, que se veia en Nueva-España. En el presente caso estaba justificado, segun la opinion del general y de sus casuistas militares, por las ofensas enormes de los indios. Sin embargo, la sentencia no fué aprobada por la corona, la cual, como lo prueba toda la legislacion colonial, siempre estaba en pugna con el espíritu mercenario y codicioso de los conquistadores (2).

Satisfecho con esta demostracion de venganza, estableció Cortés su cuartel mayor en Tepeaca, punto que por estar situado en medio de fértiles llanuras, proporcionaba facilidad de mantener al ejército ; y que estando por otra parte, en las fronteras mexicanas, era un buen punto de apoyo para las operaciones subsecuentes.

El gobierno azteca, luego que supo el éxito de la embajada á Tlaxcallan, se apresuró á fortificar la frontera por aquella parte. Reforzó las guarniciones de aquellas plazas y envió fuertes cuerpos de tropas que se apoderasen de las alturas. La conducta de estas tropas fué como de costumbre, arrogante y vejatoria y disgustó sumamente á los habitantes.

Entre las ciudades fortificadas estaba Quauhquechollan (3), de cosa de treinta mil habitantes, segun dicen los historiadores españoles, y que distaba doce leguas ó mas, al S. O. de los cuarteles españoles. Estaba en el extremo de un profundo valle que se extendia al pié de una cordillera de collados, ó mejor dicho de montañas y atravesado por dos rios cuyas riberas eran altas y llenas de precipicios. El único camino por donde se podia llegar á la ciudad, estaba defendido por una

tillos de carne humana fresca. » Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 15. El tal banquete no ha de haber olido muy agradablemente á las narices de Cortés.

(1) Y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G. que quiere decir : « guerra. » Bernal Diaz, cap. 130.

(2) Solis, Conq., lib. 5. cap. 3.

(3) Llamada por los españoles « Guacachula, » y escrita de muy diversas maneras por los escritores antiguos, cuya diversidad puede explicarse por la embrollada multitud de consonantes.

muralla de piedra de veinte piés de altura y considerablemente gruesa (1). Dentro de esta plaza, fuerte por la naturaleza y áun mas fortificada por el arte, habia encerrado el emperador azteca una guarnicion de algunos miles de hombres, al mismo tiempo que gruesos ejércitos defendian las alturas que dominaban la ciudad.

El gobernador de esta plaza fuerte, impaciente por romper el yugo azteca, invitó á Cortés á que se acercase, prometiéndole la cooperacion de los ciudadanos en el ataque contra la guarnicion mexicana. El general aceptó gustosísimo la propuesta, y destacó á Cristóbal de Olid con 200 españoles y un respetable cuerpo de tlaxcaltecas, en ayuda del cacique (2). En el camino encontró Olid á varios voluntarios, tanto de la ciudad india como de Chololan, que le pedian con instancia que los emplease. El ahinco que mostraban los voluntarios y su considerable número, despertó sospechas en el comandante español, corroborándolas mas el miedo de los soldados de Narvaez, cuya imaginacion dominada por los horrores de la noche triste, creia ver en el empeño de los indios una prueba de su traidora combinacion con los aztecas. Olid, cediendo á su desconfianza, contramarchó á Chololan, puso presos á los jefes que mas sospechosos le parecieron por haber sido los primeros en ofrecerle sus servicios, y los envió á Cortés bajo buena custodia.

El general, despues de un escrupuloso exámen, quedó convencido de la sinceridad de sus ofertas : les manifestó cuánto le mortificaba ver el maltrato que se les habia dado, y procuró indemnizarles de él, haciéndoles algunos regalos ; finalmente, conociendo cuán delicado era confiar á manos extrañas una empresa de tal importancia, marchó con el resto de sus tropas á reunirse con su oficial, lo cual verificó en Chololan.

Estaba convenido con el cacique de la ciudad contra la cual marchaba, que en cuanto se avistasen los españoles, se echarian los habitantes sobre la guarnicion. Todo se verificó conforme estaba concertado : en el momento en que comenzaron los batallones españoles á desfilar por

(1) « Y toda la ciudad está cerrada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto como cuatro estados por fuera de la ciudad : é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil tan alto como medio estado para pelear : tiene cuatro entradas tan anchas, como uno puede entrar á caballo. » Relac. Seg., pág. 162.

(2) El nombre de este caballero lo escriben de ordinario los historiadores, « Olid ; » pero en una copia de su firma, he encontrado escrito : « Oli. »

las llanuras de frente á la ciudad, atacaron los habitantes á la guarnicion azteca, con extremada furia. Los soldados abandonaron las fortificaciones exteriores y se replegaron al templo mayor, donde sostuvieron un empeñado combate con sus adversarios. En lo mas acalorado de la refriega entró Cortés con sus jinetes en la plaza, dirigiendo personalmente el ataque. Los aztecas se defendieron valientemente; pero como á cada momento recibian sus enemigos nuevos refuerzos, al fin fueron asaltadas las fortificaciones y pasados á cuchillo todos sus defensores (1).

En el entre tanto, las tropas mexicanas que ocupaban las alturas inmediatas habian bajado en ayuda de la guarnicion y formado en órden de batalla en los suburbios de la ciudad, donde tuvieron un encuentro con los aliados tlaxcaltecas. Los enemigos eran por lo ménos treinta mil hombres, y era cosa de ver aquel ejército el mas lucido que hasta entónces habian visto los españoles, y la gran variedad de joyas y plumajes que traian (2). El combate fué reñidísimo entre los dos ejércitos indios: púsose fuego á los suburbios, y en medio de las llamas del incendio rompió Cortés por entre los tercios enemigos, desordenó su formacion y les obligó á huir á la estrecha garganta ó cañada de las montañas de donde últimamente habian bajado; camino escabroso y lleno de precipicios. Españoles y tlaxcaltecas siguiendo en su alcance al enemigo, y escalando las encumbradas murallas que cerraban el valle, lo flanquearon por todas partes. El calor era fuerte y la fatiga tanta, que difícilmente podian, dice el cronista, ni los unos huir ni los otros dar alcance (3). Con todo, no estaban muy cansados para matar, pues los mexicanos sufrieron una espantosa carnicería. No encontraron conmiseracion en sus enemigos indios, que tenian un largo catálogo de agravios que vengar; y solamente unos cuantos lograron escaparse, internándose á lo mas profundo de la sierra. Pero sus enemigos no se

(1) « Porque yo quisiera tomar á algunos á vida para me informar de las cosas de la gran ciudad y de quién era señor despues de la muerte de Moteuczoma, y de otras cosas, y no pude tomar sino á uno mas muerto que vivo. » Relac. Seg., pág. 150.

(2) « Y á ver qué cosa era aquello, los cuales eran mas de treinta mil hombres y la mas lucida gente que hemos visto; porque traian muchas joyas de oro y de plata y plumajes. » Ibid., pág. 160.

(3) « Alcanzando muchos por una cuesta arriba muy aguda, y tal que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros, podiamos ir ni atras ni adelante: é así cayeron muchos soldados muertos y ahogados de la calor sin herida ninguna. »

cansaron de perseguirles, hasta llegar á la escarpada cresta de la cordillera que es donde estaba el campamento mexicano. Ocupaba ancho espacio: encontráronse en él varios utensilios de guerra, vestidos vistosos y artículos de lujo, y ademas de todo esto, considerable número de esclavos que probaban la pompa y grandeza con que se servian en la campaña los nobles mexicanos (1). Apoderáronse los vencedores, de aquellos ricos despojos esparcidos sobre el abandonado campamento, y se ocuparon en recogerlos hasta que la oscuridad de la noche les obligó á bajar al valle (2).

Cortés completó el golpe atacando la ciudad fortificada de Itzocan, defendida tambien por una guarnicion mexicana y situada en la profundidad de un ameno valle regado por canales artificiales y donde sonreia la rica vegetacion propia de las llanuras feraces de la mesa (3). La plaza, aunque vigorosamente defendida, fué asaltada y tomada por los españoles. Los aztecas fueron arrojados hasta un rio que pasaba al pié de la ciudad, y aunque estaban rotos, bien por casualidad ó de intento, los puentes que lo atravesaban, los españoles lograron, unos vadeándolo y otros á nado, pasar á la orilla opuesta y perseguir su caza como perros sabuesos. El botin fué tambien grande; por manera que los indios auxiliares corrian en bandadas á alistarse bajo las banderas del general que tan felizmente los conducia á la victoria y al pillaje (4).

(1) « Porque demas de la gente de guerra tenian mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real. » Ibid., pág. 160.

(2) El capitan Diaz cuenta de modo muy diverso la toma de la plaza. Segun él, cuando retrocedió Olid á Chololan por no querer sus soldados ir adelante, de miedo de una traicion, recibió de Cortés una reprension tan severa, que obligó á sus tropas á continuar la marcha, atacó al enemigo con la furia de un tigre, y lo derretó enteramente. (Hist. de la Conq., cap. 132.) Pero ningun otro escritor contemporáneo, que yo sepa, ha adoptado esta narracion. Cortés es tan compendioso en sus relaciones, que las mas veces es preciso completarlas con noticias sacadas de otros escritores. Pero cuando él afirma algo positivamente, se le puede tener por la mejor autoridad, tanto porque acostumbraba escribir en el sitio mismo donde pasaban los sucesos, como porque tenia todos los datos necesarios para hacerlo.

(3) Cortés, aunque tenia un ojo ménos perspicaz para descubrir la belleza del paisaje, que su predecesor en la carrera de los descubrimientos, Colon; era igualmente hábil para juzgar de la calidad del terreno. « Tiene un valle redondo muy fértil de frutas y algodon, que en ninguna parte de los puertos arriba se dan por la gran frialdad, y allí es tierra caliente, y cáusalo que está muy abrigada de sierras; todo este valle se riega por muy buenas acequias que tienen muy bien sacadas y concertadas. » Ibid., págs. 164 y 165.

(4) « E iban en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M. que casi cubrian los campos y las sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia

Inmediatamente en seguida se volvió Cortés á su cuartel general en Tepeaca, y desde allí envió á sus capitanes á várias expediciones, la mayor parte de ellas felices. Sandoval en particular, marchó contra un grueso cuerpo de indios que estaba situado entre el campamento y Veracruz : lo derrotó en dos batallas decisivas, y restableció la libre comunicacion entre uno y otro punto.

El resultado de estas expediciones fué que quedase sometido todo el poblado y cultivado territorio que se extendia desde el gran volcan por el O. hasta las encumbradas faldas del Orizava por el E. Fuera de esto, muchos lugares de la provincia comarcana de Mixticapan reconocieron la autoridad de los españoles, y otras de la remota region de Oaxaca, mandaron implorar su proteccion. El desinteres y equidad de Cortés para con los aliados le habia granjeado mucho crédito entre ellos. Las ciudades indias de las cercanías apelaban á él como árbitro de sus desavenencias, y ocurrian tambien á su arbitramiento en el caso de disputas sobre sucesion. Su conducta discreta y moderada le hizo ejercer sobre los indios el influjo que con el rigor no habian conseguido los aztecas. Su autoridad se dilataba mas y mas cada dia, y en el centro mismo del país comenzó á crecer un nuevo imperio que contrabalanceaba el colosal poder que por tanto tiempo habia dominado al antiguo (1).

Cortés se conoció ya bastante fuerte para poner mano á la ejecucion de los planes que para el recobro de la capital, habia proyectado incesantemente desde que le expulsaron de ella. Conoció que hasta entónces no habia estimado en su verdadero valor la importancia de la monarquía azteca : conoció que para someterla, no le bastaban sus actuales recursos ni todos los que por sí solo pudiese reunir, sino que era preciso contar con la ayuda de una porcion de los indios mismos. Un grande ejército, necesitaba sobre todo, de amplios recursos para su manutencion, y esto no se podia conseguir sin la cooperacion de los naturales. Pero ya podia contar con los auxilios de Tlaxcallan y de los

mas de 120,000 hombres. » Cuando los conquistadores hablan de un número cualquiera, es mas seguro usar de las palabras multitud, gran número y otras semejantes, y dejar á la imaginacion del lector que fije el número como le parezca.

(1) Véase ademas la carta de Cortés tantas veces citada : Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 15. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 9. Bernal Diaz, cap. 130, 131 y 134. Gomara, Crónica, caps. 114, 117. P. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 9. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.

otros territorios indios, cuyos guerreros se mostraban bien dispuestos á servir bajo las banderas españolas. Su largo trato con los naturales le habia hecho adquirir un conocimiento perfecto de su carácter y sistema de guerra, y por otra parte, los aliados que habian servido á sus órdenes si bien no habian aprendido la táctica europea, sabian á lo ménos obrar de concierto con los blancos y obedecerle implícitamente como á su comandante. Este era un adelanto muy importante para tropas bárbaras y desordenadas, y aumentaba considerablemente la fuerza que sacaban de su solo número.

La experiencia le habia enseñado que en otro ataque á la capital, era preciso no fiarse á las calzadas, sino ser dueño del lago. Por lo tanto, determinó construir cierto número de buques semejantes á los que en tiempo de Moteuczoma habian incendiado los habitantes. Para esto contaba con el hábil carpintero que los habia fabricado, Martin López, que escapó de la mortandad de la noche triste. Envióle á Tlaxcallan con órden de construir trece bergantines que hechos piezas debian ser llevados en hombros de los indios, para ser echados en las aguas de Tetzcoco. El velámen, la jarcia y clavazon debia traerse de Veracruz, donde habia acopiò de estos artículos, desde la destruccion de las naos. ¡ Era atrevido el proyecto de construir una escuadra para hacerla atravesar por bosques y montañas, ántes de echarla á las aguas que debia surcar ! Pero él convenia perfectamente al genio audaz de Cortés, quien con la ayuda de sus fieles confederados, no dudó un momento en poder llevarlo á cabo.

No fué poco el sentimiento que causó á Cortés la noticia de la muerte de Maxixcatzin, el anciano cacique de Tlaxcallan, que adicto le era y que tan firmemente le habia sostenido en la hora de la desgracia. Habia muerto, víctima de esa terrible epidemia, la viruela, que devastaba á la sazon el país con el furor que el fuego tala los campos ; que no perdonaba ni al príncipe ni al pechero; y que era uno de los males que formaban el luctuoso acompañamiento de los blancos. Cuentan que fué traida á la Nueva-España por un esclavo que venia en la flota de Narvaez (1).

(1) « La primera fué de viruela y comenzó de esta manera. Siendo capitan y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitan Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se habia visto, y á esta sazon estaba esta Nueva-España en extremo muy llena de gente. » Toribio, Hist. de las Ind., MS., part. I, cap. 1.

Donde primero estalló fué en Zempoallan. Los pobres indios, ignorando el mejor modo de curar tan molesta enfermedad, tomaron baños de agua fria, como lo tenian de costumbre; lo cual la agravó considerablemente. De Zempoallan cundió rápidamente por los países inmediatos y despues de pasar por Tlaxcallan llegó á la capital azteca, donde murió víctima de ella, Cuitlahuatzin el sucesor de Moteuczoma. De allí se dirigió á las playas del Pacífico, despues de dejar cubierta su carrera con montones de cadáveres de indios, los cuales morian, para usar de la significativa expresion de un contemporáneo, como chinches á montones (1). Parece que no causó grandes estragos en los españoles, que ó ya habian tenido la enfermedad, ó por lo ménos sabrian el modo mas conveniente de curarla.

Las tropas deploraron profundamente la muerte de Maxixcatzin, en el que perdieron el mas fiel y adicto de sus amigos. Al arrojar el último aliento les encomendó á su hijo y sucesor, por ser ellos los séres sobrenaturales cuya venida habian anunciado en lo antiguo los oráculos (2). Mostró el deseo de morir en la fe cristiana; lo que sabido por Cortés, despachó al instante á Tlaxcallan al padre Olmedo. El buen padre se encontró con que Maxixcatzin habia mandado traer á su lecho de muerte un crucifijo para adorarlo. Despues de explicarle lo mas claramente que pudo las verdades de la revelacion, bautizó al moribundo cacique; y los españoles tuvieron el placer de saber que el alma de su benefactor no habia sido envuelta en la sentencia de condenacion eterna, que recaia sobre todos los infelices indios que morian fuera de la fe cristiana (3).

Las últimas victorias parece que alentaron á los descontentos para continuar la guerra; sin embargo, habia algunos pocos; el secretario Duero, Bermudez el tesorero, y algunos otros bien acomodados, que veian con disgusto que se abriese otra campaña y que insistian fuertemente en que se les permitiese partir para Cuba. Cortés no hizo reparo

(1) « Morian como chinches á montones. » (Ibid, *ubi supra.*) « Eran tantos los difuntos que morian de aquella enfermedad que no habia quien los enterrara; por lo cual en México los echaban en las acequías, porque entónces habia muy grande copia de aguas, y era muy grande hedor el que salia de los cuerpos muertos. » Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 8, cap. 1.

(2) Bernal Diaz, cap. 136.

(3) Ibid, *ubi supra.* Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 19. Sahugun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 39.

alguno á esta peticion, por estar satisfecho con los recursos de que podia disponer. Habiéndoles dado el permiso, hizo cuanto estuvo á su alcance para acelerar la partida y para proporcionarles comodidades: mandó órdenes á Veracruz para que les tuviesen aparejado el mejor buque, y bien provisto de víveres para el viaje, y despachó á Alvarado á la costa para que cuidase de que el embarco fuera seguro: se despidió atentamente y protestándoles su inalterable consideracion. Pero segun se vió despues, los que le abandonaban en tal aprieto, no se interesaban vivamente por su suerte, pues vemos á Duero en España, sosteniendo la quejas de Velazquez ante el emperador, contra su antiguo comandante y amigo.

La pérdida de aquellos pocos hombres fué compensada por la ganancia de otros que la fortuna, para usar de la palabra generalmente expresada, le envió en el momento en que ménos lo esperaba. Los primeros vinieron en un buquecillo que envió el gobernador de Cuba con provisiones para la colonia de Veracruz, ignorando el estado de las cosas y la suerte que habia corrido su oficial Narvaez. Cuentan que el buque traia pliegos para éste, de Fonseca, obispo de Burgos, en que le prevenia que mandase á Cortés á España, si no lo habia ya hecho, para que allí fuese juzgado (1). El alcalde de Veracruz conforme á las prevenciones de Cortés, permitió al cápitan del buque y á la tripulacion que desembarcasen, lo que hicieron persuadidos de que estaba el país en poder de Narvaez; pero no bien habian salido á tierra cuando quedaron desengañados. El buque fué desmantelado, y ellos persuadidos sin gran trabajo á tomar partido por Cortés, con el cual fueron á juntarse en Tlaxcallan.

Otro buque que llegó despues, tambien enviado par Velazquez, corrió la misma suerte y su tripulacion se adhirió igualmente á la causa de Cortés.

Por el mismo tiempo, Garay, el gobernador de Jamaica, armó una escuadrilla de tres velas y la despachó á fundar una colonia á orillas del Pánuco, rio que desemboca en el golfo mexicano, algunos grados al N. de Villa Rica. Garay insistó en su proyecto á pesar de las reclamaciones de Cortés que ya habia entrado en amistosas comunicaciones con los habitantes de aquella provincia. Pero recibieron tan dura

(1) Bernal Diaz, cap. 131.

acogida los soldados de Garay, que se tuvieron por felices en volverse á sus naves. Una de estas se fué á pique en una tormenta y las otras dos se volvieron á Veracruz para que se restableciese un poco la gente, estropeada por el hambre y las enfermedades. Fueron allí amistosamente recibidos, se les abasteció de víveres, se les curó de sus heridas, y á fuerza de promesas y ofertas consiguió Cortés que abandonasen las banderas del gobernador y se alistasen bajo las suyas. Todos estos tres refuerzos hacian un total de 150 hombres bien provistos de armas y municiones, y de 20 caballos. Por este raro concurso de circunstancias se vió Cortés dueño de los recursos que mas necesitaba; y lo que es mas, le venian de manos de sus enemigos que á gran costa los habian reunido con el objeto de dañarle y arruinarle!

Su buena fortuna no paró allí: llegó á Cuba un buque cargado de artículos de guerra destinados á los aventureros del Nuevo-Mundo. El comandante, sabedor de los descubrimientos hechos en México y juzgando que allí tendria grandes ganancias, se encaminó hácia Veracruz. No se engañó en sus cálculos; porque el alcaide compró por órden de Cortés la carga y el buque, y la tripulacion llevada del espíritu de aventura propio de la época, resolvió seguir la suerte de sus compatriotas. Quién sabe qué magia tenia el nombre de Cortés, que cuantos le escuchaban se ponian bajo sus banderas (1).

Arreglado todo lo necesario para emprender de nuevo la ofensiva, ya no habia motivo para permanecer en Tepeaca. Antes que partiese le suplicaron aquellos habitantes dejase allí una guarnicion que les defendiese de la venganza de los aztecas. Cortés accedió á la solicitud, y en atencion á lo céntrico de aquel punto, determinó fundar en él una colonia. A este propósito escogió 60 hombres, los mas de ellos inválidos por causa de sus heridas ó de otras enfermedades, y nombró los alcaldes regidores y demas magistrados civiles. Llamó *Segura de la frontera* á la ciudad, (2) que algunos años despues recibió muchos privilegios de la gracia del emperador Cárlos V, (3) y llegó á tener alguna importancia; pero á poco comenzó á declinar, y hasta su nuevo nombre, por una fatalidad semejante á la que ha tocado á los de algunas de nuestras ciudades (E. U.)

(1) Ibid., cap. 131, 133, 136. Herrera, *ubi supra*. Relac. Seg. de Cortés, págs. 154 167. Toribio, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap 16.

(2) Relac. Seg., pág. 156.

(3) Clavijero, Stor. del Messico, tomo 3, pág. 153.

fué suplantado gradualmente por el antiguo; así es que el nombre de Tepeaca designa hoy la antigua y floreciente ciudad india y la segunda colonia española.

Estando en Segura escribió Cortés su famosa segunda relacion al Emperador, tantas veces citada en las páginas de esta obra. Comienza la narracion con la salida de Veracruz y abraza la compendiosa relacion de todo lo acaecido hasta la época á que hemos llegado. En la última página, hablando de las dificultades y tropiezos con que tiene que bregar, dice con ese espíritu varonil que le caracterizaba, que le parecen pocos los riesgos y las fatigas comparadas con el objeto que allí se propone, y confia en que muy breve volveria al estado en que ántes se encontraba y se resarcirian las pasadas pérdidas (1).

Habla de la semejanza que en muchas cosas tienen México y la madre patria, y propone llamar á aquel «Nueva-España del mar Océano» (2). Finalmente, pide que envie el emperador una visita que se informe de su conducta y de la verdad de su relacion.

Esta carta que se imprimió por la primera vez, en Sevilla, un año despues de recibida, ha sido despues reimpresa y traducida várias veces (3). Ella excitó fuertemente la atencion, no solo de la córte, sino de todos los literatos. Los descubrimientos que ántes se habian hecho en el Nuevo-Mundo, habian dejado sin resolver los grandes problemas acerca de aquel continente. Lo descubierto hasta entónces se reducia á unas cuantas tribus, que aunque de costumbres suaves y pacíficas, permanecian todavía en el último escalon de la civilizacion. Pero ahora se tenia noticia de una vasta nacion, poblada y poderosa, adelantada en las artes, sometida á un régimen político complicado, y que ocupaba un suelo cubierto de minerales y de infinita variedad de vegetales; fuentes

(1) « E creo como ya á V. M. he dicho, que en muy breve tornará al estado en que ántes yo la tenia y se restaurarán las pérdidas pasadas. » Relac. Seg., pág. 167.

(2) « Me pareció que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva-España del Mar Océano : y así en nombre de V. M. se le puso aqueste nombre y humildemente suplico á V. A. lo tenga por bien y mande que se nombre así. » (Ibid. pág. 169.) Grijalva habia dado ántes á Yucatan el nombre de Nueva-España sin ninguna otra adicion. Véase ántes el libro II, cap. 1,

(3) La carta estaba datada « de la Villa Segura de la Frontera, de esta Nueva-España, á treinta de Octubre de 1520. » Pero habiéndose perdido el buque que la debia llevar no se envió hasta la primavera del año siguiente; y durante todo ese tiempo, ignoró España la suerte de estos animosos aventureros y la importancia de sus descubrimientos



de riqueza tanto natural como artificial, con las que se podian realizar los sueños de oro á que con motivo del gran descubrimiento del Nuevo-Mundo, se habia entregado tan ardiente y tan falazmente el Mundo Antiguo. Ya podia el literato de aquellos tiempos complacerse en la revelacion de las maravillas que por tanto tiempo, pero inútilmente habia deseado contemplar (1).

Juntamente con esta carta mandó otra que á lo que parece estaba firmada por todos los oficiales y soldados, en la que se extendia largamente sobre los obstáculos que Velazquez y Narvaez habian puesto al progreso de la expedicion, y sobre los daños que habian causado á los intereses de la corona : se ensalzaban sobre manera los servicios de Cortés, y se suplicaba al emperador que lo confirmase en su autoridad y no permitiese que nadie interviniese en la conducta de una persona que por sus cualidades personales por el íntimo conocimiento que tenia de los indios y de la tierra y por el afecto que le profesaban sus soldados, era la mas adecuada para dar remate á la conquista (2).

No tenia á Cortés poco perplejo la duda sobre la manera con que habria sido juzgada en España su conducta. Ignoraba aún si habrian llegado allá los pliegos que habia mandado el año anterior desde Veracruz : México estaba tan léjos de todo trato con el antiguo mundo, como si este estuviese situado en el lugar de los antípodas. Pocos buques habian entrado en sus puertos, y á ninguno se le habia dejado salir de ellos. El gobernador de Cuba, isla que solo distaba de Veracruz unos cuantos dias de navegacion, ignoraba qué suerte habia corrido su enviado. A cada vez que llegaba un nuevo buque, podia dudar Cortés justamente, qué es lo que traia, si auxilios ó si órdenes para removerlo. Su atrevido espíritu confiaba en lo primero; bien que lo segundo era lo mas probable, atendiendo á la íntima amistad del gobernador de Cuba con

(1) La sensacion que produjo en el antiguo continente este descubrimiento, puede verse en la correspondencia de Pedro Mártir que á la sazon residia en la córte de Castilla. Véase en particular la carta de Marzo de 1521, dirigida á su discípulo el marqués de Mondéjar, en la cual habla con suma satisfaccion de los ricos tesoros que los descubrimientos de Cortés proporcionaban á las ciencias. Opus epistolarum, epist. 771.

(2) Este memorial se encuentra en mi coleccion, en la parte hecha por Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia española. Está firmada por 444 nombres ; siendo cosa notable que se encuentren los de todas las personas conocidas, ménos el de Bernal Diaz del Castillo. Acaso pudiera explicarse esta falta por su enfermedad, pues él nos cuenta que por entónces estaba postrado en cama, de una fiebre. Historia de la Conq., cap. 131.

Fonseca, el obispo de Burgos, hombre celoso de su autoridad y que por su alto puesto en el Consejo de Indias, ejercia gran influjo en lo que á ellas concernia. La política de Cortés era, pues, no perder tiempo y acelerar sus preparativos, si no queria que viniese otro á recoger el laurel que él estaba próximo á cortar. El conocia que en logrando sojuzgar á la capital azteca todo estaba seguro; y que cualquiera que fuese el juicio que se pudiese formar de sus desmanes, ni la corona ni el reino podrian desconocer toda la importancia de semejante servicio.

Escribió tambien á la Real Audiencia de Santo Domingo, interesándola en su favor. Envió á aquella isla cuatro buques en busca de municiones y armamento; y para mejor excitar la codicia de los aventureros y engancharlos en la expedicion, remitia muestras de todos los primores que se fabricaban en el país, y sobre todo, de sus metales preciosos (1). Los fondos necesarios para habilitar aquella importante expedicion los sacaria probablemente del botin de las últimas batallas y del oro que como hemos dicho pudo salvarse del naufragio universal, por un convoy castellano.

Eran mediados de Diciembre cuando Cortés emprendió su marcha á Tlaxcallan, que distaba cosa de diez ó doce leguas. Iba en la vanguardia, y tomó el camino de Chololan. ¡Cuán diferente era su condicion ahora, de lo que habia sido cinco meses ántes! Su marcha era una procesion triunfal, en que hacia ostentacion de las banderas é insignias militares, de los numerosos esclavos y de los demas ricos trofeos que habia ganado en mas de cien sangrientas batallas. Al pasar por las ciudades y pueblos, los habitantes acudian en tropel á acompañarles; y cuando se acercaron á Tlaxcallan, toda la poblacion, hombres y mujeres, ancianos y niños, salió á recibirles y á celebrar su entrada con cantos, danzas y músicas. Por las calles donde pasaban, habia arcos de flores; y al entrar en la ciudad, un orador tlaxcalteca llamó á Cortés en una pomposa arenga, «el vengador de la república.» En medio de aquella algazara y júbilo y fiesta, Cortés y sus oficiales iban vestidos de luto, en señal de sentimiento por la muerte de su amigo Maxixcatzin.

(1) Relac. Terc. de Cortés en Lorenzana, pág. 179. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 18.

Alonso de Avila fué el conductor de estos pliegos. Bernal Diaz que no deja de echar de vez en cuando sus pullas contra Cortés, dice que eligió á este valeroso caballero, por deshacerse de él, pues era díscolo y claridoso.

Los tlaxcaltecas quedaron mas conmovidos al ver aquel tributo de respeto que pagaban los españoles á la memoria del venerado gobernador, que de todo el aparato bélico de que hacian vanagloriosa ostentacion (1).

Lo primero que hizo el general fué confirmar en su autoridad al hijo de su difunto amigo, á cuyo hijo disputaba la sucesion un hermano ilegítimo. El mancebo tenia solo doce años, y Cortés logró sin dificultad persuadirle á que le bautizasen. En seguida le armó caballero, siendo él el primer caballero castellano entre los indios de América (2). El anciano Xicotentatl fué persuadido tambien á recibir las aguas del bautismo; y el ejemplo de estos personajes predispuso favorablemente al pueblo para abrazar la fe católica. Cortés, bien fuese por estar engolfado en otros negocios, bien por sugestiones del padre Olmedo, no tomó grande empeño en llevar adelante la obra de la conversion; sino que una vez echada la semilla, la dejó germinar en secreto y brotar y crecer hasta que llegase el tiempo de recoger sazonados frutos.

Durante su residencia en Tlaxcallan aceleró los aprestos para la campaña. Trató de disciplinar á los tlaxcaltecas, dándoles alguna idea de la táctica europea. Mandó hacer nuevas armas y las viejas las mandó componer. Se fabricó pólvora con el azufre que algunos hidalgos intrépidos habian sacado de la boca humeante del Popocatepetl (3). La construccion de los bergantines caminaba felizmente, dirigida por Martin López y ayudada por los tlaxcaltecas (4). Cortóse madera de los bosques, y sacóse pez de los pinos de que hay tanta abundancia en la sierra de la Malintzin. La jarcia y aparejo fueron traidos de Villa Rica en hombros de tlamamas; y el dia de la Navidad, la construccion de las naves estaba ya tan adelantada que no juzgó necesario Cortés demorar su viaje á México.

(1) Bernal Diaz, cap. 136. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 19.

(2) Ibid, *ubi supra*. « Hizolo, dice Herrera, y armóle caballero al uso de Castilla, y porque lo fuese de Jesucristo lo hizo bautizar y se llamó D. Lorenzo Maxicatzin. »

(3) Véase ántes, (pág. 383), la manera con que consiguieron el azufre Montaño y sus intrépidos compañeros.

(4) « Así se hicieron trece bergantines en el barrio de Atempa, junto á una hermita que se llama San Buenaventura, los cuales hizo otro Martin López, uno de los primeros conquistadores, y le ayudó Neguez Gómez. » Hist. de Tlaxcallan, MS.

CAPITULO IV.

CUAUHTEMOTZIN, EMPERADOR DE LOS AZTECAS. — PREPARATIVOS PARA LA MARCHA. — CODIGO MILITAR. — LOS ESPAÑOLES ATRAVIESAN LA SIERRA. — ENTRAN EN TETZCOCO. — EL PRINCIPE IXTLILXOCHITL.

(1520.)

Miéntras pasaban los sucesos referidos en el capítulo precedente, habia verificádose un cambio importante en la monarquía azteca. El hermano y sucesor de Moteuczoma, Cuitlahuatzin, habia muerto improvisamente de la viruela, despues de un breve pero glorioso reinado de cuatro meses; glorioso he dicho, porque en su tiempo fué la derrota y expulsion de los españoles (1). A la muerte de este belicoso príncipe se reunieron como era de costumbre los electores, para nombrar al que debia subir al trono. Difícil era este puesto en aquellos momentos de ingente peligro. El teoteuhtli ó sumo sacerdote, imploró la bendicion del cielo para aquella eleccion. Su oracion se conserva todavía y tiene grande interes no solo por ser la última que se pronunció con un mo-

(1) Solis al acabar de hablar de este príncipe, hace la siguiente observacion : « solo reinó pocos dias; pero los bastantes para que su indolencia y apatía borraran en el pueblo su memoria. » (Conq., lib. 4, cap. 16.) No puedo ni conjeturar de donde pudo sacar el Historiador de las Indias los coloridos, para su retrato, pero ciertamente no fué de los autores de aquella época, pues todos están conformes en trazar el retrato del príncipe azteca, con los rasgos que le he atribuido en el texto. Cortés que debe haberle conocido, le pinta « sabio y valiente. » (Relac. Seg., pág. 166.) Véase ademas : Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 29. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 19. Ixtlilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 88. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 2, cap. 16. Gomara, Crónica, cap. 118.

tivo semejante, sino tambien por ser una muestra de la elocuencia sagrada entre los aztecas. Es como sigue :

« Señor nuestro: ya V. M. sabe como es muerto nuestro N.: ya lo habeis puesto debajo de vuestros piés; ya está en su recogimiento; y es ido por el camino que todos debemos de ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde no hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo donde nadie le desasosegará.

« Todos estos señores y reyes, rigieron, gobernaron y gozaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitial del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrio y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del gobierno que trajeron sobre sus hombros, y lo dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandásteis que fuese y le llamásteis, y por haberle descargado de tan grande carga, y quitado tan grande trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo. ¿ Por ventura fué á alguna parte de donde otra vez pueda volver acá ? ¿ para que otra vez sus vasallos puedan ver su cara ? Por ventura vendrá á decirnos hágase esto ó aquello ? ¿ Vendrá otra vez á ver á los cónsules y regidores de la república ? ¿ Verle han por ventura mas ? ¿ Conocerle han mas ? ¿ Oirán por ventura mas su mandamiento y decreto ? ¿ Vendrá en algun tiempo á dar consuelo y refrigerio á sus principales, y cónsules ? ¡ Ay dolor, que del todo se nos acabó su presencia, y para siempre se nos fué ! ¡ Ay dolor, que ya se nos mató nuestra candela y nuestra lumbre, y la hacha que nos alumbraba, del todo la perdimos ¡ Dejó perpetua orfandad, y perpetuo desamparo á todos sus súbditos é inferiores ! ¿ Tendrá por ventura cuidado de aquí adelante, del gobierno de este pueblo, provincia ó reino; aunque se destruya y asole el pueblo, con todos los que en él viven, ó el señorío ó reino ? ¡ O señor nuestro humanísimo ! ¿ es cosa convenible, por ventura, que por la ausencia del que murió, venga al pueblo, señorío ó reino, algun infortunio en que sean destrozados, desbaratados, y ahuyentados los vasallos que en él viven, porque viviente el que murió estaba amparado debajo de sus alas, y tenia tendidas sobre él sus plu-

mas? Gran peligro corre este vuestro pueblo, señorío ó reino, si no se elige otro con brevedad que le ampare! ¿ Pues qué es lo que V. M. determina de hacer? ¿ Es bien que esté á oscuras este vuestro pueblo? ¿ Es bien que esté sin cabeza, y sin abrigo? ¿ Queréisle por ventura asolar y destruir? ¡ O pobrecitos de macehuales que andan buscando su padre y su madre y quien los ampare y gobierne, así como el niño pequeñuelo que anda llorando buscando á su madre, y á su padre cuando están ausentes, y reciben gran angustia cuando no los hallan! ¡ O pobrecitos de los mercaderes, que andan por los montes, páramos y zacateles; y tambien de los tristes labradores, que andan buscando yerbezuelas para comer, raíces y leña para quemar, ó para vender, de que viven! ¡ O pobrecitos de los soldados y hombres de guerra, que andan buscando la muerte, y tienen ya aborrecida la vida, y en ninguna otra cosa piensan sino en el campo, y en la raya donde se dan las batallas! ¿ á quien apellidarán? Cuando tomaren algun cautivo ¿ á quién le presentarán? Y si le cautivaren, ¿ á quién darán noticia de su cautiverio, para que se sepa en su tierra que es cautivo? ¿ á quién tomará por padre y por madre para que en estos casos semejantes le favorezca, pues que ya es muerto el que hacia esto, el que era como padre y madre de todos? No habrá ya quien llore ni quien suspire por los cautivos, porque no habrá ya quien dé noticia de ellos á sus parientes. ¡ O pobrecitos de los pleiteantes, y que tienen litigios con sus adversarios que les toman sus haciendas! ¿ Quién les juzgará, pacificará y los limpiará de sus contiendas y porfias; bien así como el niño cuando se ensucia, que si su madre no le limpia, estáse con su suciedad? Y aquellos que se revuelven unos con otros, y se abofetean, y apuñean y aporrean, quién pondrá paz en ellos? Y aquellos que por estas causas andan llorosos y derramando lágrimas, ¿ quién les limpiará las lágrimas, y remediará sus lloros? ¿ podránse ellos remediar á sí mismos por ventura? ¿ Quién pondrá el trono de la judicatura? ¿ Quién tendrá el estrado del juez, pues no hay ninguno? ¿ Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío ó reino? ¿ Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan cargo de la gente baja por los barrios? ¿ Quién mandará tocar el tambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿ Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¡ Señor nuestro y emperador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir, y señalar alguna persona suficiente para que tenga

vuestro trono, y lleve á cuestas la carga pesada del régimen de la república, regocije y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo poniéndole en su regazo: ¿ quién alegrará y regocijará al pueblo á manera del que tañe á las ovejas que andan remontadas, ó amotinadas para que se asienten? ¡ O señor nuestro humanísimo! haced esta merced á N. que nos parece que es para este oficio: elegidle y señaladle para que tenga este vuestro señorío y gobernacion! ¡ dadle como prestado vuestro trono y sitial, para que rija este señorío y reino por el tiempo que viviere! sacadle de la bajeza y humildad en que está, y ponedle en la honra y dignidad, que nos parece es digno de ella! ¡ O señor nuestro humanísimo! dad lumbre y resplandor de vuestra mano á esta república ó reino! Lo dicho solamente vengo á proponer delante de V. M. aunque muy defectuosamente, como quien está borracho y va zancadillando, y medio cayendo. Hágase como V. M. fuere servido en todo y por todo » (1).

La eleccion recayó en Cuauhtemotzin ó Guatemotzin, como le llaman por corrupcion, pero mas eufónicamente los españoles (2). Era sobrino de los dos últimos monarcas y casado con una prima, la hermosa princesa Tecuichpo, hija de Moteuczoma. « Solo tenia veinticinco años cuando subió al trono, tenia una figura elegante para ser indio, era valiente y tan terrible que sus compañeros temblaban en su presencia (3). No le arredraron los peligros de que estaba rodeado el trono, y al ver que se reunia la tempestad, se preparó á resistirla varonilmente. Aunque jóven era muy experimentado en las cosas de la guerra y se habia distinguido entre todos, en los sangrientos combates de la capital. Nutria en su corazon cierta especie de odio religioso contra los españoles

(1) Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 6, cap. 5.

(2) Parece que los españoles cambiaban el Ua con que empezaban los nombres aztecas, en Gua; de la misma manera que en la península cambiaban el Wad de las palabras arábigas, por Guad. (V. Conde, el Nubiense, Descripcion de España, notas, « passim. ») El tzin lo añadian los mexicanos á los nombres de los señores y príncipes, en señal de respeto. Así, « Cuitlahuac » se llamaba « Cuitlahuatzin. » Esta terminacion que ordinariamente suprimian los españoles, ha sido conservada por casualidad, ó tal vez por razon de eufonía, en el nombre de Cuauhtemotzin.

(3) « Mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil para ser indio, y muy esforzado que se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban delante de él; y estaba casado con una hija de Moteuczoma, bien hermosa mujer para ser india. » Bernal Diaz. pag. 130.

semejante al que cuentan que Annibal profesaba y que ciertamente demostró profesar á los romanos.

Por sus espías sabía Cuauhtemotzin todos los movimientos de los españoles y supo oportunamente su designio de sitiar la capital. Preparóse á este suceso haciendo salir de ella toda la gente inútil y reclamando la ayuda de sus poderosos vasallos convecinos. Continúó los planes de su antecesor para fortificar la ciudad, animó á sus tropas y las excitó ofreciendo premios á aquellos que sobresalieran en la guerra. Invitó á sus vasallos de todo el imperio á atacar á los blancos donde quiera que les encontrasen, poniendo precio á las cabezas de estos y tambien á las personas de los que fuesen traidos vivos á México (1). Así es que no era raro que los españoles encontrasen colgando en los templos los miembros y vestiduras de aquellos sus desventurados compatriotas que habian caido prisioneros y sido enviados á la capital para ser sacrificados (2). Tal era el nuevo monarca llamado á ocupar el vacilante trono de Anáhuac ; monarca digno por su ánimo grande y esforzado, de empuñar el cetro en tiempos ménos infelices ; puesto que en estos de luto y desventura se resolvió cual convenia á un príncipe que ama á su pueblo, á sostenerle en su caida ó á perecer juntamente con él (3).

Volvamos ahora á los españoles que están en Tlaxcallan donde los hemos dejado haciendo los preparativos para el viaje á México. Al comandante cupo la satisfaccion de ver á sus tropas regularmente equipadas, aunque de diversas maneras, segun la condicion de los diversos refuerzos que habian ido llegando ; pero en fin, muy superiores al ejército con que invadió el país por primera vez. El total de la fuerza subia á cerca de seiscientos hombres, de los que cuarenta eran de caballería, ochenta arcabuceros ó ballesteros ; el resto estaba armado de espada y rodela, y de las lanzas con punta de cobre hechas en Chinantla. Con-

(1) Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 19.

(2) Bernal Diaz, cap. 134.

(3) Se recuerda la hermosa invocacion que Racine pone en boca de Jead :

Venez, cher rejeton d'une vaillante race
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace;
Venez d'un diadème à leurs yeux vous couvrir,
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.

Athalie, Act. 4, sc., 5.

taba ademas con nueve cañones y regular cantidad de pólvora (1).

Ya que estaban las tropas en órden de marcha, recorrió Cortés sus filas exhortando á sus soldados conforme tenia de costumbre en ocasiones tales, á que se mostrasen dignos de sí mismos y de la empresa que habian acometido. Díjoles que iban á combatir contra rebeldes que en otro tiempo habian jurádose vasallos de España (2), contra bárbaros enemigos de la fe de Cristo : que iban á pugnar por la cruz y la corona, á pelear por su propia honra, á lavar la mancha que oscurecia sus armas, á vengar sus agravios y las vidas de sus desventurados compatriotas, muertos en los campos de batalla ó víctimas en el cruento altar de los sacrificios : que jamas se habia presentado á caballeros cristianos una guerra que tuviese mas incentivos que esta, en la cual iban á ganar prez y fama en este mundo, y gloria imperecedera en el futuro (3).

Así trató el hábil general de tocar en su auditorio las cuerdas de la religion, el honor y la codicia, y de aguijar á los de poco ánimo ántes de llevarlos á los peligros del combate. A las palabras del general correspondió el ejército con aclamaciones y protestas de que moririan en defensa de la fe, y de que ó conquistarian ó dejarian sus cadáveres juntos con los de sus compatriotas, en las aguas de Tetzcoco.

El ejército de los aliados pasó despues revista ante el general. Los escritores lo regulan en 110 ó 150,000 hombres. La discrepancia entre estos dos números y la exageracion de ambos, dan á conocer cuán poca fe merecen tales regulaciones. Pero no puede dudarse que era muy numeroso pues estaba formado no solo de los guerreros tlaxcaltecas, sino tambien de los de Chololan, Tepeaca y demas provincias comarcanas ya sometidas á la corona de Castilla (4).

Iban armados, segun es costumbre, de arcos, flechas, el pesado *ma-*

(1) Relac. Terc. de Cortés, pág. 133.
Los mas, si no es que todos los escritores españoles están, (¡ cosa rara !) contestes sobre la fuerza del ejército.

(2) « Y como sin causa ninguna todos los naturales de Colhua, que son los de la gran ciudad de Temixtitan, y los de todas las otras provincias á ella sujetas, no solamente se habian rebelado contra V. M. » Ibid, *ubi supra*.

(3) Ibid, pág. 184. « Porque demas del premio que les daria en el cielo, se les seguirian en este mundo, grandísima honra, riquezas inestimables. » Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 91.

(4) « Cosa muy de ver, » dice el P. Sahagun, sin determinar exactamente el número, « en la cantidad y en los aparejos que llevaban. » Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 30.

quahuitl y las largas y formidables lanzas cuyo uso habia introducido Cortés entre sus propios soldados. Estaba dividido el ejército indio en batallones, cada uno con su comandante y su bandera propia. Los cuatro gobernadores de la república marchaban á la vanguardia; tres de ellos eran ya ancianos y demostraban por las insignias de que iban cubiertos, sus numerosos y gloriosos hechos de armas. En su casco ondeaba el penacho de ricas plumas, salpicado de esmeraldas y otras piedras preciosas. El ichcapil ó peto de algodon estaba cubierto por una graciosa cota de plumaje; y sus piés iban calzados de sandalias cubiertas de oro. Seguíanles cuatro pajes que llevaban sus armas; y luego otros cuatro que portaban las banderas en que iban blasonados los escudos de armas de las cuatro grandes provincias de la república (1). Los tlaxcaltecas aunque sobrios en extremo, gustaban de la pompa militar tanto como ninguna otra tribu de la mesa. Al desfilar por delante de Cortés, le saludaron agitando sus banderas y tocando sus instrumentos bélicos; á lo que contestó Cortés quitándose el casco conforme iban pasando (2). Los guerreros tlaxcaltecas y en especial el jóven Xicotencatl, afectaban imitar á sus maestros los europeos, no solo en la táctica, sino hasta en las ceremonias militares de ménos importancia.

Cortés dirigió á los indios por medio de Marina, una breve alocucion: manifestábales que iba á lidiar contra los enemigos de Tlaxcallan y les exhortaba á que por lo tanto le ayudasen de una manera digna de la fama de la república. A los que se quedaban les reencargó que ayudasen á la pronta construccion y conclusion de los buques, de lo que en gran parte dependia el buen éxito de la empresa; y finalmente, invitó á quedarse á todos los que no tuviesen la firme resolucion de acompañarle hasta la completa sujecion de la capital (3). Esta proclama fué contestada con aclamaciones, ó mejor dicho, aullidos terribles que probaban el placer con que aquellos hombres veian acercarse el momento de vengar sus multiplicados agravios y de humillar á su arrogante enemigo.

Antes de partir promulgó Cortés lo que pudieramos llamar unas ordenanzas militares demasiado notables para pasarlas en silencio. En el preámbulo asienta que en todas las cosas divinas y humanas, y para que estas últimas valgan algo, es lo primero cuidar del órden. Díjoles

(1) Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20.

(2) Ibid, *ubi supra.*

(3) Ibid, loco citato.

que la historia antigua nos enseña que los grandes capitanes debieron sus victorias tanto á su valor y fortaleza, como á la sabiduría de sus ordenanzas; y que la situacion especial en que se encontraban los españoles, reducidos á un puñado y rodeados de un enemigo diestro en el manejo de las armas y esperto en el arte de la guerra, hacia aún mas necesario un código militar. Despues recuerda al ejército que la conversion de los infieles es la obra mas grata á los ojos del Altísimo y la que les ganará su ayuda y proteccion; y finalmente, advierte á los soldados que aquel debe ser el primer objeto de la expedicion, sin lo cual, « la guerra sería manifiestamente injusta y todas las cosas adquiridas serian un robo » (1).

El general protesta solemnemente que su principal objeto es el deseo de sacar á los indios de las tinieblas de la idolatría en que están envueltos y de hacerles ver la luz de una fe pura y santa; y despues de esto recuperar para su rey y señor los dominios que de derecho le pertenecen (2).

Las ordenanzas prohibian toda blasfemia contra Dios y sus santos, que es un vicio mas frecuente entre las naciones católicas que entre las protestantes; debiéndose acaso ménos á la diferencia de religion que á la de temperamento, pues el ardiente clima en que predomina el catolicismo, estimula ó provoca á expresar las pasiones con mucha mayor vehemencia (3).

Otros de los artículos prohibe el juego, vicio al cual los españoles de todos tiempos han estado sujetos de una manera especial. Cortés, con-

(1) « Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales de estas partes y reducillos, ó á lo ménos desear su salvacion y que sean rendidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe Católica : porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, sería injusta y todo lo que en ella se hubiese, Onoloxio é obligado á restitucion. » Ordenanzas militares, MS.

(2) « E desde ahora protesto en nombre de V. M. que mi principal intencion é motivo es favorecer esta guerra y las otras que ficiese, por traer y reducir á los naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia ; y despues de los sojuzgar y supeditar bajo el yugo é dominio imperial y real de su sacra majestad, á quien jurídicamente el señorío de todas estas partes. » Ordenanzas militares, MS.

(3) « Solo en España é Italia, » dice el sagaz historiador de las repúblicas italianas, « se encuentra esta viciosa costumbre, enteramente desconocida en los países protestantes, y que no debe confundirse con los groseros juramentos que el pueblo de todos los países, mezcla en sus discursos. Los pueblos del mediodía, en sus accesos de cólera, atacan los objetos de su culto, los amenazan, y cargan de palabras injuriosas y ultrajantes, á la misma divinidad, al Redentor y á sus santos. » Sismondi, repúblicas italianas, c. 126.

temporizando con las costumbres nacionales lo permite hasta cierto punto; pero prohibe absolutamente el juego de los dados (1). Sigue despues otra prevencion contra las riñas y duelos y prohibiendo las bravatas y sarcasmos; por dañar todo esto al buen órden de las tropas, tanto en campaña como en cuartel. Viene luego otra ley que prohibe bajo pena de muerte á todo capitan quien quiera que sea, atacar al enemigo sin haber recibido órden de hacerlo; costumbre de las mas perniciosas y frecuentes que tenian las tropas de Cortés, y que era debida al carácter impetuoso y á la falta de verdadera disciplina militar.

La última ordenanza prohibe á todo oficial guardarse para sí ninguna cosa del botin, ya consista en oro, plata ó piedras preciosas, ya en telas, plumajes, esclavos ó cualquiera otra cosa, y donde quiera y por quien quiera que sea tomado: y se ordena á todo oficial que lo entregue al general ó al que él hubiere encargado de recibirlo. La infraccion de esta ley estaba castigada con pena de muerte y confiscacion de bienes. Este severo código prueba que por mucho que ocupasen al conquistador las consideraciones espirituales, no se olvidaba tampoco de las terrenales (2).

Tales disposiciones no se quedaron solo escritas, pues poco tiempo despues de promulgadas, las sancionó Cortés ahorcando á dos de sus esclavos por haber robado á los indios. Igual castigo recibió un soldado por un motivo semejante; bien que le bajaron de la horca ántes de que estuviese enteramente consumada la ejecucion. Cortés conocia bien el carácter de sus compañeros, que rudos y turbulentos, necesitaban ser gobernados con mano de hierro. Sin embargo, procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidad en que la mancomunidad de peligros

(1) Lucio Marineo que por entónces residia en la córte castellana y que presenció los funestos efectos del juego, se desata contra él en los duros términos que siguen: « El jugador es el que desea y procura la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su Rey y Señor, y el que mata su ánima y la echa en el infierno: ¿y qué no hará el jugador que no se avergüenza de perder sus dineros, de perder el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra, y perder finalmente la vida? Por lo cual como ya gran parte de los hombres, siempre y donde quiera continuamente juegan, paréceme verdadera la opinion de aquellos que dicen « el infierno está lleno de jugadores. » Cosas memorables de España. (Edicion de Sevilla, 1539) fol. 165.

(2) Todas estas disposiciones las refieren Herrera, Solis, Clavijero y otros; pero con tal inexactitud, que es claro que jamas vieron el instrumento original. El que yo tengo está sacado de la coleccion de Muñoz. Como á pesar de ser curioso é interesantísimo, nunca ha sido publicado, lo doy íntegro en mi Apéndice, parte 2, núm. 13.

y padecimientos ponia á los oficiales y á los soldados, era muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y abiertos del general, favorecian esta licencia que él no reprimia en circunstancias comunes, acaso por considerarlo difícil ó áun impolítico pues que ella era una especie de válvula de seguridad por donde se evaporaba la hirviente licencia de la soldadesca, la cual, reprimida violentamente, podria producir una explosion. Pero los límites de su condescendencia eran conocidos y toda tentativa.para traspasarlos expeditivamente castigada. Así, templando la severidad con la indulgencia, encubria una voluntad inflexible bajo los modales abiertos de un soldado, y logró tener á raya á sus audaces y desalmados aventureros, mejor de lo que jamas lo habrá conseguido uno de esos pedantes pedagogos, escrupulosos en velar por la observancia hasta de las bagatelas de la disciplina militar.

Las ordenanzas aunque tienen fecha del 22 de Diciembre, no fueron promulgadas al ejército, sino hasta el 26. Dos dias despues, estaban en marcha las tropas, y Cortés puesto á su cabeza, salió entre músicas y festejos de la capital republicana que tan generosamente le habia dado asilo, y que por dos veces le habia proporcionado los medios de llevar á cabo su gigantesca empresa.

La poblacion de la ciudad venia tras el ejército, diciendo el último adios á sus compatriotas y rogando á los dioses que les ayudasen.

No obstante que eran muchos los indios que venian con Cortés, él solo á una pequeña parte permitió que le acompañase. Determinó establecer su cuartel general en un punto del lago de Tetzcoco, desde el cual pudiese dañar á la ciudad reduciéndola á una especie de sitio (1).

En cuanto al ataque ó asalto, resolvió dejarlo para cuando estuviesen concluidos los bergantines, para poder darlo con mayores ventajas. Entre tanto, no quiso embarazarse con una multitud de tropas inútil y difícil de mantener, y prefirió dejarla en Tlaxcallan para que convoyase los buques cuando estuviesen acabados y le ayudase en sus ulteriores operaciones.

Tres caminos se le presentaban á Cortés por donde entrar en el valle mexicano, pero él eligió el mas difícil y que pasaba por la fragosa sierra

(1) Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Bernal Diaz, cap. 127. El primer historiador dice que los aliados eran 8,000; el último que 10,000. ¿Quién sabe?

que separa la mesa oriental de la occidental, cuyo camino era tan fragoso y lleno de precipicios que apénas podia servir para la marcha de un ejército. Seguramente creyó y con razon, que así sería ménos molestado por los indios, que se fiarian de la aspereza misma del terreno.

El primer dia anduvieron cinco ó seis leguas, con Cortés á la vanguardia á la cabeza del pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la colosal cadena de montañas que atraviesa el país y que por su parte meridional toca con el gigantesco Iztaccihuatl ó « mujer blanca » cubierto con las canas de los siglos (1). En este pueblo tuvieron una amistosa acogida y al dia siguiente comenzaron á subir la sierra.

El camino era quebrado y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas embarazaban el terreno, y los torrentes del invierno habian hecho zanjas tan profundas que estorbaban el paso de la artillería; miéntras que los troncos atravesados de los árboles lo dificultaban tambien para la caballería. El frio era cada vez mas crudo conforme iban subiendo, y hacia mucha impresion en los españoles acostumbrados últimamente á una temperatura cálida, ó por lo ménos, templada; sin embargo de que la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacia resistirlo mas fácilmente. La única vegetacion que allí se veia era el pino cuyos oscuros bosques revestian la falda de la sierra, y áun esta vegetacion iba siendo cada vez mas pobre y escasa. Hízose noche ántes de que los cansados españoles llegasen á la cresta de las montañas, en las que á toda priesa encendieron luminarias, procurando tambien á fuerza de andar, calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas en movimiento. Díjose misa y comenzaron la bajada, mas difícil y penosa que la subida del dia anterior; porque ademas de los obstáculos naturales, encontraron ramas de árbol, puestas de intento por los naturales para embarazar aún mas el camino. Cortés ordenó á un destacamento que lo despejase y el

(1) Esta montaña que junta con su compañera forma lo que pudiera llamarse las columnas de Hércules del valle mexicano, ha sido bellamente comparada á causa de su larga cresta, al lomo de un dromedario. (Tudor's Tour, in North-America, let. 22.) Se eleva mucho mas allá de los límites que tienen los yelos en los trópicos; y su enorme cresta y faldas cubiertas de un blanco argentino, forma uno de los mas bellos espectáculos de que se goza desde la capital.

ejército prosiguió su marcha; pero siempre con el temor de que los indios hubiesen preparado una emboscada para sorprenderles en lo mas enmarañado del camino. Movíanse, pues, con cautela y desconfianza, sin apartar la vista de lo mas oscuro de los bosques donde creian que podria estar en acecho el enemigo. Pero no encontraron ningun sér viviente, excepto los selváticos animales que moraban en aquellos, y parvadas de *zopilotes* (buitres propios de aquel país), que, semejantes á una legion de espíritus malignos, venian delante del ejército, en espera del horrendo festin que les aguardaba.

En la bajada sintieron los españoles un agradable cambio de temperatura: la vegetacion mudó tambien de carácter; y al fúnebre pino que habia sido su único compañero durante la última parte del viaje, sucedió el gigantesco encino, el sicomoro y un poco mas abajo el pimiento, cuyas rojas bayas se confundian con el follaje de las selvas. En las barrancas se veía el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos se ostentaban sobre las ramas y revelaban un clima mas suave y mas fértil.

Por último, el ejército salió á una llanura donde la vista, libre de los bosques que la circuian en la cumbre de los collados, podia espaciarse por todo el valle de México. Veíasele allá, bañado con los rayos del sol poniente, extenderse como dormido en brazos de los gigantescos montes que, semejantes á una falange de genios, lo circundan por todas partes. Aquel espectáculo magnífico y nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los veteranos de Cortés no pudieron verlo con indiferencia, no obstante que despertaba el acerbo recuerdo de los atroces padecimientos que habian pasado en aquellos hermosos, pero traidores recintos. El animoso Conquistador dice: « y prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres como si fuera á cosa de mucho placer (1). »

Conforme avanzaron los españoles vieron brillar en las cumbres de los montes, hogueras que probaban que los habitantes estaban en alarma y reunidos para recibirles. El general previno á los suyos que no se olvidasen de su alta fama, que cuidasen de marchar en órden y juntos y de obedecer exactamente las órdenes de sus oficiales (2). A

(1) Relac. Tercera, en Lorenzana, pág. 188.

(2) « Y yo torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siem-

cada vez que daban la vuelta de alguna montaña esperaban encontrarse un ejército prevenido á disputarles el paso; y al ver que pasaron los desfiladeros de la sierra sin ser molestados, temieron encontrar en el valle un ejército que les obligase á pelear tan descomunalmente como en Otumba . Pero aunque de tiempo en tiempo se descubrian por las montañas partidas que parecian ser de pura observacion, llegaron sin obstáculo hasta una barranca por la cual pasaba un rio atravesado por un puente medio destruido. Del lado opuesto habia un fuerte ejército indio que parecia querer disputar el paso; pero fuese que no confiara en su número, ó que le intimidara la marcha imperturbable de los españoles, se dispersó fácilmente y sin causarles daño ninguno, luego que recibió algunas cargas de caballería. En seguida continuaron su marcha sin ser molestados, hasta llegar á la pequeña ciudad de Coatepeque, donde pernoctaron. Antes de retirarse á sus cuarteles rondó Cortés el campamento, acompañado por unos cuantos caballeros escogidos, para ver si no habia riesgo (1). Parece que sus ojos nunca se cerraban ni se fatigaba su cuerpo; el indómito espíritu que le animaba era el que le daba fuerzas para tanto (2).

Sin embargo, tambien debe haber contribuido á tenerle despierto, la ansiedad y la duda, pues solo distaba tres leguas de Tetzcoco, la celebrada capital de los Acolhuas, donde se propuso establecer sus cuarteles, si posible era; tanto por ofrecer cómodo alojamiento para todo el ejército, como porque comunicando con Tlaxcallan por un camino diferente de que acababa de pasar, mas fácilmente podria ponerse en comunicacion con aquel punto, y recibir los bergantines luego que estuviesen listos para echarlos en las aguas del lago. Pero desconfiaba fundadamente del recibimiento que le harian en aquella ciudad, pues despues de la

pre habian hecho; y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase y que fuesen con mucho concierto y órden por su camino. » Ibid, *ubi supra*.

(1) « E como la gente de á pié venia algo cansada y se hacia tarde, dormimos en una poblacion que se llama Coatepeque..... E yo con diez de á caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercibida. » Ibid, *ubi supra*.

(2) En cuanto á la marcha del ejército, consúltese ademas de la carta de Cortés ya citada, á Gomara, cap. 121. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 18. Bernal Diaz, cap. 137. Camargo. Hist. de Tlaxcallan, MS. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Ixtlilxochitl, Relacion de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica. (México, 1829,) pág. 9.

salida de los españoles habian sobrevenido en el reino de Tetzcoco, cambios importantes, de que es menester informar al lector.

Ya recordará que el cacique llamado Cacamac, habia sido depuesto por Cortés cuando en su residencia por primera vez en la capital, á consecuencia de una proyectada conspiracion contra los españoles; se habia conferido la corona á su hermano el menor, llamado Cuicuitzca. El príncipe destronado era uno de los prisioneros que traia consigo Cortés y que perecieron en la terrible matanza de la noche triste. El hermano, temeroso de permanecer despues de la huida de los españoles, reinando sobre vasallos cuyas simpatías eran todas hácia los aztecas, abandonó el trono y fué á reunirse con el ejército en Tlaxcallan, adonde pudo llegar sano y salvo.

En el entre tanto, otro segundo hijo de Netzahualpille, llamado Coanaco, hizo valer sus derechos legítimos al trono, que le pertenecia por herencia despues de muerto su hermano mayor; y como participaba del odio que los aztecas profesaban á los blancos, fué confirmado en el trono por el emperador de México. A poco de su advenimiento tuvo una feliz oportunidad de probar eficazmente á su protector imperial, toda su lealtad á la causa de México.

Una partida de 45 españoles que ignoraba la catástrofe de México, llevaba allá una gran cantidad de oro y pasó por el territorio tetzcocano, donde fué atacada de órden de Coanaco; quedando muertos unos en el sitio mismo del combate, y siendo llevados los demas á la capital para servir de víctimas. Las armas y vestidos de estos desgraciados fueron colgados como trofeos en los templos, y sus pieles curtidas, puestas sobre las aras de los dioses como si fuesen la ofrenda mas acepta para ellos (1).

Algunos meses despues, el proscrito príncipe Cuicuitca, cansado de residir en Tlaxcallan, se habia vuelto secretamente á Tetzcoco con la esperanza de alzar un partido en su favor. Pero si en efecto eran tales sus esperanzas quedó cruelmente desengañado; porque no bien habia puesto el pié en la capital tetzcocana cuando fué llevado á la presencia

(1) Véase lo anterior.
Las pieles de estas infelices víctimas eran una ofrenda corriente en los templos indios y los tenebrosos sacerdotes celebraban muchas de sus fiestas, bailando públicamente, envueltos en estos asquerosos despojos de sus víctimas. Sahagun, Hist. de Nueva-España, passim.

de su hermano, quien por consejo de Quautimotzin le condenó á muerte (1).

Tal era el estado de los negocios en Tetzcoco, cuando Cortés se acercó por segunda vez á sus puertas; por manera que justamente desconfiaba no solo de la especie de recibimiento que le harian, sino aún de si le impedirian la entrada por la fuerza de las armas.

Disipáronse estos temores á la mañana siguiente, en que todavía ni se acababan de poner sobre las armas los españoles cuando se recibió una embajada de Tetzcoco. Formábanla varios nobles, algunos de ellos ya conocidos de los soldados de Cortés. Traian una bandera dorada y un regalo de poco valor, en señal de paz y amistad : ademas eran los portadores de un mensaje en que ofrecia el señor de Tetzcoco, con tal de que se perdonase á su ciudad, alojar en ella á los blancos y jurar vasallaje al rey de España.

Cortés disimuló el placer que le causaba aquella nueva, y pidió ásperamente cuenta de los españoles asesinados y exigió la restitucion inmediata de lo que les habian quitado; pero los embajadores echaron toda la culpa del hecho al emperador azteca, por cuyas órdenes dijeron que se habia cometido y en cuyo poder paraba el tesoro quitado á los españoles. Instaron á Cortés para que no entrara en la ciudad en aquel dia, sino que permaneciese en los suburbios hasta que no estuviesen enteramente listos los alojamientos para el ejército, pero el general no les dió oidos y continuó su marcha, y al mediodía del 31 de Diciembre de 1520, entró á la cabeza de sus legiones, en la ciudad de Detencion, como no sin razon se llamaba á Tetzcoco (2).

Quedóse asombrado la mismo que la primera vez, de la soledad y silencio que reinaba en aquella poblada y bulliciosa ciudad. Fué llevado al palacio de Netzahualpilli que se le habia dado para cuartel. El tal palacio era un conjunto de edificios bajos que ocupaban un espacioso terreno, á la manera del cuartel que tuvieron en México. Su capacidad era tal, segun Cortés, que no solo bastaba para todo su ejército, sino para otro

(1) Relac. Terc. de Cortés, *ubi supra*. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18.

(2) Tetzcoco, nombre chichimeco, significa segun Ixtlilxochiltl, « lugar de detencion ó de descanso, » porque allí hicieron alto las diferentes tribus del Norte, al entrar en el Anáhuac. Hist. Chich., MS. cap. 10.

doble (1). Dió órden de que se respetase religiosamente la propiedad y personas de los habitantes, y prohibió á sus soldados, bajo pena de muérte, salir del cuartel.

Sus órdenes no fueron parte á impedir los desmanes del ejército aliado, que si hemos de creer al cronista tetzcocano, incendió luego que llegó uno de los palacios reales donde estaban los archivos de la nacion. Pero de cualquiera manera que haya ocurrido el incendio, es de deplorar por todos los anticuarios, quienes acaso pudieron haber encontrado en aquellos geroglíficos alguna luz sobre las emigraciones de las primitivas razas que asentaron en las montañas de Anáhuac (2).

Alarmado por la aparente despoblacion de la ciudad, y porque no salió á recibirlo ninguna de las personas de calidad, mandó Cortés á una partida de soldados que subiesen al teocalli y observasen cuanto pasaba en la ciudad. A poco dieron aviso de que los habitantes estaban saliendo con familias y todo, de la ciudad; los unos que en canoas se internaban en el lago, y los otros que á pié se retiraban á los montes. El general comprendió entónces lo que significaban las instancias del cacique para que pernoctase fuera de la ciudad, lo cual tenia por objeto ganar tiempo para evacuarla. Temió que se le escapase el cacique mismo, y para estorbarlo destacó en las avenidas, partidas que detuviesen á los que intentasen salir y que aprehendiesen al calcique si él era de éstos; pero ya era tarde, porque Coanaco iba ya muy léjos en el lago, camino de México.

Cortés juzgó conveniente aprovecharse de este acontecimiento, para poner en el trono á otra persona que fuese mas adicta á la causa de los españoles. Convocó un consejo compuesto de los pocos magnates que aún quedaban en la ciudad, y por su dictámen, y en apariencia por su eleccion, hizo subir á un hermano de Coanaco, al trono que declararon vacante. Este príncipe consintió en ser dócil instrumento de los

(1) « La cual es tan grande que aunque fuéramos doblados los españoles nos pudiéramos aposentar bien en ella. » Relac. Terc., pág. 191.

(2) « De tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva-España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron desde este tiempo. La obra de Las-Casas era la mejor y mas artificiosa que hubo en esta tierra. » Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 91.

españoles, pero sobrevivió pocos meses (1), y fué sucedido por otro miembro de la familia real, llamado Ixtlilxochitl.

Este, que era general de sus ejércitos puede decirse que gobernó el reino durante la vida de su hermano. Como este personaje tuvo despues mucho que ver en los asuntos de la conquista, á cuya consumacion contribuyó muy principalmente, convendrá hablar algo de la historia de sus primeros años tan llena de maravillas como la de un héroe de la antigüedad (2).

Era hijo del gran Nazahualpille, habido en sus segundas nupcias. Algunos prodigios extraordinarios que acaecieron cuando nació y el tétrico aspecto que tomaron los astros, hicieron que los astrólogos despues de consultar el horóscopo del príncipe aconsejasen á su padre que le quitase la vida, pues de llegar á crecer estaba destinado á unirse con los enemigos de la tierra y á cooperar con ellos á la destruccion de su religion y de sus leyes; pero el anciano les replicó, que era llegado el tiempo en que los hijos de Quetzalcoatl debian venir del Oriente á poseer y sojuzgar la tierra, y que si su hijo estaba predestinado á trabajar en esta obra, era inútil oponerse á lo determinado por el Altísimo (3).

Conforme el infante fué creciendo en años, fué dando muestra no solo

(1) El historiador arriba citado paga el siguiente homenaje á su real pariente Tecocol, siendo cosa extraña, que este nombre no se encuentre en ninguna historia de aquel tiempo, con excepcion de la de Sahagun. « Fué el primero que lo fué en Tetzcoco con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y lo quiso mucho. Fué D. Fernando Ticocolzin, muy gentil hombre, alto de cuerpo, y muy blanco, tanto como podia ser cualquier español por muy blanco que fuese y que mostraba en su persona y término descender y ser del linaje que era. Supo la lengua castellana y así casi las mas noches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debia hacer acerca de las guerras. » Venida de los españoles, págs. 12, 13.

(2) El advenimiento de Tecocol y áun su existencia ha quedado sin mencionar por algunos historiadores y por otros ha sido dado á conocer, pero de una manera tan equívoca por haber omitido el nombre, que es muy dudoso si se habla mas bien de su menor hermano, Ixtlilxochitl. El historiador tetzcocano que lleva este melodioso nombre, es el único que ha hablado algo de la historia de aquel príncipe. He adoptado sus noticias, que supongo exactas, porque como pariente debia saberlas bien, aunque es necesario confesar que es tan crédulo que no siempre se le debe dar fe.

(3) « El respondió que era por demas ir contra lo determinado por Dios el Criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus antepasados que habíase venir nueva gente á poseer la tierra como creen los hijos de Quetzalcoatl, que aguardaban su venida de la parte oriental. » Hist. Chich., cap. 69.

de su talento precoz, sino de una actividad malévola, que dió mucho que temer sobre su futuro destino. Teniendo apénas doce años formó una compañía de niños de su edad ó un poco mayores, con los cuales practicaba los ejercicios militares, simulaba juegos bélicos y algunas veces atacaba á los habitantes pacíficos, poniendo á toda la ciudad en confusion y alboroto. Algunos de los antiguos consejeros del rey enlazando estos hechos con las predicciones de los astrólogos, insistieron en aconsejar al rey que acabase con el príncipe si no queria que su reino fuese algun dia envuelto en la anarquía. Este desagradable consejo llegó á oidos del príncipe, quien ofendido é irritado se puso á la cabeza de su compañía de mancebos, entró en las casas de los principales consejeros, los sacó de ellas arrastrándoles y les dió « garrote, » que era el modo con que se ejecutaba la pena capital en Tetzcoco.

Arrestáronle y lleváronle á la presencia de su padre ; y al preguntarle por los motivos de su conducta, respondió friamente : « que él habia hecho nada mas que lo que tenia derecho de hacer : que los culpables consejeros habian merecido aquella suerte por haber intentado enajenarle el afecto paternal, sin mas razon que porque él gustaba apasionadamente de la profesion de las armas, la mas noble profesion del estado y la mas digna de un príncipe : que si habian sufrido la muerte, esto mismo le preparaban á él ». El sabio Nezahualdilli, añade el historiador, juzgó de gran peso estas razones, y no encontrando en aquella accion nada de vil ni de bajo, sino un arranque de juventud y la efervescencia de un espíritu intrépido que con el tiempo podia servir de grandes cosas, se contentó con echar una grave reprension al jóven (1). No se sabe si aquella admonicion produjo en lo futuro saludables efectos. Sin embargo, cuentan que cuando creció, tomó participacion activa en las guerras de su patria, y que apénas tenia 17 años, cuando ya habia ganado las insignias debidas á un capitan valiente y victorioso (2).

(1) « Conque el rey no supo con qué ocasion poderle castigar, porque le parecieron sus razones tan vivas y fundadas que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para ser castigado; mas tan solo una ferocidad de ánimo, pronóstico de lo mucho que habia de venir á saber por las armas; y así el rey le dijo que se fuera á la mano. » Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 69.

(2) Entre otras anécdotas que se refieren para probar la precocidad del niño, una de ellas es que echó á su nodriza en un pozo de donde estaba sacando agua, por castigarle de ciertas faltas de buena conducta que él habia presenciado. Me excuso de referir todas las pruebas de precoz desarrollo, porque es probable que el lector no tenga tanta fe en las maravillas como el historiador tetzcocano.

Despues de la muerte de su padre disputó la corona con su hermano mayor Cacamac. El país estaban amenazado de una guerra civil; pero quedó arreglada la contienda, mediante la cesion que le hizo su hermano de los territorios que se extienden entre las montañas. Cuando vinieron los españoles, el jóven capitan que entónces apénas tenia 20 años, les hizo grandes demostraciones de aprecio, llevado tal vez del odio que tenia á Moteuczoma por haber apoyado las pretensiones de su hermaso Cacamac. Pero sin embargo, hasta que no subió al señorío de Tetzcoco, no mostró toda la buena voluntad que les tenia (1). Desde aquel momento se convirtió en amigo íntimo de los blancos y les ayudó no solo con su personal autoridad sino con sus ejércitos y recursos, los que aunque habian decaido del auge á que llegaron en tiempo de su padre, eran todavía bastantes considerables y le hacian un aliado de consideracion. Sus importantes servicios los han consignado agradecidos todos los historiadores españoles, y la posteridad no le defraudará ciertamente la porcion de gloria, triste por cierto, que le cupo en haber sido el señor de Anáhuac que mas eficazmente ayudó á los blancos á remachar el yugo de sus compatriotas indígenas.

Los dos ejes en que principalmente descansa la historia de la conquista, son las crónicas de Gomara y Bernal Diaz, dos hombres que distan tanto el uno del otro, como el cortesano y culto eclesiástico puede distar del rudo é inculto soldado.

El primero, Francisco López de Gomara, era oriundo de Sevilla. Cuando volvió Cortés á España despues de la conquista, fué su capellan; y despues de la muerte del conquistador siguió en el mismo empleo con su hijo el segundo marqués del Valle. Entónces escribió su crónica, por donde se puede conjeturar que no debe de ser severamente imparcial, y en efecto, semejante sospecha se encuentra confirmada, porque la historia de la conquista es necesariamente la de un héroe; pero Gomara para realzar el carácter de Cortés, ha oscurecido el de sus valientes compañeros de armas; y el mismo empeño que tiene por ocultar las debilidades de su héroe, tiene por ponderar sus proezas. Su posicion puede excusar hasta cierto punto esta parcialidad; pero no fué bastante á vindicarlo á los ojos de Las-Casas, quien rara vez concluye un capítulo de su obra sin castigar duramente á Gomara, llegando hasta el

(1) Véanse las páginas anteriores.

extremo de acusarlo de falsedad manifiesta, y decir que no tenia ojos ni oidos mas que para ver y escuchar lo que á su general le placia de dictarle. Que esto no es literalmente exacto, lo prueba el simple hecho de haber sido escrita la crónica despues de la muerte de Cortés. Por el contrario, los informes de Gomara dimanaban no solo de su patrono, sino de otras fuentes igualmente puras, pues trató con los principales actores de aquel gran drama.

Los materiales que habia reunido de esta suerte, los dispuso en un órden que raros escritores de aquel tiempo acostumbraban. En vez de ser vago é incoherente su estilo, es elegante é igualmente claro y conciso. Si alguna vez sucede que los hechos están de tal modo aglomerados que el espíritu no puede discernirlos fácilmente ni tienen holgura para meditarlos, sin embargo, todos ellos tienden á un solo punto, y la narracion en vez de arrastrarse lentamente hasta agotar nuestra paciencia, por el contrario, prosigue sin interrupcion. En una palabra, la obra por lo que hace á la ejecucion no solo es superior á la mayor parte de las de su tiempo, sino que bien pudiera aspirar al título de clásica.

Debido á estas prendas fué general el acogimiento y rápida la circulacion que tuvo la historia de Gomara; y miéntras que dormian manuscritas muchas cartas de Cortés, y las mejores composiciones de Oviedo y Las-Casas, los escritos de Gomara eran impresos y reimpresos todos los dias, y traducidos en várias lenguas europeas. La primera edicion *de la Crónica de la Nueva-España*, apareció en Medina, en 1553; y fué reimpresa en Antuerpia el año siguiente. Despues fué incorporada en la coleccion de Barcia, y finalmente, en 1826, la reprodujeron mas acá de los mares, las prensas mexicanas.

Las circunstancias que acompañaron á esta última edicion son curiosas. El gobierno mexicano señaló una pequeña suma para costear la traduccion de lo que se suponia ser un manuscrito original de Chimalpain, escritor indio que floreció á fines del siglo XVI. El desempeño de la traduccion se confió al laborioso Bustamante; pero este literato todavía no habia adelantado mucho en su tarea, cuando averiguó que el pretendido manuscrito no era mas que la traduccion en lengua azteca, de la Crónica de Gomara. No obstante esto, Bustamante continuó sus tareas hasta dar al público una edicion americana de Gomara. Otro hecho aún mas notable es que el editor mexicano al referirse en otras

de sus obras, á la de que vamos hablando, la llama constantemente la crónica de Chimalpain.

La otra autoridad á que me he referido es Bernal Diaz del Castillo, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y oscura familia, y en 1514 vino al Nuevo-Mundo en busca de buena fortuna. Se embarcó en clase de soldado raso, á las órdenes de Córdova, en la primera expedicion á Yucatán: acompañó á Grijalva en la que hizo á este mismo país, y finalmente se alistó bajo las banderas de Cortés. Acompañó á su victorioso caudillo en su primera marcha por la mesa, bajó con él á la costa cuando atacó á Narvaez, estuvo presente en la catástrofe de la noche triste, y finalmente, asistió al sitio y toma de la capital; en una palabra, apénas hubo en toda la campaña un suceso importante en que no tuviese parte. Encontróse en ciento y diez y nueve batallas ó encuentros, en muchas de las cuales quedó herido y en que mas de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. Siempre mostró Bernal Diaz el valor de un castellano viejo y una lealtad purísima que le hizo oponerse siempre á los motines que tan frecuentemente turbaron la armonía del ejército. Constantemente fué fiel á su general y á su bandera; constando esta fidelidad no solo por su propio dicho, sino por las recomendaciones del general, quien á causa de esta cualidad le encomendó comisiones de confianza y respetabilidad, que proporcionaron al futuro cronista la oportunidad de informarse auténticamente sobre todo lo respectivo á la conquista.

Cuando se consolidó el país, tocó á Bernal Diaz su *repartimiento* de tierras y colonos ; pero no quedó contento, y frecuentemente murmura del egoismo del general, que procuró aumentar su parte, á expensas de la de sus compañeros : repartir despojos es siempre una odiosa tarea. Diaz estaba de tal modo habituado á una vida activa y peligrosa, que no se contentó con la ociosa é indolente seguridad á que se vió condenado; por lo que tomó parte en las expediciones de los oficiales de Cortés y acompañó á este capitan en su terrible excursion por los bosques de Honduras.

Por fin en 1568 vemos al veterano establecido de rigor en la ciudad de Quauhtémallan, pacíficamente ocupado en referir las valerosas proezas de su juventud. Habian pasado cincuenta años desde la conquista á aquella fecha : y habia sobrevivido á su general y casi á todos sus compañeros. Unicamente cinco quedaban del puñado de valientes que acom-

pañó á Cortés desde Cuba ; y los cinco, para usar de las palabras del anciano cronista, « estaban pobres, viejos y achacosos, cargados de hijos y nietos que mantener y careciendo de los medios de hacerlo, y terminando su vida como la habian empezado, en medio de trabajos y miserias. » Tal era la suerte de los conquistadores del opulento México.

El motivo que impulsó á Bernal Diaz á tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de vindicar para sí mismo y para sus compañeros la parte de la fama que de derecho les pertenecia, y que hasta entónces les habia sido defraudada por ensalzar el mérito del general ; principalmente en los escritos de Gomara. Sin embargo, él no tuvo noticia de la crónica de éste, sino despues de comenzada la suya ; por manera que al ver el contraste que formaban su estilo familiar y desaliñado, y el culto y castigado de su predecesor, se disgustó tanto, que se vió tentado de dejar la pluma. Pero cuando leyó la crónica y vió sus groseras equivocaciones y lo que él, Diaz, llamaba la injusticia de su rival, continuó sus tareas y determinó dar á luz una narracion que tuviese por lo ménos el mérito de la fidelidad. Tal fué el orígen de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva-España.*

Debemos confesar que el historiador logró su objeto. Al recorrer sus páginas se conoce luego, que sean cuales fueren los errores en que incurra, ya por olvido de cosas tan antiguas, ya por desmesurada vanidad, ya por credulidad ó por cualquiera otro motivo, no hay mala intencion de desfigurar la verdad ; y áun cuando tal intencion hubiese tenido, su misma sencillez lo habria vendido. Aun con respecto á Cortés, si bien procuró equilibrar la balanza entre el mérito de él y de sus compañeros, y si bien condena libremente la codicia y áun la crueldad del general; hace justicia plena á sus grandes y heróicas cualidades, y no obstante sus defectos, le considera superior á todos los capitanes de los tiempos antiguos y modernos. Aun cuando se queja de él, protesta su lealtad y su afecto personal hácia el general. Si le calumnian ó le insultan indignamente, salta al momento en su defensa. En una palabra, por mucho que él censure á Cortés, no permite que nadie haga otro tanto.

Bernal Diaz, el rudo hijo de la naturaleza, es fiel y exacto copista de ella. Si me es lícito expresarme así, trasladó á las páginas de su historia las escenas de la vida, por medio de procedimientos « daguerreotípicos »:

es entre los historiadores lo que De Foe entre los novelistas. Nos lleva en medio de los campamentos ; nos hace velar con los soldados en el vivaque ; nos hace acompañarles en sus penosas marchas ; escuchar sus cuentos, sus quejas de descontento, sus planes de conquista ; saber sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños : en las páginas de Bernal Diaz se reflejan como un espejo todas las escenas pintorescas y acontecimientos romancescos de la campaña. El trascurso de cincuenta años no habia hecho mella en las facultades mentales del viejo veterano, pues que á cada línea resalta el fuego de la juventud, y al recordar lo pasado parece que la memoria de los valientes compañeros que fueron y no son, da á sus descripciones un colorido mas animado que si hubiesen sido escritas en una edad mas temprana de la vida. El tiempo, la reflexion y la tranquilidad acerca de lo futuro, hacian que sus ideas juveniles estuviesen ya consolidadas. No tenia dudas en cuanto á los derechos de la conquista, ni en cuanto á lo merecido de las penas impuestas á los infieles. El no es mas que soldado de la cruz, y los qué murieron á su lado, los reputa por mártires de la fe. «¿ Dónde están mis amigos? » pregunta : « han caido en el campo de batalla, ó han sido devorados por los caníbales, ó han servido de pasto á fieras encerradas en jaulas. Sus restos debieran haber sido guardados bajo de mármoles donde estuviesen inscriptas sus proezas ; sus nombres debieran perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su Rey y por dar luz á los que vivian en las tinieblas de la infidelidad y tambien por adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombre codician. » Este último motivo del cual habla rara vez y por incidente, es de presumir que impulsaba á los conquistadores, con mas fuerza que los dos primeros. Bernal Diaz nos ofrece en su Historia una muestra de ese candor que hace tan encantadoras las crónicas antiguas y que sin conocerlo el historiador, descubre su pecho y lo pone enteramente abierto á la vista del lector.

Parecerá cosa extraordinaria que despues de tanto tiempo áun haya conservado fresco el recuerdo de los pasados acontecimientos ; pero debemos considerar que eran tan romancescos y raros, que debian hacer una impresion muy profunda en una imaginacion jóven y ardiente. Probablemente los habria oido y contado mil veces á sus parientes y amigos, por manera que le serian tan familiares como el sitio de Troya al rapsodista griego, ó como las interminables aventuras de Sir Lancelot y de Sir Gawain, el menestral normando. Disponer esta narracion

en forma de historia, no era, pues, mas que repetirla de una manera nueva.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como es de esperar atendida la clase del escritor. Este no tiene arte ni siquiera para disimular su vanidad que rebosa de un modo ridículo á cada página de su obra.

Sin embargo, se le puede perdonar al ver que en vez de despreciar el mérito ajeno, lo reconoce y alaba, y que su vanidad es mas bien efecto de su excesivo candor. Por otra parte, él confiesa francamente este defecto, si bien lo excusa. «Cuando acabé de escribir mi historia, » dice, «la entregué á dos licenciados que tenian mucha curiosidad de leerla y á los cuales respetaba yo tanto como un hombre rudo é ignorante debe respetar á dos literatos. Al mismo tiempo les rogué que no hiciesen ninguna alteracion en el manuscrito, pues todo lo que allí se hallaba estaba escrito de buena fe. Luego que leyeron mi historia ponderaron lo maravilloso de mi memoria, dijéronme que estaba escrita en buen castellano antiguo; pero sin ninguna de las flores ni adornos que tanto acostumbraban nuestros buenos escritores. Al mismo tiempo me advirtieron que mi obra sería mucho mejor si no hubiese yo tomado por mi cuenta, sino que hubiese dejado á otros el cuidado de alabarme á mí mismo y de alabar á mis compañeros; á lo que les contesté que era comun y corriente que los vecinos y compañeros se alabasen los unos á los otros, y que si no hablábamos bien de nosotros ¿quién habia de hacerlo? Demas que nadie habia presenciado nuestras batallas y nuestras proezas, sino eran las nubes del cielo y las aves que volaban por sobre nuestras cabezas. »

No obstante los elogios de los licenciados en lo tocante al buen estilo, este es demasiado pedestre, abunda en barbarismos y á veces está sazonado con chistes propios de un cuartel; sin embargo, tiene el mérito de expresar muy claramente los pensamientos del autor y de ser muy acomodado á la sencillez de su carácter. La obra está dispuesta con ménos cuidado y esmero que el ordinario entre las de su género, y abunda en esas repeticiones y digresiones que acostumbran los hombres vulgares al contar sus cosas. Pero es inútil criticar segun las reglas del arte á un escritor que las ignoraba completamente, y mas atendiendo por otra parte á que sus obras serán leidas y releidas por los literatos y estudiosos á pesar de los defectos de que adolece, miéntras que las

composiciones de escritores mas clásicos dormirán tranquilamente.

¿En qué consiste, entónces, el encanto de la Historia de Bernal Diaz? En el espíritu de verdad que la anima; en que nos presenta las situaciones tales cuales eran, y los sentimientos tales cuales existian en el corazon del escritor. Este es el mérito de su Historia; mérito que frecuentemente tienen las obras de los que siendo ignorantes se cuidan tan solo de referir los sucesos, y de que carecen las de esos consumados y fastidiosos literatos que solo piensan en el modo de expresarse.

Una mera contingencia hizo que esta preciosa crónica saliese del olvido en que habian caido en la península tantas otras de mas alto mérito. Por mas de sesenta años estuvo sepultada en una librería privada, hasta que llegó á manos de Fray Alonso Remon, Cronista General de la Orden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el tosco exterior de la obra, su grande importancia para ilustrar la historia de la conquista. Este monje, alcanzó licencia para imprimir dicha crónica, y bajo sus auspicios se la publicó en Madrid, en 1632; cuya edicion es la que he consultado para mi obra.

LIBRO SEXTO.

Sitio y rendicion de México.

CAPITULO I.

DISPOSICIONES TOMADAS EN TETZCOCO.— SAQUEO DE IXTAPALAPAN.— VENTAJAS QUE LOGRAN LOS ESPAÑOLES. — SABIA POLITICA DE CORTES. — TRASLACION DE LOS BERGANTINES.

(1521.)

PROBABLEMENTE Tetzcoco era la mejor posicion que Cortés podia elegir para establecer su cuartel principal, atendiendo á su comodidad para alojar y mantener un fuerte ejército, y á que allí habia todos los artesanos y operarios de que se podia necesitar (1). Lindaba por un lado con Tlaxcallan, la república aliada; y por el otro con México; por manera que el general podia estar al corriente de todos los movimientos que hacia el enemigo. En una palabra, su situacion central facilitaba las comunicaciones con todo el valle, y le hacia servir de punto de apoyo de todas las operaciones.

Lo primero de que cuidó Cortés fué de fortificar el palacio en que estaba alojado, y de ponerle en tal estado de defensa que fuera imposible

(1) « Y asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaba en favor de Cortés, y así hizo traer á la ciudad de Tetzcoco el maiz que habia en las trojes y graneros de las provincias sujetas al reino de Tetzcoco. » Ixtlilxochitl, hist. Chich., MS., cap. 91.

una sorpresa no solo de parte de los mexicanos, sino áun de la de los tetzcocanos mismos. Desde la eleccion del nuevo rey habia vuelto á sus hogares una gran parte de la poblacion; pero Cortés desconfiaba de esta muestra de sumision, porque conocia que las relaciones de parentesco y de otros géneros eran tan íntimas con los aztecas, que dificilmente debia contar con sus simpatías en favor de los blancos (1). El jóven monarca parecia ser sincero en su adhesion á ellos ; pero Cortés por mas asegurarse, puso á su lado algunos españoles, cuyo objeto aparente era instruir al monarca en la lengua y en la religion católica ; pero en realidad estaban encomendados de vigilarle y de evitar que entrase en correspondencia con los enemigos de los blancos (2).

Tetzcoco distaba del lago cosa de media legua, y era necesario abrir una comunicacion directa entre éste y la ciudad, para que luego que llegasen los bergantines, se les pudiese echar al agua de manera que en ellos se fuese hasta la capital. Por consecuencia, se determinó abrir un canal que empezase en los jardines llamados de Nezahualcoyotl por haberlos plantado este príncipe, y que fuese á terminar en la orilla del lago; á cuyo intento se ahondó un riachuelo que corria en esta direccion, empleándose en aquella grande obra ocho mil indios bajo la direccion del jóven Ixtlilxochitl (3).

En el entre tanto, recibia Cortés embajadas de las ciudades convecinas que le suplicaban las tomase bajo su proteccion y las recibiese como tributarias de la corona de Castilla; á lo cual accedió él, pero con la condicion de que le entregasen á cuanto mexicano pisase su territorio. A consecuencia de esta promesa le fueron entregados algunos nobles aztecas que habian ido con diversas comisiones á dichas ciudades. Cortés se valió de ellos para que llevasen al emperador mexicano un mensaje, en el cual ponderaba en extremo lo necesario de la guerra. Decia que á los que tanto le habian agraviado poco tiempo les quedaba de vida ; que estaba dispuesto á olvidar lo pasado con tal de que se sometieran oportunamente para salvar á la capital de los horrores de

(1) « No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos ; mas despues el tiempo lo desengañó y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl y de todos. » Ibid. pag. 92.

(2) Bernal Diaz cap. 137.

(3) Ibid, ubi supra. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 91.

un sitio (1). Cortés no tenia esperanzas de lograr ningun resultado de pronto; pero creyó que su mensaje podria causar impresion en los habitantes, y que si acaso alguna parte de ellos queria entrar con él en tratados, encontraria una coyuntura de hacerlo, al ver aquella muestra de la buena disposicion en que él estaba para ayudarles. Pero por entónces no habia divisiones en la capital: toda ella se habia levantado resuelta á resistir tan simultánea y uniformemente como si fuese un solo hombre.

Ya ántes he dicho que el plan de Cortés al entrar en el valle, era sojuzgar las ciudades circunvecinas ántes de atacar á la capital misma, porque así la dejaba como á un árbol elevado, cuyas raíces han sido destruidas una á una y que no teniendo nada que lo afirme, sucumbe á la tempestad. El primer punto de ataque que eligió, fué la antigua ciudad de Ixtapalapan, lugar de 50,000 habitantes, segun la relacion del mismo conquistador, que distaba cosa de seis leguas, y situada en la punta de la lengua de tierra que separaba las aguas salobres de las dulces. Era el señorío propio del último rey de México, donde pernoctaron los españoles la víspera de entrar á la capital por primera vez, y donde quedaron asombrados de los regios jardines. No tenian mucho que agradecer á este señor, que es quien habia dirigido el ataque de la noche triste, ni tampoco á su pueblo, el cual abrigaba un odio concentrado contra los extranjeros y era el vasallo mas fiel de la corona de México.

Una semana despues de su llegada á los nuevos cuarteles, salió de ellos Cortés contra la ciudad india, con doscientos infantes, diez y ocho de á caballo y de tres ó cuatro mil aliados tlaxcaltecas; dejando miéntras el mando de la guarnicion á Sandoval. El camino que tomó pasaba por la orilla oriental del lago, estaba cubierto de ciudades y aldeas, y vestido de espesos bosques de cipreses y de cedros de los que entónces habia gran abundancia. En algunas partes pasaba por llanuras desde las cuales se descubria á la reina del valle, que salia altiva del seno de las aguas, como engreida de ser la mas bella y la primera de las ciudades de aquellas comarcas. Un poco mas allá se veia negrear la línea que unia á México con el continente; cuya calzada despertaba en los españoles los mas tristes recuerdos.

(1) « Los principales que habian sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello. » Relac. Terc., pág. 193.

Aceleraron el paso y se internaron hasta llegar á dos leguas de distancia del punto donde se encaminaban, cuando encontraron un considerable cuerpo de indios que les disputó el tránsito. Los indios mostraron su acostumbrada bravura; pero despues de un esfuerzo retrocedieron ante el invencible valor de la infantería española, que fué eficazmente ayudada por los tlaxcaltecas, quienes apénas veian un azteca, cuando se enfurecian y se ponian como frenéticos. El enemigo huyó desordenadamente y seguido de cerca por la infantería española. Ya que habian acercádose hasta media legua de Ixtapalapan, descubrieron gran número de canoas cargadas de indios que parecian estar trabajando en la calzada ó dique que entraba en el lago. Engolfados en perseguir á los fugitivos hicieron poco caso de aquellos y entraron hasta la ciudad, confusamente mezclados con los que iban persiguiendo.

De las casas, unas estaban en terreno seco; las otras descansaban en estacas clavadas en el agua. Las primeras estaban casi todas abandonadas por sus moradores que se habian escapado á toda priesa en canoas y que habian dejado dentro de sus hogares todos sus efectos. Los tlaxcaltecas se apoderaron de ellos y se cargaron de despojos. Entre tanto, los de la ciudad siguieron huyendo hasta refugiarse en las casas construidas sobre el agua, ó entre los juncos y carrizales que sobresalian de su superficie. Dentro de las habitaciones se encontró tambien algunos que no teniendo tiempo para huir se quedaron con sus mujeres é hijos.

Cortés con los suyos y con los pocos aliados que pudo reunir, atacó al enemigo en su último atrincheramiento. Unos y otros pelearon con el agua hasta la cintura, y con la mayor desesperacion: los aztecas con el furor del tigre á quien el cazador arroja de su guarida. Pero todo fué inútil, porque los indios en todas partes eran derrotados, y los habitantes corrieron igual suerte que los soldados: fueron asesinados sin piedad ni distincion de edades ni sexos. Cortés procuró poner freno á la matanza; pero mas fácil hubiera sido arrancar al hambriento lobo de su presa, que á un tlaxcalteca de la suya cuando una vez habia probado la sangre del enemigo. Mas de seis mil, entre mujeres y niños, perecieron en aquel encuentro (1).

(1) « Murieron de ellos mas de seis mil ánimas entre hombres, y mujeres y niños; porque los indios nuestros amigos vista la gran victoria que Dios nos daba, no entendian otra cosa sino matar á diestro y siniestro. » Ibid, pag. 125.

Las tinieblas de la noche habian llegado; pero algo las disipaba el fulgor del incendio, pues las tropas habian puesto fuego á las casas, por diferentes rumbos de la ciudad. La posicion insular impedia, es cierto, que el incendio se propagase de una casa á otra; pero ardia cada cual aisladamente y esparcia un resplandor siniestro que alumbraba los horrores de aquella escena. Concluida la matanza se entregaron los soldados al saqueo, y en poco tiempo sacaron de las casas cuantos objetos portátiles encontraron en ellas.

Cuando mas engolfados estaban los españoles en su obra de devastacion, se oyó un ronco rumor como el que forma un torrente de agua que se precipita, y los indios dieron el grito de que estaba rota la calzada. Entónces comprendió Cortés que en esto se ocupaban los hombres que habia visto trabajar metidos en las canoas, cerca del dique que comunicaba con el gran lago de Tetzcoco (1). Habíanlo roto los indios enfurecidos, que habian resuelto inundar la ciudad abriendo un agujero por donde las aguas del lago salado se precipitasen del otro lado que estaba mas bajo. Alarmado el general, mandó reunir á sus tropas y se dispuso á evácuar á toda priesa la ciudad. ¡ Si se queda en ella tres horas mas, no queda ni un solo blanco ! (2) Venian agobiados con el peso de los despojos, caminando con dificultad por entre la agua que cada vez iba subiendo mas. Por algun tiempo les alumbró el fuego de las casas incendiadas; pero luego que comenzaron á alejarse, la luz se fué debilitando. El agua les daba en algunas partes hasta los tobillos y en otras hasta la cintura, y les costaba gran trabajo abrirse paso. Al acercarse á la abertura de la calzada, el canal estaba aún mas profundo, y salia por aquella una corriente tan impetuosa que los hombres difícilmente podian resistirla. Los españoles echaron el pecho al agua y lograron pasar; pero los indios, no pudiendo nadar, fueron arrebatados por la corriente. Perdióse todo el botin : inutilizóse la pólvora, y las armas y vestidos se cubrieron de lodo : el helado viento de la noche, entumió sus fatigados miembros, y apénas podian arrastrarse los soldados. Al

(1) « Estándolas quemando parece que Nuestro Señor me inspiró y trujo á la memoria la calzada ó presa que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era. » Ibid, loco citato.

(2) « Y certifico á V. M. que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna. » Ibid, *ubi supra*.

amanecer se encontraron rodeados de canoas cargadas de indios que habian previsto la situacion en que estarian, y que les saludaron con una lluvia de flechas, piedras y otras armas mortíferas. Otros cuerpos de tropas ligeras flanqueaban al ejército español, á cierta distancia; pero este no deseaba habérselas con el enemigo, sino únicamente llegar á sus suspirados cuarteles de Tetzcoco, donde entró ese mismo dia mas desalentado y cansado que despues de muchas largas marchas y crudas batallas (1).

El término desgraciado de una expedicion que habia comenzado tan brillantemente, dió un desengaño á Cortés. Verdad es que no habia tenido una gran pérdida numérica; pero aquel suceso le enseñaba lo que se debia temer de un pueblo que con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba resuelto mas bien á sepultar sus ciudades bajo las aguas, que á dejarse sojuzgar. Con todo, el enemigo tampoco tenia de qué alegrarse, pues ademas de su mortandad, habia visto saqueada y talada en gran parte una de las ciudades mas florecientes y de las que por sus magníficas obras públicas, mejor merecian el nombre de cultas. ¡Pero tales son los triunfos de la guerra!

La expedicion de Cortés, no obstante el reves que habia llevado, era favorable á la causa de los españoles, porque la catástrofe de Ixtapalapan, esparció el terror por todo el valle; como lo probaban las embajadas que de várias partes llegaron pidiendo sumision. Su influjo se hizo sentir aún del otro lado de la sierra, pues la ciudad de Otompan, cerca de la cual ganaron los españoles su famosa batalla, vino pidiendo la proteccion de tan poderosos extranjeros, prometiéndoles obediencia y disculpándose de haber tomado parte en las últimas hostilidades, echando toda la culpa de ellas á los mexicanos.

Pero la ciudad mas importante de cuantas solicitaron el amparo de Cortés, era Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua ciudad poblada por una raza de la misma familia que los aztecas, y en un tiempo su formidable enemiga. El emperador azteca, desconfiando de la lealtad de sus habitantes, habia puesto allí una guarnicion que los tuviese sujetos al yugo. Los goberna-

(1) La carta del general al emperador es tan completa y tan precisa, que es la mejor autoridad acerca de este suceso. Pero puede consultarse ademas, á Bernal Diaz, cap. 138. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92 Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 2 et auctoribus aliis.

dores mandaron proponer secretamente á Cortés, que le entregarian la ciudad siempre que él les ayudase á arrojar á la guarnicion.

El comandante español no vaciló ni un solo punto, y mandó luego á Sandoval y una partida considerable con este objeto. En el camino, se hubieron á las manos la retaguárdia compuesta de tlaxcaltecas y algunas tropas ligeras de los aztecas, quedando por éstos la ventaja; pero luego se desquitaron aquellos en un reñido encuentro que se trabó con el grueso del ejército mexicano, á poca distancia de Chalco.

Encontráronse en un terreno plano, cubierto de magueyes y cañas de maíz, y por donde pasaba el camino que en aquel tiempo conducia de esta última ciudad á Tetzcoco (1). Sandoval cargó con la caballería sobre el enemigo y lo puso en desórden; pero en pocos momentos volvió aquel á reunirse y formarse y tornó al ataque con nuevo brio: Sandoval fué entónces mas afortunado, porque los embistió furiosamente, y despues de una esforzada pero inútil resistencia, los derrotó y los arrojó del campo. El ejército conquistador prosiguió su marcha á Chalco, que ya habian evacuado los mexicanos, y fué recibido en triunfo por la poblacion, que se esforzaba por mostrarle cuánto le agradecia que la hubiese libertado del yugo azteca. Despues de tomar las providencias conducentes á la seguridad de la ciudad, salió de ella para Tetzcoco, acompañado de dos señores jóvenes, hijos del último cacique.

Recibióles afablemente Cortés, y los mancebos informaron á éste, de que su padre el cacique acababa de morir cargado de años; y que al arrojar el último suspiro, mostró todavía sentimiento por no haber conocido al Malintzin. Que él creia que los blancos eran los séres que segun las predicciones de los oráculos debian venir del Oriente á gobernar la tierra (2); y finalmente, que habia encargado á sus hijos que si los españoles volvian á entrar en el valle, les prometiesen obediencia y vasallaje. Los jóvenes manifestaron estar dispuestos á cumplir con el mandato de su padre; mas como esto les debia acarrear la venganza de los aztecas, pidieron á Cortés que pusiese en su ciudad una guarnicion que los defendiese (3).

(1) Lorenzana, pág. 199, nota.

(2) « Porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que venian con barbas, de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros. » Bernal Diaz, cap. 139.

(3) Ibid, ubi supra. Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 200. Gomara, Crónica, cap. 122. Venida de los españoles, MS., pág. 15.

Cortés recibió igual invitacion de parte de otras várias ciudades que ansiaban por romper el yugo azteca; pero no estaba en disposicion de destinar una guarnicion á cada una de ellas. Ahora mas que nunca eran desproporcionados sus recursos con la magnitud de la empresa. « Y certifico á V. M. » dice en su relacion al emperador, « que allende nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenia era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M. eran molestados y trabajados por los de Colhua (1). » Pero léjos de poder ayudar y socorrer á los demas, apénas contaba con lo preciso para guardarse á sí mismo : su vigilante enemigo, acechaba todos sus movimientos, y si se hubiese debilitado dividiendo mucho su ejército y enviando destacamentos á grandes distancias, no habria dejado aquel de aprovecharse de semejante desventaja. Así, pues, todas sus excursiones las habia hecho á puntos cercanos, y despues de dar algunos golpes prontos y decisivos se habia vuelto á sus cuarteles. Tenia la mayor vigilancia y vivia tan apercibido á un ataque como si estuviese acampado dentro del mismo México.

Dos ocasiones tuvo que medírselas con los aztecas en las inmediaciones de Tetzcoco. Una vez que mil canoas llenas de soldados atravesaron el lago para traer en ellas una gran cantidad de granos, creyó Cortés que sería conveniente tomarlos para sí, y en consecuencia determinó atacar al enemigo como lo hizo, derrotándolo y trayéndose á los graneros de Tetzcoco las semillas que le habia quitado. La otra vez fué cuando habiéndose establecido un fuerte cuerpo de indios en algunas ciudades inmediatas, de paz con México, hizo otra salida, desalojó á los enemigos y sometió las ciudades. Estas maniobras absorbian todas sus fuerzas, y ninguna le quedaba para proteger á sus aliados; pero su genio fecundo le sugirió un arbitrio para suplir la falta de tropas.

Algunas de las ciudades de fuera del valle, viendo las muchas luminarias que ardian en las montañas, creyeron que los aztecas habian reunido un gran ejército y que los españoles estaban en el mayor aprieto : enviaron, pues, mensajeros á Tetzcoco ofreciendo auxilios que el general habia rehusado cuando venia en camino. Ahora les dió las gracias y al mismo tiempo que les decia que no eran necesarios, les indicaba de qué manera podian serle útil; que era defendiendo á

(1) Relac. Terc., pág. 204.

Chalco y otras ciudades que habian pedídole proteccion. Mas los aliados tenian odio de muerte á los habitantes de aquellas plazas que como vasallos de los aztecas, várias veces habian hecho la guerra del otro lado de los montes.

Cortés se apresuró á poner un término á esta rivalidad. Dijo á unos y á otros que debian echar en olvido sus antiguos odios, puesto que habian entrado hoy en nuevas relaciones, que eran todos vasallos de un mismo soberano y peleaban por la misma causa contra el comun y formidable enemigo que por tanto tiempo los habia sojuzgado : que separadamente nada valdrian; pero que juntos podian robustecerse los unos á los otros y resistir á México, miéntras venian españoles en su ayuda. Estas razones surtieron todo su efecto y el hábil general tuvo el placer de hacer que aquellas tribus olvidasen su inveterada enemistad, y que prescindiendo de los placeres de la venganza, tan gratos para un bárbaro, se tendiesen una mano amiga, y entrasen como compañeros en la misma empresa. A esta hábil política debió el general los posteriores triunfos de sus armas; tanto como á estas mismas (1).

De esta suerte, se encontraba minado en su cimiento el imperio azteca, pues los grandes vasallos en que mas confiaba habian ido separándose uno tras otro; y los aztecas propiamente dichos formaban tan solo una parte de la poblacion del valle, el cual estaba habitado en su mayor parte por tribus de la misma familia que ellos, la de los Nahuatlacos, que llegaron á la mesa central casi al mismo tiempo. Eran rivales mutuas y una por una habian ido siendo sojuzgadas por la mas belicosa de los mexicanos que las tenian sujetas á veces por la viva fuerza, y siempre por el miedo. El miedo era el gran principio de cohesion que unia los heterogéneos elementos de que se componia la monarquía azteca, la cual debia disgregarse bajo la accion de una fuerza mas enérgica. No era esta por cierto, la primera vez que las razas oprimidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entónces todas las tentativas se habian malogrado por falta de concierto. Estaba reservado al genio pujante de Cortés extinguir los odios hereditarios, combinar los esparcidos elementos de fuerza y dar á todos un principio de accion comun (2).

(1) Ibid, págs. 204, 205. Oviedo Hist. de las Ind.., MS., lib. 33, cap. 19.

(2) Oviedo, lleno de admiracion hácia su héroe, hace de él el siguiente elogio, prediciendo

Alentado por estos acontecimientos, creyó oportuno el momento para entablar negociaciones con la capital; y se aprovechó igualmente de la presencia de algunos nobles aztecas hechos prisioneros en el encuentro con Sandoval, para mandar con ellos una embajada. Su tenor era parecido al de la primera, y renovaba la oferta de que si se sometia la capital, Cuauhtemotzin quedaria en el trono y se respetarian las propiedades y vidas de los habitantes. Ninguna contestacion se recibió; porque el jóven guerrero tenía un ánimo tan indómito como el del mismo Cortés. Heredó todos los frutos del vicioso sistema de gobierno seguido por sus antepasados; pero al sentir vacilar bajo sus plantas el trono en que estaba sentado, se imaginó poder sostenerle él solo con su energía y recursos personales. Impidió la insurreccion de algunos de sus vasallos, poniendo guarniciones en las ciudades: á otros se los ganó exonerándoles de las cargas y tributos que soportaban, y haciéndoles ocupar los puestos mas honrosos y de mayor autoridad en el estado. Al mismo tiempo manifestaba su implacable animosidad contra los blancos, mandando que todo el que fuese cogido en sus dominios imperiales, fuese enviado derechamente á la capital, donde se le sacrificaba con toda la bárbara solemnidad que pedia el ritual azteca (1).

como se ha verificado, que su nombre seria inmortal. Es una bella muestra del estilo del antiguo historiador

« Sin duda alguna la habilidad y esfuerzo é prudencia de Hernando Cortés, muy dignas son que entre los caballeros é gente militar en nuestros tiempos se tenga en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitan Viriato, nuestro español y extremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas que aquel espejo de caballería. « Julio César » dictador, como parece por sus comentarios é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un mundo nuevo é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable é tan bárbara é belicosa é apacentada en carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él y á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires, é tan desviados é léjos de socorro é de su príncipe cosas son de admiracion. » Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.

(1) Entre otros Señores á quienes ocurrió Cuauhtimotzin en demanda de socorros, uno de ellos fué Tangopan, Señor de Michoacan, poderosa é independiente provincia occidental, que jamas habia sido sojuzgada por los mexicanos. Las noticias que mandó el emperador azteca acerca de los blancos, fueron tan alarmantes segun cuenta Ixtlilxochitl, que al oirlas la hermana del rey, se entregó voluntariamente á la muerte, de miedo de la venida de los extranjeros. Su cuerpo fué depositado como era de costumbre, en una de las bóvedas destinadas á la servidumbre real, miéntras se hacian los preparativos para quemarlo. Al

Miéntras esto pasaba, recibió Cortés la noticia de que los bergantines ya estaban concluidos y en espera de que se les trasportase á Tetzcoco. Destacó para que fuesen á traerlos una partida de doscientos infantes y quince de á caballo, á las órdenes de Sandoval, hidalgo que habia ido ganándose el afecto tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales mas jóvenes tenia la prudencia y rectitud de juicio necesarias para desempañar las mas delicadas comisiones. Otros habia como Alvarado y Olid, por ejemplo, cuya intrepidez estaba á prueba; pero el valor del primero llegaba á veces hasta la temeridad ó era pervertido por la violencia; y el segundo, Olid, de carácter recóndito y ambiguo, no era digno de confianza. Sandoval era oriundo de Medellin, la patria de Cortés: le era á este muy adicto y siempre habia correspondido á su confianza: era hombre de pocas palabras y que mostraba su mérito mas bien por lo que hacia que por lo que decia. Su conducta honrada y su trato marcial le habian granjeado el afecto de las tropas y áun el de sus enemigos. Desgraciadamente murió en la flor de su edad; pero descubrió grandes prendas militares que si hubiese vivido, lo que es natural, le habrian colocado en el catálogo de los grandes capitanes de su nacion.

Sandoval tenia que pasar por Zultepeque, la ciudad donde fueron asesinados los cuarenta y cinco españoles, y recibió órdenes de castigar

cuarto dia, quedaron admirados los encargados de velarlo, al ver que daba señales de volver á la vida. La resucitada princesa, recobró la habla y pidió ver á su hermano. Luego que éste llegó le rogó que ni pensase en quitar un solo pelo de la cabeza á los misteriosos extranjeros, porque habia visto arder en fuego inextinguible las almas de todos sus antepasados; miéntras estaban en la gloria las de todos los que abrazaban la fe de los blancos. En señal de ser cierto lo que contaba, dijo á su hermano que en una gran fiesta que estaba para celebrarse veria á un guerrero mancebo con una antorcha mas brillante que el sol, en una mano, y una espada de fuego semejànte á la que usaban los españoles, en la otra; el cual atravesaria la ciudad de Oriente á Poniente.

El historiador no nos dice qué tanto esperó la vision el monarca; ó si jamas la vió; pero lo cierto es que acaso creyendo prueba suficiente la resurreccion de su hermana, mandó disolver un fuerte ejército que habia reunido en las llanuras de Avalos, con objeto de auxíliar á su hermano de México.

Este cuento con otros muchos incidentes que no he creido del caso repetir, quedó consignado en las pinturas geroglíficas de Michoacan, y lo refirió el nieto de Tangopan á Ixtlilxochitl mismo. (Hist. Chich., MS., cap. 91.) Quien quiera que sea quien se lo refirió, no es difícil descubrir en la misma mano piadosa que el Antiguo Continente inventó tantas embrolladas fábulas en pró de la Iglesia, y que en la credulidad del Nuevo, encontró cosecha abundante para la misma buena obra.

debidamente á los culpables, siempre que pudiese haberlos á las manos.

Al llegar los españoles se encontraron con que todos los habitantes habian huido al tener noticia de su venida. En los abandonados templos encontraron los vestigios de la desgracia de sus compatriotas; pues vieron suspendidos como trofeos, no solo las armas, vestiduras y arneses de los caballos, sino várias cabezas perfectamente conservadas. En un edificio contiguo encontraron escrita con carbon la siguiente inscripcion: « aquí estuvo preso el sin ventura Juan Juste, con otros muchos que traia en mi compañía.» (1) Este hidalgo fué uno de los compañeros de Narvaez, con el cual vino en busca de oro; pero en vez de esto encontró oscura y poco gloriosa muerte. Los ojos de los soldados se llenaron de lágrimas al ver aquel triste recuerdo, y sus corazones ardieron de ira al pensar en el horrible destino de sus compañeros. Afortunadamente los habitantes no estaban presentes, pero algunos que cayeron prisioneros despues, fueron marcados como esclavos. La mayor parte de la poblacion que imploró del modo mas abyecto la misericordia de los conquistadores, imputando toda la culpa del asesinato al emperador azteca, fué perdonada de Cortés, ya le tuviese lástima, ya desprecio (2).

El capitan continuó su marcha hácia Tlaxcallan; pero apénas habia pasado las fronteras de la república, cuando descubrió la bandera flameante de los bergantines que ya venian atravesando los desfiladeros de la sierra. Gran placer le causó aquel encuentro; porque habia temido tener que detenerse en Tlaxcallan algunos dias, ántes que poder emprender con ellos su regreso.

Eran por todas trece naves de todos tamaños, y habíalas construido el experimentado Martin López, ayudado de otros tres ó cuatro carpinteros españoles y de los indios aliados que mostraban grande habilidad para imitar. Una vez concluidas, para probarlas se las echó en las aguas de Zahuapan, y despues se las redujo á piezas; y como Martin López estaba impaciente de la tardanza, puso en hombros de cargadores la madera, clavazon, velámen, jarcia y demas, y bajo buena guardia emprendió su camino para Tetzcoco (3). Sandoval despidió por parecerle superflua, á una parte de la escolta india.

(1) Bernal Diaz, cap. 140.

(2) Ibid, *ubi supra*. Oviedo, Hist. de las Ind., MS, lib. 33, cap. 19. Relac. Terc., pág. 206.

(3) « Y despues hechos por órden de Cortés y probados en el rio que llaman Tlaxcayan

Con todo, le quedaron veinte mil indios que dividió en dos cuerpos para proteger el centro donde iban los bergantines (1). Su cuerpo de españoles los distribuyó de igual manera. Los tlaxcaltecas de la vanguardia iban bajo las órdenes de un jefe que era la gloria del nombre chichimeca; y cuando despues juzgó conveniente Sandoval cambiar el órden del ejército y dejar á la retaguardia el cuerpo que venia por delante, su engreido comandante se resistió vivamente y reclamó que le pusiesen en la vanguardia que era el puesto que él y sus abuelos habian ocupado siempre, por ser el de mayor peligro. Algo le contestó Sandoval, diciéndole que precisamente por esta razon lo ponia á la retaguardia, pues consideraba que por allí podria atacarles el enemigo mas fácilmente. Pero áun despues de esto le disgustó sobre manera ver que el capitan español venia á su lado, pues no queria, segun parece, que nadie partiese con él el laurel de la victoria.

Tarda y penosamente atravesaron las tropas con su pesada carga, las escarpadas eminencias y estrechos desfiladeros del camino, durante el cual várias veces estuvieron expuestos á los ataques del enemigo. Pero aunque várias partidas de tropas enemigas se presentaron por los flancos y retaguardia, se mantuvieron siempre á una respetuosa distancia, temerosas de habérselas con tan formidable enemigo. Al cuarto dia llegó el convoy á la vista de Tetzcoco.

Cortés y las tropas vieron su llegada con regocijo, por considerarla como una señal de la pronta terminacion de la guerra. El general y los oficiales vestidos de toda gala salieron á recibir el convoy, el cual ocupaba dos leguas y caminaba tan lentamente que las filas tardaron seis horas en acabar de entrar á la ciudad (2). Los jefes tlaxcaltecas desplegaron todo el lujo que acostumbraban en sus vestidos marciales; y el ejército todo estaba de lo mas vistoso: marchaban al son de atabales y cornetas, y al atravesar las calles de la ciudad la hicieron

Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines y los tornaron á desbaratar por llevarlo á cuestas sobre los hombros de los de Tlaxcallan, á la ciudad de Tetzcoco donde se hecharon en la laguna, y se armaron de la artillería y municion. » Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.

(1) Relac. Terc., pág. 207. Bernal Diaz dice que 16.000. (Ibid, *ubi supra.*) Hay admirable acuerdo entre todos los escritores castellanos sobre la fuerza del ejército, el órden de la marcha y los sucesos que ocurrieron en ella.

(2) « Extendíase tanto la gente, que desde que los primeros comenzaron á entrar, hasta que los postreros hubieron acabado, se pasaron mas de seis horas, sin quebrar el hilo de la gente. » Relac. Terc., pág. 208.

resonar con los gritos de : ¡ Viva, viva el emperador, y Castilla, Castilla, y Tlaxcallan, Tlaxcallan (1).

« Era cosa maravillosa de ver y de oir, » exclama el general en su carta, « ¡ ser llevadas trece naves de guerra, en hombros de cargadores, diez y ocho leguas por tierra ! (2).» Era en efecto cosa extraordinaria y sin ejemplo en la historia antigua ni moderna; y cosa que solo un ingenio como el de Cortés pudo inventar y solo un espíritu tan emprendedor como el suyo pudo llevar á cabo. Pocos preverian cuando ordenó la destruccion de la flota en que habia venido y mandó guardar la clavazon y él velámen; pocos preverian el uso á que destinaba aquello; uso de tal manera importante que pudiera decirse que de esa prevision dependió el feliz éxito de su grande empresa (3).

Recibió á sus aliados indios con la mayor cordialidad y les manifestó su agradecimiento por el importante servicio que acababan de prestarle, de la manera que creyó que halagaría mas su espíritu ambicioso. Los bravos guerreros le contestaron : « nosotros venimos á pelear bajo vuestra bandera, á vengar nuestro agravio comun, ó á morir á vuestro lado. » Urgidos por la impaciencia que les era genial, le instaron para que al instante les condujese al combate; pero Cortés trató de templarlos, diciéndoles que reposasen y que presto les daria las manos llenas (4).

(1) Bernal Diaz, cap. 140. En cuanto á los pormenores de la expedicion de Sandoval, véase : Oviedo, Hist. de los Ind., MS. lib. 31 cap. 19. Gomara, Crónica, cap. 124. Torquemada, Monarq. Ind. lib. 4, cap. 84. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92. Herrera, Hist. Gral, dec. 3 lib. 1, cap. 2.

(2) « Que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oir, llevar trece fustas, diez y ocho leguas por tierra. » (Relac. Terc. pag. 207). « En rem, romano populo quando illustrius res illorum vigebant, non facilem. » Pedro Mártir, de Orbo Novo, dec. 5, cap. 8.

(3) Dos ejemplos se recuerdan de un trasporte de naves por tierra ; el uno en la Historia antigua, y el otro en la moderna ; ambos, ¡ cosa rara ! en el mismo lugar, en Tarento, en Italia. El primero ocurrió cuando el sitio de esta ciudad por Annibal (V. Polibio, lib. 8); el otro acaeció 17 siglos despues, cuando el gran capitan Gonzalo de Cordova ; pero la distancia de donde se las trajo era muy pequeña. Un ejemplo mas análogo es el de Balboa el audaz descubridor del Pacífico. Dispuso que fuesen trasportados cuatro bergantines á la distancia de veintidos leguas, atravesando el Istmo de Darien ; pero á pesar del estupendo trabajo que se emprendió, no se logró enteramente la empresa, pues solamente dos naos llegaron al lugar de su destino. (Véase Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 3, cap. 11.) Esto se verificó en 1516, poco tiempo ántes de lo de Cortés, cuyo genio emprendedor acaso de allí tomaria la idea de su grande empresa, la cual fué mas feliz, pues era mas vasta.

(4) « Y ellos me dijeron que traian deseo de se ver con los de Colhua, y que viese lo que mandaba. que ellos y aquella gente venian con deseo de su venganza ó morir con nosotros : yo les dí las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daria las manos llenas. » Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 228.

CAPITULO II.

RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL POR CORTES. — OCUPACION DE TLACOPAN. — ESCARAMUZAS CON EL ENEMIGO. — EXPEDICION DE SANDOVAL. — LLEGAN NUEVOS REFUERZOS.

(1521.)

En el término de tres ó cuatro dias proporcionó el general á los tlaxcaltecas la oportunidad que tanto deseaban y dió activa ocupacion á su ardor belicoso. Habia resuelto practicar un reconocimiento de la capital y sus inmediaciones, y castigar de paso á várias ciudades que le habian enviado mensajes insultantes, y tomaban gran parte en hostilizarle; pero solo comunicó su proyecto á unos cuantos oficiales por temor de los tetzcocanos á quienes suponia en correspondencia con el enemigo.

A principios de la primavera salió de Tetzcoco, con trescientos cincuenta españoles y todo el ejército aliado : llevó consigo á Alvarado y Olid, y dejó encomendado á Sandoval el mando de la guarnicion. Cortés habia experimentado cuán poco adecuado era el primero de estos oficiales para tan delicado puesto, en el breve pero desastroso gobierno que habia desempeñado en México.

Pero ningunas precauciones bastaron para ocultar sus designios á aquel enemigo vigilante que no apartaba de él la vista, que áun parece que adivinaba sus pensamientos y que siempre estaba preparado para desbaratar su ejecucion. Pocas leguas habia andado cuando encontró un cuerpo de mexicanos dispuestos á impedirle el paso : trabóse una escaramuza algo reñida en la que los indios fueron desalojados, y el camino quedó libre á los cristianos. Estos dieron un rodeo hácia la

parte del Norte, y eligieron por primer punto de ataque, á la ciudad insular de Xaltocan, situada al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado hoy de San Cristóbal. La ciudad estaba completamente rodeada de agua y comunicaba con la tierra firme, por calzadas, á manera de las de México. Cortés, puesto á la cabeza de la caballería, entró en la calzada y avanzó hasta encontrar con un foso por donde el agua entraba de tal suerte, que era intransitable no solo para la caballería, sino áun para los infantes. El lago estaba plagado de canoas llenas de guerreros, que habiendo percibido el movimiento de los españoles, acudian en socorro de la ciudad, y los cuales hicieron una descarga furiosa de piedras y saetas contra los blancos, de cuya mosquetería los defendian un poco las endebles murallas de que estaban provistas las canoas.

Las rudas descargas de los mexicanos causaron algun daño á sus enemigos y comenzaron á ponerlos en desórden por estar apiñados en aquel estrecho paso; por lo que Cortés mandó la retirada. Esta fué acompañada de nuevas descargas por parte de los indios y de gritos amenazadores. El grito de guerra de los aztecas, parecido al aullido de todas las tribus norte-americanas, sonaba espantosamente en los oidos de los españoles, segun refiere el mismo conquistador (1). En tal aprieto, supo afortunadamente Cortés, porque se lo dijo un desertor que venia entre los aliados mexicanos, que habia un vado por el cual podia pasar el ejército y llegar hasta la plaza. Al instante mandó á la mayor parte de la infantería que pasase, y él con el resto del ejército se quedó cubriendo la retaguardia.

Las tropas, guiadas por el mexicano, vadearon el lago sin gran trabajo, aunque en algunos puntos el agua les llegaba hasta cerca de la cintura. Durante el paso fueron seriamente molestados por los indios; pero luego que llegaron á tierra seca, tomaron amplia venganza de ellos haciéndoles huir ó pasándolos á cuchillo. La mayor parte del ejército y los moradores de la ciudad huyeron en botes y abandonaron la ciudad al pillaje. Encontráronse en ella muchas mujeres que se habian resignado á su destino, y las cuales juntamente con gran cantidad de telas de algodon, oro y víveres, cayeron en manos de los vencedores, quienes

(1) « De léjos comenzaron á gritar como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oillos. » Relac. Terc., pág. 209.

despues de poner fuego á la ciudad, se volvieron triunfantes á sus cuarteles (1).

Cortés prosiguió su tortuoso camino, durante el cual encontró otras tres plazas que fueron abandonadas por sus habitantes luego que se supo que se acercaba (2). La principal de ellas fué Azcapotzalco, en otro tiempo capital de un estado independiente, y hoy el mercado de esclavos de los aztecas, á quienes traian allí para venderlos públicamente. Era tambien el lugar de los joyeros y donde hicieron á los españoles las ricas alhajas á que redujeron el tesoro de Moteuczoma. Pero encontraron corta cantidad de metales preciosos y objetos de valor, porque todos habian sido extraidos por los habitantes. Sin embargo, por no haber encontrado resistencia, perdonaron los edificios de esta ciudad.

De noche dormia el ejército á campo raso y en la mayor vigilancia, porque todo el país estaba insurreccionado, no habia punta de un cerro donde no se viesen arder hogueras, y finalmente, de vez en cuando se descubrian grandes masas de indios.

La parte de Anáhuac que estaban recorriendo los españoles era la region mas opulenta. En los valles y en los montes encontraban diseminadas ciudades y pueblos cercados de campos bien cultivados y que daban todos los indicios de una poblacion industriosa. En el centro de este brillante círculo se aventajaba la metrópoli indiana, con su vistosa corona formada de pirámides y templos y llamando la atencion del soldado durante todo su rodeo por las orillas del lago. No habia una pulgada de tierra de la que estaban pisando los españoles que no les fuese conocida como la de su infancia; pero despertaba recuerdos muy diversos, pues estas escenas estaban escritas en su memoria con caractéres de sangre. A la derecha de los conquistadores se levantaba el cerro de Moteuczoma, en cuyo templo habian encontrado abrigo en la noche siguiente á la de su huida: al frente estaba la hospitalaria Tlacopan, cuyas calles atravesaron entónces llenos de miedo y consternacion; y al oriente de dicha ciudad se dilataba la tristísima calzada.

(1) Ibid, loco citato. Bernal Diaz, cap. 141. Oviedo, Hist. de las Ind. lib. 33, cap. 20. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, págs. 13 14. Idem, Hist. Chich, MS., cap. 92. Gomara, Crónica, cap. 125.

(2) Estas ciudades tenian los melodiosos nombres de Tenajocan, Cuauhtitlan Atzcapozalco. En el texto he procurado ahorrar al lector de todos estos nombres que no conoce y que no tienen ni siquiera la cualidad de ser breves, para retenerlos.

El general se proponia ir en derechura á Tlacopon y establecer allí sus cuarteles, y aunque encontró fuera de sus murallas un ejército de indios dispuesto á disputarle la entrada, avanzó sin tardanza y cargó sobre ellos á galope tendido. Los arcabuces y ballestas abrieron brecha en las alas extendidas del ejército enemigo, y la infantería armada de sus largas espadas y lanzas, y ayudada por los batallones aliados, siguió tras la caballería y en breves instantes puso en fuga al enemigo. Los españoles acostumbraban abrir el combate con una carga de caballería; pero si la ciencia de los aztecas hubiera sido igual á su valor, habrian podido, por medio de largas lanzas volver algunas veces en favor suyo el éxito de la batalla: porque mediante esta arma formidable lograron los montañeses suizos, pocos años ántes de este período de nuestra historia, derrotar y vencer completamente la famosa caballería de Cárlos el Calvo, la mejor de sus tiempos. Mas los bárbaros ignoraron la utilidad de esta arma para contener á la caballería; aunque puede suceder tambien que la vista del caballo y del jinete haya causádoles una impresion misteriosa que acaso contribuia tanto á desconcertarles como el caballo mismo. — Cortés hizo entrar á sus tropas sin resistencia en los suburbios de Tlacopan (hoy Tacuba), y pernoctó allí aquella noche.

A la mañana siguiente se encontró con los infatigables aztecas formados en las llanuras que están á la salida de la ciudad y prestos á presentarle batalla. Salió á su encuentro y despues de una refriega reñida aunque de poca duracion, volgió á derrotarlos. Ellos huyeron juntamente con los habitantes hácia la ciudad, pero fueron recibidos con las puntas de las lanzas y obligados á evacuar la plaza. Esta quedó luego abandonada al pillaje; pero los aliados no contentos con haber robado cuanto encontraron, pusieron fuego á uno de los barrios, el cual estando formado probablemente de miserables chozas compuestas de materiales fácilmente combustibles, prendió con espantosa rapidez. Cortés y los suyos hicieron cuanto pudieron para impedir que cundiese el incendio; pero los tlaxcaltecas eran hombres feroces y difíciles de conducir en todos tiempos pero cuando estaban inflamados no obedecian ni al general mismo. Eran terribles auxiliares, y á causa de su insubordinacion, tan terribles á veces como amigos que como enemigos (1).

(1) Segun Cortés incendiaron esta plaza en represalia de los daños que sus habitantes causaron á los españoles en su retirada. « Ya amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y

Cortés dispuso permanecer allí algunos dias, durante los cuales se aposentó en el antiguo palacio de los Señores de Tlacopan, el cual era una larga fila de edificios bajos, semejantes á casi todas las residencias régias del país; pero que ofrecia grandes comodidades para alojarse. En todo el tiempo que permanecieron los castellanos en este lugar, no hubo un solo dia que no trabasen una ó muchas escaramuzas con los indios, las cuales terminaban siempre en favor de aquellos, aunque con alguna pérdida suya y de sus aliados. Uno de estos encuentros pudo haber sido de fatales consecuencias.

El general español engolfado en el alcance, se internó en la gran calzada que tan aciaga habia sido en otra vez para su ejército. Persiguió al enemigo fugitivo, hasta que éste llegó al otro lado del primer puente, el cual habia sido reparado despues de la noche triste. Luego que habia avanzado hasta allí, se volvieron los aztecas con la rapidez del relámpago, ayudados de un refuerzo dispuesto de antemano á auxiliar á sus compatriotas. Al mismo tiempo surgieron como por encanto millares de canoas en que no habian reparado los españoles con el calor de la persecucion. Viéronse éstos envueltos en una granizada que venia de todas partes y permanecian inmóbiles en medio de aquella tempestad; pero Cortés conociendo, aunque demasiado tarde, el peligro en que estaba, dió órden de emprender la retirada. Sus tropas retrocedieron paso á paso con admirable serenidad y firmeza, haciendo frente al enemigo (1). Los mexicanos avanzaron dando sus acostumbrados aullidos, haciendo resonar con ellos las riberas y mortificando á los españoles con picas que remataban en las hojas de espada que les habian quitado. Un hidalgo llamado Volante que llevaba el estandarte de Cortés, fué herido con una de esas armas y calló en la laguna, donde se vió luego acometido por las canoas; pero era hombre de gran fuerza muscular, por lo que consiguió, á pesar de que los indios lo arrastraban, desasirse de sus garras y sin soltar la bandera, llegar á la orilla á costa de mil trabajos. Por

pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella, juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles. » Relac. Terc., pág. 210.

(1) « Luego mandó que todos se retrajesen y con el mayor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas. » Bernal Diaz, cap. 141.

último, despues de una refriega muy reñida en la que quedaron heridos varios españoles y muertos muchos aliados, llegó Cortés á tierra firme. Luego que se vió en ella dió al Todopoderoso las mas sinceras gracias por haberle libertado milagrosamente (1). Saludable leccion fué esta, bien que Cortés no la necesitaba despues de lo acaecido en Ixtlapalapan, donde pudo aprender la astuta táctica de los indios.

Uno de los primeros objetos que llevaba Cortés en esta expedicion, era alcanzar una entrevista con el emperador ó algunos de los grandes señores de su córte, para ver si podia arreglar los negocios sin apelar á las armas. Presentósele ocasion de realizar su deseo una vez que se encontró frente por frente con el enemigo, mediante un puente. Cortés dejó atras su gente y se acercó á éste haciendo señas de paz y de querer entrar en pláticas con los aztecas. Ellos respetaron la señal, y Cortés preguntó por medio de su intérprete, si tenian algun gran señor que enviar á conferenciar con él. Los mexicanos le contestaron con burla que todos ellos eran jefes, y que si tenia algo que decir podia hablarlo públicamente delante de todos ellos. Viendo que el general no respondia, le preguntaron que ¿por qué no hacia otra visita á la capital, y añadieron valentonamente: « tal vez Malintzin no espera encontrar en ella otro Moteuczoma tan obediente á sus mandatos como el primero ?» (2)

Algunos de ellos cumplimentaron á los tlaxcaltecas con el epíteto de *mujeres* que nunca se habian atrevido á acercarse á la capital, miéntras no estuvieron protegidas por los blancos.

La animosidad de las dos naciones no paraba solamente en estas bravatas y en invectivas aunque amargas, inofensivas; sino que los principales jefes de los ejércitos se retaban formalmente. Esta especie de desafios eran un combate entre uno ó varios jefes de cada nacion, donde cada cual procuraba dejar bien puesto el nombre de la suya respectiva. Abríase ancho campo á los guerreros, los cuales peleaban con todo el pundonor de un caballero europeo. Combatian hasta el extremo, desplegando un valor digno de las dos razas mas bravas del Anáhuac, y una destreza en el manejo de las armas, que excitó la admiracion de los españoles (3).

(1) « De esta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios. » Ibid, *ubi supra*.

(2) « ¿ Pensais que hay agora otro Moteuczoma para que haga todo lo que quisiéderes?» Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 211.

(3) « Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente. « Ibid, *ubi supra*. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 20.

Cortés habia estado seis dias en Tlacopan, y ya nada habia que le detuviese allí, pues habia llenado los principales objetos de la expedicion. Habia sojuzgado á várias de las ciudades que mayor parte habian tomado en hostilizarle, y habia revivido el brillo de las armas castellanas, tan ofuscado á consecuencia de los últimos reveses. Tambien habia adquirido mayor conocimiento del estado de la capital, á la cual encontró mejor defendida de lo que se habia imaginado. Todos los estragos del año pasado habian sido reparados, y ni un ojo experto descubria allí vestigio alguno de que la devastadora mano de la guerra habia asolado aquellas comarcas. Las tropas aztecas reunidas en el valle, estaban á lo que parecia, bien arregladas y dispuestas á resistir hasta el último extremo. Verdad es que habian sido derrotadas en cuantos encuentros habia habido, y que no podian competir en campo raso con los españoles, cuya caballería era para ellos irresistible y cuyas armas de fuego traspasaban la cota de algodon que era la principal defensa del guerrero indio; mas estando los mexicanos ocultos y emboscados en estrechas calles y calzadas, sus enemigos perdian gran parte de su superioridad, como lo habia probado la experiencia. No era fácil entrar en avenimiento con el emperador mexicano, el cual fiado en la suficiencia de sus preparativos, se rehusaba á él completamente. Cortés se penetró, pues, de la necesidad que tenia de apurar todos sus recursos, ántes de aventurarse á atacar al leon en su guarida.

Los españoles se volvieron por el mismo camino que habian traido. Los naturales tomaron aquella retirada por una derrota, y venian tras el ejército echando bravatas y causándole algun daño con sus flechas y piedras; mas Cortés, para que no siguiesen molestándole ocurrió á uno de los estratagemas usados por sus enemigos: dividió su caballería en dos ó tres trozos pequeños y la emboscó tras de los matorrales que cubrian las dos orillas del camino: el resto del ejército continuó su marcha. Los indios que no sospechaban la emboscada, continuaron tambien avanzando, cuando de repente salió la caballería del lugar donde estaba y puso en desórden los flancos de la columna india, al mismo tiempo que la infantería castellana volvió caras y completó la derrota. En una llanura extensa y completamente plana, se pusieron en fuga los mexicanos poseidos de un terror pánico: la caballería los persiguió por cerca de dos leguas, lanceando á los fugitivos, á lo

cual llama Cortés hermosa cosa (1). El ejército no volvió á ser molestado.

A su llegada á Tetzcoco les recibió llenos de gozo la guarnicion que durante los quince dias que habian estado ausentes no habia tenido noticia de ellos. Los tlaxcaltecas luego que llegaron solicitaron el permiso de volver á su patria á llevar el rico botin que habian cogido durante la campaña, á cuya solicitud, bien que no fuese de su gusto, tuvo Cortés que acceder (2).

Tres ó cuatro dias hacia que estaban en sus cuarteles los españoles, cuando llegó una embajada de Chalco pidiendo su proteccion contra los aztecas que los amenazaban por várias partes. Pero las tropas estaban tan estropeadas á causa de las vigilias, marchas forzadas, batallas y heridas, que Cortés queria darles tiempo de restaurarse ántes de volver á emprender otra nueva campaña. Contestó á los de Chalco, mandando misivas á las ciudades aliadas, para que acudiesen en ayuda de la confederada. Ya se podrá suponer que los indios no comprendian el contenido de las cartas; pero sus caractéres misteriosos servian de credencial al oficial que las llevaba.

Aunque esta órden fué implícitamente obedecida, los chalqueños se creyeron tan comprometidos que renovaron su peticion de que viniese Cortés en persona. Este no titubió en acceder, porque conocia la importancia de Chalco, no solo por lo que él valia en sí, sino por su posicion que dominaba los caminos de Tlaxcallan y Veracruz, los cuales convenia que estuviesen siempre expeditos. Por consecuencia, destacó al instante una partida de trescientos españoles y veinte jinetes, á las órdenes de Sandoval, para que fuese en auxilio de la ciudad amenazada.

Este activo oficial, pronto estuvo á la vista de Chalco, y robusteció su ejército con los refuerzos de esta ciudad y de las aliadas. Sus primeras operaciones se dirigieron contra Huaxtepec, ciudad algo importante que está cosa de cinco leguas al sur de la sierra, y á la cual defendia una guarnicion azteca que espiaba el momento de bajar sobre Chalco. San-

(1) « Y comenzaron á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma que fué muy hermosa cosa. » Relac. Terc. pág. 212.

(2) Por lo tocante á esta expedicion de Cortés, consúltese ademas de su carta tantas veces citada, á Oviedo, loco citato. Torquemada, Monarq. ind. lib. 4, cap. 85. Gomara, Crónica, cap. 125. Ixtlilxochitl, venida de los españoles, págs, 13, 14. Bernal Diaz, Hist. de la conq., cap. 141.

doval la encontró formada á alguna distancia de la ciudad, en disposicion de salirle al encuentro. El terreno era fragoso y lleno de malezas que estorbaban los movimientos de la caballería, la cual luego entró en desorden. Sandoval mismo no pudo moverse expeditamente, por lo cual despues de sufrir alguna pérdida, mandó á los jinetes que se retirasen: estos fueron reemplazados por los arcabuceros y ballesteros que hicieron un fuego bien sostenido sobre las gruesas columnas indias. El resto de la infantería con espadas y lanzas atacó los flancos, y el enemigo azorado con el choque, retrocedió desordenadamente despues de sufrir gran pérdida, y dejó el campo á los españoles.

Los vencedores determinaron pasar allí la noche; pero estándose disponiendo á empreder su marcha de por la mañana, los levantó el grito de « á las armas, á las armas, allí está el enemigo. » En un instante el jinete estaba sobre su caballo, el infante con su mosquete ó su buena espada toledana, y el combate trabado con mayor furia que anteriormente.

Los mexicanos habian recibido un refuerzo de la ciudad; pero con todo, su segunda tentativa fué tan desgraciada como la primera, y los españoles victoriosos, arrollando delande de sí al ejército indio, entraron en la ciudad que ya habia sido evacuada por los habitantes. (1)

Sandoval se aposentó en la casa del cacique, la cual estaba rodeada de jardines que competian en magnificencia y aventajaban en extension, á los famosos de Ixtlapalopan. Dicen que ocupaban dos leguas, que tenian casas de recreo y numerosos estanques llenos de várias clases de peces, y estaban plantados de árboles, arbustos y matas, indígenas y ecsóticas, notables por su hermosura y fragancia ó por sus propiedades medicinales: todas ellas estaban dispuestas científicamente, y en todo el jardin sobresalia una inteligencia en la horticultura y aun buen gusto, desconocido entónces hasta de las cultas sociedades de Europa (2). Tal

(1) Relac. Terc., págs. 214, 215. Gomara, Crónica, cap. 146. Bernal Diaz, cap. 142. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33., cap. 21.

(2) « La cual huerta, » dice Cortés que despues pasó por allí, « es la mayor y mas hermosa y fresca nunca se vió, porque tiene dos lenguas de circúito y por medio della va una gentil ribera de agua, y de trecho en trecho cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos é infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. » (Relac. Terc págs. 221, 222.) Bernal Diaz no le va en zaga á Cortés en punto á ponderaciones y elogios de dicha huerta. Hist. de la Conq., c. 142.

es el testimonio, no solo de los rudos conquistadores, sino de los sabios que conocieron aquellos magníficos jardines en sus hermosos dias de gloria (1).

Despues de descansar dos dias en este delicioso lugar, marchó Sandoval contra Jacapichtla que distaba cosa de cuatro leguas al oriente. Era una ciudad ó mejor dicho una fortaleza puesta en percha sobre una roca tan escarpada que era casi inaccesible. Guardábala una guarnicion azteca, la cual al intentar subir los españoles, dejó rodar grandes peñascos que esparcian la devastacion y la muerte por donde pasaban. Lo indios aliados retrocedieron llenos de espanto; pero Sandoval indignado de que hubiese una empresa difícil hasta el punto de resistir á las tentativas de un español, mandó á sus jinetes que se apeasen y determinó de morir ó de tomar la plaza por asalto, y se puso á la cabeza de sus tropas dando el punzante grito de « Santiago. » (2) Estas subieron llenas de brio al ver á su intrépido comandante, al cual no contenia ni la lluvia de proyectiles y de enormes piedras que al despeñarse derribaban á los soldados y causaban horrendo estrago. Sandoval, que ya habia salido herido en el anterior combate, recibió ahora una contusion en la cabeza y muchos de sus compañeros fueron heridos á su lado. A pesar de todo, continuaron subiendo, guarecidos por los matorrales y por las peñas salientes, é impulsados igualmente por la energía de su espíritu que por la robustez de sus cuerpos.

Despues de increibles trabajos lograron subir á la cumbre del cerro y se encontraron frente á frente de la azorada guarnicion : por un momento se detuvieron para recobrar aliento; pero despues embistieron con la furia de un leon, sobre sus enemigos. El combate fué breve, pero desesperado; la mayor parte de los aztecas fueron pasados á cuchillo, otros fueron arrojados desde lo alto de las almenas, y otros se arrojaron espontáneamente á un precipicio atravesado en su base

(1) El distinguido naturalista Hernandez habla frecuentemente de este jardin de donde sacó muchos de los ejemplares para su grande obra. Tuvo el jardin mencionado la buena fortuna de que se le conservase hasta despues de la conquista ; y sirvió por sus plantas medicinales para el hospital que se estableció en las inmediaciones. Clavijero, Stor. del Messico tomo II, pág. 153.

(2) « E como esto vió el dicho alguacil y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de señor Santiago, comenzaron á subir. » Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 214. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.

por un riachuelo en cuyas riberas se estrellaron; por manera que quedó tan teñido de sangre, que por mas de una hora no pudieron los vencedores saciar su sed con sus aguas (1).

Sandoval, despues de sojuzgar las plazas fuertes que inquietaban tanto á los chalqueños, se volvió en triunfo á Tetzcoco. En el entre tanto, el emperador azteca que estaba atento á cuanto pasaba, creyó favorable coyuntura para recobrar á Chalco, la ausencia de tantos de sus guerreros; á cuyo efecto mandó gran número de gente embarcada en canoas y á las órdenes de los primeros generales (2). Afortunadamente los chalqueños ausentes llegaron á la ciudad ántes que el enemigo; pero no obstante el auxilio de los aliados indios, les puso tanto miedo el aparato bélico de los aztecas, que volvieron á implorar la ayuda de los españoles.

Los mensajeros llegaron á Tetzcoco al mismo tiempo que Sandoval, de suerte que Cortés no sabía qué pensar de tan contradictorias noticias. Sospechó que su teniente hubiese tenido algun descuido y disgustado de que se hubiese vuelto dejando las cosas en un estado tan precario, le ordenó que volviese á marchar con aquellas de sus tropas que estuviesen en disposicion de entrar en combate. Sandoval se resintió profundamente de este proceder; pero sin tratar de disculparse ni replicar una sola palabra, contramarchó con sus tropas hácia la ciudad india (3).

Antes de que llegase á ella se trabó una batalla entre los mexicanos y los aliados, los cuales alentados por sus recientes triunfos, quedaron victoriosos. Cayeron prisioneros algunos nobles mexicanos, que fueron entregados á Sandoval para que los llevase prisioneros á Tetzcoco. Cuando regresó el hidalgo á esta ciudad, resentido del indigno trato que le habia dado Cortés, no quiso presentarse en su presencia.

(1) Así lo dice el conquistador. (Relac. Terc. pág. 215. Diaz que á nadie permite que exagere si no es él mismo dice, « tanto tiempo cuanto tarde uno en decir Ave María. » Hist. de la Conq. cap. 142.) Recuérdese que ninguno de los dos estaba presente.

(2) El valiente capitan Diaz que afecta en sus cálculos una sobriedad que le hace á veces apocar los del capellan Gomara, dice que las fuerzas de los aztecas consistian en 20,000 indios en 2,000 canoas. Ibid, loco citato.

(3) « El Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion ni le oír, le mandó volver. » Ibid, *ubi supra.*

Miéntras estuvo ausente, supo Cortés con cuánta ligereza é injusticia habia procedido contra su teniente. No habia en el ejército persona en quien mas confiase, como lo probó dándole las comisiones mas delicadas, ni á quien guardase mayores consideraciones. Así que, luego que volvió Sandoval lo mandó llamar y con la franqueza propia de soldados procuró mitigar al irritado hidalgo; lo que no fué difícil de conseguir, pues éste ademas de que era generoso por carácter, estaba muy adicto á su caudillo y muy empeñado en la empresa, de suerte que no guardó ni el mas leve resentimiento (1).

Miéntras pasaban estos sucesos, se llevaba adelante con increible actividad la obra del canal, y solo faltaban quince dias para que los bergantines estuviesen concluidos. Necesitábase de la mayor vigilancia para estorbar que los destruyese el enemigo, el cual ya habia hecho tres tentativas infructuosas para quemarlos; pero las precauciones que Cortés habia tomado contra los tetzcocanos mismos, sirvieron no poco para impedir que se verificase.

Por este tiempo recibió embajadas de muchas provincias, algunas de ellas de cerca de la costa del golfo, que le prometian someterse y le demandaban proteccion. Parte de esto era debido á Ixtlilxochitl, que habia subido al trono por muerte de su hermano. Esta importante situacion le dió un influjo y poderío en todo el país, de los que se aprovechó para someter á los indios bajo el dominio español (2).

Tambien recibió el general la placentera noticia de que habian arribado á Veracruz tres naves que conducian á doscientos hombres bien provistos de armas y municiones, y setenta ú ochenta caballos. No podia ser mas oportuno este refuerzo que no se sabe á punto fijo de dónde venia, aunque es probable que de la Española. Como recordará el lector, habia enviado Cortés á pedir refuerzos á esta isla, cuyas autoridades tenian á su cargo el gobierno de todas las tierras nuevamente descubiertas, y se habian manifestado várias veces favorables á

(1) Ademas de las autoridades ya citadas, consúltese en cuanto á la expedicion de Sandoval á: Gomara, Crónica, cap. 126. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 86.

(2) « Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reino de Tetzcoco, sino áun los de las provincias remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al capitan Cortés y que aunque de las guerras pasadas, algunos tuviesen culpa, era tanta su amistad y deseaba tanto la paz, que luego al punto los recibiria afable. » Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 92.

Cortés, probablemente mas que por cualquiera otro motivo, porque lo consideraban el hombre mas capaz de llevar á cabo la conquista (1).

Las tropas recien llegadas emprendieron luego al instante su marcha para Tetzcoco, cuyas comunicaciones con Veracruz estaban ahora enteramente libres y expeditas. Entre ellos venian varios hidalgos, y uno de ellos Juan de Alderete, tesorero encargado de cuidar de los intereses de la corona.

Tambien venia un fraile domínico que traia gran copia de bulas pontificias, en las que se ofrecian muchos años de indulgencia á los que entrasen en la guerra contra los infieles. Los soldados no fueron omisos en proveerse de aquellas concesiones de la Iglesia, y el buen fraile despues de un tráfico muy lucrativo, se volvió á su patria al cabo de pocos meses, cargado de los sustanciosos tesoros de las Indias (2).

(1) Cortés dice que estas embarcaciones vinieron al mismo tiempo, pero no dice de qué parte. (Relac. Terc., pág. 216.) Bernal Diaz que habla solamente de una nao, dice que era de Castilla (cap. 143.) Pero soldado viejo escribió muchos años despues de la conquista, y puede haber confundido el verdadero órden de los sucesos. Es sumamente inprobable que haya venido de Castilla un refuerzo tan importante, siendo así que Cortés no habia recibido ninguna proteccion del rey y ni áun la confirmacion de lo que habia hecho, para que en vista de ella los aventureros de la madre patria, tuviesen ningun aliciente que los hiciese alistarse bajo las banderas del conquistador.

(2) Bernal Diaz, cap. 143. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21. Herrera, Hist. General. dec. 3, lib. 1, cap. 6.

CAPITULO III.

NUEVO RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL. — ENCUENTRO QUE HAY EN LA SIERRA. — TOMA DE CUERNAVACA. BATALLAS DE XOCHIMILCO. — ESCAPASE CORTES CON GRAN TRABAJO. — ENTRA EN TLACOPAN.

(1521.)

La ayuda que se habia prestado á la ciudad de Chalco, no fué parte á impedir que los aztecas renovasen sus hostilidades, por lo que aquella ciudad envió á Tetzcoco mensajeros que traian mapas geroglíficos en que estaban pintadas várias plazas fuertes, inmediatas y guarnecidas por los aztecas. Cortés resolvió entónces encargarse él mismo del asunto y socorrer á la ciudad tan eficazmente que quedase en completa seguridad. No solo esto se proponia, sino de paso hacer un reconocimiento de la parte meridional de las lagunas, semejante al que habia hecho de la parte occidental. En su tránsito queria atacar algunas de las plazas fuertes de donde podian recibir auxilios los mexicanos. Dos ó tres semanas faltaban para que estuviesen concluidos los bergantines, y aunque no resultase ningun otro bien de la expedicion, resultaria por lo ménos el de dar ocupacion á los soldados; cuyo espíritu turbulento estaba siempre mal hallado con la monotonía de un campamento.

Escógió para la expedicion treinta caballos y trescientos infantes, y un considerable número de guerreros tetzcocanos y tlaxcaltecas. El resto del ejército quedó de guarnicion á las órdenes del digno Sandoval, quien juntamente con el señor de Tetzcoco quedó encargado de acelerar la construccion y complemento de las naos, y de defenderlas de los ataques de los mexicanos.

El 5 de Abril commenzó su marcha y al dia siguiente llegó á Chalco,

de donde salieron á recibirle muchos magnates. Mediante sus dos fieles intérpretes, Marina y Aguilar, les manifestó el objeto de estrechar el sitio de la capital y les requirió de que le ayudasen con todas las fuerzas que pudieran levantar. Fácilmente accedieron á esto, y pronto recibió Cortés una prueba de sus amigables disposiciones, en los refuerzos que se le fueron reuniendo durante la marcha; los cuales, segun uno del ejército, eran mas cuantiosos que cuantos hasta entónces habian tenido (1).

Hizo el ejército rumbo hácia el mediodía, y saliendo de Chalco, se encontró en las encrucijadas de la sierra, la cual con sus escarpados picos sirve como de palizada para defender el hermoso valle de México; al mismo tiempo que entre sus toscos brazos ciñe hermosos y fértiles valles. Várias veces al pasar los españoles por las profundas cañadas, tenian que rodear por la base de alguna enorme montaña en la cual habian construido los indios sus cabañas, á la manera que lo hacian los habitantes de Europa en tiempo del feudalismo; disposicion de las casas, que aunque mas pintoresca, descubre el estado de inseguridad de los ciudadanos, de suerte que debemos estar contentos conque á nuestro país (Estados-Unidos) le falte en sus paisajes este rasgo de belleza.

Los moradores de aquellas habitaciones elevadísimas, se aprovecharon de su situacion para arrojar piedras y saetas á los españoles cuando pasaban por las estrechas gargantas de abajo. A pesar de que estas hostilidades molestaban mucho á Cortés, continuó sin interrupcion su camino; pero en llegando al pié de una roca fortificada y guarnecida por tropas indias, le causaron tal daño que juzgó conveniente castigar su osadía, no fueran á pensar que dejarles impunes era por falta de fuerza, y se menoscabase su prestigio. Hizo alto en el valle, y destacó una partida de tropas ligeras que asaltasen la fortaleza miéntras él cubria la retirada y evitaba cualquiera sorpresa.

La parte inferior de la peña era tan encumbrada que los soldados tuvieron que ayudarse con las rodillas y las manos para poder subirla; pero apénas llegaron á un punto desde el cual los dominaban los indios, cuando dejaron caer éstos enormes peñascos que al rodar por la falda y

(1) « Vinieron tantos que en todas las entradas que yo habia ido despues que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como ahora fueron en nuestra compañía. » Bernal Diaz, cap. 144.

al hacerse pedazos, derribaron á la mayor parte de los que atacaban, y mutilaron sus miembros de la manera mas lastimosa. No obstante esto, intentaron seguir subiendo guareciéndose en las barrancas socavadas por los torrentes del invierno, ó tras de los picos salientes de las peñas, ó finalmente, tras de algun árbol que salia y colgaba de las grietas de las peñas. Todo era en vano porque apénas volvian á salir á un lugar descubierto cuando el torrente de piedras se precipitaba sobre sus cabezas con tal furia, que el escudo y la coraza eran tan débil defensa como si en vez de ser de acero fuesen de algodon. Todos quedaron más ó ménos heridos : ocho fueron muertos en el sitio, que fué gran pérdida para tan pequeña fuerza, y el valiente abanderado, Corral, que iba por delante, vió hecha añicos en sus manos la bandera (1). Cortés, convencido de que la empresa era impracticable, á lo ménos sin tener mayores pérdidas de las que se proponia sufrir, mandó la retirada; pero esta fué tarde, pues un gran cuerpo de indios venia ya en marcha por el valle, para atacarlos.

Cortés no aguardó á que llegasen, sino que reuniendo sus dispersadas filas les salió al encuentro, y á la cabeza de la caballería les cargó violentamente. En campo raso la ventaja era siempre de los españoles, porque los indios, incapaces de resistir el primer ímpetu, eran siempre arrollados. A la derrota se siguió la huida, y los blancos, atropellándolos con sus corceles ó lanceándolos, tomaron alguna venganza de los daños que acababan de recibir. El alcance duró algunas leguas hasta que el fugitivo enemigo se internó en los laberintos de la sierra en los que ya fué imposible perseguirle. La estacion estaba calorosa y el país sumamente reseco, por lo que padecieron mucho, hombres y caballos. Antes de la caida del sol llegaron á un sitio sombreado por un bosque de morales, en los que encontraron unas cuantas frutas con que se alimentaron.

Cerca de este lugar habia otro cerro ocupado por una guarnicion aún mas fuerte que la que habian encontrado en la primera parte del dia, y á alguna mas distancia habia una fortaleza mucho mas alta, pero mas pequeña que la anterior. Guarnecíala tambien un cuerpo de guerreros; los cuales juntamente con los de la otra, rompieron las hostilidades,

(1) « Todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas y ocho muertos. » Ibid, *ubi supra.*

arrojando proyectiles á las tropas acampadas abajo. Cortés, ansioso de reparar el reves de por la mañana, mandó asaltar las mas grande que le pareció ser tambien la mas accesible. Dos veces se intentó el asalto con gran resolucion, y dos veces fueron rechazados los españoles. La falda del cerro habia sido tajada y dispuesta artificialmente de manera que la dificultad de la subida aumentase considerablemente. Pero las tinieblas de la noche se acercaron y el general mandó á sus tropas replegarse al bosque de morales; mortificado de haber sido vencido dos veces en un solo dia.

Durante la noche, el ejército que ocupaba la eminencia inmediata pasó á la otra á reforzarla para resistir al asalto que se imaginaban se intentaria de nuevo al dia siguiente. Apénas percibió el general este movimiento, cuando al romper el dia se aprovechó de él con su acostumbrada viveza. Destacó una partida de mosqueteros y ballesteros que se apoderase de la eminencia abandonada, para dirigir él en persona el asalto contra la otra. Poco tiempo pasó sin que ondease el pendon de Castilla en la fortaleza, y sin que Cortés se pusiese á la cabeza de sus tropas para emprender el asalto. La guarnicion salió á su encuentro resueltamente; pero los que estaban en la otra altura hicieron un fuego tan certero sobre la atacada, que afligido el enemigo no tardó en hacer señas de paz (1).

Cuando entraron los españoles en la plaza encontraron que en la cumbre de la sierra habia una meseta de alguna extension, ocupada no solo por guerreros sino por mujeres y familias. Ninguna violencia cometieron los españoles con las personas y propiedades de los vencidos, y el conocimiento de esta lenidad, indujo á rendirse á la guarnicion que tan resueltamente habia peleado el dia anterior (2).

Despues de detenerse dos dias en esta aislada fortaleza, emprendió el

(1) En cuanto á las escaramuzas en la sierra, cuya topografía es imposible conocer por las descripciones de los conquistadores, consúltese á Bernal Diaz, cap. 44. Relac. Terc. págs. 218, 221. Gomara, Crónica, cap. 127. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, págs. 16, 17. Oviedo, Hist, de las Ind., MS , lib. 33, cap. 21.

(2) Cortés, segun Bernal Diaz, ordenó á las tropas que se posesionaron de la fortaleza, que no tomasen ni un grano de maíz, de la pertenencia de los sitiados. Diaz, dando á esta órden una interpretacion muy amplia, cargó á sus tlamamas de cuanto botin encontró, excepto de maíz; pero le interrumpió en sus tareas el comandante, el cual dió á las órdenes del general una interpretacion mucho mas extricta, con gran disgusto de los soldados, segun refiere el intrépido cronista. Ibid. *ubi supra*.

ejército su marcha por el S. O. con direccion á Huaxtepec, la misma ciudad que habia sojuzgado Sandoval. Recibióle muy atentamente el cacique, quien aposentó á Cortés y á sus oficiales en su palacio, cuyos magníficos jardines les parecieron comparables á los mejores de Castilla (1). Siguiendo la cadena de las montañas, pasó el ejército por Jauhtepec y otras plazas que le eran abandonadas al saber que se acercaba. Pero como los habitantes huian con armas y reunidos en grandes cuerpos, molestaban los flancos y retaguardia de los castellanos, por lo que éstos incendiaban las ciudades abandonadas.

Dejando asegurado de esta suerte su devastado tránsito, bajaron la escarpada falda de las cordilleras, la cual es mas encumbrada por el lado del Sur que por el del Atlántico; así es que un solo dia basta para que el viandante se encuentre en una llanura muchos piés mas baja que la altura que ocupaba por la mañana, y para que en pocas horas recorra los climas propios de muchas latitudes. El camino estaba formado en muchos acres de extension, par lavas y escorias que probaban el carácter volcánico de aquella region; pero á veces contrastaba esta aridez con verdes campos y con algunas fajas de tierra sumamente fértiles, como si la naturaleza hubiese querido compensar con aquellos esfuerzos la devastacion que habia en otro tiempo recorrido el suelo. Al quinto dia de su marcha se encontró el ejército frente á la fuerte ciudad de « Quauhnahuac » ó Cuernavaca, como por corrupcion la llaman los españoles (2). Habia sido en un tiempo la capital de los Tlahuicas, y todavía era entónces la ciudad mas poblada y opulenta de aquellas comarcas. Era tributaria de los aztecas, y la defendia una guarnicion de esta nacion. Estaba situada de un modo raro, entre barrancas profundas que la cercaban por todos lados, ménos por uno en que se salia á un campo fértil y bien cultivado; y aunque estaba á la altura de 5,000 á 6.000 piés sobre el nivel del mar, estaba tan abrigada de los vientos

(1) « Adonde estaba la huerta que ha dicho que es la mejor que habia visto en toda su vida, y ansí lo tornó á decir que Cortés y el tesorero Alderete, despues entónces la vieron y pasearon algo de ella y se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no la habian visto en Castilla. » Ibid, loco citato.

(2) « Este bárbaro nombre indio es torturado por los escritores españoles, de cuantas maneras pueden; pero á poco tiempo recibió la dicha ciudad el nombre que ahora tiene y con el cual está designada en los mapas modernos. » Prevalse poi quello di Cuernabaca col cualle é presentemente conosciuta dagli Spagunoli. » Clavijero, Stor. del Messico, tomo III, pág. 185, nota.

del Norte, por las montañas, que gozaba de un clima suave é igual, propio de regiones mas bajas.

Cuando llegaron los españoles á la vista de esta ciudad que era el límite de su camino hácia el mediodía, se encontraron separados de ella por una de las barrancas de que hemos hablado, las cuales son ábras profundísimas causadas seguramente por alguna gran convulsion en los tiempos antiguos. Los lados eran sumamente pendientes y tan áridos que no se veia ni el *cactus*, ni ninguna otra planta de esas con que la naturaleza encubre sus deformidades en aquellas fértiles regiones. Pero el fondo del precipicio formaba un verdadero contraste, pues estaba cubierto de una vegetacion galana y rica, á causa de que las enormes paredes de piedra viva que formaban la barranca, al mismo tiempo que resguardaban la cima de los frios vientos de las cordilleras, reflejaban sobre ella los rayos del sol vertical y calentaban aquel recinto hasta hacerle tomar la temperatura y producir los frutos propios de la *tierra caliente*. Mediante esa estufa natural, por decir así, pueden los habitantes de las orillas de aquellos precipicios, disfrutar fácilmente de todos los productos propios de regiones bajas.

En el fondo de la barranca se veia un riachuelo que, naciendo de las entrañas de la sierra, se precipitaba por un estrecho canal y contribuia con su perpetua humedad á la exuberante fertilidad del valle. Este riachuelo que en ciertas ocasiones crecia con las lluvias hasta convertirse en un torrente, estaba atravesado á alguna distancia de la ciudad, en los puntos en que las faldas de la barranca ofrecian un tránsito muy fácil, por dos toscos puentes que fueron destruidos por los naturales luego que supieron de la llegada de los españoles. Estos habian tocado con la orilla del precipicio que los separaba de la ciudad, el cual no era de gran profundidad, por lo que se vieron expuestos á los estragos de las saetas del enemigo, miéntras que éste recibia poco daño del fuego de los españoles porque lo defendian sus atrincheramientos.

El general, molestado por la posicion que guardaba, mandó un destacamento que buscase un paso para ir al otro lado; pero aunque las orillas de la barranca iban siendo ménos formidables conforme se bajaba, no habia medio de atravesar el rio, hasta que se presentó inesperadamente un arbitrio al cual ántes que los castellanos, probablemente nadie se habia atrevido á fiarse.

De los bordos opuestos de la barranca nacian dos árboles gigantescos,

cuyos troncos se inclinaban el uno hácia el otro y cuyo ramaje se entrelazaba y formaba un especie de puente suspendido. A un tlaxcalteca le pareció que no sería difícil pasar por allí al lado opuesto: logró verificarlo, y tras este atrevido montañés se siguieron otros muchos compatriotas suyos á quienes los ejercicios de agilidad y fuerza que habian acostumbrado en su infancia, habian familiarizado con estos peligros. Los españoles imitaron su ejemplo: era en extremo arriesgado para un hombre cubierto de su armadura pasar por aquel puente aéreo mecido por el viento, y en que si se desvanecia la cabeza ó se afirmaba mal un pié ó una mano, se caia en un abismo profundo. Tres soldados se soltaron y cayeron; pero los otros que eran veinte ó treinta españoles, y muchos tlaxcaltecas llegaron salvos á la orilla opuesta (1). Formaron apresuradamente y marcharon contra la ciudad. El enemigo empeñado en la pugna con los castellanos que estaban del otro lado de la barranca, fué cogido por sorpresa, la cual habria aumentado ciertamente, si los hubiese visto llover de las nubes como por encantamento, sobre el campo de batalla.

Se sostuvo con firmeza; pero al fin los españoles lograron restablecer uno de los puentes destruidos por el cual pasó aunque con mucha lentitud la caballería y el resto de la infantería. Los jinetes á las órdenes de Olid y Andrés de Tápia acudieron al punto en ayuda de sus compatriotas: siguióles Cortés con el resto de las tropas, y el ejército indio urgido por donde quiera y rechazado por todas partes tuvo al fin que evacuar la ciudad y refugiarse en las montañas. Púsose fuego á uno de los barrios de aquella: toda ella fué entregada al saqueo, que por ser aquel uno de los lugares mas opulentos, pudo indemnizar con sus despojos, las fatigas y riesgos de sus vencedores. Los cobardes caciques volvieron luego y se presentaron témblando en la presencia de Cortés, y disculpándose como de costumbre con imputarlo todo á los mexicanos, imploraron piedad. El, satisfecho con este acto de humillacion, hizo que cesara toda violencia contra los habitantes (2).

(1) El animoso Bernal Diaz fué uno de los que hicieron esta peligrosa hazaña, pero segun cuenta, se desvaneció de tal suerte que apénas supo como pasaba, « Porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba, que lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta soldados, y muchos tlaxtaltecas. » Ibid, *ubi supra*.

(2) Sobre la toma de Cuernavaina consúltese: Bernal Diaz, *ubi supra*. Oviedo, Hist., de las Ind., MS. lib. 33, cap. 2. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. cap. 93, Herrera, Hist. General,

Despues de haber llenado el principal objeto que llevaba al pasar las montañas, regresó para el Norte y comenzó á salvar la formidable valla que lo separaba del valle. La subida, encumbrada y trabajosa de suyo, lo era aún mas por los troncos y peñascos que la obstruian. Las faldas y cresta de la sierra estaban poblados de oscuros bosques de pinos y áridos encinos que esparcian en aquellos sitios una sombra melancólica, aún mas terrible hoy por habitar en ella famosas cuadrillas de bandoleros.

La estacion era calorosa, y como el suelo rocalloso estaba casi seco, tenian mucha sed. Algunos de los españoles quedaron desmayados en el camino, y unos cuantos indios murieron de sed (1). El derrotero que tomó el ejército, pasaba por la falda oriental de la montaña llamada la « Cruz del Marqués », denominada así por una enorme cruz de piedra erigida allí para señalar el límite de los terrenos que la corona de Castilla habia concedido á Cortés, Marqués del Valle. Una gran parte del camino que últimamente atravesaron las tropas pasaba por los dominios que despues poseyó el conquistador (2).

Los castellanos gozaron ahora desde aquella altura de una vista del valle de México, distinta de todas las anteriores y que debió de parecerles aún mas hermosa por el contraste que formaba con los tristes paisajes que acababan de recorrer. Aquel era el mas poblado y vistoso lugar de todo el valle, porque las ciudades y pueblos en ninguna parte estaban mas hacinados que alrededor de la laguna de agua dulce. Pero por cualquiera parte que se viese era el valle encantador á causa de su natural belleza y cultivo esmerado; y por donde quiera que se examinase, se veian florecientes villas y en el centro el hermoso lago, que terso y reluciente como un negro espejo reflejaba la luz sobre las enormes moles de pórfido de que lo ha circuido la naturaleza.

dec. 3, lib. 1, cap. 8. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 87. Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, págs. 223, 224.

(1) « Una tierra de pinales despoblada, sin ninguna agua, y cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber tanto que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed. » Relac. Terc. pág. 221.

(2) La ciudad de Cuernavaca estaba comprendida en los dominios del duque de Monteleone, descendiente y heredero del *conquistador*. Los españoles en su derrotero hácia el Norte no se apartaron mucho probablemente, del camino real que va actualmente de México á Acapulco, y que en su parte elevada tiene hoy los mismos caractéres que ofrecia en tiempo de la conquista.

El lugar de ataque que eligió Cortés fué Xochimilco, ó « campo de las flores », llamado así á causa de los jardines flotantes que estaban como anclados en las aguas que lo bañan (1). Era una de las ciudades mas ricas y pujantes del valle y una de las mas adictas á la corona azteca. Estaba situada en parte, á la manera de la misma capital, en el agua, y se entraba á ella por calzadas no muy largas. Estaba compuesta, lo mismo que las ciudades de alguna magnitud, de cabañas ó chozas hechas de lodo y carrizo, de elevados templos, y de edificios de piedra pertenecientes á las clases acomodadas.

Cuando ya iban llegando á ella los españoles, les salieron al encuentro partidas de flanqueadores, que despues de escaramucear, se retiraban apresuradamente ; y como vió Cortés que tomaban el rumbo de Xochimilco, luego pensó que allí se le disponia una dura resistencia ; pero no pudo figurarse que fuese como fué.

Cuando entró en la calzada principal encontró en la extremidad interior de ella, un cuerpo de indios que del otro lado de un puente roto se preparaba á disputarle el tránsito. Habian construido palizadas que las defendian del fuego de los españoles; pero el lago era tan somero, que los jinetes y los infantes pudieron echarse al agua, y los unos vadeando, y los otros á nado, en medio de una lluvia de proyectiles llegaron á tierra, á poca distancia de la ciudad. Allí se trabó un reñido encuentro con los indios, los cuales huyeron á la ciudad, aunque algunos lo hicieron al campo descubierto, y estos fueron lanceados por la caballería : el grueso del ejército, perseguido por la infantería española, se internó en las calles y encrucijadas de la ciudad, sin oponer ya mayor resistencia. Cortés y unos pocos que lograron salir de aquel tumulto, permanecieron cerca de la entrada de la ciudad. Poco tiempo hacia que estaba allí, cuando fué atacado por un cuerpo de refresco, que habia llegado improvisamente á la ciudad por una calzada inmediata.

El general con su acostumbrada intrepidez les salió al encuentro con la esperanza de atajarlos en su marcha; pero le acompañaban muy pocos, por lo que en breves momentos se vió agobiado y envuelto por la multitud. Su caballo resbaló y cayó, y Cortés que ántes de poder levantarse habia recibido un golpe en la cabeza, fué cogido y llevado en triunfo por los indios. En este momento crítico un tlaxcaltecatl que

(1) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, pág. 187, nota.

conoció el peligro inminente en que se hallaba el general, saltó á manera de uno de los tigres de sus montañas nativas, y trató de libertarle de las garras de los enemigos. Dos pajes de Cortés acudieron tambien en su ayuda, y por último, gracias á los esfuerzos de estos y del denodado tlaxcaltecatl, logró levantarse y salvarse de sus enemigos. Colocarse otra vez en la silla y blandir su bien templada lanza, todo fué obra de un momento. Prontamente acudieron otros españoles, y el resto que se habia alejado, percibiendo el fragor de las armas, se volvió tambien; con lo que los indios se vieron obligados á dejar la ciudad. Pero la caballería que venia de regreso, les cortó la retirada, y puestos así entre dos fuegos, quedaron enteramente despedazados, ó tuvieron para salvarse que arrojarse á las aguas del lago (1).

Este fué el mayor peligro en que se habia visto la persona de Cortés: su vida estuvo en manos de los bárbaros, y la habria perdido indudablemente á no ser por el empeño que tuvieron en cogerle prisionero; circunstancia á la cual debieron su salvacion muchos españoles. Cuentan que al dia siguiente se acordó del tlaxcaltecatl que tan arrojadamente habia acudido en su defensa, y que no sabiendo nada acerca de su paradero, atribuyó su salvacion á San Pedro (2). Puede excusársele que haya presumido la intervencion de un ángel bueno, si se considera lo tremenda que era la suerte de los cautivos, y que en el presente caso, no debia tener grandes esperanzas de que fuesen mitigados sus tormentos. ¡Demasiado intrépido debe haber sido el corazon que, fuese el motivo que fuese, desafiaba voluntariamente semejante peligro! Pero sus compañeros hicieron tanto como él, y lo que es mas, con menores recompensas.

La época de que vamos hablando pertenecia todavía á la edad sorprendente y novelesca de la caballería; á esa edad de que no podemos

(1) Relac. Terc., pág. 226. Herrera *ubi supra*. Oviedo, *ubi supra*.

Así es como generalmente se refiere el lance; sin embargo de que Diaz cuenta que debió su salvacion el general á un tal Olea, castellano, ayudado de algunos tlaxcaltecas y que su defensor recibió tres buenas heridas. (Hist. de la conq., cap. 145.) Pero es un asunto en el que nadie debia estar mejor informado que el mismo Cortés, y que por otra parte no era fácil que se le olvidase. Seguramente el veterano confundió este lance con algun otro parecido que acaeceria al general.

(2) « Otro dia buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devocion de San Pedro juzgó que él le habia ayudado » Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 8.

formarnos una idea en estos tiempos de práctica y positiva realidad. El español con su nimio pundonor, sus romances heróicos y sus altivas y vanagloriosas bravatas, era el legítimo representante de aquella época. Los europeos, en general, todavía no se acostumbraban al ocio de la vida literaria, ni á la actividad del comercio, ni la mansedumbre de la agricultura : estas ocupaciones se quedaban para el solitario y recluso monje, para el humilde aldeano y el miserable siervo. Las armas eran la única profesion digna de hombres de noble alcurnia, la única carrera en que podian entrar con honor los hidalgos bien nacidos y esforzados. El nuevo mundo ofrecia vasto teatro al ejercicio de esta vocacion, y el español la abrazó con todo el entusiasmo de un héroe de romance.

Otras naciones entraron tambien; pero por diferentes motivos. El frances mandaba allí sus misioneros para que, habitando entre los infieles, ganasen almas para el paraíso, y sobrellevasen ó áun buscasen para sí la corona del martirio. El holandés tenia tambien su mision, la del lucro terrenal, y encontraba sobrada recompensa de sus fatigas y peligros, en el ganancioso tráfico con los indios. Nuestros antepasados los puritanos, llevados de un espíritu verdaderamente anglo-sajon, abandonaban los placeres de la patria y se echaban al océano, para ir á buscar en desiertos espantosos, todas las dulzuras de la libertad civil y religiosa. Pero los españoles venian al Nuevo-Mundo llevados de un espíritu de verdaderos caballeros errantes, en busca de aventuras y peligros, como si este fuese su único objeto. Siempre estaban prontos á esgrimir la espada y la lanza en defensa de la fe, y cuando daban el grito de « Santiago » se imaginaban estar militando bajo las banderas del apóstol en persona ; y sentian que su brazo era igual al de cien hombres infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; pero, España, la romántica España, fué la tierra donde la luz alumbró por mas tiempo el horizonte.

Todavía no oscurecia cuando volvieron á entrar en la ciudad Cortés y los suyos. La primera providencia que tomó Cortés fué subir á un templo inmediato y desde allí reconocer el país. El espectáculo que se ofrecia á su vista habria aterrado á un corazon ménos denodado que el suyo : la superficie del lago estaba plagada de canoas cargadas de indios, y la calzada de escuadrones que parecian encaminarse á la ciudad. En efecto, apénas supo Cuauhtemotzin la llegada de los blancos á Xochi-

milco, cuando envió un gran refuerzo en ayuda de la ciudad. Como dicho ejército estaba en marcha y distaba poco de Xochimilco, bien podia llegar allí ántes de entrada la noche (1).

Cortés hizo muchos preparativos para la defensa de sus cuarteles: situó partidas de gente armada de picas en los lugares por donde era mas probable que desembarcasen los indios: doble los centinelas y, acompañado de los principales oficiales rondó el campamento toda la noche. A todos los motivos para estar en vela se añadia que los dardos de los ballesteros casi se habian acabado y los arqueros se ocupaban activamente en acomodar á las saetas, puntas de cobre de que tenia gran copia el ejército; por manera que aquella noche se durmió poco en el campamento (2).

Pasóse sin que fuesen molestados los españoles. Aunque la noche no estaba nublada, pero sí oscura, y los centinelas, no obstante que nada veian, oyeron distintamente el rumor de muchos remos movidos en el agua, á poca distancia de la ribera. Pero los indios de las canoas no se atrevieron á desembarcar, recelosos ó tal vez sabedores de los preparativos hechos por los blancos para recibirles. Al primer albor del dia, ya estaban sobre las armas y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los asaltaron en sus cuarteles.

Aquellos, reunidos en el atrio de uno de los templos, fueron cogidos con desventaja, porque las estrechas callejuelas de la ciudad y el resbaladizo lodo que cubria las calles, estorbaban los movimientos de la caballería. Pero Cortés formó á todos sus ballesteros y arcabuceros, y rompió un fuego tan sostenido y certero, que desconcertó las filas enemigas y las obligó á retroceder. La infantería con sus largas picas completó la derrota; y la caballería con sus lanzas dió alcance, por muchas leguas, á los aztecas que se retiraban de la ciudad.

Sin embargo, los fugitivos encontraron en su huida un refuerzo que venia á socorrerles: se reunieron á él, volvieron caras contra los blan-

(1) « Por el agua á una muy grande flota de canoas que creo que pasaban de dos mil; y en ellas venian mas de doce mil hombres de guerra; é por la tierra llegó multitud de gente, que todos los campos cubrian. » Relac. Terc., pág. 227.

(2) « Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestra real, repartida á los puertos toda é acequías por donde habian de venir á desembarcar; y los de á caballo muy á punto la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche. » Bernal Diaz, cap. 145.

cos, los cuales viéndose demasiado urgidos, apretaron á los caballos y á todo galope regresaron á la ciudad.

Todavía no habian andado mucho cuando encontraron el grueso del ejército que salia en su ayuda; reforzados de esta suerte, volvieron otra vez á la carga, pero ya las huestes enemigas venian á toda carrera con el ímpetu de un terremoto. Por un momento la victoria estuvo indecisa, pues la inmensa multitud se dispersó por acá y por acullá, en fuerza del choque, y subió al cielo un confuso rumor en el que estaban mezclados los aullidos de los salvajes y el grito de guerra de los cristianos; grito que por la vez primera resonaba en aquellas riberas. Pero por último, el valor castellano, ó mejor dicho, las armas y la disciplina castellanas, quedaron triunfantes. El enemigo despedazado retrocedió, emprendiendo paso á paso una retirada que á poco se convirtió en una derrota; y los conquistadores hicieron tan espantosa carnicería en las fugitivas filas del enemigo, que este quedó escarmentado y no volvió á intentar otro ataque.

Los vencedores se encontraron, pues, dueños absolutos de la ciudad, rica de algodon, de oro, plumaje y otros artículos de comodidad y de lujo, que ofrecieron rico botin á los soldados. Cuando mas ocupados estaban en el pillaje, desembarcó parte de los indios de las canoas, hizo prisioneros á algunos españoles que andaban dispersos y cargados de botin. Esto produjo en las tropas una sensacion mayor que si hubiese perecido décuplo número en el campo de batalla. Era raro que un español se dejase coger vivo, y en la vez presente, solo una sorpresa pudo hacer que esto fuese así. Lleváronles á la capital y sacrificóseles en la forma ordinaria. Sus brazos y piernas fueron cortados de órden del feroz monarca azteca, y enviados á las capitales circunvecinas, con el aviso de que aquel mismo destino sería el de todos los enemigos de México (1).

(1) Diaz que tiene una fe fácil, dice que les cortaban los miembros ántes del sacrificio. « Mandó cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros y las envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envía á decir que ántes que volvamos á Tetzcoco, piense no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos. » (Hist. de la Conq., cap. 145.) Esto no es muy probable, porque los aztecas no eran como nuestros indios norte-americanos, que ántes del sacrificio atormentan á sus enemigos, por mera crueldad; sino que los inmolaban conforme lo prevenia su ritual, porque para los aztecas un cautivo era una víctima religiosa.

Por los prisioneros cogidos en la última batalla supo Cortés que las tropas que venian en ayuda de Xochimilco, solo eran una parte de las levantadas por Cuauhtemotzin; y que su plan era mandar destacamento tras de destacamento, hasta que los españoles, bien que saliesen victoriosos de cada uno de aquellos encuentros, tuviesen cada vez alguna pérdida, y por último sucumbiesen de consuncion, vencidos, por decirlo así, por sus propias victorias.

Saqueada ya la poblacion no pensó Cortés conveniente esperar nuevos ataques de los enemigos. Al cuarto dia de haber llegado á ella, reunió todas sus tropas en una llanura inmediata. Muchos de los soldados venian agobiados con el botin; lo que causó gran disgusto al general: Díjoles, pues, que iban á emprender su marcha por una tierra que se habia levantado toda en su contra, y que por lo tanto, para estar seguros debian aligerarse lo mas que pudiesen : que la vista de tantos despojos debia excitar la codicia de los enemigos, los cuales se precipitarian sobre ellos como buitres hambrientos sobre su presa. Pero su elocuencia fué inútil, porque los soldados le dijeron descaradamente, que aquel era el fruto de sus victorias al cual tenian un derecho indisputable, y que ellos que habian sabido ganarlo con su espada, sabrian defenderlo con ella.

Viéndoles tan firmes en su propósito, no procuró el general contrariar sus inclinaciones, pero mandó que los bagajes fuesen puestos en el centro, y los confió á unos cuantos jinetes : el resto de sus tropas lo repartió entre la vanguardia y la retaguardia, y como este último punto era el mas peligroso, en él puso á los ballesteros y arcabuceros. Dispuestas las cosas de esta suerte, emprendió su marcha; pero ántes puso fuego á las combustibles casas de Xochimilco, en represalia de la resistencia que en ella habia encontrado (1). Las llamas de la incendiada ciudad se levantaban á las nubes y esparcian hasta muy léjos su siniestro fulgor que se reflejaba en las aguas y anunciaba á los habitantes de aquellas riberas, que los séres predichos por sus oráculos habian bajado del cielo, semejantes á un fuego que todo lo consume (2).

(1) « Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto. » Relacion Tercera, pag. 228.

(2) Para otros pormenores acerca de las batallas de Xochimilco puede consultarse á

A las veces se descubria á lo léjos alguna partida de indios, pero que no se atrevia á atacar al ejército, el cual ántes del mediodía llegó á Cojohuacan, gran ciudad, á dos leguas de Xochimilco. Es raro andar una distáncia como esta sin encontrar una ciudad de gran tamaño, tal vez en otro tiempo capital de algun señorío independiente. Los habitantes, miembros de diferentes tribus, y que hablan á veces dialectos diferentes, pertenecian todos á la gran familia que vino de la verdadera ó imaginaria tierra de Aztlan, al N. O. Reunidas estas tribus cerca de lo que pudiera llamarse su mar alpino, continuaron despues de incorporadas en la monarquía azteca, alimentando un espíritu de rivalidad que produjo en ellas el mismo efecto que en las ciudades del Mediterráneo, en la edad del feudalismo : avivó sus facultades mentales, é hizo que el valle mexicano aventajase en civilizacion á todas las demas regiones de Anáhuac.

La ciudad adonde acababan de llegar los españoles habia sido abandonada por sus habitantes, y Cortés se detuvo en ella dos dias para dar descanso á sus tropas y atencion á sus heridos (1). Este tiempo lo empleó en reconocer el terreno y en bajar acompañado de un fuerte destacamento, por la gran calzada que conduce de Cojohuacan á Ixtlapalapan (2). En el punto de interseccion, nombrado Xoloc, encontró una

Oviedo, *ubi supra*. Herrera, *ubi supra*. Ixtlilxochitl, venida de los españoles, pág. 18. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, caps. 87, 88. Bernal Diaz, cap. 45.

La relacion que el *conquistador* hace de estos encuentros, no tiene toda la claridad acostumbrada, por la brevedad, tal vez. En la relacion de los otros escritores (aunque contemporáneos) hay mas confusion de la ordinaria ; por manera que es imposible sacar una historia verdadera, de autoridades que están en contradiccion, no solo unas con las otras, sino áun consigo mismas. En todos tiempos ha sido raro que dos relaciones de una misma batalla coincidan en todos sus puntos ; seguramente á causa de que la situacion de cada uno es limitada y diferente de la de los demas, y de que en medio del calor y confusion del combate es difícil observar fria y exactamente lo que pasa. Todo el que haya tratado con los que sobreviven se persuade de esto, y de que la verdad se puede ir á buscar á todas partes, excepto en los campos de batalla.

(1) Este lugar notable por su belleza excesiva, fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, el cual fundó allí * un convento de monjas y mandó en su testamento que allí se enterrasen sus huesos, fuera cual fuere el lugar donde moria. « Que mis huesos los lleven á la mi villa de Coyoacan y allí, les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar, en la dicha villa. » Testamento de Cortés, MS.

* *No se llegó á fundar este convento. — N del T.*

(2) Esta, dice el arzobispo Lorenzana, que era la moderna *Calzada de la Piedad*. (Relac. Terc., pág. 229, nota.) Pero no es fácil conciliar esta opinion con el bien traba-

fortificacion tras la cual se habian atrincherado los mexicanos. Sus flechas causaron algun daño á los españoles en cuanto estos se pusieron á tiro, pero ellos siguieron de frente, no obstante las apretadas descargas de los indios, tomaron el parapeto y despues de una obstinada contienda, los arrojaron de su posicion (1). Cortés avanzó un poco por la calzada de Ixtlapalapan; pero viendo que el otro extremo de ella estaba ocupado por multitud de guerreros, y no queriendo trabar encuentros inútiles, ni mucho ménos estando casi agotadas sus municiones, se retiró á sus cuarteles.

Al dia siguiente continuó el ejército su marcha, tomando el camino de Tlacopan, cuya ciudad distaba de allí pocas leguas. En el tránsito recibieron alguna molestia de las partidas dispersas de indios, que al ver el riquísimo botin de que iban cargados, menudeaban sus ataques por los flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su primera expedicion, por medio de una estratagema, parecida á los que ellos acostumbraban; pero que fué ménos feliz que el otro porque engolfado en el alcance cayó en una emboscada que á su vez le habian preparado los indios.

Y áun Cortés no igualaba á los indios en táctica maliciosa; pues en un solo momento fué envuelta la caballería y separada del resto del ejército español; pero azuzando á los alazanes y uniéndose todos para formar una columna cerrada, lograron romper por entre los tercios indios, y escapar de sus manos, excepto dos que quedaron en ellas. Eran los asistentes del general que le habian acompañado fielmente durante toda la campaña, por lo que su pérdida le causó gran pena, la que aumentaba considerablemente por la consideracion del trágico y cruento destino que les aguardaba. Cuando el puñado de caballeros se reunió con el restó del ejército que inquieto por su tardanza habia

jado mapa del valle de México, de Humboldt. Una pequeña rama que en tiempo de los aztecas salia de esta ciudad, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde la primera vez entraron los españoles en la capital. Como las aguas que en un tiempo bañaban enteramente la ciudad, se han retirado mucho, ha cambiado enteramente el aspecto del terreno; y bien que áun se conservan las principales calzadas, se han perdido los vestigios de las pequeñas.

(1) « Y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir, y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia, y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas. » Ibidem, *ubi supra*.

hecho alto á las goteras de Tlacopan, quedaron asombrados los soldados al ver el abatido semblante de su comandante, el cual no pudo reprimir su emocion (1).

Todavía estaba alto el sol cuando entraron los españoles en la antigua capital de los tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir á la cima del *teocalli* mayor y desde allí reconocer los alrededores. Era aquel un magnífico punto de vista desde el cual se dominaba la capital que solo distaba una legua. Acompañaban á Cortés, Alderete y otros varios hidalgos de los que últimamente habian abrazado sus banderas. El espectáculo era enteramente nuevo para ellos, y al ver la magnífica ciudad cercada de su anchurosa laguna cubierta de canoas, cargadas las unas de frutos para el mercado de Tenochtitlan y las otras de guerreros, quedaron admirados de tanta actividad y movimiento, y confesaron que solo la mano de la Providencia habia podido sacar incólumes á sus compatriotas, del corazon de tan poderoso imperio (2).

Entre aquella asombrada reunion, solamente Cortés tenia un sombrío entrecejo, y uno que otro suspiro que de vez en cuando se escapaba de su seno revelaba la tristeza de sus pensamientos (3). « Consolaos, » le dijo uno de sus caballeros, deseando consolarlo á su manera tosca y marcial; « consolaos y no tomeis tan á pecho esas cosas, que viéndolo bien esta es la guerra. » La respuesta del general manifiesta el carácter de sus meditaciones. « Ya veis cuantas veces he enviado á México á rogalles de paz, y la tristeza no la tengo por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos hemos de ver hasta tornar á señorear, pero con la ayuda de Dios pronto lo pondremos por la obra (4).»

No se puede dudar que Cortés, lo mismo que cualquiera otro del ejército, conocia que estaba militando en una santa cruzada, y que, independientemente de toda consideracion mundanal, no podia servir mejor á Dios

(1) « Y estando en esto viene Cortés con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso. » Bernal Diaz, cap. 145.

(2) « Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras baldias, mucho mas se espantaron porque no las habian visto hasta en aquella sazon y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia. » Ibid, *ubi supra.*

(3) « En este instante suspiró Cortés con una muy grande tristeza, muy mayor que la que de ántes traia. » Ibid, loco citato.

(4) Ibid, *ubi supra.*

que plantando la Cruz en las torres salpicadas de sangre, de la metrópoli azteca. Pero era natural que sintiese alguna afliccion al ver aquel soberbio espectáculo y al pensar en la próxima tempestad y en que aquellos ricos pimpollos de la civilizacion iban á ser dentro de breve marchitados y desbaratados por el violento soplo de la guerra. ¡ Magnífico espectáculo el del gran conquistador deplorando á sus solas la devastacion que amenazaba á aquella tierra ! Parece que verle de esta suerte produjo una fuerte impresion en sus soldados poco acostumbrados á descubrir en él semejantes pruebas de sensibilidad. Esto prestó asunto para algunos « romances, » ó cantos nacionales con que los copleros castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban recordar á los héroes favoritos de su país, y los cuales siendo un intermedio entre las tradiciones orales y las crónicas, han sido una memoria tan imperecedera como las crónicas mismas (1).

Tlacopan era el punto adonde Cortés habia llegado en su primera expedicion, al Norte del valle ; por consiguiente habia ya completado la vuelta alrededor del gran lago, reconociendo las diferentes entradas de la capital y visto por sus propios ojos los preparativos de defensa hechos por el enemigo. No juzgó oportuno detenerse en Tlacopan, porque su proximidad á México habria podido acarrear el levantamiento de toda la belicosa poblacion de la primera de estas ciudades.

Al dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha tomando el camino que en su primera expedicion, al norte de los lagos pequeños. Molestáronle ménos los enemigos que en las ocasiones anteriores, lo que en parte era debido probablemente, al tiempo que estaba muy tempestuoso. Los soldados con sus vestidos pesados á fuerza de mojarse, pasaron con dificultad por angostos caminos recorridos por un torrente. Una ocasion, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales de hacer la ronda nocturna y los centinelas de montar guar-

(1) Diaz trae las primeras redondillas del romance, que no he pedido encontrar en ninguno de los romanceros impresos :

« En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado :
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuidado,
La una mano en la mejilla
Y la otra en el costado. » etc.

dia, fiados en la furia de la tempestad ; sin embargo de que lo sucedido con Narvaez debiera haberles enseñado á no fiarse en los elementos.

En Atcolman, en el territorio acolhua, se reunieron con Sandoval, con el cacique de Tetzcoco y con algunos otros hidalgos entre los cuales habia varios recien llegados de las Islas. Abrazaron cordialmente á sus camaradas, y les comunicaron la noticia de que ya estaba completo el canal y que los bergantines que ya tenian su jarcia y velámen, estaban listos para ser botados en el agua. Por lo tanto ya no habia razon de demorar las hostilidades contra México. Despues de tan satisfactoria bien venida, Cortés y sus legiones vencedoras, entraron por última vez en la capital acolhua, despues de gastar tres semanas completas en dar la vuelta á todo el valle.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION EN EL SENO DEL EJERCITO. — SE ECHA AL AGUA A LOS BERGANTINES. — FUERZA DEL EJERCITO. — EJECUCION DE XICOTENCATL. — MARCHA DEL EJERCITO. — PRINCIPIO DEL SITIO.

(1521.)

Precisamente al mismo tiempo que Cortés se ocupaba en reconocer el valle y en prepararse para el sitio de la capital, trabajaba activamente una faccion en Castilla para subvertir la autoridad de Cortés y por desbaratar al mismo tiempo sus planes de conquista. La fama de sus heróicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España y otros países de Europa, donde causó general admiracion la indómita energía del hombre que puede decirse que con su solo brazo luchó por tan targo tiempo con el poderoso imperio indio. Solamente la ausencia del monarca español de sus dominios, y los disturbios del reino pueden explicar la supina indiferencia con que miró el gobierno el fomento de aquella grande empresa. A esto se allegan las diligencias que hacian Velazquez y Narvaez ayudados por un abogado tan poderoso como era el obispo Fonseca, Presidente del Consejo de Indias. Llevaba las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Cárlos, y despues Papa; hombre de saber y de alguna sagacidad, pero omiso y tímido en su política, y sobre todo, incapaz de aquella actividad y resolucion que distinguian el genio atrevido de su predecesor el cardenal Ximenez.

Sin embargo, en la primavera de 1521 se expidieron algunas providencias por el Consejo de Indias que produjeron un cambio importante

en las cosas de Nueva-España. Determinóse que la Real Audiencia de la España sobreseyese en el proceso formado contra Narvaez por el trato que habia dado al Lic. Ayllon: que el desgraciado comandante fuese sacado de la prision en que estaba en Veracruz; y que se enviase á México un visitador que averiguase los procedimientos de Cortés, é hiciese amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaban en la córte quienes viesen con desagrado estas determinaciones por juzgarlas indigna recompensa de los servicios de Cortés, y porque pensaban que de todos modos eran inoportunas y podian desanimar al general ó áun arrojarle al extremo de la desesperacion. Pero el arrogante obispo de Búrgos despreciaba todas estas observaciones, y habiendo aprobado la regencia las determinaciones del Consejo, fueron firmadas por los que componian este cuerpo, en 11 de Abril de 1821. Tápia, uno de los oidores de Santo Domingo, fué la persona escogida para ir á Veracruz. Pero afortunadamente sobrevinieron ocurrencias que demoraron la ejecucion de los planes, y que permitieron á Cortés proseguir sin rémora en su carrera de conquista (1).

Pero al paso que se le permitia, á lo ménos por ahora, permanecer en su autoridad, le amagó otro peligro intestino que no solo ponia en conflicto esa autoridad, sino áun su vida misma: era una conspiracion de un carácter mas serio y peligroso que cuantas hasta entónces se habian descubierto. Promovióla un simple soldado, nombrado Antonio Villafaña, cuyo nombre sería desconocido á no ser por la parte que tuvo en esta trama. Pertenecia á los de Narvaez, á ese semillero de descontentos que por todo se disgustaban y que siempre estaban prontos á amotinarse. Verdad es que desde que en Tlaxcallan se separaron algunos de sus compañeros, se habian quedado voluntariamente; pero siempre movidos de la codicia que les hizo embarcarse en la expedicion, y que no debian ver satisfecha todavía. Participaban poco de ése espíritu romancesco de los primitivos compañeros de Cortés, y los secos laureles de la victoria les parecian despreciable recompensa de tantas fatigas y padecimientos.

A estos se unian otros que tenian motivos personales de resentimiento con Cortés, y finalmente, otros que desconfiaban del buen éxito de la

(1) Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 15. Relacion de Alonso de Veraza, escribano público de Veracruz. MS., dec. 21.

campaña. El negro destino de los compañeros que habian caido cautivos, los llenaba de desaliento: ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, quien sin contar con los recursos suficientes se atrevia á provocar á un enemigo feroz y formidable; y finalmente se estremecian al pensar que iban á perseguir á este enemigo hasta sus recónditos hogares donde la desesperacion le debia hacer sacar décuplas fuerzas.

Estos menguados, de buena voluntad habrian abandonado la empresa y vuéltose á Cuba; pero¿ cómo hacerlo? Cortés era el dueño de todo el camino, desde la capital hasta la playa; y por otra parte sin órden suya ningun barco saldria del puerto. Demas de esto, áun sacándole fuera de combate, quedaban otros capitanes que ocuparian su lugar, era preciso, pues, juntamente con el general asesinar á Sandoval, Olid, Alvarado y otros dos ó tres de los mas adictos á los intereses del conquistador. Los conspiradores determinaron dar el grito de libertad, seguros de que los seguiria gran parte del ejército, ó por lo ménos la bastante para salirse con su intento. Proponianse dar el mando despues de la muerte de Cortés, á Francisco Verdugo, cuñado de Velazquez. Era un hidalgo honrado y no era cómplice de sus designios; pero ellos no dudaban de que aceptaria el mando que como por fuerza se le conferia y que así se granjearian la proteccion del gobernador de Cuba, quien, fuera de esto, tenia tal odio á Cortés, que aprobaria todos sus procedimientos.

Los conspiradores llegaron á nombrar aún á los oficiales subalternos: á un alguacil mayor en lugar de Sandoval; á un cuartel-maestre general, en el de Olid, y así de los demas (1). El tiempo prefijado para la ejecucion del plan era á poco de volver Cortés de su expedicion. Debian presentarle estando á la mesa, un paquete de cartas que se supondrian recien llegadas de Castilla; y cuando mas distraido estuviese en abrirlas, arrojarse sobre él y sus oficiales y despacharle á puñaladas. Tal era la inicua maquinacion para acabar con Cortés y su conquista; pero una conspiracion para que no se malogre, mayormente si intervienen en ella muchas personas, debe ser de tal naturaleza que medie poco tiempo entre su concepcion y su ejecucion.

(1) «Habia alguacil mayor é Alférez y Alcaldes y Regidores y Contador y Tesorero y Veedor y otras cosas deste arte, y áun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos.» Bernal Diaz, cap. 146.

El dia anterior al señalado para la perpetracion del crímen, uno de los conspiradores arrepentido de él, vino á la tienda del general y solicitó una entrevista privada con él: arrojóse á las plantas de Cortés y le reveló todos los pormenores del complot, añadiendo que en poder de Villafaña paraba un papel en que estaban los nombres de los cómplices. Cortés, á quien parece que habia herido un rayo, no perdió momento en aprovecharse del aviso. Llamó á Sandoval, Alvarado y otros dos ó tres oficiales designados por el conspirador, les impuso del negocio, y acompañado de ellos y de cuatro alguaciles se dirigió á la tienda de Villafaña.

Encontráronle conversando con tres ó cuatro amigos que tambien fueron aprehendidos al instante, y puestos bajo buena guardia. Villafaña sorprendido de la súbita aparicion del comandante, sacó del seno el papel que contenia las firmas de los conspiradores, é intentó tragárselo; pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el papel. Al pasar rápidamente la vista por la lista fatal, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de várias personas que gozaban en el ejército de alguna consideracion. Hizo pedazos la lista y mandó preso á Villafaña. Juzgósele inmediatamente por un consejo de guerra que con precipitacion reunió Cortés y que presidió él mismo. Parece que no cupo duda de la culpabilidad del acusado, el cual fué condenado á muerte, la que se ejecutó despues de darle el tiempo necesario para arreglar sus negocios espirituales, ahorcándole y colgándole de las ventanas de su aposento (1).

Los que ignoraban la conspiracion quedaron asombrados de aquel espectáculo; y el resto de los conspiradores llenos de consternacion al ver que su maquinacion estaba descubierta y que igual destino que á Villafaña se les esperaba tambien á ellos. Pero se engañaban: Cortés hizo parar allí las cosas. Una ligera reflexion le convenció de que obrar de otra suerte era comprometerse en averiguaciones desagradables y áun peligrosas, y bien que todos los cómplices de tan negro crímen fuesen acreedores á la muerte, prefirió perdonarles y contentarse con el castigo del cabecilla, á la pérdida de sus cómplices, siendo tan reducida la fuerza del ejército.

Reunió á todas las tropas y las instruyó en breves palabras del crímen

(1) Ibid., loco citato. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 1.

por el cual habia sido ahorcado Villafaña. Dijo que nada habia confesado y que se habia llevado consigo los secretos de la conspiracion. Manifestó la pena que le causaba ver que en sus filas habia personas bastantes bajas para entrar en maquinaciones tan pérfidas, y aseguró tener la certeza de que entre los que le escuchaban nadie habria que se sintiese agraviado por sus palabras; pero que si alguno lo estaba, lo dijese francamente para darle cumplida satisfaccion (1). Pero no hubo ninguno que aunque agraviado creyese conveniente quejarse en aquel momento; lo que ménos querian los conspiradores era esto, pues se reputaban felices en haber escapado (á su entender) de que los descubriera, y en quedar en disposicion de alistarse entre los malcontentos en ocasion mas oportuna.

La conducta de Cortés en esta ocasion prueba una gran sangre fria y conocimiento del corazon humano. Si hubiese publicado á las claras, ó siquiera dejado traspirar los planes que habia descubierto, habria vuelto sus enemigos irreconciliables á todos los implicados en aquellos: á una imprudencia de esta clase que cometió Luis XI al principio de su reinado, debió los disturbios que le agitaron despues (2). Una vez arrancada la máscara ya no habia ocasion ni de disimular las apariencias: parece que se cerraba la puerta al arrepentimiento, y la malevolencia que sin esto se habria mitigado por el tiempo, las circunstancias ó la generosidad, habria degenerado con otra conducta en odio profundo é implacable rencor. Cortés se habria visto rodeado en su campo mismo de enemigos mas implacables que los aztecas.

De todos modos, los culpables habian recibido el escarmiento bastante para no volver á arriesgar sus vidas en tramas de la misma clase; y procuraron con demostraciones de lealtad y con la asiduidad en el servicio, alejar de sí toda sospecha. Cortés por su parte tuvo estudio en guardar su porte habitual, igualmente distante de la desconfianza, y (lo que es todavía mas difícil) de esa estudiada afabilidad que revela con toda claridad las sospechas que se tienen de aquel á quien se dispensa. En verdad que no era poca la habilidad que se necesitaba para obrar de

(1) Ibid., *ubi supra*.

(2) Así dice M. Barante en su pintoresco *rifacimiento* de las antiguas crónicas. « Los procesos del Condestable y del Señor de Nemours, habian hecho que estallase su mala voluntad ó á lo ménos su poca fidelidad al rey; ellos no podian, pues, dudar de que él deseaba ó maquinaba su ruina. » Hist. de los duques de Borgoña (Paris, 1838), tomo XI, pag. 169.

esta suerte; pero sin embargo, no olvidó lo pasado; porque el hombre que habia roto la lista en que estaban los nombres de los conspiradores contra su vida, no necesitaba de tenerlos escritos para que no se le olvidasen. No apartaba de ellos la vista y cuidaba de ponerlos siempre donde no pudiesen dañarle (1).

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una fuerte sensacion, porque sus prendas fascinadoras y talentos militares, le habian ganado el favor de éste. Mostráronle los soldados grande empeño en significar cuánto reprobaban tan infame traicion, nacida de entre ellos mismos; y conocieron la necesidad de velar sobre la vida de aquel de cuyo destino dependia el suyo propio y el de la grande empresa que acometian. Determinóse, pues, que la persona de Cortés quedaria bajo la custodia de una guardia mandada por un hidalgo digno de toda confianza, nombrado Antonio Quiñones. Sirvióle al general durante el resto de la campaña, como de guardia de corps que lo cuidaba de dia y de noche, y que lo defendia de la traicion doméstica y del acero enemigo.

Como hemos dicho al fin del capítulo precedente, cuando volvieron los españoles á sus cuarteles, encontraron acabados los bergantines, que ya aparejados podian ser botados al agua. El canal por su parte, tambien habia sido concluido, merced á ocho mil indios que habian trabajado en él por cerca de dos meses.

Era obra de mucho trabajo, pues tenia media legua de largo, doce piés de ancho, y otros tantos de profundidad. Los dos lados estaban asegurados con palizadas ó con obras de mampostería. De trecho en trecho habia compuertas y diques, y parte del canal estaba cortado en la viva peña. Por aquel canal podian ser echados los bergantines en el agua con toda seguridad. (2)

Cortés habia resuelto que tan feliz acontecimiento se solemnizase debidamente. El 28 de Abril formaron todas las tropas, y la poblacion de

(1) « Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba de ellos. » Bernal Diaz, cap. 146.

(2) Ixtlilxochitl. Venida de los españoles, pág. 19. Relac. Terc. de Cortés, pág. 234. « Obra grandísima, » exclama el conquistador, « y mucho para ver. » « Fueron en guarda destos bergantines, » añade Camargo, « mas de diez mil hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de México, que fué obra de mucho efecto para tomarse México. » Hist. de Tlaxcallan, MS.

la ciudad asistió á la ceremonia. Díjose misa, y todos los del ejército, incluso el general, recibieron el Sacramento. Recitáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendicion del cielo sobre aquella flotilla, la primera digna de tal nombre que surcaba las aguas americanas (1). La señal era un cañonazo, despues del cual las embarcaciones fueron echadas una por una en el agua, y llegando sucesivamente á la laguna. Al salir á su ancha superficie, con el soberbio pabellon de Castilla flameando en los mástiles, y con músicas que llevaban dentro, arrojó un grito de admiracion la innumerable multitud; el rumor que formaba se mezclaba con el fragor de los cañones y mosquetes que hacian fuego desde la ribera y dentro de las naos mismas (2). Era aquel un espectáculo nuevo para los candorosos indios que se llenaron de asombro al ver los elegantes bergantines que bogaban semejantes á aves marinas, de nevadas alas, y que se deslizaban suavemente en las aguas como si estuviesen gozándose en su elemento. Conmovióse tambien el rudo corazon de los conquistadores y en un rapto de entusiasmo, creyeron que el cielo habia derramado sobre ellos sus bendiciones y prorumpieron todos á una voz en el noble himno del Te-Deum. Pero á nadie causaba aquel espectáculo mas profundo interes que al comandante, porque para él aquella era, en cierto modo, la obra de sus manos, y su corazon se henchia de orgullo al verse dueño de todos los recursos necesarios para señorear el lago y abatir las altivas torres de Tenochtitlan (3).

(1) Los bergantines se conservaban todavía mucho tiempo despues de la conquista, en los astilleros de México, como monumentos preciosos. Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte 1, cap. 1.

(2) « Dada la señal saltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro apartándose de la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artilleria, respondió la del ejército así de castellanos como de indios. » Herrera, Historia General, dec. 3, lib. 1, cap. 6

(3) Ibid., *ubi supra*. Relac. Terc., pág. 234. Ixtlilxochitl. Venida de los españoles, MS., pág 19. Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.

El último de estos historiadores ensalza sumamente la proeza de su héroe, que dice que oscurece las famosas hazañas de Sesóstris. « Otras muchas é notables cosas cuenta el autor que he dicho de aqueste rey Sesostris, en que no me quiero detener ni las tengo en tanto como este tranchea ó canja que es dicho, y los bergantines de que tratamos, los cuales dieron ocasion á que se hubiesen mayores tesoros, é provincias, é reinos, que no tuvo Sesóstris, para la Corona Real de Castilla por la industria de Hernando Cortés. » Ibid., lib. 33, cap. 22.

Lo primero que despues de esto hizo el general, fué pasar revista á sus tropas en la plaza mayor de la capital. Encontró que su ejército se componia de ochenta y siete jinetes y ochocientos diez y ocho infantes, de los que ciento ocho eran ballesteros y arcabuceros. Habia tres cañones de hierro, de grueso calibre, y quince cañoncitos ó falconetes de bronce (1). Los cañones de hierro habian sido traidos hacia poco tiempo de Veracruz á Tetzcoco, por los fieles tlaxcaltecas. Contaba con suficiente cantidad de balas y municiones, y con cerca de mil libras de pólvora, y cincuenta mil saetas de cobre hechas por los indios conforme á la muestra que se les habia dado (2). La fuerza y los pertrechos del ejército eran cual nunca habian sido desde la salida de México y probaban la utilidad de los refuerzos últimamente llegados de las islas. Así pues, atendiendo á la flota, puede decirse que jamas habia contado Cortés con tantos recursos. Trescientos hombres fueron destinados á tripular los buques, que eran trece, ó mejor dicho, doce, por haberse visto al probarlos que uno de los pequeños era demasiado pesado para la guerra. Algun trabajo costó encontrar quienes los sirviesen, porque todos se rehusaban á hacerlo; pero Cortés escogió á los que venian de Palos, Moguer y otras ciudades marítimas, y no obstante que reclamaban su fuero de « hidalgos » para que no se les emplease en aquellos trabajos mecánicos, Cortés les obligó á hacer dicho servicio (3). Cada nave montaba una pieza de artillería, é iba á las órdenes de un oficial respetable; á todos los cuales dió Cortés una ordenanza general para el gobierno de la armada, la cual se proponia mandar él en persona.

Ya habia comunicado á sus aliados indios su determinacion de poner sitio á la capital y les habia requerido de que le enviasen los prometidos auxilios, dentro de diez dias, á lo mas tarde. A los tlaxcaltecas les previno que se juntasen en Tetzcoco, y á los demas aliados en Chalco, que le pareció ser el lugar de reunion mas conveniente que cualquiera otro, para romper las hostilidades por la parte meridional del valle. Los

(1) Relac. Terc. pág. 234.

(2) Bernal Diaz, cap. 147.

(3) Ibid., *ubi supra*. La hidalguía ademas de sus privilegios legales, traia consigo algunos otros puramente imaginarios, tal por ejemplo, como el de considerarse excluido de todo trabajo aunque honesto, humilde, entendido por tal el que podia proporcionar el sustento á un pobre. (Véase una entretenida noticia sobre esto, en Doblado, Cartas sobre España, Carta 2ª. En ningun país ofrece el *hidalgo pobre* un blanco mas amplio á la sátira, como lo prueban plenamente las de Lessage, Cervantes y Lope de Vega.

tlaxcaltecas llegaron en el plazo prescrito, acaudillados por el jóven Xicotencatl, y ayudados de los Chichimecatls; los engreidos guerreros que habian convoyado los bergantines hasta Tetzcoco. Eran cincuenta mil, segun Cortés (1), y formaban la vista mas hermosa al marchar vestidos de gala formados bajo el gran estandarte nacional, cuyo blason era una águila con las alas extendidas, ave blanca de las armas de la república (2). Con paso tan firme y resuelto como si se dirigieran á de un campo batalla, desfilaron por las puertas de la capital cuyo recinto hicieron resonar con los gritos de Tlaxcallan, Tlaxcallan; Castilla, Castilla.

Las observaciones que habia hecho Cortés en su último reconocimiento de la capital, le hicieron distribuir sus fuerzas en tres divisiones y establecer otros tantos campamentos situados á la extremidad de las calzadas principales. De esta suerte podian las tropas moverse de consuno sobre la capital, é interceptar los recursos que se intentase hacer entrar. El primer punto era Tlacopan, que dominaba la fatal calzada de la noche triste. Confióselo á Pedro de Alvarado con una fuerza que, segun la relacion del mismo Cortés, constaba de treinta caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles y veinticinco mil tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid mandaba la segunda division, compuesta de la misma fuerza que la anterior, y acampada en Cojohuacan, la ciudad que como recordará el lector dominaba la calzadilla que se unia con la de Ixtlapalapan. Gonzalo de Sandoval mandaba la tercera division, de la misma fuerza que las anteriores; pero cuyos auxiliares debian salir de las fuerzas reunidas en Chalco. Este oficial debia marchar á Ixtlapalapan y completar la destruccion principiada por Cortés poco despues de su entrada en el valle; lo cual era preciso para no dejar á la retaguardia del ejército una plaza tan formidable. El general se proponia coadyuvar al ataque con sus ber-

(1) « Y los capitanes de Tlascaltecal con toda su gente muy lucida y bien armada...... Y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de 50,000 hombres de guerra. » (Relac. Terc., pág. 236.) « Y toda la gente, » añade Herrera, « tardó tres dias en entrar, segun en sus memoriales dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tetzoco tan gran ciudad cabian en ella. » Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 13.

(2) « Y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas que parece águila con sus alas tendidas. » (Bernal Diaz, cap. 149.) Clavijero, (Stor. del Messico, tomo II, pág. 145) dice que las armas de la república eran una águila de oro con las alas extendidas. Pero como Bernal Diaz habla de la águila *blanca*, tal vez seria la garza blanca que eran las armas de la casa de Xicotencatl.

gantines, conforme fuesen requiriéndolo los movimientos subsecuentes de Sandoval (1).

Despues de informar de sus planes á los oficiales, reunió á las tropas y les dirigió una de esas breves y entusiastas proclamas que acostumbraba en tales ocasiones para inflamar el pecho de sus veteranos. « He dado, » les dijo « el último paso, y os he traido al término porque tanto anhelabais. Dentro de pocos dias os encontrareis á las puertas de México; la capital de donde fuísteis arrojados con tanta ignominia. Pero hoy nos favorece la Providencia, ¿ quién puede dudarlo ? Si no, comparad nuestra presente situacion con la que teniamos hace un año, cuando despedazados y desalentados buscamos un asilo en el recinto ds Tlaxcallan; ó áun con lo que era hace pocos meses, cuando sentamos nuestros reales en Tetzcoco (2). De entónces acá, hemos doblado nuestras fuerzas: peleamos por la fe, por nuestra honra, por la riqueza y por la venganza. Os he traido cara á cara de vuestro enemigo: á vosotros toca lo demas » (3).

La arenga del denodado caudillo fué correspondida con estrepitosas aclamaciones de los soldados que dijeron todos que cumplirian con su deber militando bajo semejante capitan, y que lo que únicamente deseaban era habérselas con el enemigo (4).

En seguida mandó Cortés que se les volviesen á leer á las tropas las ordenanzas expedidas en Tlaxcallan, previniendo que serian ejecutadas á la letra.

(1) El monto exacto de la fuerza de cada una de las divisiones, es el siguiente segun la relacion del mismo Cortés. La de Alvarado: 30 caballos, 168 infantes españoles, 25,000 tlaxcaltecas. La de Olid: 33 caballos, 178 infantes, 20,000 tlaxcaltecas. La de Sandoval: 24 caballos, 167 infantes, 30,000 indios. (Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 236.) Diaz reduce á la tercera parte la fuerza de las tropas aliadas. Hist. de la Conq., cap. 150.

(2) « Que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veian que Nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos, porque bien sabian que cuando habiamos entrado en Tetzcoco no habiamos traido mas de 40 de caballo y que Dios nos habia socorrido mejor que lo habiamos pensado. » Relac. Terc., pág. 235.

(3) Oviedo amplifica lo que sin embargo llama breve y sustancial oracion de Cortés, hasta hacerla tres tantos mas larga de lo que era original; en lo cual ha sido imitado por la mayor parte de historiadores. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.)

(4) « Y con estas últimas palabras cesó y todos respondieron sin disculparse é á una voz, dicentes: Sírvanse Dios y el emperador nuestro señor de tan buen capitan y de nosotros; y así lo harémos todos como quien somos y como se debe esperar de los buenos españoles, y con tanta voluntad y deseo; dicho que parecia que cada hora le era perder un año de tiempo, por estar ya á las manos con el enemigo. » Ibid., *ubi supra.*

Se determinó que los indios llevarian á los españoles un dia de camino y harian alto á orillas del territorio tetzcocano con los confederados. Poco tiempo despues de su salida ocurrió una circunstancia que parecia ser de mal agüero. Trabóse una riña entre un español y un tlaxcaltecatl, en la cual quedó éste mal parado: envióse al herido á Tlaxcallan y se determinó ocultar el suceso al general, el cual no podria verlo como cosa de poco momento. Xicotencatl era pariente muy próximo del herido, y el primer dia que hicieron alto, creyó oportuno volverse á Tlaxcallan, acompañado de varios. Otros atribuyen la desersion á diverso motivo (1). Es cierto que desde el principio habia visto la expedicion de mal ojo y habia predicho que nada bueno habia de salir de ella; ademas entró en la empresa con repugnancia porque detestaba á los españoles de corazon.

El comandante de la division á que pertenecia Xicotencatl, mandó avisarlo al punto á Cortés que á sazon tenia sus reales en Tetzcoco. El general, conociendo las funestas consecuencias de semejante defeccion, envió en persecucion del fugitivo una partida de indios tetzcocanos y tlaxcaltecas, con órdenes de que si era posible le persuadieran á que volviese á su deber. Encontráronle en el camino y le reprendieron su conducta, la cual contrastaba con la de la generalidad de sus compatriotas y en especial con la de su padre, el íntimo amigo de los blancos. « Tanto peor, » replicó el general; « si se hubieran llevado de mis consejos no se habrian dejado burlar de los pérfidos extranjeros » (2). Habiendo visto los emisarios que sus ruegos solo eran contestados con vanaglorias y altanerías se volvieron sin haber llenado el objeto de su mensaje.

Cortés no vaciló en cuanto al partido que debia tomar. « Xicotencatl, » dijo, « siempre ha sido el enemigo de los españoles: lo fué al principio en el campo de batalla y lo fué despues en el senado: en público y en secreto, es siempre lo mismo, su implacable enemigo: no hay pues para

(1) Segun Bernal Diaz, fué el deseo de hacerse el dueño de las tierras de su camarada chichimeca que permanecia en el ejército. (Cap. 150.) Segun Herrera unos amores fueron los que lo llevaron á su patria. (Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 17.) Pero el primero y este y todos convienen en el odio que tenia á los españoles y en su adversion á la guerra.

(2) « Y la respuesta que le envió á decir fué que si el viejo de su padre y Maxixcatzin le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto de ellos, que les hace hacer todo lo que quiere; *y por no gastar mas palabras dijo que no queria venir.* » Bernal Diaz, cap. 150.

que gastar palabras con el indio traidor. » Despachó al punto una partida de caballería y un alguacil, con órdenes de prender á Xicotencatl donde quiera que le encontrasen, aunque fuese en las calles de Tlaxcallan, y de traerle preso á Tetzcoco. Al mismo tiempo mandó aviso del comportamiento de Xicotencatl, al senado de Tlaxcallan; añadiendo que segun las leyes españolas la desersion era castigada con la muerte.

Los enviados de Cortés cumplieron exactamente sus órdenes; arrestaron al jefe (aunque es dudoso si en Tlaxcallan ó en sus inmediaciones), y le trajeron prisionero á Tetzcoco donde estaba dispuesta para recibirle una grande horca. Llevósele al instante al lugar de la ejecucion : leyóse el proceso y la sentencia, y el desventurado general expió su falta en el vil suplicio destinado á los malhechores. Sus bienes que eran cuantiosos y consistian en tierras, esclavos y algun oro, quedaron confiscados en beneficio de la corona (1).

Así pereció en la flor de su edad Xicotencatl, el guerrero mas intrépido de cuantos habian conducido á la batalla ejércitos indios. Fué el primer jefe que resistió con éxito á las armas de los invasores, y probablemente si todos los aztecas hubiesen tenido un ánimo tan esforzado como el suyo, jamas habria puesto Cortés la planta en la capital de Moteuczoma. Estaba dotado de una prevision mas clara que la de todos sus compatriotas, pues que conoció que el europeo era un enemigo mas formidable que el azteca. Sin embargo, supuesto que militaba bajo las banderas castellanas, no tenia derecho de desertarse, é incurrió en las penas que todas las naciones, ora salvajes, ora cultas, imponen á la desercion. Cuentan ademas que el senado de Tlaxcallan cooperó á su suplicio, enviando decir á Cortés que tambien segun las leyes de la república merecia Xicotencatl la muerte (2). Con todo,

(1) Así lo dice Herrera que tuvó á su disposicion el memorial de Ojeda, uno de los encargados de la prision de Xicotencatl. (Hist. General, dec. 7, lib. 1, cap. 17 ; Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 90.) Por otra parte ; Bernal Diaz dice que el jefe indio fué cogido y ejecutado en el camino. (Cap. 150.) Pero probablemente el último historiador estaba á la sazon ausente, empleado en la division de Alvarado. Sin embargo, Solis prefiere su testimonio fundándose en que no es creible que Cortés se hubiese atrevido á ejecutarle en presencia del ejército indio. (Conq., lib. 5, cap. 19.) Pero los tlaxcaltecas estaban ya casi todos en camino para Tlacopan ; solo quedaban en Tetzcoco unos pocos, y los españoles y los tetzcocanos no eran gente que habia de hacer nada en favor de Xicotencatl. Por lo tanto, su muerte en este último punto era mas fácil que no en el territorio de Tlaxcallan, adonde probablemente llegó ántes de que lo aprehendiesen.

(2) Herrera, *ubi supra*. Torquemada, *ubi supra*.

fué un acto de arrojo ejecutar la sentencia en medio de los suyos, porque era un jefe muy principal y heredero de uno de los cuatro señoríos de la república. Sus prendas caballerosas le habian ganado popularidad, especialmente entre los jóvenes ; de suerte que sus vestidos fueron despues de su muerte hechos tiras y repartidos como reliquias entre los jóvenes. Pero ninguna resistencia opusieron á la ejecucion de la sentencia, ni hubo ningun amago de conmocion. El fué el único tlaxcaltecatl que faltó á la fidelidad de los españoles.

Segun el plan de operaciones trazado por Cortés, Sandoval con los suyos debia tomar la parte meridional, y Alvarado y Olid la septentrional de la laguna. Estos dos hidalgos despues de tomar á Tlacopan, debian avanzar hasta Chapoltepec y demoler el gran acueducto que abastecia de agua á la ciudad. El dia 10 de Marzo emprendieron la marcha; pero en Atcolman donde pernoctaron la primera noche, se trabó una contienda entre los soldados de las dos divisiones, sobre el cuartel que cada una de ellas debia ocupar. De las palabras pasaron á los hechos, y los dos caudillos, que se afectaron cada cual por los suyos, se retaron (1). Súpolo Cortés, y se dirigió al punto adonde estaban los irritados jefes, y les rogó que por sí y por su causa, prescindiesen de desavenencias, cuyo único resultado debia ser su propia ruina y la del ejército. Esta observacion era tan fuerte que produjo una reconciliacion, por lo ménos en lo aparente ; pero Olid no era hombre fácil para olvidar ni para perdonar, y Alvarado, aunque mas franco y mas generoso, era mas fácil de irritarse que de calmarse. Despues de esto jamas volvieron á ser amigos (2).

Los españoles no encontraron obstáculo en su marcha, porque los habitantes de las poblaciones, luego que sabian que aquellos se aproximaban, huian á las montañas ó á México, cuya guarnicion iban á reforzar. Tlacopan les fué tambien abandonada, y volvieron á establecer de nuevo sus cuarteles en la ciudad principal de los tepanecas (3).

(1) « Y sobre ellos ya habiamos echado mano á las armas los de la capitanía, con los de Cristóbal de Oli, y áun los capitanes desafiados. » Bernal Diaz, cap. 150.

(2) Ibid., loco citato. Relac. Terc., en Lorenzana, pág. 237. Gomara, Crónica, cap. 130. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.

(3) La capital tepaneca decaida de su antiguo esplendor, solo es notable hoy por sus recuerdos históricos. « Esta llanura de Tlacopan, » dice la animada autora de la Vida en México, « teatro en un tiempo, de crudas y sangrientas batallas, y donde durante el sitio sentó sus reales Alvarado, *el del salto*, presenta hoy un espectáculo tranquilo. Tlacopan

Lo primero que procuraron fué interrumpir los canales que llevaban el agua desde los veneros de Chapoltepec á los numerosos estanques y fuentes que regaban los patios de las casas y plazas de la capital. El acueducto formado en parte de ladrillos, y en parte de piedra y mezcla, pasaba por un fuerte aunque estrecho dique que atravesaba uno de los brazos de la laguna; y todo él era uno de los mas bellos monumentos de la civilizacion india. Los indios bien persuadidos de su importancia, habian destacado un fuerte cuerpo de indios que lo cuidase. Por consiguiente se trabó una batalla en la que ambos tuvieron grandes pérdidas; pero que quedó por los españoles. Parte del acueducto fué demolido, y durante el sitio no volvió á entrar agua en la ciudad por aquel canal.

Al dia siguiente bajaron las fuerzas combinadas á la fatal calzada, para ver si podian harcerse del puente inmediato. Encontráronla ocupada por multitud de guerreros, y el lago cubierto de innumerables canoas ; lo mismo que la noche de la catástrofe. Los intrépidos castellanos intentaron avanzar en medio de una verdadera lluvia de saetas, piedras y otras armas arrojadizas; pero no pudieron adelantar mas que muy poco. De trecho en trecho habia en la calzada barricadas que estorbaban y casi inutilizaban á la caballería. Las orillas de las canoas estaban provistas de trincheras que defendian á los de adentro, contra los arcabuces y ballestas. Cuando los combatientes de la calzada se veian muy urgidos por las picas de los castellanos, se arrojaban intrépidamente al agua, y desde las riberas disparaban con ojo fatalmente certero, sus saetas y javelinas. Despues de una reñida refriega tuvieron los españoles que retirarse desairadamente, y despues de sufrir una pérdida, inclusa la de los aliados, casi igual á la de los enemigos. Olid, disgustado del éxito de la tentativa, increpó á su compañero calificándola de temeridad estéril, y se retiró á su antigua posicion de Cojohuacan.

Los campamentos solo distaban uno de otro cosa de dos leguas, y estaban en perfecta comunicacion. Harto tuvieron en que ocuparse, con forrajear en las inmediaciones y con repeler los bruscos ataques de los enemigos, de los que se vengaban sobradamente privándoles de víveres. Pero su situacion era precaria y aguardaban con impaciencia el mo-

mismo es hoy un lugarejo de casas de adobe, con unos pocos de árboles antiguos, unas cuantas casas viejas arruinadas, una iglesia cayéndose, y algunos restos de los edificios que se asegura haber servido de residencia al monarca, áun que otros dicen que fué donde acamparon los españoles. » Vol. I, y 13.

mento en que llegase Cortés con los bergantines. Hácia fines de Mayo fué cuando acampó Olid en Cojohuacan, y desde entónces se debe comenzar á contar el sitio de México (1).

(1) Relac. Terc., págs. 237, 239. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 94. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23. Bernal Diaz, cap. 150. Gomara, cap. 130.

Clavijero comienza á contar desde el dia de Corpus Christi, Mayo 30 de 1521. (Tom. III, pág. 196.) Pero segun Cortés los españoles salieron de Tetzcoco el 10 de Mayo; y no pueden haber trascurrido tres semanas entre su salida de allı y la ocupacion de Cojohuacan. Clavijero resuelve esta dificultad, datando la salida de Tetzcoco el 20 de Mayo, en vez del 10, y siguiendo al historiador Herrera y no á Cortés. Pero seguramente, de las dos autoridades, el segundo es la mejor.

CAPITULO V

DERROTA DE LA FLOTILLA INDIA. — OCUPACION DE LA CALZADA. — ATAQUES FURIOSOS DE LOS INDIOS. — INCENDIO DE LOS PALACIOS. — RESISTENCIA DE LOS SITIADOS. — CUARTELES DE LAS TROPAS.

(1521.)

Apenas supo Cortés que los dos oficiales de que arriba hemos hablado estaban ya en sus respectivos puestos, cuando mandó á Sandoval que marchase sobre Ixtlapalapan. La travesía la hizo por un país casi todo de paz, y en Chalco se reforzó su pequeño ejército con los innumerables aliados que le esperaban allí para reunírsele. Verificada la reunion emprendió su marcha sin encontrar obstáculo hácia la ciudad, á cuyas goteras encontró un fuerte ejército indio dispuesto á darle batalla. Dióse en efecto, y los indios despues de defenderse bravamente durante algun tiempo, se vieron por fin obligados á huir y á refugiarse en el lago ó en la parte de la ciudad que estaba situada sobre el agua. El resto de aquella fué prontamente ocupada por los españoles.

En el entre tanto Cortés habia venido con su flotilla en ayuda de su teniente. Al pasar cerca de la ribera meridional del lago, pasó bajo la sombra de un pico, llamado despues por esta causa, «la Roca del Marqués.» Defendíala un cuerpo de indios que al cruzar su flotilla le saludó con gran cantidad de piedras y flechas. Cortés para castigar aquella osadía y limpiar el lago de tan molesto enemigo, desembarcó con 150 hombres: se puso á su cabeza, escaló la escarpada subida, no obstante la lluvia de proyectiles que le arrojaban, subió al pico y pasó á cuchillo

á la guarnicion. Ademas de esta habia gran número de mujeres y niños, á los cuales perdonó (1).

En la punta de la roca habia una hoguera que fué la señal con que se avisó á los habitantes de la capital, que ya habia levado áncoras la flota de Cortés. Antes de que éste se hubiese vuelto á sus bergantines se vió rodeado de innumerables «piraguas» que dejando los puertos de México habian acudido á aquel sitio que cercaron por todas partes. Muchos centenares de ellas iban cargadas de guerreros, y á remo cruzaban rápidamente por la tranquila superficie de las aguas (2).

Cortés que, para usar de sus mismas expresiones, miraba la flota como « la llave de la guerra,» determinó dar un golpe decisivo luego que tuviese ocasion de hacerlo (3). Causóle disgusto ver que sus velas de nada le servian por falta de viento : aguardó pues, tranquilamente á que se acercasen las canoas, pero permanecieron inmóbiles á una distancia algo mayor que tiro de mosquete, como si temiesen acercarse á aquellos gigantes de las aguas. En este momento se levantó un suave viento de tierra que rizó blandamente la superficie de la laguna y que gradualmente fué volviéndose mas fuerte. Cortés aprovechándose de aquel socorro, que con razon le pareció enviado por el cielo, extendió su línea de batalla y á toda vela arremetió contra el enemigo (4). Este no pudo resistir golpe tan formidable ; unas canoas fueron volcadas y se hundieron con el choque, otras quedaron tan lastimadas que comenzaron á hacer agua y se fueron á pique. Las aguas estaban cubiertas con los restos de las canoas que habian naufragado, de hombres que luchaban con las ondas implorando vanamente á sus compañeros que los auxiliasen y los llevasen á bordo de las ya repletas embarcaciones. La flota española luego que penetró entre aquella multitud de piraguas

(1) Hermosa victoria, la llama el Conquistador. « E entrámosles de tal manera que ninguno de ellos se escapó, excepto las mujeres y niños, y en este combate me hirieron veinticinco españoles; pero fué muy hermosa victoria. » Relac. Terc., pág. 291.

(2) Segun el cómputo del general, eran cosa de 500 botes (Ibid., loco citato); pero segun Bernal Diaz, eran mas de 4,000. (Cap. 150.) Sin embargo, es de notar que éste no se hallaba presente.

(3) « Y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro que con ellos hubiésemos fuese de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos. » Rel. Terc., págs. 241, 242.

(4) « Plugo á Nuestro Señor que estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos. » Ibid , pág. 242.

rompió un fuego mortífero á diestro y siniestro, y completó la derrota de los aztecas. Estos no hicieron ya resistencia, sino que despues de unas ligeras descargas trataron de volverse á toda priesa á los puertos de donde tan inoportunamente habian salido. Pero en la huida fueron tan infelices como en el combate, porque los españoles llevados en las alas del viento se movian hácia todos lados, á todo su placer, y al mismo tiempo que prodigaban la muerte por todas partes, hacian resonar la riberas con los truenos de la artillería. Solo una pequeña parte de la flotilla india logró llegar al puerto y buscó abrigo en los canales del corazon de la ciudad, donde no podian perseguirla los pesados bergantines. Esta victoria aún mas sangrienta de lo que el sanguinario Cortés habia pronosticado, probó decisivamente la superioridad de los españoles y los dejó dueños absolutos de aquellas aguas (1).

Era casi de noche cuando la escuadra ancló en el punto llamado Xoloc, que es donde se juntan la calzada principal y la rama que va á Cojohuacan. La calzada tenia en aquel punto amplitud bastante para dos torres ó templos en forma de torre, defendidas á la sazon por una guarnicion azteca, y algo fuertes de por sí. La guarnicion no era muy numerosa, y Cortés desembarcó y logró desalojarla y apoderarse de las fortificaciones.

Parece que el primer designio del conquistador fué sentar sus reales con Olid en Cojohuacan ; pero si tal fué, mudó despues y escogió discretamente el sitio que era mas á propósito para acampar. Solo distaba media legua de la capital, y comunicaba con Cojohuacan, de donde podia sacar los víveres necesarios. Allí pues, determinó establecer sus cuarteles generales. Mandó sacar de una vez de los bergantines los cañones de hierro y situarlos en la calzada, y dió á Olid órden de que se le uniese con la mitad de su fuerza, y á Sandoval de que dejase sus actuales cuarteles, se situase en Cojohuacan y le enviase cincuenta hombres con picas. Despues de tomadas estas providencias se ocupó activamente en acabar de fortificar el punto Xoloc y en ponerlo en el mejor estado de defensa.

Durante los cinco ó seis primeros dias subsecuentes al acampamento, los molestaron mucho los indios que procuraron, aunque ya tarde, im-

(1) Ibid., loco citato. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 32.

pedir que su enemigo se posesionase de un punto tan cercano á la capital, y que si hubiesen tenido mejor conocimiento en el arte de la guerra, habrian cuidado mejor. Contra los usos establecidos, atacaron de dia y de noche. Las aguas estaban plagadas de canoas que aunque se ponian á distancia por miedo de los bergantines, con todo se aproximaban bastante, principalmente protegidas por la oscuridad, y arrojaban descargas tan cerradas sobre el campo cristiano, que el suelo se cubrió enteramente de proyectiles hasta el punto de estorbar los movimientos de los soldados. Otras venian por la orilla occidental de la calzada que no estaba defendida por la flota y mortificaban tanto á los españoles, que se vieron éstos precisados á abrir una cortadura provisional en el dique para que entrando dos embarcaciones de las mas pequeñas, señoreasen la parte interior de la laguna, como señoreaban la parte exterior. Con todo, los denodados indios se acercaban hasta ponerse á tiro de arco de las murallas cristianas, y arrojaban tantos gritos y aullidos que parecia que «se hundia el mundo» para usar de la expresion de Cortés. Pero quedaron duramente escarmentados, porque las baterías que cubrian las avenidas del campo rompieron sobre ellos un fuego mortífero que los dispersó y los hizo huir desordenadamente á sus cuarteles (1).

Las dos calzadas principales, la del S. y la del O., estaban ocupadas por los cristianos ; pero áun quedaba una tercera, la del N. ó Tepejacac, la cual era una prolongacion de la calle real que pasaba por el corazon de la ciudad, y por consiguiente era una continuacion de la calzada de Ixtlapalapan : quedábales por allí á los sitiados un conducto por donde escaparse y recibir socorros de víveres, como en efecto lo hicieron. Alvarado que lo advirtió desde Tlacopan, lo avisó al comandante, el cual mandó á Sandoval que se situase en aquella calzada. Este oficial, no obstante que en una de las últimas escaramuzas habia recibido una lanzada, obedeció al instante, y quitando la única comunicacion que quedaba á la capital con el resto del país, completó el sitio (2).

(1) Dice Cortés: « y era tanta la multitud que por el agua y por la tierra no viamos sino gente, y daban tantos gritos y alaridos que parecia que se hundia el mundo. » Ibid. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 95. Sahagun, *ubi supra*.

(2) Relac. Terc. págs. 246, 247. Bernal Diaz, cap. 150. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 17. Defensa, MS., cap. 28.

Pero Cortés no se contentaba con esperar pasivamente los resultados de un sitio dilatado que debia acabar con la paciencia de sus aliados y con sus recursos propios : determinó, pues, atacar vigorosamente la ciudad, para hacer mas angustiada su situacion y acelerar su rendicion. A este intento mandó dar un asalto general y simultáneo por los dos oficiales que ocupaban las otras calzadas, los cuales debian atacar los barrios inmediatos á sus campamentos respectivos.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas sobre las armas. Díjose misa como de costumbre, y los candorosos tlaxcaltecas que asistieron á ella contemplaban con admiracion la devocion de los cristianos á los que miraban poco ménos que como á deidades (1). La infantería española marchaba á la vanguardia, capitaneada por Cortés que iba á pié y acompañado de varios hidalgos tambien desmontados. No habian adelantado mucho cuando se encontraron detenidos por una de las cortaduras que en la otra ocasion habian pasado mediante un puente. Tras la cortadura habia una muralla de mampostería, defendida por un cuerpo de aztecas, los cuales, conforme se acercaron los españoles les arrojaron una descarga de saetas. En vano intentaron estos desalojarlos por medio de los arcabuces y ballestas, porque los indios estaban perfectamente guarecidos tras de sus atrincheramientos.

Entónces ordenó Cortés que se situasen los bergantines, uno de cada lado de la calzada y que enfilasen la posicion defendida por el enemigo: éste, puesto así entre dos fuegos bien dirigidos, se vió precisado á ceder. Los soldados que venian á bordo se acercaron á tierra y saltaron como gamos á las riberas. Siguiéronles prontamente sus compañeros acaudillados por Cortés, los cuales se arrojaron al agua, atravesaron el foso indefenso y se unieron con sus camaradas en el alcance. Los mexicanos se replegaron en algun órden hasta que llegaron á otro foso semejante al anterior, cuyo puente estaba levantado y defendido tambien por otra trinchera de mampostería, tras la cual habia otra guarnicion azteca. Los aztecas fugitivos se echaron á nado en el foso, y ayudados de tropas de refresco volvieron á defenderse.

(1) « Así como fué de dia se dijo una misa de Espíritu Santo que todos los cristianos oyeron con mucha devocion, é aun los indios como simples é no entendientes de tan alto misterio, con admiracion estaban atentos notando el silencio de los católicos y el acatamiento que al altar y al sacerdote tuvieron, hasta recibir la bendicion. » Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 24.



Manteníanse firmes en su puesto, hasta que urgidos por la artillería de los bergantines tuvieron que abandonarlo. De esta manera fueron los indios perdiendo uno tras otro todos sus atrincheramientos: á cada nuevo triunfo gritaban con gozo las tripulaciones de las naves, y sus exclamaciones encontraban eco en las largas filas de sus compatriotas y de los indios aliados que ocupaban la calzada, y resonaban en todo el valle.

Cortés, vencidos todos los fosos se encontraba en los suburbios de la capital. Allí se detuvo para esperar á que llegase la retaguardia ; la cual estaba ocupada en llenar las cortaduras de manera que pudiesen pasar la caballería y artillería, y que todo el ejército tuviese expedita la retirada. Esta importante maniobra se confió á los aliados, los cuales la desempeñaron demoliendo las murallas de la márgen y echando el ripio en el agua : cuando no bastaba esto, porque el lago por su parte meridional es profundo, arrancaban piedras y matorrales de la misma calzada y amontonaban todo en el foso hasta que este quedaba lleno y á mas alto nivel que el agua.

La calle en que entraron los españoles era la principal que cortaba á la ciudad de norte á sur, y por la cual habian entrado la primera vez. Era ancha y perfectamente recta, y á lo léjos se divisaban gruesas masas de guerreros que parece que acudian en socorro de los ejércitos que disputaban el paso á los españoles. Los dos lados de la calle estaban formados de casas, cuyas azoteas coronaban combatientes que conforme pasaban por abajo los blancos, les arrojaban mortíferas descargas de proyectiles, que las mas veces rebotaban contra la acerada armadura pero que tambien solian penetrar el tosco escaupil de los soldados, ya desgarrados por várias partes. Cortés para evitar en lo subsecuente que volviesen á dañarle de esta suerte, ordenó á los trabajadores indios que derribaran las casas conforme fuera él avanzando. Los indios prestaron servicios inestimables tanto en esta demolicion, como en llenar los fosos (1).

Los españoles entre tanto, avanzaban con firmeza pero lentamente ; porque el enemigo aunque retrocedia ante el fuego de la mosquetería, volvia despues á la carga y arrojaba multitud de proyectiles contra sus perseguidores. De esta manera anduvieron la mayor parte de la calzada,

(1) Sahagun, loc. ant. citato. Ixtlilchochitl, *ubi supra*. Oviedo, op. cit., lib. 33, cap. 23. Relac. Terc., págs. 247, 248.

hasta que los atajó un foso atravesado en otro tiempo por una puente, de la cual quedaban solamente algunas planchas. Los indios las rompieron en cuanto ellos hubieron acabado de pasar, volvieron caras hácia los españoles y les descargaron una granizada de saetas que rasaron la parte superior de la trinchera puesta del lado interior del foso. Cortés no pudo emplear aquí sus bergantines, porque el canal era tan poco profundo que no podian penetrar hasta él. Hizo adelantar á sus arcabuceros los cuales guarecidos por las adargas de sus compañeros, rompieron el fuego sobre los indios; pero las balas eran rechazadas por la muralla de piedra, al paso que los españoles se presentaban á pecho descubierto á los tiros enemigos.

El general mandó entónces traer los cañones gruesos y con ellos abrir una brecha por la cual penetraban las descargas de los arcabuceros y ballesteros. Los indios se retiraron despues de defender el puente por mas de dos horas (1). Lôs españoles se arrojaron á la acequia que era superficial, escalaron sin dificultad la muralla, y se precipitaron sobre los indios que huyeron hasta refugiarse en la plaza donde la sagrada pirámide se aventajaba sobre todos los edificios de la ciudad. Era aquel un lugar muy familiar á los españoles: de un lado estaba el palacio de Axayacatl, su antiguo cuartel, donde muchos de ellos habian pasado tan crueles trabajos: del opuesto estaba el conjunto irregular de edificios bajos, residencia en un tiempo del infortunado Moteuczoma: el tercer lado de la plaza estaba ocupado por el coatepantli ó « pared de las serpientes, » que circundaba al *teocalli* mayor y encerraba los edificios destinados al culto. Los españoles se detuvieron á la entrada de la plaza, como oprimidos y agobiados por los recuerdos que se agolpaban á su cabeza en aquel instante; pero el in-

(1) Ibid., *ubi supra*. Ixtlilxochitl, *ubi supra*. Aquí termina la obra últimamente citada del historiador tetzcocano, el cual nos ha acompañado desde el primer momento de nuestra narracion hasta este punto del último sitio de la capital. Es imposible cônocer si las últimas páginas del manuscrito se han perdido, ó si este fué interrumpido por la muerte del autor. Pero esta falta se suple con su breve bosquejo de los últimos acontecimientos de la conquista, que nos ha dejado en otro de sus escritos. Indudablemente eran elementos para estar bien informado, el conocimiento de la lengua y de la pintura geroglífica, y el trato con los actores de las escenas que describe. Todas estas ventajas están contrapesadas por la falta de criterio, no quiero ya decir entre lo verdadero y lo falso, (porque ¿qué es lo verdadero?) sino entre lo probable ó siquiera posible, y lo que es imposible. Perteneció á la primera guarnicion india convertida á la fe católica, y vivió en un crepúsculo de civilizacion, en que si no era fácil hacer milagros, sí lo era creerlos.

trépido caudillo, impaciente de aquella vacilacion, les ordenó bruscamente que cargasen sobre los aztecas ántes de que estos tuviesen tiempo de reunirse, y poniéndose en un brazo su adarga, y levantando con la otra mano su espada dió el grito de « Santiago » y arremetió contra el enemigo (1).

Los mexicanos intimidados con la presencia de su detestado enemigo que á pesar de todos los esfuerzos hechos por atajarlo habia logrado penetrar hasta el corazon de la ciudad, no pudieron ya resistir, y se retiraron, ó por mejor decir, huyeron en busca de abrigo al recinto del templo mayor en cuyo atrio habia multitud de edificios que podian servir de puntos fuertes de defensa. Veíase á algunos sacerdotes vestidos con sus toscas túnicas salpicadas de sangre, recorrer los terrados que circuian la pirámide, y entonar himnos en honor de los dioses, animando á los guerreros de abajo á combatir esforzadamente en defensa de los altares (2).

Los españoles penetraron por las puertas que encontraron abiertas, y unos pocos subieron por la tortuosa escalera hasta la cumbre del templo. No se veia en él la cruz ni ningun otro de los símbolos de la fe católica, que habian dejado la otra vez. Una nueva efigie del dios de la guerra habia reemplazado á la que demolieron y ostentaba una caprichosa y horrorosa forma, en el mismo santuario que su predecesor. Los españoles le despojaron de la máscara de oro y de las alhajas de que estaba cargado; precipitaron á los sátrapas de lo alto del templo y acudieron en ayuda de los compatriotas que pugnaban en el atrio, que bien lo necesitaban (3).

Los aztecas indignados del sacrílego ultraje que en su presencia se habia inferido á sus dioses, y sacando todo el valor que les inspiraba lo sagrado del lugar, arrojaron un grito de horror y de furia vengativa, se

(1) « Y con todo esto no se determinaban los cristianos de entrar en la plaza, por lo cual diciendo Hernando Cortés que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero. » Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18.

(2) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 12, cap. 32.

(3) Ixtlilxochitl, en su 13ª. Relacion que comprende, entre otras cosas, una breve noticia de la toma de México, y que ha sido dada á luz por el laborioso Bustamante, atribuye á Cortés todo el mérito de esta hazaña. En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli y á la que llegaron Cortés é Ixtlilxochitl á un tiempo ambos embistieron con el ídolo. *Cortés cogió la máscara de oro que tenia puesta este ídolo* con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella. » Venida de los españoles, pág. 29.

pusieron en algun órden y se echaron sobre los españoles como movidos de un solo impulso. Los que habian quedado cerca de la entrada, no obstante que fueron cogidos de sorpresa, hicieron un esfuerzo para mantenerse dueños de la puerta; pero fué en vano, porque el tropel de indios los arrolló hasta la plaza, donde los atacaron otros cuerpos que habian acudido de las calles inmediatas. Las tropas españolas, dispersas y perdida su presencia de ánimo, no hicieron conatos por rehacerse, atravesaron la plaza, abandonaron el cañon que habian situado en ella, y tomaron la calzada de Ixtapalapan. Allí se encontraron con los aliados que envueltos en el choque de los blancos y participando de su pánico terror, aumentaron la confusion : los ojos de los fugitivos cegados por tantas saetas y piedras como arrojaban los aztecas desde las azoteas, no podian distinguir á amigos de enemigos. En vano Cortés procuraba contener el torrente y restablecer el órden : su voz se perdia entre el sordo rumor de los fugitivos, que eran empujados como tronco que arrebata en su furia la corriente.

Todo parecia perdido, cuando de repente se oyó en una calle inmediata un ruido como de pisadas de caballos que galopaban apresuradamente. El ruido se acercaba cada vez mas y mas, hasta que un cuerpo de caballería asomó por una de las bocacalles laterales. A pesar de que eran un puñado se abrieron paso por entre las masas enemigas. Várias veces hemos hablado del terror supersticioso que imponian á los indios los caballos y los jinetes ; y aunque la larga permanencia de los españoles en la capital habia hasta cierto punto, familiarizado á los indios con su vista, habia pasado tanto tiempo sin que volviesen á verlos, que sus misteriosos temores habian revivido en toda su fuerza.

Cuando se vieron, pues, de improviso atacados de flanco por la caballería, les sobrecogió un terror pánico y se pusieron en completa confusion que se propagó hasta las filas delanteras ; lo cual visto por Cortés, se volvió con la rapidez del relámpago, y ayudado de sus compañeros logró replegar á los indios hasta el recinto de la plaza.

Era ya la hora del crepúsculo, y como en breve iba á envolverlos la noche, no hicieron los españoles ninguna tentativa para aprovecharse de su última ventaja. Mandó, pues, tocar retirada, lo que ejecutó en buen órden, llevándose la artillería que habia sido abandonada en la plaza. Los aliados iban por delante : seguíales la infantería española, y cerraba la marcha la caballería, de suerte que quedó invertido el órden

en que vinieron. Los aztecas persiguieron al ejército, y no obstante las repetidas descargas que les daba la caballería, seguian desde léjos arrojando inútilmente proyectiles, y llenando el aire con sus bramidos y gritos, como si fuesen una manada de lobos rabiosos, á quienes se ha escapado la presa. Hízose tarde ántes de que pudiese llegar el ejército á sus cuarteles de Xoloc (1).

Sandoval y Alvarado habian ayudado á Cortés en el ataque de la ciudad, aunque ninguno de ellos habia penetrado hasta los suburbios, acaso por la dificultad de hacerlo; la cual para Alvarado debe haber sido mayor que para Cortés; pues su campamento estaba separado de la ciudad por mayor número de fosos. Tambien aumentaba la dificultad la falta de bergantines; hasta que Cortés mandó la mitad de la flotilla en ayuda de sus oficiales. Sin la cooperacion de estos no habria aquel internádose tanto, ó acaso ni áun habria podido llegar á pisar la ciudad. El éxito del asalto esparció el terror no solo entre los mexicanos sino entre sus tributarios que vieron que tan formidables preparativos de defensa, de poco habian servido contra los blancos, los cuales superando todos los obstáculos, habian penetrado hasta el corazon de la ciudad. Por consiguiente, várias provincias de las inmediaciones mostraron su buena disposicion á someterse á los españoles y les pidieron proteccion. Entre las ciudades sometidas estaban Xochimilco, aquella que tan cruelmente habia tratado á los invasores, y algunas de otomíes, raza inculta, pero valiente que moraba en los confines occidentales del Valle (2). Su sumision era importante, no tanto por los refuerzos que podian proporcionar, cuanto por la seguridad en que quedaba el ejército, amenazado siempre en su retaguardia, por estos belicosos bárbaros.

El mayor socorro que entónces recibieron los españoles vino de Tetzcoco, cuyo príncipe Ixtlilxochilt habia llegado á reunir un refuerzo de

(1) « Los de á caballo revolvian sobre ellos, que siempre alanceaban ó mataban algunos; e como la calle era muy larga, hubo lugar de hacer esto cuatro ó cinco veces. E aunque los enemigos vian que recibian daño, venian los perros tan rabiosos que en ninguna manera les podiamos contener ni que nos dejasen de seguir. » Relac. Terc., pág. 520. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 1, cap. 32. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23.

(2) La gran masa de los otomíes era una raza salvaje que habitaba las anchas crestas de la mesa, allá en lo apartado del septentrion. Pero algunos de ellos habian penetrado en el valle y habian entrado en alianza con tetzcocanos y áun con los tlaxcaltecas; y eran unos de los mejores soldados de los ejércitos de estas dos naciones.

cincuenta mil hombres, si hemos de creer á Cortés, y venia conduciéndole en persona. De órden del general fueron distribuidos entre las tres divisiones sitiadoras (1).

Reforzadas de esta suerte, determinó Cortés dar á la capital un nuevo ataque, ántes de que tuviese tiempo de recobrarse del primero. Diéronse órdenes á los comandantes de las otras divisiones para que atacasen al mismo tiempo que él, y le ayudasen á la manera que lo habian hecho ántes. Ordenóse la marcha del mismo modo: la infantería iba á la vanguardia, y le seguian los aliados y la caballería. Pero los españoles con gran pesar suyo, vieron que habian sido abiertos de nuevo tres fosos, y que el infatigable enemigo habia llevádose las piedras y demas materiales que los llenaban. Trajéronse, pues, los cañones, demolióse la muralla, vinieron los bergantines y atacaron al enemigo por los flancos, y éste fué desalojado de la misma manera que anteriormente. En suma, tuvo que hacerse todo de nuevo; pero todavía no era la una de la tarde cuando los españoles estaban de nuevo en la ciudad.

La entrada en los suburbios no fué tan difícil como ántes, porque los edificios desde cuyas azoteas les habian causado tanto daño, habian sido arrasados. Sin embargo, tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo con la milicia azteca que peleó con el mismo ardimiento que la primera vez. Cortés, que de buena gana habria perdonado á los moradores, como él lo dice, veia con tristeza que se le obligase á hacer una guerra de esterminio; y se figuró que no habria mejor medio de aterrarles que quemar de una vez algunos de los edificios que ellos estaban acostumbrados á mirar con veneracion (2).

(1) « Istrisuchil (Ixtlilxochitl) que es de edad de veintitres ó veinticuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos. » (Relac. Terc., pág. 257.) Reina entre los historiadores la mayor oscuridad en lo tocante á este príncipe, al cual parece que han confundido muy frecuentemente con su hermano el que le procedió en el trono de Tetzcoco. Es raro que á ninguno de los dos se le miente con otro nombre que al de Hernando; y si es cierto, como Herrera lo asegura, que los dos tenian ese nombre, esto explica hasta cierto punto la dicha confusion. (Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18.) En el texto me he conformado con la autoridad del antiguo cronista, quien sus noticias acerca de su real pariente, las habia obtenido, segun él mismo cuenta, de las historias escritas de su nacion, y de la narracion oral de los contemporáneos del príncipe. Venida de los españoles, págs. 30, 31.

(2) « Daban ocasion y nos esforzaban á que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenia mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tendria para los aterrorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemallas y derrocalles las Torres de sus ídolos, y sus Casas. » Relac. Terc. pág. 254.

Cuando entró en la plaza mayor escogió para quemarlos, los palacios de Axayacatl, su antiguo cuartel. La larga fila de edificios bajos que lo formaban, eran de piedra ; pero las obras exteriores, los torreones y techos, eran de madera. Los soldados para quienes la vista de aquellos edificios traia tan funestos recuerdos, pusieron mano á su destruccion con el inmenso furor que los franceses á la de la Bastilla. Por todas partes se traian teas encendidas ; las partes interiores del edificio se incendiaron prontamente y las llamas en pocos momentos cundieron al traves de las inflamables puertas de madera. Cebóse allí el fuego, y ántes de que pudiese vérsele desde fuera, salian de todas las aberturas y hendiduras, densas nubes de humo negro que envolvian toda la ciudad, semejantes á un paño mortuario. Disipólas en seguida una llamarada que envolvió todas las partes superiores del palacio, hasta que faltando á los torreones su apoyo, vinieron por tierra entre nubes de polvo y ceniza, y con un estrépito que contuvo á los españoles por un momento en su obra de devastacion.

Pero fué solo por un momento. Del otro lado de la plaza, contiguos al palacio de Moteuczoma, habia otros edificios destinados á los animales. Condenóse á la destruccion, la pajarera llena de muestras de todas las pintorescas variedades de aves que pueblan las selvas de México. Era un edificio esbelto y elegante, construido al estilo indio, y que atendido su objeto, era indudablemente una prueba del refinamiento del gusto del monarca. Sus ligeros materiales que eran madera y carrizos, formaban contraste con los macizos edificios de piedra de que estaba circuido, y lo hacian á propósito para llenar las miras de los conquistadores. Aplicósele el fuego, y el hermoso y caprichoso edificio fué en un solo momento envuelto en las llamas que esparcieron su lúgubre fulgor por toda la ciudad y la laguna. Los alados habitantes ó perecieron en el fuego ó los que eran mas fuertes, rompieron el enrejado y se elevaron en los aires, y despues de revolotear por algun tiempo alrededor de la sagrada ciudad, huyeron con horribles gritos á sus selvas nativas, hasta mas allá de las montañas.

Los aztecas contemplaban horrorizados la destruccion del venerable asilo de sus reyes, y de los monumentos de su pompa y esplendor. Su cólera llegó hasta la ceguedad cuando vieron á sus odiados enemigos los tlaxcaltecas, ocupados en la obra de desolacion y ayudados por los tetzcocanos, aliados y hasta parientes de los mexicanos : Desatáronse

en amargas execraciones contra todos ellos y especialmente contra el jóven Ixtlilxochitl, que como iba inseparablemente al lado de Cortés, participó de todos los peligros de la jornada. Los combatientes le decian desde los techos de las casas, cuando pasaba por abajo, los epítetos mas injuriosos, llamándole falso, traidor á su patria y á su sangre; en lo cual, como lo confiesa el mismo historiador pariente suyo, tenian razon (1). Pero él no prestaba oido á sus improperios y proseguia descaradamente su camino sin vacilar en su fidelidad á la nueva causa que habia abrazado. Cuando entró en la plaza mayor arremetió con el general azteca: le arrebató una lanza que este último habia ganado á los cristianos, y descargando sobre él un golpe con el pesado «maquahuitl,» le dejó tendido sin vida en el suelo (2).

Habiendo llenado el general español el objeto que se proponia, mandó tocar retirada enviando por delante á los indios aliados. Los mexicanos enfurecidos con sus pérdidas, se arrojaron ciegos de cólera sobre los jinetes procurando apearlos de la silla y dándose por satisfechos con perder una vida por cada golpe dado á un enemigo. Afortunadamente la mayor parte de las tropas estaba empleada en contener el asalto por los otros rumbos de la ciudad; pero con todo, atacaron á los de Cortés con tal brío, que pocos de los suyos llegaron á sus cuarteles sin llevar en el cuerpo alguna memoria de aquel desesperado combate.

El dia siguiente, y áun pudiera decirse, que los dias siguientes repitió Cortés sus asaltos, sin cuidar de descansar, como si él y sus soldados fuesen de fierro. Una ocasion entró á la calle de Tlacopan, en la cual pasó tres puentes, deseando ponerse en comunicacion si posible era, con Alvarado que estaba situado en la calzada contigua. Pero los españoles por aquel barrio no habian penetrado todavía hasta los suburbios, detenidos por la aspereza del terreno, y quizá tambien por la falta de brío que tiene el soldado cuando no pelea á la vista de su general.

En cada asalto se volvian á encontrar los fosos más ó ménos reparados por los obstinados mexicanos, y los materiales de que se les habia lle-

(1) « Y desde las azoteas deshonrarle llamándole de traidor contra su patria é deudos, é otras razones pesadas, que á la verdad á *ellos les sobraba razon;* mas Ixtlilxochitl callaba y peleaba, que mas estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto. » Venida de los españoles, pág. 32.

(2) Ibid., pág. 20.

nado con tanto trabajo, removidos de allí. Extraño parecerá que Cortés no tomase una providencia para impedir que se repitiese esta operacion que en cada ataque le ocasionaba tanta dilacion y tropiezos(1). El habla de esto en su carta al emperador, y dice que para impedirlo habria necesitado de establecer sus cuarteles en la ciudad misma, se habria visto cercado de los enemigos y separado del resto del país; ó que si hubiese destacado suficiente número de españoles (porque los indios no eran para el caso), para que defendiesen las cortaduras durante la noche, les habria impuesto un trabajo superior á sus fuerzas, pues eran hombres que durante el dia tenian que trabajar con mucha asiduidad (2).

Sin embargo, este fué el arbitrio que tomó Alvarado, el cual destacaba por las noches una guardia de cuarenta hombres para que cuidara de los fosos próximos á la ciudad. Este destacamento era relevado al cabo de unas cuatro horas por otro de refresco, y este por otro tercero, permaneciendo los dos primeros en el puesto; por manera que en el momento de alarma se encontraba dispuesto á repeler el ataque un cuerpo de ciento veinte hombres. Algunas veces, toda la division pernoctaba cerca del foso y permanecia sobre las armas en actitud de combate (3).

Pero un género de vida tan trabajoso, era superior á las fuerzas hasta de los españoles cuya naturaleza parecia de roble. «Durante la larga noche,» dice Diaz, que sirvió en la division de Alvarado, «velábamos todos, sin cuidarnos ni del viento, ni del sereno ni del frio. Allí permanecíamos padeciendo de las heridas que nos habian dado en el combate del dia anterior (4).» Era tiempo de lluvias cuya estacion dura en Mé-

(1) Por lo tocante á las páginas anteriores, sobre el segundo asalto, véase: Relac. Terc. págs 254, 256 Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 35. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 24. Defensa, MS., cap. 28.

(2) Relac Terc., pág. 159.

(3) Bernal Diaz, cap. 151.

Segun Herrera, estuvieron Alvarado y Sandoval acordes en desaprobar la conducta de Cortés, respecto de los fosos. « Y Alvarado y Sandoval por su parte tambien lo hicieron muy bien culpando á Hernando Cortés, por estas retiradas, queriendo muchos que se quedaran en lo ganado por no volver tantas veces á ello. » Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 19.

(4) « Porque como era de noche no aguardaba mucho y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en grandes lodos. y heridos, allí habiamos de estar. » Bernal Diaz del Castillo, cap. 151.

xico desde Julio hasta Setiembre. El suelo de las calzadas, anegado por las lluvias y removido por las marchas de tantos guerreros, estaba convertido en un fango, mejor dicho un pantano, que aumentaba inconcebiblemente los padecimientos del ejército.

Las tropas que militaban bajo Cortés no estaban en mejor situacion, pues poca parte de ellas podia buscar alivio en los torreones que defendian el fuerte de Xoloc; la mayor parte tenia que vivaquear al raso, expuesta á todas las inclemencias del tiempo. Todos estaban obligados, ménos los heridos, á dormir con sus armas y las mas veces les sacaba de su profundo sueño el grito de alarma dado á la medianoche; porque Cuauhtemotzin, contra el uso general entre sus compatriotas, preferia aquella hora para atacar á los españoles. En suma, dice el veterano arriba citado, « porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras y combates; é no lo pongo aquí por capítulo lo que cada dia haciamos, porque sería gran prolijidad é sería cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis y de otros corros de caballeros (1). »

El emperador azteca dirigia sus operaciones segun un plan sistemado que se parecia algo á una combinacion militar. No era raro que atacase simultáneamente las tres divisiones situadas en las calzadas y á las guarniciones destacadas en los extremos de aquellas. Para hacer esto, hacia entrar en combate no solo á las tropas de la capital, sino á las de las ciudades inmediatas, moviéndose todas á una señal convenida, que solia ser una hoguera encendida en la cumbre de la pirámide mayor, ó el sonido del enorme tambor que habia en ella. Observóse que uno de estos ataques simultáneos fué no se sabe si por casualidad ó de intento, en vísperas de San Juan Bautista, aniversario del dia en que los españoles hicieron su segunda entrada en México (2).

No obstante la dura fatiga que causaba á las tropas este guerrear incesante, el jóven monarca procuraba aliviarlas en cuanto era posible, relevándolas de vez en cuando. Esto se conocia en los diferentes uniformes y banderas de los batallones indios que sucesivamente se presentaban y ausentaban del campo. Durante la noche tenian los aztecas la mayor vigilancia; cosa no muy comun entre los indios de la mesa central.

(1) Bernal Diaz, cap. 151.
(2) Ibid., *ubi supra*. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 33.

Los puestos avanzados estaban á tal distancia que desde el uno se veia el otro. Los mexicanos estaban por lo comun cerca de algun foso y su posicion la indicaba una gran luminaria. Las horas en que se debia relevar las guardias eran pregonadas por el penetrante grito de los aztecas, y de en tiempo en tiempo se veian vagar algunos hombres, al traves de las llamas, las cuales hacian aparecer mas macilenta la cobriza piel de los soldados.

Miéntras en tierra tenia el Emperador esta actividad, tampoco era remiso por agua: tenia por supuesto la discrecion bastante para no trabar combate general con la armada española; pero recurria á los estratagemas que tan en la índole estaban de los indios. Una vez puso en emboscada gran número de canoas tras los carrizos que abundaban en la riberas meridionales del lago y mandó clavar estacas en los pantanos inmediatos. Salieron de pronto muchas canoas ó piraguas y se acercaron al sitio en que estaban los españoles. Dos embarcaciones pequeñas, suponiendo que las canoas iban cargadas de víveres para los sitiados, les acometieron al instante, como ántes se habia hecho. Las canoas aztecas huyeron á refugiarse entre los carrizales donde estaban emboscados sus compatriotas, y los bergantines españoles que iban en su alcance, quedaron varados entre las estacas. Viéronse los castellanos rodeados de indios en un momento: la mayor parte de la gente salió herida; otra fué muerta, inclusos entre estos últimos los dos capitanes; y uno de los bergantines, inútil presa para los indios, cayó en sus manos. Entre los muertos estaba Pedro Barba, comandante de los ballesteros, valiente oficial que se habia distinguido mucho en la conquista. Esta desgracia causó á Cortés gran pena y le sirvió de leccion saludable para ser despues mas cauto (1).

Así pues, se combatia por mar y tierra; en la calzada, en la ciudad y en la laguna. Aun cuando debiese sucumbir la capital azteca, pero no desmintió su alto renombre, oponiendo denodada resistencia á los invasores. Parecíase aquel país á un cuerpo en el cual aunque hayan muerto las extremidades, áun queda vida en el corazon, que por algun tiempo parece que late aún con mas fuerza que nunca.

Parece extraordinario cómo pudo Cuauhtimotzin proveer á la manutencion de una poblacion tan numerosa cual la que encerraba la metró-

(1) Bernal Diaz, cap. 151. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. 34.

poli, mayormente estando cogidas por los sitiadores todas las avenidas por donde pudieran haber entrado víveres (1). Pero independientemente del acopio hecho de antemano con este fin, y del asqueroso alimento que proporcionaban las víctimas del sacrificio, se sacaban provisiones de los pueblos que cercaban el lago, pues no obstante que los bergantines tenian órden de cruzar dia y noche por aquellas aguas, y de limpiarlas de las canoas empleadas en traer víveres, éstas burlaban por la noche la vigilancia de los cruceros, y descargaban en los puertos sus mercancías. Hasta que no comenzaron á faltar á su obediencia las grandes ciudades de los alrededores, no empezó á experimentarse en la capital escasez de víveres. Estas defecciones fueron siendo cada dia mas frecuentes, porque los pueblos al ver que México no se bastaba á sí mismo para su propia defensa, mal podian esperar que los defendiese á ellos; por manera que la metrópoli azteca fué perdiendo uno tras otro todos sus grandes vasallos, al modo que el árbol que está declinando pierde todas sus hojas al primer soplo de la tempestad (2).

Las ciudades que nuevamente imploraron la proteccion de los blancos, les proporcionaron innumerable multitud de guerreros; multitud tal que, si hubiéramos de atenernos á la regulacion de Cortés, pasaba de 150 mil, y que solo servia para embarazar los movimientos del ejército, ocupando y llenando las dilatadas calzadas (3). Sin embargo, es cierto que entónces el Valle cubierto de ciudades y aldeas tenia una poblacion mucho mas numerosa que al presente, y en la cual cada hombre era un guerrero. Estos refuerzos fueron distribuidos entre las tres divisiones, y situados al extremo de las calzadas. La mayor parte fué empleada en proporcionar víveres al ejército, é igualmente en hostilizar á las tribus que aún permanecian en guerra con los españoles. Empleólas tambien Cortés en construir tiendas de campaña para los españoles, que padecian mucho con estar expuestos á la intemperie y á las lluvias, las cuales

(1) No recuerdo haber encontrado en ningun conquistador el censo de la poblacion; sin embargo de que tampoco seria muy digno de fe aunque se encontrase. Sin embargo, debe aquella haber sido muy numerosa, puesto que donde quiera que se presentasen los sitiadores, eran resistidos pronta y cumplidamente.

(2) Defensa, pág. 28. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. 34.

Las principales ciudades eran Mexicaltzinco, Cuitlahuac, Ixtlapalapan, Misquiz, Huitziloptcho, Colhuacan.

(3) « Y como aquel dia llevábamos mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra. » Relac. Terc., pág. 280.

arreciaban de noche. De los edificios demolidos en la ciudad se sacó buena parte de la piedra y madera que se necesitaba: lleváronse los materiales en los bergantines á las calzadas, y se construyó una hilera de chozas ó tiendas que se extendia de ambos lados de la fortificacion de Xoloc. Puede darse alguna idea del ancho de la calzada por aquel punto que era uno de los mas profundos del lago, con decir que aunque las tiendas estaban dispuestas en líneas paralelas á las dos orillas de la calzada, áun quedaba espacio suficiente para que el ejército se moviese holgadamente por entre ellas (1).

De esta suerte se consiguió que estuviesen cómodamente alojados los españoles y sus sirvientes, que entre todos subian á dos mil hombres. El cuerpo principal de aliados y una pequeña partida de caballería é infantería estaban situados en el punto inmediato de Cojohuacan, y servian de cubrir la retirada al campamento y de mantener expeditas las comunicaciones con todo el resto del país. Iguales disposiciones se tomaron en todas las otras divisiones de Alvarado y de Sandoval, para el alojamiento de las tropas; pero sus tiendas no eran tan sólidas como las del campo de Cortés.

Las provisiones de boca la obtenian los blancos de las ciudades inmediatas y especialmente de Tetzcoco (2). Consistian aquellas en pescados, frutas y principalmente tuna, (cactus opuntia) y una especie de cereza (capulin), ó cosa que se le parece mucho, muy abundante en aquella estacion. Pero el principal alimento eran las tortillas, áun usadas en México, y de las que habia panaderías dirigidas por indios, en todas las plazas militares que dominaban las calzadas (3). Los aliados, segun pa-

(1) « Y vea V. M. que tan ancha puede ser la calzada, » dice Cortés al emperador « que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy aplacer íbamos y veniamos por ella. » Ibid., pág. 260.

(2) La mayor escasez que sufrieron los españoles, segun Bernal Diaz, fué la de medicina para las heridas: pero esto fué remediado en parte por un soldado catalan que por medio de oraciones y ruegos, logró hacer várias curas maravillosas, tanto en los españoles como en los aliados. Estos últimos, como los mas ignorantes, acudian en tropel á la tienda de su Esculapio, cuya eficacia estaba indudablemente en razon directa de la fe del paciente. Hist. de la Conq., *ubi supra*.

(3) Diaz pasó esta ingrata dieta. (Ibid., loc. citat.) Sin embargo, la tuna es una fruta nutritiva y agradable, y la « tortilla » aunque no sea lo que puede llamarse un bocado regalado, para un campamento es regular alimento. Segun la autora de la « Vida de México, » se hacen hoy las tortillas como ántes se las hacia, es decir, con harina de maíz

rece muy probable, añadian á este banquete frugal, la carne humana de que desgraciadamente habia gran abundancia en los campos de batalla; costumbre que aunque repugnaba á Cortés no creyó conveniente contrariar por entónces (1). La tempestad que hacia tanto tiempo se apiñaba sobre la capital azteca, se habia desatado contra ella en toda su furia. Sus desgraciados moradores se vieron cercados por todas partes de legiones de enemigos, y las largas filas de éstos se extendieron engreidamente hasta donde la vista podia alcanzar: viéronse abandonados de sus vasallos y amigos, en los momentos de mayor afliccion: vieron á los feroces extranjeros penetrar hasta sus íntimos retretes: viéronles violar sus templos, saquear sus palacios, devastar la ciudad de dia, incendiarla de noche, y alojarse en sólidos edificios, como si hubiesen determinado no alejarse de allí un solo paso miéntras quedase una piedra sobre otra. Todo esto vieron, y con todo, su espíritu permanecia indómito, y á pesar de que la hambre y la peste empezaba á devorarlos, hacian frente resueltamente á sus enemigos. Cortés, que deseaba de buena gana libertar á la capital y á sus moradores de tantos horrores, veia con asombro aquella resistencia. Mas de una vez manifestó por medio de prisioneros á quienes dejaba en libertad, su buena disposicion para otorgar una capitulacion honrosa: todos los dias esperaba que se aceptarian sus ofertas; pero todos los dias quedaba burlada su esperanza (2). Faltábale todavía que saber cuán tenaz era la memoria de los aztecas y que cualesquiera que fuesen sus presentes trabajos y sus temores futuros, todo se los hacia olvidar el odio á los blancos.

y una ligera agua de cal. Si en efecto, es lo que allí dice, las recetas de cocina serán lo único que no ha cambiado en ese país de revoluciones.

(1) « Quo starges, » dice Mártir, « erat crudelius eo magis copiose ac opipare cœnabant Guazuzinqui et Tlaxcaltecani, cæterique provinciales auxiliarii qui soliti sunt hostes in prœlio cadentes intra suos ventres sepelire; nec vetare ausus fuisset Cortesius. » (De Orbe Novo: dec. 5, cap. 8.) « Y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habian de cenar aquella noche y almorzar otro dia, como de hecho lo hacian. » (Relac. Terc., pág. 256.) Pero áun mas horroriza lo que dice Oviedo, que: « ni podian ver los ojos de los católicos y cristianos mas espantable y aborrecida cosa que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos, é áun de los que los que mataban en las canoas é se ahogaban y despues el agua los echaba en la superficie de la laguna ó en la costa, no los dejaban de pescar é aposentar en sus vientres. » Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 24.

(2) « Y sin duda el dia pasado y aqueste yo tenia por cierto, que vinieran de Paz, de lo cual yo siempre con Victoria y sin ella hacia todas las muestras que podia. Y nunca por eso hallábamos en ellos ninguna señal de paz. » Relac. Terc., pág. 261.

CAPITULO VI.

ASALTO GENERAL A LA CIUDAD. — DERROTA DE LOS ESPAÑOLES. — SU ANGUSTIADA SITUACION. — SACRIFICIO DE LOS PRISIONEROS. — DEFECCION DE LOS ALIADOS. — CONSTANCIA DE LAS TROPAS.

(1521.)

La hambre seguia asolando la ciudad sitiada. Parecia seguro que estrechando el cerco, debia capitular la poblacion, sin necesidad de hacer armas contra ella. Pero esto requeria tiempo, y los españoles aunque duros y constantes por naturaleza, ya comenzaban á impacientarse de pasar trabajos casi iguales á los sitiados, y áun bajo ciertos respectos aún mayores, pues ellos vivian al raso, expuestos al frio, á los vientos y á las lluvias que cayendo en abundancia en aquella estacion, los ponian en el último extremo de la angustia. En tal estado, muchos habia que por abreviar sus padecimientos, habrian querido de buena gana aventurarse á tomar la ciudad por un golpe de mano. Otros opinaban que lo mejor sería coger el mercado de Tlatilolco, el cual por estar situado á la parte N. O. de la ciudad, ofrecia medios fáciles de comunicacion con los campos de Sandoval y de Alvarado. Aquel lugar cercado de pórticos numerosos prestaria cómodo alojamiento para un ejército numeroso, y una vez establecidos los españoles dentro de la ciudad les sería mas fácil dar el golpe, que no permaneciendo léjos de ella.

Estos razonamientos eran los de varios oficiales, entre ellos Alderete, el tesorero de la corona, persona de mucha consideracion no solo por su rango, sino por su capacidad y celo en el buen servicio. Cortés, acaeciendo á los deseos de este oficial, convocó un consejo de guerra y

sometió el asunto á su deliberacion. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por todos los hidalgos valerosos, los cuales deseaban con ansia poner pronto término á aquella vida cansada y trabajosa; y Cortés, creyendo mas prudente adoptar el camino acaso ménos conveniente, que sujetar al ejército á que le obedeciese con repugnancia, se dejó arrastrar por la opinion general (1).

Señalóse dia para el asalto, que debia darse simultáneamente por las divisiones de Alvarado y del general en jefe. Sandoval recibió la órden de traer la mayor parte de su fuerza á la calzada del Norte y reunirse con Alvarado, y de enviar á Cortés setenta hombres con picas.

El dia señalado, despues de la acostumbrada ceremonia de la misa, se pusieron en marcha las dos divisiones contra la ciudad (2). Ademas de los bergantines venian multitud de canoas destinadas á penetrar en os canales estrechos, é infinidad de indios aliados, que despues solo sirvieron de poner en confusion y estorbar los movimientos de los conquistadores. Pasados los suburbios se presentaban tres calles que conducian todas al gran mercado de Tlaltilolco. La principal, mucho mas ancha que las otras dos, merecia llamarse calzada mas bien que calle, pues tenia acequias por los dos lados. Cortés dividió su fuerza en tres trozos: uno de ellos lo confió á Alvarado, con órdenes de apoderarse de la calle principal; el segundo lo puso á las órdenes de Andres Tápia y Jorge de Alvarado, el primero, hombre de valor y capacidad, y el segundo, hermano menor de D. Pedro y dotado de esa intrepidez que pertenecia á toda su caballeresca familia. Esta segunda division debia entrar por una de las calles paralelas, miéntras que el general, con la tercera division, debia ocupar la otra calle. Una partida de caballería con dos ó tres piezas de batalla, debia permanecer como cuerpo de reserva enfrente de la calle real de Tlacopan, que era el lugar de reunion señalado á las divisiones (3).

(1) Tal es la relacion que explícitamente da Cortés al Emperador (Relac. Terc., pág. 264.) Bernal Diaz dice, por el contrario, que el general es quien concibió primero el asalto. (Hist. de la Conq., cap. 151). Pero este último escritor no tenia medios de saberlo y no es creible que Cortés hubiera incurrido en una falsedad palpable y fácil de desmentir.

(2) El exacto cumplimiento con la ceremonia de la misa en medio de las lluvias y del trabajo incesante, ha merecido un elogio del editor de Cortés. « En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando dia y noche, nunca se omitió la misa para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodaban las aguas del cielo, y encima del agua las habitaciones é mas las tiendas. » Lorenzana, pág. 266, nota.

(3) En la division del tesorero habia, segun la carta del general, 70 infantes, 7 ú 8 caballos

Cortés dió á sus tenientes la órden terminante de que no avanzasen ni un solo paso sin dejar ántes completamente cubierta la retirada, llenando los fosos y cortaduras que hubiese en las calzadas. El descuido de Alvarado en hacer esto, habia ocasionado á su division pocos dias ántes tan sérias consecuencias, que el general se dirigió á los cuarteles de aquel oficial con ánimo de reprenderle públicamente por haber desobedecido sus órdenes; pero cuando llegó á ellos, encontró que Alvarado habia de tal modo reparado su falta con la osadía y el valor, que la dura reprimenda, aunque bien merecida, se convirtió en una suave reconvencion (1).

Tomadas estas disposiciones, las tres divisiones se pusieron á un tiempo en marcha sobre la ciudad. Cortés, pié á tierra, iba á la vanguardia de su infantería. Los mexicanos retrocedieron al acercarse los castellanos, haciendo ménos resistencia de lo que acostumbraban. Los españoles proseguian venciendo trincheras tras de trincheras, y llenando cuidadosamente con carrizos los fosos, para tener seguro tránsito por ellos. Las canoas protegian el ataque caminando por las acequias laterales y combatiendo con los enemigos. Finalmente, los innumerables tlaxcaltecas escalaban las casas y pasaban de la una á la otra, y arrojaban á sus defensores de las azoteas abajo. El enemigo cogido aparentemente de sorpresa, parecia que no resistiria ni por un momento la furia del ataque; y los cristianos alentados por los gritos de triunfo de sus compañeros de la otra calle, como que se daban priesa por llegar á la preparada red en que debian caer.

El general, atendida la felicidad de sus triunfos, llegó á desconfiar y á titubear sobre si seguiria internándose, pues temió que el plan del enemigo fuese dejarle penetrar hasta el corazon de la ciudad, y allí cercarle de todos lados. Recelaba igualmente que sus tenientes en el calor del alcance, hubiesen olvidado las precauciones que les habia prevenido, sobre que dejasen expedita la retirada. Por lo tanto hizo alto

y 15 ó 20,000 indios; en la de Tápia 80 infantes y 10,000 indios; y en la suya propia, 8 caballos, 100 infantes é infinito número de aliados. (Ibid., *ubi supra*). La vaguedad de estas expresiones prueba que en la aritmética de los conquistadores, eran cosa de poco monto, algunos miles de más ó de ménos.

(1) « Otro dia de mañana acordé ir á su real para le reprender lo pasado.... Y visto no le imputé tanta culpa como al principio parecia tener, y platicado cerca de lo que debia de hacer, yo me volví á nuestro real aquel dia. » Ibid, págs. 263, 264.

con su division para burlar las arterías de sus enemigos. Entre tanto, recibió de Alderete la comunicacion de que ya casi habia ganado la plaza del mercado; nueva que no hizo mas que agravar los temores que tenia Cortés de que hubiese descuidado de tomar algunas de las precauciones prescritas. Por lo tanto determinó ir él mismo en persona con una pequeña fuerza, á reconocer el camino por donde habia entrado el tesorero.

No habia todavía andado mucho cuando le detuvo un foso abierto, de diez á doce pasos de ancho, y por lo ménos de dos estados de profundidad, por el cual comunicaban una con otra las dos acequias laterales. Habíase procurado, pero muy imperfectamente, llenar el foso con cañas; pero aquello apénas servia, y una que otra piedra y tronco disperso probaban que la obra habia sido abandonada tan pronto como comenzada (1). Para colmo de afliccion, observó el general que las dos riberas de la calzada habian sido socavadas cerca del foso, y á lo que parecia recientemente. Todo esto revelaba la astucia del enemigo, y dejaba poca duda de que el entusiasmo oficial habia caido en la red que le habian tendido. Alarmado vivamente, determinó reparar en cuanto fuese posible aquella falta, y ordenó á su gente que se pusiese á llenar el abierto foso.

Pero apénas habian comenzado su tarea cuando oyeron á lo léjos el estrépito de una batalla, seguido de una espantable mezcla de aullidos y gritos de guerra, que parecia subir hasta los cielos. Siguióse un ruido confuso semejante al que hace un gentío que se mueve, cuyo rumor siempre creciente probaba que habia cambiado el lugar del combate y que el enemigo se encaminaba adonde estaba Cortés y su puñado de compañeros.

Sus conjeturas resultaron ciertas. Alderete habia engolfádose en el alcance de los aztecas con un ardor que aumentaba á cada paso. Habia salvado sin mucho trabajo las trincheras que defendian las cortaduras, y conforme las pasaba daba órdenes de que se las llenara; pero á los entusiasmados caballeros pareció innoble ocupacion detenerse en llenar

(1) « Y allé que habian pasado una quebrada de la calle que era de diez ó doce pasos de ancho; y el agua que por ella pasaba era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que le pasaron habian echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban poco á poco y con tiento, no se habia hundido la madera y cañas. » Ibid, pág. 268. Véase tambien á Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.

fosos, miéntras podian alcanzar laureles en el combate; así es que avanzaban sin detenerse y azuzándose los unos á los otros, para ser los primeros en llegar al mercado de Tlaltilolco. De esta suerte lograron penetrar hasta el centro de la ciudad, cuando súbitamente se oyó la corneta de Cuauhtemotzin, el símbolo sagrado que solo sonaba en ocasiones de sumo peligro, y la cual dió un sonido largo y penetrante desde la cumbre del teocalli mayor al que ya estaban inmediatos los españoles. En un solo instante los fugitivos aztecas, ciegos y enfurecidos acudieron por todas partes, y arremetieron contra sus perseguidores. Al mismo tiempo infinidad de guerreros acudieron de las calles inmediatas, atacaron por el flanco á los españoles y llenaron el aire con gritos horribles y sobrehumanos que por un instante apagaron el ronco rumor que reinaba en las otras partes de la ciudad (1).

El ejército, cogido de sorpresa y cediendo al furibundo impulso de ataque, entró en el desórden. Amigos y contrarios, españoles é indios, todos quedaron revueltos formando la mezcla mas promiscua. Las espadas, lanzas y mazas se levantaban sin cesar en los aires: dábanse golpes á diestro y á siniestro: por huir, empujábanse los unos á los otros: cegados por la infinita multitud de proyectiles que les arrojan desde las azoteas huian dispersos sin saber hácia donde, ó caian sin saber la mano que los heria.

Los aztecas venian sobre ellos como un torrente que se precipita de una encumbrada eminencia, y se encaminaban en confuso tropel hácia el foso de cuyo otro lado estaba Cortés sobrecogido de horror al contemplar su ruina inminente. Las filas delanteras se arrojaron al agua; los unos se empujaban á los otros, éstos nadaban, aquellos se hundian, algunos saltaban sobre la muchedumbre de sus ya ahogados compañeros; muchos, en fin, al tratar de saltar á las resbaladizas riberas de la calzada, caian en el agua ó eran cogidos por los indios de las canoas,

(1) Gomara, Crónica, cap. 138. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, pág. 37. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 26.

La corneta de Cuauhtimotzin resonaba todavía en los oidos de Bernal Diaz, muchos dias despues de la batalla. « Guatemuz y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metia en los oidos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo qué decir ahora con qué razon y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto. » Cap. 152.

los cuales cooperaban á la derrota haciendo sobre los fugitivos recias descargas de saetas y javelinas.

Miéntras, se mantenian firmes é intrépidos del otro lado del foso, Cortés y los que llevaba. «Y como el negocio fué tan de súbito, y ví que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando (1).» Extendiendo los brazos á todas partes, procuraba salvar del naufragio ó del cautiverio á cuantos podia; pero en vano procuró infundir á los fugitivos presencia de espíritu y hacerles entrar en órden. Su persona era muy conocida de los aztecas, y ademas estaba en tal posicion, que servia de blanco á sus tiros: arrojábanle una granizada de piedras y saetas, que rebotaban en su acerado yelmo é impenetrable armadura. Por último, se oyó entre los enemigos el grito de Malintzin, Malintzin, y á un tiempo se arrojaron sobre él seis guerreros atléticos que hicieron un esfuerzo por arrastrarle á una canoa. En la refriega recibió en una pierna un golpe que le inutilizó, de suerte que ya no le quedaba esperanza, cuando acudió en su ayuda su fiel compañero Cristóbal de Olea, que viendo el peligro en que se hallaba el general, se arrojó sobre los bárbaros, trozó á uno de ellos un brazo de un solo tajo, y en seguida atravesó á otro con su espada: en ese instante llegaron un tal Lerma y un jefe tlaxcaltecatl que combatió sobre el postrado cuerpo de Cortés y despachó otros tres aztecas miéntras el heróico Olea pagaba cara su fidelidad, pues cayó herido de muerte al lado de su general (2).

(1) « E como el negocio fué tan de súbito é ví que mataban tanta gente, determiné de me quedar allí é morir peleando. » Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 278.

(2) Ixtlilxochitl, que pretende hacer á su real pariente heredero forzoso de todos los hechos heróicos y hazañosos de la campaña, pondera sobremanera su mérito en la presente ocasion, y dice que en una de las puertas del monasterio de Tetzcoco hay una pintura que representa al jefe tetzcocano salvando la vida de Cortés. (Venida de los españoles, pág. 38.) Pero Camargo atribuye todo el mérito de esta accion á un tal Olea, fundándose en el testimonio de un famoso guerrero tlaxcalteca que se halló presente en la accion, y que se la contó. (Hist. de Taxcallan.) Esto mismo sostiene resueltamente Bernal Diaz, quien paga á la memoria de su compatriota un tributo cordial, recomendándolo como á uno de los mejores y mas valientes soldados del ejército. (Hist de la Conq., caps. 152, 204.) Saavedra, el poeta historiador, (mas historiador que poeta) el cual escribió ántes de que todos los que hicieron la conquista hubiesen muerto, tambien da el laurel á Olea, cuyo destino recuerda en los siguientes versos, que pueden aspirar por lo ménos á la fidelidad histórica.

« Túvole con las manos abrazado,
Y Francisco de Olea el valeroso,
Un valiente Español, y su criado,
Le tiró un tajo bravo y riguroso:

Esparcióse al punto por todo el ejército la noticia de que habian cogido á Cortés; sabido lo cual Quiñones el capitan de su guardia y otros varios hidalgos volaron á libertarle y lograron sacarle de las garras de sus enemigos que ya forcejeaban con él en el agua; pero sus libertadores tomándole en brazos le llegaron á ponér otra vez en tierra. En el entre tanto habia conseguido abrirse paso por entre la multitud, un paje que le traia un caballo en que se montase; pero el jóven recibió en el cuello una herida de javelina, que impidió su intento. Otro de sus pajes, Guzman el camarista, fué mas afortunado; pero estando teniendo las riendas miéntras á Cortés lo ponian en la silla, le cogieron los aztecas y con la rapidez del pensamiento lo arrastraron á una canoa. El general áun permanecia en aquel puesto que no queria abandonar miéntras su presencia pudiese ser de algun provecho; pero el fiel Quiñones tomando de las riendas el caballo de Cortés, le hizo volver caras, diciendo: «la vida de mi general nos importa demasiado para que se la dejemos perder aquí (1).»

Pero no era pequeña empresa abrirse paso por entre la muchedumbre. El suelo de la calzada removido por los piés de los hombres y de los caballos se habia vuelto un fango y estaba tan quebrado en algunas partes, que el agua de la acequia rebozaba por encima. La muchedumbre en sus esfuerzos por salir de tan intrincada posicion, se mecia de

Las dos manos á cercen le ha cortado:
Y él le libró del trance trabajoso.
Hubo muy gran rumor, porque decian,
Que ya en prision amarga le tenian.

« Llegaron otros Indios arriscados,
Y á Olea mataron en un punto.
Cercáron á Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto:
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano á la espada y daga junto.
Antonio de Quiñones llegó luego,
Capitan de la guardia ardiendo en fuego.
Peregrino Indiano, canto 20.

(1) « E aquel capitan que estaba con el general, que se decia Antonio de Quiñones, díjole: Vamos, señor, de aquí que salvemos vuestra persona, pues que ya esto está de manera que es morir desesperado atender; é sin vos ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad porfiar aquí otra cosa. » Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 26.

aquí para allí como si formase un solo hombre. Los de los flancos, empujados por sus compañeros caian por las resbaladizas orillas de la calzada y eran recibidos en las canoas de los aztecas quienes celebraban con gritos de triunfo y alborozo su adquisicion de otra nueva víctima para el sacrificio. Dos hidalgos que iban á los lados del general, resbalaron y cayeron en el agua: uno de ellos fué cogido y su caballo fué muerto; el otro tuvo la fortuna de escapar. El valiente abanderado Corral tuvo tambien esta misma fortuna, pues cayó en el canal y los indios se fueron encima seguros de hacer presa; pero logró ganar tierra y saltar á ella, con la bandera de Castilla flotando sobre su cabeza. Los aztecas arrojaron un grito de rabia al ver que perdian un trofeo que para ellos tenia suma importancia, casi igual á la de la prision del mismo general en jefe (1).

Por fin logró Cortés llegar á tierra firme y salir á la gran plaza en que termina la calle principal de Tlacopan. Allí consiguió, mediante un vivo fuego de artillería, reunir á sus dispersos escuadrones, y dando una carga á la cabeza del corto número de jinetes que no habian entrado en accion, rechazar á los indios. Entónces ordenó la retirada de las otras dos divisiones. Reuniéronse otra vez las fuerzas dispersas, y poniendo á los indios por delante y cubriendo la retaguardia con un selecto cuerpo de caballería, se efectuó aquella sin mas que una nueva pérdida muy insignificante (2).

Andrés de Tápia habia sido enviado á la calzada del Poniente, á instruir á Sandoval y á Alvarado del malogro del asalto; pero en el entre tanto habian internádose mucho los dos capitanes. Alentados por los gritos de triunfo de los compañeros de las otras calles, habian acometido con vigor extraordinario por no quedarse atras en aquel camino de gloria. Casi habian llegado á la plaza del mercado, la cual estaba mas cerca de sus cuarteles que de los del general, cuando

(1) Acaso será la misma bandera que cuenta Mr. Bullck que está guardada en el hospital de Jesus, donde dice que vió « el idéntico estandarte bordado, bajo el cual aquel gran capitan sojuzgó el inmenso imperio del desventurado Moteuczuma. » Seis Meses en México, vol. 1, cap. 10.

(2) Para lo relativo á esta catástrofe, consúltese ademas de la carta de Cortés, y de la Hist. de Diaz tantas veces citada: Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 33. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Gomara, Crónica, cap. 138. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 94. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 16 y 48.

oyeron la corneta tremenda de Cuauhtemotzin (1), seguida despues de la grita de los bárbaros que tanto habia asustado los oidos de Cortés, y despues oyeron perderse á lo léjos el rumor del combate. Los dos capitanes supieron entónces que aquel dia debia ser para ellos tan funesto como para sus compañeros, teniendo una prueba de esto cuando los victoriosos aztecas que venian de vuelta de dar alcance á Cortés, se reunieron con los que pugnaban con Sandoval y Alvarado y atacaron á estos dos oficiales con redoblado furor. Juntamente, levantaron por lo alto dos ó tres cabezas de los españoles, gritando « Malintzin. » Los capitanes llenos de horror al ver aquel espectáculo, no obstante que daban poco crédito á la palabra del enemigo, ordenaron al instante la retirada. Pero los castellanos no podian estarse fuertes contra los furiosos ataques de los sitiados, quienes viniendo en falanges, los arremetian con tal desesperacion que uno que estuvo presente, escribe estas palabras: « Porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y ansí es verdad, que si Dios nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos (2). Los enfurecidos bárbaros persiguieron á los blancos hasta sus atrincheramientos; pero en llegando á ellos fueron recibidos, primero por los fuegos cruzados de los bergantines que encallados en las estacadas dispuestas para obstruir sus movimientos, enfilaban completamente la calzada; y despues, por una pequeña batería situada frente á la calzada y dirigida por un artillero muy hábil nombrado Medrano, la cual batia perfectamente la línea de la calzada. Batidas por el frente y por los flancos las dispersas columnas de los aztecas, se vieron obligados á retroceder y á guarecerse dentro de los muros de la ciudad.

(1) « El resonido de la corneta de Cuauhtemotzin. La corneta mágica de Astolfo no era mas terrible.

« Dice che'l corno é di si orribil suono:
Ch' ovunque s' oda, fa fuggir la gente.
Non puó trovarsi al mondo un cor si buono,
Che possa non fuggir come lo sente.
Rumor di vento e di tremuoto, e 'l tuono,
A par del suon di questo, era niente. »
Orlando Furioso, canto 15, st. 15.

(2) Bernal Diaz, cap. 152.

Reinaba en el ejército la mayor ansiedad por saber de Cortés, pues Tápia habia sido detenido en el camino por las partidas sueltas encargadas por Cuauhtimotzin de cortar las comunicaciones entre los reales. Mas por fin llegó, desangrándose por várias heridas ; pero las noticias que trajo, si bien tranquilizaban á los españoles en cuanto á la vida del general, las dejaban en cuanto á lo demas en la mayor incertidumbre. Sandoval principalmente queria informarse bien del estado de los negocios y de los futuros planes del general, y no obstante que en el combate de aquel dia habia recibido tres heridas, determinó ir á visitar personalmente los cuarteles del general en jefe. Era mediodía porque en las desastrosas escenas que acababan de pasar solo se habian empleado pocas horas, cuando Sandoval montó su hermoso caballo en el que podia confiar por su fuerza y ligereza. Era un noble caballo, famoso en todo el ejército y digno de su valiente dueño, al cual habia llevado y sacado salvo en largas marchas y de sangrientas batallas (1). En el camino se encontró con los destacamentos de Cuauhtemotzin, que intentaron cogerlo y que le arrojaron multitud de proyectiles que afortunadamente no hicieron mella ni á su armadura ni á su bardado corcel.

Cuando llegó al campamento encontró á las tropas desalentadas y tristes por las desgracias de aquella mañana. Razon tenian para ello, porque fuera de los muertos y de los muchísimos heridos, habian caido sesenta y dos españoles y gran número de aliados en manos del enemigo, de un enemigo que jamas acostumbraba perdonar á un cautivo. La pérdida de dos piezas de batalla y de siete caballos coronaba la desgracia de los castellanos y el triunfo de los aztecas. Semejante pérdida insignificante en Europa, era de la mayor importancia en esta guerra en que las dos cosas, los cañones y los caballos, que eran las principales armas contra los bárbaros, se conseguian á gran costa v con las mayores dificultades (2).

(1) Ese famoso corcel que puede rivalizar con Babieca el caballo del Cid Campeador, se llamaba Motilla, y cuando alguno queria ponderar la bondad de su caballo, decia : « es tan bueno como Motilla. » Así lo dice el príncipe de los cronistas, Bernal Diaz, quien tiene gran cuidado de que á ninguna bestia ni á ningun hombre se le defraude el elogio que mereció en la campaña contra los infieles. « Era de color castaño, con una mancha en la frente y para que fuese mas afamado, tenia una sola pata blanca. » V. Diaz, cap., 152.

(2) Tenian razon aquellos caballeros de no aventurar imprudentemente sus caballos, si acaso es cierto como dice Diaz, que cada uno costaba ochocientos ó mil pesos. (Hist. de la Conq., cap. 151.) Véase tambien ántes el lib. II, cap. 3, nota 14.

Notóse que Cortés se condujo en aquella aciaga jornada, con la intrepidez y serenidad que acostumbraba : la sola vez que se le vió vacilar, fué cuando los indios le presentaron las cabezas de varios españoles, gritando : « Sandoval, Tonatiuh, » el sobrenombre de Alvarado. Al ver aquel espectáculo se puso pálido por un momento, pero luego recobró su genial sangre fria y procuró infundir aliento á sus compañeros. Recibió, pues, á su teniente con semblante placentero ; pero se dejaba traslucir cierto aire de tristeza que probaba cuán al corazon le habia llegado la catástrofe de la « puente cuidada, » como él la llamaba tristemente.

A las ansiosas preguntas que le hacia Sandoval sobre la causa de la derrota, contestó él, « solo por mis pecados ha podido sucederme esto, hijo Sandoval, » (que era el epíteto que solia dar Cortés á los oficiales en quienes mas confiaba y predilectos suyos.) La causa inmediata la atribuyó al descuido del tesorero : en seguida manifestó el propósito que tenia de continuar las hostilidades por un poco de tiempo. « Vos debeis ocupar mi lugar, » continuó, « porque yo estoy herido y cojo. Os ruego que os pongais cobro en los tres reales, y cuidad especialmente del de Alvarado, bien sé que habrán batallado esforzadamente ; pero temo no les desbaraten estos perros mexicanos (1). » Estas pocas palabras probaban todo el afecto que Cortés profesaba á sus dos tenientes, ambos igualmente valientes ; pero de los que el uno tenia la circunspeccion tan esencial para las empresas peligrosas, miéntras que el otro carecia de ella completamente. El futuro conquistador de Guatemala debia como todos, comprar la propia experiencia á costa de amargos frutos : bajo la direccion de Cortés se enseñó á ser soldado. El general, despues de dar todas sus instrucciones, abrazó afectuosamente á su teniente y lo mandó á sus cuarteles.

Llegó á ellos muy entrada la tarde, pero todavía no se ocultaba el sol tras las montañas del occidente, y todavía derramaba su blanda luz sobre todo el valle é iluminaba las venerables torres y pirámides de Tenochtitlan, formando aquel bello espectáculo un contraste con las escenas de horror de que habia sido teatro la ciudad pocos momentos ántes. La tranquilidad del crepúsculo fué alterada por el repentino y

(1) « Mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes á vos os encomiendo estos trabajos pues veis que estoy herido y cojo : ruego os pongais cobro en estos tres reales, bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados que habrán batallado y echo como caballeros, mas temo el gran poder de estos perros que les hayan desbaratado. » Ind. cap. 152.

ronco son del atambor del gran templo, y recordó á los españoles la noche triste, única vez que lo habian oido (1). Aquel sonido anunciaba que dentro del execrable recinto del templo mayor se estaba practicando alguna gran ceremonia, y los soldados sobrecogidos por las lúgubres vibraciones del atambor, volvieron la cara hácia el lugar de donde venian. Como el campo de Alvarado solo distaba de la plaza un tercio de legua, y en la mesa central es tan pura la atmósfera, se pudo desde allí ver distintamente que una larga procesion iba subiendo la tortuosa escalera de la pirámide.

Entre los sacerdotes y guerreros que formaban aquella, distinguieron los españoles algunos hombres desnudos, y que por el color de la piel reconocieron ser compotriotas suyos. Eran en efecto las víctimas destinadas al sacrificio; sus cabezas iban adornadas de plumas y en la mano llevaban grandes abanicos. A fuerza de golpes se les hacia caminar y tomar parte en las danzas en honor del dios de la guerra. Las desventuradas víctimas fueron despojadas de sus fúnebres atavíos, y extendidas sobre la gran piedra de los sacrificios. Sobre su convexa superficie quedó su pecho suficientemente elevado para que los sacerdotes pudiesen desempeñar cómodamente su diabólico oficio, que consistia en hendir de un solo tajo las costillas con una filosísima navaja de itztli, introducir la mano en el pecho y sacar de él el corazon, que todavía caliente y palpitante era depositado en el incensario de oro que estaba delante del ídolo. El cuerpo de la despedazada víctima era despues arrojado á rodar por las encumbradas escaleras de la pirámide, las cuales como se recordará, remataban en el ángulo del pilar, y estaban unas debajo de otras. Los caníbales que estaban en el atrio recogian con avidez los mutilados restos y los destinaban al asqueroso banquete con que terminaba tan abominable ceremonia (2).

(1) « Un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oia dos ó tres leguas. » Ibid, loco citato.

(2) Ibid, *ubi supra*. Oviedo op, cit., MS., lib. 3, cap. 48. « Sacándoles los carazones sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estadio; allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama Techcatl, uno le tiraba por un brazo y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enastado en un palo de dos palmos de largo: le daba un golpe con ambas manos en el pecho y sacando aquel pedernal, por la misma llaga metia la mano y arrancábale el corazon, y luego fregaba con él la boca del idolo, y echaba á rodar el cuerpo por las gradas

Ya podemos imaginarnos cuales serian las sensaciones que experimentaban los españoles al ver el hórrido espectáculo que tenian ante los ojos, al reconocer desde la pequeña distancia á que estaban, á las personas de sus amigos desgraciados, al ver sus esfuerzos impotentes y al escuchar, ó al creer que escuchaban los quejidos de su agonía. ¡ Sin embargo, ningun socorro podian prestarles ! Sus carnes temblaban al pensar que aquel destino sería algun dia el suyo ; y hasta los mas valerosos, y hasta los que hasta entónces habian ido al combate tan alegres y sin cuidado como si fuesen á un banquete ó á un festejo, no pudieron en adelante encontrarse con los enemigos sin experimentar una sensacion de terror muy próxima al miedo (1).

Mas no fué tal el efecto que el sacrificio produjo en las tropas mexicanas reunidas al extremo de la calzada. Como si fueran buitres embriagados por el olor de su lejana presa, arrojaron un grito penetrante, y se precipitaron como torrente, por la calzada despues de esta horrible exclamacion : ¡ que tal sea la suerte de todos nuestros enemigos ! Pero los españoles no fueron cogidos de sorpresa ; ántes de que los aztecas hubieran traspasado la línea de su campamento, les hicieron un terrible fuego con las piezas de artillería de grueso calibre, y con los arcabuces y ballestas ; con lo que el enemigo se vió precisado á replegarse á su antigua posicion ; pero horriblemente despedazado.

Los cinco dias subsecuentes se pasaron en la inaccion, salva sin embargo, la resistencia que de vez en cuando era necesario oponer á las salidas de los sitiados. Los aztecas entre tanto, engreidos con sus triunfos se abandonaron á una especie de jubileo, y pasaban el dia

abajo que serian como 50 ó 60 gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezasos con la cabeza, hasta que llegaba abajo aún vivo. » Sahagun Hist. de Nueva-España, MS , lib. 12, cap. 35.

(1) Por lo ménos así lo confiesa el capitan Bernal Diaz, soldado tan intrépido como el que mas lo fuera en todo el ejército. Sin embargo, se consuela con pensar que el temblor de sus piernas mas bien era efecto de exceso que de falta de valor, pues que provenia de que sentia al vivo que tenia que exponer su vida á mayores peligros que otras veces. El pasaje original es notable porque es una muestra del inimitable candor del antiguo cronista. « Digan ahora todos aquellos caballeros que desto del militar entiendan, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentí yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon y temia la muerte. » Hist. de la Conq., cap. 156.

bailando, cantando y bebiendo alrededor de sus míseras víctimas. Cuauhtemotzin envió las cabezas de varios españoles y caballos á las ciudades comarcanas, invitando á los antiguos vasallos de la corona de México, á abandonar las banderas de los blancos, si no querian que les tocase á ellos el destino reservado á todos los enemigos de México. Los sacerdotes alentaron al jóven monarca y al pueblo haciéndoles creer que el tremendo Huitzilopochtli, su ofendida deidad, apaciguado con los sacrificios últimos, habia vuelto á tomar á los aztecas bajo su proteccion, y dentro de ocho dias iba á poner en sus manos á sus odiados enemigos (1).

Esta consoladora prediccion la hicieron saber los indios á los sitiadores por medio de bravatas y vanaglorias, las que si bien pueden haber menospreciado los españoles, han de haber producido un efecto muy diferente en los aliados, quienes ya comenzaban á cansarse de un servicio tan peligroso y penoso, y ademas, mas largo de lo que debian esperar segun la manera de hacer la guerra entre los indios. Comenzaban á desconfiar de los españoles: la experiencia les habia enseñado que no eran ni invencibles ni inmortales, y los últimos reveses les hacian juzgarles incapaces de sojuzgar la metrópoli azteca; finalmente, recordaban las ominosas palabras de Xicotencatl que habia predicho que no tendria buen término aquella guerra sacrílega. Al pensar que habian levantado la mano contra los dioses de su patria, se sintieron agobiados por la prediccion, creyeron que se cumpliria plenamente, y solo esperaban una oportunidad para parar el golpe abandonando á los españoles.

Aprovecháronse, pues, de la oscuridad de una noche para volverse á sus hogares: fueron desertándose en compañías, cada una de las cuales tomaba el camino del suyo respectivo. Las tropas procedentes de las grandes ciudades que últimamente habian sometídose, fueron las primeras en desertar: su ejemplo fué seguido por las de Chololan, Tepeaca, Tetzcoco, y hasta las de la fiel Tlaxcallan. Habia, sin embargo, honrosas excepciones, entre ellas la de Ixtlilxochitl, el señor de Tetzcoco, y la de Chichimecatl, el valiente caudillo de Tlaxcallan, los cuales con

(1) Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 3, cap. 20. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, caps. 41 y 42. « Y nos decian que de allí á ocho dias no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche ántes sus dioses. » Bernal Diaz, cap. 153.

unos cuantos compañeros, permanecieron fieles á la causa en que militaban. Pero los que tal hicieron fueron en número insignificante, y los españoles vieron con tristeza que el largo séquito con el cual contaban para que los ayudasen, habia desaparecido silenciosamente por efecto de la supersticion. Solamente Cortés permanecia imperturbable. Trató con desprecio la prediccion llamándola patraña de los sacerdotes, y mandó en pos de los escuadrones desertados, mensajeros que les suplicasen que se volvieran ó por lo ménos que se detuviesen en el camino, hasta que pasado el tiempo fijado se convenciesen de la falsedad de las predicciones.

Es necesario confesar que en esta crísis tenian sombrío aspecto los negocios de los españoles.

Veíanse abandonados de sus aliados: sus municiones casi se habian agotado: carecian de los víveres que les venian de las ciudades comarcanas: estaban extenuados por las vigilias y fatigas; padecian de las heridas de que nadie quedó exento en todo el ejército; tenian á la retaguardia un país inhospitalario; y al frente un enemigo implacable: podia, pues, excusárseles de desfallecer en su empresa. Durante el dia se ocupaban en forrajear por aquellas inmediaciones y en repeler los ataques de los sitiados, los cuales eran mas frecuentes despues de sus triunfos y de las promesas de sus sátrapas; y de noche interrumpia su sueño el tañido del melancólico atambor, cuyo clamoreo propagándose por las aguas pregonaba la muerte de sus asesinados compatriotas. Cada noche eran llevadas nuevas víctimas al altar de los sacrificios: toda la ciudad estaba alumbrada por millares de luminarias que ardian en los techos de las casas y en la cumbre de los templos, y á cuya fúnebre luz se veia distintamente desde los campamentos españoles aquella ceremonia horrible, que parecia ser obra del infierno. Una de las últimas víctimas fué Guzman el paje de Cortés, que permaneció en cautiverio diez y ocho dias ántes de sufrir su destino (1).

(1) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 26. Ixtlilxochitl, *ubi supra*. El lector español puede ver por sus ójos que mi imaginacion no ha recargado el cuadro de estos horrores. « Digamos ahora lo que los mexicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues; y es que atañian su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy léjos y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron á Cortés que supimos que sacrificaron diez dias arreo

Sin embargo, no desfallecieron los castellanos en aquel momento de prueba, y si hubiesen desfallecido habrian recibido una leccion de fortaleza, de algunas de sus mujeres, las cuales los siguieron al campamento, y que en esta ocasion desplegaron un heroismo de que ofrece varios ejemplos la historia.

Una de ellas, tomaba la armadura de su marido y montaba guardia por él cuando estaba cansado. Otra se puso el escuapil de un soldado, tomó una espada y una lanza y reuniendo á sus dispersos compatriotas los hizo volver á embestir con los enemigos. Cortés intentó persuadir á estas Amazonas á que permaneciesen en Tlaxallan; pero ellas replicaron orgullosamente que no era bien que damas castellanas abandonasen á sus maridos en el peligro, sino que lo partiesen con ellos, y tambien si era necesario, muriesen á su lado. Y en efecto, llenaron cumplidamente su deber (1).

A pesar de tantos descalabros y angustias, no por eso decayeron en su propósito los españoles, ni rebajaron por un momento la severidad del sitio. Sus campamentos quedaron situados en la salida de las principales calzadas. Cada vez que intentaban los aztecas romper el sitio, arrasaban con sus largas columnas, por medio de la artillería. Los bergantines todavía continuaban señores de aquellas aguas, estorbando las comunicaciones con las riberas, aunque la pérdida de las canoas aliadas dejaba abierto el comercio clandestino con la capital, y permitia á ésta abastecerse de víveres. Pero con todo, el acopio de éstos era pequeño, y la populosa ciudad, no obstante el engreimiento de sus últimas victorias y las falaces ofertas de los sacerdotes, comenzaba á ser devorada interiormente por una plaga mas cruel que todos los enemigos que estaban á sus puertas (2).

hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristobal de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos.» Bernal Diaz cap. 153.

(1) «Que no era bien que mujeres castellanas dejasen á sus maridos yendo á la guerra, y que adonde ellos muriesen, allí moririan ellas.» Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 23. El historiador ha consignado los nombres de algunas de estas heroínas en las páginas de su historia, y en verdad que semejantes mujeres merecen participar del honor de la conquista. Llamábanse, Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martin, Isabel Rodriguez, Beatriz Bermudez.

(2) Ibid, *ubi supra*.

CAPITULO VII.

TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES. — ESTERILES OFERTAS DE CUAUHTEMOTZIN. — SON ARRASADOS LOS EDIFICIOS HASTA SUS CIMIENTOS. — HAMBRE TERRIBLE. —GANAN LAS TROPAS LA PLAZA DEL MERCADO. — MAQUINAS DE GUERRA.

(1521).

Así pasaron los ocho dias prescritos por el oráculo, y el sol al levantarse al noveno dia sobre la hermosa ciudad, la vió todavía asediada y circuida por su inexorable enemigo. Fué grande error de los sátrapas aztecas, pero error frecuente en los fallos profetas que solo tratan de causar impresiones sorprendentes dando un plazo tan corto para el cumplimiento de sus predicciones.

Los jefes tetzcocanos y tlaxcaltecas mandaron avisar á sus tropas que la profecía habia fallado, y á llamarles de nuevo al campamento español. Los tlaxcaltecas que habian detenídose en el camino, se volvieron avergonzados de su fácil credulidad y animados de su antiguo odio, aumentado ahora por el artificio de que habian sido juguete. Siguieron su ejemplo otros confederados, con la facilidad y ligereza propia de gentes cuyas acciones son el resultado de la supersticion y no del convencimiento. En poco tiempo volvió á verse el general español dueño de un auxilio, si no tan numeroso como ántes, pero al ménos suficiente para dar lleno á sus planes. Recibióles á todos con afable indulgencia, y les manifestó que no obstante que se habian hecho acreedores al castigo digno del alto crímen de desercion, se los perdonaba en atencion á sus pasados servicios, los que debian conocer que no eran de modo alguno indispensables á los castellanos, pues ya habian visto que durante la ausencia de los aliados, eran capaces de sostener el sitio con el mismo

vigor que si hubiesen estos halládose presentes; pero que no queria de ningun modo, que los que habian partido con los blancos los riesgos y penalidades de la campaña, no partiesen tambien sus triunfos ni concurriesen á la toma de la capital, cuyo suceso podia asegurar, con mas fundamento que los sacerdotes indios, se verificaria dentro de poco tiempo.

Sin embargo, las amenazas y hazañas de Cuauhtemotzin no quedaban estériles en las provincias remotas. Antes de que hubiesen vuelto á reunirse otra vez los confederados, recibió Cortés embajadas de Cuernavaca, distante cosa de doce leguas, y de otras ciudades otomíes de paz con él y que distaban aún mas, implorando los socorros de los españoles contra los formidables vecinos de aquellas ciudades á las que se hostilizaba por ser amigas de los blancos. Pero estos se encontraban en situacion de pedir socorro mas bien que de darlo (1), por lo que la mayor parte de los oficiales se opusieron á que se accediese á una peticion que debilitaba tan considerablemente la ya menoscabada fuerza del ejército. Pero Cortés conoció que lo que mas importaba era no revelar su debilidad: «miéntras mayor sea esta,» decia, «mas necesidad tenemos de cubrirla bajo las apariencias de la fuerza (2).»

Destacó inmediatamente á Tápia con una partida de cien hombres en una direccion; y á Sandoval con una partida mas considerable, en otra direccion distinta; dando á los dos la órden de que por ningun evento retardasen su regreso mas de diez dias (3). Ambos capitanes llenaron pronta y debidamente su encargo; ambos encontraron y derrotaron al enemigo en batalla campal, devastaron sus territorios y se volvieron triunfantes en el término prescrito. En pos suya vinieron embajadores de las plazas conquistadas solicitando la alianza de los españoles; con lo que estos se vieron nuevamente reforzados, y lo que es mas, hicieron ver á sus antiguos aliados que querian y podian protegerlos.

La fortuna que rara vez dispensa con parsimonia ni sus desdenes ni sus favores, se mostró en esta vez liberal con los españoles trayendo á

(1) «Y teniamos necesidad, ántes de ser socorridos que de dar socorro.» Relac. Terc., pág. 272.

(2) «Dios sabe,» dice el general, «el peligro en que estábamos; pero como nos convenia mostrar mas esfuerzo y ánimo que nunca y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza, asi con los amigos como con los enemigos.» Ibid, pág. 275.

(3) Ibid., *ubi supra.*

Veracruz una embarcacion cargada de municiones y pertrechos militares. Dicha nave formaba parte de la flotilla que enviaba á la Florida el romancesco caballero errante Ponce de Leon. Las autoridades del puerto hicieron desembarcar el cargamento al instante y lo mandaron sin demora al campamento, adonde llegó con la mayor oportunidad, pues ya comenzaba á escasear mucho la pólvora (1). Dueño de aquellos recursos determinó Cortés tomar otra vez la ofensiva ; pero bajo un plan enteramente diferente del seguido hasta entónces.

En cuanto á las primeras operaciones, dos caminos se podian seguir, como lo hemos dicho ; el uno, penetrar hasta el corazon de la capital y desde allí seguir las hostilidades ; el otro continuarlas como se habia hecho hasta entónces. Ambos partidos tenian inconvenientes que procuró salvar en el que nuevamente se proponia seguir. Consistia este en no dar un solo paso sin dejar enteramente cubierta la retaguardia, no solo inmediatamente, sino hasta para despues. Por lo tanto determinó que todos los fosos de las calles y de las calzadas fuesen llenados de materiales tan sólidamente que no se pudiese volver á destruirlos. Los materiales para ejecutar esta operacion debian sacarse de los edificios de la ciudad, los cuales debian ser destruidos por el ejército conforme fuera internándose, sin distincion entre públicos ni privados, entre palacios ni templos ; todos debian ser arrasados hasta los cimientos : todo habia de ser destruido hasta que, para usar el lenguaje del conquistador, lo que era agua quedase convertido en tierra firme, y quedase un tránsito libre y no interrumpido á la caballería y artillería (2).

Cortés no pudo resolverse sin gran repugnancia á seguir este plan de devastacion, porque sinceramente deseaba respetar la ciudad que con entusiasmo llamaba él « la mas bella del Nuevo-Mundo (3), » y que de-

(1) La fuerza de Tápia constaba de 10 caballeros y de 80 infantes: el alguacil mayor, que así llamaban á Sandoval, tenia 18 jinetes y 100 infantes. Ibid, loco citato. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 20.

(2) « Pólvora y ballestas de que teniamos extrema necesidad » (Relac. Terc., pág. 278.) Probablemente fué la expedicion en que perdió la vida Ponce de Leon; expedicion hecha á esta misma tierra por el romancesco caballero en busca de la « Fuente la Salud. » La anécdota se refiere de un modo muy interesante en la obra de W. Yerving, titulada : « Los compañeros de Colon. »

(3) La manera fria y tranquila con que el conquistador refiere esto en sus comentarios, tiene quien sabe qué de espantoso, quizá á causa de esa misma sencillez. « Tomé un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á nuestros enemigos, y fué, que como fuésemos ganando, por las calles de la ciudad, y fuesen derrocando todas las casas della,

bia ser el primer trofeo de su gloriosa conquista. Pero en una ciudad donde cada casa era una fortaleza y donde las calles estaban cortadas por multitud de fosos que impedian moverse libremente, la experiencia habia probado que era imposible no destruirla si se la queria sojuzgar. Por otra parte no habia esperanza de que los aztecas entrasen en un avenimiento pacífico, pues los crueles padecimientos que habian pasado, y la horrible perspectiva que tenian á la vista, léjos de hacerles desfallecer, parece que les infundian un espíritu mas resuelto y un encono mas implacable que nunca (1).

Los aliados supieron con ilimitada complacencia que aquella era la resolucion del general, y proporcionaron millares de peones que con sus coas, se daban priesa á poner por obra la destruccion de la ciudad (2). En poco tiempo quedaron llenos los fosos de tal manera que el ejército no volvió á ser molestado. Cortés daba él mismo el ejemplo, trayendo piedras y vigas con sus propias manos (3). Las casas de los suburbios quedaron enteramente arrasadas, y las acequias llenadas con cañas y ripios, de modo que el centro de la ciudad quedó cercado por una faja de tierra firme en que podia maniobrar libre é irresistiblemente la caballería. Los mexicanos no podian ver con indiferencia que se devastaba la ciudad, y que se les dejaba á descubierto é indefenso, y por lo tanto hicieron los mayores esfuerzos por impedir que los sitiadores llevasen al cabo su plan; pero estos últimos, protegidos por su artillería que hacia un fuego incesante, adelantaban todos los dias en su obra de devastacion (4).

El rayo de esperanza que la fortuna habia enviado á los mexicanos volvió á desaparecer prontamente, y la niebla sombría que se habia disipado por un instante, tornó á envolver á la desgraciada capital, mas

del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hubiera toda la dilacion que se pudiera seguir. » Relac. Terc., pág. 279.

(1) « Porque era la mas hermosa cosa del mundo. » Ibid, pág. 278.

(2) « Mas ántes en el pelear y en todos sus ardides los hallábamos con mas ánimo que nunca. » Ibid. pág, 279.

(3) Sin embargo apénas es creible lo que dice el historiador tetzcocano, que cien mil indios acudieron al campo con aquel objeto. « Viniesen todos los labradores con sus coas para este efecto con toda brevedad... Llegaron mas de cien mil de ellos. » Venida de los españoles, pág. 42.

(4) Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 153.

densamente que nunca. (1) La hambre y todos los horrores que la acompañan hacian estragos en la acumulada poblacion de México. El sustento que les proporcionaban las víctimas humanas, ó alguna canoa que lograba burlar la vigilancia de los sitiadores, no bastaba (2). Hubo quien llegara á alimentarse con una sustancia mucilaginosa que se recogia en pequeñas cantidades en la superficie de las acequias y de la laguna (3). Otros apaciguaban el apetito con ratas, lagartijas y otros asquerosos reptiles que todavía no se salian de la hambrienta ciudad.

Pero en la historia no escasean los ejemplos de á cuanto llega el sufrimiento de los hombres cuando los anima el odio y la desesperacion.

Teniendo levantada la espada sobre ellos, pensó Cortés que era conveniente hacer otra nueva tentativa para hacerles entrar en razon, y valiéndose de unos nobles que habian caido prisioneros, mandó á Cuauhtemotzin un mensaje que llevaron con repugnancia, por miedo de que les infiriesen alguna violencia. Cortés decia al emperador que todo lo que aquellos hombres valientes habian hecho, era en provecho de su país: que los mexicanos no tenian esperanza de escapar, porque carecian de víveres, no podian salir, sus vasallos los habian abandonado, y engañádoles sus dioses. Que todo el Anáhuac se habia sublevado en contra suya, y que no les quedaba mas recurso que rendirse inmediatamente: rogaba al jóven monarca que se compadeciera de sus fieles y valientes vasallos que diariamente perecian á su vista á centenares, y de su hermosa ciudad cuyos soberbios edificios estaban reducidos á

(1) El P. Sahagun que recogió las noticias relativas á este suceso, de los actores mismos, y que pudo juzgar de él por el aspecto del país ántes de que hubiesen reparado enteramente los estragos, lo pinta con la animacion de un testigo de vista. « La guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y sangrienta que era espanto de verla y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas y dardos y piedras y palos que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol; eran tan grande la voceria y grita de hombres y mujeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y en robar lo que en ellas habia, y cautivar niños y mujeres, que parecia un juicio. » Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 38.

(2) La carne de los cristianos dejó de servir á los mexicanos de alimento, porque les parecia muy amarga; milagro que el capitan Diaz cree que hizo Dios expresamente para este caso. Ibid, cap. 153.

(3) Ibid, *ubi supra*.

Secado al sol, tiene este depósito barroso un sabor parecido al del queso, y era parte del alimento usual de las clases mas pobres, segun Clavijero. Stor. del Messico, tomo II, pág. 222.

ruinas. « Volved, le decia, á la obediencia, » para concluir, « que en un tiempo habeis jurado al monarca de Castilla: olvidaremos lo pasado: las personas, los bienes y los demas derechos de los aztecas serán inviolablemente respetados: vos sereis confirmado en vuestra autoridad, y la España volverá á tomar vuestra ciudad bajo su proteccion » (1).

Los ojos del jóven monarca centellearon y sus mejillas se encendieron con la súbita cólera que le causaban propuestas tan humillantes. Pero aunque su pecho ardia en los feroces sentimientos de indio, tenia todas las prendas de un caballero, dice un amigo suyo que lo conoció muy bien (2). A los enviados no dió respuesta alguna; pero luego que le pasó el calor del primer momento, convocó un consejo de sabios y de guerreros, y sometió el asunto á su deliberacion. Algunos opinaron porque se aceptasen las condiciones, pues eran el único medio de salvacion que quedaba. Pero los sacerdotes miraban las cosas bajo otro aspecto. Conocian que el triunfo del cristianismo acabaria con el influjo de que gozaban. La paz es buena, decian; pero no con los blancos. Recordaban á Cuauhtemotzin cual habia sido la suerte de su tio el emperador Moteuczoma, y cual la recompensa de su hospitalidad: recordáronle la captura y encarcelamiento de Cacama el señor de Tetzcoco; el asesinato de la nobleza por Alvarado; la insaciable codicia de los invasores que habian agotado los tesoros del país; la profanacion de los templos; los insultos é injurias que sin tasa habian prodigado al pueblo y á la religion. Mejor es, decian, confiar en las promesas de nuestros dioses que por tanto tiempo han velado sobre nuestra nacion: mejor es si es preciso perder de una vez nuestras vidas en defensa de la patria, que arrastrarlas entre cadenas, padeciendo entre falsos extranjeros (3).

La hábil elocuencia de los sacerdotes que ponia en accion todos los resentimientos de los indios, inflamó la sangre de Cuauhtemotzin. « Pues que esto es así, » exclamó ex-abrupto, « no pensemos ya mas que en cubrir las necesidades de nuestro pueblo: que aquel que estime en

(1) Bernal Diaz, *ubi supra*.

(2) « Mas como el Cuauhtemotzin era mancebo, y muy gentilhombre y de buena disposicion. » Ibid, loco citato.

(3) « Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fies de Malintzin ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos hará esclavos y nos atormentará. » Ibid, *ubi supra*.



algo su vida, se cuide bien de hablar de rendicion: al ménos, muramos como mueren los guerreros » (1).

Los españoles esperaron por dos dias la respuesta de su embajada, al cabo de los cuales recibieron en vez de aquella una salida general de los sitiados, que precipitándose por todas las puertas de la ciudad, como un rio que se desborda y en oleadas incesantes, llegaban hasta los reales de los españoles y parece que iban á agobiarles bajo el solo peso de la muchedumbre. Afortunadamente la posicion de estos últimos en las calzadas aseguraba sus flancos, y lo estrecho de ellas hacia que su pequeña bateria hiciese tantos estragos como si fuese grande. El fuego de la artillería y mosquetería era simultáneo en todas las calzadas, y levantaba gruesas y negras columnas de humo que envolvian á la ciudad y la ocultaban de los pueblos comarcanos. Los bergantines atacaban de flanco las columnas de los sitiados, que despues de algunos esfuerzos por mantenerse firmes, retrocedieron en total confusion hasta que su furia impotente vino á estrellarse en estériles gritos contra los muros de la capital.

Cortés activó al punto la ejecucion del plan proyectado para la destruccion de la ciudad. Dia á dia entraban las diferentes divisiones por sus cuarteles respectivos; siendo probablemente Sandoval el que dirigia las operaciones por la parte N. E. de la ciudad. Los edificios, hechos generalmente de poroso tetzontli aunque bajos, eran demasiado sólidos y extensos, y habia gran número de acequias; por manera que los progresos del ejército eran lentos, no obstante que todos los dias acudian de las provincias comarcanas multitud de peones, que ponian una priesa y empeño en la destruccion de la ciudad, que probaba su impaciencia por romper el detestado yugo de los aztecas. Estos ardian en cólera impotente al ver sus magníficos palacios, sus templos y cuanto habian acostumbrado venerar, arrasados impíamente; sus canales construidos con tanto trabajo, y á lo que parece con tanta inteligencia, obstruidos por maleza y carrizos: en suma, su hermosa capital convertida en desierto por el cual se paseaban triunfantes sus insultantes enemigos.

(1) « Y entónces el Cuauhtemotzin medio enojado les dijo: Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y de aquí adelante ninguno sea osado de me demandar paces, si no yo le mataré, y allí todos prometimos de pelear noches y dias, y morir en la defensa de su ciudad. » Ibid, *ubi supra*.

Su odio estallaba principalmente contra los aliados. « Proseguid, proseguid, » les decian, « que miéntras mas destruyais, mas tendreis que reparar despues. Si os vencemos nos ahorrareis este trabajo, y si vencen los blancos ellos harán que se los ahorreis » (1). El resultado justificó esta prediccion.

En el furor de su rabia se precipitaron ciegamente sobre las divisiones que protegian á los trabajadores; pero fueron rechazados por la caballería y detenidos por las buenas lanzas de Chinantla, que en aquellas operaciones fueron de grande utilidad á los sitiadores. Pero por lo comun al terminar el dia, cuando los españoles enviaban por delante á la innumerable hueste de los aliados, los mexicanos redoblaban sus esfuerzos. Precipitábanse por todas las plazas y boca calles, semejantes á rios que se desatan de las montañas y devastan los valles, y atacaban á los españoles por los flancos y retaguardia que habian quedado al descubierto. En estos ataques causaban grandes daños, hasta una vez que habiéndoles puesto Cortés una emboscada en los edificios adyacentes al templo mayor, escarmentaron y se volvieron mas cautos.

Algunas veces se vieron en la guerra rasgos de caballería entre los combatientes. Desafiábanse los de un bando con los de otro, y principalmente los guerreros indígenas.

Teníanse estos combates por lo comun en las azoteas cuya ancha y plana superficie era muy á propósito para este objeto. Una ocasion un guerrero de formas atléticas y armado de una adarga y una espada que habia quitado á los cristianos, los desafió á singular combate. Uno de los escuderos de Cortés, un jóven llamado Núñez obtuvo de su general el permiso de aceptar el reto, y subiendo á la azotea logró despues de un reñido combate, vencer á su antagonista que peleaba con la desventaja de armas á cuyo manejo no estaba acostumbrado, y despues de atravesarle el cuerpo, le quitó los despojos y los puso á las plantas del general (2).

(1) « Los de la ciudad como veian tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se lo harian tornar á hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habian de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros. » Relac. Terc., pág. 286.

(2) Ibid, págs. 282, 284. Herrera, Hist. General, dec. 8, lib. 1, cap. 22; lib. 2 cap 2, Gomara, Crónica, cap. 140. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 23, cap. 18. Ixtilxochitl, Venida de los españoles, pág. 43.

La division de Cortés habia avanzado hácia el Norte hasta la calle real de Tlacopan, por la cual se comunicaba con el campo de Alvarado, y que distaba poco del palacio de Cuauhtemotzin. Este era un espacioso y sólido edificio que mejor merecia llamarse una fortaleza. Aunque no le habitaba el príncipe, lo defendia una partida de aztecas que se sostuvieron un poco contra las baterías de los sitiadores. Púsosele fuego, y sus altos muros fueron reducidos á polvo lo mismo que se habia hecho con los demas edificios, ornamento de la ciudad y bellos ornamentos de su civilizacion. «Daba lástima aquella destruccion,» dice Cortés; «pero como estaba determinado de hacerlo, no podiamos dejar de cumplir aquella órden (1).» En estas operaciones se emplearon algunas semanas, de suerte que á fines de Julio todavía no se acababan. Durante todo este tiempo el sitio habia sido llevado al último extremo del rigor, y los habitantes padecieron todos los tormentos del hambre. Hízose prisioneros á algunos dispersos que habian venido hasta cerca del campamento cristiano en busca de alimento: tratóseles muy afectuosamente por mandato de Cortés que deseaba con aquella conducta ganarse á la poblacion y facilitar su sumision; pero hubo muy pocos que dejasen las murallas de la ciudad, y los mas preferian correr la dura suerte de sus compatriotas á entregarse á merced de los sitiadores.

Pero por aquellos pocos dispersos supieron los españoles todos los horrores que pasaban dentro de la sitiada ciudad. Todos los alimentos comunes se habian acabado, y la gente se mantenia con raíces de árboles sacadas de la tierra, con cortezas, con tierra y en una palabra, con todo cuanto podia, por asqueroso que fuese, satisfacer el apetito. La única bebida era la inmunda y salada agua de las acequias (2). Esta abstinencia rigurosa fué causa de enfermedades que diezmaron la poblacion.

Los hombres enfermaban y morian diariamente en medio de todos los crueles tormentos del hambre, y los que quedaban, enflaquecidos y

(1) «No se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, éramos forzados seguir aquella órden.» Ibid, pág. 286.

(2) No tenian agua dulce para beber, ni para de ninguna manera comer: bebian de la agua salada y hedionda; comian lagartijas y ratones y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos, y murieron muchos.» Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39. Rel. Terc., pág. 289.

enfermizos, parece que solo estaban en espera de que se les llegase su vez.

Los españoles encontraban confirmadas mas y mas estas noticias, conforme se internaban en la ciudad y se acercaban al barrio de Tlaltilolco, ocupado por los sitiados. Encontraron la tierra removida en busca de raíces y yerbas ; los árboles despojados de sus verdes tallos, follaje y cortezas. A distancia veíanse las macilentas sombras de los indios vagando por sus antiguas mansiones : encontrábanse cadáveres hacinados en las calles, plazas y acequias ; lo cual era un signo indudable de lo angustiado de los aztecas, porque para ellos era un deber imperioso la sepultura de los difuntos. Durante los primeros dias del sitio la cumplieron religiosamente ; pero en los últimos se contentaron con ocultar á los muertos cuidadosamente de la espectacion pública, guardándolos dentro de las casas. Pero su número habia crecido tanto y los padecimientos de los vivos habia aumentado tan espantosamente, que llegaron á mirar con indiferencia aquella ceremonia y á permitir que el cadáver de sus parientes y amigos yaciese insepulto y se corrompiese en el sitio mismo donde habian exhalado su postrer suspiro (1).

Cuando los invasores entraron en el interior de las casas, se ofrecia á sus ojos un espectáculo aún mas espantoso. El pavimento estaba cubierto de cuerpos, los unos todavía en los horrores de la agonía, los otros ya corrompiéndose : hombres, mujeres y niños, todos confundidos y respirando aquella atmósfera infecta : la madre con sus hijos pereciendo de hambre en sus brazos sin poder darles ni el alimento que les destinaba la naturaleza : los hombres acribillados de heridas ú horriblemente mutilados, imploraban vanamente de los enemigos conforme los veian entrar que pusiesen término á sus padecimientos. Pero con todo, áun en aquel extremo de miseria, en vez de demandar piedad, se arrojaban sobre los invasores con la misma ferocidad que el tigre heri-

(1) « Y es verdad, y juro amen que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. » (Berna Diaz, cap. 156.) Clavijero opina que los mexicanos al dejar insepultos los cadáveres, llevaron el designio de que la pestilencia dañase á los blancos, y les estorbase de internarse. (Stor, del Mess., tomo III, pág. 231, nota.) Pero semejante sistema habria redundado en mayor perjuicio para los sitiados que para los sitiadores, cuya permanencia en la ciudad era solo transitoria. Es natural atribuirlo á la causa que lo ha sugerido donde quiera y siempre que ha habido hambre y peste.

do á quien persigue el cazador hasta su guarida en las selvas. El general español dió órden de que se guardase miramiento con estos míseros é inutilizados hombres : pero los aliados lo despreciaron, porque para ellos no habia distincion posible : un azteca era enemigo suyo cualquiera que fuese la situacion en que se encontrase ; y en medio de espantables gritos de triunfo dejaban caer los incendiados techos sobre ellos, y envolvian en una misma hoguera fúnebre, á los vivos y á los muertos !!!

Pero los padecimientos que soportaban, por crueles que fuesen, no eran parte á inclinarlos á rendirse ; y áun habia muchos, que ya fuesen por la mayor robustez de su complexion, ya por otras circunstancias que les favorecian, mostraban la misma energía de alma y cuerpo y conservaban el semblante firme y resuelto que ántes. Desechaban abiertamente todas las propuestas de Cortés, declarando que moririan mas bien ántes que rendirse, y añadiendo en tono de amargo placer que las esperanzas de los invasores quedarian burladas, porque los tesoros habian sido enterrados en donde no se les encontraria jamas (1).

Cuéntase que las mujeres participaban tambien de este espíritu desesperado, ó mejor dicho, heróico. Eran incansables en asistir á los enfermos y curar á los heridos; en la batalla ayudaban á los guerreros suministrándoles piedras y saetas, preparando las hondas, templando los arcos, desplegando en suma, toda la constancia y valor que las nobles doncellas de Zaragoza en nuestros tiempos, ó que las de Cartago en los antiguos (2).

Cortés habia ya entrado hasta una de las calles principales que conducen al mercado de Tlaltilolco, á cuyo punto se dirigian igualmente los movimientos de Alvarado. Un solo canal habia por aquella parte ; pero era muy ancho y fué esforzadamente defendido por los indios. Una noche estando los soldados españoles en sus atrincheramientos les sorprendió

(1) Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 8. Ixtilxochitl, Venida de los españoles, MS., pág. 45. Relec. Terc., pag. 289. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 29.

(2) « Muchas cosas acaecieron en este cerco, que en otras generaciones estuvieran discantadas y tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temextitan, de quien ninguna mencion se ha fecho. Y soy certificado que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir á sus maridos, y en curar á los heridos é en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para mas que mujeres. » Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.

una luz extraña que salia del teocalli mayor, que estando á la parte del Norte distaba mas de los reales castellanos. Este templo consagrado al terrible dios de la guerra solo era segundo en tamaño al de la plaza mayor, y mas de una vez habian visto los españoles conducir allí á sus compatriotas, al espantoso sacrificio. Supusieron, pues, que ahora tambien se estaria celebrando en él alguna ceremonia diabólica ; pero las llamas á cada momento subian mas alto, hasta que no quedó duda de que el templo mismo se estaba incendiando. Todos los soldados á una voz dieron un grito alborozados, porque luego creyeron que Alvarado habia tomado posesion de dicho templo.

En efecto era así ; este valiente oficial cuya calzada distaba de Tlaltilolco ménos que las otras, habia cumplido exactamente las instrucciones del general, arrasado todos los edificios que habia encontrado en el tránsito, y llenado todos los fosos con el mayor cuidado. Por fin, llegó á salir frente al gran teocalli, cerca de la plaza del mercado. Mandó á una compañía bajo las órdenes de un oficial llamado Gutierre de Badajoz, que tomase la plaza, lo que no se pudo efectuar sin desalojar á un cuerpo de guerreros mezclados con sacerdotes, que eran mas feroces que los primeros. La guarnicion precipitándose por las tortuosas escaleras de la pirámide, embistió con tal furia á los blancos, que estos se vieron obligados á retroceder en el mayor desórden y con alguna pérdida. Alvarado mandó en su socorro otro destacamento el cual tuvo que combatir en el tránsito, ántes de llegar á las gradas del templo con otro cuerpo de aztecas que lo atacó por la retaguardia. La posicion de los españoles situados entre dos fuerzas enemigas, y atacados desde el templo y por la espalda, era crítica. Con sus espadas y guarecidos por sus adargas lograron despues de esfuerzos desesperados penetrar por entre los mexicanos que subian y arrojarles hasta el atrio del templo, al mismo tiempo que Alvarado rompió sobre ellos un fuego de mosquetería tan mortífero que les obligó á abandonar el campo. Libres de todo peligro por la retaguardia, volvieron los castellanos á la carga, arrojaron á los enemigos hasta la cumbre de la pirámide, y subiendo á la ancha área en que remataba, se trabó en los aires un sangriento combate tan desesperado como debe ser aquel en que se pugna con la certeza de que la derrota es la muerte. Terminóse, como siempre, con la derrota de los aztecas que ó fueron matados en el sitio, todavía teñidos

en la sangre de sus víctimas, ó fueron arrojados cabeza abajo desde lo alto del templo.

La área estaba ocupada por varios símbolos del bárbaro culto del país, y por dos elevados nichos ante cuyos horribles ídolos estaban tendidas las cabezas de varios cautivos cristianos inmolados en sus aras. No obstante que esas cabezas estaban envueltas entre largos y enmarañados cabellos y ensangrentadas barbas, los españoles pudieron reconocer las facciones de los camaradas suyos que habian caido en manos del enemigo. Las lágrimas se les saltaron de los ojos al contemplar tan triste espectáculo y al pensar en la horrible muerte que habian padecido. Quitaron de allí con decencia y cuidado los tristes restos, y despues de la conquista los depositaron en un lugar sagrado que fué despues ocupado por la iglesia de los mártires (1).

Completaron su obra incendiando el templo para que aquel lugar no volviese á quedar manchado con tan abominables ceremonias. Las llamas cundieron lentamente por el alto teocalli formado de piedra y madera; pero por fin ardió en una sola y vivísima llama, que en forma espiral se elevó en los aires hasta una altura tal que se la veia desde los lugares mas apartados del valle. Esta llama fué la que vieron los soldados de Cortés, y la que sirvió despues á amigos y enemigos de señal para conocer la situacion y progresos de los cristianos.

El general y los suyos, estimulados por aquel ejemplo, hicieron al dia siguiente los mayores esfuerzos por no quedarse atras de sus compañeros los de Alvarado. El ancho canal de que arriba hemos hablado, era un impedimento para adelantar : del otro lado del foso se veian las macilentas figuras de los guerreros aztecas, semejantes á las lúgubres sombras que segun nos cuentan los poetas antiguos, andaban errantes á orillas de la laguna Estigia. Sin embargo, arrojaban lluvias de proyectiles, que no eran sombras, sobre los indios ocupados en llenar los fosos con las ruinas de los edificios adyacentes; pero los aliados proseguian su trabajo sin interrupcion, ocupando trabajadores nuevos en el puesto de los que caian. Cuando estuvo libre el paso, porque el foso ya estaba completamente lleno, cargó la caballería sobre el enemigo; siguióle la infantería armada de lanzas, y la falange invencible arrolló con todos los obstáculos que se le presentaron.

(1) Oviedo, op. cit., cap. 29. Bernal Diaz, cap. 115. Relac. Terc., págs. 287, 289.

Los de Cortés se encontraron entónces en el mismo terreno que Alvarado. A poco rato llegó éste acompañado de varios oficiales de su division, y abrazó cordialmente á sus compañeros, por la primera vez desde que comenzó el sitio.

Encontrábanse ya á las puertas del mercado : Cortés, acompañado de unos pocos caballeros de los de su division, se encaminó á él á galope. Como recordará el lector (1), el mercado tenia grandes dimensiones que eran acomodadas á la inmensa multitud que acudia á él de todas partes en los tiempos florecientes de la monarquía azteca. Estaba cercado de pórticos y pabellones donde los artesanos y comerciantes ostentaban sus manufacturas y mercancías.

Los descubiertos techos de las plazas estaban ocupados por multitud de hombres y mujeres que miraban en silencio á los hombres de las aceradas armaduras, profanar con su presencia aquel recinto que desde su primera expulsion no habian vuelto á pisar. La multitud, cogida á lo que parece, por sorpresa, estaba inerme y no opuso ninguna resistencia. El general despues de reconocer el terreno á su placer, se volvió al ejército.

Luego que llegó adonde este se hallaba, subió al teocalli en cuya cumbre ondeaba soberbio el pabellon de Castilla, en cumplimiento de las profecías aztecas. Al ir subiendo el conquistador por sobre los escombros humeantes, contemplaba tranquilo la devastacion que abajo se ofrecia á la vista por todas partes. Los palacios y los templos, las mansiones de las artes y la industria, los relucientes canales poblados de canoas cargadas con mercancías, la real pompa de los bosques y jardines, todo el esplendor de la ciudad imperial habia desaparecido, y en su lugar solo se veia devastacion y ruinas. ¡Cuán diferentes escenas aquellas, de las que un año ántes, con Moteuczoma á su lado, habia gozado desde lo alto del templo!

(1) V. ántes el Vol. I, pág. 419.

El « teanquisco» ó plaza del mercado, todavía era despues de la conquista muy extenso, aunque decaido de su antiguo esplendor; así nos lo dice el P. Sahagun. « Entraron en la plaza ó teanquisco de este Tlatilolco (lugar muy espacioso, mucho mas que lo es ahora,) el cual se podia llamar empório de esta Nueva-España : al cual venian á tratar gentes de toda ella y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en esta tierra y en los reinos de Quahtimalla y Xalisco, cosa cierto mucho de ver. Y lo vi por muchos años morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como ántes de la conquista. » Hist de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 37.

Las siete octavas partes de la ciudad estaban reducidas á ruinas, con excepcion de alguno que otro templo que por su colosal tamaño habria sido largo de destruir (1). Quedaba solo á los aztecas un octavo de la ciudad, formado por el barrio de Tlatilolco, en donde se habia refugiado toda la poblacion que no obstante sus pérdidas era todavía muy considerable, y estaba hacinada en un alojamiento en que apénas cabia la tercera parte de ella. Este barrio es el que quedaba entre las calzadas del Norte y del Poniente, y que hoy es conocido con el nombre de « barrio de Santiago. » Despues de la conquista fué la residencia predilecta de los indios; pero hoy apénas hay unas cuantas chozas, y forma uno de los barrios mas despoblados de la metrópoli (2). Sin embargo, todavía ofrece vestigios de lo que fué en un tiempo, y el curioso anticuario, y á veces el simple labrador, saca al remover el suelo brillantes fragmentos de obsidiana, una punta de lanza, una saeta ó alguna otra reliquia de guerra que atestigua que en aquel sitio fué donde los aztecas ya derrotados hicieron el último esfuerzo en favor de su patria (3).

Al dia siguiente hizo Cortés á la cabeza de sus batallones una segunda entrada en el « teanquisco; » pero en esta vez los mexicanos estaban mejor dispuestos á recibirle: habíanse reunido en considerable número en la espaciosa plaza: se trabó un encuentro que aunque reñido fué de corta duracion; porque su fuerza no era igual á su resolucion, y se dispersaron á causa del fuego de mosquetería de los españoles, que quedaron por fin enteramente dueños del sitio.

Su primera operacion fué incendiar los templillos que habia dentro del mercado, ó probablemente á sus orillas. Conforme cundieron las llamas, comenzaron los aterrorizados aztecas á dar los gritos lastimeros que les arrancaba ver la destruccion de las deidades en cuyo patrocinio descansaban (4).

(1) « E yo miré desde aquella torre, lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos ganado las siete. » Relac Terc., pág. 289.

(2) Toribio, Hist. de las Ind., MS., parte 3, cap. 7.

Los restos de la antigua ciudad todavía pueden verse allí; pero en las demas partes ¡etiam perière ruinoe!

(3) Bustamante, el editor mexicano de Sahagun, dice que él posee algunos de estos despojos militares. « Toda la llanura del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles y de Santiago Tlatilolco se ve sembrada de fragmentos de lanzas, con tantos de macanas y flechas de piedra obsidiana, de que usaban los mexicanos, ó sea chinapos, y yo he recogido no pocos que conservo en mi poder. » Hist. de la Nueva-España, lib. 12, nota 21.

(4) « Y como comenzó á arder levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo;

La segunda providencia de Cortés le fué sugerida por un soldado llamado Sotelo que habia servido con el Gran Capitan en las guerras de Italia, donde pretendia él haber aprendido la ciencia del ingeniero, cual entónces se conocia. Se ofreció á construir una catapulta, máquina que servia para arrojar piedras de gran tamaño, y que para la demolicion de los edificios podia hacer las veces de una bateria de grueso calibre. Como las municiones comenzaban á escasear no obstante las provisiones últimamente recibidas, Cortés accedió de muy buena voluntad á una propuesta tan oportuna. Proporcionáronse al engreido maquinista, piedras, madera y considerable número de operarios á quienes dirigia en la construccion de aquel ponderoso aparato que descansaba en una plataforma de mampostería, de treinta pasos en cuadro, y de siete ú ocho de altura, y situada en la medianía de la plaza del mercado. Dicha plataforma era hechura de los príncipes aztecas, y servia de tablado ó foro donde los saltimbanquis y juglares hacian sus juegos y suertes á la vista del populacho que gustaba mucho de esta clase de diversiones (1).

La ereccion de la máquina exigia varios dias, durante los cuales se suspendieron las hostilidades, habiendo un cuerpo de infantería destinado á cuidar de que los operarios no fuesen interrumpidos en sus tareas. Por fin, estuvo concluida la máquina, y los indios que con callado miedo habian visto desde las azoteas los progresos de la construccion de aquella, destinada á reducir á escombros su ciudad, sintieron despues con terror su operacion. Colocóse en la madera una piedra de enorme tamaño : púsose en movimiento la maquinaria, y el proyectil fué arrojado de la catapulta con tremenda fuerza. Mas en vez de tomar la direccion de los edificios aztecas, se elevó verticalmente en los aires, y bajando al punto mismo de donde habia partido, redujo á astillas la ominosa máquina. Todo se malogró completamente, y los aztecas se sintieron aliviados del miedo, miéntras los españoles armaron gran jácara, algo á costa del general, al cual mortificaba tanto el mal éxito de la tentativa, como su fácil credulidad (2).

al espectáculo de esta llama todo los hombres y mujeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el teanquisco, comenzaron á llorar voz en grito, que fué cosa de espanto el oirlos; porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 12, cap. 37.

(1) Segun Humboldt, todavía se encuentran vestigios dentro del pórtico de la capilla de Santiago. Essai politique, tom. II, pág. 41.

(2) Bernal Diaz, cap. 155. Relac. Terc., pág. 200. Sahagun, *ubi supra*.

CAPITULO VIII.

HORROROSOS PADECIMIENTOS DE LOS SITIADOS. — ESPIRITU DE CUAUHTEMOTZIN. —MORTIFEROS ATAQUES. — APREHENSION DE CUAUHTEMOTZIN. — EVACUACION DE LA CIUDAD. — TERMINACION DEL SITIO. — REFLEXIONES.

(1521.)

No habia necesidad de apelar á recursos artificiales para conseguir la destruccion de los aztecas; porque ésta todos los dias se aceleraba á virtud de causas mas eficaces que las que podian provenir de la intervencion de los hombres.

Hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ancianos y niños, todos estaban confundidos en las casas y las mas veces en los establos de aquel barrio, que no era el mejor de la ciudad : otros habitaban en canoas descubiertas ó en las calles, expuestos al calor del dia y al frio de la noche (1). Un antiguo cronista refiere que tres mujeres de calidad permanecieron tres dias con el agua hasta el cuello, y sin mas alimento que un puñado de maíz (2). Los víveres habian agotádose hacia mucho tiempo; con lo que las gentes buscaban con ansia alguna cosa por asquerosa que fuese, con que mitigar el hambre que las devoraba. Algunos acechaban los insectos y gusanos de la superficie de la laguna, ó recogian las yerbas saladas y el musgo que nacian á sus orillas, y de vez en cuando echaban una mirada de envidia hácia los verdes collados

(1) Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39.

(2) Torquemada supo la anécdota por boca de un sobrino de una de las indias mas viejas, y el cual era ya hombre muy viejo. Monarq. Ind., lib., 4, cap. 102.

de mas allá de las aguas, á los que habian dejado por venir á participar de la suerte de sus hermanos de la capital.

Los españoles hacen á los sitiados la honra de decir que á pesar de su angustiada situacion, no violaron las leyes de la naturaleza comiéndose los unos á los otros (1); pero desgraciadamente esto lo contradicen los historiadores indios; quienes afirman que las madres devoraban en su agonía á unos hijos que no tenian medios de alimentar. Este hecho ha pasado en mas de un sitio, y en el presente caso es mas probable, porque la familiaridad con las crueles ceremonias de la religion, debe haber embotado en los indios la sensibilidad (2).

Pero todo esto no era suficiente, y todos los dias morian centenares míseras víctimas del hambre. Algunos iban arrastrándose á exhalar un último suspiro dentro de una casa: otros quedaban muertos en las calles públicas. Donde morian, fuera donde fuese, allí quedaba su cadáver, sin que nadie le diese sepultura, ni lo removiese. Al último la costumbre de presenciar aquel espectáculo, hizo que se le viese con indiferencia. Cada cual esperaba en muda desesperacion que se le llegase su vez: no habia ni quejas ni lamentos: no habia mas que un tormento horrible, imponderable.

Si bien en algunas calles estaban diseminados los cadáveres, en otras estaban amontonados en tanto número que Bernal Diaz decia que solo se podia andar por entre cuerpos (3). El conquistador dice con mas energía: «un hombre no tenia donde estar sino sobre los cuerpos de los suyos» (4). Todos estaban confundidos, muertos y vivos: estos se acosta-

(1) Ibid, *ubi supra*. Bernal Diaz, cap. 156.

(2) « De los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comian, que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir. (Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39.) El historiador recogió sus noticias de bocas de los mismos sitiados, poco tiempo despues de los sucesos. Recuérdanse las terribles profecías de Moisés: « La mujer tierna y delicada que no sabía dar un paso ni asentar la planta del pié sobre la tierra por su demasiada sensibilidad y delicadeza, no querrá dar á su mismo amado esposo parte de las carnes del hijo y de la hija..... ni del niño que ha nacido en aquel mismo punto, porque se comerán todo esto á escondidas, por falta de toda otra cosa con que resistir á una hambre tan cruel durante el cerco y devastacion con que te apurará tu enemigo dentro de tus ciudades. » Deuteronomio, cap. 28, vs. 56 y 57.

(3) « No podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. » Hist. de la Conq., cap. 156.

(4) « No tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos. » Relac. Terc. pág. 289.

ban á domir y á morir tambien, al lado del cuerpo de sus amigos: todo era muerte: la ciudad se habia convertido en cementerio donde todo caminaba á su ruina y descomposicion. La putrefaccion acelerada por las lluvias y el calor, produjo miasmas pútridos que infestaron de tal modo la atmósfera, que todos los españoles, incluso el general, se enfermaron solo de pasar por los barrios, y de aquí se originó una peste que hizo mas estragos que la hambre misma (1).

Las gentes quedaron sobrecogidas de miedo á la vista de tamaños horrores. Recurrieron á todas las ceremonias que su religion supersticiosa prescribia para el caso de peste; rogaron á los sacerdotes que invocasen en su ayuda á los dioses; pero los oráculos permanecieron mudos ó dieron solamente siniestras respuestas. Los dioses les habian abandonado, y en su lugar solo veian los signos de la ira celestial que les prometia aún mayores daños. Despues del sitio declararon muchos haber visto en el cielo una faja de luz de color de sangre que iba del Norte en direccion al Tepejac, y acompañada de un gran ruido semejante al de un huracan, cuya luz giró en torno del barrio de Tlatilolco, despidiendo chispas, y despues se precipitó y desapareció en el centro del lago (2). En aquel estado de perturbacion mental, se apoderó de sus sentidos un miedo misterioso. Acaecian prodigios frecuentemente, porque áun los simples fenómenos de la naturaleza eran tenidos por prodigios (3). Agobiados por las calamidades, su razon se extravió y fueron el juguete de las mas extrañas y supersticiosas visiones.

En medio de aquellas escenas espantosas, permanecia el jóven monarca de los aztecas, segun confesion unánime de cuantos le vieron, impasible y valeroso. Su hermosa capital estaba ante sus ojos reducida á escombros; sus nobles y fieles vasallos perecian á su lado; sus dominios se perdian palmo á palmo, hasta llegar el caso de no tener mas que el

(1) Bernal Diaz, *ubi supra*. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 41. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS.

(2) « Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y centellas que partian de hácia Tepeacac (que es donde está ahora Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlatilolcanos: y dió una vuelta por en rededor de ellos, y no dicen si los empeció luego, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció. » Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 40.

(3) El filósofo historiador romano, dice: « inclinatis ad credendum loco omnium, etiam fortuita. » Tacit., Hist., lib. 2, sec. 1.

necesario para estar de pié; pero rechazó todas las propuestas de rendicion, y su espíritu permaneció tan indómito como al principio del sitio. Una vez que Cortés creyendo que padecimientos tan espantosos los inclinarian á recibir bien propuestas de paz, se las hizo mediante un noble prisionero; pero el feroz monarca mandó que el embajador fuese al punto sacrificado. Recuérdese, sin embargo, que es español el que refiere la historia (1).

Cortés que por varios dias habia suspendido las hostilidades con la esperanza de que los trabajos obligarian á los mexicanos á someterse, resolvió viendo que sus esperanzas erán vanas, dar un asalto general á la ciudad; cosa que no era difícil, atendiendo á que estaban encerrados en un reducido barrio. Dió, pues, órdenes á Alvarado de que se aprestase para el ataque, mandó á Sandoval (quien ademas del de su division tenia el mando de la flota anclada frente al barrio de Tlaltilolco) que ayudase el ataque batiendo con la artillería las casas inmediatas. Hecho esto dirigió sus tropas á la ciudad, ó mejor dicho á las horribles ruinas que la rodeaban.

Al penetrar en los recintos indios le salieron al encuentro varios magnates consumidos y macilentos que tendiendo hácia él los brazos, exclamaron: «sois los hijos del sol; pero el sol completa brevemente su carrera, ¿por qué sois vosotros tan tardíos? ¿por qué vais tan despacio en poner término á nuestras miserias? Mejor matadnos de una vez, que así iremos luego adonde está nuestro Dios Huitzilopochtli que nos espera en el cielo para recompensarnos de nuestros padecimientos (2).»

Cortés conmovido por esta lastimera alocucion les respondió, que no deseaba la muerte sino la sumision de los aztecas. «¿Por qué vuestro monarca,» les dijo, «se rehusa á tratar conmigo, si sabe que una sola hora me basta para destruirle á él y á todo su pueblo?» Instó para que suplicasen á Cuauhtemotzin que conferenciase con él, entendido de que estaria seguro y nadie le dañaria.

(1) « Y como le llevaron delante de Cuauhtemotzin su señor y él le comenzó á habla, sobre la paz, dizque luego le mandó matar y sacrificar. » Relac. Terc. en Lorenzanar pág. 293.

(2) « Que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era un dia y una noche, daba vuelta á todo el mundo, que por qué así yo brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseo de morir y irse al cielo para sus Ochilobus (Huitzilopochtli) que los estaba esperando para descansar. » Ibid, pág. 292.



Los nobles despues de resistirse un tanto, aceptaron la comision, la que oyó el monarca de una manera que si es cierto lo que cuentan, prueba que los trabajos habian domeñado algo su carácter brioso. Consintió en la entrevista, la cual debia verificarse, no ese dia sino el siguiente, en la plaza mayor de Tlaltilolco. Cortés plenamente satisfecho de este resultado salió inmediatamente de la ciudad y se volvió á la calzada.

A la mañana siguiente se encaminó al sitio señalado despues de mandar á él á Alvarado con un cuerpo de infantería, para evitar cualquiera traicion. La plataforma del centro de la plaza fué cubierta de esteras y se dispuso un banquete para obsequiar al necesitado monarca. Despues de hechos estos preparativos, se puso Cortés á aguardar que llegase la hora de la entrevista.

Pero Cuauhtemotzin en vez de venir personalmente, envió á los mismos nobles que le habian llevado la embajada, excusándose de concurrir, á pretexto de enfermedad. No obstante que Cortés se desagradó mucho, recibió á los nobles con afabilidad y cortesía, por considerarlos un buen medio de comunicacion con el emperador. Invitóles y ellos accedieron sin mucha resistencia, á sentarse á la mesa, cuyos manjares devoraron con tal avidez que probaba cuán cruda habia sido su abstinencia.

En seguida los despidió dándoles abundante provision de víveres para que los llevasen á su señor, á quien instaba para que se prestase á una entrevista por ser el único medio de entrar en avenimiento.

Los embajadores aztecas volvieron á poco rato trayendo un regalo de finas telas de algodon de poco valor; pero Cuauhtemotzin volvió á rehusar á la entrevista. Cortés aunque vivamente disgustado no quiso darlo á entender, y dijo á los embajadores: « El vendrá ciertamente cuando vea que os he permitido volveros ilesos, á vosotros que habeis sido como él mis implacables enemigos en la guerra; decidle que de mí nada tiene que temer. » Fuése de allí al mismo tiempo que ellos, prometiendo volver al dia siguiente á saber la respuesta (1).

(1) « Y yo les torné á repetir que no sabia la causa por qué él se recelaba venir ante mí, pues veia que si ellos que yo sabia que habian sido los causadores principales de la guerra y que la habian sustentado les hacia buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno ; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia y yo lo hacia por su provecho. » Relac. Terc. en Lorenzana, págs. 294, 295.

A la mañana siguiente entraron los magnates aztecas en campo cristiano y anunciaron á Cortés que al mediodía conferenciaria con el Cuauhtemotzin, en la plaza del mercado. El general asistió á la cita con toda puntualidad, pero inútilmente, pues ni el monarca ni los nobles concurrieron. Era claro que el azteca no confió en las promesas de sus enemigos: seguramente la sombra de Moteuczoma se presentó á su imaginacion. El general despues de esperar tres horas perdió la paciencia, y sabiendo que los indios se preparaban á la defensa, determinó emprender el asalto inmediatamente (1).

Los confederados habian quedado fuera de murallas, porque no habia querido traerles á la vista de la caza, ántes de poder soltar la liebre. Pero ahora dió órden de que se le reuniesen, y juntamente con ellos y con la division de Alvarado penetró en los cuarteles de los indios. Encontróles aparejados á la resistencia: los mas hábiles y veteranos guerreros formaban la vanguardia y protegian á sus débiles é inermes camaradas. A veces se veian mujeres confundidas entre las filas con los soldados, y en las azoteas revueltas con niños, manifestando en su rostro desfigurado por el hambre y en sus miradas torbas, el odio y el rencor que les animaba contra los invasores.

Conforme avanzaban los españoles, los mexicanos arrojaban un grito de guerra y enviaban nubes de saetas, al paso que las mujeres y niños dejaban caer de las azoteas, una lluvia de piedras y dardos. Pero las manos que arrojaban aquellos proyectiles eran demasiado débiles para que pudiesen causar gran daño,y cuando apretaban los escuadrones, era aún mas palpable la flaqueza de los aztecas. Sus golpes eran inciertos y débiles, aunque algunos, sea por la robustez de su constitucion, sea porque la desesperacion les hacia cobrar nuevas fuerzas, luchaban desesperadamente hasta el último suspiro.

Los arcabuceros rompieron un fuego mortífero, y los bergantines apretaban igualmente por el otro lado, por manera que los sitiados se encontraron en la situacion del ciervo perseguido de los cazadores por todas partes.

La carnicería fué horrible: el suelo estaba cubierto de muertos hasta

(1) Las pruebas de que Cortés procuró siempre reducir á los aztecas á que oyesen pláticas de paz, son inequívocas. Véase demas de su carta mencionada, á Herrera, Hist. General, lib. 2, cap. 67. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 100. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, págs. 44, 48. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 29, 30.

llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse por sobre los montones de cadáveres, para poder pelear. El suelo estaba anegado en sangre, que corria como agua y que teñia de rojo hasta los canales mismos (1). Todo era estrépito y horrible confusion. Los horrorosos aullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mujeres, los lloros de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinido y sordo ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y humo que envolvian á la ciudad en tétrica oscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazon de los conquistadores habituados á los duros trances de la guerra y á los horrores de la sangre y de la muerte. « Sobre todo, » dice el general, « los lamentos y lloros de las mujeres y de los niños partian el corazon (2). »

Mandó que se les respetase y que se le diese cuartel á todo el que lo pidiere : lo encargó así muy particularmente á los aliados, y puso entre ellos castellanos que les estorbasen entregarse á actos de cruel barbarie (3).

Pero habia puesto en movimiento una máquina imposible de retener : tan fácil era contener un huracan en su curso, como las pasiones de una horda furiosa de salvajes. « Jamas he visto gente mas desapiadada ni hombres tan crueles como estos (4). » No hacian distincion de edades ni sexos, y parece que á la hora de la venganza quisieran haber á las

(1) « Corrian arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve y con ímpetu y fuerza. » Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 103.

(2) « Era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres que no habia persona á quien no quebrantase el corazon. » (Relac., Terc., pág. 296.) Eran una raza feroz y implacable, exclama el comentador en un caritativo comentario. Gens duræ cervicis : gens absque concilio. Nota.

(3) « Como la gente de la ciudad se salia á los nuestros, habia proveido el general que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen á aquellos tristes que eran sin número. E tambien dijo á los amigos capitanes que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salian. » Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30.

(4) « La cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes. » Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, pág. 296.

manos á las generaciones de todo un siglo para acabarlas. Por fin, cansados de matanza mandó tocar retirada el general; y ciertamente que ya era tiempo de hacerlo; si acaso es cierto (y ojalá fuese una exageracion) que habian perecido cuarenta mil almas (1). Pero con todo, su suerte era preferible á la de aquellos que les sobrevivieron.

Durante toda la noche no se percibió movimiento alguno en los cuarteles aztecas; no ardia ninguna luz: no se oia ningun sonido, excepto los ayes de los heridos ó el estertor de los agonizantes. Todo era oscuridad y silencio, la oscuridad y el silencio de la tumba.

El último golpe parece que los habia agobiado completamente. Ellos habian salido con esperanza y poseidos de esa tremenda desesperacion, del que aguarda en silencio el hacha del verdugo. Sin embargo, no por esto se mostraron dispuestos á rendirse: parece que cada nuevo daño los heria mas profundamente y concentraba el odio de muerte que tenian á sus enemigos. La fortuna, los amigos, los parientes, todo lo habian perdido, ¿que les importaba perder la vida misma, si ésta de nada les servia?

Muy diferente era la escena en el campo de los castellanos, que engreidos con los últimos triunfos se preparaban con albaraca y alborozo á la llegada del siguiente dia. Pusieron hogueras á lo largo de las calzadas: iluminaron las tiendas de campaña, y los sones de músicas y cantos se dilataban por las aguas pregonando el regocijo que experimentaban los castellanos al ver próximo el término de su fatigosa campaña.

A la mañana siguiente resolvió el general reunir otra vez sus tropas y comenzar el asalto nuevamente, para que los enemigos no tuviesen tiempo de rehacerse y la guerra terminase de un golpe. Habia arreglado con Alvarado la noche anterior, que este oficial ocuparia la plaza del mercado de Tlaltilolco y que una descarga de arcabucería serviria de señal para emprender el asalto general. Sandoval debia emposesionarse de la calzada del Norte y con la flota velar sobre el monarca indio, no fuera á ser que se escapase por allí, como Cortés creyó que meditaba hacerlo. Permitir que se efectuase este plan, era dejar inmediato un formidable enemigo y exponerse á ver revivida la llama de la insurrec-

(1) Ibid, *ubi supra*. Ixtlilxochitl, dice que 50,000 fueron muertos y hechos prisioneros en esta espantosa carnicería. Venida de los españoles, pág. 48.

cion en toda la tierra. Sin embargo, dió órdenes á Sandoval de no tocar á la persona del monarca y de no hostilizar al enemigo, sino en rigorosa defensa (1).

El memorable 13 de Agosto, dia de San Hipólito que por esta razon fué escogido para Santo patrono de la moderna México, fué cuando Cortés condujo por última vez sus huestes vencedoras al traves de las negras y devastadas llanuras que rodeaban á la ciudad india. Al entrar en el recinto de ella, hizo alto deseando ofrecer á sus moradores otra nueva esperanza de salvacion, ántes de descargar sobre ellos el fatal golpe. Logró conferenciar con algunos magnates á los cuales interrogó acerca de la disposicion en que se encontraba el príncipe. « Seguramente no querrá que perezcais todos vosotros cuando le es tan fácil salvaros. » Despues de decirles esto les instó para que persuadiesen á Cuauhtemotzin á que tuviese una conferencia con él, renovándole todas las ofertas que ántes habia hecho, de que se respetaria su seguridad personal.

Partieron los embajadores y á poco rato volvieron precedidos del *cihuacoatl*, magistrado de suma autoridad entre los mexicanos. Dijo con semblante melancólico y en el cual se traslucia su desagrado, que Cuauhtemotzin estaba resuelto á perecer donde estaba, mas bien que entrar en pláticas con el general español; añadiendo en tono de resignacion : podeis hacer lo que querais. » — A esto replicó el inflexible general : « preparad á la muerte á vuestros compatriotas y decidles que su hora postrera ha llegado (2). »

Sin embargo, demoró todavía el asalto por algunas horas; pero la impaciencia de sus tropas subió de punto al oir que Cuauhtemotzin y los suyos estaban preparándose para huir en piraguas aparejadas al efecto en las orillas de llago. Convencido Cortés de lo infructuoso é impolítico de toda nueva dilacion, dió sus órdenes para el asalto y él se situó en una azotea que dominaba completamente al teatro de las operaciones.

(1) « Adonde estaban retraidos el referido Cuauhtemotzin con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en México habia, y mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra y que aunque se la diesen, que solamente se defendiese. » Bernal Diaz, cap. 156.

(2) « Y al fin me dijo que en ninguna manera el señor venia ante mí; y ántes queria por allá morir é que él pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese, y como ví en esto su determinacion, yo le dije: que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los queria combatir y acabar de matar, y así se fué. » Relac. Terc., pág. 298.

Cuando los blancos llegaron á la presencia del enemigo, le encontraron envuelto en el mayor desórden : confundidos los de todas edades y sexos y formando masas tan densas que casi se empujaban los unos á los otros en las orillas de la calzada, para arrojarse al agua. Algunos se habian subido á las azoteas : otros se guarecian débilmente tras las paredes de las casas. Sus sucios y desgarrados vestidos aumentaban lo grotesco de sus figuras y daban realce á la ferocidad de su semblante : parece que al contemplar al enemigo se mezclaba en sus miradas el odio con la mas acerba desesperacion. Luego que los blancos estuviéron á tiro, les arrojaron los indios una nube de impotentes proyectiles que probaba que si habian perdido la fuerza, áun conservaban la resolucion de sus mejores dias. Dióse la fatal señal de combate, que era una descarga de arcabucería : siguióle el estallido de los cañones y el fragor de las demas armas de fuego, y los penetrantes aullidos que lanzaban los confederados al abalanzarse sobre sus víctimas. No hay para qué manchar nuestras páginas con la nueva descripcion de los horrores del dia anterior. Algunos de los aztecas se echaron al agua y fueron cogidos por las canoas : otros se fueron á fondo y se ahogaròn en las acequias; llegando á tanto el número de estos que sus cuerpos muertos llegaron á formar un puente por sobre el cual pasaron los castellanos á la orilla opuesta. Otros, finalmente, imploraban piedad, la cual segun nos refieren los historiadores, les era otorgada constantemente por los españoles y constantemente rehusada por los aliados (1).

Miéntras se consumaba esta matanza se observó que gran número de indios se embarcaban en las piraguas y se internaban á toda priesa en la laguna; pero los detenian los bergantines que rompian por entre las nubes de canoas, las cuales arremetieron sobre aquellos por derecha é izquierda, luego que las tripulaciones intentaron asaltarles atrevidamente. El combate se trabó en el agua con tanto furor como en tierra : multitud de piraguas fueron echadas á pique; pero otras aunque muy pocas lograron escaparse favorecidas por la oscuridad del humo que era muy densa, y llegar hasta la orilla opuesta.

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, pág. 48. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 7. Relac. Terc., pág. 297. Gomara, Crónica, cap. 142.

Sandoval habia reencargado mucho que se tuviese gran cuidado con cualquiera canoa en que hubiese sospecha de que iba Cuauhtemotzin. En lo mas reñido de la refriega se descubrieron tres ó cuatro piraguas de las mas grandes, que se deslizaban rápidamente por la laguna. Un capitan llamado García Holguin que mandaba uno de los bergantines mas veleros, se puso al momento á darle caza. Favorecíale el viento y á cada instante se acercaba mas á los fugitivos que movian sus remos con vigor tal que solo la desesperacion podia dárselos. Pero fueron en vano todos estos esfuerzos, porque despues de una breve persecucion, se emparejó Holguin con las canoas en las que conjeturó que iba el emperador, fuese que así lo conoció por la apariencia de la canoa, fuese que lo sabía por alguna denuncia. Luego que estuvo cerca mandó á sus soldados que apuntasen con las ballestas al bote; pero ántes de que las disparasen se oyó un grito de que allí iba el emperador. Al instante se apareció en ademan de luchar con los blancos, un jóven guerrero armado de su escudo y de una macana. Pero como vió que el capitan español dió órden á los suyos de no disparar, bajó él sus armas y exclamó : « yo soy Cuauhtematzin, llevadme á Malitzin : soy prisionero ; pero no toqueis ni á mi mujer ni á nadie de los que me acompañan (1).

Holguin le aseguró que sus deseos serian obsequiados, y le ayudó á pasar á bordo del bergantin, seguido de su mujer y acompañantes. Eran éstos en número de veinte, entre ellos, Coanaco el depuesto señor de Tetzcoco, el de Tlacopan y algunos otros personajes que seguramente por su dignidad no habian padecido todas las calamidades del cerco. Luego que los cautivos estuvieron sentados á cubierta del bergantin, suplicó Holguin al comandante azteca que pusiese término al combate mandando á las gentes de las otras canoas que se rindiesen ; pero con aire de despecho replicó él : « no es necesario ; ellos dejarán de combatir luego que sepan que su príncipe está prisionero. Así era la verdad : la noticia de la aprehension de Cuauhtemotzin, cundió rápidamente á los

(1) Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, pág. 49.
« No me tiren que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malintzin. » (Bernal Diaz, cap. 156.) M. Humboldt ha emprendido un gran trabajo por identificar el lugar de la prision de Cuauhtemotzin, el cual lugar está hoy reducido á tierra firme, y considera que se encuentra situado entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago en el puente de Amaxac. » Ensayo politico, tomo II, pág. 176.

que en agua y en tierra disputaban todavía con los blancos. El combate terminó al punto : ya no opusieron mas resistencia, y las canoas en que estaban se pusieron á seguir al bergantin en que iba preso el príncipe. Parece que el combate no tenia mas objeto que llamar la atencion del enemigo y proteger la fuga del monarca (1).

Sandoval, luego que supo la prision de Cuauhtemotzin, se acercó á la nao en que venia y mandó al capitan que se lo entregase ; pero éste reclamó su presa : se trabó una disputa entre ambos, porque uno y otro querian alcanzar la gloria de aquel hecho y quizá tambien la de recordarlo en su escudo de armas : Cortés, que supo la disputa desde la azotea donde habia permanecido y sabido la prision de Cuauhtemotzin, dió órdenes al punto de que le trajesen al real prisionero y mandó decir á los dos contendientes que él ajustaria su disputa (2). Al mismo tiempo les encargaba que tratasen al prisionero con respeto. Hizo despues los preparativos para recibirle, mandó tapizar la azotea con esteras y alfombras carmesies, y se preparó una mesa con manjares, de los que tenia gran necesidad el azteca (3).

Su india querida Dª. Marina concurrió en clase de intérprete : ella que le habia acompañado en todos los azares y desgracias de la guerra, debia acompañarle ciertamente en su triunfante terminacion.

Cuando desembarcó Cuauhtemotzin lo escoltó una compañía de infantería hasta la habitacion del general. Subió á la azotea con paso firme y grave, y se le distinguia fácilmente de todo su acompañamiento, no obstante que sus rasgados ojos ya no centelleaban con su acostumbrado fuego, y que todo su semblante tenia un aire de abatimiento y resignacion que se avenia poco con el espíritu feroz é indómito que le animaba interiormente. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados

(1) En cuanto á la noticia que he dado de la prision de Cuauhtemotzin, véanse, aunque tienen algunas discrepancias, á los autores siguientes: Cortés, Relac. Terc., pág. 99. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 101.

(2) Segun Bernal Diaz, el general respondió severamente á sus dos oficiales por una contienda tan inoportuna, y les recordó los peligrosos efectos de otra reyerta semejante, entre Mario y Sila, con respecto á Yugurta. (Hist. de la Conq., cap. 156.) Este rasgo de pedantería, parece ser mas bien del antiguo cronista, que no del general. El resultado final fué que el emperador no concedió á ninguno de los dos contendientes, sino á Cortés, que recordase aquel memorable suceso en su escudo de armas, poniendo en la orla de dicho escudo una cabeza de Cuauhtemotzin y de otros siete prisioneros.

(3) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 40.

y su complexion toda, mas hermosa que la de la generalidad de sus bronceados compatriotas; finalmente, sus modales eran sumamente suaves é insinuantes (1).

Cortés se adelantó con estudiada urbanidad á recibirle: probablemente el azteca le conocia, porque fué el primero en romper el silencio, diciendo: « He hecho cuanto podia por defenderme á mí mismo y por defender á mi pueblo; pero me veo traido á la condicion en que estoy; vos, Malintzin, podeis hacer de mí lo que querais. » En seguida, llevando la mano al mango de un puñal suspendido del cinturon del general, añadió con vehemencia: « Mas bien matadme con este y quitadme de una vez la vida (2). » Cortés, lleno de admiracion al ver el altivo porte del jóven monarca que mostraba en la desgracia un esfuerzo digno de un héroe romano, le replicó: « no temais: sereis tratado con honor: habeis defendido vuestra capital como un valiente, y los españoles respetan el valor donde quiera que lo encuentran (3). »

En seguida le preguntó dónde habia dejado á la princesa su mujer, y habiendo dicho que se habia quedado á bordo del bergantin bajo la custodia de los castellanos, mandó que la trajesen su presencia.

Era esta la hija mas jóven de Moteuczoma, y apenas habia llegado á la época de la nubilidad. Cuando subió al trono su primo Cuauhtemotzin, le habia sido ofrecida por legítima mujer (4). Era famosa por su

(1) Para retratar á Cuauhtemotzin, me valdré otra vez del fiel pincel de Bernal Diaz, quien lo conoció perfectamente, á lo ménos conoció su persona. « Cuauhtemotzin era de muy gentil disposicion así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecia que cuando miraban que era con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos; y era de edad de veintitres á veinticuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos. » Hist. de la Conq., cap. 156.

(2) « Llegóse á mí y díjome en su lengua: que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse á sí y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y matase. » (Relac. Terc., pág. 300.) La narracion respetable del conquistador, es confirmada por Diaz, el cual parece que no habia visto la carta del primero. Hist. de la Conq., cap. 156.

(3) Ibid, *ubi supra*. Oviedo, op. cit., cap. 48. Martir, (De Orbe Novo, dec. 5, cap. 8,) el cual con el epiteto de magnánimo regi, explica la admiracion que el varon tan esforzado, Cuauhtemotzin, excitó en la córte de Castilla.

(4) D. Juan Cano en su conversacion con Oviedo, describe las ceremonias que distinguian el matrimonio con la mujer legítima del con la concubina. Segun esto, parece que con la única descendencia legítima que dejó Moteuczoma, se reducia á un hijo y una hija, esta misma princesa. V. Apéndice, part. 2, núm. 11.

hermosura, y la bella princesa Tecuichpo es todavía recordada por los españoles, porque de ella descendieron despues de la muerte de su primer marido, algunas de las mas ilustres familias de España (1). Recibióla atentamente Cortés; quien la hizo todas las distinciones y honores debidos á su alta calidad. Seguramente su cuna era otro motivo de interes para el conquistador; quien dificilmente podria ver sin arrepentimiento á la hija del infortunado Moteuczoma. Invitó á sus reales prisioneros á que se sentasen á la mesa á tomar un refrigerio de que tanto necesitaban. En el entre tanto tomó sus disposiciones para aquella noche: mandó á Sandoval que escoltase á los prisioneros á Coyoacan, adonde le seguiria él inmediatamente: á los otros capitanes, Olid y Alvarado, les mandó que replegaran sus tropas á sus cuarteles respectivos, pues era imposible permanecer en la capital, infestada por las emanaciones pútridas de la multitud de cadáveres insepultos.

Quedóse solamente una pequeña guardia encargada de mantener el órden en los arrasados suburbios. La hora en que Cuauhtemotzin se rindió fué la de las tres de la tarde (2), y el sitio se debia tener por terminado desde aquel momento. Llegó la noche y comenzó á caer la lluvia ántes de que las tropas hubiesen evacuado la ciudad (3). En la noche

(1) El que quisiere ver mas largas noticias sobre la hija de Moteuczoma, puede consultar el lib. VII, cap. 3 de esta historia.

(2) Este acontecimiento es, ó mejor dicho, era celebrado todos los años en tiempo de la dominacion española, con una solemne procesion por las calles de la ciudad. Verificábase el 13 de Agosto, aniversario del dia de la rendicion, y la formaban los principales nobles y ciudadanos, montados á caballo, con el virey á su cabeza, y llevaban el venerable pendon del conquistador.

(3) Toribio, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 7. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 42. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 156.

« E así preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, á la cual plugó á Dios nuestro señor dar conclusion, Mártes, dia de Santo Hipólito, trece de Agosto de mil quinientos veintiun años; de manera que desde el dia que se puso cerco á la ciudad que fué á treinta de Mayo de dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco dias....... » (Relac. Terc., pág. 300.) No es fácil saber qué es lo que ocurrió el 30 de Mayo, para decidir, por qué ese dia comenzó el sitio. Clavijero opina que ese dia fué la ocupacion de Coyoacan por Olid. (Stor. del Messico, tom. III, pág. 196.) Pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Diaz, ni Herrera, ni Cortés, fijan esta fecha; por el contrario Clavijero dice que Alvarado y Olid salieron de Tetzcoco el 20 de Mayo y Cortés dice que el 10. Acaso el conquistador comienza á contar el sitio del dia en que Sandoval ocupó la calzada del Norte y en que se completó el cerco: ¡Bernal Diaz dice repetidas veces que el sitio duró tres meses y es que seguramente é lo cuenta desde que la division de Alvarado á que él pertenecia se situó en Tacuba.

se desató una tremenda tempestad cual nunca habian visto otra los españoles, de esas que solo se conocen en los trópicos. El trueno retumbante de las murallas de pórfido que circuyen el valle, se propagaba por los desiertos lagos, y sacudia hasta en sus cimientos los teocallis y las pocas chozas que habian quedado en pié en la devastada Tenochtitlan. El relámpago parecia hendir y desunir las bóvedas del cielo, y su cárdeno fulgor alumbraba por un momento el hórrido cuadro para volver este luego á quedar envuelto en la mas tenebrosa oscuridad. La guerra de los elementos formaba concierto con las catástrofes de la ciudad. Parecia que las deidades de Anáhuac arrojadas de su antigua mansion, huian á léjos bramando y aullando espantablemente, al abandonar á su destino la sojuzgada ciudad (1).

Al dia siguiente al de la rendicion pidió Cuauhtemotzin al conquistador que permitiese á la poblacion de la ciudad salir de ella y pasar sin que la molestasen á tierra firme: á lo cual accedió Cortés de buena voluntad, porque sin esto no se podia dar paso á desinfestar la ciudad. Dió órden de que se permitiese la salida de la poblacion y prohibió á todos, españoles y aliados, que dañasen en lo mas mínimo á los aztecas ni les obstruyesen la salida. El número total de estos se hace subir de 30 á 70 mil, sin contar á las mujeres y niños que habian sobrevivido al acero, al hambre y á la peste (2). Lo cierto es que tardaron tres dias en desfilar por las várias calzadas, formando un triste espectáculo (3). Maridos y mujeres, padres é hijos, enfermos y heridos, todos se auxiliaban los unos á los otros para poder caminar lentamente; todos iban macilentos y flacos, medio desnudos y cubiertos de heridas, las *unas* recientes, las otras ya viejas y con el descuido ya corrompidas y pesti-

(1) A lo que parece esto no interrumpió el sueño de los soldados, ensordecidos con el peremne ruido del sitio, que habia cesado enteramente. Diaz dice en su lenguaje familiar que se sintieron los españoles como si hubiesen salido súbitamente de un campanario donde por algunos meses les habia aturdido un no interrumpido repique. » Ibid, *ubi supra.*

(2) Herrera, (Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 7), y Torquemada, (Monarq. Ind., lib. 4, cap. 101,) los regulan en 70,000; Ixtlilxochitl dice que 60,000 combatientes rindieron las armas. (Venida de los españoles, pág. 49.) Oviedo hace subir el número hasta 70,000. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 46.)

Si se tienen presentes las pérdidas que sufrieron durante el sitio, se verá que el número es enorme.

(3) « Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote; que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos que era lástima de ver. » Bernal Diaz, cap. 156.

lentes. Su extenuacion y rostro pálido y consùmido publicaba la historia del sitio.

Observábase que al pasar los dispersos restos al otro lado de la laguna, volvian el rostro de vez en cuando hácia el lugar ocupado en otro tiempo por la ciudad imperial, como para volver á ver otra vez un sitio que fué en otro tiempo su placentera mansion, y que traia á su memoria recuerdos tan queridos.

Luego que evacuaron la ciudad sus habitantes, se tomaron medidas para desinfestarla á cuyo efecto se sepultó á los cadáveres amontonados en las calles públicas, y se encendieron luminarias que ardian de dia y de noche, principalmente en el barrio de Tlaltilolco. Es imposible formarse idea esacta del número total de los que perecieron en el sitio: los cálculos varian desde 120 mil que es el mas moderado, hasta 140 mil (1). El número de españoles muertos es respectivamente pequeño, aunque el de los aliados es bastante considerable, si es cierto como lo afirma Ixtlilxochitl, que solo compatriotas suyos perecieron 30 mil (2). Pero lo que no se puede dudar es que fué inmenso el número de los que murieron dentro de la ciudad, si se considera que fuera de la cuantiosa poblacion propia suya, encerraba las de las ciudades convecinas, que temerosas de no poder resistir por sí solas al enemigo, habian refugiádose dentro de la capital.

El botin que encontraron en ella, esto es, el oro y joyas, única cosa

(1) Cortés regula las pérdidas que sufrió el enemigo en los diferentes asaltos, en 67,000, que juntos con los 50,000 que calculaba perecerian de hambre y peste, hacen 117,000. (Relac. Terc., pág. 298, et alibi.) Pero esto es sin contar con los que perecieron ántes de que se pusiese por obra el plan de arrasar la ciudad. Ixtlilxochitl, que rara vez permite que nadie le gane en esto de guarismos, hace subir el número de los muertos á 240,000, en los que estaba la nobleza azteca. (Venida de los españoles, pág. 5.) Bernal Diaz asienta con mas generalidad lo siguiente: « He leido la historia del sitio de Jerusalen, pero dudo que en él haya habido la mortandad que en este, porque estaba reunido en la ciudad inmenso número de guerreros indios, de las ciudades y provincias inmediatas; la mayor parte de los cuales perecieron. » (Hist. de la Conq., cap. 156.) « He conversado, » dice Oviedo, « con muchos hidalgos y otras personas de las que allí se hallaron presentes, y les he oido decir que el número de los muertos fué incalculable, y mayor que el de los que perecieron en el sitio de Jerusalen descrito por Josefo. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.) Mas como el cómputo del historiador judio sube á 1,100,000, (Antigüedades de los judios, traduccion inglesa, lib. VII, cap. XVII,) la comparacion debe parecer estupenda áun al mas crédulo. Pero se puede dispensar una aritmética inexacta, cuando los datos son tandelesnables que no ofrecen cimiento sólido á la verdad.

(2) Ibid., *ubi supra.*

que reputaban por botin los españoles, no correspondió á sus esperanzas. Segun asienta el general no excedia de ciento treinta mil castellanos de oro, inclusa la parte del soberano, cuya parte metiendo en cuenta muchos artículos de costo y primor que voluntariamente le cedió al ejército, excedia con mucho al quinto que legítimamente le pertenecia (1). Sin embargo, los aztecas debian ser dueños de tesoros mucho mas cuantiosos, con solo que conservasen los restos de lo quitado á los españoles la noche triste. Parte de los despojos habia sido enviada fuera de la capital; parte, gastada en los preparativos de defensa; y finalmente, parte, y la mas considerable habria sido enterrada bajo la tierra ó echada á las aguas. Las amenazas que hicieron no fueron fingidas, y por lo ménos tuvieron el placer de dejar burlada la codicia de los invasores.

Cortés juzgó que ya no necesitaba de los aliados: reunió á los jefes de los diferentes escuadrones, les dió las gracias por sus servicios, encomió mucho su valor en términos lisonjeros, y despues de distribuir entre ellos algunos regalos, les aseguró que su señor el emperador daria despues mas amplia recompensa á sus servicios, y les mandó á sus casas. Llevaban gran cantidad de despojos, aunque no de los codiciados de los españoles, y volvieron en triunfo; (¡ triunfo efímero !) llenos de placer por el buen exito de su expedicion y por la caida de la monarquía azteca.

Grande fué tambien la satisfaccion de los españoles al ver terminada tan larga y fatigosa campaña, si bien es cierto que les desagradaba ver el poco valor de los despojos; pero el soldado se ocupa demasiado en el dia de hoy para pensar en el de mañana, de suerte que aunque se quejaban ahora mas que nunca de la poca recompensa, pensaban únicamente en su triunfo y se entregaban al festejo. Cortés celebró la victoria con un banquete tan suntuoso como las circunstancias lo permitian, al cual convidó á todos los hidalgos y oficiales. El festin fué tan completo y largo que llegó á excitar las reprensiones del padre Olmedo, quien le manifestó que no era aquel el modo mas conveniente de dar gracias al Altísimo por sus mercedes. Cortés, aunque conoció la justicia de la reconvencion, creyó que á la hora de la victoria debia ser indulgente con

(1) Relac. Terc., pág. 201. Oviedo entra en ciertos pormenores acerca del valor del tesoro y especialmente del real quinto, á lo que despues tendré ocasion de referirme. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 31.

la licencia de los soldados. El dia siguiente fué el designado para celebrar el triunfo de una manera mas conveniente.

Formóse una procesion de todo el ejército presidida por el padre Olmedo. Las sucias y desgarradas banderas de Castilla que habian ondeado en tantos campos de batalla, ahora daban su sombra á las pacíficas filas de los castellanos que se movian á paso lento rezando la letanía y ostentaban la imágen de la Santísima Vírgen, símbolo de la redencion humana. El sacerdote pronunció un discurso en que recordaba brevemente los justos motivos que tenian los españoles para dar gracias á la Providencia Divina por haberlos sacado victoriosos de tan larga y peligrosa expedicion; en seguida insistió en la grave responsabilidad que les hacia reportar su situacion presente y les suplicó que no abusasen de la victoria ni tratasen á los indios con crueldad. Administró en seguida la comunion al general en jefe, y concluida la misa rindió solemne accion de gracias al Señor de los Ejércitos, por haber permitido que la bandera de la Cruz, ondease vencedora en aquel bárbaro imperio (1).

De esta suerte, despues de un cerco de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, y al que pocos aventajan por lo que hace á lo terrible de sus padecimientos, sucumbió la celebrada capital del imperio azteca. Sin igual por la constancia y el valor, sea dicho con verdad, porque aunque durante todo el sitio tuvieron abierta la puerta para celebrar la mas honrosa capitulacion, siempre la desecharon altivamente, y hasta el último hombre prefirió la muerte mas bien que rendirse. Mas de tres centurias habian pasado desde que los aztecas, tribu errante y miserable habia venido del lejano septentrion y habia asentado en la mesa central. Allí edificaron sus humildes chozas, segun nos refiere la tradicion, en el sitio designado por el oráculo. A fuerza de conquistas arrojáron á sus vecinos, cubrieron todo el valle, hasta que salvando las montañas que lo ciñen, se esparcieron por toda la extension de la mesa, bajaron su encumbrada falda y llegaron hasta los remotos confines de la América Central. Su capital, oscura y miserable al principio, prosperaba al paso de la victoria y ensanchándose y embelleciéndose cada dia mas y mas llegó á ser una ciudad flo-

(1) Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 156. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 42. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, págs. 151, 152.

reciente, llena de edificios notables, de monumentos de las bellas artes, y ocupada por populosos habitantes que la elevaron al lugar preeminente entre las demas del Nuevo-Mundo. ¡ En tal situacion llega del lejano Oriente una raza nueva, tan extraña como los mismos aztecas y predicha por sus oráculos ; aparece en el centro del imperio : lo ataca cuando estaba en el apogeo de su prosperidad y de su gloria ; y lo hace desaparecer para siempre del número de las naciones ! Tales maravillas parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la historia ; parece que son una novela ; un cuento de hechiceros y encantadores !

Mas no lamentamos la caida de un imperio que tan poco hacia en pró de sus súbditos y de toda la humanidad. No obstante el lustre de los últimos tiempos de su historia, y la fama que les han ganado la gloriosa defensa de su capital, la culta munificencia de Moteuczoma y el indómito heroismo de Cuauhtemotzin, los aztecas eran una raza feroz y brutal, poco á propósito para excitar nuestras simpatías y respeto. Su civilizacion, la que les hemos conocido, acaso no era suya propia, sino débil reflejo de la de otra raza que les habia precedido. Esa civilizacion era con respecto á los aztecas, un buen ingerto en mal tronco, y nunca habria dado frutos perfectos. Gobernaban sus extensos dominios con la espada y no con el cetro : nada hicieron por promover la condicion abyecta de sus vasallos : estos se encontraban reducidos á la clase de siervos sin mas oficio que proporcionar á sus amos contentamiento y placeres ; sojuzgados por el temor de las armas ; agobiados bajo el peso de las gabelas en la paz, y de las conscripciones en la guerra : ellos, que en lo extenso de sus conquistas se asemejaban á los romanos, no extendian como estos á sus súbditos los derechos de la ciudadanía ; no amalgamaban á todos los pueblos sojuzgados en una sola nacion con derechos é intereses comunes, sino que por el contrario, tenian por bárbaros y extraños, áun á aquellos mismos que estaban dentro del valle y á las puertas de la metrópoli : ésta, el corazon de la vasta monarquía no tenia simpatía ninguna con el resto del cuerpo político, y era extranjera dentro de sus propios dominios.

Los aztecas no solamente no fomentaban el adelantamiento de sus vasallos, sino que hasta cierto punto los degradaban. ¿ Cómo podia una nacion progresar en el camino de la civilizacion, si se entregaba á sacrificios humanos y ademas de esto era antropófaga ? Cómo se habia de

ver por los intereses de la humanidad en un pueblo donde el hombre era nivelado con el bruto? La influencia de los aztecas propagó su horrible supersticion á países en que era desconocida, ó en que por lo ménos no prevalecia en todo su vigor. El ejemplo de la capital era contagioso: conforme fué creciendo en opulencia, las bárbaras ceremonias de la religion fueron creciendo tambien en pompa y terrible grandeza; á la manera que los juegos gladiatorios en Roma, fueron siendo cada vez mas espléndidos conforme crecia en esplendor la capital. Los hombres se habituaban con escenas sangrientas y con las mas horrendas ceremonias. El corazon se encallecia, las costumbres se volvian feroces y la débil luz de la civilizacion heredada de un raza mansa y pacífica, se debilitaba mas y mas, miéntras mas millones de víctimas eran encadenadas en las jaulas, inmoladas en los altares y devoradas en los banquetes. ¡ Toda la tierra se habia convertido en una hecatombe! Ya se vé, por lo tanto, que el imperio de los aztecas no cayó ántes de tiempo.

Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuviesen como justo título para invadir la tierra; fuese que, discurriendo con los protestantes, encontremos ese título en los ultrajados derechos de la civilizacion; fuese que con los católicos romanos, lo encontremos en la voluntad del Papa, es inútil discutir bajo qué aspecto se defendia la legitimidad de la conquista por las naciones europeas ya en Oriente, ya en Occidente, pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

Es todavía mas interesante investigar si, dando por sentada la legitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo á los principios de humanidad, y entónces veremos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos y con la relajacion de sus costumbres, cualquiera español que ame á su patria querria de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden justificar ni con el derecho de defensa ni con la necesidad, y que por lo mismo serán una mancha indeleble. Sin embargo, considerada en su conjunto, desde la invasion hasta la toma de la capital, se verá que la conquista de México fué llevada espectivamente con poca inhumanidad, tal vez con ménos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el Nuevo-Mundo.

Poca alabanza me parece, decir que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir á sus míseras víctimas como sucedió en otras partes del continente, ni exterminaron á una pacífica y sumisa poblacion, por mera crueldad absolutamente inútil, como sucedió en las Islas. Es verdad tambien que no estaban contagiados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre sino cuando era estrictamente indispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aun en el último sitio de la capital por muy terrible que haya sido, no se puede acusar á los vencedores de desusada crueldad ; no han gastado mas que la que su propia nacion ha recibido de otras bastantes cultas, no solo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmanes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse esta confinada en su legítimo campo, se extiende á la parte pacífica de la sociedad, á los campesinos no acostumbrados á las armas, y á las mujeres y niños áun todavía mas indefensos.

En el presente caso gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputárseles á ellos mismos, á su patriótica y desesperada resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudad ni extermirar á sus habitantes ; y léjos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de estos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de cónciliacion, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban á los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulacion les estuvieron abiertas á los aztecas, siempre, hasta el último momento del sitio.

El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan á ese derecho, y ciertamente que si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrian tenido que abandonar la toma de la capital y la sujecion de todo el país. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca, habria sido prolongar los males de la guerra llevándola á otro nuevo teatro, tal vez inaccesible ; de suerte que ellos realmente no tenian otra cosa que hacer si querian que la empresa no se malograse. Si bien se aterra la imaginacion al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar por una parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo ex-

cesivo de la crueldad de los conquistadores no puede medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y áun es de justicia decir: que el brillo y la importancia de las hazañas heróicas de los conquistadores de México ha adquirido cierta triste celebridad que ha realzado sus yerros y crímenes, áun mas de lo que era debido.

Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido, que aunque no excusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al traves de los males que la guerra trae consigo inseparablemente (1). Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos cuyos triunfos quiere circundar con una aureola de falsa gloria; pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos armando al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

Pero de cualquiera modo que se considere á la conquista bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado á las playas de un imperio poderoso habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando á las prohibiciones reiteradas del soberano, hayan penetrado hasta el corazon del país, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guia ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrian que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban á dar inmediatamente los pondria en tierra enemiga ó en un desierto, caminando en completa oscuridad por decirlo así; que aunque casi

(1) Nadie ha detractado tanto á los conquistadores, como sus descendientes los actuales mexicanos. Bustamante, el editor de Ixtlilxochitl, concluye una animada invectiva contra los invasores, proponiendo que en el sitio donde fué cogido Cuauhtemotzin, que ahora es tierra firme, se erija un monumento que como lo dice la inscripcion misma entregue la odiosa memoria de estos bandidos á la execracion universal. (Venida de los españoles, pág. 52, nota.) Cualquiera supondria que en las venas del indignado editor y en las de sus compatriotas, corre sangre azteca pura y no contaminada con sangre castellana; ó por lo ménos, que sus simpatías por la raza castellana, les habran hecho apresurarse á reintegrar en sus antiguos derechos á los aborígenas. Pues sépase que no obstante estos raptos de generosa indignacion en que abundan los escritos de los autores mexicanos de nuestros dias, ni la revolucion de indepencia, ni ninguno de sus numerosos *pronunciamientos* ha resultado en beneficio de los indios ni ha servido de que se les devuelva un solo palmo de su antiguo territorio.

derrotados en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarse sin vacilar en medio de los enemigos; que léjos de amedrentarse al ver el poderío y civilizacion de la nacion, se hayan confirmado en su primera resolucion; que hayan aprisionado al monarca y ejecutado á su presencia y á la del pueblo á sus ministros; que arrojados de las puertas de la ciudad, hayan reunido sus diseminados restos, y merced á un plan bien combinado de operaciones hijo de la política y de la intrepidez, hayan logrado sojuzgar á la capital y asentar su poder sobre todo el país; que todo esto se haya hecho por un puñado de desvalidos aventureros, es casi un milagro, que sería inverosímil si se contase en un romance, y que no tiene igual en la historia.

Sin embargo, esto no debe entenderse muy literalmente, porque sería una injusticia hecha á los aztecas, al ménos por lo tocante á su fama militar, atribuir exclusivamente á los españoles el mérito de la conquista: para que esto fuera así sería necesario suponerlos armados del encantado escudo de Ruggiero y de la mágica lanza de Astolfo que derribaba de un solo bote á centenares. El Imperio Indio se puede decir que fué conquistado por indios. El primer encuentro terrible y sangriento entre españoles y tlaxcaltecas, que estuvo en el punto de causar la ruina de los primeros, no fué realmente sino el principio de sus victorias. Entónces se ganaron el poderoso apoyo de un aliado al que se refugiaron en la hora de la desgracia, y que sirvió de centro ó núcleo para reunir en rededor á todas las demas razas indígenas, y con las fuerzas confederadas preparar el golpe decisivo. El imperio azteca ha sido minado y derribado por mano de sus vasallos, dirigidos es cierto por la sagacidad y la política europea. Si ese imperio hubiese sido compacto, habria provocado y burlado el furor de los invasores, pero tal como estaba, se puede considerar que la capital estaba disgregada del resto del imperio; así es que el golpe que recibió y que si la hubiese guarecido la lealtad y el patriotismo de todos no la habria conmovido, la sacudió tan violentamente que la derrumbó completamente. Este suceso puede servir de prueba de que un gobierno que no descansa en las simpatías de sus súbditos no puede durar largo tiempo; de que las instituciones humanas, cuando no tienden á la prosperidad y bienestar de todos tienen de caer por precision, si no por efecto de los progresos de la civilizacion, por lo ménos de la violencia; si no por causas internas por externas ¿Y quién lamentará su caida?....

En los acontecimientos referidos en este libro termina la historia de la conquista de México por Solís; historia que bajo ciertos respectos es una de las mas notables que hay en la lengua castellana.

Don Antonio Solís nació de una familia respetable, en Octubre de 1610 en Alcalá de Henares, plantel de sabios, y ciudad cuyo nombre está asociado al de los españoles que mas se han ilustrado en todas las carreras. Siendo todavía jóven Solís dió muestras de lo que sería con el tiempo, tanto por la viveza de su imaginacion, como por su gusto delicado por todo lo bello; pero sobre todo manifestó tener gran aficion á la literatura dramática, y á la edad de 17 años compuso una comedia que pudiera haber dado crédito á hombres de mas edad. Despues se dedicó con especialidad á los estudios éticos, razon por qué áun en las mas ligeras de sus composiciones abundan sentencias morales que dan á su estilo el carácter didáctico.

A la edad acostumbrada entró en la Universidad de Salamanca é hizo un curso de derecho civil y canónico. Pero la imaginacion viva de Solís se acomodaba mas á los desvaríos de las Musas, que á las áridas doctrinas de las escuelas, y produjo un gran número de piezas dramáticas muy estimadas por la riqueza de la diccion y lo fino y delicado de su argumento. Seguramente que esta aficion la fomentaria mucho la amistad que llevaba nuestro autor con el gran Calderon, al cual le hizo várias *loas* ó prólogos para sus comedias. Los modales afables y brillante reputacion de Solís le ganaron el favor del Conde de Oropeza, Virey de Navarra, quien le nombró su secretario. Las epístolas que escribió en servicio de su patrono, y despues que se separó de él, han sido publicadas y se recomiendan por la suavidad y elegancia de las expresion, prendas características de todos los escritos de este autor.

La reputacion cada vez mayor de Solís le atrajo las miradas de la Córte, y en 1661 se le nombró secretario de la reina viuda, puesto que habia renunciado en tiempo de Felipe IV, y tambien se le hizo Historiador de Indias, nombramiento que estimuló su ambicion y que le hizo emprender una carrera mas brillante que cuantas habia tentado hasta allí. Cinco años despues de esto, y teniendo la edad de 56, se verificó en su vida un cambio completo, pues abrazó el estado eclesiástico, y fué ordenado de sacerdote en 1666. Desde entónces dejó de entregar sus pasatiempos á las Musas, y si hemos de creer á sus biógrafos áun se rehusó por escrúpulos de conciencia, á tomar parte en toda composicion

dramática, áun religiosa como los *autos sacramentales*, cuyo campo habia quedado vacante por muerte de Calderon. Mas no obstante la delicadeza de su conciencia, condescendió en que se publicasen sus comedias, lo que se verificó en 1681. Lo cierto es que desde entónces se entregó asiduamente á los estudios históricos que tan bien se avenian con su nuevo estado, y que requeria el puesto á que habia sido elevado. Por último, en 1684 salieron á luz los frutos de esos estudios, en la Conquista de México, que se publicó en Madrid. Dícese que proyectaba continuar la historia hasta despues de la conquista; pero si esto es cierto, lo impidió su muerte, acaecida cosa de dos años despues de la publicacion de la Historia, en 13 de Abril de 1686.

Murió á la edad de 76 años, respetado por sus virtudes y admirado por su ingenio; pero fué pobre, que es casi siempre la suerte de la virtud y el ingenio.

La coleccion de sus poemas se publicó pocos años despues, en un volúmen en 4°, y se reimprimió en seguida. Pero la grande obra que sirve de base á su alta reputacion literaria es la Conquista de México. No obstante que tantos y tan distinguidos ingenios españoles habian cultivado el campo de la historia, áun le quedaban á Solis nuevos frutos que recoger.

Sus predecesores, no obstante su mérito, ignoraban los principios del arte, y hàbian visto la manera de escribir la historia, como una ciencia y no como un arte: por consiguiente solo la habian visto bajo el primer aspecto y la habian divorciado de las *bellas letras*: solo habian pensado en lo útil, y no en lo ameno: habian procurado dar instruccion, pero no procurar placer: habian escrito para literatos y estudiosos que tratan de acrecentar el tesoro de sus luces, y no para los que buscan en sus ratos de ocio un solaz y un entretenimiento. Escritos semejantes nunca andan en manos de muchos, ni áun hombres cultos; sino que se ven confinados á la librería de los estudiosos que buscan la verdad á costa de fatigas y que se cuidan poco de la tosca vestidura en que pueda venir envuelta. Varios historiadores españoles del mas alto mérito, como Herrera y Zurita, honor de Castilla y Aragon, son dignos de esta censura. Sus obras muestran agudeza, lógica, criterio y maravillosa paciencia y trabajo en compilar noticias y datos para sus voluminosas composiciones; pero en lo tocante á la belleza de la composicion, á la elegancia del estilo, á la habilidad para distribuir la narracion y en la

eleccion de los incidentes, son pobres é imperfectos; así que, no obstante su alto mérito considerados en abstracto, tienen tantos defectos en la parte artística que jamas serán populares ni tenidos como clásicos en su nacion.

Solís apercibió que sus predecesores habian dejado baldío el campo y determinó apropiárselo. En lugar de espaciarse en generalidades áridas y frias que habrian agotado inútilmente sus fuerzas, escogió un gran asunto que por sus pintorescos incidentes, por su aire romancesco, por el carácter aventurero de los actores y por sus hazañas, despertaba todos los sentimientos patrióticos y lisonjeaba el orgullo de la nacion; asunto en fin que por el contraste que ofrecia entre la civilizacion europea y el esplendor barbárico de una dinastía india, daba pábulo á su imaginacion ardiente y poética. Así, pues, bajo el aspecto poético vió Solís su asunto: distribuyólo con admirable gusto, dejando sin realzar los objetos de poca importancia, y poniendo en relieve los que lo merecian, cuidando esmeradamente de que guardasen los unos y los otros la debida proporcion, y dando al conjunto todo, admirable simetría. En vez de descarriar la atencion haciéndola fijarse en gran variedad de objetos, presenta una idea grande y prominente, que por decirlo así esparce su luz sobre la obra toda. En vez de enredar al lector en numerosos episodios que son como otras tantas encrucijadas sin salida, le toma de la mano y por el camino real le lleva derechamente al punto propuesto. A cada paso que damos con él conocemos que vamos adelantando, porque en efecto la historia jamas pára ni retrocede. Todas las partes de ella están trabadas de tal suerte que las unas sostienen á las otras y que cada acontecimiento prepara para el que se sigue. Aun aquellas interrupciones inevitables que son como el lugar de detencion de todos los historiadores, y que no es posible evitar por el gran enlace que tienen con el cuerpo de la narracion, áun esas interrupciones, digo, están manejadas con tal habilidad que el interes se suspende pero no se extingue; sucediendo que esos altos ó detenciones en vez de molestar son una especie de descanso apetecible despues de las terribles y turbulentas escenas en que por tanto tiempo se ha ocupado la imaginacion del lector: á la manera que el cansado viandante encuentra placer y refrigerio en los lugares en que descansa, aunque ellos de por sí no ofrezcan interes.

La obra dispuesta y compaginada de esta manera, es como un buen

drama en que á cada escena se sigue otra, á cada acto otro acto, sucediendo que cada una prepara para la que se sigue, hasta llegar al grande y decisivo desenlace. En este desenlace, esto es, en la toma de México, ha terminado Solís su drama, prefiriendo dejar llena la mente del lector con la impresion de un gran suceso, mas bien que debilitarlo prolongando su narracion hasta la muerte de Cortés. En hacerlo así, consultó ciertamente el buen efecto.

En cuanto al estilo, usó Solís del mismo esmero para que reuniese á la belleza, brillo y variedad, y la obra es semejante á aquellas maderas preciosas trabajadas con primor, las cuales dejan ver bajo el pulimento del arte, el hermoso y diversificado tinte de la naturaleza. Sin embargo, los críticos extranjeros tachan al estilo de pedantesco, artificioso y verboso; mas dejemos á los extranjeros que califiquen como quieran el estilo, es decir, esa atmósfera que rodea al pensamiento y lo hace aparecer de un colorido propio y especial, y que difiere tanto en cada nacion, como difieren entre sí las atmósferas que circundan á los varios planetas de nuestro sistema solar, las que, para ser bien conocidas, requieren que podamos conocer la naturaleza de los objetos que vemos al traves de ellas. Nadie, si no es uno que hable español, puede decidir con acierto acerca del estilo cuya perfeccion depende de mil circunstancias casuales y pequeñas que deciden de su belleza y propiedad. A juicio de los mas eminentes críticos españoles, el estilo de Solís puede aspirar á los títulos de claro, variado y elegante. Ni áun un extranjero puede dejar de percibir la animacion del cuadro que pone á su vista ese escritor, porque siendo las palabras como los colores en la pintura, y siendo él un artista eminente, las usa con destreza consumada, trayendo á nuestra vista, ya las escenas tumultuosas de una batalla, ya las quietas de una vida espléndida, pasada en el ocio y en el lujo.

Solís se formó hasta cierto punto por los modelos de la antigüedad. Puso en boca de sus personajes arengas inventadas por él, práctica que cuenta en su abono insignes autoridades entre los historiadores tanto antiguos como modernos, especialmente italianos. Este método tiene sus ventajas; tal es la de permitir expresar en forma dramática, los sentimientos de los autores y mantener de este modo la ilusion histórica, sin que intervenga la persona del mismo historiador. Tiene tambien otra ventaja, y es que el autor expone sus opiniones por el intermedio de sus héroes y les da de este modo mas peso que si las fundase

en su propio dicho. Pero para aquel que estuviera educado en la escuela de los grandes historiadores ingleses, debe ser muy desagradable y poco satisfactorio ese método, porque debe parecerle como que encierra un engaño: el lector no puede discernir lo que es del autor y lo que es sus personajes; la historia toma las apariencias de novela, y el poco instruido no sabe, de lo que está leyendo, qué es verdad y qué ficcion.

Está sujeto tambien á otro inconveniente que acontece frecuentemente: el de que nada es mas difícil que conservar la propiedad debida y que acomodar de nuevo sobre lo antiguo, añadir á lo antiguo la imitacion de lo antiguo. Las declamaciones de Solís podrán tener gran valor como piezas oratorias, pero frecuentemente están mal traidas á cuento y están tan mal en boca de los toscos personajes que figuraron en la conquista, como la peluca y la espada en los héroes romanos de las tragedias de tiempo de Luis XIV.

En cuanto al mérito de las investigaciones que emprendió Solís para formar su obra, no se puede juzgar; porque no se encuentran en sus páginas notas ni citas por donde formarse idea de la autenticidad de los datos que le sirvieron. Pero no era este el uso de su tiempo: las gentes de entónces y áun las de tiempos anteriores se contentaban con dar por hecho lo que el autor decia, sin averiguar por qué aseguraba las cosas ó las ponia en duda, sin investigar si su narracion se fundaba en el dicho de un amigo ó de un enemigo, es un informe exacto ó equivocado; en una palabra, no buscaban la razon de su fe, contentábanse con tenerla, lo cual era muy cómodo para el historiador, pues le ahorraba muchísimo trabajo y encubria el error ó por lo ménos la negligencia: solamente los que recorrian la misma senda que él podian apercibirse de uno y de otra. A los que haya acontecido esto con respecto á Solís, habrán formádose desfavorable idea en cuanto á la curia y copia de sus investigaciones: verán que no obstante que su empleo le facilitaba consultar los mas auténticos documentos, se contentaba con referirse á los mas conocidos y accesibles: echarán de ménos que no distinga entre los testimonios contemporáneos y los de fecha posterior; en una palabra, conocerán que en todo lo que constituye el mérito *científico* de la Historia, es muy inferior á Herrera su predecesor, no obstante la rapidez con que éste formó su obra.

Otra objecion que se puede hacer á Solís es su fanatismo; aunque es

verdad que este defecto tan ajeno del espíritu filosófico de un historiador es comun á la mayor parte de sus compatriotas ; pero en él llega á un extremo extraordinario, y como ademas la naturaleza de su asunto, esto es, la contienda entre cristianos y infieles se presta tanto á fomentar este defecto lo tiene en alto grado. En vez de mirar á los descarriados infieles con solo la aversion con que se les veia en la Península, despues de la subyugacion de Granada, él los considera como confederados de Satanás, los supone no solamente animados por él y obrando bajo su influjo, sino en trato personal con el príncipe de las tinieblas: parece como que los tiene por un ejército infernal regular y organizado. Viendo las cosas bajo este aspecto todo lo que hacian los conquistados era un crímen, y áun sus buenas acciones debian atribuirse á mala parte, porque, ¿qué cosa buena podia salir del espíritu maligno? La mejor muestra de este mal modo de discurrir es la que nos ofrece el retrato de Moteuczoma en sus últimos momentos. En suma, para Solís la conquista fué una guerra entre la luz y las tinieblas, entre el principio del mal y el bien, entre las legiones satánicas y los caballeros de la Cruz: una cruzada en la que la Santidad de la Cruz bastaba para justificar todos los crímenes de los conquistadores, y en que hasta el último de los soldados que moria tenia derecho á la corona del martirio. Con prevenciones semejantes, ¿qué lugar quedaba para el criterio imparcial que es el alma de la historia?

La desmesurada parcialidad del escritor la exagera todavía el patriotismo, ese patriotismo bastardo que identificando la gloria del escritor con la de sus compatriotas le ciega sobre todos los errores de estos. Esta parcialidad es manifiesta principalmente respecto al héroe de la historia, Hernan Cortés: todos los claros y oscuros del cuadro están dispuestos de manèra que resalte èsta figura: lo bueno que hizo se nos pinta de bulto, lo malo se nos oculta. Solís no pára aquí, sino que con artificiosos argumentos intenta hacernos admirar hasta los extravios del conquistador. Nadie, ni el mismo Gomara es tan incansable y entusiasta defensor suyo; llegando Solís al extremo de atribuir á un mal designio de Bernal Diaz todo lo que este honrado veterano escribió desfavorable á su general. Solís pretende conocer á Cortés, sus intenciones y los motivos de su conducta, mejor que sus compañeros de armas y que su parcial capellan.

Así es como Solís presenta una bella imágen de un héroe, pero de

un héroe de novela, un hombre inmaculado. Un eminente crítico español ha hecho de la Historia de Solís la recomendacion de decir que está concebida con tal arte, que es mas bien un panegírico, lo cual acaso es cierto, pero historia que es un panegírico, no es historia.

No obstante estos defectos que ningun crítico imparcial puede negar, la Historia de la Conquista de México ha tenido la mayor boga entre los compatriotas de Solís y ha sido impresa y vuelta á imprimir con todos los primores del lujo tipográfico. Tambien se la ha traducido á las principales lenguas europeas, y es tal el encanto del estilo y acabado de ella como obra literaria, que será seguramente tan imperecedera como la lengua en que está escrita, ó como la memoria de los sucesos que refiere.

En este punto vamos á despedirnos tambien del padre Sahagun que nos ha acompañado en todo el trascurso de nuestra narracion. Como sus noticias las habia obtenido de boca de los indios contemporáneos de la conquista, su dicho es de gran peso para corroborar ó destruir las aserciones de los primeros conquistadores. Sin embargo, á causa de esto mismo, afean su obra las groseras y monstruosas tradiciones de los aztecas, algunas de ellas tan absurdas que traen consigo su refutacion, porque, ¿qué cosa se juzga increible y absurda en medio de la furia de las pasiones?

El libro XII, (ó segun se dice en el prefacio, el IX de la edicion original,) está destinado á dar noticia de lo ocurrido durante la conquista. En 1588 treinta años despues de escritá la primera edicion, fué revisada por su autor esta parte de la obra, en la que se habian dicho cosas que no debian decirse, y calládose cosas que no debian estar calladas (1). Era natural suponer que la censura que habia merecido por haber adoptado las tradiciones de los indios, le haria omitirlas en esta revision de la obra y le volveria mas circunspecto; mas no fué así, ni se procuró mitigar lo que mas lastimaba á los españoles; mas como este manuscrito ha sido el que el autor debe haber tenido por mas correcto, por haberlo revisado últimamente, y como es mas copioso que el impreso, es el que yo he compulsado para la formacion de mi obra.

(1) « En el libro nono, donde se trata de esta conquista, se hicieron ciertos defectos y fué que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista, que fueron mal puestas: y otras se callaron porque fueron mal calladas. Por esta causa este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmendó este libro. » MS.

El Sr. Bustamante se ha equivocado al suponer que la *edicion* del libro XII publicado por él está sacada del manuscrito reformado *por* Sahagun. El citado en esta obra sí lo es ciertamente, pues lo dice el prefácio ; pero por lo demas, hay corta diferencia entre lo esencial *del* uno y del otro.



LIBRO SEPTIMO.

Conclusion.

Carrera subsecuente de Cortes.

CAPITULO I.

TORTURA DE CUAUHTEMOTZIN. — PACIFICACION DE TODO EL PAIS. — REEDIFICACION DE LA CAPITAL. — EMBAJADA A CASTILLA. — QUEJAS CONTRA CORTES. — SE LE CONFIRMA EN SU AUTORIDAD.

(1521-1522.)

La historia de la Conquista de México termina en la rendicion de la capital; pero dicha historia está tan íntimamente enlazada con la del hombre extraordinario que dió remate á aquella gloriosa empresa, que quedaria trunco si no se la continuase hasta la conclusion de la carrera de ese héroe. Esta parte de mi asunto ha sido imperfectamente tratada por los escritores precedentes, por lo que me aprovecharé de los materiales auténticos que poseo, para trazar brevemente la brillante y diversa fortuna que acompañó á Cortés en sus últimos dias.

Al primer fervor del triunfo se siguieron en el ejército sensaciones de muy diverso género, al ver los escasos despojos que ofrecia la ciudad y la menguada recompensa que habian alcanzado despues de tantos peligros y trabajos. Algunos de los soldados de Narvaez, viéndose completamente burlados se rehusaron enteramente á tomar su parte. Los unos murmuraban públicamente contra el general, los otros contra Cuauhtemotzin, que decian sabía y podia decir el lugar donde habian sido enterrados los tesoros. Las blancas paredes de los cuarteles estaban cubiertas de pasquines y epígramas contra Cortés, al cual se acusaba de haber tomado para sí un quinto como general en jefe y otro quinto como rey. Viendo que Cuauhtemotzin se rehusaba obstinadamente á revelar donde estaba el tesoro, ó mejor dicho, que aseguraba ignorarlo, todos los soldados insistieron fuertemente en que se le diese tormento; pero Cortés

se rehusó á tal acto de barbarie que violaba abiertamente el ofrecimiento hecho al monarca de que se le respetaria: así es que se negó á obsequiar la peticion, hasta que las tropas, instigadas segun se dice, por Alderete, el tesorero de la corona, acusaron á Cortés de estar coludido secretamente con Cuauhtemotzin, y de querer defraudar al rey de España y á ellos mismos lo que les pertenecia de derecho. Semejantes hablillas y calumnias precipitaron á Cortés, quien en hora aciaga convino en entregar al príncipe azteca á manos de sus enemigos para que hicieran de él lo que quisiesen.

Mas el héroe que habia despreciado la muerte bajo tantas formas espantosas, no podia ser intimidado por los tormentos corporales. Cuando su compañero el cacique de Tlacopan que estaba sujeto al potro junto á él, manifestó con quejidos su dolor, le reprendió friamente Cuauhtemotzin, preguntándole: « ¿ Piensas que estoy yo en algun deleite ó baño (1) ? » Por último, Cortés avergonzado de la ignominiosa parte que habia tenido en el tormento del azteca, lo mandó sacar de él ántes de que fuera tarde; sin embargo de que ya lo era para libertar su nombre de una mancha indeleble.

Todo lo que se pudo saber por la confesion que hizo Cuauhtemotzin en el tormento, fué que habia sido echada al agua gran cantidad de oro; pero no obstante las pesquisas que se hicieron á la vista del mismo Cortés removiendo el cenagoso lecho del lago, solo se pudieron encontrar algunos artículos poco valiosos. Mayor fortuna tuvieron al examinar un estanque en el jardin de Cuauhtemotzin, donde encontraron un sol ó calendario indio, de oro macizo y de gran diámetro y grueso. El cacique de Tlacopan confesó que en una de sus villas se habia enterrado considerable cantidad de oro; pero cuando le llevaron los españoles al lugar designado, alegó que el único motivo que habia tenido para decir aquello, habia sido la esperanza de morir en el camino. Los soldados burlados en todas sus esperanzas, cambiaron de tono tan caprichosamente como suele una turba desenfrenada, y acusaron á su comandante de crueldad para con los prisioneros. Este cargo era bien merecido, mas no de parte de los que lo hacian (2).

(1) » ¿Estoy yo en algun deleite ó baños?» (Gomara, Crónica, cap. 145.) Esta expresion no es tan poética como la de « ¿estoy en un lecho de rosas? » que generalmente se atribuye á Cuauhtemotzin.

(2) Los pormenores de este infausto suceso, los refiere minuciosamente Bernal Diaz,

La nueva de la rendicion de la capital llegó en alas del viento á toda la mesa central y mas allá de la ancha falda de las cordilleras. Infinitos enviados llegaron de las tribus mas remotas, ansiosos de saber la verdad de tan sorprendente noticia, y de ver por sus propios ojos las ruinas de la execrada ciudad. Entre estas tribus estaba la de la provincia de Michoacán, estado poderoso é independiente habitado por una raza de la familia Nahuatlaca, y situado entre el Pacífico y el Valle mexicano. Poco despues del embajador llegó el príncipe mismo, rodeado de gran boato. Cortés le recibió con igual aparato : le sorprendió con las evoluciones de la caballería y con el estrépito de los cañones, y despues le llevó á bordo de un bergantin en el cual dieron la vuelta en derredor de los montones de escombros y de los palacios y templos, que es todo lo que quedaba de la en un tiempo temida ciudad azteca. El indio miraba con ojos asombrados tanta devastacion, y solicitó con instancia la proteccion de los séres invencibles que la habian causado (1). Su ejemplo fué seguido por otros príncipes de regiones apartadas que jamas habian conocido á los españoles ; por lo que Cortés que miraba extenderse tan rápidamente los límites de sus dominios, pensó aprovecharse de la favorable disposicion de los naturales, para asegurar las rentas y productos de las diferentes provincias.

Envió á la provincia de paz de Michoacán dos pequeños destacamentos que penetraran hasta las costas del Pacífico. Ningun español habia hasta entónces alejádose tanto del ecuador ; por lo que se internaron en las aguas, y en la arenosa playa erigieron una Cruz y tomaron posesion de aquel mar con todas las formalidades de estilo, en nombre de sus Altezas Católicas. Al volver visitaron algunas de las provincias mas afamadas por sus riquezas minerales, trajeron muestras de oro y perlas de la California y una noticia de sus descubrimientos en el Mar Océano. La

que es uno de los españoles que acompañaron al señor de Tlacopan á su villa. (V. Hist. de la Conq., cap. 157.) El refiere el suceso con indignacion, pero niega que Cortés haya tenido en él participacion alguna voluntaria.

(1) Relac. Terc., pág. 308. La sencilla y desnuda narracion del conquistador contrasta con la pomposa de Herrera, (Hist. General, dec. 3, lib. 3, cap. 3,) y tambien con la del padre Cavo, quien parece haberla sacado de su imaginacion. « Cortés en una canoa ricamente entapizada llevó al rey Vehichilzi y á los nobles de Michoacán á México. Este es uno de los palacios de Moteuczoma, decia : allí está el gran templo de Huitzilopochtli : estas ruinas son del gran edificio de Cuauhtemotzin : aquellas de la gran plaza del mercado. Conmovido Vehechilzi de este espectáculo se le saltaron las lágrimas. » Los Tres Siglos de México, (México 1836) tomo I, pág. 13.

imaginacion de Cortés se inflamaba y su pecho se llenaba de orgullo al contemplar el espléndido cuadro de grandeza que ofrecian sus descubrimientos. « Pero sobre todo, » dice al emperador, « me envanece la noticia que he tenido del Gran Océano, porque en él, segun todos los que tienen ciencia y experiencia en la navegacion de las Indias, es tenido por cierto que ha de haber muchas islas ricas de oro y perlas, y especería y piedras preciosas (1). » Pensó desde el punto establecer una colonia en la costa del Pacífico, y mandó construir cuatro naves para explorar aquellos ignotos y misteriosos mares ; que fué el principio de sus magníficos descubrimientos en el golfo de las Californias.

Aunque la mayor parte del Anáhuac espantado de los triunfos de los castellanos, se les habia sometido ; pero habia sin embargo algunas provincias, especialmente de las situadas á la falda del meridional de la cordillera, que no mostraba tener disposiciones igualmente pacíficas. Cortés mandó al instante destacamentos á las órdenes de Sandoval y Alvarado, que sojuzgasen al enemigo y que estableciesen colonias en las tierras conquistadas.

Las exageradas noticias de Alvarado, hombre muy codicioso, donde se ponderaba la suma riqueza de la provincia de Oaxaca, determinaron á Cortés á preferir aquella region para fundar en ella su señorío particular.

El general en jefe y su puñado de castellanos reforzados todos los dias con reclutas llegados de las Islas, ocupaba todavía el cuartel de Coyoacan donde se habia establecido desde principios del sitio. Cortés no fijó inmediatamente el punto donde fundarià la nueva ciudad que debia reemplazar á la antigua Tenochtitlan. La situacion de esta en medio de las aguas y lo sujeta que estaba á inundaciones, eran las desventajas que desde luego se presentaban ; pero no cabe duda que la nueva metrópoli debia ser construida en algun punto de la elevada y central estepa del Valle, para que tanto los extranjeros como los indios la viesen como la capital del imperio colonial de España. Mas por último se decidió á conservarla en el mismo sitio que ántes ocupaba, en razon de

(1) « Que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegacion de las Indias, han tenido por muy cierto que descubriendo por esta parte la mar del Sur, se habian de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habian de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables. Relac. Terc., págs. 302 y 303.

su pasada fama y nombradía, y del respeto no envidiable ciertamente, en que era tenida por todas las naciones de Anáhuac: así, hizo todos los preparativos para que la nueva ciudad fuese levantada conforme á un plan magnífico y « para que, » usando de sus mismas palabras, « ya que habia sido ántes la reina y señora de todas las demas, lo fuese tambien en adelante (1).

Debíanla edificar los indios tanto de otras regiones del valle, como los mexicanos mismos, muchos de los cuales se habian quedado cerca de su antigua residencia. Al principio mostraban repugnancia y áun amagos cuando se les quiso obligar por sus conquistadores á aquel acto de humillacion; pero Cortés tuvo habilidad para ganarse á algunos de los principales; y bajo la autoridad y direccion de éstos logró que trabajaran los indios. Los bosques del valle y de las colinas convecinas proporcionaron cedro, cipres y otras maderas propias para la construccion, y la piedra se sacó de las canteras de *tetzontli* y de los escombros de los demolidos edificios. Como entre los aztecas no habia bestias de carga se necesitaba para el trasporte un número enorme de brazos; mas todo se hizo con la mayor prontitud, bajo la inspeccion del mismo Cortés. Los sitios hacia poco abandonados y solitarios, abundaban ahora en indios y europeos, los primeros trabajando, los segundos dirigiendo la obra para que se cumpliese la profecía de los aztecas (2); y la reedificacion de la capital fué emprendida con la misma rapidez que acostumbraban los déspotas del Asia que concentraban la poblacion de todo un imperio, para construir una ciudad favorita (3).

La posicion de Cortés, no obstante los triunfos de sus armas, era precaria é insegura. No habia recibido de la madre patria ni una sola

(1) « Y crea V. M. que cada dia se irá ennobleciendo en tal manera que como ántes fué principal y señora de todas estas provincias, que así la será tambien de aquí adelante ». Ibid., pág. 307.

(2) V. ántes.

(3) Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 4, cap. 8. Oviedo. Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 32. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Gomara, Crónica, cap. 162. « En la cual, (la edificacion de la ciudad) los primeros años andaban mas gente que en la edificacion del templo de Jerusalen, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apénas podia un hombre romper por alguna calle y calzada aunque son muy anchas. » (Toribio, Hist. de los indios, MS., part. I, cap. 1.) Ixtlilxochtil suple el hueco que deja la imaginacion en cuanto al número de operarios, diciendo que eran ¡400,000! Venida de los españoles pág. 60.

palabra que indicara proteccion, ¿qué digo? ni aprobacion ni censura: inquietábale por lo tanto penosamente el temor de que su conducta no fuese bien recibida en la córte. Por lo mismo preparó otra carta al emperador,la tercera de la serie publicada, escrita en el mismo estilo sencillo y enérgico que las otras, llamadas por él sus comentarios, por comparacion con las de César. Tiene la data en Coyoacan, á 15 de Mayo de 1522; es una recapitulacion de los últimos acontecimientos del sitio y de las operaciones subsecuentes á la toma de la capital, y está llena como de costumbre, de sagaces reflexiones acerca del carácter y recursos del país. Proponíase enviar juntamente con esta carta el quinto de los despojos de México, y várias manufacturas, especialmente de oro y joyas, primorosamente hechas. Una de dichas joyas era una esmeralda de figura piramidal y de tamaño enorme, que la base era tan ancha como la palma de la mano (1). El presente iba ademas acompañado de muestras de los productos naturales y de los animales indígenas del país.

El ejército adjuntó á la carta de Cortés una relacion en que se extendia largamente sobre los servicios prestados por el general, y en que suplicaba al emperador se dignase aprobar todos sus procedimientos y confirmarle en la autoridad que ejercia.

La embajada fué confiada á Quiñones y Avila, dos oficiales de quienes fiaba mucho Cortés, y que tuvieron una suerte desgraciada. Los emisarios tocaron en las Azores, donde pereció Quiñones en una riña: Avila prosiguió solo el viaje, pero fué capturado por un crucero frances y los ricos despojos de los aztecas fueron enviados á su Majestad Cristianísima. Francisco I vió con una envidia, que se le puede perdonar, los tesoros que venian á su rival de sus dominios coloniales, y manifestó su descontento preguntando con sarcasmo ¿en qué cláusula del testamento de nuestro padre Adan se habia concedido á sus hermanos los reyes de España y Portugal el derecho de repartirse entre ellos solos el Nuevo-Mundo? Pero Avila logró que llegasen á la córte por un conducto pri-

(1) « Sirvieron al emperador con muchas piedras y entre ellas con una esmeralda fina como la palma de la mano, pero cuadrada y que se remataba en punta como pirámide. » (Gomara, Crónica, cap. 146.) Mártir confirma esto mismo pues dice : « Contóse al rey y al consejo que la dicha esmeralda era tan ancha como la palma de la mano, y los que la vieron dijeron que era imposible conseguir por ningun precio otra cosa igual ». De Orbe Novo, dec. 8, cap. 4.

vado las cartas que traia y en que constaba la parte principal de su embajada (1).

Miéntras esto pasaba se disponian las cosas en España desfavorablemente para Cortés. Extraño debe parecer que hazañas tan extraordinarias como las del conquistador de México hayan llamado tan poco la atencion de su patria; pero téngase presente que ésta se hallaba á la sazon absorbida en las aciagas guerras de las *comunidades*. El soberano estaba en Alemania demasiado entretenido en los negocios del Imperio para poder dedicarse á los de su propio reino. Las riendas de este estaban en mános de Adrian el preceptor de Cárlos, hombre cuyo carácter ascético y hábitos escolásticos le hacian mas propio para presidir un convento de frailes que no para llenar, como despues sucedió, los puestos mas eminentes de la cristiandad; primero el de regente de Castilla, y luego el de Cabeza de la Iglesia.

No obstante esto el apático é irresoluto Adrian no habria dejado en olvido por tanto tiempo los importantes descubrimientos de Cortés, á no ser por la intervencion hostil de Velazquez el gobernador de Cuba, sostenido por el obispo Fonseca, la persona mas influente y principal en el Consejo de Indias. Este personaje ejercia un influjo decisivo en todo lo concerniente á las colonias, y lo habia empleado desde el principio contra los intereses de Cortés. Por este tiempo habia recabado del emperador un documento con el que maquinaba arruinar al conquistador, precisamente cuando el triunfo habia ya coronado su grande empresa. En este documento despues de recapitular todas las ofensas de que se quejaba Velazquez, se nombraba un visitador general con facultades amplias para hacer pesquisas sobre la conducta de Cortés, para suspenderle en su autoridad y áun para apoderarse de su persona y secuestrar sus bienes, entre tanto que la córte resolvia lo conveniente. El documento estaba datado en Búrgos á 11 de Abril de 1521, firmado por Adrian y revisado por Fonseca (2).

(1) Ibid, *Ubi supra*. Bernal Diaz, cap. 169.

(2) El acuerdo tambien le conferia poderes para inquirir la conducta de Narvaez respecto del Lic. Aillon. Todo el documento es citado en una informacion hecha ante el escribano Alonso de Vergara, en que constan las contestaciones entre Tápia y la Municipalidad de Villa Rica de Veracruz, fecha en Zempoallan á 14 de Diciembre de 1521. El manuscrito forma parte de la coleccion de Vargas Ponce, que se encuentra en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid.

La persona escogida para el difícil cargo de aprehender á Cortés y someterle á un juicio puntualmente en el teatro de sus proezas y en el corazon de su campamento, se nombraba Cristóbal de Tápia, veedor de las fundiciones de oro de Santo Domingo: era el tal un hombre débil y sin resolucion, tan á propósito para dar la ley á Cortés en materias políticas, como lo habia sido Narvaez para dársela en las militares.

El comisionado armado de su lacónica instruccion desembarcó en Diciembre en Villa Rica, donde le recibieron friamente las autoridades: púsose en duda la legitimidad de sus credenciales, por falta de cierto requisito técnico; pero sobre todo, se le objetó que el gobierno le habia conferido aquella comision á virtud de equivocados informes; por todo lo cual no obstante la cumplida y amistosa epístola que envió Cortés al veedor, felicitándose de su llegada por ser este su antiguo amigo, conoció Tápia que no le era posible proseguir su camino ni ejercer su autoridad. Fuera de esto, gustaba del dinero, por lo que Cortés que conocia perfectamente el lado flaco de su antiguo amigo, le propuso la venta de sus caballos, esclavos y equipaje á un precio ínfimo. Los sueños de la burlada ambicion fueron reemplazados por los de la codicia, y el receloso visitador consistió en reembarcarse para Cuba, cargado de oro, ya que no de gloria, y con nuevas pruebas de acusacion contra los desmanes de Cortés (1).

El conquistador que se vió en tranquila y no disputada posesion de su autoridad, llevó adelante en toda su fuerza los planes que habia proyectado para afianzar sus conquistas. Habíanse sublevado contra los españoles, los habitantes de la márgen del Pánuco, rio que desemboca en el Atlántico: Cortés marchó contra ellos á la cabeza de una fuerza considerable: les derrotó en dos reñidas batallas, y despues de una campaña ardua, sojuzgó á la belicosa tribu.

Otra insurreccion posterior fué castigada con mayor severidad por haber sido tambien mucho mas grave, pues se levantó la poblacion contra los españoles, asesinó á quinientos de ellos y amenazó destruir el estable-

(1) Relac. de Vergara, MS. Relac. de Cortés, págs. 309,314. Bernal Diaz, cap. 158. Los regidores y otros funcionarios de México, representaron contra Cortés por haber ido al encuentro de Tápia, abandonando la capital donde la presencia del conquistador era necesaria para imponer miedo á los indios. (MS. Coyoacan, Diciembre 12 de 1521.) El general accedió á volverse en fuerza de tantas súplicas, que no es inverosimil hayan sido promovidas por él mismo.

cimiento de San Estévan. Cortés ordenó á Sandoval que castigase á los insurgentes, y este oficial despues de una campaña dificilísima, logró derrotar á los bárbaros, hacer prisioneros á cuatrocientos de sus nobles, que despues de un aparato de juicio fueron condenados al garrote. « Por cuyos medios se logró, á Dios gracias,» dice Cortés, « que toda la provincia quedase muy pacífica y segura (1). » En la carta al emperador no menciona Cortés el infame trato que habia dado á Cuauhtemotzin ; pero el descaro ó por decirlo así, el *candor* con que refiere todas las circunstancias del hecho, prueba que él no lo tenia por deshonroso, porque en efecto lo juzgaba castigo merecido de la *rebelion*, palabra que para disculpar hechos atroces, ha servido mas que cualquiera otra, excepto por supuesto, la palabra *religion*.

En este intervalo habia llegado á su desenlace la gran cuestion respecto á Cortés y á la colonia ; y el general habria sucumbido á los ataques de sus pérfidos é implacables enemigos, á no haber sido por la vigorosa resistencia que en favor de él hicieron algunos de sus secuaces y parciales. Entre ellos merece particular mencion su propio hermano D. Martin Cortés, persona discreta y activa (2), y el duque de Béjar, noble caballero que desde su principio habia abrazado la causa del conquistador. Mediante las representaciones de estas personas se llegó á persuadir al tímido regente de que los consejos de Fonseca eran perjudiciales á la corona, y se recabó una cédula en que se prohibia al obispo toda intervencion en los asuntos concernientes á Cortés.

Cuando mas exasperado estaba el prelado por la afrenta que acababa de recibir, llegaron á Castilla sus dos emisarios, Narvaez y Tápia. El primero de estos habia sido enviado despues del sitio, á Coyoacan, donde su porte humilde y abyecto formaba contraste con la altanería y arrogancia que habia manifestado al desembarcar. Cuando se presentó ánte Cortés, se arrodilló y quiso besarle la mano ; pero el último le levantó del suelo y le trató durante todo el tiempo que permaneció en los cuarteles, con todo miramiento : poco despues permitió Cortés á su

(1) « Como ya (loado Nuestro Señor) estaba toda la provincia muy pacífica y segura. » Relac. Cuart. de Cortés, pág. 367.

(2) La coleccion de MSS. de Muñoz contiene un poder jurídico extendido por Cortés en favor de su padre, en el que le autoriza para negociar con el emperador, arreglar los pleitos con los particulares, dar y recibir dinero, etc., etc.

desgraciado rival se volviese á España, donde, como se debia esperar, se convirtió en su enconado é implacable enemigo (1).

Estos dos personajes ayudados por el prelado descontento presentaron contra Cortés muchos cargos con toda la acrimonia que puede inspirar la vanidad mortificada y la sed de la venganza. Adrian no permaneció mucho tiempo en España, por haber sido llamado á la Silla de San Pedro ; pero Cárlos V, despues de una larga ausencia de sus dominios, habia vuelto á ellos, en Julio de 1522. Los oidos del monarca, fueron al instante importúnados con acusaciones contra Cortés por una parte, y con sus vindicaciones por otra ; de manera que el jóven monarca viéndose perplejo entre tan contrarios informes sometió la resolucion del asunto á un cuerpo nombrado para el intento y formado, en parte de miembros de su consejo privado, y en parte, de los del consejo de Indias, presididos por el gran canciller de Nápoles ; tribunal igualmente respetable por su integridad y sabiduría (2).

Este cuerpo dió detenida y cumplida audiencia á ambas partes contendientes. Los contrarios de Cortés le acusaban de haber destruido enteramente la flota que le habia confiado Velazquez, y que éste habia armado á su costa ; de haber despues usurpado facultades que no le competian, con menosprecio de las prerogativas de la corona ; del indigno trato que habia dado á Narvaez y á Tápia, legalmente autorizados para vigilarle ; de su crueldad contra los indios, y especialmente contra Cuauhtemotzin ; de haber defraudado los tesoros del rey, enviándole solo una pequeña parte del quinto que le pertenecia ; de haber disipado los frutos de la conquista en empresas inútiles y principalmente en reedificar la capital bajo un plan sobre toda ponderacion extravagante ; y en suma, de haber adoptado un sistema de violencia y extorsion ; sin miramiento hácia los intereses públicos, y sin ningun otro fin mas que su personal engrandecimiento.

En contestacion á estos cargos alegaban los defensores de Cortés : que habia pruebas de que éste habia costeado las dos terceras partes de la expedicion ; que los poderes de Velazquez se extendian únicamente al co-

(1) Bernal Diaz, cap. 138.

(2) Zayas, Anales de Aragon. (Zaragoza, 1,606) caps 63 y 78.

Suficiente título para respetar la alta autoridad de este consejo es encontrar en él al Dr. Galindez de Carbajal, eminente jurista castellano que habia formádose al servicio de SS. MM. CC., cuya confianza obtuvo en grado eminente.

mercio y no á fundar una colonia, no obstante que esto último es lo que estaba en el interes de la corona, y que por lo tanto el ejército debia tomarse las facultades para establecerla; que así lo habia verificado, pero que sin embargo habia enviado al emperador noticia de todo lo ocurrido, y solicitado la ratificacion de todo lo hecho, que el rompimiento con Narvaez no era de la culpa de Cortés, quien habia recibídole amistosamente, sino del primero, que con sus medidas violentas le habia obligado á proceder de otra suerte; que en cuanto á Tápia, se viesen los fundamentos de la conducta seguida con él, en la representacion hecha por el ayuntamiento de Zempoallan; que en cuanto á la tortura de Cuauthemotzin, habia sido ejecutada á las puertas de Alderete, el tesorero del rey, que es quien habia instigado á los soldados para que la pidiesen; que lo enviado á Castilla, léjos de ser ménos del quinto, lo excedia con mucho; que si el general habia gastado las rentas del país en empresas costosas y en obras públicas, lo habia hecho en bien de la metrópoli, y áun empeñando su crédito para poder conseguir aquellos objetos; que tambien era cierto que la reedificacion de México se habia hecho bajo el mismo pié de magnificiencia, por creer que así convenia á la metrópoli de un vasto y opulento imperio.

Quejábanse ademas amargamente de la resistencia que Cortés habia encontrado desde el principio de su carrera; al principio, de parte del gobernador de Cuba, y luego de la del obispo de Búrgos, quien léjos de prestarle ayuda y proteccion, habia desalentado á los que querian alistarse, impedido que le hicieran abastos, secuestrado todos los bienes propios que Cortés habia enviado á España de tiempo en tiempo, y hecho creer al rey que las remisiones hechas por el conquistador, venian de parte del gobernador de Cuba. En resúmen, tales y tantos eran los obstáculos que habia encontrado Cortés en su carrera, que se le oyó decir «que mas trabajo le habia costado pugnar con sus compatriotas que con los mismos aztecas.» Concluian extendiéndose largamente sobre los brillantes resultados de su expedicion y preguntaban al consejo, ¿si sería capaz de deshonrar á un hombre que arrostrando inauditos obstáculos, y casi sin mas recursos que los de su propia mano habia ganado para Castilla un imperio tan rico y poderoso, cual no lo poseia ningun potentado de Europa (1)?

(1) Zayas, Anales de Aragon, cap. 78. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 4, cap. 3, Probanza en la villa segura, MS. Declaracion de Puerto Carrero y de Montejo, MS.

Este último argumento era de fuerza irresistible. Cualesquiera que hubiesen sido los desmanes de la conquista, nadie podia negar la magnitud de sus resultados. No habia español que no agradeciera semejantes servicios y que no hubiese creido vergonzoso negarlos ó pagarlos mal. No obstante que en el consejo habia tres flamencos parece que no hubo disidencia de pareceres. Decidióse que en lo sucesivo ni Velazquez ni Fonseca volverian á intervenir en los negocios de Nueva-España. Las disputas entre el primero y Cortés se calificaron de privadas y por lo mismo sujetas á la decision ordinaria de las leyes. Confirmáronse todos los actos de Cortés. Nombrósele Gobernador, Capitan general y Justicia Mayor de Nueva-España ; con facultades de nombrar á todos los empleados tanto civiles como militares, y de desterrar del país á todas las personas cuya presencia juzgara nociva. Esta determinacion fué confirmada por el emperador, quien en 15 de Octubre de 1522 firmó en Valladolid la cédula en que se le conferian tan amplias facultades. Asignóse al Gobernador de Nueva-España un sueldo competente para tener el porte y darse el trato que convenia á su alta dignidad. Los principales oficiales fueron retribuidos con honores y dinero ; y las tropas recibieron algunos privilegios propios para contentar la vanidad de un soldado, y la oferta de que se les darian tierras con liberalidad. Ademas, el emperador escribió de su puño al ejército una carta en que le daba las gracias por sus servicios, en los términos mas significativos (1).

Desde este instante terminó el influjo de Fonseca en el Consejo de Indias ; á resultas de cuya pesadumbre murió poco tiempo despues. Ningun hombre pudo como él, en la situacion en que estuvo, hacer la felicidad de su patria. Durante treinta años en los cuales se verificó el primer descubrimiento de Colon, tuvo una suprema intervencion en los negocios de Indias, lo cual debiera haberle hecho alentar el espíritu de empresa y fomentar la naciente prosperidad de las colonias ; mas era enteramente al contrario : veia de mal ojo á los mas ilustres descubridores españoles y se ocupaba únicamente en oponer obstáculos á su carrera. Tal fué tambien su conducta respecto de Colon y de Cortés. Con una política sábia habria logrado poner su nombre entre los de los mas ilustres varones de su tiempo ; pues con la que siguió cons-

(1) Nombramiento de Gobernador y Capitan General y Justicia Mayor de Nueva-España MS. V. tambien á Bernal Diaz, cap. 168.

guió solo hacerlo aparecer mas oscuro é indigno al lado del brillante y famoso de sus contemporáneos. El ha dejado una muestra del fuerte ascendiente que el clero ejerció en Castilla en el siglo XVI, pues que un hombre tan inepto llegó á tan alto puesto, y se conservó en él áun despues de haber manifestado que no era digno de ocuparlo (1).

Los comisionados de traer á Cortés la resolucion de la córte, tocaron en Cuba, en donde al son de las trompetas se publicó la noticia de su llegada; lo cual desconcertó todas las esperanzas del gobernador Velazquez. Viéndose burlado en sus pretensiones y empobrecido por los gastos hechos en una expedicion cuyos frutos recogieron otros, áun aguardaba una reparacion de tantos daños, y secretamente alimentaba la esperanza de vengarse algun dia; cosa que por tanto tiempo se le habia frustrado. El tiempo de realizarla habia llegado, pero en el tono seco é imperioso de los acuerdos de la córte, conoció que era preciso renunciar á toda idea de reparacion, y el orgulloso gobernador, arruinada su fortuna, deshonrado á los ojos de su nacion, se vió humillado en el polvo. Despues de esto no volvió á tener consuelo y cayó en una gran melancolía, de cuyas resultas segun dicen, murió á poco tiempo (2).

El retrato que ordinariamente se pinta de Velazquez, no le hace favor; pero con todo Las-Casas habla bien de él, y es de advertir que cuando no intervienen las preocupaciones del obispo, apénas hay mejor autoridad. Mas Las-Casas le conoció cuando por la primera vez habia venido á Cuba: el gobernador le habia tratado con cortesía y hasta con confianza, y es muy natural que la afabilidad de un alto personaje haya prendado al pobre eclesiástico. En la mayor parte de las noticias que nos han quedado de Velazquez, se le pinta altanero, pagado de su autoridad y codicioso de dinero. Rompió con Grijalva el predecesor de Cortés, sin tener motivos para ello, y con este último tuvo una injusta desavenencia poco ántes de salir la flota. Sus pretensiones eran absurdas: queria que otros peleasen en el campo de batalla y recoger él los laureles: que otros hiciesen descubrimientos para él aprovecharse de ellos.

(1) El carácter de Fonseca ha sido trazado por la misma mano que el de Colon. (Irving, Vida y Viajes de Colon, Apéndice, núm. 32.) El retrato de ambos pasará uno al lado del otro, en esta bella página del historiador; aunque pintados por dos plumas tan diversas como la de oro y la de hierro con que nos cuenta Paolo Giovio que escribió sus composiciones.

(2) Bernal Diaz, cap. 158.

Solo una alma débil podia haberse sometido á estas condiciones, y una alma débil era incapaz de realizar tales empresas. El nombramiento que hizo en Cortés le puso en una situacion falsa para toda su vida, habiéndole sucedido que esa condicion empeoraba á cada vez que intentaba mejorarla. Si el nombramiento de Cortés habia sido un error, el de Narvaez habia sido aún mayor; porque parece que todo lo que hacia Velazquez debia ser una serie de dislates.

La nueva de que el emperador habia confirmado á Cortés en el mando de la Nueva-España fué recibida con universal aprobacion. El ejército se regocijaba al ver asegurada no solo la amnistía de los desmanes que habia cometido; sino tambien una señalada recompensa por los servicios que habia prestado á la corona. El nombramiento de Cortés para el mando supremo lo tranquilizó enteramente en cuanto á lo pasado, y lo dejó en holgura para pensar en sus futuras empresas. Los soldados se felicitaban para sí, de ver á su general revestido de tan amplias facultades, y al pensar en los peligros y trabajos que á su lado habian pasado se entregaban á ensueños dorados y halagüeños, que no es extraño hayan quedado sin realizarse.

CAPITULO II.

MODERNA MEXICO. — FUNDACION DE LA COLONIA. — CONDICION DE LOS NATURALES. — MISIONES CATOLICAS. — CULTIVO DE LA TIERRA. — VIAJES Y EXPEDICIONES.

(1522-1524.)

En ménos de cuatro años trascurridos desde la destruccion de México, una nueva ciudad habia salido de sus ruinas, que si era inferior á la antigua en extension, la aventajaba en solidez y hermosura. Ocupaba tan exactamente el mismo sitio que la anterior, que la plaza mayor estaba donde mismo se levantaba el enorme teocalli y el palacio de Moteuczoma; y las calles principales salian del centro de la ciudad, la atravesaban de extremo á extremo é iban á terminar en las calzadas. Sin embargo, grandes alteraciones se habian hecho en cuanto á la arquitectura y el gusto: ancháronse las calles, llenáronse muchas acequias, y los edificios fueron construidos segun el gusto y conforme á las necesidades de una poblacion europea.

En el lugar ocupado ántes por el templo del dios de la guerra se levantaba ahora una magnífica catedral consagrada á San Francisco, y para que el triunfo de la Cruz fuera mas completo, sirvieron para hacer los cimientos, los restos de las demolidas efigies de los dioses de la idolatría (1).

En un ángulo de la plaza, en el lugar mismo ocupado en lo antiguo por la pajarera real, estaba un magnífico convento de franciscanos, edificado por un lego llamado Pedro Gante, hijo natural de Cárlos V,

(1) Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 4, cap. 8.

segun cuentan (1). En otro ángulo de la misma plaza fué donde Cortés construyó su palacio propio. Era este de piedra maciza y segun cuentan se gastaron en él siete mil vigas de cedro (2). El gobierno lo tomó despues para residencia de los vireyes, y á los descendientes de Cortés, los duques de Monte Leone, se les permitió edificar otro palacio, tambien en la plaza, en el sitio mismo donde por una extraña coincidencia habia estado el palacio de Mocteuzoma (3).

Las casas ocupadas por los españolés eran de piedra y de tal solidez, que podian servir de fortalezas (4). Los edificios de los indios eran por lo comun de inferior clase, y ocupaban el barrio de Tlatilolco ; donde habian hecho el último esfuerzo en favor de su libertad. Tambien allí habia un templo espacioso y otros treinta mas pequeños, que probaban el empeño que tomaron los españoles por el bien espiritual de los conquistados (5). En velar sobre su rebaño de indígenas y en cuidar de los hospitales que al instante fueron planteados en la nueva capital, es en lo que el buen fraile Olmedo, ya agobiado por los achaques, empleó los últimos dias de su vida (6).

Para mayor seguridad de los españoles construyó Cortés una plaza frente á un lugar conocido despues con el nombre del *Matadero* (7). Estaba provista de un arsenal donde fueron guardados los bergantines que habian servido en el sitio de México, como una memoria de la conquista. Concluida la fortaleza se encontró el general con que, gracias á la enemistad de Fonseca, no habia artillería con que defenderla. Las primeras faltas las cubrió mandando fundir cañones de cobre que abundaban mucho en el país, y de estaño extraido de las minas de Tasco. Con estos arbitrios y con algunas piezas que sacó de las naves, logró reunir hasta setenta cañones para artillar la plaza. En cuanto á las balas, que en aquel tiempo eran muy usualmente de piedra, no hubo dificultad; mas para la fabricacion de la pólvora, aunque habia nitro en abundancia fué menester sacar el azufre de la boca del gran volcan, y

(1) Clavijero, Stor. del Messico, tomo I, pág. 271. Humboldt, Essai Politique, tomo II, pág. 58.
(2) Herrera, *ubi supra*.
(3) Humboldt, op. cit. tom II, pág. 72.
(4) Relac. d'un gent. huom. ap. Ramus., tom. III, fol. 309.
(5) Ibid., *Ubi supra*.
(6) B. Diaz, cap. 177.
(7) Relac. Cuart. p. 376, nota.

emprender una expedicion peligrosa (1). Tales fueron los esfuerzos de Cortés por triunfar de todos los obstáculos que la malicia de sus enemigos le habia opuesto en su carrera.

El cuidado primero que tuvo el general, despues de hecho lo anterior, fué atraer á la capital una poblacion numerosa; para lo cual invitó á los españoles ofreciéndoles tierras y casas, y á los indios les permitió vivir bajo sus caciques y gozar de várias inmunidades. Mediante esta proteccion y fomento, se logró que en pocos años habitaran las inmediaciones de la plaza mayor cosa de dos mil familias, y en el barrio de Tlatilolco como treinta mil (2). Volvieron á restablecerse todos los giros: los canales volvieron á estar cubiertos de canoas: pusiéronse dos grandes mercados donde se expendian todos los productos y artefactos de las provincias comarcanas; y en una palabra, la ciudad estaba ocupada por una poblacion activa y laboriosa, en que el blanco y el indio, el conquistador y el conquistado se mezclaban en pacífica y agradable confusion. Todavía no habian pasado veinte años de conquistado México, cuando un misionero que lo vió tuvo la temeridad y la credulidad de asegurar, «que la Europa no podia preciarse de tener una ciudad tan bella y opulenta como México (3).»

La capital de nuestros dias parece diferente de la reedificada por Cortés, á causa de que las aguas ya no entran hasta sus calles, ni bañan el vasto circúito de sus murallas; estas aguas se han retirado hasta el reducido lago de Tetzcoco, y la calzada que en un tiempo atravesaba la parte mas profunda del lago, apénas se puede distinguir de las otras que salen de la ciudad. Sin embargo ésta, embellecida cada vez mas por los vireyes que han gobernado la Nueva España, es todavía la misma que construyeron los conquistadores, y los sólidos y grandes edificios que áun quedan de aquel tiempo, y su magnificencia y sime-

(1) Véase la relacion de esta singular empresa en el tom. II, p. 31 de esta obra.

(2) Cortés contando únicamente la poblacion india, dice, *treinta mil* (Ubi supra). Gomara contando toda la poblacion de México. algunos años despues, hace subir el número de vecinos al que se dice en el texto.

(3) Toribio, Hist. de las Ind. MS., parte 3, cap. 7. Sin embargo, apénas hay cosa mas extraña que lo que dice el conquistador anónimo: « Cosi ben ordinato et di se belle piazze et strade quanto et áltre citá che siano al mondo. » Relac. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

tría prueban la prevision de su fundador, que parece haber querido acomodarlos á las necesidades de la futura poblacion.

La solicitud de Cortés no se ciñó únicamente á la capital, sino que se extendió á todos los puntos que eran favorables al planteo de algun establecimiento. Fundó á Zacatula en la costa del Mar, impropiamente llamado Pacífico; á Colima en Michoacán; á San Estevan en la costa del Atlántico, probablemente no léjos de Tampico; á Medellin (llamado así del nombre del lugar donde nació Cortés) cerca de Veracruz; y un puerto cerca del Rio de la Antigua, de donde sacó su nombre. Este puerto estaba destinado á reemplazar al de Villa Rica, que como lo vimos, no ofrecia á los buques abrigo contra los nortes que soplan con fuerza en el Golfo Mexicano; miéntras que el de la Antigua, resguardado por los ancones de una bahía, ofrecia un paraje seguro. Cortés fundó allí un puerto comercial, lo comunicó con la capital del vireinato por un buen camino, y predijo afirmativamente que aquel puerto sería con el tiempo el emporio del comercio de todo el país (1): en lo cual se engañó, pues por motivos difíciles de saber, se le removió de allí y se le mudó á fines del siglo XVI, á la moderna Veracruz, la cual aunque no tiene sobre la Antigua ninguna ventaja ni por su salubridad ni por su posicion geográfica, ha quedado desde entónces siendo la principal ciudad comercial de Nueva-España.

Cortés fomentaba las nuevas colonias concediendo tierras y privilegios municipales; pero la dificultad principal consistia en inducir á las mujeres á quedarse en el país, y sin ellas las colonias no podian subsistir como no puede subsistir un árbol al cual le faltan las raíces. Para obviar á este inconveniente, mandó que todos los colonos, siendo casados, trajesen á sus mujeres por diez y ocho meses, so pena si no lo hacian, de perder las tierras que se les hubiesen concedido. Si eran tan pobres que no podian hacerlo por sí mismos, el gobierno les ayudaba. En virtud de otra ley semejante se imponia la misma pena á los célibes que no se casasen dentro del mismo plazo. Parece que el general reputa-

(1) « Y tengo por cierto que aquel pueblo ha de ser, despues de esta ciudad, el mejor que hubiere en esta Nueva-España. » (Relac. Quart. p. 382). El arzobispo Lorenzana confunde esta ciudad con la moderna Veracruz; pero la descripcion que el general hace del puerto, desmiente esta opinion y nos confirma en creer con Clavijero que la moderna ciudad fué fundaba por el conde de Monterey, en la época quo se dice en el texto. Véase el vol. I, p. 235, nota.

ba el celibato como un lujo demasiado superfluo de un país nuevo » (1).

Su mujer Doña Catalina Xuarez fué una de las que vinieron de la isla á Nueva-España. Segun B. Diaz esta venida no fué del agrado del conquistador (2); lo que es muy posible pues parece que casó con ella á disgusto, y que su baja condicion y relaciones, le hicieron detenerse un poco en el camino de sus empresas. Sin embargo, vivieron felices en su union por algun tiempo, segun refiere Las-Casas (3), y sean cuales fueren las desavenencias que hayan tenido en el hogar doméstico, Cortés tuvo la generosidad, ó por lo ménos la prudencia de no divulgarlas. Cuando desembarcó Doña Catalina la acompañó Sandoval hasta la capital, donde fué recibida por su marido con toda galantería, y donde se le hicieron todos los honores que correspondian á su elevada clase. Pero el clima de la mesa central no le sentaba bien, por lo que murió á los tres meses de su llegada (4). Un acontecimiento tan favorable á los

(1) Ordenanzas municipales, Tenochtitlan, Marzo, 1524, MS.

La ordenanza que hizo Cortés para el gobierno de aquellos países, durante su vireinato, todavía se conserva en México, de donde obtuve la copia que poseo. Ella da testimonio de la sabiduría y penetracion de aquel ingenio, que no se olvidaba de nada de cuanto es digno de la atencion de un legislador ilustrado, y voy á citar originales las prevenciones á que me he referido en el texto.

« Item. Porque mas se manifieste la voluntad que los pobladores de estas partes tienen de residir y permanecer en ellas, mando que todas las personas que tuvieren Indios, que fueren casados en Castilla y en otras partes, que traigan sus mujeres dentro de un año y medio primero siguientes de como estas ordenanzas fueren pregonadas, so pena de perder los Indios, y todo lo con ellos adquirido é granjeado; y porque muchas personas podrian poner por achaque aunque tuviesen aparejo de decir que no tienen dineros para enviar por ellas, por hende las tales personas que tuvieran esta necesidad parezcan ante el Reverendo Padre Fray Juan de Teto y ante Alonso de Estrada, tesorero de su majestad, á les informar de su necesidad, para que ellos la comuniquen á mí, y su necesidad se remedie; y si algunas personas hay que casados y no tienen sus mujeres en esta tierra, y quisieran traerlas, sepan que trayéndolas serán ayudadas así mismo para las traer, dando fianzas.

» Item. Por cuanto en esta tierra hay muchas personas que tienen Indios de encomienda y no son casados, por hende porque conviene así para *la salud de sus conciencias de los tales* por estar en buen estado, como por la poblacion é noblecimiento de sus tierras, mando que las tales personas se casen, traigan y tengan sus mujeres en esta tierra dentro de un año y medio, despues que fueren pregonadas estas dichas ordenanzas, é que no haciéndolo por el mismo caso sean privados y pierdan los tales Indios que así tienen. »

(2) B. Diaz, Hist. de la Conq., cap. 160.

(3) Véase ántes el tom. I, p. 160.

(4) De asthma, segun B. Diaz (*ubi supra*): mas parece que su muerte fué mas súbito de lo que debiera haber sido á resultas de tal enfermedad. Mas adelante volveré á tocar este punto.

proyectos ambiciosos de Cortés, no pudo dejar de originar rumores malignos aunque infundados, inútil es decirlo.

Al distribuir el país entre los conquistadores, adoptó Cortés el vicioso sistema de los repartimientos, entónces tan usado por sus compatriotas. En una de sus cartas al emperador le dice que en atencion á la alta capacidad de los indígenas de la Nueva-España, habia creido sería agravio inmerecido condenarles á la servidumbre como se habia hecho con los isleños; mas con el trascurso del tiempo, viendo á los españoles tan atareados y pobres que no era posible que permaneciesen en el país sin valerse del trabajo de los indios, hizo aparte todo escrúpulo y miramiento y accedió á las repetidas instancias de los españoles. Este era el miserable pretexto á que se acudia siempre para paliar las mas atroces injusticias (1). Sin embargo, la corona desaprobó esta conducta del general y anuló los *repartimientos* hechos (2); pero todo fué en vano, porque la necesidad, ó por mejor decir la codicia de los conquistadores eludió todas las determinaciones del rey. La legislacion colonial de España es una muestra de la inutilidad de todas las medidas contra la esclavitud, de la perpetua lucha entre la metrópoli y los colonos, y de la impotencia de la primera para establecer por la fuerza un sistema contrario á los intereses de estos últimos. La Nueva-España no ha sido una excepcion á este hecho universal.

Los tlaxcaltecas en recompensa de sus servicios, y á solicitud de Cortés, quedaron exentos de la esclavitud. Tambien se debe decir en obsequio de la verdad, que el conquistador al establecer los repartimientos, llevado de un principio de equidad impuso ciertas restricciones á la autoridad de los señores, y concedió á los indios todas las prerogativas que eran compatibles con un trabajo forzado (3); aunque es verdad que estas restricciones eran atropelladas por los colonos, y que especialmente en las provincias pequeñas la condicion de los indígenas era en extremo deplorable. Pero á pesar de todo, la poblacion indígena, acu-

(1) Relac. Terc. págs. 319, 320.

(2) Herrera, Hist. Gral. dec. 3, lib. 5, cap. 1.

(3) Id. dec. 4, lib. 6, cap. Ordenanzas, MS.

En estas ordenanzas se prefijan cuáles deberán ser las horas de trabajo, cual la ocupacion, cuál el alimento, la recompensa, etc. Imponen al *encomendero* la obligacion de instruir y doctrinar á los indios; mas ¿de qué sirven las mejores leyes, cuando por su propia naturaleza se deja abierta la puerta para los abusos?

mulada en sus ciudades y pueblos y sometida á sus antiguos magistrados, probaba con su número, si bien muy inferior á lo que habia sido ántes, que su condicion era muy superior á la de la mayor parte de los habitantes de las vastas colonias españolas (1). Esta condicion fué mejorando paulatinamente bajo el influjo de los adelantos de la moral y de la administracion, hasta que por último, los serviles descendientes de los antiguos señores de la tierra, lograron nominalmente á lo ménos, igualar en la republicana México, á los hijos de sus conquistadores.

Aunque se atropellaba con todos los derechos políticos de los naturales, Cortés manifestó un laudable empeño por procurar su bien espiritual. Suplicó al emperador que le mandara eclesiásticos; no obispos ni encumbrados prelados que muy frecuentemente disipan los tesoros de la Iglesia en el lujo de una vida espléndida; sino á personas ascéticas, miembros de las comunidades religiosas, y cuyas vidas parecian un comentario de sus predicaciones.

« Así, solo así, » añade (y la observacion es digna de atencion) « podrán ejercer influjo en los indios acostumbrados á ver en sus sacerdotes castigada con el último rigor de la ley, áun la menor falta » (2). En consonancia con estas advertencias, fueron enviados á Nueva-España doce frailes franciscanos que desembarcaron en 1524. Eran de una vida ejemplar, estaban imbuidos en las ciencias eclesiásticas y del mismo modo que otros muchos que la Iglesia Católica ha enviado á esas misiones apostólicas, eran de esos hombres que no perdonan sacrificio por servir á la causa á que se han consagrado (3). La llegada de los reverendos padres fué recibida en todo el país con gran regocijo. Los habitantes de las ciudades por donde debian transitar, salian á recibirles en tropel: formaban procesiones de indios con cirios, y las campanas de las iglesias eran repicadas en festejo y honor de la llegada de los misio-

(1) D. Francisco Navarro y Noriega regulaba la poblacion de Nueva-España, en 1810, en cerca de 6,000,000, de los que mas de la mitad eran indios puros. Es de saberse que el autor tenia motivos para estar bien instruido sobre estos particulares. Véase Humboldt, Essai politique, tom. 1, págs 318, 319: nota.

(2) Relac. Quart. págs 391, 394. El gobierno accedió á estas peticiones de los conquistadores, y ademas prohibió á los licenciados y jurisperitos venir á aquel país, por haber probado la experiencia que con sus malas artes turbaban la paz de la comunidad. (Herrera, Hist. Gral., dec. 3, lib. 5, cap. 2). Estas prohibiciones no son mas que un homenaje insignificante al alto carácter de las dos profesiones.

(3) Toribio, Hist. de las Ind., MS., Part. I, cap. 1. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

neros. En todo el camino desde el puerto hasta la capital, se les prepararon alojamientos donde descansasen; y al llegar á México salió á recibirles una reunion de los principales caballeros, presididos por Cortés, quien apeándose y poniendo en tierra una rodilla, besó respetuosamente los hábitos del P. Fray Martin Valencia, cabeza de la comunidad. Los naturales al ver la humillacion del virey ante hombres descalzos, con vestiduras desgarradas y que tenian el aspecto de mendigos, comenzaron á verles de allí adelante como á séres de una naturaleza superior. El cronista indio de Tlaxcallan no disimula la admiracion que le causó aquel acto de acatamiento de Cortés, que él califica de « ¡ uno de los hechos mas heróicos de toda su vida! » (1)

Los misioneros no perdieron tiempo en la buena obra de la conversion. Comenzaron sus predicaciones mediante intérpretes miéntras adquirian el necesario conocimiento en la lengua de los naturales. Fundaron escuelas y colegios donde la juventud india adquiria instruccion, así en las ciencias profanas, como en las sagradas. El ardor de los neófitos indios, igualaba al de sus maestros. En pocos dias desapareció del suelo, hasta el último vestigio de los antiguos *teocallis*. Los horrorosos ídolos, y desgraciadamente tambien los MSS geroglíficos, corrieron la misma suerte; sin embargo de que los misioneros y sus catecúmenos hicieron todo lo posible por reparar estas pérdidas, sacando copiosas y completas noticias sobre las instituciones de los aztecas, de las fuentes mas puras (2).

(1) Cuyo hecho del rolísimo y humilde recibimiento, fué uno de los heróicos hechos que este capitan hizo, porque fué documento para que con mayor fervor los naturales de esta tierra viniesen á la conversion de nuestra fe. (Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS.) Véase tambien B. Diaz, (Hist de la Conq. cap. 179). El arzobispo Lorenzana no se quedó inferior al historiador tlaxcalteca, al admirar el celo prodigioso del gran conquistador, lo que segun nos asegura, le asombra y maravilla por parecerle mas propio de un misionero apostólico, que de un soldado, (Pág. 393, nota.)

(2) Toribio, Hist. de los Ind., MS. parte 3, cap. 1.

El padre Sahagun que en esta línea hizo mayores servicios que ninguno de su órden, describe con sencillez y brevedad lo que se practicaba para verificar con prontitud la demolicion. « Tomamos á los hijos de los caciques y los pusimos en nuestras escuelas, donde les enseñamos á leer, escribir y contar. Los hijos de los mas pobres son llevados á los atrios y allí se les instruye en la fe cristiana. Despues de la leccion uno ó dos de nuestros hermanos toman á los discípulos, les llevan á un teocalli inmediato, y despues de algunos dias de trabajo lo dejan completamente arrasado. De esta suerte han sido destruidos los templos de los aztecas, tan totalmente que no han quedado ni vestigios de uno de

La obra de la conversion progresaba rápidamente entre todas las tribus de la gran familia Nahuatlaca; de modo que al cabo de veinte años de venidos los misioneros se jactaba uno de ellos de haber convertido á nueve millones de infieles, número que probablemente excedia al de toda la poblacion (1). El culto azteca era notable por lo escrupuloso de su ceremonial, y disponia favorablemente á los que lo profesaban para admitir el pomposo y brillante ritual de la religion romana: no fué difícil pasar de las fiestas y ceremonias de una religion, á las fiestas y ceremonias de la otra: trasferir el culto á los ídolos espantosos de aquel culto, á las bellas imágenes en pintura y escultura que adornaban la catedral cristiana. Verdad es que los convertidos comprendian mal los dogmas de su nueva fe, y áun ménos comprendian su verdadero espíritu; pero si el filósofo se rie al ver esta conversion mas bien de forma que de sustancia, el filántropo debe consolarse al considerar cuánto ganaron la humanidad y la moral, con la sustitucion de ceremonias inmaculadas y pacíficas en vez de los cruentos y abominables sacrificios de los aztecas.

Los conquistadores eligieron para residir habitualmente, los lugares que mas se acomodaban á sus inclinaciones. Muchos ocuparon la falda sudeste de las cordilleras que cercan el rico valle de Oaxaca. Otros en número mas considerable se extendieron por la dilatada mesa central, que á causa de su posicion elevada les recordaba llanuras de su Castilla, ademas de que allí estaban cerca de esa cadena de inagotables veneros que despues han inundado á la Europa con un diluvio de plata. La verdadera riqueza mineral del país no fué conocida ni explotada hasta mucho tiempo despues pero algunas pocas minas, como las de Zacatecas, Guanajuato y Taxco (las últimas de las cuales ya eran conocidas en tiempo de Mocteuczoma), comenzaron á ser trabajadas una generacion despues de la conquista (2).

Mas la principal riqueza de los primeros fundadores, consistia en los productos vegetales, tanto indígenas como de los que Cortés con sábia prevision habia hecho traer de Europa. El habia recomendado encareci-

ellos. » (Hist. de la Nueva-España, tom. III, p. 77.) Este solo pasaje basta para explicar por qué han quedado en México tan pocos restos de la arquitectura india.

(1) « De manera que á mi juicio y verdaderamente serán bautizados en este tiempo que digo, que será quince años, mas de nueve millones de animas de indios. » Toribio, Hist. de los Ind., MS., parte 2, cap. 3.

(2) Clavijero, Hist. del Méssico, tom. I, p. 43. Humboldt, Essai politique, tom. III, p. 115, 145. Exposicion de D. Lucas Alaman (México, 1828, pág. 59.)

damente que todo buque que viniese, trajera cierta cantidad de semillas y plantas (1). Puso como condicion para poseer tierras en la mesa central que cada propietario habia de plantar en las suyas, cierto número de viñedos (2). Ademas estableció que nadie tuviese derecho á sus tierras sino despues de cultivarlas por ocho años (3). Conoció que solo la residencia fija podia crear ese interes en la cultura de la tierra que la hace mejorar, y que el sistema opuesto habia causado el empobrecimiento de los mejores establecimientos de las Islas. Estas diferentes medidas, muchas de ellas no muy del gusto de los colonos, hicieron que la agricultura del país se enriqueciera con la mayor parte de los granos europeos y con otros vegetales exóticos, para los cuales era sumamente propio el variado clima de la Nueva-España. La caña de azúcar fué traida de las Islas inmediatas y plantada en los bajíos, y esta planta, el añil, el algodon y la cochinilla fueron para la colonia artículos mas productivos que los mismos metales preciosos.

Bajo el sol de los trópicos, el durazno, el almendro, el naranjo, la vid y el olivo, ántes desconocidos en ellos, florecieron en jardines situados á una altura dos veces mayor que la en que en el otoño se suspenden las nubes sobre nuestra cabeza. La importacion de un fruto ó vegetal europeo era mirada con deleite por el sencillo colono: la primera cosecha de los frutos exóticos era celebrada con una fiesta y los convidados se felicitaban recíprocamente como si hubiese llegado algun antiguo amigo que les traia á la memoria los dulces recuerdos de lo pasado y las tiernas memorias del suelo natal.

Aunque ocupado en procurar los adelantos interiores del país, no por eso dejaba Cortés de proyectar conquistas y descubrimientos. Ya en el capítulo anterior le hemos visio armando una flota que explorase el puerto de Zacatula en las costas del Pacífico; mas la tal flota se incendió en el astillero ya que estaba casi concluida, lo que fué grande atraso por cuanto los materiales debian ser traidos de Villa Rica atravesando

(1) Para que cada navio trajese cierta cantidad de plantas que no puede salir sin ellas, porque será mucha causa para la poblacion y perpetuacion de ella. Relac. Quart p. 397.

(2) Item. Que cualquiera vecino que tuviera indios de repartimiento sea obligado á poner en ellos en cada un año, con cada cien indios de los que tuvieren de repartimiento, mil sarmientos, escogiendo lo mejor que se pudiese hallar. Ordenanzas municipales, año de 1524, MS.

(3) Ordenanzas municipales, año de 1524, MS.

todo el país; pero Cortés con su prontitud acostumbrada trató de remediar aquella pérdida. Escribió al emperador que en breve estaria otra nueva flota en aquel puerto, y que no dudaba que su majestad sería dueño de mas tierras y reinos, que los que jamas habia poseido nacion alguna (1). Esta magnífica promesa comprueba que era sentir comun de los españoles en aquel tiempo, que el Pacífico era el famoso Océano Indio plagado de Islas, ricas de oro y de todos los tesoros del Oriente.

El principal objeto de esta flota era descubrir el estrecho que se suponia unir el Atlántico con el Pacífico. Al mismo tiempo se envió por el Golfo de México, con direccion á la Florida, otra escuadrilla compuesta de cinco buques, con el objeto de buscar el mismo estrecho; porque es de saberse, aunque hoy nos cause risa tal ilusion, que en aquel tiempo se tenia por cierto que existia un estrecho en aquella direccion, y que por él se podria pasar á las aguas que despues atravesaron las quillas de Magallanes (2).

El descubrimiento de ese estrecho habia sido desde en tiempo de Colon la gran empresa náutica. Ese descubrimiento era en el siglo XVI, lo que es en el nuestro el del paso Noroeste; el *ignis fatuos* de los navegantes. La existencia de un continente americano habia sido revelada por las excursiones de Cabot al Septentrion, y de Magallanes al Mediodía. La proximidad de los dos océanos cuyas aguas bañaban á las costas orientales y occidentales de dicho continente, era tambien una cosa establecida por los descubrimientos tanto de Balboa como de Cortés. Los sabios de Europa no podian comprender qué designio al parecer tan extravagante y contrario á los intereses de la humanidad, podia haber tenido la naturaleza, al interponer entre las aguas de ambos mares una barrera insuperable. La correspondencia de los sabios de la época (3), las cartas de Cortés y las de Colon, las instrucciones de la córte, trataban frecuentemente de este punto favorito. « Vuestra majestad puede estar seguro, » escribia Cortés, « de que sabiendo cuanto empeño tiene

(1) Tengo de ser causa que vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de mas reinos y señoríos que los que hasta hoy eñ vuestra nacion se tiene noticia. Relac. Quart. p. 374.

(2) « Aunque tengo á Cortés, » dice Oviedo, « por el mayor capitan y por el mas experimentado en las cosas militares, de cuantos he conocido, creo que tal opinion prueba que no era gran cosmógrafo. » (Hist. de los Ind., MS., lib. 33; cap. 11.) Oviedo vivió lo bastante para ver su error.

(3) Mártir, Opus epistolarun, epist. 811.

vuestra majestad en el descubrimiento *del gran secreto de un estrecho*, al logro de tan importante objeto pospondré todos mis proyectos y propósitos, áun los de mayor cuantía (1).

En parte con este mismo objeto hizo armar una gran flota que fué confiada al valiente Cristóbal de Olid, uno de los oficiales que como recordará el lector, mandaban una de las divisiones sitiadoras. Debia dirigirse á Honduras y en la costa septentrional fundar una colonia, y despues de esto despachar parte de la flota, hácia el istmo de Darien, en busca del tan suspirado estrecho. Se divulgó que el país era riquísimo en oro, tanto que los pescadores usaban de él para los pesos de sus redes. La vida de los descubridores españoles fué un largo sueño dorado. ¡Sus ilusiones se sucedian una tras otra como las redomas ó burbujas de jabon que arrojan los niños ; y lo mismo de hermosas y de delicadas ! ¡ Vivian en un mundo encantado (2)

A esta expedicion por mar se agregaba otra por tierra, confiada á Alvarado, quien con un número considerable de españoles é indios debia bajar la falda meridional de la Cordillera y penetrar en el país contiguo al rico valle de Oaxaca. Las campañas de este capitan osado y rapaz, tuvieron por término la importante conquista de Guatemala. El general reencargó muy particularmente á sus tenientes que le enviasen noticias completas acerca de los países que visitasen, los productos de su suelo y los recursos en general ; siendo el resultado de este encargo que recibiera las comunicaciones mas prometedoras é interesantes (3). En sus instrucciones para la conquista de estos países recomendaba el buen trato á los naturales, y una política que bien pudiera llamarse humana, al ménos en cuanto es compatible con un sistema de dominacion (4).

(1) Relac. Quart. p. 385.

(2) Esta ilusion la fomentaban los continuos envios que se hacian á España de oro y joyas primorosamente trabajadas. Una de las cosas que mandó Cortés á España fué una pieza de artillería, hecha de oro y plata, y cuyos materiales solamente, valian 25,500 ps. de oro. Oviedo que la vió en el palacio habla de ella con admiracion. Hist., de los Ind., MS., lib. 33, cap. 41.

(3) Entre estas pueden enumerarse particularmente las cartas de Alvarado y Diego de Godoy trascritas por Oviedo en su obra,(Lib. 33, cap. 42), y traducido por Ramusio en su rica coleccion. (Viaje I, tom. III.)

(4) Véanse entre otras cosas las instrucciones á su pariente Francisco Cortés. « Instruccion civil y militar por la expedicion de la costa de Colima. » Este documento tiene fecha del año de 1524, y pertenecen á la coleccion de MSS. de Muñoz.

Mas desgraciadamente el cáracter cruel de sus tenientes hacia inútiles esas prevenciones.

En la carrera de sus conquistas logró Cortés en el breve espacio de tres años subyugar un país de 400 leguas de extension por el lado de el Atlántico, y de mas de 500 por el del Pacífico; y con excepcion de unas cuantas provincias, consiguió tener completamente pacificados tan vastos territorios (1). Para lograrlo habia impedido considerables gastos cubiertos, ya con los tributos que las provincias sometidas pagaban á semejanza de como lo hacian ántes de la conquista, con sus señores respectivos, ya con las sumas adquiridas bajo su propia responsabilidad y por las cuales pidió una remuneracion al gobierno. La celebridad de su nombre y las estupendas maravillas que de él se contaban, atrajeron á la Nueva-España una infinidad de aventureros que sirvieron á Cortés para sus ulteriores empresas.

El que quiera formarse una idea cabal de este hombre notable, no debe ceñirse á considerarlo durante la conquista. Verdad es que su carrera militar lo coloca al lado de los mas grandes capitanes de su época, pero su vida despues de la conquista ofrece nuevos y mas elevados puntos de vista desde donde estudiarle; pues le vemos, ya organizando un sistema de gobierno bajo el cual pudieran vivir sujetas razas heterogéneas y áun opuestas que comenzaban á vivir juntas; ya reparando los desastres de la guerra, ya empleando todas fuerzas en descubrir los recursos que encerraba el país, y en desenvolverlos en toda su plenitud. La narracion de estos acontecimientos podrá parecer lánguida despues de la de hazañas tan famosas y extraordinarias como las de la conquista; mas solo reflexionando en los sucesos posteriores, se podrá formar una idea exacta del sagaz y vasto genio de Cortés.

(1) Relac. Quart. p. 371.
« Es para causar admiracion, » dice el arzobispo editor de estas cartas, « cómo Cortés y sus soldados en tan poco tiempo andaban tantas tierras de tan ásperos é incógnitos caminos cuando hoy aun con dificultad los podemos penetrar. » Ibid., *ubi supra*, nota.

CAPITULO III.

DEFECCION DE OLID.— PELIGROSA MARCHA A HONDURAS.— SUPLICIO DE CUAUHTEMOTZIN. — DOÑA MARINA.— LLEGADA A HONDURAS.

(1524.—1526.)

En el capítulo anterior hemos visto que Cristóbal de Olid fué enviado por Cortés á fundar una colonia en Honduras. La expedicion tuvo un éxito que no habria sido fácil prever porque engreido Olid con el ejercicio del poder, resolvió luego que hubo llegado al lugar de su destino, alzarse con el mando y declararse independiente, lisonjéandose de que su gran distancia de México le permitiria hacerlo impunemente; mas fué desconocer enteramente el carácter de Cortés, figurarse que ninguna distancia, por grande que fuese, podia salvar de su venganza á un rebelde.

Pasóse mucho sin que el general supiese de la defeccion de Olid; mas no bien llegó á su noticia cuando mandó á Honduras á uno de sus oficiales, pariente suyo y digno de toda su confianza, con órdenes de arrestar al jefe desobediente. Francisco de Las-Casas, era el nombre de ese oficial que naufragó cerca de la costa y cayó en manos de Olid; mas por una casualidad logró promover en el campamento de éste una iusurreccion, se apoderó de su persona y decapitó al desventurado delincuente, en el mercado de Naco (1).

De todo esto lo único que supo Cortés fué el naufragio de su emisario; por lo que, considerando las perniciosas consecuencias del ejemplo dado por Olid especialmente si quedaba impune, determinó coger el negocio por su propia cuenta y emprender una expedicion á Hondu-

(1) Carta Quinta de Cortés, MS.

ras. Proponíase ademas asegurarse por sí mismo de los recursos de aquellas provincias cuya riqueza minera era tan celebrada; y acaso tambien descubrir la comunicacion entre los dos Océanos, que inútilmente se habia buscado por los navegantes españoles. Impulsábale finalmente á dar este paso la desventajosa posicion en que se encontraba en México, adonde habian llegado recientemente de la madre patria, vários funcionarios que aunque tenian por objeto ostensible cuidar de as rentas de las colonias, no eran en realidad sino espías que no perdian ocasion de mortificarle y que enviaban á la córte los mas malignos informes acerca de la conducta y proyectos del general. En suma, Cortés se encontraba ahora que habia sido nombrado legalmente gobernador general de las tierras descubiertas por él, con ménos poder del que ejercia cuando carecia de toda autorizacion.

Las fuerzas que llevó consigo no pasarian de 100 jinetes y 40 ó 50 infantes, á lo que se agregaban 3.000 indios auxiliares (1). Estaban entre ellos Cuauhtemotzin, el cacique de Tlacopan y algunos otros personajes cuya alta calidad les habria hecho servir fácilmente de núcleo á los descontentos. Su servidumbre se componia de varios pajes, jóvenes de buena familia, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador de Yucatán; un repostero, un mayordomo y varios músicos, danzantes, juglares y bufones; séquito que parecia mas bien el de un afeminado sátrapa de Oriente, que no el de un rudo caballero español (2). Sin embargo, la sospecha de afeminamiento quedó desvanecida por los terribles sucesos subsecuentes.

Cortés emprendió su marcha el 12 de Octubre de 1524. Al bajar la falda de la Cordillera comenzó á encontrar á varios de sus antiguos camaradas, que recibieron con regocijo á su comandante, y abandonaron sus tierras para entrar en la expedicion (3). Detúvose en la provincia de Coatzacoalco (Huazacualco) miéntras le instruian los naturales de Tabasco, del camino que debia tomar. Presentáronle un mapa donde es-

(1) Carta de Albornoz, MS., México, Diciembre 15 de 1525. Carta Quinta de Cortés, MS.

Los autores no están enteramente concordes en cuanto al número que probablemente iria, variando á cada nuevo paso quedaban en la mesa central.

(2) Bernal Diaz, cap. 174.

(3) Entre ellos estaba el capitan Diaz, á quien no hizo muy buena gracia tener que dejar la bella quinta que poseia en la provincia de Coalzacoalco; « pero Cortés lo mandaba y no nos atreviamos á decir no. » Ibid., cap. 175.

taban señalados los principales lugares donde acostumbraban posar los mercaderes errantes que recorrian aquellas comarcas. Ayudado de este mapa, de una brújula y de los guias que de tiempo en tiempo encontraba, determinó atravesar el extenso y plano territorio que forma la base de Yucatán, y que se extiende desde el rio Goazacoalco hasta la punta del Golfo de Honduras. «Daré á vuestra majestad» dice al empezar su Carta Quinta, «cumplida noticia, como es mi costumbre hacerlo, de todas las cosas dignas de atencion que me han acaecido durante este viaje, y de cada una de ellas daré á vuestra majestad relacion por separado (1). » No exageró Cortés en lo que ofrecia.

Al principiar su marcha atravesó un terreno bajo y cenagoso, recorrido por multitud de riachuelos que forman el nacimiento del rio de *Tabasco* y de otros que desembocan en el Golfo de México. Estos riachuelos los vadeaba ó los pasaba en canoas, haciendo que los caballos tenidos por la brida los atravesasen á nado : los mas caudalosos los pasaba mediante puentes suspendidos. Se da una idea de las dificultades y obstáculos que tuvieron en su marcha, con solo decir que en ménos de veinte leguas tuvieron que hacer mas de cincuenta puentes ; uno de los cuales tenia novecientos pasos de largo (2). Uno de los mayores trabajos que pasaron fué la falta de víveres, pues los naturales prendian fuego á sus casas luego que se acercaban los españoles, y dejaban á los desvalidos aventureros, tan solo montones de cenizas humeantes.

Sería inútil amontonar nombres de pueblos y ciudades indias de las que encontró el ejército en su ruta, y que ahora están abandonadas y no se encuentran designadas en ningun mapa (3). El primer lugar de

(1) Esta célebre carta que jamas ha sido publicada, es conocida bajo el nombre de *Carta Quinta*, de Cortés. Es casi del mismo tamaño que la mayor de las ya impresas: su estilo es como el de estas, claro, sencillo y conciso; y por último tan interesante como las otras : da una relacion escrupulosa de la expedicion á Honduras y de los sucesos acaecidos le año siguiente. No tiene fecha, mas probablemente habrá sido escrita en México ese mismo año. El original existe en la librería imperial de Viena, donde como en aquel tiempo gobernaba Alemania la misma mano que á Castilla, se encuentran documentos preciosos sobre la historia de España.

(2) « Es tierra muy baja y de muchas ciénegas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar ni se sirve sino en canoas, y con pasar yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede haber veinte leguas, se hicieron mas de cincuenta puentes, que sin facer fuera imposible pasar. » Carta Quinta, MS.

(3) He examinado los mapas mas antiguos del país, hechos por los cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, por ver si podia determinar el itinerario de Cortés. En la

alguna importancia en que tocaron, fué Iztapan, situado en medio de una region feraz, á orillas de uno de los tributarios del rio de Tabasco. Tal era el duro extremo á que el hambre y el cansancio habian reducido á los españoles en pocas semanas que al ver aquel pueblo «prorumpieron,» dice Cortés, «en un grito de alegría que resonó en los bosques convecinos.» El ejército no distaba mucho de la antigua ciudad del Palenque, objeto de tantas especulaciones en nuestro siglo. Cuentan que el pueblo llamado *de las tres cruces*, situado á veinte ó treinta millas del Palenque, recuerda todavía con las tres cruces que dejaron allí clavadas, el paso de los conquistadores. Sin embargo, nada hablan los castellanos de aquella antigua capital. ¿ Sería entónces el último resto de una ciudad tan vasta y floreciente como demuestran sus ruinas? ¿ Ya sería monton de escombros oculto bajo una vegetacion selvática y escondido así de las miradas de los pueblos comarcanos? Si así fuese lo primero no sería fácil explicar el silencio de Cortés.

Luego que dejaron los españoles á Iztapan entraron en un país bajo y pantanoso, interrumpido de vez en cuando por plantíos, y cubierto de bosques de cedro y de palo del Brasil que parecian interminables. El follaje que colgaba de las copas de los árboles esparcia una sombra tan oscura que los soldados, segun dice Cortés, no veian donde asentaban el pié (1). Para que mayor fuese su confusion, se vieron abandonados de los guias, y cuando para descubrir el camino trepaban á la copa de los árboles, solo distinguian una ingrata é interminable línea de bosques mecidos por el viento. La brújula y el mapa es lo que únicamente podia sacarles de tan tenebrosa incertidumbre; por lo que Cortés y el constante Sandoval que le acompañaba en esta expedicion, extendieron los mapas en el suelo, para ver si encontraban algun indicio de la direccion que debian seguir. Sus recursos se agotaron hasta verse obligadas las tropas á alimentarse de bellotas y de frutas silvestres. Gran número de soldados enfermaron y muchos indios agobiados de fatiga perecieron en el camino, de pura consuncion.

Universidad de Harvard se puede ver una preciosa coleccion de estos mapas, hecha por el sabio aleman Ebeling. En dicho mapa solo he podido encontrar cuatro ó cinco lugares de los indicados por el general: son los mencionanos en el texto, y aunque pocos pueden bastar para formarse en general una idea de la marcha del ejército.

(1) « Donde se ponian los piés en el suelo hácia arriba, la claridad del cielo no se veia, tanta era la alteza y espesura de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de piedra. » Carta Quinta de Cortés, MS.

Cuando por último salieron de aquellos bosques aciagos, se encontraron con un rio mas caudaloso y de mucha mayor anchura que cuantos hasta entónces habian atravesado. Los soldados desanimados y sin aliento, comenzaron á murmurar del general que les hacia penetrar cada vez mas y mas en desiertos deshabitados, donde probablemente dejarian sus huesos. En vano les exhortaba Cortés á fabricar un puente mediante el cual pudiesen pasar á la orilla opuesta: parecíales esto obra de colosal magnitud y desproporcionada á sus extenuadas fuerzas. No fué tan desgraciado cuando invitó á los indios, quienes con su obediencia sumisa avergonzaron á los españoles que pusieron manos á la obra de tan buena voluntad, que en cuatro dias le dieron término, no obstante que parecian ya prontos á sucumbir de cansancio. Y en verdad que aquel era el único modo de salir de esa intrincada posicion. El puente constaba de cerca de mil vigas, del grueso de un hombre y de diez brazas de largo (1). Cuando se considera que toda la madera era preciso cortarla á punta de hacha, se conoce que la construccion del puente fué obra de españoles. El conjunto de las vigas ofrecia un paso tan seguro y una contextura tan sólida, que solo el fuego podia destruirla. La obra llamó la atencion de los indios que acudieron á examinarla desde grandes distancias, y durante muchos años quedó «el puente de Cortés,» como un monumento de perseverancia y energía.

La llegada del ejército á la orilla opuesta lo puso en nuevos aprietos. El piso era tan flojo y húmedo, que los caballos se hundian hasta los encuentros, y algunas veces casi quedaban enterrados en el fango de los pantanos. Costaba el mayor trabajo sacarlos de allí, mas se logró cubriendo el suelo con hojas y ramas de árboles, hasta que llegaban jadeando los animales á algun riachuelo que pasaba por en medio de la ciénega (2).

(1) « Porque lleva mas que mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre y de nueve y diez brazas en largo. » Carta Quinta, MS.

(2) « Pasada toda la gente y caballos del otro lado del alcon, dimos luego en una gran ciénega que duraba bien tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamas las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados de sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa y querer forcejear á salir, sumíanse mas, de manera que allí perdimos toda la esperanza de poder escapar caballos ningunos; pero todavía comenzamos á trabajar y á componer los haces de yerbas y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábase algo, y andando trabajando y yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio de un callejon de agua y cieno, que los caballos comenzaron algo

Luego que salieron los españoles de estos pantanos entraron en un terreno elevado y bien cultivado, cubierto de maíz, de pimiento del país y de *yuca* ; todo lo cual indicaba su proximidad á la capital de la feraz provincia de Aculan. Esto fué al empezar la cuaresma de 1525; período memorable por los acontecimientos cuya relacion sacaré de la que nos dejó el mismo Cortés.

En este lugar supo el general, por revelacion de uno de los indios que le acompañaban, que Cuauhtemotzin habia tramado una conspiracion con el cacique de Tlacopan y con otros indios principales, para asesinar á los españoles. Para realizarla se proponian esperar á que el ejército estuviese detenido en algun desfiladero ó pantano como los que acababan de pasar, en cuyo momento sería fácil agobiarlo bajo el número superior de mexicanos. Despues del asesinato se proponian los indios proseguir su marcha á Honduras y caer sobre los establecimientos españoles. Sus triunfos volarian en un momento hasta la capital y se difundirian por todo el país : los españoles serian exterminados en todas partes, y finalmente los buques serian destruidos en los puertos para que no hubiese medio de que la noticia llegara del otro lado de las aguas.

Apénas supo Cortés tan formidable plan, mandó arrestar á Cuauhtemotzin y á los principales nobles aztecas que le acompañaban. Estos últimos confesaron la conspiracion pero alegaron que su autor era Cuauhtemotzin, y que ellos se habian rehusado á ser sus cómplices. Cuauhtemotzin y el cacique de Tlacopan ni confesaron ni negaron la existencia de la conspiracion, sino que guardaron el mas obstinado silencio (1).Tal es la relacion que Cortés hace del hecho. Mas Bernal Diaz que se encontraba presente, dice : que tanto Cuauhtemotzin como el cacique, protestaron ser inocentes, aunque confesaron que mas de una vez se habian puesto á deplorar juntos los trabajos que pasaban y á decir que era preferible morir, á ver perecer diariamente junto á sí, á tantos compañeros : confesaron tambien que entre algunos aztecas se habia tratado de una conspiracion ; mas que el mismo Cuauhtemotzin la habia desaprobado, y que era imposible que nada se proyectara sin que

á andar, y con esto plugo á nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno. » Carta Quinta, MS.

(1) Ibid.

él lo supiese y lo consintiese (1). Estas protestas de nada sirvieron al mísero monarca, pues Cortés, satisfecho de la culpa del monarca, ó aparentando que lo estaba, ordenó que fuese ejecutado al instante.

Cuando le llevaban al fatal suplicio, mostró Cuauhtemotzin un espíritu digno de sus antiguos dias. «Ya yo conocia,» dijo, «lo que era fiarse á tus falsas promesas, Malintzin : sabía que este destino me preparabas desde que ví que no me maté por mi propia mano, luego que entraste en mi ciudad de Tenochtitlan. ¡ Por qué me matas tan injustamente ? ¡ Mira que Dios te pedirá cuenta de lo que ahora haces conmigo ! (2)» El cacique de Tlacopan protestó tambien ser inocente y pidió como el mayor favor que se le permitiese morir al lado de su rey. Los desventurados príncipes y algunos nobles (cuyo número es incierto,) fueron ahorcados de las altas ramas de una ceiba que está á orillas del camino (3). Tal fué el fin de Cuauhtemotzin, el último emperador azteca, y áun pudiera decirse que el último azteca, pues desde que él murió, desalentada la nacion y acéfala, se resignó casi sin oponer resistencia, al pesado yugo de los opresores.

Entre los nombres de los príncipes bárbaros apénas hay uno que merezca tanto como el de Cuauhtemotzin, estar escrito en los anales de la fama. Era aún jóven y su carrera pública aunque fué corta, fué gloriosa. Subió al trono en los momentos en que espiraba la monarquía y en que las naciones aliadas de Anáhuac y los temibles europeos estaban á las puertas de la capital. Reinar entónces era empresa ardua; mas Cuauhtemotzin probó con su conducta que era hombre proporcionado á ella. Nadie dejará de admirar la firme constancia con que prolongó el sitio de la ciudad hasta que no quedó piedra sobre piedra; y no podemos ménos algunas veces de partir nuestras simpatías entre el caudillo bárbaro que con tanta intrepidez defendia las patrias libertades, y entre su civilizado y afortunado antagonista (4).

(1) Hist. de la conquista, cap. 177.

(2) Ibid, *ubi supra.*

(3) Segun Bernal Diaz, tanto Cuauhtemotzin como el señor de Tlacopan, habian abrazado la fe cristiana, y se confesaron con un padre franciscano ántes de la ejecucion. Ademas, asegura que para ser indios eran muy buenos cristianos y creian bien y con fe. (Ibid., loco citado.) Esto recuerda la muerte de Caupolican convertido al cristianismo por los mismos hombres que le hicieron morir empalado. Véase la espantosa descripcion de esta escena, pintada por mano maestra, en la Araucana, Canto 34.

(4) La hermosa mujer de Cuauhtemoztin, Tecuichpo hija de Mocteuzoma sobrevivió á

Estudiando las circunstancias de la muerte de Cuauhtemotzin, quedan grandes dudas de su complicidád en la conspiracion. Que los indios, agobiados por los padecimientos, hayan pensado alguna vez en la venganza, nada tiene de sorprendente; pero que haya sido fraguado ó aprobado por Cuauhtemotzin un plan de conspiracion tan extravagante como el arriba mencionado, es poco verosímil. La explicacion dada por el príncipe y referida por Bernal Diaz, es por lo ménos tan digna de crédito como la acusacion del denunciante. (1) La falta de testimonios y el trascurso del tiempo nos dificultan hoy la solucion de la cuestion; pero debemos tener fe en la opinion de los testigos presenciales de los sucesos. El cronista ántes citado, la ha calificado en las siguientes palabras: «La muerte de Cuauhtemotzin fué injusta y muy sentida de todos los que íbamos » (2).

La explicacion mas probable parece ser que Cuauhtemotzin era para Cortés un prisionero estorboso y áun formidable; así lo indica la carta de éste último al emperador. (3) El destronado rey de México conservaba todavía sobre sus antiguos vasallos, tanto por el puesto encumbrado que habia ocupado, como por sus insignes prendas, un gran ascendiente, y no habria sido dificil que hubiese con un solo soplo de su aliento reanimado el amortiguado mas no extinguido rencor, y provocado un alzamiento. Los españoles vivieron durante los primeros años de la conquista, siempre temerosos de una insurreccion; y esto lo prueba numerosos pasajes de los escritos de aquel tiempo. Seguramente ese mismo

su marido el tiempo bastante para dar su mano sucesivamente á tres castellanos de noble alcurnia. (Véase el lib. V, cap. III, nota). Dícese que estaba tan instruida en los dogmas de la fe católica, como pudiera estarlo la mejor dama de Castilla; que era bella y graciosa en su porte: y que contribuyó con su ejemplo y sus palabras, con las que procuraba tranquilizar el ánimo de los atzecas, á la paz y quietud del país nuevamente conquistado. Bueno será decir que este hermoso retrato ha sido trazado por la mano de su marido D. Thoan Cano. Véase Apéndice, parte 2, núm. 11.

(1) Los cronistas indios tienen como inventada por Cortés la conspiracion de Cuauhtemotzin. El mismo denunciante puesto despues en tortura por el cacique de Tetzcoco declaró que no habia hecho ninguna revelacion sobre este punto al general español. Ixtlixochiltl responde la verdad de esta anécdota. (Venida de los españoles, págs. 83, 93), pero ¿ quién responde de la verdad de Ixtlilxochitl ?

(2) « Y fué esta muerte que le dieron muy injustamente dada y pareció mal á todos los que ibamos aquella jornada. » Hist. de la Conq., cap 177.

(3) Cuauhtemotzin, señor que fué de esta ciudad de Tenóchtitlan, á quien yo despu s que la gané he tenido siempre presoteniéndole por hombre bullicioso y le llevé siempre conmigo. » Carta Quinta, MS.

temor hacia á Cortés llevar consigo en su peligrosa expedicion á tan estorboso compañero. La desconfianza llegaba al punto de que, segun Gomara, jamas salia Cortés á ninguna expedicion ni áun paseo distante ar consigo á Cuauhtemotzin (1).

Personas que estaban bajo tal pié, debian tenerse recíproca desconfianza y aversion. La mísera situacion de los españoles en la presente marcha, en que estaban expuestos á ser atacados improvisamente por los indios, aumentaba las sospechas de Cortés, quien muy dispuesto por estas razones á pensar mal de Cuauhtemotzin, prestó oido fácil á las acusaciones que contra él se dirigian. Tales acusaciones fueron convertidas en pruebas y á esto se siguió la sentencia, y ejecucion. Propúsose el conquistador libertarse de un solo golpe, del enemigo mas peligroso, por cuanto era un enemigo solapado. Si Cortés bien aconsejado hubiese pensado mas en su honra y fama, habria sido el mas interesado en que no recibiese daño alguno Cuauhtemotzin á «quien,» para usar las familiares palabras de su panegirista Gomara, « debia haber querido y guardado como oro en paño como el mejor trofeo de sus victorias (2).

Cualesquiera que hayan sido los motivos que movieron á Cortés á esta resolucion, parece que su espíritu quedó agitado despues de la muerte de Cuauhtemotzin. Durante mucho tiempo estuvo el conquistador impaciente é irritable, y le costaba gran trabajo poder dormir. Una ocasion, estando paseándose en uno de los aposentos altos del teocalli donde estaban alojados, dió en falso un paso en la oscuridad, y cayó desde la altura de doce piés, á cuyas resultas recibió en la cabeza una grave contusion, que no pudo por mas que quiso, ocultar de la vista de los soldados, segun cuenta el parlero Bernal Diaz (3).

Poco despues de la triste ejecucion de Cuauhtemotzin, entraron las cansadas tropas en la capital de la provincia de Aculan, habitada por una sociedad de comerciantes que tenian activo tráfico con todas las demas partes de la América central, áun las mas remotas. Cortés habla

(1) « Y le hacian aquella misma reverencia y ceremonia que á Moteuczoma, y creo que por eso le lleva siempre consigo por la ciudad á caballo, y si no, á pié, como él iba. » Crónica, cap. 170.

(2) « Cortés debiera guardarlo vivo, como oro en paño que era el triunfo y gloria de sus victorias. » Crónica, cap. 170.

(3) Hist. de la conq. *Ubi supra.*

en términos generales de la magnificencia y belleza de los edificios y de la hospitalaria acogida que allí tuvo.

Despues de tomar algun descanso en aquellos agradables recintos, salieron los españoles de la capital de Aculan, cuyo nombre no se encuentra en ningun mapa, y siguieron su fatigoso camino en la direccion de la que hoy se llama «Laguna del Peten.» Era entónces este lago propiedad de una tribu emigrante perteneciente á la atrevida familia Maya: la capital estaba situada en el centro de un lago, en una isla, y sus casas relucian tanto con el sol, segun Bernal Diaz, que se la descubria á distancia de dos leguas (1). Estas casas construidas, por una de las razas de Yucatan, tenian indudablemente las mismas peculiaridades que las ruinas que áun subsisten en aquella península. Mas cualquiera que haya sido su mérito, los conquistadores las redujeron á una extrema sencillez.

Los habitantes de la Isla mostraron disposiciones amigables y una docilidad muy diferente del belicoso carácter de sus vecinos de Yucatán. Escucharon de buena gana á los misioneros católicos, que mediante Doña Marina les explicaban la doctrina cristiana. La intérprete india acompañó al general en esta penosa marcha, la última en que estuvo al lado de Cortés; por lo que, ántes de que pase la última ocasion que se nos presentará de hablar de ella, referiré una interesante circunstancia ocurrida cuando el ejército atravesaba la provincia de Goatzacoalco. Ya se recordará que era natural de aquella provincia, y que siendo niña la habia vendido á unos mercaderes su infame madre, con el objeto de asegurar á su hermano el menor, la herencia que á ella le tocaba. Detúvose Cortés algunos dias en este lugar, para conferenciar con los caciques acerca de asuntos de religion y de gobierno. Entre los que debian de asistir á la conferencia se encontraba la madre de Marina, quien vino acompañada de su hijo. Luego que estuvieron juntos conoció y se maravilló todo el mundo de la semejanza perfecta que habia entre la gobernadora y su hija. Reconociéronse al punto la una á la otra, y la madre creyó que aquella era una vision fantástica que se le aparecia para aterrarla y castigarla de su inhumana conducta; pero Marina corrió hácia ella al instante, procuró disipar sus temores asegurándole que nada le sucederia; y dirigiéndose á los circunstantes

(1) Ibid., cap. 178.

les dijo: que estaba segura de que su madre no supo lo que hizo cuando la vendió á unos mercaderes, y que ella por su parte lo olvidaba todo. En seguida abrazó tiernamente á su desnaturalizada madre y la engalanó con todos los adornos y joyas que traia, como si con aquello quisiese recobrar el perdido cariño maternal. Marina añadió despues, que creia ser ahora mucho mas dichosa que ántes, pues habia sido instruida en la fe católica y habia contribuido á exterminar al sanguinario culto de los aztecas (1).

En el curso de la expedicion á Honduras casó Cortés á Doña Marina con un caballero castellano llamado Juan Xamarillo. A ella le concedió tierras en su provincia natal, donde probablemente pasó el resto de sus dias. Desde este momento desaparece de la historia el nombre de Doña Marina; nombre que será siempre grato á los españoles y á los mexicanos: á los unos por la ayuda que les prestó en sus conquistas; á los otros por la ternura é interes con que miró y procuró mitigar sus padecimientos. Várias canciones indias recuerdan las virtudes de la Malintzin, el nombre azteca de Doña Marina. Aun ahora su alma anda vagando en rededor de la capital á cuya conquista cooperó tan eficazmente, y el pasajero queda algunas veces sorprendido por la aparicion de una princesa india que en medio de las sombras de la noche recorre silenciosa los bosques umbrios y las calladas grutas del cerro de Chapoltepec (2).

El conquistador tuvo en Doña Marina un hijo llamado D. Martin Cortés, persona que llegó á gozar de gran estimacion y que fué hecho comendador de la Orden de Santiago. Despues fué acusado de tener proyectos contra la corona, y ni los servicios de su padre, ni sus propios merecimientos fueron parte á libertarle de la mas cruel persecucion; ¡y en 1568 fué condenado el hijo de Hernan Cortés á padecer vergonzosa tortura en la misma ciudad que su padre habia añadido á los dominios de Castilla!

Los habitantes de la Isla de Peten (pues es ya tiempo de que volvamos de nuestra digresion) accedieron fácilmente en demoler inmediatamente las imágenes de sus ídolos, en adorar la cruz de Cristo, y escu-

(1) Diaz que se hallaba presente atestigua la verdad de esta relacion, con el mas solemne juramento: « y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente y se lo juro amen. » Ibid., cap. 87.

(2) Vida en México, carta 8.

La veraz autora no pretende haber gozado de la aparicion.

charon con docilidad las predicaciones de los frailes franciscanos (1). Referiré una circunstancia que puede dar idea del valor positivo de aquellas súbitas conversiones. Al irse Cortés de aquella tierra hospitalaria, dejó allí un caballo que se le habia enfermado de un pié. Los indios lo reverenciaban como si el animal tuviese parte en el misterioso poder de los blancos. Cuando se fueron los castellanos, los indios ofrecieron flores al caballo y le hicieron tomar todas las medicinas y alimentos que si hubiese sido un hombre enfermo. El animal no tardó en enflaquecerse y al fin murió, sometido á tal régimen; mas los indios asustados labraron una efigie en piedra, la colocaron en uno de sus *teocallis* y la adoraban como á una divinidad. En 1668 que vinieron dos frailes franciscanos á aquellas regiones, todavía casi tan desconocidas como en tiempo de la conquista, una de las cosas mas notables que encontraron fué la imágen del caballo, á la que se tributaba culto como si fuese la del Dios del trueno y del relámpago (2).

Sería molesto referir todos los peligros y trabajos que pasaron los españoles en el resto de su viaje; esto sería repetir inútilmente la narracion anterior: los mismos obstáculos para caminar, la misma hambre y la misma fatiga; trabajos, en fin, mas insoportables para el alma que los de la guerra, pues si bien estos son mas peligrosos, son tambien ménos tenaces; porque es mas fácil pelear con el hombre que con la naturaleza. Sin embargo, no puedo dejar en silencio la travesía por la *sierra de los pedernales*, en la que, no obstante que solo era de ocho leguas, emplearon los españoles doce dias. Las filosas piedras desgarraban las pezuñas de los animales, al paso que otros caian en los precipicios y barrancas; por manera que cuando pasaron los españoles al lado opuesto habian perdido setenta y ocho caballos, y el resto de ellos estaba inservible (3).

(1) Villagutierre dice que los Iztacas, que era el nombre de los habitantes de estas islas, no destruyeron sus ídolos miéntras los españoles estuvieron en ellas. (Hist. de la Conquista de la provincia del Izta, (Madrid, 1701), págs. 49, 80). El historiador se equivoca, pues Cortés asegura que á su misma presencia fueron demolidos y quemados los ídolos. Carta Quinta, MS.

(2) Este hecho es referido por Villagutierre, (op. cit. págs. 100, 102) y por Cojullado, (Hist. de Yucathan, lib. 1, cap. 16.)

(3) « Y querer decir la aspereza y la fragosidad de este puerto y sierra, ni quien lo dijera le sabria significar, ni quien lo oyese lo podria entender, sino que sepa V. M. que en ocho leguas que duró hasta este puerto, estuvimos en las andar doce dias, digo los

Habia entrado la estacion de las aguas que caian de dia y de noche, y que empapaban á los soldados, aumentando así considerablemente sus padecimientos. Los rios crecidos sobremanera, corrian con terrible impetuosidad y arrasaban con los puentes, de suerte que solo se les podia atravesar, apoyando enormes troncos de árboles en dos peñas, de uno y otro lado, y pasando con gran riesgo por encima de ellos (1).

Por fin el estropeado ejército llegó al Golfo de Agua dulce en el confin de la bahía de Honduras. Seguramente pasó por cerca de Copan, la celebrada ciudad cuyas ruinas han prestado digno asunto al pincel de Catherwood; mas los españoles no la apercibieron. Ni tiene en verdad nada de sorprendente que hayan pasado descuidadamente y sin fijar la atencion en una ciudad situada en medio de las selvas, áun cuando fuera mas famosa que Zenobia; porque estaban á la vista de los establecimientos españoles, punto donde fijaban toda su atencion por ser el lugar de descanso despues de un largo y fatigoso viaje.

El lugar hácia donde se encaminaban era Naco ó San Gil de Buénavista, establecimiento español situado en el Golfo Dulce. Cortés avanzó con precaucion, pues se proponia caer por sorpresa sobre la ciudad. Habian continuado su camino sin desviarse un paso de la direccion que debian seguir; como cuando el indio norte-americano atraviesa ciénegas, selvas intrincadas y montañas, guiado por el infalible instinto de la venganza, se encamina en derechura hácia el objeto de ella, y sorprende de súbito á su víctima. Afortunadamente ántes de que Cortés emprendiera el asalto, se hubieron á las manos sus espías con unos habitantes de la ciudad; por cuyo medio tuvo noticia de la muerte de Olid y del restablecimiento de su antigua autoridad. Por lo tanto entró de paz en la ciudad y fué cordialmente acogido por la guarnicion, la cual quedó no poco sorprendida, dice Bernal Diaz, al ver por aquellos países á un general tan afamado (2).

postreros en llegar al cabo de él, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demas vinieron heridos y tan lastimados que no pensamos aprovecharnos de ninguno. » Carta Quinta, MS.

(1) « Si algun desgraciado perdia la cabeza al pasar, » dice Cortés, « caia en el abismo y perecia. Habia mas de veinte de estos pasos llenos de peligros. » Carta Quinta, MS.

(2) « Espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés que tan nombrado era en todas partes de las Indias y en Castilla, no sabian que se hacer de placer. » Hist. de la Conq., cap. 179.

La colonia estaba á la sazon reducida al último extremo de la hambre, hasta el punto de que acaso habrian los recien llegados encontrado su sepulcro en el sitio mismo donde aguardaban descansar y recobrarse, á no ser por la oportuna llegada de un buque procedente de Cuba, que traia víveres.

Con una perseverancia que nada era capaz de vencer, practicó Cortés un reconocimiento de las tierras convecinas y empleó otro nuevo mes en explorar campos desiertos infestados de exhalaciones mortíferas, apestados de fiebres biliosas y plagados de insectos ponzoñosos que no le dejaban descansar ni de dia ni de noche. Por último, se embarcó á bordo de dos bergantines con parte de sus fuerzas, y despues de tocar en uno ó dos puertos de la bahía de Honduras, ancló en Trujillo, el principal de los establecimientos españoles en aquella costa. El muelle era demasiado alto para que pudiera Cortés efectuar por sí solo el desembarco; mas los habitantes regocijados de verle llegar, se echaron al agua, que no estaba muy profunda y le sacaron en brazos (1).

Despues de restauradas las tropas, el emprendedor é infatigable comandante preparó otra expedicion cuyo objeto era reconocer y sojuzgar la extensa provincia de Nicaragua. Asombra ver el indómito espíritu de aquel hombre, que sin arredrarse de los terribles padecimientos que habia tenido en su marcha anterior, preparaba otra igualmente peligrosa. Es difícil en este siglo discreto y positivo comprender el carácter de un caballero castellano del siglo XVI, de un caballero que no tiene semejante en ninguna otra nacion ni áun en aquel mismo siglo, ni en ninguna parte, si no es en los cuentos de caballería que por extraños y áun extravagantes que nos parezcan, representan fielmente si no los hechos, el carácter de la época. El mero deseo de explorar ignotas regiones era para el caballero español compensacion sobrada de todos sus padecimientos y peligros. Parece que estaba determinado por la Providencia que tal raza de hombres fuese contemporánea del descubrimiento del Nuevo-Mundo, para que saliesen á luz aquellas regiones cercadas de peligros y de dificultades tan espantosas, que habrian desalentado y agobiado á hombres del temple ordinario. Cortés dotado de un temple superior, se proponia fines mas nobles que el vulgo de los aventureros,

(1) Ibid., cap. 179, y segun Herrera, Hist. Gral., dec. 3, lib 8, cap. 3, Cuarta Carta. Quinta de Cortés, MS.

pues determinaba hacer en la expedicion á Nicaragua, como lo habia hecho en la de Honduras, un reconocimiento de todos los recursos del país, y sobre todo, de los medios de comunicacion entre los dos océanos. Si ningunos medios existian, al ménos esto quedaba ya establecido, y segun las mismas palabras de Cortés, no era poco importante saberlo. Demas de esto, proponíase Cortés dilatar los dominios de la corona de Castilla. La subyugacion de México solo debia ser el principio de una larga serie de conquistas. Al guerrero que habia hecho esta, ninguna otra debia parecerle impracticable; fuera de que, bastaba que una cosa pareciese serlo para que él intentase conseguirla. La imaginacion se espacia viendo al conquistador de México internarse en las vastas provincias del Istmo, Nicaragua, Costa Rica y Darien, hasta plantar su bandera victoriosa en las orillas del golfo de Panamá, y miéntras ella ondea mecida por la brisa del Sur, la dorada tierra de los Incas, verle dar de aquellos países informes tan halagüeños, que parecia disponerse á llevar sus armas aún mas léjos y á anticipar por decirlo así, la espléndida carrera de Pizarro.

Mas despertaron á Cortés de estos encantadores ensueños las noticias que llegaron de México, por las cuales conoció que su ausencia habia sido demasiado larga, y que debia volverse sin tardanza si no queria ver perdida la capital y todo el reino.

CAPITULO IV.

DISTURBIOS DE MEXICO. — VUELTA DE CORTES. — DESCONFIANZA DE LA CORTE. — VUELVESE CORTES A ESPAÑA. — MUERTE DE SANDOVAL. — BRILLANTE RECIBIMIENTO QUE TIENE CORTES. — HONORES QUE SE LE CONFIEREN.

(1526-1530.)

Las noticias á que hemos aludido en el capítulo anterior, las recibió Cortés del Lic. Zuazo, uno de los funcionarios encargados de gobernar la Nueva-España durante la ausencia del general. Escribióle una carta en que le informaba de todos los tumultuosos acontecimientos de la capital. Apénas habia Cortés salido de allí cuando se suscitaron desavenencias entre los diferentes miembros del gobierno provisional. El desórden crecia, conforme se iba alejando Cortés. Por fin se llegó á decir que éste habia perecido juntamente con los suyos, en los pantanos de Chiapas; noticia que á lo que parece no fué muy del desagrado de la regencia. Al punto comenzó ésta á hacer ostentacion de su autoridad: mandó publicar la muerte del general y ordenó que se le hiciesen funerales: se emposesionó de todos los bienes de él que pudo encontrar, reservando por supuesto una pequeña parte, para misas en favor del alma del difunto; pero el resto se lo apropió dizque en pago de las deudas que tenia Cortés con el estado. De igual suerte procedieron los de la regencia respecto á los bienes de las otras personas que habian ido en la expedicion; de aquí pasaron á cometer vejaciones contra los españoles residentes en la ciudad, hasta llegar el caso de que los padres franciscanos saliesen de ella, y de que se temiese seriamente que los indios, cruelmente oprimidos, hiciesen un levantamiento general. Zuazo que era quien comunicaba estas noticias, instaba á Cortés

para que apresurase su vuelta. Era el licenciado, hombre moderado y que por la oposicion que habia hecho á las tiránicas medidas de sus camaradas, habia sido desterrado (1).

El general, justamente alarmado por esta noticia, conoció que no le quedaba medio que escoger entre abandonar todos sus planes de conquista, ó volverse al punto para afianzar la seguridad del imperio que habia ganado. En consecuencia, tomó sus providencias para dejar arreglada la administracion de las colonias de Honduras, y dispuso su viaje á México.

Poco habia adelantado en el mar cuando sufrió una tempestad tan terrible, que estropeó el buque en que iba y le obligó á volverse al puerto para que carenasen aquel. La segunda tentativa fué seguida de un éxito igualmente infeliz; en lo que Cortés creyó ver una señal de que su estrella le habia abandonado, y un pronóstico de que no debia volver (2). Por lo tanto se contentó con enviar un mensajero digno de confianza, que participase á sus amigos que se encontraba salvo en Honduras. Despues mandó hacer preces y rogaciones públicas implorando del cielo que hiciese conocer su voluntad y áun depusiese su enojo. Su salud comenzó ya á resentirse de los trabajos y á declinar bajo la influencia de una fiebre que lo consumia: su espíritu se abatió á la par y daba las señales de un sombrío decaimiento. Bernal Diaz dice hablando de esto, que llegó Cortés al último grado de consuncion y deterioro, y que se posesionó de él tan fuertemente la idea de que estaba próximo su fin, que buscó una mortaja de franciscano en que lo llevasen á la tumba; pues entónces era costumbre ser envuelto despues de muerto, en el hábito propio de alguna de las órdenes monásticas (3).

Mas sacáronle de esta apatía, tanto las nuevas noticias que recibió de México cuya situacion hacia cada vez mas necesaria su presencia, como los esfuerzos de su buen amigo Sandoval que á aquella sazon acababa de llegar de una expedicion hecha al interior. Persuadido por él, convino el general en volver á fiar su suerte á los mares: se embarcó en un bergantin con unos pocos compañeros y dijo adios á las desastrosas playas de Honduras, el 25 de Abril de 1526. Casi tocaba en la

(1) Carta Quinta, MS. Bernal Diaz, cap. 185. Relacion del tesorero Estrada, MS. México, 1526.

(2) Carta Quinta, MS.

(3) Ibid., Bernal Diaz, cap. 184 et seq.

costa de Nueva España, cuando otro temporal le desvió de su camino y le arrojó á Cuba donde permaneció un poco de tiempo miéntras se restablecia su deteriorada salud: despues se hizo otra vez á la vela para México, adonde llegó á los ocho dias: allí desembarcó cerca de Ulua, y á pié se fué hasta Medellin que dista cosa de cinco leguas.

Las enfermedades habian alterado tan profundamente su figura, que estaba inconocible; mas apénas se supo que habia llegado, cuando acudieron multitud de gentes, españoles é indios, que venian á saludarlo. Difundiose al punto la noticia en alas del viento, y su viaje hasta la capital fué una procesion triunfal. Los habitantes venian á verle desde ocho leguas de distancia, y se congratulaban los unos á los otros, por la llegada del único hombre capaz de poner término á la anarquía. Aquello les pareció la resurreccion de un difunto, tan activamente así habia circulado y con tanta generalidad se creia la noticia de su muerte (1).

En todas las grandes ciudades en que hacia alto, le recibian suntuosamente: le ponian arcos triunfales para que pasase, y sembraban de flores el camino que debia transitar. Despues de descansar una noche en Teztcoco hizo al dia siguiente su entrada en la capital. La municipalidad salió á recibirle, y formaron su escolta una compañía de ciudadanos armados y á caballo; al mismo tiempo el lago estaba cubierto de canoas engalanadas como la vez primera que entró en México. El aire resonaba con músicas y cantos de alborozo, miéntras se dirigia la comitiva por la calle principal hasta el convento de San Francisco: allí se rindió una accion de gracias al Todopoderoso por la vuelta del general, y despues se dirigió éste á su antigua residencia régia (2). En Julio de 1526 volvió á entrar Cortés en México; cosa de dos años despues de haber salido de allí para emprender su difícil marcha á Honduras; aquella marcha que no produjo tan grandes resultados, pero que fué tan larga, peligrosa y llena de trabajos, como la misma conquista de México (3).

(1) Carta Quinta, MS. Bernal Diaz, caps. 189, 190. Carta de Cortés al emperador, MS., México, Setiembre 11 de 1526.

(2) Carta de Ocaño, MS., Agosto 31 de 1526. Carta Quinta, MS.

(3) El Dr. Robertson dice: « Los trabajos que pasó Cortés en esta marcha, que segun Gomara no fué ménos de tres mil millas, (la distancia puede estar muy exagerada), tanto á causa del hambre, de las guerras de los naturales, como del clima y de los demas riesgos y dificultades, solo tienen igual en la historia de los otros aventureros del Nuevo-Mundo.

Cortés no abusó de su actual preponderancia : es verdad que mandó instruir una sumaria contra sus enemigos; mas lo hizo con tanta apatía que mas bien incúrrió en la nota de débil. Es tal vez el único caso en que se le puede acusar de flojedad; mas como se trataba de la venganza de sus propios agravios, esto no mancha en manera alguna su carácter (1).

Mas no debia disfrutar por mucho tiempo de las dulzuras del triunfo, pues en el mes de Julio supo que habia llegado á la costa un juez de residencia enviado por la córte de Madrid para reemplazarle interinamente en el gobierno. Conforme se iban dilatando los dominios de la Corona de Castilla, iba siendo mas difícil cuidar de ellos : por lo tanto se veia obligada á poner amplios poderes en manos de sus vireyes, y como los débiles son por naturaleza suspicaces, siempre estaba pronta á prestar oido á las acusaciones dirigidas contra estos sus poderosos vasallos. En tales casos el gobierno adoptaba el expediente de enviar un comisionado ó juez de residencia, con facultad de inquirir la conducta del acusado, de suspenderlo en el entre tanto en el ejercicio de sus funciones, y áun de removerle definitivamente, segun fuese el resultado de la averiguacion. Los enemigos de Cortés habian trabajado activamente en disminuir su influjo en la córte, y en infundir en el emperador sospechas respecto de su lealtad. Desde que habia tomado las riendas del reino, habian redoblado su malévola actividad, imputando á Cortés los mas negros delitos. Acusábanle de que guardaba para sí el oro perteneciente á la corona, y especialmente de haber ocultado los tesoros de Moteuczoma. Decian que habia dado informes falsos sobre los países conquistados, para defraudar una parte de las rentas que producian : que habia distribuido los principales empleos entre sus parciales, y que habia adquirido influencia ilimitada no solo sobre los

Cortés empleó en esta expedicion cerca de dos años, y aunque ella no ha quedado señalada por ningun hecho brillante, pero durante ella desplegó Cortés mas valor personal, mas fortaleza de alma y mas perseverancia incontrastable y paciencia, que en ninguna otra época de su vida. » (Hist. de América, nota 96.)Como se vé por las citas de la Relacion del Conquistador que he copiado, las observaciones del historiador inglés son exactas.Los que desearen ver original, parte de la susodicha Relacion, consulten el *Apéndice, parte* 2, *núm.* 14,

(1) « Y esto que les oí decir á los del Real Consejo de Indias estando presente el Sr. Obispo Fr. Bartolomé de Las Casas, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron á flojedad. » Bernal Diaz, cap. 190.

españoles, sino áun sobre los indios; que estaban siempre dispuestos á hacer lo que él mandase. Acusábanle de haber emprendido grandes gastos en fortificar la capital y su residencia particular: y todo esto sacaban la prueba de que se preparaba para sacudir el yugo de España y establecer un reino independiente (1).

El gobierno, alarmado por tan formidables acusaciones cuyos fundamentos no podia calificar, nombró un comisionado, al cual facultó ampliamente para que hiciese las averiguaciones convenientes. La persona escogida para tan delicado cargo era D. Luis Ponce de Leon, hombre de buena familia y que aunque jóven para tal puesto, tenia seso, moderacion y equidad. El nombramiento de semejante persona, era una prueba de que la corona queria hacer plena justicia á Cortés.

Al mismo tiempo el emperador escribió á éste de su propia mano avisándole del paso que daba, y asegurándole que no lo hacia porque desconfiase de su lealtad y buena conducta, sino por darle una oportunidad de acrisolarse á los ojos de todo el mundo (2).

Ponce de Leon llegó á México en Julio de 1526; recibiéronle con todo miramiento Cortés y la municipalidad de la ciudad, y ambos se hicieron afectuosas demostraciones que predecian el éxito feliz de las negociaciones. Desgraciadamente estas esperanzas quedaron sin realizarse, por la muerte del comisionado, acaecida pocas semanas despues de su llegada; circunstancia que sirvió tambien de materia de acusacion contra Cortés. El comisionado murió á resultas de una fiebre maligna que atacó á varios de los que habian venido con él.

En el lecho de muerte delegó Ponce de Leon sus facultades á un anciano achacoso que murió pocos meses despues, y que trasfirió las riendas del gobierno á un tal Estrada ó Strada, uno de los empleados de hacienda enviados de Madrid, y enemigo de Cortés. Los españoles residentes allí persuadian á Cortés á que se reservase para sí, por lo ménos tanta autoridad como la que tenia Estrada, en el cual no reconocian título legítimo; mas el general rehusó con singular moderacion toda competencia sobre este punto, y determinó dar otro nuevo testimonio de su profundo acatamiento á la voluntad de su soberano. Para mayor mortificacion suya fué confirmado el nombramiento de Estrada,

(1) Memorial de Luis Cárdenas, MS. Carta de Diego Ocaña, MS. Herrera, Hist. Gral. dec. 3, lib. 8, caps. 14, 15.

(2) Carta del emperador, MS. Toledo, Nov. 4 de 1525.

el cual trató de inferir á su rival todas las molestias con que un hombre de alma mezquina procura cuando inesperadamente se vé investido del poder, hacer sentir los efectos de su autoridad, á un grande hombre. Los recomendados de Cortés fueron desatendidos : sus amigos deprimidos é insultados : sus sirvientes ultrajados. Uno de los criados de su amigo Sandoval fué condenado por un leve delito á que le cortasen la mano, y habiendo reclamado el general contra este acto de violencia, se le mandó salir perentoriamente de la ciudad (1). Los españoles, indignados de este ultraje, de buena gana habrian tomado las armas para defenderle; mas Cortés no permitió ningun disturbio y simplemente hizo notar « que no era malo que aquellos que con su sangre habian ganado la capital, no se les permitiese que residieran en ella, » y partió para su predilecta villa de Coyoacan, á esperar las resultas de tan extraños procedimientos (2).

Entre tanto crecian las sospechas en la córte de Madrid, atisadas por el soplo de la calumnia. Llegóse aún á suponer que el general meditaba la insurreccion de todas las colonias, y proyectaba nada ménos que invadir la madre patria. Habiendo sabido que estaba para llegar de un dia al otro un navio procedente de la Nueva-España, al punto se mandaron órdenes á todos los puertos del reino y áun á los de Portugal, previniendo que fuese secuestrado el cargamento, en el que se suponia que vendrian consignados á la familia del general, objetos de la pertenencia de la corona : al mismo tiempo se prohibia imprimir las cartas, en las que no habia otra cosa mas que una noticia luminosa de todo lo acaecido. Afortunadamente tres cartas que formaban la parte mas interesante de la correspondencia del conquistador, habian sido publicadas algunos años ántes, por la infatigable prensa de Sevilla.

La córte ademas, sabedora de cuán indecuado era Estrada para desempeñar tan delicado encargo, confió la facultad de intervenir en el negocio á una comision honrada con el título de Real Audiencia de Nueva-España. Este cuerpo estaba investido de amplios poderes para examinar los cargos contra Cortés, y llevaba instrucciones de enviarle á Castilla, en clase de providencia preliminar, por bien si era posible, mas por la fuerza si así se necesitaba; y desconfiando todavía de que

(1) Bernal Diaz, cap. 192. Carta de Cortés al emperador, Setiembre 11 de 1523.
(2) Bernal Diaz, cap. 194. Cortés, *ubi supra.*

aquel vasallo beligerante burlase la autoridad del tribunal, se recurrió á un artificio para hacer efectiva su vuelta. Se le previno al presidente del Consejo de Indias que escribiese á Cortés instándole á que viniese á España á vindicarse de las acusaciones que le hacian sus enemigos, y ofreciéndole su personal cooperacion. Al mismo tiempo el emperador escribió á la audiencia una cédula que contenia órden de que viniese Cortés á España, por querer el gobierno consultarle acerca de asuntos relativos á las Indias, y recompensar conforme merecian sus altos servicios. Esta carta se debia procurar la viese Cortés (1).

Mas era inútil emplear tan complicada maquinaria para conseguir una cosa que este mismo tenia resuelta. Justamente envanecido con la conciencia íntima de los servicios que habia hecho á su patria, y de su incontrastable lealtad, se resintió profundamente del indigno pago que le daban especialmente en el teatro mismo de sus proezas. Por lo tanto determinó no permanecer por mas tiempo expuesto á tales ultrajes, é ir á España, presentarse en persona ante su soberano, protestarle con firmeza que era inocente y pedirle la reparacion de sus agravios y la recompensa de sus servicios. Al acabar la carta en que relata su trabajosa expedicion á Honduras, despues de extenderse sobre sus magníficos planes de descubrimiento en el mar del Sur, y de vindicarse de haber hecho gastos cuantiosos, concluye con esta protesta llena de nobleza y ternura. «Yo confio en que S. M. conocerá algun dia mis servicios; mas si así no sucediere, al ménos el mundo está satisfecho de mi lealtad, y yo mismo tengo la conviccion de haber hecho mi deber; y no quiero dejar á mis hijos otro mayorazgo mas que este». (2)

En cuanto se supo la determinacion de Cortés, se puso todo el país en agitacion: áun Estrada mismo amainó: conoció que habia ido demasiado léjos y que no era política obligar á su rival á irse á refugiar en su propia patria. Abrió negociaciones y propuso una reconciliacion por medio del obispo de Tlaxcallan. Cortés escuchó aquellas propuestas

(1) Herrera, Hist. Gral. dec. 4, lib. 2, cap. 1; lib. 3, cap. 8.

(2) «Todas estas entradas están ahora para partir casi á una; plega á Dios de los guiar como él se sirve, y yo aunque V. M. mas me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo V. M. no conozca mis servicios, y ya que esto no sea yo me satisfago con hacer lo que debo, y saber que á todo el mundo tengo satisfecho, y les son notorios mis servicios y lealtad, con que los hago, y no quiero otro mayorazgo sino este.» Carta Quinta, M. S.

con atencion; pero sin cambiar de resolucion. Despues de hacer sus preparativos en México, partió para la costa. Si hubiese abrigado la criminal ambicion que se le imputaba, le habrian sucedido las reiteradas ofertas que de buena ó mala fe le hicieron en todo el camino, de ayudarle y seguirle si queria reasumir su autoridad y hacerse independiente de Castilla; mas él desechaba semejantes propuestas, con el desprecio que se merecian (1).

Al llegar á Villa Rica tuvo la infausta nueva de que su amado padre D. Martin, á quien esperaba abrazar en breve, habia muerto durante aquella larga y penosa ausencia. Despues de celebrar sus honras con todo el respeto filial, se dispuso á embarcarse lo mas presto. Dos de los mejores buques que habia en el puerto estaban listos y provistos de todo lo necesario para un largo viaje. Acompañá banle su amigo el fiel Sandoval, Tápia y algunos otros hidalgos de los que le eran mas adictos. Llevaba tambien consigo á varios jefes mexicanos, y tlaxcaltecas, y entre ellos á un hijo de Moteuczoma y á otro de Masxicatzin, su amigo el cacique de Tlaxcallan, pues deseaban ambos acompañar al general á Castilla. Llevaban tambien una rica coleccion de plantas y minerales, en muestra de las riquezas del país; várias fieras, aves de rico plumaje, manufacturas exquisitamente trabajadas, y especialmente cosas de pluma: finalmente cierto número de juglares, danzantes y bufones, que de tal modo admiraron á los europeos con su maravillosa agilidad y destreza, que se les juzgó regalo digno del papa (2).

Cortés ostentaba su magnificencia en un rico tesoro de alhajas entre las que habia esmeraldas de extraordinario tamaño y lustre, doscientos mil pesos de oro, y mil quinientos marcos de plata. «En fin», dice Herrera, «venia como gran señor.» (3) Despues de un viaje corto y feliz volvió á mirar Cortés las playas natales, y pasando por la barra de Saltes entró en Mayo de 1521, en el puertecillo de Palos, en el lugar mismo donde

(1) Bernal Diaz, cap. 194. Carta de Ocaña, MS.

(2) El papa Clemente VII que era de la familia festiva de los Médicis, y los cardenales, quedaron muy complacidos de ver las suertes de los juglares, segun nos cuenta Bernal Diaz, y Su Santidad (que es preciso saber que al mismo tiempo habia recibido de Cortés, un sustancioso regalo de oro y alhajas,) testificó públicamente el gran aprecio que hacia de los servicios prestados á la fe católica por los conquistadores de México; celebrando procesiones y diciendo preces, y enviándoles bulas en que les absolvia plenamente de todos sus pecados. Hist. de la Conq., cap. 195.

(3) « Y en fin, venia como gran señor. » Hist. Gral., dec. 4, lib. 3, cap. 8.

treinta años ántes habia desembarcado Colon, de vuelta de descubrir el Nuevo-Mundo. Cortés no fué acogido con el entusiasmo, y regocijo que suelen los grandes navegantes, aunque es verdad que los habitantes no estaban preparados para recibirlo. De Palos se dirigió al convento de la Rabida tambien el mismo sitio en cuyo recinto encontró Colon refugio y amparo. Cuentan una circunstancia interesante acaecida durante la corta permanencia de Cortés en Palos: dicen que Francisco Pizarro el conquistador del Perú acababa de llegar allí en solicitud de ayuda para acometer su grande empresa. (1) Puede decirse que estaba al principio de su carrera, cuándo Cortés ya la terminaba. Eran conocidos antiguos y áun parientes por parte de madre (2). El encuentro de dos hombres tan extraordinarios, los dos conquistadores del Norte y del Sur del Nuevo-Mundo, despues de una ausencia llena de aventuras y en un sitio consagrado por la memoria de Colon, es en verdad un incidente notable y digno de herir la imaginacion; y era natural que llamase la atencion de uno de nuestros poetas contemporáneos mas ilustres; que en un breve pero hermoso rasgo ha pintado la escena con los coloridos propios de aquel tiempo (3).

Durante su permanencia en la Rabida, acaeció un suceso que afligió profundamente á Cortés y oscureció su porvenir, y fué la muerte de Gonzalo de Sandoval, su digno amigo y antiguo camarada. Cayó enfermo en Palos, estando en una pobre posada poco despues de desembarcar: el mal creció extraordinariamente y su salud quebrantada y deteriorada por tantos trabajos, no pudo resistirle. Cortés fué á verle al instante y llegó á tiempo de poder todavía prodigar los consuelos de la amistad al moribundo caballero. Sandoval vió tranquilamente llegar el fin de sus dias, y despues de arreglar con la premura que exigia la enfermedad, sus negocios temporales y espirituales, exhaló el último suspiro en brazos de su comandante.

Sandoval murió á la prematura edad de 31 años (4). Bajo muchos aspectos era el mas eminente de cuantos capitanes militaron

(1) Herrera, op. cit., dec. 4, lib. 3, cap. 1. Cavo, los tres siglos de México, tomo I, pág. 78.

(2) Pizarro y Orellana. Varones ilustres, pág. 121.

(3) Véase la conclusion del Viaje de Colon por Roger.

(4) Bernal Diaz dice que Sandoval tenia cuando vino por la primera vez á Nueva-España en 1519, veintidos años de edad. Hist. de la Conq., cap. 205.

bajo Cortés. Era oriundo de una familia distinguida, y natural de Medellin el lugar del nacimiento de Cortés; razon por la cual le profesaba mas vivo afecto. Cortés descubrió al punto sus raras prendas, y lo distinguió fiándole las mas delicadas comisiones. La conducta de Sandoval en todas ellas, justificó la preferencia que habia merecido. Era muy querido de los soldados, porque aunque muy estricto en la observancia de la disciplina, cuidaba mucho de la comodidad y el bien de ellos, y poco del suyo propio. A diferencia de los demas hidalgos castellanos, no era codicioso, y parece que no tenia otra ambicion mas que la de cumplir fielmente sus deberes. Era hombre franco y que no afectaba ni el porte ostentoso, ni el lujoso traje que Alvarado, el *Tonatiuh* azteca. Su fisonomía era abierta y varonil : su cabello castaño cubria en rizos su cabeza : su complexion era fuerte y nervuda. Al pronunciar tenia un ligero ceceo que hacia algo confusa su voz. No era hablador ; pero en cambio era muy enérgico para proceder. Tenia precisamente las partes mas necesarias para llenar la peligrosa empresa en que habia entrado. Habia concluido su tarea, y despues de escapar á la muerte que le habia asaltado á cada paso durante su larga y peligrosa carrera, volvió á su patria, al parecer, solo para morir en ella.

Sus honras fueron celebradas con toda solemnidad por los frailes franciscanos de la Rabida, y siguieron á su cadáver hasta el lugar del último descanso los camaradas que en vida le habian acompañado tantas veces en el campo de batalla. Sus restos mortales fueron depositados en el cementerio del convento, el que rodeado de bosques de pinos, estaba y acaso áun estará erigido sobre una escarpada eminencia que domina las aguas tantas veces surcadas por el soldado aventurero (1).

No mucho despues de este triste suceso emprendieron su marcha para el interior de la Península, Cortés y su comitiva. En el tránsito se detuvo algunos dias en el castillo del duque de Medina Sidonia el señor mas poderoso de Andalucía, quien al irse Cortés, le regaló varios caballos árabes. En seguida se dirigió el Conquistador á Guadalupe, donde permaneció nueve dias durante los cuales se dijeron misas en el altar de Nuestra Señora, por el alma del difunto Sandoval.

Antes de salir de la Rabida habia escrito á la córte, avisando de su llegada. Grande fué la sensacion que tal noticia produjo, y tanto mayor,

(1) Ibid., cap. 195.

que segun los temores que se tenian de su traicion, su llegada era enteramente inesperada; mas este suceso hizo cambiar al punto las prevenciones hácia él: quedó removida toda causa de sospecha, y deshechas las nubes que por mucho tiempo habian oscurecido su mente; el emperador, estaba impaciente por mostrar toda la estimacion en que tenia los distinguidos servicios de su tan temido vasallo. Enviáronse, pues, órdenes á los puntos por donde debia pasar, para que le proporcionasen todo género de comodidades, y se hicieran grandes preparativos para recibirle brillantemente en la capital.

Durante su permanencia en Guadalupe habia contraido Cortés conocimiento con várias personas distinguidas, entre otras con la familia del comendador de Leon, noble personaje de gran valimiento en la córte. La conversacion del general, amenizada con todos los conocimientos adquiridos en una vida de aventuras, y sus modales en que la dignidad que enseña el hábito del mando se conciliaba con la franqueza y lisura del soldado, hicieron á Cortés muy estimado de sus nuevos amigos; al mismo tiempo que sus cartas á la córte donde no le conocian, aumentaban el interes que de por sí inspiraba este hombre notable.

La noticia de su llegada se habia difundido por todo el país, de suerte que cuando volvió á continuar su viaje los caminos ofrecian un espectáculo cual no se habia vuelto á ver desde el regreso de Colon. Cortés no era lujoso para vestir, no obstante que le agradaba desplegar toda la grandeza de un señor, en cuanto al número y tren de su comitiva. Formaban parte de esta los jefes aztecas, quienes vestidos con todo el lujo usado entre ellos, daban al acompañamiento de Cortés mayor brillo y novedad. Mas su persona era el objeto de la curiosidad general. Las casas y calles de las grandes ciudades y pueblos estaban ocupadas por multitud de espectadores, ansios de ver aquel héroe que habia, por decirlo así, conquistado para Castilla todo un reino, con solo su brazo, y que usando del lenguaje de un antiguo historiador español, « venia con tanta pompa y grandeza, que mas bien que un gran vasallo, parecia un monarca independiente (1). »

Cuando se acercó á Toledo, entónces émula de Madrid, la multitud

(1) « Vino de las Indias despues de la conquista de México, con tanto acompañamiento y majestad, que mas bien parecia de príncipe ó señor poderosísimo, que de capitan y vasallo de algun rey ó emperador. » Lanuza, Hist. eclesiásticas y seculares de Aragon, (Zaragoza, 1622,) lib. 3, cap. 14.

aumentó sobremanera y el duque de Béjar, el conde de Aguilar y otros de sus antiguos amigos, salieron en union de la nobleza principal y de mucha gente á caballo, á recibir á Cortés, y le acompañaron hasta el alojamiento que se le habia dispuesto.

Grande fué su satisfaccion, y tanto mayor cuanto al volver á su patria habia recelado de cómo lo recibirian sus compatriotas; así es que aquellas demostraciones le fueron mas gratas que la brillante entrada que pocos años ántes habia hecho en la capital del imperio mexicano.

Al dia siguiente fué admitido Cortés por el emperador, á una audiencia, en la cual arrodillándose para besar la mano del soberano, le entregó un memorial en que constaban sus servicios y la recompensa que por ellos habia recibido. El emperador le levantó graciosamente y le dirigió várias preguntas acerca de las tierras que habia conquistado. Cárlos quedó complacido de las respuestas de Cortés, tuvo una gran satisfaccion en inspeccionar las curiosas muestras de la cultura azteca, que traia consigo de Nueva-España su vasallo. En las conversaciones subsecuentes le consultó várias veces acerca de la mejor manera de gobernar las colonias; y por consejo de Cortés se introdujeron algunas reformas importantes, especialmente encaminadas á mejorar la suerte de los indios y á fomentar la industria interior.

El emperador tuvo frecuentes ocasiones de demostrar á Cortés toda la confianza que en él tenia. Siempre que se presentaba en público iba Cortés á su lado, y una ocasion que cayó éste en cama, le hizo Cárlos una visita y permaneció algun tiempo en el aposento del enfermo; lo cual en el altivo monarca de Castilla, era una prueba de extraordinario aprecio, y es muy ponderado por los historiadores de aquel tiempo, que pretenden ver en solo esta distincion la recompensa sobrada de todos los servicios y trabajos de Cortés (1).

Este habia triunfado enteramente de sus enemigos. Los palaciegos llevados de ese instinto necio que caracteriza al vulgo, imitaron el ejemplo del monarca, y hasta la misma envidia guardó silencio en medio del aplauso general que se tributaba al que acababa de ser el blanco de la emponzoñada calumnia. Cortés sin mas título, sin mas nombre que el que habia ganado por su propia mano, se vió de repente elevado á la altura de los nobles mas encumbrados.

(1) Gomara, Crónica, cap. 183. Herrera, *ubi supra*. Bernal Diaz, cap. 195.

Esto fué aún mas efectivo, despues de los honores que el año siguiente le confirió el soberano. Por un instrumento fecho el 6 de Julio de 1529, le elevó á la dignidad de marqués del valle de Oaxaca (1). En las colonias, cuando se usaba el título del « *Marqués,* » sin aplicarlo á persona determinada, se entendia que se hablaba de Cortés, como cuando se usaba del título de « Almirante, » se entendia de Colon (2).

Otras cédulas del mes de Julio conceden á Cortés, vastos terrenos en la provincia de Oaxaca, y posesiones en la misma ciudad de México y en otras partes del Valle (3). Todos los dominios que se le habian concedido comprendian mas de veinte ciudades y pueblos de consideracion y veintitres mil vasallos. El estilo de los documentos en que se le hacian estas concesiones, realzaba su valor. En el preámbulo de dichos documentos, despues de ponderar los servicios de Cortés en la conquista, tanto en provecho de la fe católica como de la corona de Castilla, se ponderan los trabajos que pasó en la proseeucion de su gloriosa obra, se encomia la fidelidad y lealtad con que el digno vasallo habia servido siempre á la corona (4). » Finalmente, Cárlos declara que las concesiones y gracias hechas á Cortés, son la recompensa de sus servicios, porque es un deber de los príncipes honrar y premiar á los que les han servido bien y lealmente, para que se perpetúe la memoria de sus grandes hechos y para que otros, alentados por aquel ejemplo, imiten sus ilustres hazañas.

El testimonio inequívoco y solemne que daba el monarca de que no

(1) Título de Marqués, MS., Barcelona, 6 de Julio de 1529.

(2) Humboldt, Essai politique, tom. II, pág. 30, nota.

Segun Lanuza se le ofreció hacerle individuo de la Orden de Santiago; mas él lo rehusó porque no tenia anexa *encomienda.* (Hist. de Aragon, tom. I, lib. 3, cap. 14.) Pero Cano de Torres, en su historia de las Ordenes militares de Castilla enumera á Cortés entre miembros de la Orden de Compostela. Hist. de las Ordenes Militares. (Madrid, 1629), fol. 103 y siguientes.

(3) Merced de tierras inmediatas á México, MS., Barcelona, 23 de Julio de 1529, Merced de los vasallos, MS., Barcelona, 6 de Julio de 1529.

(4) « E nos habemos recibido y tenemos de vos por bien servido en ello, y acatando los grandes provechos que de vuestros servicios han redundado, ansí para el servicio de Nuestro Señor y aumento de su santa fe católica, y en las dichas tierras que estaban sin conocimiento ni fe se han plantado, como el acrecentamiento que dello ha redundado á nuestra corona real destos reinos, y los trabajos que en ello habeis pasado, y la fidelidad y obediencia con que siempre nos habeis servido como bueno é fiel servidor y vasallo nuestro, de que somos ciertos y confiados. » Merced de los Vasallos, MS.

dudaba de la fidelidad de Cortés, era para éste, lo que debia ser para toda alma generosa que habia sido el blanco de infamantes sospechas, la mas satisfactoria de las recompensas. El lenguaje usado por el general, muestra cuán profundamente agradecido quedó de tales demostraciones (1).

Con todo, habia en la escala un grado hasta donde no podia llegar la gratitud del monarca : no obstante las instancias de Cortés y las del duque de Béjar y sus poderosos amigos, nunca accedió el emperador en volver á conferirle el gobierno de México. El país enteramente pacificado á la sazon no necesitaba del poderoso genio de Cortés para estar en órden ; y Cárlos se guardó de volver á poner á su vasallo en ocasion en que se volviese á encender las apagadas chispas de los celos y la desconfianza.

Era política constante de la corona emplear ciertos vasallos para conquistar un país, y á otros diferentes, para gobernarlo. Para este último cargo escogia hombres, ó naturalmente templados, ó en quienes la edad hubiese apagado el fuego de la ambicion.

Ni áun á Colon, no obstante los términos de su capitulacion, se le permitió gobernar las colonias descubiertas ; mucho ménos se habia de conceder esto á un hombre tan ambicioso como Cortés.

Mas aunque el emperador rehusó conferirle el gobierno civil de la colonia, le encomendó el mando militar de ella. Por una ordenanza, tambien de Julio de 1526, fué nombrado Cortés Capitan General de la Nueva-España y de las costas del mar del Sur. Autorizábasele para hacer descubrimientos en el Océano Pacífico, con derecho de gobernar los países que colonizase (2), y con accion á poseer en propiedad la duodécima parte de todas las tierras descubiertas (3). El gobierno no queria privarse de los servicios de tan hábil comandante; pero se esforzaba por alejarle del teatro de sus primeros triunfos, y por abrirle otra

(1) « El benigno recibimiento que á mi vuelta me hizo V. M. vuestras graciosas expresiones y generoso trato, me hicieron no solo olvidar mis penas y trabajos, sino áun sentir no haber pasado mas en vuestro servicio. » (Carta de Cortés al Lic Nuñez, MS., 1535.) Este memorial lo enviaba á su agente en Castilla, para que lo pusiese en manos del emperador.

(2) Título de Capitan general de la Nueva-España y Costa del Sur, MS., Barcelona, 6 de Julio de 1529.

(3) Asiento y capitulacion que hizo con el emperador, D. Hernan Cortés, MS., Madrid, 27 de Octubre de 1529.

nueva carrera de ambicion, que le estimulase á dilatar los dominios de la corona de España.

Favorecido con la gracia del monarca, « rivalizando, » para usar la frase vulgar de un antiguo historiador español, « en fama con Alejandro, y con Creso en las riquezas, (1) » con un exterior brillante, y con una persona que á pesar de los trabajos de la guerra, conservaba todavía parte de la lozanía de la juventud, se podia decir que Cortés era para las damas de la córte, uno de los partidos mas ventajosos. No pasó mucho tiempo sin que tributara sus homenajes á una dama de la noble casa que con tanta firmeza le defendió en la hora aciaga de la desgracia. Llamábase Doña Juana Zúñiga, hija del segundo conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar (2). Era mucho mas jóven que él, bella y segun lo demuestran los sucesos posteriores, no le faltaba ingenio. Uno de los regalos que hizo Cortés á su novia, excitó la admiracion y envidia de la córte. Consistia aquel en cinco esmeraldas de extraordinario tamaño y brillantez. Estas piedras preciosas habian sido labradas por los aztecas en figuras de flores, peces y otras igualmente vistosas, y estaban trabajadas con un primor que realzaba sobremanera su valor intrínseco (3). No es difícil que hubiesen formado parte del tesoro del infortunado Moteuczoma, y que siendo muy portátiles hubiesen escapado de la catástrofe de la noche triste. Cuentan que la esposa de Carlos V, (pero puede ser hablilla de córte) mostró algun deseo de poseer aquellas piedras, y

(1) « Que segun se decia escedia en las hazañas á Alejandro Magno, y en las riquezas á Creso. » (Lanuza, Hist. de Aragon, lib. 3, cap. 14.) Las rentas del marqués del Valle eran, segun L. Marineo Sículo, que por aquel tiempo vivia en la córte, cerca de 60,000 ducados al año. Cosas memorables de España, (Alcalá de Henares; 1539,) fol. 24.

(2) Doña Juana era de la casa de Arellano y de la línea real de Navarra. Su padre era noble no muy rico. L Marineo Sículo, op. cit. fol. 24, 25.

(3) Una de estas piedras preciosas era tan valiosa como la turquesa de Shylock. Segun cuenta Gomara, algunos comerciantes genoveses ofrecieron á Cortés por ella, 40,000 ducados. El mismo autor da acerca de las alhajas de Cortés várias noticias curiosas que pudieran ser del gusto de algunos lectores. Allí se prueba la habilidad de los artesanos que sin la ayuda del acero podian labrar primorosamente una materia tan dura. Una de las esmeraldas tenia la forma de una rosa : la segunda la de una corneta : la tercera la de un pescado con ojos de oro : la cuarta era de la forma de una campanilla, que por badajo tenia una perla, y en cuyo bordo se leia esta inscripcion : *¡ Bendito sea el que te crió !* La quinta que era la mas valiosa, tenia la figura de una copa, con el pié de oro, y con cuatro cadenitas del mismo metal, que pendian como de un boton, de una gran perla. El bordo de la copa era de oro y tenia esta sentencia latina : *internatos mulierum, non surrexit major.* Gomara, Crónica, cap. 184.

que la preferencia que dió Cortés á su bella novia, suscitó en el pecho de la reina algun resentimiento, que tuvo despues desfavorable influjo en la suerte del marqués.

Ultimamente, en el verano de 1529 dejó Cárlos sus dominios españoles y partió para Italia. Cortés le acompañó en el viaje, probablemente hasta el lugar del embarco, y en la capital de Aragon lo encontramos excitando la admiracion general, lo mismo que lo habia hecho en Castilla. A su vuelta cesaron todos los motivos de demorarse por mas tiempo en España : estaba cansado de la odiosa vida que habia llevado por un año, y que tan mal se avenia con los hábitos activos y las bulliciosas escenas á que se habia acostumbrado. Así pues, resolvió volverse á México donde su presencia era indispensable para cuidar de sus ricas posesiones, y donde se le abria ancho campo para gloriosas empresas.

CAPITULO V.

VUELTA DE CORTES A MEXICO. — SE RETIRA A SUS ESTADOS. — SUS NUEVOS VIAJES DE DESCUBRIMIENTO. — VUELVE POR ULTIMA VEZ A CASTILLA. — LE RECIBEN FRIAMENTE. — MUERTE DE CORTES. — SU CARACTER.

(1530. — 1547.)

A principios de la primavera de 1530 se embarcó Cortés para la Nueva-España : acompañábale la marquesa su mujer, su anciana madre que habia tenido la dicha de vivir hasta ver la elevacion de su hijo, y multitud de pajes y criados, que formaban una servidumbre digna de un poderoso señor. ¡Cuán diferente condicion de aquella en que estuvo hacia veintiseis años, cuando se arrojó á las aguas como un aventurero, en busca del pan cuotidiano !

El punto á que primeramente se dirigió era la Española, donde debia permanecer hasta que supiese que estaba ya organizado en México el nuevo gobierno de que iba á encargarse (1). En el capítulo precedente hemos dicho que este se habia encomendado á una corporacion llamada la Real Audiencia ; una de cuyas primeras comisiones era averiguar los cargos hechos contra Cortés. Núñez de Guzman, su enemigo declarado, estaba á la cabeza de la corporacion y habia entablado las pesquisas con todo el rencor de la enemistad personal. Aun existe un documento intitulado : *pesquisa secreta* que contiene la relacion de todas las providencias tomadas contra Cortés : está redactado por el secretario de la Audiencia y firmado por varios de sus miembros : es bastante largo, pues tiene mas de cien páginas en folio : constan en él las disposiciones de varios testigos, y todo él es un conjunto de fastidiosas menudencias,

(1) Carta de Cortés al Emperador, MS., Tetzcoco, Octubre 10 de 1530.

mas propios de un pleitecillo municipal, que del proceso de uno de los grandes oficiales de la corona.

Los cargos son ocho, y entre ellos el de haber intentado deliberadamente hacerse independiente de Castilla; el de haber asesinado á dos comisionados enviados para velar sobre su conducta; el de haber matado á su propia mujer, Doña Catalina Júarez (1); el de extorsiones y faltas licenciosas, que mas bien pertenecian por su propia naturaleza á la vida privada, que no á su carrera pública. Los testimonios son vagos y áun contradictorios : los testigos por lo comun personas oscuras, ó los que son de alguna consideracion, enemigos declarados suyos, que parece que han sido buscados de propósito. Si se considera que la pesquisa se hizo en ausencia de Cortés, ante un tribunal cuyos jueces eran sus enemigos, que los cargos no están especificados, y que por consecuencia de todo esto él no pudo desvanecerlos, es imposible dar valor ninguno á semejante documento; ni ménos despues de tanto tiempo. Si se añade á esto que el gobierno al cual se mandó, no procedió á nada en vista de él, se acabará de conocer que esa pesquisa se debe tener por un testimonio de la malicia de los enemigos del conquistador. Ella ha sido sacada por un curioso anticuario de los polvientos archivos de

(1) La muerte de Doña Catalina acaeció en un momento tan oportuno y feliz para los adelantos de Cortés, que la imputacion de haberla matado, ha gozado de mayor crédito entre el vulgo, que las demas acusaciones hechas contra el conquistador. Este, por el motivo que se quiera, y acaso por el convencimiento de que la imputacion era de por sí demasiado monstruosa para ser creida, jamas trató de probar su inocencia. Pero ademas de los argumentos aducidos en el texto para combatir la acusacion en lo general, deberá tenerse presente : que esta llamó tan poco la atencion en Castilla, donde Cortés tenia multitud de enemigos, que cuando volvió á España siete años despues, no encontró dificultad en enlazarse con una de las casas mas nobles del reino : que ningun escritor de aquellos dias (excepto Bernal Diaz que llama á la acusacion baja calumnia), ni áun el mismo Las-Casas, acusador eterno de Cortés, muestra sospecha de que éste haya cometido tal crímen; y finalmente, que ni mencion se hace de él en el pleito intentado algunos años despues de la muerte de Cortés, por los parientes de Doña Catalina reclamando los bienes de su marido á los que pretendia tener derecho, siendo así que el pleito fué seguido con mucha acrimonia y que duró muchos años. Yo no he examinado los documentos relativos á este pleito que se conservan en los archivos de la casa de Cortés; pero me lo ha contado un distinguido mexicano que los ha examinado cuidadosamente; y no puedo ménos de considerar como concluyente por sí mismo en favor de Cortés, el hecho de que ni áun la familia de Doña Catalina haya dado crédito á la acusacion. Sin embargo, tan grande lo ha tenido en México, donde á la presente no es muy querida la memoria de los primeros españoles, que se ha suscitado sobre este punto, una polémica entre los periódicos de esta ciudad.

Indias en Sevilla; mas como documento histórico no tiene valor alguno y solo sirve para probar que el que en el siglo XVI tenia un nombre ilustre, estaba entónces, como ha estado ahora, expuesto á los tiros de la calumnia (1).

Los desmanes de la Audiencia y la conducta de Guzman, opresora, especialmente contra los indios, excitaron la indignacion de la colonia, hasta llegar á temer en ella un levantamiento. Era preciso cambiar aquella administracion funesta y despótica. Pero Cortés tuvo que permanecer dos meses en la isla en espera de que llegase la noticia del nombramiento, de otra nueva Audiencia, el cual se habia retardado á causa de la apatía de la córte.

La persona nombrada para presidir la nueva Audiencia fué el obispo de Santo Domingo, prelado cuya sabiduría y virtudes eran un auspicio favorable del acierto de su administracion. Despues de esto, continuó Cortés su viaje, y llegó á Villa Rica el 15 de Julio de 1530.

Despues de permanecer en aquellas inmediaciones durante algun tiempo, en que la Audiencia procuró mortificarlo, se adelantó hasta Tlaxcala y allí publicó su nombramiento de Capitan general de Nueva-España y del Mar del Sur. Un edicto de la Emperatriz, dado durante la ausencia de su esposo, prohibió á Cortés acercarse á diez leguas de la capital miéntras estuviesen allí las autoridades actuales (2). Esta medida habia sido dictada por la Emperatriz, por miedo de un choque entre ambas autoridades; mas Cortés no obstante la prohibicion, asentó su residencia en la orilla oriental del lago de Tezcoco.

Apénas se supo su llegada cuando multitud de españoles é indios atravesaron la laguna y fueron á tributar sus respetos al antiguo General, á ofrecerle sus servicios y á quejarse de sus cuitas. Parece que toda la poblacion de la capital se acumulaba en rededor de la ciudad

(1) Este notable documento forma parte de la coleccion de D. Vargas Ponce, no tiene fecha. Sin duda está escrito en 1529, durante la vuelta de Cortés á Castilla. Su título es: « Pesquisa secreta, Relacion de los cargos que resultan de la pesquisa secreta contra D. Hernando Cortés, de los cuales no se le dió copia ni traslado á la parte del dicho D. Hernando, así por ser los dichos cargos de la calidad que son, como por estar la persona del dicho D. Hernando ausente como está. Los cuales yo, D. Gregorio de Saldaña, escribano de S. M. y escribano de la dicha Residencia, saqué de la dicha pesquisa secreta, por mando de los señores Presidente y Oidores de la Audiencia y Chancillería Real, que por mando de S. M. en esta Nueva-España lo mande ver, y vistos mande proveer lo que á su servicio convenga. MS.

(2) MS. Tordelaguna, 22 de Marzo de 1530.

vecina, donde tenia Cortés la vida de un gran potentado. La Audiencia indignada de ver el humillante espectáculo que presentaba su Córte desierta, prohibió á los naturales, bajo las penas mas severas, que fuesen á Tezcoco, y afectando que la capital estaba en peligro hizo preparativos de defensa. Mas la verdadera causa de aquellos movimientos era la noticia de la llegada de la Nueva Audiencia; no obstante que Guzman tuvo la destreza de conservar su poder en una provincia del Norte, en la que por su crueldad y extorsiones habia dejado una nombradía sin rival ni áun en los anales del Nuevo-Mundo.

Cada nuevo suceso parece que acaba de afianzar á Cortés en su tranquilo gobierno. Los nuevos magistrados le tributaron los mas expresivos homenajes de respeto y le consultaban acerca de todos los negocios graves. Desgraciadamente este estado de cosas no duró mucho tiempo, pues se suscitó una desavenencia entre las dos Autoridades, con motivo del repartimiento de los vasallos que la Corona habia concedido á Cortés: éste creyó que la Audiencia al hacerlo habia llevado miras hostiles hácia él y contrarias á los términos de la gracia real (1). Disgustóle aún mas saber que la Audiencia habia sido investida, entre sus otras facultades de la de intervenir en los asuntos militares (2). Esto dió lugar á una disputa que el carácter independiente de Cortés acostumbrado á gobernar sin sujecion á nadie, llevó á mal término.

Despues de renunciar el mando por cierto tiempo, dejó la capital para no volver á ella jamas, y se retiró á su ciudad de Cuernavaca.

Era un lugar que con su espada habia quitado á los aztecas, ántes del sitio de México. Estaba situado en la falda meridional de la cordillera y á la entrada de un extenso valle: la mas bella y mas florida porcion de sus dominios. Habia edificado allí un magnífico palacio y convertido en su residencia favorita (3).

(1) La principal queja era que los esclavos, muchos de los cuales solo debian serlo temporalmente segun los antiguos usos aztecas, estaban incluidos en el censo. La queja es una de tantas que se encuentran recopiladas eu un memorial de Cortés al Emperador.

Este documento es notable é importante. Carta de Cortés á Nuñez. MS.

(2) Ibid., MS.

(3) El palacio está reducido á ruinas, y el sitio solo es ya notable por su belleza natural y sus recuerdos históricos. La Sra. Calderon dice: « Era la capital de la nacion Tlahuica, y despues de la conquista edificó Cortés un palacio magnífico, una iglesia y un convento de franciscanos; creyendo que aquellos serian principios de una gran ciudad... Sin embargo, es un lugar de poca importancia, aunque muy favorecido por la naturaleza. El palacio del

Este lugar era á propósito para cuidar desde él del resto de sus vastos señoríos, á cuyo cultivo se propuso dedicarse. Introdujo de Cuba la azúcar de caña, que se daba perfectamente en el rico suelo de los terrenos bajos. Trajo tambien gran número de cabras merinos, y otros ganados que encontraban abundante pasto cerca de Tehuantepec. Sus tierras estaban cubiertas de bosques de moreras que ofrecian adecuado sustento á los gusanos de seda. Fomentó el cultivo del cáñamo y del lino, y sus empresas agrícolas dirigidas con juicio y tino, probaron que el suelo era á propósito para multitud de productos ántes desconocidos, que modificó y mejoró, estableciendo molinos de caña y otras máquinas para la manufactura de las materias brutas. De esta suerte preparó para su familia una fuente de riqueza, si no tan fecunda, tan segura como la sacada de las minas. Sin embargo, tampoco se olvidó de éstas pues extrajo oro de la region de Tehuantepec, y plata de la de Zacatecas.

Los productos de estas minas no eran entónces tan abundantes como últimamente; pero los costos de produccion eran tambien menores, pues el metal estaba mucho mas superficial que ahora (1).

Mas como este tranquilo género de vida no satisfacia su espíritu inquieto y aventurero, buscó entretenimiento, usando del nombramiento en que se le permitia explorar los misterios del grande Océano del Sur. En 1515, dos años ántes de su vuelta á España, habia enviado una escuadrilla á las Molucas. La expedicion fué seguida de algunos resultodos ventajosos; mas como no pertenecen á Cortés, su narracion encontrará lugar mas á propósito en los anales marítimos de España, donde ya ha sido hecha por la mismo mano maestra que tanto ha trabajado por ilustrar sobre este punto la historia de su patria (2).

Cortés estaba disponiéndose á enviar otra escuadrilla en la misma direccion, pero su vuelta á España interrumpió sus planes y las navecillas

conquistador es una barranca ruinosa aunque pintoresca, construida sobre una colina, y frente á la cual se levanta el gran volcan.

Hay algunas buenas casas y se conservan los restos de la iglesia construida por Cortés, famosa por su atrevido pórtico. » Vida en México, vol. II, carta 31.

(1) Estas noticias sobre la industria agrícola de Cortés, las he tomado en parte de la muy hábil defensa que en Enero de 1828 presentó D. Lúcas Alaman á la cámara de diputados del congreso mexicano, sosteniendo los hechos territoriales que actualmente tiene el descendiente del conquistador, Duque de Monte Leone.

(2) Navarrete, Coleccion de los viajes y descubrimientos, (Madrid, 1837) tom. V. Viajes al Maluco.

quedaron sin concluir por culpa de la Audiencia, que quitó á los operarios empleados en su construccion : por lo que aquellos se pudrieron en los astilleros. Por estos años de 1532 y 1533 armó Cortés otras dos flotillas y las envió á un viaje de descubrimiento en la direccion N. O. (1).

Fueron desgraciadas, no obstante que la última tocó con la península de Californias, en cuyo extremo meridional, probablemente en el actual puerto de la Paz, se verificó un desembarco. Uno de los buques tocó en la costa de la Nueva Galicia, donde gobernaba Guzman el antiguo enemigo de Cortés : la tripulacion fué decapitada y el buque declarado buena presa. Indignado del ultraje pidió justicia á la real Audiencia; mas como este cuerpo no tenia energía bastante para hacer eficaces las provincias en favor de Cortés, confió á sus propias manos la reparacion del agravio (2).

Hizo un rápido y difícil viaje á Chiametle, teatro de las depredaciones de Guzman, que no esperaba encontrarse con su irritado antagonista y éste rescató su nave, aunque no el cargamento. En seguida se juntó con la escuadrilla que habia despachado desde Tehuantepec, puerto de su pertenencia, y que entónces prometia serlo que despues ha sido Acapulco (3). La flota iba provista de todo lo necesario para fundar una colonia, y conducia cuatrocientos españoles y *trescientos negros esclavos*, que Cortés habia reunido con este intento. Con tal propósito atravesó el golfo, ó como le llama un antiguo escritor, el Adriático del Nuevo Mundo.

La estrechez de nuestra obra no nos permite entrar en la relacion pormenorizada de esta expedicion desastrosa que no dió resultados ventajosos ni para su autor, ni para las ciencias. Cortés y sus compañeros se vieron reducidos al último extremo de la hambre : cuando regresaba por el golfo los envolvió una terrible tempestad ; se vieron sin piloto que los guiase : escollaron contre las rocas, donde casi se hizo pedazos su ya estropeada navecilla; y por último, despues de desgracias y desastres formidables, comparables á los que habian pasado en tierra,

(1) Instruccion que dió el Marqués del Valle á Juan de Avellaneda, etc. MS.

(2) Provision sobre los descubrimientos del Mar del Sur. Set. 1534.

(3) El rio Huasacualco présenta gran facilidad para trasportar de Veracruz, atravesando el istmo, los materiales necesarios para construir buques en el Pacifico. Humboldt, *(Essai politique.)* tom. IV, pág. 50.

lograron, merced á la energía de Cortés, volver á entrar en el puerto de Santa Cruz de donde habian salido.

Miéntras estos sucesos pasaban, la nueva Audiencia despues de desempeñar fielmente su encargo, fué reemplazada por un Virey, el primero que vino á la Nueva-España, pues Cortés aunque investido de las facultades análogas, solo llevaba el título de gobernador. Aquel fué el principio del sistema que adoptó despues la Corona de confiar la administracion de las colonias á personas que por su alta calidad y méritos personales fuesen dignas de representar la majestad del Rey de Castilla. La desconfianza no permitia á la Córte dejarlas por mucho tiempo investidas de muy amplia autoridad en un puesto peligroso por las tentaciones de la ambicion : así es que despues de unos pocos años los llamaba ó los colocaba en alguna otra provincia del vasto imperio colonial. La persona enviada ahora á México era D. Antonio de Mendoza, hombre experimentado, juicioso y discreto y descendiente de aquella ilustre familia que en el reinado precedente habia dado tantos hombres distinguidos á la Iglesia, á la Milicia y á las Letras.

La dilatada ausencia de Cortés habia causado la mas viva inquietud á su esposa la marquesa del Valle. Luego que llegó el Virey le escribió suplicándole que se informase del paradero de su marido, y que si se le encontraba le instase para que se volviera. En consecuencia el Virey despachó dos buques en busca de Cortés; mas no se sabe si llegaron á Santa Cruz ántes de que él partiese de este puerto : el resultado es, que despues de su larga ausencia volvió á Acapulco y á poco llegaron los míseros restos de su desgraciada colonia. Aun no desalentado por tantos reveses, y ansioso de algun nuevo descubrimiento digno de su alta reputacion, armó otros tres buques y los puso á las órdenes de un oficial llamado Ulloa.

Esta flotilla que se hizo á la vela en 1539, tuvo un éxito mas afortunado. Ulloa penetró hasta la cabeza del golfo, despues se volvió y recorrió toda la costa de la península, dobló su Cabo meridional y subió por la costa occidental hasta los 28° ó 29° de latitud N. Despues de esto envió á Nueva-España una de las naves, y él prosiguió osadamente su ruta hácia el Norte ; mas no se volvió á saber de él (1).

(1) Instruccion del Marqués del Valle. MS.

Las noticias mas especiales y auténticas acerca del viaje de Ulloa, se encontrarán en Ramusio. (Tom. III, pág. 340-354) Proceden de uno de los oficiales que iban en la flota

Asi terminaron las empresas marítimas de Cortés con harto detrimento pecuniario suyo, pues le costoron trescientos mil castellanos de oro, sin que se rembolsase de un solo ducado (1). Aun se vió obligade á pedir dinero prestado y á empeñar las alhajas de su mujer, para adquirir los fondos necesarios para habilitar la última expedicion (2). Así, y por los gastos que exigia su espléndido modo de vivir, propio de un príncipe, contrajo una deuda enorme; pero aunque ruinosa, bajo el aspecto económico, fueron fructuosas bajo el científico aquellas expediciones. En ellas y en las hechas por Cortés ántes de su vuelta á España, se reá conoció la costa del Pacífico desde la Bahía de Panamá hasta el rio Colorado: hízose la circunnavegacion de la gran península de Californias, hasta la isla de Cedros ó Cerros, nombre que posteriormente se ha corrompido. Esta porcion de tierra, que se suponia ser un archipiélago, entónces se descubrió que formaba parte del continente, bien que su figura en general era conocida desde entónces, casi tan exactamente como hoy, segun se puede ver en los mapas de aquel tiempo (3). Finalmente habíanse explorado hasta los últimos ancones del golfo de Californias, ó del *Mar de Cortés*, como lo llaman los españoles en honor de su gran descubridor; y se habia demostrado que en vez del paso que se suponia existir hácia el Norte, este océano incógnito estaba encerrado entre los brazos del gigantesco continente. Tales fueron los resultados de aquellas expediciones; que habrian bastado á saciar la ambicion y á formar la gloria de un hombre comun; pero que se ofuscaban junto á las esplendentes proezas con que habia empezado Cortés su gloriosa carrera.

No obstante tantos tropiezos, á un hizo el Marqués del Valle nuevoses-fuerzos para ensancharlos límitesde sus descubrimientos, y se disponia á armar otra flota de cinco naves y ponerla á las órdenes de su hijo natu-

Los límites de mi obra no me permiten dar todos los pormenores de los viajes de Cortés, que aunque no desnudos de interes, no fueron seguidos de resultados permanentes. Encuéntrase un buen sumario de sus expediciones, al golfo, en la introduccion de Navarrete á la relacion del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana. (Madrid, 1802, págs. VI-XXV-I.) El lector inglés puede ver una breve noticia de este viaje, en la interesante Memoria de Greenhow, sobre la costa Noroeste de América. (Washington, 1840,) págs. 22, 27.

(1) Memorial al Rey del Marqués del Valle, MS., 25 de Junio de 1540.

(2) Provision sobre los descubrimientos del Mar del Sur. MS.

(3) Véase el mapa formado por el piloto Domingo del Castillo, en 1541, apud Lorenzana, pág. 328.

ral D. Luis; mas el Virey Mendoza, cuya imaginacion se habia inflamado con la relacion que un monje viajero le habia dado de *El dorado*, en el Norte, reclamó el derecho de descubrir aquellas regiones. Cortés protestó contra semejantes pretensiones que tanto menoscababan su autoridad. Siguiéronse despues otros nuevos motivos de disputa; hasta que por último, disgustado el Marqués de aquella resistencia perpetua á su autoridad y á sus empresas, pidió á Castilla la reparacion de sus agravios (1). Finalmente, determinó ir él mismo en persona á la Córte con varios intentos: sea el primero, el de hacer por sí mismo sus relaciones y ver si lograba la indemnizacion de los gastos que las expediciones marítimas le habian ocasionado y de los perjuicios y despojos que le habia inferido la Audiencia, miéntras él se hallaba ausente: el otro objeto que lo llevaba, era ver si conseguia que se le hiciese una asignacion de vasallos mas conforme al primitivo espíritu de la concesion. Así, pues, se despidió de su familia, tomó consigo á su hijo mayor y heredero, D. Martin, que entónces tenia ocho años de edad, y se embarcó en 1540 para España cuyas playas volvió á pisar despues de un feliz viaje.

El emperador estaba ausente á la sazon; mas Cortés fué bien recibido en la capital, donde dispusieron amplio alojamiento para él y su comitiva. Cuando se presentó ante el Real Consejo de Indias, á suplicar la terminacion del pleito que ante él tenia pendiente, recibió muy distinguidas muestras de respeto. Salió á recibirle el presidente hasta la puerta de la sala, y se le dispuso asiento entre los individuos del Consejo (2). Mas todo paró en señales de cortesía: la justicia proverbialmente lenta en España, no lo fué ménos para Cortés; de modo que un año despues de su llegada, el pleito se encontraba en el mismo estado que si solo hubiese pasado una semana.

En el año siguiente de 1541, vimos al Marqués del Valle alistado como voluntario en la memorable expedicion contra Argel. Cárlos V de vuelta á sus dominios, determinaba perseguir á aquellos corsarios del Mediterráneo. Cortés se embarcó con las fuerzas que debian ir con el

(1) En la coleccion de Vargas Ponce hay una peticion de Cortés, en que se queja de los agravios que ha recibido, y pide que se averigüe la conducta del Virey. No tiene fecha y se intitula: Peticion contra D. Antonio de Mendoza, Virey, pidiendo residencia contra, él. MS.

(2) Bernal Diaz, cap. 200.

Emperador, á bordo del navío que naufragó cerca de la costa. Cortés y su hijo escaparon á nado; mas el primero perdió el tesoro de alhajas de que hemos hablado en el capítulo precedente; «pérdida,» dice un antiguo escritor, «por la cual la expedicion salió mas cara á Cortés que á ninguno otro de los que iban, excepto al Emperador (1).»

Inútil es repetir los desastres de aquel sitio en que el valor musulman ayudado de los elementos burló los esfuerzos de los castellanos. Convocóse un Consejo de guerra, en que se determinó levantar el sitio y volverse á Castilla. Cortés indignado al oir semejante determinacion, se ofreció á ganar la plaza si se le confiaba el mando del ejército; y manifestó que únicamente sentia no tener á su lado un puñado de aquellos valientes hidalgos que le habian ayudado en la conquista de México. Sus ofertas fueron desechadas, como propias de un entusiasta romancesco. Se le excluyó infamemente de tomar parte en las *determinaciones* del Consejo de guerra. Los cortesanos, cansados ya de la guerra estaban impacientes por volver luego á España, y era *difícil* que quisieran entrar en disputa con un hombre que sabian que cuando una vez habia puesto mano á una obra, no alzaba aquella hasta no haber dado á esta entera cima (2).

Luego que llegó Cortés á Castilla, se apresuró á hacer su demanda ante el Emperador, el cual oyó sus quejas con miramiento, con aquel frio miramiento que no prueba ni el convencimiento ni la sinceridad. La posicion de Cortés habia cambiado visiblemente, respecto de lo que era cuando por primera vez vino á la Córte. Mas de diez años habian trascurrido desde entónces, y su edad actual no prometia ya esperanzas de que prestase nuevos servicios. Por otra parte, sus últimas empresas se habian desgraciado, y áun sus primeros triunfos comenzaron á ser menospreciados, como sucede siempre con un hombre cuya fortuna va declinando. Ademas, estaban eclipsados por los magníficos hechos del Perú, los cuales despedian un brillante reflejo de oro, que eclipsaba el pálido, que daban las minas de plata de México. Cortés tuvo que aprender por sí mismo, que la gratitud de una córte se mide por la magnitud de servicios futuros, no por la de los pasados: encontróse en la si-

(1) Gomara, Crónica, cap. 237.
(2) Sandoval, Hist. de Cárlos V, lib. 12, cap. 35: — Ferreras. (Trad. de Hermilly.) Hist. de Esp., tom. IX, pág. 231.

tuacion de un litigante importuno, cuyas quejas aunque justas son muy largas para ser prontamente despachadas. Vió como Colon, que era posible merecer tanto así (1).

En Febrero de 1544, escribió al Emperador una carta, la última por cierto, en que le suplicaba atendiese su pleito. Empezaba, por vanagloriarse de sus pasados servicios: decia que él habia creido que los trabaos de su juventud le habrian procurado descanso en la vejez: que habia pasado cuarenta años durmiendo poco, comiendo mal, y con las armas constantemente al lado: que habia expuesto denodadamente su persona á los peligros, y gastado su sustancia en descubrir remotas é ignotas regiones, para extender el nombre de su Rey y poner bajo su cetro, muchas, grandes y poderosas naciones: que todo esto lo habia hecho no solo sin la ayuda de sus compatriotas, sino venciendo los obstáculos que le habian opuesto sus émulos y enemigos, tan sedientos de su sangre, como lobos: que ahora se hallaba viejo, inválido, cargado de deudas: que mejor le hubiera estado no haber sabido nunca las intenciones liberales del Rey manifestadas en sus concesiones, porque entónces se habria dedicado enteramente al cuidado de sus señoríos; y no se habria visto obligado como ahora lo estaba, á disputar con los oficiales de la Corona, contra los que era mas difícil defenderse, que ganar de los enemigos un Imperio. Concluye suplicando al Emperador que « ordene al Consejo de Indias y demas tribunales que conocen en sus pleitos, que los terminen, pues que ya que estaba demasiado viejo para andar vagando en torno de aquellos, y deseaba durante el resto de sus dias retirarse á su hogar y arreglar sus cuentas con Dios, ocupándose en los negocios del alma mejor que en los mundanales (2).

Esta súplica al soberano, procedente de un hombre tan orgulloso como Cortés debiera haber conmovido al primero, mas no surtió el efecto deseado que era acelerar la terminacion de los pleitos. Permane-

(1) Cuenta Voltaire que un dia que no pudo obtener Cortés audiencia del Emperador, se abrió campo por entre la multitud que cercaba la carroza del Monarca y subió al estribo: y Carlós preguntó: « ¿quién es aquel hombre? » á lo que replicó Cortés: « uno que os ha dado mas reinos que ciudades teníais ántes. » (*Essai sur les Mœurs*, cap. 147.) No he encontrado otra autoridad que confirme esta anécdota improbable; sin embargo de que sirve bien para sacar una leccion moral, que es lo que principalmente quiso el filósofo de Ferney.

(2) Esta carta fecha en Valladolid á 3 de Febrero de 1544, se encontrará íntegra en el Apéndice, parte 2, n. 15.



ció aún en la córte, emplazado de semana en semana y de mes en mes, engañado con las falaces esperanzas de todo litigante y devorando secrétamente toda la acerba amargura de una esperanza burlada. Despues de tres años de aquella penosa y humillante vida, resolvió abandonar su ingrata patria y volverse á México.

Apénas habia llegado hasta Sevilla, acompañado de su hijo, cuando cayó enfermo de una indigestion, causada probablemente por el mal estado de su espíritu: aquella enfermedad declinó en disenteria y sus fuerzas se acabaron con tal rapidez á causa de la enfermedad, que no se pudo dudar de que su vida se acercaba á su término. El se preparó haciendo todas las disposiciones necesarias. Algun tiempo ántes habia hecho su testamento, y ahora lo ejecutó. Este documento, demasiado largo, es notable bajo diversos aspectos. La parte principal de sus bienes la deja á su hijo D. Martin, que entónces tenia quince años de edad: fija en veinticinco, la edad en que debe entrar en mayoría; pero sus tutores deben darle á los veintiuno todas sus rentas, para que pueda vivir cual corresponde á su calidad. En un documento que acompaña al testamento, mienta Cortés los nombres de todas las personas encargadas de cuidar sus vastos dominios, esparcidos por diferentes provincias, y suplica á los albaceas que las confirmen en aquel encargo, para el cual las ha escogido en vista de las cualidades peculiares que cada una de ellas tiene. Nada prueba mejor que esto la entera atencion que en medio de las ocupaciones del servicio público daba al cuidado de sus extensos señoríos.

Deja un caudal considerable á sus otros hijos, y generosos legados á varios criados antiguos que áun permanecian en su servidumbre. En otra cláusula del testamento lega sumas considerables para objetos de caridad y aplica las rentas de las propiedades que tiene en la ciudad de México, al sostenimiento perpetuo de tres establecimientos públicos. Un hospital, en la capital dedicado á la Vírgen de la Concepcion; un colegio en Coyoacan para la educacion de los frailes destinados á predicar el Evangelio entre los indios; y finalmente, un convento para monjas en el mismo lugar. Ordena que sus huesos sean enterrados en una capilla de este monasterio situado en la ciudad predilecta, sea cual fuere la parte del mundo en que él muera.

Despues de declarar que ha procurado cerciorarse de la verdadera suma á que asciendeu los tributos que sus vasallos indios pagaban

anteriormente a sus antiguos soberanos, previene á su heredero, que si acaso lo que han pagado hasta allí ascendiere de la legítima suma que deben pagar, les restituya el exceso que se encontrare. En otra cláusula manifiesta su duda, sobre si es justo exigir de los indios el trabajo personal, y manda que se averigüe exactamente lo que puede valer este trabajo, y que en todos casos se les dé la debida recompensa. Finalmente, él hace esta notable declaracion: « Por mucho tiempo se ha disputado sobre si se puede en conciencia tener dominio y propiedad sobre los esclavos indios: como este punto todavía no ha sido resuelto, suplico á mi hijo D. Martin y á sus herederos, que no perdonen diligencia por averiguar exactamente la verdad; por ser cosa que concierne á la conciencia de todos ellos y á la mia propia. »

Tales escrúpulos de conciencia no eran de esperar en Cortés ni (1) aún en un español de la generacion siguiente. La opinion que sobre la gran cuestion de la esclavitud se tenia en el siglo XVI, cuando comenzaba á establecerse el sistema, es muy parecida á la que se tiene hoy que cabe la esperanza de que está por abolirse. Las-Casas y los frailes domínicos de aquel tiempo, los abolicionistas de su siglo, lanzaban sus invectivas contra la esclavitud, fundándose en la equidad y los derechos naturales del hombre (2). La gran masa de los propietarios no se curaba gran cosa de las cuestiones de derecho: se satisfacia con lo cómodo de la institucion. Otros mas moderados y concienzudos, aunque confesaban lo malo de ella, encontraban su defensa en la ley de la necesidad, en atencion á que la constitucion del blanco no podia soportar lo cálido del clima ni aquel era propio para cultivar el suelo. Bajo un aspecto diferia esencialmente la esclavitud de aquel siglo, de la del nuestro: en que las semillas del mal que despues se han desenvuelto, podian entónces ser arrancadas con facilidad, miéntras que actualmente sus raíces han pene-

(1) « Item, porque acerca de los esclavos naturales de la misma Nueva-España así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas y opiniones sobre si se han podido tener con buena conciencia ó no, y hasta ahora no está determinado. Mando que todo aquello que generalmente se averiguase, que en este caso se debe hacer para descargo de las conciencias, en lo que toca á otros esclavos de Nueva-España, que se haga y cumpla en todos los que yo tengo é encargo. Y mando á D. Martin mi hijo subcesor, y á los que despues le subcedieren en mi estado, que para averiguar esto haga todas las diligencias que convengan al descargo de mi conciencia y suya. » Testamento de Hernan Cortés, MS.

(2) Este es el punto que discute Las-Casas en su memorial enviado al gobierno en 1542, sobre el mejor modo de contener la destruccion de los indios.

trado tan profundamente que no se podria intentar arrancarlas bruscamente, sin sacudir hasta los íntimos cimientos de la sociedad. Fácil es concebir que el que confiesa lo malo de esta institucion y que es un agravio á la humanidad, de ningun modo vacilaria en adoptar un remedio, si este no fuese peor que el mal mismo. ¿ Mas quién puede dudar de que ese remedio llegará con el tiempo, puesto que la justicia siempre prevalece, y que no se pueden atajar los progresos de la civilizacion?......

Cortés nombró de albaceas y tutores de sus hijos al Duque de Medina Sidonia, al Marqués de Astorga y al Conde de Aguilar. Para albaceas en México, nombró á su mujer la Marquesa, al Arzobispo de Toledo y á otros dos prelados. Su testamento está fecho en Sevilla á 11 de Octubre de 1547 (1).

Molestándole mucho, á causa de su debilidad que cada dia crecia, las visitas que no podia dejar de recibir miéntras estuviese en Sevilla, se retiró al pueblecillo inmediato de Castilleja de la Cuesta, acompañado de su hijo que cuidaba con filial solicitud de su moribundo padre. Parece que Cortés vió llegar la muerte con una serenidad que no siempre tienen los que han despreciado aquella en los campos de batalla. Ultimamente, despues de confesarse y recibir el Divino Viático, murió el 2 de Diciembre de 1547, á los sesenta y tres años de su edad (2).

Los habitantes de aquellas cercanías quisieron rendir toda especie de homenajes á la memoria de Cortés. Sus honras fueron celebradas con toda solemnidad y su cuerpo llevado con grande acompañamiento de nobles andaluces y de ciudadanos de Sevilla, á la capilla de San Isidro y depositado en el sepulcro de los Duques de Medina Sidonia (3). Allí permaneció hasta el año de 1562 en que fué removido de órden de su hijo D. Martin, y llevado, no á Coyoacan conforme habia sido voluntad de Cortés, sino al convento de San Francisco en Tetzcoco, donde descan-

(1) Este interesante documento existe en los archivos Reales de Sevilla, y forma una parte de la preciosa coleccion de D. Vargas Ponce.

(2) Zúñiga, Anales de Sevilla, pág. 504. — Gomara, Crónica, cap. 237.

En su última carta al Emperador, fecha en Febrero de 1541, da á entender que á la sazon tenia sesenta años; mas, probablemente no quiso ser tan exacto, que hablase de año exacto. Gomara confirma que Cortés nació en 1485, (Crónica, cap. 1,) y Bernal Diaz lo confirma, pues nos cuenta que Cortés solia decir que cuando vino á México la primera vez, tenia treinta y cuatro años de edad. (Hist. de la conquista, cap. 205.) Esto concuerda con lo que digo en el texto.

(3) Noticias del Archivero de la Santa Iclesia de Sevilla, MS.

saba al lado de un hijo y su madre Doña Catalina Pizarro. En 1629 volvieron á ser removidos los restos de Cortés, y cuando murió D. Pedro, cuarto Marqués del Valle, determinaron las autoridades de México llevarlos á la iglesia de San Francisco de esta capital. La ceremonia se hizo con toda la solemnidad acostumbrada en tales casos. Se formó una procesion militar y religiosa, á cuya cabeza iba el Arzobispo : acompañábanle las principales autoridades de la Iglesia y del Estado, las Cofradías con sus banderas respectivas, las Ordenes religiosas y los Oidores. La urna que encerraba las cenizas de Cortés estaba cubierta de un paño negro y la llevaban los jueces de los tribunales reales. De uno y otro lado del féretro iban dos hidalgos con armadura completa : el uno llevaba un estandarte enteramente blanco, donde estaban bordadas de oro las armas de Castilla ; y el de la izquierda, una bandera de terciopelo negro con el escudo de armas de la casa de Cortés, bordado de igual manera. Delante del cuerpo venia el Virey acompañado de multitud de hidalgos españoles, y tras el cuerpo marchaba un batallon de infantería armado de picas y arcabuces, y cuyas banderas arrastraban por el suelo. En medio del esta pompa fúnebre, al son de una música melancólica y al toque de una caja destemplada, se encaminó la procesion á paso lento, hácia la ciudad cuyas puertas se abrieron para recibir los restos mortales del héroe que un siglo ántes la habia asombrado con sus prodigios de valor.

Mas sus huesos no debian quedar allí en quietud : en 1794 se les llevó al hospital de Jesus Nazareno , lugar mas adecuado, pues era el mismo establecimiento que bajo el nombre de Nuestra Señora de la Concepcion habia fundado y dotado, y que habia sido hasta entónces administrado con arreglo al noble objeto de su fundacion : lo que es muy frecuente en casas de caridad de este género. Las cenizas del guerrero fueron depositadas en una urna de cristal, asegurada con láminas y barras de plata y puestas en la capilla donde se levantó un monumento sencillo, en que estaban grabadas las armas del conquistador y que remataba en un busto ejecutado en bronce por Tolsa, escultor digno de los mejores tiempos de las artes (1).

Desgraciadamente para México, no acaba aquí la historia. En 1823 la plebe patriota de esta capital, en conmemoracion de la era de la independencia y por odio á los primeros españoles, se disponia á abrir la

(1) Todos estos pormenores se encontrarán en el Apéndice, parte 2, n. 16.

tumba de Cortés y á arrojar al viento sus cenizas. Las autoridades se rehusaron á intervenir; mas las personas de la familia, segun se refiere comunmente, enterraron secretamente la urna que encerraba los restos de Cortés, é impidieron que se cometiese un sacrilegio que habria echado en el escudo de la bella ciudad de México, una mancha indeleble. Humboldt notaba hacia cuarenta años que se podia atravesar toda la América, desde Buenos Aires hasta Monterey, sin encontrar en ninguna parte monumento nacional alguno, levantado por la gratitud en honor de Hernan Cortés, ni de Cristóbal Colon (1). ¡ Pero estaba reservado á nuestros dias presenciar el conato de violar el reposo de los muertos y de insultar sus reliquias ! Sin embargo, los que meditaron este ultraje no fueron los descendientes de Moctezuma, ansiosos de vengar los pasados ultrajes y vendicar los derechos de su legítima herencia : ¡ fueron los descendientes y compatriotas de los antiguos conquistadores ! Fueron aquellos que debieron al derecho de conquista sus títulos sobre el suelo que pisaban !

Cortés no tuvo hijos en su primer matrimonio, del segundo dejó cuatro : un varon, D. Martin, heredero de sus honores y de persecuciones áun mas crueles que las de su padre (2), y tres hijas que casaron brillantemente. Tambien dejó varios hijos naturales, á los cuales enumera en su testamento, y á quienes deja un legado suficiente. Dos de ellos, D. Martin, el hijo de Doña Marina, y D. Luis, llegaron á obtener grandes distinciones, y á ser *comendadores* de la órden de Santiago.

La línea masculina de los Marqueses del Vallese se extinguió en la cuarta generacion. El título y las posesiones pasaron á una hembra, y por el entroncamiento de ésta pasaron á la casa de Terranova, descendiente del gran Capitan Gonzalo de Córdova. A consecuencia de otro enlace posterior, pasaron á la familia del Duque de Monte Leone, noble napolitano.

(1) *Essai politique*, tom. 2, pág. 60.

(2) Don Martin Cortés, segundo Marqués del Valle, fué acusado lo mismo que su padre, de haber intentado hacerse independiente de España. Sus hermanos naturales, D. Martin y D. Luis, fueron envueltos en la misma acusacion, y el primero de ellos condenado al tormento, como lo hemos dicho en otra parte. Otros varios amigos suyos, á los que se acusaba tambien de traicion fueron decapitados. El Marqués y su familia se refugiaron á España donde se practicó la averiguacion ; durante la cual, que duró desde 1567 á 1574, fueron confiscados sus Estados de México. Al fin fué declarado inocente y se le volvieron; mas con grande detrimento, por los empleados reales.

El actual dueño de aquellos honores propios de príncipe, y de tan vastos dominios esparcidos por el Nuevo y el antiguo Mundo, vive en Sicilia y puede vanagloriarse de lo que pocos príncipes pueden preciarse: de descender de dos de los mas ilustres capitanes del siglo XVI: el Gran Capitan y el conquistador de México.

La historia personal de Cortés ha sido tan minuciosamente detallada en la precedente narracion; que apénas es necesario hablar de los rasgos mas prominentes de su carácter. La historia de la conquista es, como ya lo he hecho notar, la de Cortés que fué por decirlo así, no solo el alma, sino áun el cuerpo de aquella empresa, pues en todas partes estuvo presente: en lo mas reñido de los combates dirigiendo la construccion de las fortificaciones, usando de la espada ó del mosquete, conduciendo á los soldados, y á veces guiando su frágil navecilla. Las negociaciones, las intrigas, la correspondencia, todo es conducido por él y como César escribió sus propios comentarios en el calor de las terribles escenas que forman su asunto. Su carácter está formado de cualidades opuestas y en apariencia incompatibles. Era avaro y al mismo tiempo liberal; audaz hasta la desesperacion, y sin embargo cauto y receloso; magnánimo y astuto; cortés y afable en el trato, y severo hasta la inflexibilidad: laxo en su moral, sin embargo (bien que esto no es raro) devoto y supersticioso. Mas el rasgo primero de su carácter es la constancia, una constancia que ni se arredraba ante el peligro, ni se entibiaba por el desengaño, ni se cansaba por los reveses y contratiempos.

Era Cortés un caballero errante en la acepcion literal de la palabra. Entre todos los aventureros que España lanzó en el siglo XVI á la carrera de los descubrimientos y las conquistas, ninguno era mas romancesco que Hernan Cortés. Los peligros y las dificultades léjos de desanimarlo, parece que tenian para él un grato atractivo, y que áun eran precisos para hacerle sentir interiormente toda la fuerza de que estaba dotado. Luchaba con ellos desde el principio, y áun se puede decir que acometia sus empresas por el lado mas difícil.

Desde el primer momento que pisó la tierra de México, concibió el proyecto de conquistarla; luego contempló su poderío y su civilizacion, y no por eso desistió de aquel proyecto. Cuando se vió atacado con ventaja por Narvaez, no renunció á su plan; y despues de arrojado desastrosamente de la capital, todavía acariciaba su idea primera. Ya he-

mos visto de qué manera logró llevarla á cabo. Despues, en los pocos años de descanso que se siguieron á la conquista, su espíritu emprendedor le sugirió el viaje peligroso por los pantanos de Chiapas; y pasando otro intervalo, le llevó á buscar fortuna en el proceloso Golfo de Californias. Finalmente, viendo que ya no quedaba para él otro continente que conquistar, propuso al Emperador equipar una flota á sus propias espensas, y llevarla á las Molucas para subyugar aquellas islas y añadirlas á los dominios de Castilla (1) !

Este espíritu de caballería errante no nos debe hacer desconocer sus tamaños para general y mirarle simplemente como un aventurero afortunado ; esto sería sumamente injusto, porque Cortés era ciertamente un gran general, si por tal debe entenderse á aquel que con solo los recursos que le sugiere su ingenio, consuma grandes empresas. Seguramente no hay ejemplo de una que se haya llevado á cabo con recursos en apariencia tan desproporcionados ; hasta el punto de poderse decir con verdad que Cortés no contó con los de nadie, si no es con los suyos propios. Si al buen éxito de sus campañas contribuyeron algunas tribus de indios, él es quien supo ganárselas : él quien supo suspender el brazo que estaba pronto á descargarle un golpe mortal, y el que lo hizo pugnar en su ayuda. El venció á los tlaxcaltecas y los convirtió en sus decididos auxiliares : derrotó á los soldados de Narvaez, y de esta suerte duplicó sus fuerzas. Cuando todos los suyos le abandonaban, él solo se bastaba á sí mismo : él sometió á la multitud á su voluntad y la obligó á obrar tan de concierto como si fuera un solo hombre.

El llegó á tener bajo sus órdenes el conjunto de hombres mas heterogéneo y raro. En sus filas militaban aventureros de Cuba y las otras islas, sedientos de oro; hidalgos que venian de la madre patria en busca de fama y laureles ; caballeros arruinados que esperaban mudar de fortuna en el Nuevo-Mundo ; los reclutas de Narvaez y sus antiguos veteranos, hombres que casi no tenían punto de contacto y que ardian siempre en celos y se dividian en facciones ; tribus salvajes de casi todas las

(1) « Yo me ofrezco á descubrir por aquí toda la Especería y otras islas si hubiere cerca de Molucas ó Melaca y la China, y áun dar tal órden, que V. M. no aiga la Especería por vía de rescate, como la ha el Rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como á un Rey señor natural, porque yo me ofrezco con el dicho aditamento de enviar á ellas tal armada ó ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble. » Carta quinta, MS.

provincias del continente, tribus enemigas desde la cuna, animadas del deseo de degollarse las unas á las otras, y de adquirir víctimas para sus sacrificios ; hombres en fin, diferentes por la raza, la lengua y el interes y que no tenian nada de comun ni de semejante. ¡Y sin embargo, tales hombres vivian en un solo campamento, obedecian á la voluntad de uno solo, caminaban de concierto, respiraban, por decirlo así, el mismo espíritu y se moveian por un principio comun! En este maravilloso poder que tenia Cortés sobre las masas divergentes que seguian sus banderas, es en lo que se reconoce el genio de aquel Gran Capitan, no ménos que en la felicidad de sus proezas militares.

El influjo que ejercia en los soldados era una consecuencia natural de la confianza que tenian de su habilidad ; mas tambien debe atribuirse á sus modales populares, á esa mezcla rara de severidad y familiaridad que le hacia tan idóneo para dirigir á una turba desenfrenada de aven tureros, y que acaso no habria sido propia para mandar con todo el aparato imponente de General de un ejército regularizado. El habia entrado con sus soldados en una aventura comun para todos y bajo cierto pié de igualdad, á causa de que no debia su autoridad á ningun título legal.

Mas al mismo tiempo que tenia esta libertad y familiaridad con sus subordinados, jamas les permitia faltar á la obediencia ni quebrantar la mas estricta disciplina. Cuando estuvo elevado á mas altas dignidades, aunque usaba un porte adecuado á ellas, admitia en su trato á sus antiguos veteranos.

« El preferia, dice Diaz « que le llamásemos Cortés, mas bien que de ninguna otra manera, y con razon, » prosigue el viejo soldado, « porque el nombre de Cortés es en nuestros dias tan famoso como el de César entre los romanos ó el de Annibal entre los cartagineses (1). » En el

(1) La comparacion con Annibal es mas exacta de lo que probablemente se imaginaba el veterano. La descripcion que hace Livio del guerrero Cartaginés es admirablemente aplicable á Cortés. « Plurimum audaciæ ad pericula cepessenda, plurimum concilii inter ipsa pericula erat : nullo labore aut corpus fatigari, aut animus vinci poterat. Caloris ac frigoris patientia par : cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate, modus finitus : vigiliarum somnique nec die nec nocte discriminata temporat.

Id quod gerendis rebus superesse quieti datum : ea neque molistrato, neque silentio arcessita. Multi sæpe militari sagulo opertum, humi jacentem, inter custodias nationesque militum, conspexerunt. Vestibus nihil inter æcuales excellens ; atque equi conspicieban-

último acto de su vida mostró iguales consideraciones hácia sus antiguos camaradas, pues legó una suma para pagar misas por las almas de los que habian militado con él en las campañas de México y habian perecido (1). Su carácter ha sido sin quererlo, trazado por la mano de un maestro:

Tambien á veces el altivo jefe
Se dignaba asistir á los festines
Del humilde soldado; que aunque era
El mas altivo entre la altiva gente,
Con blando trato subyugar sabía
El rudo corazon del veterano.
Con gozo era seguida la bandera
Del caudillo feliz, en cuya frente
La lisura marcial se retrataba;
Cuya mano era siempre generosa;
Del vino amigo y á las trovas dado;
El primero en subir á una muralla
Y en acudir á la amorosa cita,
Guerrero tal sus vencedoras huestes
Podia llevar desde la ardiente arena
Del Arabia abrasada, hasta los yelos
En que está envuelto el aterido polo.

Sin violencia pudiera avenirse á Cortés este retrato de Marmion. No era este un conquistador vulgar: no lo era por mera ambicion de conquista. Si destruyó la antigua capital de los aztecas fué por levantar sobre sus ruinas otra metrópoli mas magnífica: si devastó la tierra y arrasó con sus in tituciones, empleó todo el tiempo de su gobierno en buscar el modo de introducir otra cultura mas perfecta y otra civilizacion mas adelantada. En todas sus expediciones procuraba estudiar los recursos físicos de los países que recorria, sus costumbres y organiza-

tur, equitum peditumque idem longe primus erat princeps in prælium ibat: ultimus conserto prælio excedebat. (Hist. lib. XXI, sec. 5.)

El lector que se acuerde de Guahtimotzin, acaso opinará que el extracto debia abrazar tambien la « perfidia plusquam Punica, » de que se habla en la sentencia subsecuente.

(1) Testamento de H. Cortés, MS.

cion social; y á sus tenientes les encargaba muy particularmente que cuidasen de informarse acerca de todos estos puntos. Codiciaba el oro, como casi todos los aventureros que vinieron á la Nueva-España; mas no para atesorarlo estérilmente, ni para disiparlo en un lujo vano y estéril, sino para tener con que subvenir á los gastos de nuevas y gloriosas empresas; prueba de ello la costosa expedicion al Golfo de California. No llevaba por objeto únicamente el lucro: díganlo las várias tentativas que hizo por descubrir una comunicacion entre el Pacífico y el Atlántico. En medio de sus planes de ambicion se descubria cierto amor á la ciencia, que en parte era debido á la superioridad de su talento, y en parte á su primera educacion. Ciertamente apénas era posible que con aquel carácter inquieto fogoso hubiese podido hacer grandes adelantos en las aulas; mas de allí sacó ciertos hábitos escolásticos y cierta tintura científica, que no era raro encontrar en los hidalgos de aquel tiempo y que fecundaba sus facultades mentales. Sus relaciones ó cartas están escritas con tal simplicidad y elegancia, que bien merecen figurar al lado de los Comentarios de César. No es fácil encontrar en los escritos de aquel tiempo, ninguno que con mas concision dé ideas mas cabales, no solo de los acontecimientos, sino áun del carácter de los países conquistados.

Cortés no era cruel, al ménos comparado con los que siguieron su mismo camino férreo, porque la carrera de un conquistador es preciso que quede regada de sangre. Verdad es que el nuestro no se paraba en escrúpulos para realizar sus proyectos: arrollaba con cuantos obstáculos se le oponian, y su alma está oscurecida por mas de un hecho que ni sus mas entusiastas panegiristas se han atrevido á justificar.

Mas no era cruel por mera crueldad: no permitia que se ultrajase á enemigos indefensos, lo cual parecerá que es pequeña alabanza, mas que ciertamente forma una excepcion de la conducta que generalmente seguian los conquistadores de entónces, y que es aún una especie de adelanto para aquel tiempo. Aun se pudiera añadir que era severo en exigir el cumplimiento de las órdenes destinadas á proteger las personas y propiedades de los conquistados; lo cual no era poco arriesgado teniendo que luchar con una turba desenfrenada y licenciosa. Despues de la conquista planteó el sistema de repartimientos, mas lo mismo hizo Colon. Por otra parte procuró introducir cierta regularidad, y reformas que mejoraban la condicion de los naturales. La mejor apología que se

puede hacer de su conducta sobre esta materia, es la deferencia que para con él tenian los indios y la confianza con que apelaban á él en todos sus trabajos y necesidades.

En la vida privada parece que poseia el arte de atraerse á sí á todas las personas que lo rodeaban. Lo fuerte de este afecto se muestra á cada página de la historia de Bernal Diaz, no obstante que esta fué escrita para vindicar los derechos de los soldados; derechos menoscabados por las pretensiones del general. Parece tambien que durante su primer matrimonio vivió feliz en su humilde retiro de Cuba; y si hemos de juzgar por las expresiones de su testamento, miraba á su segunda mujer con amor y confianza. Sin embargo, no está exento del cargo de licenciosa galantería que formaba parte del carácter de todos los aventureros militares de aquel tiempo. Segun los muchos pleitos y litigios en que anduvo, parece que era irritable y pendenciero; bien que debe excusarse esta irascibilidad en un hombre acostumbrado por mucho tiempo á mandar sin sujecion, y contrariado despues por todos los embarazos que le ponian almas pequeñas, incapaces de comprender la nobleza de carácter de tan grande hombre. «El creyó» dice un escritor eminente, «acallar á sus enemigos con el brillo de la gloriosa carrera en que habia entrado; y no reflexionó que precisamente la grandeza y rapidez de sus triunfos es lo que le habia suscitado tantos enemigos (1).» Sus gloriosas empresas y sus esfuerzos recibian por recompensa la ingratitud y la sospecha, la calumnia de que defraudaba los tesoros del Rey y de que aspiraba á revelarse contra su soberano. Con todo, aunque concedamos el fundámento de la mayor parte de las quejas de Cortés, considerando el tono plañidero de su correspondencia y la frecuencia de sus litigios, naturalmente ocurre la sospecha de que muchas de esas quejas eran hijas de su excesiva sensibilidad áun á las mas leves ofensas, ó de sus nimios celos por imaginarios agravios.

Fáltanos aún que hablar de otro rasgo distintivo de este hombre extraordinario: de su devocion, el defecto de la época, porque no se puede ménos de llamarla un defecto (2). Cuando vemos elevar al cielo implo-

(1) Humboldt, *Essai politique*, tom. II, pág. 267.

(2) Cavo refiere una anécdota extraordinaria que prueba la devocion (¿no pudiera decirse mas bien la política?) de Cortés. « En México » dice el historiador, « se cuenta generalmente que despues de la conquista mandó que todos los domingos y fiestas de guardar se asistiese á la explicacion de las Escrituras. Un dia se olvidó el general de cum-

rando su bendicion sobre la justa causa una mano enrojecida con la sangre de los asesinados indios, no solo experimentamos disgusto, sino que áun dudamos de la sinceridad de aquel acto. Esta sospecha es, sin embargo, injusta: reportémonos como debemos hacerlo, á aquel tiempo, el de las Cruzadas y veremos que todo soldado español, por sórdidos y egoistas que fuesen los motivos de su conducta, se creia soldado de la cruz: muchos de ellos habrian muerto por esta causa, y cualquiera que haya leido la correspondencia de Cortés, ó que mejor que esto haya estudiado su vida militar, conocerá que él habria sido el primero en dar su vida en defensa de la fe. Mas de una vez puso en peligro su vida y su fortúna, y lo que es mas, todo el buen éxito de sus empresas, solo por la manera impolítica y prematura con que queria efectuar la conversion de los indios (1). Hoy que el espíritu del cristianismo está purificado, parecerá difícil conciliar tantos agravios hechos á la moral con el celo sincero por la religion; mas esta se reducia entónces á estudiadas ceremonias: entónces con tal de observar estrictamente las formas, no importaba que se evaporase el espíritu: la mente ocupada enteramente en los modos, pensaba poco en la sustancia. En un culto que habla demasiado á los sentidos, sucede muchas veces que la moral se divorcia de la religion, y que la rectitud se mide mas bien segun las creencias que segun las acciones.

En la primera parte de mi obra he dado idea de la persona de Cortés (2). No será inoportuno términar esta breve ojeada sobre su carácter, copiando lo que acerca de sus hábitos y modo de vivir nos dejó escrito Bernal Diaz, el antiguo cronista que nos ha acompañado en todo el curso de nuestra narracion, y que nos va á ayudar á concluirla. Nadie mejor que él conoció á Cortés, y si bien el objeto de la obra es notoriamente adverso al conquistador, sin embargo, esta desventaja está contrapesada por el personal afecto que le profesaba Diaz, y por el *espíritu*

plir con esta órden, y despues de escuchar humildemente la reprehension de un sacerdote, se sujetó con edificante humildad á la pena de ser azotado, lo que causó indecible admiracion á la indios. » (Hist. de los Tres Siglos, tom. I, pág. 151.)

(1) Al Rey infinitas tierras,
Y á Dios infinitas almas,

dice Lope de Vega, recordando en esta coplilla la doble gloria de Cortés. Bajo este aspecto se veia la conquista por todo español devoto, en el siglo XVI.

(2) Véase ántes el tom. I, pág. 176.

de cuerpo que le hace envanecerse con el recuerdo de la fama de su general:

« Fué de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á la eenicienta, é no muy alegre: y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo extenuado, y las piernas y muslos bien sacados y era buen jinete y diestro de todas armas, ansí á pié como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla española fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello se le parecia, mas cubríanselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, ansi en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion y en comer y en vestir, en todo daba señales de gran Señor (1).

Los vestidos que se ponia, eran segun el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas, ni damascos; ni rasos sino llanamente y muy pulido: ni tampoco traia cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura con un joyel con la imágen de Nuestra Señora la Vírgen de Santa María con su Hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latin en lo que era de Nuestra Señora; y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letrero y tambien tenia en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entónces se usaban de terciopelo, traia una medalla, y no me acuerdo el rostro, que en la medalla traia figurado la letra dél, mas despues el tiempo andando siempre traia gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente como gran señor, con dos Maestresalas y Mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, é grandes bajillas de plata y de oro.

Comia á mediodía bien, y bebia una buena taza de vino aguado, que

(1) Lo mismo dice Gomara. «Vestia muy pulido y rico, era hombre limpísimo.» Crónica, cap. 230.

cabria un cuartillo, tambien cenaba y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veia que habia necesidad que se gastase ó los hubiese menester (1). Era muy afable con todos nuestros Capitanes y Compañeros, especial con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez: y era latino, y oí decir que era Bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondia á lo que le decian en latin.

«Era algo poeta, hacia coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba, lo decia muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas Oras y oia misa con devocion: tenia por su muy abogada á la Vírgen María Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada (2) y tenia á Señor San Pedro, Santiago, y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero.

Cúando juraba, decia: En mi conciencia; y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decia: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba la vena de la garganta y otra de la frente y en algunas veces de muy enojado, arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun Capitan ni soldado: y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados; que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala, y aunque habia materia para ello, lo mas que decia, era: Callad ó idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que por mas consejo y palabras que le deciamos sobre cosas desconsideradas, que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los Peñoles que ahora llaman del Marqués, le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y Peñoles, sino que les estuviésemos cercados por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venian derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe é ímpetu con que venian, y era aventurarnos todos á morir, porque no bastaria esfuerzo, ni consejo, ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar á subir, y corrimos harto peli-

(1) « Fué muy grande comedor y templado en el beber en habiendo abundancia. Sufrió mucho el hambre con necesidad. » Ibid., *ubi supra*.

(2) « Grandísimo limosnero : daba cada un año mil ducados de limosna ordinaria. » Ibid., *ubi supra*.



gro, y murieron diez ó doce soldados, y todos los mas salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y demas de esto, en el camino que fuimos á las Higueras, ó á lo de Cristóval de Olí, cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces, que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa, y tampoco acertó; porque si fuéramos por donde yo decia, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es en Cuacalco, camino derecho de Chiápa, y de Chiapa á Cuatimala, y de Cuatimala á Naco, que es adonde en aquella sazon estaba el Cristóval de Olí. Dejemos esta plática, y diré que cuando luego venimos con nuestra armada á la Villa Rica, y comenzámos á hacer la fortaleza, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fué Cortés; y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré á decir en las batallas de Tabasco, que él fué por Capitan de los de á caballo y peleó muy bien.

« Vamos á la Villa-Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos con trece navios al traves por consejo de nuestros valerosos Capitanes y fuertes soldados, y no como dice Gomara.[1] Pues en las guerras de Tlascala en tres batallas se mostró muy esforzado Capitan. Y en la entrada de México con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, y mas tener atrevimiento de prender al gran Moctezuma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros; y tambien digo que lo prendimos por consejo de nuestros Capitanes y de todos los mas soldados. Y otra cosa que no es de olvidar de la memoria, el quemar delante de sus palacios á Capitanes de Mocteuczoma, porque fueron en la muerte de un nuestro Capitan, que le decian Juan de Escalante y de otros siete soldados, de los cuales Capitanes indios no me acuerdo de sus nombres, poco va en ello, que no hace á nuestro caso. Y tambien, que atrevimiento y osadía fué que con dádivas y joyas de oro y por buenas mañas y ardides de guerra que se dió contra Pánphilo de Narvaez, Capitan de Diego Velazquez, que traia sobre mil y trescientos soldados, contados en ellos hombres de la mar, y traia noventa de á caballo y otros tantos ballesteros, y ochenta espingarderos, que ansí se llamaban; y nosotros con doscientos y sesenta y seis compañeros sin caballos, ni escopetas, ni ballestas, sino solamente nuestras picas y espadas y puñales y rodelas los desbaratamos y prendimos á Narvaez. Pasemos adelante, y quiero decir que cuando entramos otra

vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, y ántes que saliésemos huyendo cuando subimos en el alto de Cu de Huichichilobos, ví que se mostró muy varon, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota y muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda flor y valientes guerreros mexicanos, y todos sus sugetos para nos matar allí. Tambien se mostró muy esforzado, cuando dió un encuentro al Capitan y Alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas, y perder el gran brio de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y despues de Dios nuestros esforzados Capitanes que le ayudaban, que fué Pedro de Alvarado é Gonzalo de Sandoval, y Cristóval de Olí y Diego de Ordas é Gonzalo Dominguez y un Lares é Andrés de Tápia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro de los que no teniamos caballos, y de los de Narvaez tambien ayudaron muy bien; y quien luego mató al capitan del estandarte, fué un Iuan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho y se le dió á Cortés. Pasemos adelante, y diré: que tambien se halló Cortés juntamente con nosotros en una batalla bien peligrosa en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen Capitan. Y en lo de Suchimilco, cuando le derribaron los escuadrones mexicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlascaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado, que se decia Cristóval de Olea, natural de Castilla la Vieja (tengan atencion á esto que diré) que uno era Cristóval Olí, que fué Maese de Campo, y otro es Cristóval de Olea; y esto declara aquí, porque no arguyan sobre ello, y no digan que voy errado. Tambien se mostró Cortés muy esforzado, cuando sobre México estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los mexicanos, y le llevaron á sacrificar sesenta y dos soldados, y á Cortés le tenian engarrafado para le llevar á sacrificar, y le habian herido en una pierna, y quiso Dios que por su buen esfuerzo y pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóval de Olea, que fué el que la otra vez en Suchimilco le libró de los mexicanos y le ayudó á cabalgar, y salvó á Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demas que dicho tengo: y ahora que lo estoy escribiendo, se me representa la manera y proporcion de la persona del Cristóval de Olea y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro Marqués del Valle, porque son tantas y de tal manera, que no acabaré tan presto de

los relatar, y volveré á decir de su condicion, que era muy aficionado á juegos de naipes é dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decia ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan á los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas; y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates, le reprendia y le decia que á la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendia con palabras agras.

«Cuando fuimos á las Higueras, ví que habia tomado una maña ó condicion que no solia tener en las guerras pasadas, que cuando comia si no dormia un sueño, se le revolvia el estómago y rebosaba y estaba malo, y por excusar este mal, y cuando ibamos camino, le ponian debajo de un árbol ó otra sombra una alfombra que llevaban á mano para aquel efecto ó una capa, y aunque mas sol hiciese ó lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y tambien ví que cuando estabamos en las guerras de la Nueva-España, era cenceño y de poca barriga, y despues que volvimos de las Higueras engordó mucho y de gran barriga.

«Y tambien ví que se paraba la barba prieta, siendo de ántes que blanqueaba. Tambien quiero decir, que solia ser muy franco cuando estaba en la Nueva-España y la primera vez que fué á Castilla; y cuando volvió la segunda vez en el año de mil quinientos cuarenta, le tenian por escaso y le puso pleito un su criado que se decia Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio: y tambien, si bien se quiere considerar y miramos en ello, despues que ganamos la Nueva-España, siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo: en la California ni ida á las Higueras tuvo ventura, ni en otras cosas desde que acabó de conquistar la tierra, quizas para que la tuviere en el Cielo, é yo lo creo ansí, que era un buen caballero y muy devoto de la Vírgen y del Apóstol San Pedro y de otros Santos. Dios le perdone sus pecados y á mí tambien, y me dé buen acabamiento, que importan mas que las conquistas y victorias que hubimos de los indios (1).»

Tal es el retrato que, trazado por el pincel mas fiel nos ha quedado de Hernando Cortés, el conquistador de México.

(1) Hist. de la conquista, cap. 203.

APENDICE

ORIGEN DE LA CIVILIZACION MEXICANA. — NOTICIAS PRELIMINARES.

El siguiente ensayo estaba destinado á completar la introduccion, á la cual pertenece propiamente, y fué escrito tres años ha, juntamente con aquella parte de la obra. Desde entónces no sé que se haya publicado ninguna cosa de importancia sobre este punto, sino es el «Tratado sobre las Antigüedades Mexicanas,» de Mr. Bradford ; mas respecto de la arquitectura americana, han esparcido nueva luz las dos obras de Mr. Stephen que contienen la relacion de un viaje á la América Central y á Yucatan y especialmente la última ; de suerte que este punto ántes tan imperfectamente conocido, está hoy suficientemente esclarecido para ayudarnos á buscar el orígen probable de los misteriosos monumentos de Yucatan. Falta únicamente que las exquisitas láminas de Mr. Catherwood sean publicadas en un tamaño mayor, como el de las obras análogas que han visto la luz en Francia é Inglaterra, para que se representen á la vista esas magníficas ruinas, mas exactamente de lo que se puede hacer en una reducida página en 8° vo.

Mas no obstante la importancia de las indagaciones de Mr. Stephen, no me han servido para alterar el plan primitivo de este ensayo, ni me he fundado en su autoridad, para llegar á las conclusiones que juzgo exactas : estas me las ha sugerido el estudio de las relaciones de Dupaix-Waldek, y de las magníficas láminas que representan las ruinas del Palenque y Uxmal ; dos de los principales puntos que ha estudiado Mr. Stephen. Los nuevos hechos que éste ha podido observar en el vasto

campo que acaba de recorrer, léjos de invalidar mis conclusiones, las corroboran mas y mas.

He estudiado esas ruinas con la única mira de ver si ellas podrian darme alguna luz sobre su orígen, ó si era posible, sobre el de la civilizacion americana. El lector puede ver, comparando mis reflexiones con las que hace Mr. Stephen en los capítulos finales de sus dos viajes, que son idénticos por lo tocante al orígen y antigüedad probables de las mencionadas ruinas.

Cuando por vias tan diversas se llega á unos mismos resultados, éstos reciben una confirmacion. Aunque el lector encontrará en mi ensayo algunas cosas que yo habria alterado, si hubiese conocido cuando lo escribí, las obras que despues se han publicado, sin embargo, he preferido no tocar á los cimientos en que descansa mi obra, ni menoscabar el valor que tiene (si es que tiene alguno) como autoridad distinta é independiente de los demas.

APENDICE

Parte primera.

NUMERO I.

ORIGEN DE LA CIVILIZACION MEXICANA. — SU ANALOGIA CON LA DEL ANTIGUO MUNDO.

Cuando los europeos tocaron en las playas de América, es como si hubiesen llegado á otro planeta; tan diverso así era todo lo que veian, de lo que siempre habian visto. Conocieron entónces multitud de plantas y especies de animales, de que ántes no tenian idea; y el hombre, el señor de todo lo creado, era tambien nuevo y extraño por su complexion, lengua é instituciones (1). En suma, la América era exactamente lo que con énfasis llamaron un Mundo Nuevo. Enseñados por la fe que profesaban, á considerar á todos los hombres como descendientes de un solo tronco, experimentaron las mas vivas dudas en cuanto á la manera con que habrian sido pobladas estas distantes y apartadas regiones. Igual curiosidad aquejaba á sus compatriotas del otro lado de los mares; y todos los literatos europeos agotaban las fuerzas de su espíritu en busca del modo mejor de resolver este interesante problema.

Algunos, fundados en la existencia de animales, imaginaron que los dos continentes habrian estado unidos por el Norte, de manera que se comunicasen fácilmente el uno y el otro (2). Otros, tropezando en la

(1) Los nombres de muchos de los animales del Nuevo-Mundo, han sido tomados de los del Antiguo; mas las especies son muy diferentes Un eminente naturalista dice: « cuando los españoles desembarcaron en América, no encontraron ni un solo animal que conociesen; ni uno de los cuadrúpedos de Europa, Asía ó Africa. » Lawrence, Lecciones sobre la fisiologia, zoologia, é historia natural del hombre (Londres, 1819) pág. 250.

(2) Acosta, lib. 1, cap. 16.

dificultad de trasportar habitantes de los trópicos á regiones polares, revivieron la antigua opinion del Atlante de Plato n, ó de la enorme isla sumergida ahora bajo las aguas, que un tiempo se extendia desde las costas de Africa, hasta las orientales del nuevo continente : ellos veian los vestigios de esta gran convulsion de la naturaleza, en las islas esparcidas por todo el Pacífico, y que consideraban como las cúspides de otras tantas montañas de un vasto continente, sepultado ahora bajo los mares (1).

Algunos, no creyendo en estas catástrofes geológicas de que no habia ninguna memoria, suponian que los animales habian venido á este continente, atravesando el Océano por diversos medios : las aves de alto vuelo, hendiendo los aires, por la distancia mas corta ; los cuadrúpedos domesticado, con los primeros pobladores ; y las fieras, como tigres, osos y otros semejantes, tambien de esta suerte, trasportados cuando jóvenes para diversion y recreo de aquellos (2). Otros, sostenian la opinion (igualmente probable que la anterior), de que los ángeles que cuidaron de la preservacion de la Arca, cuidarian igualmente de distribuir los animales encerrados en ella, por todas las partes del globo terráqueo (3). ¡Tales son los delirios á que llegaron aún hombres pensadores, por solo el empeño de conciliar la interpretacion literal de las Escrituras, con los fenómenos de la naturaleza ! La filosofia de tiempos posteriores enseña que no es alejarse de aquella sagrada autoridad, admitir que las nuevas especies de animales posteriores al diluvio, fueron creadas nuevamente en aquellos climas á que eran adecuados segun sus costumbres y hábitos (4).

Respecto del hombre no hay las mismas dificultades que respecto de los animales inferiores, porque él está criado por la naturaleza para

(1) El Conde Carili despliega mucha sagacidad é instruccion en defender la famosa tradicion egipcia que refiere en su Timæus-Platon, de cuya buena fe no muestra ninguna desconfianza el filósofo italiano (Cartas Americanas, tom. II, cartas 36-39.)

(2) Garcia. Origen de los indios del Nuevo-Mundo (Madrid, de 1579), cap. 4.

(3) Torquemada, Monarq. Ind. lib. 1, cap. 8.

(4) Prichard, Investigaciones sobre la historia fisica del hombre,(Londres, 1826) vol. 1, pág. 81 et sequentes.

Esta hipótesis cuenta en su apoyo con una autoridad ortodoxa de respetable antigüedad, San Agustin, quien lisamente confiesa la opinion de que « del mismo modo que por mandato de Dios, produjo la tierra en tiempo de la creacion, animales vivientes propios de cada clima, así puede haberlos producido despues del diluvio, en aquellas islas demasiado apartadas del continente. » De civitate Dei, en sus obras. (Paris, 1636), tom. V, pág. 987.

habitar en todas partes: bajo el sol abrasador de los trópicos y en la helada atmósfera del Norte: él recorre indiferentemente los arenales del desierto, los yermos de las nieves polares y el inmenso Océano: no le intimidan ni los montes ni los mares, y con la ayuda de la mecánica emprende viajes que harian perecer aún á las aves de mas alto vuelo. Sin necesidad de penetrar hasta esas altas latitudes del Norte en que los continentes americano y asiático solo distan cincuenta millas uno de otro, puede el habitante de la Tartaria oriental ó del Japon, conducir su barquilla de isla en isla, casi sin apartarse de las playas de América y sin estar nunca en el mar mas de dos dias seguidos (1). La comunicacion es algo mas dificil del lado del Atlántico; mas allí, la Zelandia fué ocupada por europeos muchos siglos ántes del descubrimiento de Colon, y el tránsito de Zelandia á la América es comparativamente fácil (2). Fuera de estos caminos, hay abierto otro en el Pacífico, por las numerosas islas en que abunda.

Explicar el orígen de la poblacion de América no es tan dificil, como lo es explicar la de estos puntos aislados; mas la experiencia enseña que mas fácil puede haber sido la comunicacion áun con estos (3). Bien puede el salvaje atravesar el Océano en su piragua áun por centenares de leguas, viviendo de la lluvia del cielo, y de la pesca (4). De esto no son

(1) Beechey, Viaje al Pacífico y al estrecho de Beering (Londres, 1831) parte 2, Apéndice Humboldt, Exámen crítico de la historia de la geografía del Nuevo continente (Paris 1837) tom. II, pág. 58.

(2) Cualesquiera que hayan sido las dudas que hubo en un tiempo acerca del viaje de los hombres del Norte, en el siglo XI, á las costas del gran continente, despues de que la sociedad Real de Copenhague ha publicado ciertos documentos originales, la mayor parte de los literatos admiten como seguro aquel viaje. Véase particularmente las antigüedades americanas (Hufiuac, 1837) pp. 16-200. Lo que no sabe acertivamente es que tanto se internaron hácia el Sur.

(3) Probablemente no hay ejemplo mas notable de comercio directo entre dos paises muy distintos, que el que cita el Capitan Cook que encontró en la Nueva-Zelandia habitantes que no solo hablaban la misma lengua, sino que profesaban la misma religion que los de Olaheite, distante mas de dos mil millas.

La comparacion de los dos vocabularios establece el hecho indubitablemente. Viajes de Cook, Dublin 1784, vol. 1, lib. cap. 8.

(4) El elocuente Lyell termina una enumeracion de algunos ejemplos extraordinarios y bien comprobados de esta especie, haciendo la siguiente observacion. « Si sucediera ahora que desapareciera toda la especie humana, con excepcion de una familia habitante del Antiguo ó del Nuevo Continente, de la Australacia, ó áun de un islote de coral de las del Pacífico, se debe tener por cierto que sus descendientes (áun suponiéndolos tan rudos como los

raros los ejemplos; y sería extraño que esos barcos errantes no hubiesen tocado algunas veces con el inmenso continente, que sin interrupcion se extiende casi de polo á polo. Sin duda alguna la historia podria revelar mas de un ejemplo de hombres que arrojados á las costas de América, habrán mezclado su sangre con la de los primitivos pobladores de estas regiones.

La verdadera dificultad no consiste en saber, cómo pudo venir á América un hombre, sino en saber de dónde vino. Examinando la vasta extension del Nuevo-Mundo, se ve que encierra dos grandes familias: la una en el estado mas rudo de la civilizacion, compuesta de cazadores; y la otra, casi tan adelantada en civilizacion como los imperios semicultos del Asia. Probablemente áun esta última ignoraba que habia otra en los otros continentes de América, y tampoco tenia contacto alguno con las tribus bárbaras de que estaba rodeada. Con todo, tenian tanto entre sí estas tribus semicultas, como con las tribus salvajes, cierta semejanza comun que distinguia á las primeras de los habitantes del Antiguo Mundo.

Tenian un aspecto y organizacion física muy parecidos, ó al ménos mas uniformes de lo que suelen ser los de las naciones diversas de todo el mundo: tenian usos y costumbres análogas, y hablaban lenguas de construccion semejante, que se distinguian curiosamente de las que se hablan en el hemisferio de Oriente.

¿De dónde procedia, pues, la civilizacion de esos pueblos ya algo cultos? ¿Era simplemente el desenvolvimiento del carácter indio, que en las altas latitudes del Norte, resiste á todas las tentativas hechas por introducir una civilizacion permanente? ¿Pertenecia á una raza naturalmente mas apta, y que por sus propios esfuerzos progresaba? En suma, ¿era indígena ó hasta cierto punto imitada de los pueblos de Oriente? Si lo primero, ¿cómo explicar la singular coincidencia de instituciones y creencias respecto del Mundo Antiguo? Si oriental, ¿cómo dar cuenta de la gran semejanza de lengua y la ignorancia de algunas de esas artes sencillas y útiles que basta haber aprendido una vez para no volverlas á olvidar?......

isleños del Sur ó los esquimales,) se extenderian con el curso del tiempo, por toda la tierra; debido esto en parte á la tendencia que tiene la poblacion á difundirse mas de los que puede alimentar el suelo en un espacio dado, en parte, á las desviaciones accidentales que las mareas y las corrientes hacen padecer á las embarcaciones llevándolas á playas distantes. Principios de geología, (Lóndres, 1832) vol. II, pág. 122.

Es el enigma de la esfinge, que ni Edipo mismo tenia habilidad bastante para resolver. Sin embargo, esta cuestion ofrece un interes profundo para todo el que quiere estudiar á fondo la especie humana. Esta es la causa porque desde que se descubrió la América, hasta nuestros dias, la solucion del problema ha ocupado á los sabios. Hoy los monumentos descubiertos en la América central han dado nuevo impulso á las investigaciones y dado la probabilidad (y áun se pudiera decir la certeza) de explicar todos los hechos mejor de lo que se ha hecho hasta aquí, con solo admitir la comunicacion con el otro hemisferio.

No es mi intento añadir nuevas páginas á los tomos y escritos sobre este punto inagotable: este asunto, dice un escritor filósofo que ha trabajado mas que ningun otro en la revelacion del misterio, este punto es demasiado especulativo para pertenecer á la historia y casi ni áun á la fisolofía (1). Mas sería dejar trunca mi obra, no presentar al lector los medios de que juzgue por sí mismo, cual es el verdadero orígen de la civilizacion que hemos descrito, y no hacerle notar los puntos de contacto entre ella y la del antiguo continente. Al tratar la materia me reduciré únicamente á lo que constituye mi asunto, los mexicanos, ó á los que de un modo ú otro tengan que ver con ellos: me propongo, ademas, no insistir mas que sobre las verdaderas semejanzas, aquellas que son por sí mismas evidentes; descartándolas en cuanto sea posible de las ilusiones de que han sido rodeadas, ya por la piadosa credulidad, ya por la manía arqueológica.

Una de las analogías que mas óbviamente se descubren, es la del *sistema cosmogónico* y los usos religiosos. El lector conoce ya la creencia en que estaban los aztecas, de que al terminar cada uno de los cuatro grandes ciclos, el mundo debia acabarse y ser regenerado en seguida (2). La creencia en estas convulsiones periódicas de la naturaleza era familiar á muchos pueblos del hemisferio oriental, y aunque diversa en los pormenores, su semejanza en lo general, sumistra un argumento en favor de la comunidad de orígen (3).

(1) La cuestion general sobre el primitivo orígen de los habitantes de un continente excede de los límites de la historia, y acaso aún de la filosofía. Humbold, Essai politique, tomo I, pág. 309.

(2) Véase ántes, vol. I.

(3) La caprichosa division del tiempo en cuatro ó cinco ciclos ó edades, se encontró entre los Hindoos (investigaciones asiáticas, vol. II, mem. 7), los tibetinos (Humboldt, Vistas de las Cordilleras, p. 210), los persas (Bailly, Tratado de astronomía, Paris, 1785;

Ninguna tradicion ha estado mas generalmente difundida entre las naciones, que la del diluvio. Independientemente de la tradicion, este acontecimiento lo revela la estructura interior de la tierra y la existencia de sustancias marinas en los lugares elevados. De él tenian idea, bajo una ú otra forma, los pueblos mas cultos del otro continente y los mas rudos del nuevo (1).

Los aztecas añadian á esta idea algunas otras enteramente arbitrarias y parecidas á los cuentos orientales. Creian que habian sobrevivido al diluvio dos personas: un hombre llamado Coxcox y su mujer. Sus cabezas estaban representadas en los mapas antiguos, juntas en una barquilla flotante, al pié de un monte.

Tambien pintaban una paloma que tenia en el pico el emblema gerolífico de las lenguas y estaba distribuyéndolas entre los hijos de Coxcox que nacieron mudos (2). El pueblo inmediato de Michoacan, que habitaba tambien en las llanuras de los Andes, tenia una tradicion áun mas completa, la de que Tezpi (su Noe) escapó en un bote juntamente con várias especies de aves y otros animales.

Despues de algun tiempo echó á volar un buitre ; mas éste se detuvo

I, discurso preliminar), los griegos, (Hesiodo) y seguramente entre otros pueblos. Las cinco edades de la cosmogonía griega se refieren á fenómenos morales mas bien que físicos; lo cual se prueba de una civilizacion muy adelantada.

(1) Las noticias caldeas y hebreas acerca del diluvio, son casi las mismas : este paralelo ha sido ingeniosamente entablado por Palfren en sus lecciones sobre las antigüedades y escrituras judáicas, (Boston 1840) vol. II, lecciones 21, 22. Entre los escritores paganos ninguno se acerca tanto á las escrituras santas, como Luciano, el cual habla de una arca y de pares de animales de todas clases. (De Dea Syria, sec. 12.) Igual cosa se encuentra en Bhorgawathan Purana, poema hindoo de remotisima antigüedad. (Investigaciones asiáticas vol. II, mem. 7.) La simple tradicion de una inundacion universal, se conservaba probablemente entre todos los aborígenas del mundo occidental. Véace á MC. Culloh, Indagaciones, p. 147.

(2) Esta tradicion de los aztecas está representada en un mapa geroglífico publicado por la primera vez en la Vuelta al mundo, de Gmelli Carreri. (tomo VI, p. 38, edic nap. de 1700.) La autenticidad de la obra y la veracidad del autor (sobre la cual se habian suscitado dudas por Robertson,) han sido despues ratificadas por Boturini, Clavijero y Humboldt, todos los cuales siguieron los pasos del viajero italiano. (Boturini, Idea, p. 54. — Humboldt, Vistas de las cordilleras, pp. 223, 224.— Clavijero, Historia de México, tom. I. p. 24.) El mapa referido es copia de uno que existe en la coleccion de Siguenza. Tiene toda la traza de ser original azteca, aunque retocado especialmente en los trajes, por algun pintor de tiempos posteriores. La pintura de las cuatro edades, del Códice Vaticano, número 3730, representa tambien dos personas que huyen de la gran catástrofe en un barquillo. Antigüedades de México, vol. I, lámina 7.

devorando los cadáveres de los gigantes que se habian ido descubriendo conforme fueron bajando las aguas. Entónces envió al pequeño colibrí *huitzitzilin*, el cual volvió con un ramo en el pico. La coincidencia de esta tradicion con la caldea y hebrea es óbvia; sería mas de desear que fuese mas auténtica la autoridad que nos ha hecho conocer la version michoacana (1).

En el camino de Veracruz á la capital, no léjos de la moderna Puebla, hay un sitio venerable muy conocido del lector, la pirámide de Cholula. Como hemos visto es una especie de montaña en forma piramidal, construida, ó mejor dicho, cubierta de ladrillos crudos y que se eleva á la altura de cosa de ciento ochenta piés.

La tradicion popular es que fué levantada por una familia de gigantes, que habia escapado de la inundacion universal, é intentado hacer subir aquel monte hasta las nubes. Mas los dioses irritados de tanto orgullo, enviaron fuego del cielo y los obligaron á abandonar su empresa (2). No se puede negar la coincidencia que en parte tiene esta tradicion con la de la torre de Babel, admitida por los hebreos y otras naciones de Oriente.

El que no haya examinado la materia, no puede formarse idea de las atrevidas y extrañas hipótesis que se han hecho descansar en tan deleznable fundamento (3).

(1) No he encontrado en favor de esta tradicion otro apoyo mas que Clavijero (Stor. de Mess. disertat. I) buena, aunque no la mejor autoridad cuando no da la razon para que debamos creerle. Sin embargo, Humboldt no desconfia de la verdad de la tradicion. (Vista de las cordilleras, pág. 266.) No es tan escéptico como Vaticano quien refiriéndose á las historias sobre el diluvio, dice « de intento he omitido hablar de la semejanza de ideas religiosas, porque no comprendo cómo sea posible sustraerse de la influencia del cristianismo, aunque no sea mas que á causa de la involuntaria confusion de ideas de los historiadores. » Mithridates, oder, allghemeine, Sprachenkunde. (Berlin, 1312.) theli III, abteil 3, pág. 82, note.

(2) Esta historia tan inconciliable con la tradicion azteca vulgar, que admite únicamente dos personas sobrevivientes al diluvio, todavía se conservaba en los habitantes del país, á la época en que lo visitó Mr. Humboldt (Vistas de las cordilleras, pág. 31-32). Conviene en lo que dice el intérprete del Códice Vaticano. (Antig. de Mex., vol. 1, pág. 192 et seq.) cuyo escritor era probablemente un monje del siglo XVI, en el que la ignorancia y el dogmatismo suplian el saber. Véase en las páginas arriba citadas una muestra de aquellas dos cosas.

(3) Entre los caldeos y los hindoos habia una tradicion muy semejante á la hebráica. (Indagac. asiát, vol. III, mem. 7.) Segun el Obispo Nuñez de la Vega, los habitantes de la Chiapa tenian una tradicion análoga y Humboldt la cree auténtica (Vistas de las cordilleras, pág. 158.) La dicha tradicion coincide con la Escritura no solo en cuanto á la manera

Otro punto de coincidencia es la creencia de la diosa Cioacoatl «nuestra señora y madre; la primera diosa que alumbró hombre; la que envió á la mujer los dolores del parto, como tributo de muerte; aquella por quien el pecado vino al mundo.» Tales eran los notables epítetos que los aztecas aplicaban á su venerada deidad: la representaban junto á una serpiente, y su nombre significaba «mujer de la serpiente.»

En todo se advierte la semejanza con la madre del género humano, la Eva de las naciones hebreas y sírias (1).

Mas ninguna de las deidades nacionales ofrece mas sorprendentes analogías con las escrituras, que Quetzalcoatl á quien ya conoce el lector (2). Era un hombre blanco, de barba larga, que vino del Oriente y que despues de gobernar á los aztecas durante su edad dorada desapareció en el gran Océano Atlántico, tan misteriosamente como habia venido. Como habia prometido volver, todas las subsecuentes generaciones esperaban confiadamente en dicha vuelta.

Un cristiano no necesita de que se le hagan explicaciones. Pero los

con que fué construida la torre de Babel, sino en lo tocante á la confusion y dispersion de las lenguas. ¡Maravillosa coincidencia! Pero ¿quién responde de que la tradicion es auténtica? El Obispo florecía á fines del siglo XVI: sus noticias las sacó de un mapa geroglífico y un MS., indio que Boturini no pudo hallar por mas que lo buscó. A falta de esos documentos, apeló á la tradicion de los naturales; método que debia inducir al Obispo en errores y absurdos, segun opina Boturini, y de ello es este mismo una buena prueba. (Idem, pág. 116 et seq.) El último escritor ha caido en un grande error respecto del mapa de la misma pirámide de Cholula, pues Clavijero demuestra que léjos de ser una antigüedad venerable, es de construccion moderna. (Stor. del Mess, t. I, pág. 130, nota.) Es imposible dar ni un solo paso seguro en el resbaladizo sendero de la tradicion. Miéntras mas nos alejamos de la conquista, es mas difícil decidir qué pertenece a los primitivos aztecas y qué á los aztecas convertidos.

(1) Sahagun, Hist. de N. E., lib. I, cap. 6; lib. 6, cap. 28-33.

Torquemada no contento con reproducir la historia de su antecesor, cuyo MS., tenia á la vista, nos dice: que la Eva mexicana tuvo dos hijos, Cain y Abel. (Monarq. indiana, lib. 6, cap. 31.) Los intérpretes de los Códices Vaticano y Telleriano, añaden ademas, que trajo al mundo el dolor y el pecado por haber arrancado la rosa prohibida (Antig. de Mex. vol. VI, explic. de las lám. 7 y 20. Veytia recuerda haber visto un mapa tolteca ó azteca que representaba un jardin con un solo árbol, alrededor del cual estaba enredada una serpiente con rostro humano.

(Hist. Antig. lib. 1, cap. 1.) Despues de todo esto ya no nos cogerá de nuevo ver que Lord Kingsborough tenga la conviccion de que los aztecas conocian claramente el Antiguo Testamento, y mas probablemente el Nuevo, aunque con la corrupcion introducida por el tiempo y los geroglíficos. (Antig. de Mex. vol. VI, pág. 40.)

(2) Véase ántes el tom, I, pág. 48.

curiosos anticuarios de México han descubierto que á este Dios se debe atribuir la institucion de comunidades religiosas, semejantes á las monásticas del Mundo Antiguo ; la institucion de los ritos de la confesion y la penitencia ; y áun el conocimiento de los grandes misterios de la Trinidad y la Encarnacion (1). Los unos se afanan piadosamente por acumular pruebas de que era *Quetzalcoatl* el apóstol Santo Tomás (2) ; miéntras otro con fe ménos estricta, entreven en su venida á regenerar una nacion el símbolo de la venida del Mesías (3).

Mas seamos indulgentes con los misioneros que por primera vez vinieron á un mundo lleno de prodigios, donde al mismo tiempo que el hombre y la naturaleza revestian un aspecto enteramente nuevo, encontraban ritos y ceremonias que les revelaban una religion mas pura. En medio de su asombro no reflexionaban que todo aquello era simplemente la expresion natural de los sentimientos religiosos comunes á todos los pueblos que tienen alguna civilizacion, por muy escasa que sea no indagaban si aquello mismo se practicaba en otros conocidamente idólatras, no podian conocer su asombro al ver que la cruz, el sagrado emblema de nuestra fe era tambien objeto de culto en los templos de los aztecas. Encontráronla en varios lugares y en nuestros dias se la ve esculpida en bajo relieve en las paredes de una de las ruinas del Palenque : delante de ella está una figura parecida á un niño, en ademan de orar (4). Su sorpresa aumentó cuando vieron un rito pare-

(1) Veytia, Op. cit., lib. I, cap. 15.

(2) Ibid., lib. I, cap. 19.— Argumento sutil áun para un casuista. Véase tambien la bien trabajada disertacion del Dr. Mier, (Sahagun, lib. 3, suplemento) quien ha tratado maestramente la cuestion, segun su relato el Lic. Bustamante.

(3) Véase entre otras, la explicacion del Códice Borgiano, de Lord Cingsborough, y lo que dicen los intérpretes del Códice Vaticano, (Antig. de Mex. vol. VI, explicac. de las lám. 3, 10 41,) igualmente, instruidos que su Señoria. Véanse « los misterios aclarados » de Sir Hudibras, donde dice :

La venerable tradicion se esconde
En el remoto tiempo en que se puso
El primer calzon verde, el primer padre.

(4) Antigüedades mexicanas, explic. 3, lám. 26.

Las figuras están rodeadas de geroglíficos enteramente caprichosos que acaso serán frenéticos. Véase tambien á Herrera, (Hist. general, dec, 2, lib. 3, cap. 1 ; Gomara Crónica, cap. 15, en Barcia, tom. II.) Mr. Stephen opina que la celebrada Cruz de Cozumel que se conserva en Mérida y que pasa por ser originalmente la misma que adoraban los nativos de Cozumel, no es otra cosa mas que una cruz erigida por los españoles en uno de sus tem-

cido al de la comunion de los cristianos. En dicha ceremonia se repartia entre el pueblo una imágen de la deidad tutelar de los aztecas, hecha de harina de maíz y de sangre : los sacerdotes la consagraban, y los fieles al comerla daban señales de humildad y arrepentimiento y decian que aquella era la carne de Dios (1). ¿ Cómo podia un católico romano, dejar de ver en aquello, la augusta ceremonia de la Eucaristía?

Igual sentimiento experimentaban al presenciar la ceremonia del bautismo de los aztecas, en que al niño se le lavaban con agua la cabeza y los labios, se le imponia su nombre, y se le imploraba á la diosa Cioacatl que presidia al alumbramiento, para que « el pecado que nos ha tocado desde el principio del mundo, no caiga sobre èl niño, sino que esté purificado por las aguas del bautismo, viva y nazca de nuevo. »

Verdad es que todos estos ritos eran acompañados de ceremonias enteramente diversas de las usadas en todas las comuniones católicas ; mas los misioneros solo atendian á los puntos de semejanza : ignoraban que la cruz habia sido objeto de culto desde la mas remota antigüedad en Egipto y en Siria y que naciones á las que nunca habia alumbrado la luz del Evangelio habian practicado ceremonias parecidas á las de la comunion (2) y el bautismo (3). Llenos de asombro, no solo ponderaban lo que veian, sino que se dejaban alucinar por su acalorada imaginacion. En todo esto eran eficazmente ayudados por los indios conver-

plos, despues de conquistada aquella isla : él juzga que este hecho invalida la creencia generalmente admitida hoy, de que los indios adoraban la cruz. (Viaje á Yucatan, vol. II, cap. 20.) Pero admitiendo la exactitud de esta opinion, es decir, que la cruz de Cozumel es una reliquia cristiana como lo intenta probar el ingenioso viajero, la inferencia que saca no es de ningun modo admirable. Nada mas natural que el que los frailes de Mérida hayan procurado enriquecer su convento con una reliquia tan curiosa como lo era aquella cruz, que demostraba á su entender que el cristianismo habia sido predicado en aquella tierra, desde tiempos muy antiguos. Mas la verdadera prueba de que la cruz era objeto de culto en el Nuevo-Mundo, no descansa en fundamentos tan frágiles, sino en el inequívoco testimonio de los conquistadores mismos.

(1) « Lo recibian con gran reverencia, humillacion y lágrimas diciendo que comian la carne de Dios. » Veytia, Hist. Ant., lib. 1, cap. 18. — Acosta, lib. 5, cap. 24.

(2) Ante Deos homini quod conciliari saleret. Far erat.
Ovid. (Fastorum, lib. I, v. 337.)

El Conde Carli ha descubierto que entre los dogmas griegos egipcios habia él de tomar pan y aguas ó vino consagrado. (Cartas americanas, tom. 1, carta 37.) Véase á Mc. Culloh, op. cit., p. 240 y siguientes.

(3) El uso de la agua para la purificacion y otras ceremonias religiosas es cosa de que

tidos, empeñados por establecer una correspondencia entre la fe que profesaban y la que les acababan de enseñar sus conquistadores (1).

La habilidad de un historiador consistia en descubrir analogías entre la religion azteca y el Viejo y Nuevo Testamento. La emigracion de Aztlan á Anáhuac se veia como emblema del Ekodo de los judios. Los lugares en que durante su viaje se detuvieran los mexicanos, eran los mismos en que se habian detenido los israelitas ; y hasta la palabra México se juzgaba idéntica con el nombre hebreo del Mesiah. Los geroglíficos aztecas ofrecian campo ilimitado donde ejercer esta agudeza crítica. En ellos se creia ver la correspondencia de los pasajes mas notables del Viejo y del Nuevo Testamento : con los ojos de la fe era fácil descubrir el Misterio de la Pasion, el Salvador suspendido en la Cruz, y la Vírgen María rodeada de Angeles (2).

Los dogmas cristiano y judio eran confundidos del modo mas extraño : la mente de aquellos buenos misioneros acababa de ser envuelta en el error por la mezcla de abominaciones gentílicas y creencias ortodoxas. En medio de tanta perplejidad, les ocurrió para explicarla, suponer que el diablo remedaba todos los ritos del cristianismo y reproducia todas las tradiciones del pueblo escogido, para mejor seducir las almas y llevarlas á su eterna condenacion (3).

Mas aunque no se necesita recurrir á estas extravagantes suposiciones, ni resucitar á un apóstol ni á ningun otro misionero de tiempos posteriores, para explicar las coincidencias con el cristianismo, sí debemos admitir que ellas son un indicio de la comunicacion que hubo en un tiempo con la gran familia de los pueblos del Viejo Continente, entre

frecuentemente hablan los escritores clásicos. Se puede ver á Euripides, Iphig. in Taur. vv. 1192, 1193.

Las notas á este pasaje se encuentran en la admirable edicion de Glasgow, de 1827, y contienen referencias á otros pasajes análogos de varios escritores.

(1) La dificultad de obtener de los indios noticias exactas, es de lo que se lamentan muchos escritores, y explica por qué Sahagun tomó tanto empeño en comparar unas con otras las tradiciones que dejó ixtlilxochitl, de diversas partes. Hist. de N. E., Prólogo ; Ixtlilxochitl, MS., Prólogo. — Boturini, Idea, p. 146.

(2) Intérpret. del Codice Teleriano y Vaticano, Antigüedad. de Méx. vol. VI.—Sahagun, Hist. de N. E., lib. 3, suplemento. — Veytia, Hist. Ant. lib. I, cap. 16.

(3) Esta opinion ha encontrado favor entre los escritores españoles y mexicanos posteriores á la conquista. Solís cree que nada es mas probable como que, de la maléfica influencia del Demonio, de que tantos ejemplos hay en la historia Sagrada, se encuentren tambien en la profana (Hist. de la Conq. lib. 2, cap. 4.)

los que estaban tan universalmente difundidas creencias semejantes á las que encontramos en América. La probabilidad de que haya existido, especialmente con el Asia oriental, aumenta cuando se considera lo que se parecen varios ritos de los allí usados, tales como el del matrimonio (1), la sepultura de los muertos (2), los sacrificios humanos, áun el canibalismo, de que se encuentra rastros perceptibles en las razas mongólicas ; y finalmente la conformidad de usos sociales y de costumbres, conformidad tal que la descripcion de la córte de Moteuczoma puede pasar por la de un Kan de los que pintan Maundeville ó Marco Polo (3).

Se necesita mucho tiempo para entrar en todos los pormenores relativos á este punto ; sin embargo de que sin esto no es posible admitir ni áun conocer sólidamente la verdad de la suposicion que discutimos ; mas otros lo han hecho, y á sus obras me he solido remitir en los capítulos precedentes.

Verdad es que debemos ser muy cautos al concluir la identidad, ni áun la correspondencia de dos naciones, tan solo porque se asemejan en hábitos é instituciones. Cuando la semejanza se refiere á las costumbres, ó está fundada solamente en el capricho, ó se debe tener como efecto espontáneo de las sugestiones universales de la naturaleza, comunes á todos : en el primer caso es un accidente : en el segundo, una consecuencia de la constitucion intrínseca del hombre.

Los signos del zodiaco que se veian en el calendario mongol eran tomados de los animales, y de los doce, cuatro son lo mismo que los de los aztecas : otros tres son tan idénticos cuanto lo permite la diferencia entre las especies de unos mismos animales en los dos hemisferios : los

(1) En particular las ceremonias nupciales de los hindoos, tienen curiosa semejanza con las de los mexicanos. (Indagac. asiát., vol. VII, mem. 9.) Un sacerdocio numeroso, las ceremonias de la confesiou y la penitencia, se encuentran tambien en el pueblo tártaro. (Maundeville, Voyage, cap. 23.) Desde tiempos muy remotos hay establecimientos monásticos en el Thibet y el Japon. Humboldt, Vistas de las cordilleras.

(2) Sin duda, dice el ingenioso Carli, la costumbre de quemar el cuerpo, recoger las cenizas en un vaso, y enterrarlas bajo tumbas piramidales,inmolando al tiempo del funeral á la mujer y á los criados, nos recuerda los usos del Egipto y el Indosta. Cartas americanas, tomo II, carta 10.

(3) Marco Polo habla de un pueblo civilizado en la Ciudad de Sud Este, y de otro en el sapon, que bebian la sangre y comian la carne de sus cautivos, como el platillo mas Jabroso. « Le piu saporita et miglare che si possa trouvar al mondo.. » (Viaggi, lib. 2, cap. 75. lib. 3, cap. 13-14.) Los mongoles, segun Sir Maundeville, miraban las orejas sazonadas con vinagre, como el platillo mas delicado. Voyage, cap. 33.

cinco restantes no corresponden á ninguno de los animales que se encontraron en Anáhuac. La semejanza es cuan grande se pudiera concebir (1).

La correspondencia de estos símbolos convencionales con los de los pueblos de Oriente, no puede dejar de persuadir á que el orígen de los dos sistemas es comun. ¿Por qué no sacar igual conclusion del estudio del calendario azteca, que aunque relativo á los dias y no á los años, servia lo mismo que él de los asiáticos, para los usos cronológicos y para los de astrología (2)?

Pasaré en silencio la semejanza que ofrecen con los persas, en cuanto á la intercalacion empleada para ajustar el tiempo, y con los egipcios en la celebracion de una gran fiesta en el solsticio de invierno; pues aunque curiosas estas coincidencias, pudieran ser accidentales, por lo tanto de poco peso comparativamente con el que tiene el conjunto de combinaciones complicadas y artificiales de que hemos hablado anteriormente.

En medio de estas analogías, una principalmente se debe esperar encontrar: la del lenguaje, este vehículo del comercio intelectual, y que ordinariamente descubre los rastros de su orígen, áun cuando la ciencia y las letras á que sirve de envoltura, hayan cambiado notablemente. Sin embargo, sobre este punto no se han hecho investigaciones satisfactorias: las lenguas desparramadas por todo el continente occidental exceden en número á cuantas se han encontrado en el otro hemisferio, en igual poblacion (3). Tienen la notable anomalía de discordar mucho

(1) Humboldt no ha sido muy exacto al definir el Ocetotl, el tigre ú onza. (Ibid., p. 159.) Es mas pequeño que la onza, aunque igualmente feroz, gracioso y bello como el leopardo, al cual se asemeja mucho: es nativo de la Nueva-España, donde no se conoce al tigre. (Buffon, Hist. Nat., Paris, año 8, tomo II, voz *Ocelotl*.) La adopcion de este último nombre en el calendario azteca, ha llevado á inferencias exageradas.

(2) Tanto los tártaros, como los aztecas designaban el año por el nombre de su signo, *el conejo*, *la liebre*, etc. Mas los signos asiáticos no solo estaban limitados á los años y meses, sino que se extendian á los dias y áun á las horas. (Humboldt, Vistas de las Cordilleras, p. 165.) Los mexicanos tenian tambien símbolos astrológicos apropiados á las horas: Gomara, Descripcion, parte II.

(3) Jefferson, Notas sobre la Virginia, (Lóndres, 1707, p. 164) confirmado por Humboldt, (Essai politique, tom. I, p. 353.) Mr Gallatin llega á un resultado contrario. (Transaciones de la Sociedad Anticuaria Americana, Cambridge, 1836, vol. II, p. 164.) El gran número de dialectos y lenguas americanas se puede explicar bien, considerando lo insociable de la vida de cazador, la cual requiere que para que los hombres adquieran su subsistencia, el país esté dividido en porciones pequeñas y separadas.



en etimología, y parecerse mucho en estructura; y aunque en lo primero tienen débil semejanza con las del mundo antiguo, bajo, el segundo respecto, no se les parecen en nada (1) : El mexicano se hablaba en una extension de novecientas leguas ; mas en el territorio de la Nueva-España se encontraron mas de veinte lenguas diferentes. Sin embargo, todos estos idiomas, sin excepcion de uno solo, participan de esa estructura sintética propia de todos los dialectos indios, desde los esquimales, hasta los de la Tierra del Fuego (2) ; estructura ó sistema que reuniendo el mayor número posible de ideas en el espacio mas pequeño, expresa muchos pensamientos en una sola palabra ; mecanismo curioso en que los unos descubren la mano del filósofo, y los otros aislado el esfuerzo espontáneo del salvaje (3).

Las afinidades etimológicas con las lenguas del antiguo continente no son muy numerosas, y están sacadas indiferentemente de todas las lenguas americanas : éstas se parecen á idiomas del Asia mas bien que á los de ninguna otra parte ; pero su valor no puede equilibrar el que tiene en contrario la radical diversidad de estructura(4). Encuéntrase una notable excepcion en el otomie, lengua la mas esparcida en la Nueva-España, y que tanto en su composicion monosilábica (que la distingue de todas las otras que se hablaban allí cerca) como en su vocabulario, ofrece la mas singular afinidad con el chino (5). La existencia de un

(1) Sin embargo los fisiologistas han descubierto que el Congo y el Vascuense forman dos excepciones ; pero las lenguas indias distan mucho del uno y del otro. Du Ponceau, en las transact. de la Comision lit. é hist. de la Sociedad Ant. Am. vol. I.

(2) Nadie se ha esforzado tanto por establecer este hecho importante, como el estimable literato Mr. Du Ponceau. La franqueza con que ha admitido una excepcion que contraria abiertamente su sistema favorito, prueba que mas que el triunfo de este provoca los adelantos de la ciencia. Véase sobre esto una noticia interesante en su ensayo presentado al Instituto y titulado : Memoria sobre el sistema gramatical de las lenguas de algunas naciones indias de América. (Paris, 1838.)

(3) Véanse en especial sobre este asunto los argumentos de Mr. Gallatin en su ensayo lleno de sagacidad y de maestria, sobre las tribus indias : este ensayo ó disertacion ha arrojado mas luz sobre la materia, que todos los volúmenes que le han precedido. Transac. de la Socied. Americ., vol. II, introduc , secc. 6.

(4) Esta anatomía comparada de las lenguas de los dos hemisferios, ha sido comenzada por Barton, (Orígen de las tribus y naciones de América, Filadelfia, 1797), y ha sido continuada por Vater (Mithridates, theil. III, abtheil. 1, pág. 348, et sequentes). Tambien se puede ver una comparacion de las analogías mas notables en Malte-Brun, lib. 75, tabla.

(5) Véase de la disertacion de Nájera. De lingua othomitorum, en las Transact. de la Soc. Filosof. Améric., vol. V, nueva serie.

idioma aislado en medio de un vasto continente, presta asunto para conjeturas muy curiosas, pero muy ajenas de la historia.

Las lenguas americanas, tan diversificadas y esparcidas, presentan vasto campo á las investigaciones de los filologistas, que no obstante su arduo empeño, todavía no acaban de explorarlo.

Solamente despues de nuevas comparaciones se podrá llegar á conclusiones fundadas en la analogía y dignas de crédito : la dificultad de hacer esas comparaciones crece con el tiempo, porque disufre todos los nuevos cambios la estructura de las lenguas indias, y se alteran mas y mas con el frecuente trato de los aborígenas y los hombres civilizados.

La suposicion de que la civilizacion de América reconocia un orígen asiático, recibé nueva confirmacion de la *tradicion*, la cual despuntando allá en el remoto Nordeste, atraviesa las tinieblas densas de que tanto la historia como la mitología han rodeado las antigüedades de América. Entre las tribus mas bárbaras se veian vestigios de que venian del Occidente ó del Norte y los mexicanos conservaban en sus mapas geroglíficos y en sus tradiciones orales, el recuerdo de ese orígen y la noticia de los diferentes sitios de donde habian emigrado. Pero en nuestros dias ¿ quién puede interpretar esos recuerdos escritos ? Asegúrase, sin embargo, que todos ellos convienen en designar el Norte como la cuna fecunda de las razas americanas (1). En esta region estaba situado su Aztlan y su Huehuetlapallan, morada gloriosa de sus antecesores, cuyas bélicas hazañas podian rivalizar con las que las naciones teutónicas atribuian á su Odin y demas héroes escandinavos. De aquella region salieron los toltecas, chichimecas y las razas nahuatlacas; subieron sucesivamente la gran mesa de los Andes, se extendieron por sus valles y collados, y llegaron hasta el golfo de México.

El autor de esa disertacion, un sabio mexicano, ha escrito un análisis satisfactorio de esta lengua notable que subsiste sola y aislada entre los idiomas del Nuevo-Mundo, como el Vascuense (acaso el único resto de una edad primitiva) subsiste entre las del Mundo Antiguo.

(1) Esto se puede inferir de la concordancia de las interpretaciones tradicionales de los mapas, conservadas por varios pueblos de Anáhuac : esta es la opinion de Veytia, quien sin embargo añade : « que casi toca al imposible determinar con las luces de nuestros dias, el camino mismo que siguieron los mexicanos. » (Hist. Ant., tom. I, cap. 2.) Lorenzana no es tan modesto : « Los mexicanos, dice, por tradicion vinieron por el Norte, y se saben ciertamente sus manciones. » (Hist. de Nueva-España, pág. 89, nota.) Hay anticuarios que ven mejor en la oscuridad que en la luz.

Los anticuarios han tomado grande empeño en descubrir algunos rastros de estas excursiones.

En las provincias situadas al N. O. de la Nueva-España, á mil millas de distancia de la capital, se han encontrado dialectos que tienen con el mexicano la mayor afinidad. A orillas del rio Gila se ven las reliquias de ciudades populosas, y dignas de los aztecas, por el estilo de la arquitectura. El país que se encuentra al Norte del rio colorado, no ha sido explorado completamente; pero muy al Norte, cerca de Nootka, existen todavía tribus cuyo dialecto se asemeja mucho al mexicano, tanto por las terminaciones, como por el sonido general de las palabras (1).

Tales son los vestigios, pocos y débiles es cierto, que nos quedan para atestiguar la verdad de esas tradiciones que han podido sobrevivir ilesas al trascurso de muchas centurias y á la sucesion de diversas razas.

Las conclusiones en la anología moral é intelectual, reciben grande apoyo de las que estriban en la semejanza de la *naturaleza física*. Los aborígenas del Occidente están caracterizados por ciertas peculiaridades de organizacion, que han hecho que los fisiologistas los consideren como una raza aparte. Estas peculiaridades consisten en el color cobrizo, semejante al de la canela; en el cabello negro, lacio y excesivamente lustroso; en la barba escasa y por lo comun corta; en los alientede los pómulos; en la oblicuidad de los ojos hácia las sienes; en lo prominente de la nariz, y en lo estrecho de la frente, mucho mas echada para atras que la de ninguna otra raza, excepto la africana (2).

Hay excepciones y desviaciones de este tipo general, como sucede, aunque no en tanto grado, en otras partes del globo; mas parece que esas desviaciones no dependen de las mismas leyes de posicion local. Los anatómicos han descubierto tambien en los cráneos desenterrados de las tumbas, y en los de los habitantes de las elevadas llanuras de las Cordilleras, diferencias muy perceptibles y que los distinguen de las tri-

(1) Vater ha examinado las lenguas de estas naciones situadas entre los 50° y 60° de latitud Norte, y comparando su vocabulario con el mexicano, de donde resulta que muchas de las voces tienen un origen comun. Mithridates, theil. III, abtheil. 3, p. 112.

(2) Prichad, Historia Fisica, tom. V, pp. 167, 169, 182 y siguientes. — Morton, Crania Americana, p. 66. — — Mc. Culloh, Investigaciones, etc., p. 18. — Lawrence, Lecciones, pp. 317, 565.

bus mas salvajes. La principal de esas diferencias parece consistir en la mayor amplitud de la frente; lo cual demuestra indisputablemente la superioridad intelectual. En esto tambien se encuentra una semejanza estrecha con los pueblos de la familia mongólica, y especialmente con la de la Tartaria Oriental; de suerte que, no obstante las diferencias descubiértas por los fisiologistas, un observador comun no podria distinguir dos cráneos de las dos razas (1). Sin embargo, miéntras no se complete la comparacion entre ambas, ninguna inferencia se puede sacar: hasto hoy se han escogido para entablar el paralelo, cráneos pertenecientes á las tribus mas bárbaras; acaso comparando cuidadosamente los de las tribus mas civilizadas, se encontrarian pruebas mas fuertes de la afinidad de las dos razas.

Cuando se buscan analogías con el Antiguo Mundo, no se deben pasar en silencio las ruinas, tan semejantes por su arquitectura á los edificios piramidales de Oriente, que han sugerido á mas de un anticuario la idea de que tiene un orígen comun con éstos.

Es verdad que los invasores españoles asaltaron los edificios indios, especialmente los religiosos, con todo el furor del fanatismo; y otro tanto hicieron los de la generacion subsecuente. La guerra contra los monumentos no cesó, y los pocos que perdonó el fanatismo fueron despues demolidos para varios objetos de utilidad. De aquellos magníficos edificios que tanto ponderaron los primeros españoles que vinieran á México, apénas quedan vestigios, como sucede en los países de Europa y Asia, cubiertos en un tiempo de populosas ciudades, emporio del lujo y del comercio (2). Sin embargo, algnno de esos restos, como por ejemplo el templo de Xochicalco, el palacio de Tetzcotzinco, el colosal Calendario de piedra de la capital, son de considerable tamaño y bastante bien trabajados, para probar que los aztecas habian hecho adelantos en la mecánica que los hacian dignos de figurar al lado de los antiguos egipcios.

(1) No se puede dejar de confesar que la especie humana no ofrece ejemplares mas parecidos unos á otros, que lo que lo son los americanos, manchús, mongoles y malayos. Humboldt, ubi supra — Prichard. op. cit., tom. I, pp. 184, 186; tom. II, pp. 365, 367. — Lawrence, Lecciones, p. 365.

(2) Véase la famosa descripcion de Lucano en la Farasila, lib. 9, cap. 963.

El poeta latino ha sido aventajado por el italiano, en la bella estrofa que comienza: « Giace l' alta Cartago, » (Gierusaleme liberata, canto 15, v. 20) la cual se puede decir que es lo que ha amplificado Lord Byron en el Canto IV de Childe Harold.

Pero si las ruinas arqueológicas son raras en el valle de México, lo van siendo ménos conforme se baja la falda Sudeste de la cordillera, se atraviesa por el rico valle de Oaxaca y se penetra en los bosques de Chiapas y Yucatán. En medio de estas despobladas regiones se encuentran las ruinas recientemente descubiertas de la antigua ciudad de Mitla, Palenque, Itzana ó Uxmat, (1) que descubren una civilizacion mas perfecta que cuanto se habia encontrado en el Continente Americano; y aunque no fueron precisamente mexicanos los que construyeron esas ciudades, fueron pueblos de la misma familia; por consiguiente las indagaciones arqueológicas quedarán incompletas miéntras no se procure ver la luz que el conocimiento de esas ruinas puede arrojar sobre el orígen de la civilizacion india, y por tanto sobre la azteca

Pocas obrasdel arte se han encontrado cerca de ninguna de las ruinas. Algunas de aquellas consisten en vasos de tierra ó mármol, fragmentos de estos y otros objetos no solo fantásticos, sino á veces horrorosos, si bien hay otros graciosos y bellos y aparentemente bien trabajados. Parecerá extraordinario que no se haya encontrado fierro en los edificios ni instrumentos del mismo metal, siendo así que el material de que están construidos, es de granito sumamente duro y perfectamente labrado y pulimentado. En las canteras que están cerca de Mitla, en medio de enormes masas de granito, y juntamente con pedazos de columna y arquitrabes, se han encontrado cinceles y hachas de cobre (2). En las canteras de cerca de Tebas se han encontrado tambien instrumentos de la misma especie. Mas siendo dificil, por no decir imposible, cortar la viva roca con instrumento de otro metal conocido que no sea el fierro, parece muy probable la ingeniosa suposicion de un escritor que opina que éste fué conocido de los Egipcios; pero que como se descompone

(1) Es imposible no ver una *restauracion* del artista en los dibujos acabados que trae Waldeck, en los cuales no parece que el tiempo haya estampado su huella en aquellas piedras pulidamente cinceladas, y en donde los colores casi no están estropeados por las injurias del tiempo : semejante pintura representará en buen hora los edificios en tiempo de su esplendor, mas no en el de su decadencia. Cogolludo que los vió á mediados del siglo XVII, habla de ellos con admiracion y los considera obra de arquitectura consumados, cuya memoria no nos ha conservado la tradicion histórica. (Hist. de Yucatan, Madrid, 1688, lib. 4. cap. 2.)

(2) Dupaix dice que estos instrumentos eran de puro cobre; pero seguramente tenian alguna liga, como sucedia entre los aztecas y egipcios; de otra suerte su filo se habria embotado fácilmente en las duras sustancias que se labraban con ellos.

con gran facilidad, especialmente en un suelo salitroso, han desaparecido todos los objetos hechos de fierro (1).

Sin embargo, hásele encontrado despues de algunos millares de años, en los restos de la antigüedad, y no tiene duda que los mexicanos del tiempo de la conquista empleaban para labrar las piedras mas duras y de mayores dimensiones, instrumentos hechos de una liga de cobre y estaño y de un polvo silicoso. Esta circunstancia y la de que solo instrumentos de esta clase se han encontrado en la América Central, corroboran la opinion de que aquí era desconocido el hierro, y tambien en el antiguo Egipto.

Pero de las ruinas del Viejo Continente ¿ cuáles son aquellas, cuya arquitectura se asemeja mas á las muy notables de Chiapas y Yucatan? Las analogías no son probablemente ni numerosas ni decivas. Los Teocallis toltecas y mexicanos se parecen á los edificios egipcios y asiáticos, en la forma piramidal y en los terraplenes sobre que descansan; igual esmero se nota en unos y en otros pueblos, por dirigir la cara de sus monumentos hácia los puntos cardinales. Las paredes de los templos están cubiertas de figuras y geroglíficos, que probablemente, así entre los americanos como entre los egipcios, recordaban las leyes y los anales de la nacion. Tanto las figuras como los templos mismos estaban pintados de varios colores y particularmente de rojo vermellon, color favorito de los egipcios, quienes pintaban con él sus colosales estatuas y templos de granito (2). Mas no obstante estos puntos de semejanza, la arquitectura del Palenque no se parece á la egipcia ni á la oriental : se acerca mas á la europea, por lo tocante á la elevacion perpendicular de las parades, al tamaño mediano de las piedras, y á la disposicion general de todas las partes. Sin embargo, es preciso confesar que la arquitectura india tiene un carácter original, muy peculiar suyo.

Mas positivas pruebas de comunicacion con el Oriente se encuentran en la escultura y en la figura convencional de los geroglíficos. Pero las esculturas del Palenque están en relieve, miéntras que las de Egipto están de ordinario en *intaglio*. Los egipcios no eran felices en la repre-

(1) Wilkinson, Antiguos Egipcios, vol. III, pp. 246, 254.

(2) Descripcion del Egipto Antigua, tom. II, cap. 9, sec. 4.

La enorme imágen de la Esfinge estaba tambien pintada de rojo (Viajes de Charke, vol. V, p. 202.) Ademas, muchas estatuas y edificios de los antiguos griegos tienen trazas de haber estado pintados del mismo color.

sentacion de las figuras humanas: todas están calcadas sobre un modelo invariable; siempre son de perfil, porque es mas fácil que representarlas de frente: tienen el ojo de lleno en un lado de la cabeza; la fisonomía es parecida en todas, y carecen enteramente de expresion (1). Los artistas del Palenque eran igualmente atrasados en cuanto á la representacion de las várias actitudes del cuerpo, al cual ponian tambien siempre de perfil; pero las partes están ejecutadas con mas correccion y á veces con gracia. El vestido es rico y variado, y los adornos de la cabeza, acaso representativos como los de los aztecas (del nombre y condicion de la persona) por lo que hace al gusto y magnificencia, son dignos del Oriente. La fisonomía es variada y algunas veces expresiva. El contorno de la cabeza es con todo muy extraordinario, pues describe casi un semicírculo de la frente á la punta de la nariz, y está deprimido cerca de la coronilla; sea que hicieran esto para representar la depresion que artificialmente procuraban muchos aborígenas, sea que lo hiciesen por extraviadas nociones de la belleza ideal. Pero aunque el artista del Palenque era superior al egipcio en la ejecucion de los pormenores, era inferior á él en el número y claridad de los objetos representados; pues en el templo de Tébas estaban esculpidas las figuras de hombres, de animales y de todos los objetos imaginables, ya de uso vulgar ó propios de las bellas artes.

Los geroglíficos encontrados en los edificios indios, son muy pocos para legitimar ninguna consecuencia decisiva. Sin embargo, comparándolos con los del Códice de Dresde, que probablemente provienen del mismo lugar, con los del monumento Xochicalco, y con las toscas pinturas ó mapas de los aztecas, no se nota nada que pruebe la identidad de orígen. Aun ménos se parecen á los caractéres egipcios, cuyas delicadas é ingeniosas abreviaturas, casi se acercan á la sencillez de un alfabeto. Sin embargo, los escritores del Palenque demuestran un arte muy adelantado, y aunque un poco embrollados, indican con la forma convencional ó arbitraria de los geroglíficos, que acaso éstos eran

(1) Las várias causas porque las artes permanecieron estacionarias por muchos años en Egipto, se encuentran claramente explicadas por el Duque de Serradifalco, en su obra *Antichità delle Sicilia* (Palermo, 1834, tom. II, pp. 33, 34) obra en que el autor, tratando de estudiar las antigüedades de un islote, ha derramado un torrente de luz sobre todo lo que concierne á la cultura y á las letras de la antigua Grecia.

simbólicos ó fonéticos (1); pero no es de esperar que se descubra nunca su misterioso significado, pues áun la raza misma que los empleó, es ignorada, y no es fácil que se encuentre otra piedra Roseta con su inscripcion trilingüe, que suplirá la falta de medios comparativos, y guie al Champollion americano en el oscuro camino de los descubrimientos.

Es imposible contemplar los misteriosos monumentos de una civilizacion ya perdida, sin tener curiosidad de saber quiénes fueron los arquitectos, y cuál es su fecha. Los datos que poseemos para conjeturarla, no son muy sólidos; no obstante que algunos creen á esas ruinas de una antigüedad de millares de años, coetáneas de las del Egipto é Indostan. Pero la interpretacion de los geroglíficos y la aparente duracion de los árboles, son datos vagos y poco satisfactorios. ¿Ni cómo sacar ninguno de la pérdida del color y del desmoronamiento de las ruinas, cuando vemos ennegrecidos y derruidos muchos de los edificios de la edad média, miéntras que los mármoles del Acrópolis y las piedras pardas del Paestum brillan todavía en su esplendor primitivo?

Sin embargo, hay pruebas de que los documentos de que hablamos tienen una edad considerable. Hánse encontrado dentro de las ruinas, árboles cuyo tronco tiene mas de nueve piés de diámetro. Aun mas extraña es la acumulacion de musgo vegetal, á una profundidad de nueve piés (2). Esto en nuestras latitudes sería prueba decisiva de remota antigüedad; pero en el rico suelo de Yucatan y bajo el ardiente sol de los trópicos, la vegetacion se desarrolla con fuerza exuberante, y las generaciones de plantas se suceden sin intermision, dejando un depósito que habria perecido bajo el invierno del Norte. Otra prueba de antigüedad es, que en los atrios de las ruinas de Uxmal el pavimento de granito donde están esculpidas en bajo relieve figuras de tortugas, está casi liso á virtud de las pisadas de la muchedumbre que ha pasado por encima: este hecho prueba á la vez la antigüedad del edificio y lo poblado que fué el país. Finalmente, podemos legítimamente afirmar la antigüedad de algunas de esas ruinas, pues que los primeros españoles las encon-

(1) Los geroglíficos están en línea perpendicular, y las cabezas constantemente vueltas hácia el lado derecho, como en el MS. de Dresde.

(2) Antig Méxic., Exámen, p. 76.

Sin embargo, esta profundidad no es bastante para autorizar al Capitan Dupaix á presumir la existencia antidiluviana de estos edificios, especialmente si se considera que el deposito se ha encontrado en un lugar abrigado, en un patio interior.

traron ya abandonadas y derribadas. Las noticias que de esto nos dejaron son breves y casuales, porque los conquistadores se cuidaban poco de las obras del arte; y fortuna es que éstas no hubiesen sido á la sazon templos vivos de los dioses, porque entónces ningun mérito artístico habria sido parte á salvarlas de la devastacion en que fueron envueltos todos los edificios de ese género.

Si tan difícil es determinar la fecha de las ruinas, ¿ qué tanto no lo será venir en conocimiento de sus arquitectos? Poco se puede sacar del rudo pueblo que vive cerca de ellas. El antiguo cronista tezcucano, tantas veces citado por mí, y que es la primera autoridad en lo tocante á las tradiciones nacionales, dice que cuando se estableció el imperio de los toltecas, (que segun este escritor floreció á mediados del siglo X, ántes lo que opinan las mas autoridades) emigraron de Anáhuac y se esparcieron por Guatemala, Tehuantepec, Campeche y las costas é islas inmediatas al Istmo (1).

Esta opinion, respetable ya por la autoridad de donde dimana, es corroborada por la circunstancia de que muchas de las naciones de esta region, adoptaron el mismo sistema astronómico y cronológico de los aztecas; los cuales como hemos visto, lo heredaron de sus predecesores en aquella tierra; de los toltecas.

Si se objeta que es incompatible con una edad tan moderna de los edificios americanos, el olvido completo de su orígen, téngase presente cuán falaz es la tradicion y con cuánta facilidad se rompen los eslabones de la cadena. Cuando florecieron los primeros historiadores griegos, ya se ignoraba quienes habian construido las pirámides. Los anticuarios disputan todavía sobre si la espantosa inclinacion de la torre de Pisa, este milagro arquitectónico que se encuentra en el centro de una ciudad populosa es obra de la casualidad ó del arte. Nosotros mismos hemos visto cuán pronto olvidaron los tezcucanos, que habitaban entre las ruinas de palacios reales levantados poco ántes de la conquista, cual era la historia de esas ruinas, que el mas indagador de los viajeros atribuye á una época remota anterior á los aztecas.

(1) « Asimismo los Tultecas que escaparon, se fueron por las costas del Mar del Sur y Norte, como por Huatimala y Tehuantepec, Huauhsacualco, Campeche, Tecolotlan, y los de las islas y costas de una mar y otra, que despues se vinieron á multiplicar. » Ixtlilxochitl. Relaciones, MS., núm. 5.

El lector ha visto ya los principales hechos que establecen la semejanza entre la civilizacion mexicana y la del hemisferio Oriental.

En lo que llevo referido he procurado no salirme jamas de los linderos de la historia, y poner al lector en estado de formar una opinion propia, mas bien que imbuirle en la mia. Mas no debo pasar en silencio algunas de las graves dificultades de esta cuestion. No consisten en explicar por qué aunque el sistema teológico y la ciencia de los aztecas se asemejan mucho á los de los orientales del Asia, difieren en tantas otras cosas; porque otro tanto acontece con los pueblos del Antiguo Mundo, que solo han imitado el uno del otro, aquellas ideas mejor acomodadas á su índole y peculiares instituciones.

Tampoco consiste la dificultad en explicar la gran desemejanza de las lenguas de uno y otro hemisferio, porque esa desemejanza no es mayor que la que hay entre las lenguas de uno mismo, y no por eso pretenderá nadie atribuir á cada tribu un orígen especial (1).

Pero es casi imposible conciliar el conocimiento de las ciencias de Oriente, con la ignorancia absoluta de algunas de las artes mas útiles y usuales, como por ejemplo, el uso de la leche y el hierro, cosas tan sencillas é importantes para la economía doméstica, que basta haberlas aprendido una vez, para que despues sea casi imposible olvidarlas.

Los aztecas no domesticaban animales útiles, y hemos visto que empleaban el bronce para todos los usos del hierro. El bisonte ó toro silvestre de América, del que hay abundantísimas manadas en las magníficas praderas del Occidente, produce tanta leche como el mismo animal domesticado de Europa y Asia, y el hierro se encuentra esparcido en masas muy considerables, por toda la mesa central.

No obstante, en la Asia Oriental ha habido pueblos bastante cultos que no han hecho uso de la leche (2). Verdad es que el búfalo no es tan abundante en la falda occidental como en la oriental de las Montañas Rocallosas, y los aztecas emigrados han de haber dudado que los feroces y extraños monstruos que veian saltar allí en las apartadas llanuras,

(1) Al ménos esto es cierto por lo tocante á la etimología de las lenguas, y así lo refiere Mr. Edward Everet en sus lecciones sobre la primitiva civilizacion de América, que forma parte del curso que hace algunos años, dió este docto y sagaz literato.

(2) Los pueblos de algunas partes de la China, y sobre todo de Cochinchina, jamas ordeñaban una vaca, segun Macartney, citado por Humboldt. Essai politique, tom. III, p. 57, note.

fuesen tan capaces de domesticarse, como los mansos animales que habian dejado paciendo en las del Asia. En cuanto al hierro, aunque lo habia en abundancia, era mas duro y dificil de trabajar que el cobre, del cual encontraron en su ruta mayor cantidad. Es ademas muy posible que su emigracion se haya verificado ántes de que su nacion conociese el uso del hierro; porque sabemos que en el Antiguo Hemisferio mas de un pueblo emplea el cobre y el bronce como si no hubiese ningun otro metal. Tal es la explicacion, (poco satisfactoria en verdad; pero la mas natural y genuina) de esta curiosa anomalía.

Estas y otras dificultades semejantes han inducido á algunos escritores, á considerar como puramente indígena la civilizacion americana. Es fácil insistiendo únicamente sobre una parte de la cuestion llegar á conclusiones definitivas. Procediendo de esta suerte, los unos no vacilan en decidir que la civilizacion de América es original: miéntras que otros le atribuyen un orígen hebreo egipcio, chino ó tártaro, segun que se ciñen á estudiar solamente las analogías con una de esas naciones. El gran número de datos contradictorios pone á la mente perpleja é impide llegar á ninguna conclusion exacta y definitiva. La pretension de llegar á ella arguye un espíritu poco filosófico, sin embargo suele suceder que en las materias mas dudosas es en las que se muestra mas dogmatismo.

Acaso el lector de las páginas antecedentes, podrá sin riesgo llegar á las conclusiones que siguen, las que por cierto no le sorprenderán por lo nuevo:

Primera. Que las semejanzas son suficientes para autorizar á creer que la civilizacion de Anáhuac era hasta cierto punto imitada de la del Asia Oriental.

Segunda. Que hay tales discrepancias, que la trasmision de la civilizacion del uno al otro hemisferio, debe haber sido muy antigua; tan antigua que el influjo extraño no haya podido al último estorbar que la civilizacion americana revista todos los caractéres esenciales de la originalidad.

APENDICE

Parte segunda.

NUMERO I.

DOCUMENTOS ORIGINALES. — CONSEJOS DE UNA MADRE AZTECA A SU HIJA, COPIADOS DE LA OBRA DE SAHAGUN, HISTORIA DE NUEVA-ESPAÑA, LIB. VI. CAP. XIX.

(Por el siguiente fragmento se puede formar el lector idea exacta de la extraña mezcla de sencillez casi pueril, y de sublimidad moral, del original azteca: tal es el efecto de una civilizacion que apénas despunta.)

« Hija mia muy amada, muy querida *palomita*: ya has oido y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho: ellas son palabras preciosas, y que raramente se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazon en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabe que eres su hija engendrada de él; eres su sangre y su carne, y sabe Dios Nuestro Señor que es así: aunque eres mujer é *imágen de tu padre*, ¿qué mas te puedo decir, hija mia, de lo que ya está dicho? ¿Qué mas puedes oir de lo que has oido de tu señor y padre, el cual te ha hablado copiosamente, lo que te cumple hacer y guardar, ni ninguna cosa ha quedado de lo que te conviene que no lo haya tocado? Pero por hacer lo que soy obligada para contigo, quiérote decir algunas pocas palabras.

Lo primero que te encargo mucho es que guardes, y que no olvides

lo que tu señor padre ya dijo, porque son todas cosas muy preciosas; y las personas de su suerte, raramente publican tales cosas, y que son palabras de señores, y sábias, apreciables como piedras ricas, y muy labradas: mira, pues, que las tomes y guardes en tu corazon, y las escribas en tus entrañas. Si Dios te diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar á tus hijos é hijas, si Dios te los diere.

Lo segundo que te quiero decir es, que mires *que te amo mucho, que eres mi hija querida*: acuérdate que te truje en mi vientre nueve meses, y de que naciste, y te criaste en mis brazos: yo te ponia en la cuna, y de allí en mi regazo, y con mi leche te crié. Esto te digo, porque sepas que yo y tu padre somos los que te engendramos, y ahora te hablemos doctrinándote. Mira que tomes nuestras palabras, y las guardes en tu pecho. Cuida que tus vestidos sean honestos y como conviene: mira que no te atavíes con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco seso y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean muy viles, súcios ó rotos, como son los de la gente baja, porque estos andrajos son señal de gente vil, y de quien se hace burla. Tus vestidos sean honestos y limpios, de manera que ni parezcas fantástica ni vil. Cuando hablares, no te apresurarás en el hablar con desasosiego, sino poco á poco, y sosegadamente: cuando hablares, no alzarás la voz, ni hablarás muy bajo, sino con mediano sonido, ni adelgazarás mucho cuando hables, ni cuando saludes, ni hablarás por las narices, sino haz que tus palabras sean honestas, y de buen sonido y la voz mediana. No seas curiosa en tus palabras. Mira, hija, que en el andar has de ser honesta: no andes con apresuramiento ni con demasiado espacio, porque es señal de pompa andar espacio y el andar aprisa tiene resabio de desasosiego y poco asiento.

Andando, llevarás un medio, que in andes muy de prisa ni muy despacio; y cuando fuere necesario andas de prisa, hacedlo así, por eso tienes discrecion. Para cuando fuere menester saltar algun charco; saltarás honestamente, de manera que ni parezcas pesada, torpe, ni liviana. Cuando fueres por la calle ó por el camino no lleves inclinada mucho la cabeza, ó encorvado el cuerpo, ni tampoco vayas muy levantada la cabeza; porque es señal de mala crianza : irás derecha y la cabeza poco inclinada. No lleves la boca cubierta, ó la cara con vergüenza : no vayas mirando á manera de cegatona, ni hagas con los piés meneos de fantasía por el camino : anda con sosiego y con honestidad por la calle. Lo otro

que debes notar, hija mia, es, que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá, ni acullá, ni volviendo la cabeza á mirar á una parte y á otra, ni irás mirando al cielo, ni tampoco irás mirando la tierra. A los que encontrares, no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incómoda, sino que mira á todos con cara serena: haciendo esto, no darás á nadie ocasion de enojarse contra tí. Muestra tu aspecto y disposicion como conviene, de manéra que ni lleves el semblante como enojada, ni tampoco como risueña. Mira tambien, hija, que no se te dé nada por las palabras que oyeres yendo por el camino, ni hagas cuenta de ellas, digan lo que dijeren los que van ó vienen.

No cures de responder ni de hablar; mas haz como que no los oyes ni los entiendes; porque haciendo de esta manera, nadie podrá decir con verdad que dijiste tal cosa. Mira tambien, hija, que nunca te acontezca afeitar la cara, ó poner colores en ella ó en la boca por parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas y carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mujeres usan, las desvergonzadas que ya han perdido el pudor y áun el seso, que andan como locas y borrachas: estas se llaman *rameras*, para que tu marido no te aborrezca, atavíate, lávate, y lava tus ropas, y esto sea con regla y con discrecion, porque si cada dia te lavas y tambien tus ropas, decirse ha de tí que eres *relimpia* y que eres demasiado regalada; llamarte han *tapepetzon tinemaxoch*.

Hija mia, este es el camino que has de llevar, porque de esta manera nos criaron tus señoras antepasadas de donde vienes. Las señoras nobles, ancianas, canas y abuelas, etc., no nos dijeron tantas cosas como yo te he dicho; no nos decian sino algunas pocas palabras y nos hablaban de esta manera: « Oid, hijas mias: en este mundo es menester vivir con mucho aviso y recato: oye esta comparacion que ahora te diré y guárdala, y de ella toma ejemplo y dechado para bien vivir. Acá en este mundo vamos por un camino muy angosto, muy alto y muy peligroso, el cual es como una loma altísima, y que por lo empinado de ella va un camino muy estrecho: á la una mano está gran profundidad y hondura sin suelo, y si te desviares del camino á una ú otra mano, caerás en aquel profundo; por tanto, conviene con mucho tiento seguir el camino.

Hija muy tiernamente amada y palomita mia, guarda este ejemplo en tu corazon, y mira que no te olvides, que este será como candela y como

lumbre por todo el tiempo que vivieres en este mundo. Solo una cosa, hija mia, me resta por decirte para acabar mi plática : si Dios te diere vida, si vivieres algunos años sobre la tierra, mira que no dés tu cuerpo á algun hombre : mira que te guardes mucho que nadie llegue á tí ni tome tu cuerpo : si perdieres tu virginidad, y despues de esto te demandare por mujer alguno, y te casares con él, nunca se habrá bien contigo ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará de que no te halló vírgen, y esto será causa de grande afliccion y trabajo : nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de tí.

¡ Oh, hija mia, mi muy amada palomita ! si vivieres sobre la tierra, mira que en ninguna manera te conozca mas que un varon ; y esto que ahora te quiero decir guárdalo como mandamiento estrecho. Cuando fuere Dios servido de que tomes marido, estando en su poder no te altivezcas; mira qué no le menosprecies ni dés licencia á tu corazon para que se incline á otra parte : no te atrevas á él : mira que en ningun tiempo ni en ningun lugar le hagas traicion que se llame *adulterio :* mira que no dés tu cuerpo á otro, porque esto, hija mia muy querida y muy amada, es una caida en una sima sin suelo, que no tiene remedio ni jamas se puede sanar.

Segun es el estilo del mundo, si fuere sabido, y si fueres vista, por este delito matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada; de éstas dice un refran..... *Probarás la piedra, serás arrastrada, y tomarán ejemplo de tu muerte :* de aquí sucederá infamia y deshonra á nuestros antepasados, señores y senadores de donde venimos y de donde naciste : ensuciarás su ilustre fama y su gloria, con la inmundicia y polvo de tu pecado.

Así mismo perderás tu fama, tu nobleza y tu generosidad : tu nombre será olvidado y aborrecido : de tí se dirá el refran, *que fuiste enterrada en el polvo de tus pecados ;* y mira bien, hija mia, que aunque nadie te vea, ni tu marido sepa lo que pasa, te ve Dios, que está en todo lugar; enojarse ha contra tí, y tambien despertará la indignacion del pueblo contra tí y se vengará como él quisiere, ó te tullirás por su mandado, ó cegarás ó se te podrirá el cuerpo, ó vendrás á la última pobreza, porque te atreviste y arrosjaste á obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte, ó te pondrá debajo de sus piés enviándote al infierno.

Nuestro Señor misericordioso es; pero si hicieres traicion á tu marido, aunque no se sepa, aunque no se publique, Dios que está en todo lugar, tomará venganza de tu marido, que siempre estará enojado contra tí, y que siempre te hablará con enojo. Mira, hija mia muy amada, á quien amo tiernamente; mira que vivas en el mundo con paz, reposo y contento los dias que vivieres; mira que no te infames, que no amancilles tu honra, que no ensucies el lustre y fama de nuestros señores antepasados, de los cuales vienes: mira que á mí y á tus padres nos honres, y nos dés fama con tu buena vida. Hágate Dios muy bienaventurada, hija mia primogénita, y llégate á Dios, el cual está en todo lugar.»

NUMERO II.

POEMA SOBRE LA INSTABILIDAD DE LA VIDA HUMANA, POR NEZAHUALCOYOTL. SEÑOR DE TEZCUCO.

(Este poema fué felizmente libertado de la suerte comun de los manuscritos indios, por el caballero Boturini, y forma parte de su interesante *Museo*. Despues fué incluido en la extensa compilacion de documentos hecha por el padre Manuel de la Vega, en México, en 1792. Esta coleccion fué formada en cumplimiento de una sábia disposicion del gobierno español, que mandó que « todos los manuscritos capaces de dar luz acerca de las antigüedades, geografía é historia civil, eclesiástica y natural de América, que se encontrasen en Nueva-España fuesen copiados y enviados á Madrid. » Esta órden produjo el acopio de treinta y dos volúmenes en folio en los que juntamente con documentos insignificantes, se encuentran otros de inestimable precio, concernientes á la Historia de México y de las naciones que poblaron la Nueva-España.)

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasion y el tiempo se ofrece;
Ser admitido espero,
Si intento lo merece:
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto.

Y tu, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores;
Alégrate conmigo;
Desechemos de pena los temores,

Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida.

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoroso,
Tú de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es Poderoso;
Gocemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Ocbleacan pusiste
En esta noble córte, y siendo tuyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas; donde arguyo,
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso Rey y singular Monarca,
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca;
Porque vendrá algun dia
Que busques este gusto y alegría.

Entónces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano;
Ha de menguar tu Luna,
No te verás tan fuerte y tan ufano,
Entónces tus criados
De todo bien serán desamparados.

Y en tan triste suceso
Los nobles descendientes de tu nido,
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han nacido,
Faltando tu cabeza,
Gustarán la amargura de pobreza.

Y traerán á la memoria
Quien fuiste en pompa de todos envidiada
Tus triunfos y victoria;
Y con la gloria y majestad pasada
Cotejando pesares,
De lágrimas harán crecidas mares.

Y estos tus descendientes,
Que te sirven de pluma y de corona
De tí viéndose ausentes,
De Culhuacan extrañarán la cuna.
Y tenidos por tales
Con sus desdichas crecerán sus males.

Y de esta grandeza rara,
Digna de mil coronas y blasones,
Será la fama avara;
Solo se acordarán en las naciones,
Lo bien que gobernaron,
Las tres cabezas que el imperio honraron.

En México famosa
Moctezuma, valor de pecho indiano,
A Culhuacan dichosa
De Nezahualcoyotl rigió la mano;
Acatlapan la fuerte
Totoquihuastli le salió por suerte.

Y ningun olvido temo
De lo bien que tu reino dispusiste,
Estando en el supremo
Lugar, que de la mano recibiste
De aquel Señor del mundo,
Factor de aquestas cosas sin segundo.

Y goza, pues, muy gustoso,
Oh Nezahualcoyotl, lo que agora tienes;

Con flores de este hermoso
Jardin corona tus ilustres sienes;
Oye mi canto, y lira
Que á darte gustos y placeres tira.

Y los gustos de esta vida,
Sus riquezas, y mandos son prestados,
Son sustancia fingida,
Con apariencia solo matizados;
Y es tan gran verdad esta,
Que á una pregunta me has de dar respuesta.

¿Y qué es de Cihuapan,
Y Quantzintecomtzin el valiente,
Y Conahuatzin;
Qué es de toda esa gente?
Sus voces, ¡ agora acaso!
Ya están en la otra vida, este es el caso.

¡ Ojalá los que agora
Juntos los tiene del amor el hilo,
Que amistad atesora,
Viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hay bien seguro,
Que siempre trae mudanza á lo futuro.

NUMERO III.

DESCRIPCION DE LA RESIDENCIA DE NEZAHUALCOYOTL EN TEZCOTZINCO, SACADA DE LA HISTORIA CHICHIMECA DE IXTLILXOCHITL, MS., CAP. XLII.

« De los jardines el mas ameno y de curiosidades fué el bosque de Tezcotzinco; porque demas de la cerca tan grande que tenia, para subir á la cumbre de él, y andarlo todo, tenia sus gradas, parte de ellas de argamasa, parte labrada en la misma peña y el agua que se traia para las fuentes, pilas, baños y los caños que se repartian para el riego de las flores y arboledas de este bosque para poderla traer desde su nacimiento, fué menester hacer fuertes y altísimas murallas de argamasa, desde unas sierras á otras, de increible grandeza; sobre la cual hizo una fargea hasta venir á dar á la mas alta del bosque, y á las espaldas de la cumbre de él.

En el primer estanque de agua estaba una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que habia nacido el Rey Nezahualcoiotzin hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera, los años, en fin de cada uno de ellos, asimismo esculpidas las cosas mas memorables, que hizo; y por dentro de la rueda esculpidas sus armas, que eran una casa, que estaba ardiendo en llamas, y deshaciéndose, otra que estaba muy ennoblecida de edificios; y en medio de las dos un pié de venado, atada en él una piedra preciosa, y salian del pié unos penachos de plumas preciosas, y asimismo una cierva, y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado con su morrion y orejeras, coselete y dos tigres á los lados, de cuyas bocas salian agua y fuego, y por orla doce cabezas de Reyes y Señores, y otras cosas que el primer Arzobispo de México, D. Fr. Juan de Zumárraga, mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos ídolos; y todo lo referido era la eti-

mología de sus armas. Y de allí se partia esta agua en dos partes, que la una iba cercando y rodeando el bosque por la parte del Norte, y la otra por la parte del Sur.

En la cumbre de este bosque estaban edificadas mas casas á manera de torre, y por remate y chapitel estaba hecha de cantería una como manera de mazeta, y dentro de ella salian unos penachos y plumeros, que era la etimología del nombre del bosque; y luego mas abajo, hecho de una peña, un leon de mas de dos brazos de largo con sus alas y plumas: estaba echado y mirando á la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro, que era el mismo retrato del Rey, el cual leon estaba de ordinario debajo de un palio hecho de oro y plumería.

Un poquito mas abajo estaban tres albercas de agua, y en la de en medio estaban en sus bordos tres damas esculpidas y labradas en la misma peña, que significaban la gran laguna, y las ramas las cabezas del Imperio; y por un lado (que era hácia la parte del Norte) otra alberca, y en una peña esculpido el nombre y escudo de armas de la ciudad de Tolan, que fué la cabecera de los toltecas; y por el lado izquierdo, que caia hácia la parte del Sur, estaba la otra alberca, y en la peña esculpido el escudo de armas y el nombre de la ciudad Tenaiocan, que fué la cabecera del Imperio de los chichimecas; y de esta alberca salia un caño de agua, que saltando sobre unas peñas, salpicaba el agua, que iba á caer á un jardin de todas flores olorosas de tierra caliente, que parecia que llovia con la precipitacion y golpe que daba el agua sobre la peña.

Tras este jardin se seguian los baños hechos y labrados de peña viva, que con dividirse en dos baños eran de una pieza; y por aquí se bajaba por una peña grandísima de unas gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lisas, que parecian espejos; y por el pretil de estas gradas estaba esculpido el dia, mes y año, y hora, en que se le dió aviso al Rey Nezahualcoiotzin de la muerte de un señor de Huexotzinco, á quien quiso y amó notablemente, y le cogió esta nueva cuando se estaban haciendo estas gradas.

Luego consecutivamente estaba el alcázar y palacio que el Rey tenia en el bosque, en los cuales habia entre otras muchas salas, aposentos y retretes, una muy grandísima, y adelante de ella un patio, en la cual recibia á los Reyes de México y Tlacopan, y á otros grandes señores, cuando se iban á holgar con él, y en el patio se hacian las damas, y

algunas representaciones de gusto y entretenimiento. Estaban estos alcázares con tan admirable y maravillosa hechura, y con tanta diversidad de piedras, que no parecian ser hechos de industria humana.

El aposento donde el rey dormia, era redondo; todo lo demas de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles y flores odoríferas, y en ellos diversidad de aves, sin las que el Rey tenia en jaulas, traidas de diversas partes, que hacian una armonía y canto que no se oian las gentes. Fuera de las florestas, que las dividia una pared, entraba la montaña, en que habia muchos venados, conejos y liebres, que si de cada cosa muy particular se describiese, y de los demas bosques de este reino, era menester hacer historia muy particular.

NUMERO IV.

TRADUCCION DE IXTLILXOCHITL, HIST. CHICH. MS. CAP. XLIV.

De la extraordinaria severidad con que el Rey Netzahualpilli castigó á la Reina mexicana por adúltera y traidora.

« Cuando Axayacatzin, Rey de México, y otros Señores, enviaron á sus hijas al Rey Netzahualpilli, para que de entre ellas escogiera una mujer legítima, de donde hubiese de salir el heredero del Trono, mereció la preferencia por la nobleza de su sangre y por su distinguida calidad, la hija del Rey de México. Mas como era todavía muy niña, la puso el Monarca en un palacio aparte, donde fué criada y educada con oda la pompa, grandeza y esmero que convenia á la futura esposa de un gran rey.

Los criados de su servidumbre pasaban de dos mil. Con todo y ser tan tierna, era sumamente astuta y viciosa; de suerte que viéndose sola, y tan temida por su rango é importancia, comenzó á entregarse desenfrenadamente á la liviandad.

Cuando veia algun mancebo que contentaba su gusto, daba órdenes secretas para que se lo tragesen, y despues de satisfacer sus deseos, le mandaba dar muerte. Mandaba en seguida hacer una estatua ó efigie de la persona del mancebo, y ricamente vestida y adornada con oro y joyas, la hacia poner en el aposentó donde ella habitaba. El número de estas estatuas llegó á ser tan crecido, que llenaban todo el aposento.

Una vez que vino el Rey á visitarla y le preguntó qué significaban, le respondió ella que eran las efigies de sus dioses, y como los mexicanos eran tan dados al culto de sus deidades, el Rey creyó la respuesta. Mas como ninguna iniquidad puede quedar perpetuamente oculta, descu-

brióse al fin ésta. Tres mancebos lograron quedar vivos, quién sabe de que manera: llamábanse Chicuhcontl, Huitzilimitzin y Maxtla; el primero, Señor de Tesoyucan y uno de los grandes del reino, y los otros dos, tambien nobles de calidad.

Sucedió un dia que el Rey reconoció en uno de ellos una alhaja que él habia regalado á la Reina, y aunque no sospechaba la traicion de ésta, algo le dió aquello en que pensar.

Habiendo ido á visitarla aquella noche, respondiéronle los criados que estaba durmiendo la Reina, con lo que se suponian que él se iria y volveria despues, como lo habia hecho otras veces; mas acordándose de lo de la alhaja, insistió en entrar en el aposento, y acercándose al lecho para despertarla, encontró en él, en vez de la Reina, una estatua adornada con su cabellera y muy parecida á su dueño. Visto esto por el Rey, é igualmente la turbacion y sobresalto de los criados, llamó á sus guardias y á toda la gente de palacio y se puso en busca de la Reina, que á poco fué encontrada en pláticas con los tres mancebos, y fueron arrestados todos cuatro.

El Rey presentó su acusacion ante los Jueces de su Córte para que se hiciese una averiguacion y se viera quiénes eran los cómplices. Descubrióse que estos eran muchos: los unos habian fabricado ó adornado las estatuas; otros habian introducido en palacio á los mancebos; y otros, por último, les habian dado muerte y escondido sus cadáveres.

Suficientemente aclarado todo, mandó embajadores á los Reyes de México y Tlacopan, informándoles de lo ocurrido y avisándoles el dia de la ejecucion de la Reina y de sus cómplices. Al mismo tiempo previno á todos los señores de su reino que tragesen á sus mujeres é hijas por jóvenes que fuesen, á presenciar aquella ejecucion destinada á servir de grande escarmiento. Celebró tambien treguas con todos los enemigos del imperio, para que pudiesen venir libremente á presenciar el castigo. Tan grande fué el concurso, que con ser tan vasta la ciudad de Texcoco, no bastaba para aposentar á los forasteros. La ejecucion se verificó públicamente, de modo que se viese de toda la ciudad.

La reina fué condenada á la pena del *garrote*, y lo mismo sus tres amantes; y como eran personas nobles, fueron quemados sus cuerpos, y lo mismo las estatuas mencionadas. Los demas cómplices que eran mas de dos mil, tambien recibieron *garrote*, y sus cuerpos fueron que-

mados en una hoguera dispuesta al intento en una barranca cerca del templo del Idolo de los adúlteros.

Todos aprobaron tan ejemplar castigo, excepto los Señores de México, parientes de la Reina, que aunque por lo pronto ocultaron su resentimiento, meditaban la futura venganza. ¡ No sin razon tuvo el Rey tamaña desgracia en su familia, que su padre se habia valido de medios indignos, para lograr á la mujer de quien nació Netzahualpilli ! »

NUMERO V.

INSTRUCCIONES DADAS A CORTES, POR VELAZQUEZ, GOBERNADOR DE CUBA, AL TOMAR AQUEL EL MANDO DE LA EXPEDICION. — FECHAS EN LA FERNANDINA, A 23 DE OCTUBRE DE 1518.

(Este instrumento forma parte de la coleccion de Muñoz).

Por cuanto yo, Diego Velazquez, Alcalde Capitan general, é repartidor de los caciques é indios de esta isla fernandina por sus Altezas, etc. envié, los dias pasados, en nombre y servicio de sus Altezas á ver é bojar la isla de Yucatan Santa María de los Remedios, que nuevamente habia descubierto, é á demas cobrir los de que Dios Nuestro Señor fuese servido, en nombre de sus Altezas tomar la posesion de todo, una armada con la gente necesaria, en que fué é nombré por capitan della á Juan de Grijalva, vecino de la villa de la Trinidad de esta isla, el cual me envió una carabela de las que llevaba, porque le facia mucha agua, é en ella cierta gente, que los indios en la dicha Santa María de los Remedios le habian herido, é otros adolecido.

Y con la razon de todo lo que le habia ocurrido hasta otras islas é tierra que de nuevo descubrió ; que la una es una isla que se dice Cozumel, é le puso por nombre Santa Cruz ; y la otra es una tierra grande, que parte della se llama Ulua, que puso por nombre Santa María de las Nieves, desde donde me envió dicha carabela é gente, é me escribió como iba siguiendo su demanda, principalmente á saber si aquella tierra era isla, ó tierra firme ; é ha muchos dias que de razon habia de haber sabido nueva dél, de que se presume, pues tal nueva dél fasta hoy no se sabe, que debe tener ó estar en alguna ó extrema necesidad de socorro : é así mesmo porque una carabela, que yo envié al dicho Juan de Grijalva desde el puerto de esta ciudad de Santiago, para que con él é

la armada que lleva se juntase en el puerto de San Cristóbal de la Habana, porque muy mas proveido de todo é como al servicio de sus Altezas convenia fuesen, cuando llegó donde pensó fallarle, el dicho Juan de Grijalva se habia fecho á la vela é hera ido con toda la dicha armada, puesto que dejó aviso del viaje que la dicha carabela habia de llevar; é como la dicha carabela, en que iban ochenta ó noventa hombres, no falló la dicha armada, tomó el dicho aviso, y fué en seguimiento del dicho Juan de Grijalva; é segun parece é se ha sabido por informacion de las personas ferídas é dolientes, que el dicho Juan de Grijalva me envió, no se habia juntado con él, ni della habia habido ninguna nueva, ni los dichos dolientes ni feridos la supieron á la vuelta, puesto que vinieron mucha parte del viaje costa á costa de la isla de Santa María de los Remedios por donde habia ido; de que se presume que con tiempo forzoso podria de caer hácia tierra firme, ó llegar á alguna parte donde los dichos ochenta ó noventa hombres españoles corran detrimento por el navío, ó por ser pocos, ó por andar perdidos en busca del dicho Juan de Grijalva, puesto que iban muy bien pertrechados de todo lo necesario: ademas de esto porque despues que con el dicho Juan de Grijalva envié la dicha armada, he sido informado de muy cierto por un indio de los de la dicha isla de Yucatan Santa María de los Remedios, cómo en poder de ciertos caciques principales della están seis cristianos cautivos, y los tienen por esclavos, é se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos dias ha de una carabela que con tiempo por allí diz que aportó perdida, que se cree que alguno dellos debe ser Nicuesa, Capitan, que el católico Rey D. Fernando, de gloriosa memoria, mandó ir á tierra firme, é redimirlos sería grandísimo servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas: por todo lo cual pareciéndome que al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenia enviar así en seguimiento é socorro de la dicha armada quel dicho Juan de Grijalva llevó, y busca de la carabela que tras él en su seguimiento fué, como á redimir si posible fuese, los dichos cristianos que en poder de los dichos indios están cautivos; acordé, habiendo muchas veces pensado, é pesado, é platicándolo con personas cuerdas, de enviar, como envié, otra armada tal, é tambien bastecida é aparejada, ansí de navíos é mantenimientos, como de gente é todo lo demas para semejante negocio necesario; que si por acaso á la gente de la otra primera armada, ó de la dicha carabela que fué en su seguimiento hallase en alguna parte cerca de

infieles, sea bastante para los socorrer ó descercar; é si ansí no los hallare, por sí sola puede seguramente andar é calar en su busca todas aquellas islas tierras, é saber el secreto dellas, y facer todo lo demas que al servicio de Dios Nuestro Señor cumpla é al de sus Altezas convenga: é para ello he acordado de la encomendar á vos, Fernando Cortés, é os enviar por capitan della, por la experiencia que de vos tengo del tiempo que ha que en esta isla en mi compañía habeis servido á sus Altezas, confiando que sois persona cuerda, y que con toda prudencia é celo de su real servicio dareis buena razon é cuenta de todo lo que por mí en nombre de sus Altezas os fuere mandado acerca de la dicha negociacion, y la guiareis ó encaminareis como mas al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenga, y porque mejor guiada la negociacion de todo vaya, lo que habeis de facer, y mirar, é con mucha vigilancia y diligencia inquirir é saber es lo siguiente:

1. Hágase el servicio de Dios en todo, y quien faltare castiga con rigor.

2. Castigareis en particular la fornicacion.

3. Prohibireis dados y naipes, ocasion de discordias y otros escesos.

4. Y á salida la armada del puerto de esta ciudad de Santiago, en los otros dotareis desta este cuidado no se haga agravio á españoles ni indios.

5. Tomando los bastimentos necesarios en dichos puertos, partireis á vuestro destino, haciendo ántes alarde de gente ó armas.

6. No consentireis vaya ningun indio ni india.

7. Salido al mar y metidas las barcas, en la de vuestro navio visitareis los otros, y reconocereis otra vez la gente con las copias (las listas) de cada uno.

8. Apercibireis á los Capitanes y Maestres de los otros navíos que jamas se aparten de vuestra conserva, y hareis cuanto convenga para llegar todos juntos á la isla de Cozumel, Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota.

9. Si por algun caso llegaren ántes que vos, les mandareis que nadie sea osado á tratar mal á los indios, ni les diga la causa porque vais, ni les demande ó interrogue por los cristianos captivos en la isla de Santa María de los Remedios: digan solo que vos hablareis en llegando.

10. Llegado á dicha isla de Santa Cruz, vereis y sondeareis los puertos, entradas y aguadas, así della, como de Santa María de los Remedios, y la punta de Santa María de las Nieves, para dar cumplida relacion de todo.

11. Direis á los indios de Cozumel, Santa Cruz, y demas partes, que vais por mando del Rey á visitarles: hablareis de su poder y conquistas, individuando las hechas en estas islas y tierra firme, de sus mercedes á cuantos le sirven; que ellos se vengan á su obediencia y den muestras dello, regalándole, como los otros han hecho, con oro, perlas, etc,. para que eche de ver su buena voluntad y les favorezca y defienda: que yo les aseguro de todo en su nombre, que me pesó mucho de la batalla que con ellos ovo, Francisco Hernandez, y os envio para darles á entender como su Alteza quiere que sean bien tratados, etc.

12. Tomareis entera informacion de las cruces que diz se hallan en dicha isla Santa Cruz adoradas por los indios, del orígen y causa de semejante costumbre.

13. En general sabreis cuanto concierne á la religion de la tierra.

14. Y cuidad mucho de doctrinarlos en la verdadera fe, pues esta es la causa principal porque sus Altezas permiten estos descubrimientos.

15. Inquirid de la armada de Juan de Grijalva, y de la carabela que llevó en su seguimiento Cristoval de Olid.

16. Caso de juntaros con la armada, búsquese la carabela y concertad donde podreis juntaros otra vez todos.

17. Lo mismo hareis si primero se halla la carabela.

18. Ireis por la costa de la isla de Yucatan Santa María de los Remedios, do están seis cristianos en poder de unos caciques, á quienes dice conocer Melchor, indio de allí, que con vos llevais. Tratadlo con mucho amor, para que os le tenga y sirva fielmente. No sea que os suceda algun daño, porque los indios de aquella tierra en caso de guerra son mañosos.

19. Donde quiera tratareis muy bien á los indios.

20. Cuantos rescates hiciéredes, metereis en arca de tres llaves, de que tendreis vos una; las otras el Veedor y el Tesorero que nombráredes.

21. Cuando se necesite hacer agua ó leña, etc., enviareis personas cuerdas al mando del de mayor confianza, que ni causen escándalo, ni se pongan en peligro.

22. Si adentro la tierra viéreis alguna poblacion de indios que ofrecieren amistad, podreis ir á ella con la gente mas pacífica y bien armada, mirando mucho en que ningun agravio se las haga en sus bienes y mujeres.

23. En tal caso dejareis á muy buen recaudo los navíos; estareis muy sobre aviso que no os engañen ni se entrometan muchos indios entre los españoles, etc.

24. Avisdo que placiendo á Dios Nuestro Señor hallais los cristianos que en la dicha isla de Santa María de los Remedios están captivos, y buscado que por ella hallais la dicha armada é la dicha carabela, seguireis vuestro viaje á la punta llana que es el principio de la tierra grande que agora nuevamente el dicho Juan de Grijalva descubrió, y correreis en su busca por la costa della adelante, buscando todos los rios é puestos della fasta llegar á la bahía de San Juan y Santa María de las Nieves, que es desde donde el dicho Juan de Grijalva me envió los heridos é dolientes, é me escribió lo que hasta allí le habia ocurrido; é si allí hallaredes, juntaros é ir con el Juan; porque entre los españoles que llevais ó allá están no haya diferencias...... cada uno tenga cargo de la gente que consigo lleva...... y entramos muy conformes, consultareis lo que mas convenga conforme á esta instruccion, y á que Grijalva llevó de sus Paternidades y mias: en tal caso los rescates todos se harán en presencia de Francisco de Peñalosa, veedor nombrado por sus Paternidades.

25. Inquirireis las cosas de las tierras á do llegareis, así morales como físicas, si hay perlas, especería, oro, etc., parte de Santa María de las Nieves, de donde Grijalva me envió ciertos granos de oro por fundir é fundidos.

26. Cuando salteis en tierra sea ante vuestro Soberano y muchos testigos, y tomareis posesion della con las solemnidades usadas: inquirid la calidad de las gentes: porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas, y otras que tienen las caras como perros,...... á qué parte están las Amazonas, que dicen estos Indios que con vos llevais, que están cerca de allí.

27. Las demas cosas dejo á vuestra prudencia, confiando de vos que en todo tomeis el cuidadoso cuidado de hacer lo que mas cumpla al servicio de Dios y de SS. AA.

28. En todos los puertos de esta isla do hallareis Españoles que quieran ir con vos, no lleveis á quien tuviere deudas, si ántes no las paga ó da fianzas suficientes.

29. Luego en llegando á Santa María de las Nieves, me enviaréis en el navío que ménos falta hiciere, cuanto hubieredes rescatado y hallado

de oro, perlas, especcería, animales, aves, etc., con relacion de lo hecho y lo que pensais hacer, para que yo lo mande y diga al Rey.

30. Conoceréis conforme á derecho de las causas civiles y criminales que ocurran, como Capitan desta armada con todos los poderes, etc., etc. Fecha en esta cibdad de Santiago puerto desta isla Fernandina, á 23 Oct., 1518.

NUMERO VI.

SACADO DE LA HISTORIA GENERAL DE LOS INDIOS POR LAS-CASAS, MS., LIB. III, CAP. CXVI.

(Pocos literatos españoles han leido los escritos de Las-Casas, y por eso he sacado esta especie de extracto del original, como una muestra del estilo desaliñado pero vigoroso de una cuya celebridad ha crecido tanto, á causa de la escrupulosa reserva con que se la ha tenido oculta.)

Esto es uno de los errores y disparates que muchos han tenido y hecho en estas partes; porque sin primero por mucho tiempo haber á los indios y á cualquiera nacion idólatra doctrinado, es gran desvario quitarles los ídolos; lo cual nunca se hace por voluntad sino contra la de los idólatras; porque ninguno puede dejar por su voluntad é de buena gana aquello que tiene de muchos años por Dios y en la leche mamado y autorizado por sus mayores, sin que primero tenga entendido que aquello que les dan ó en que les comutan su Dios, sea verdadero Dios.

Mirad que doctrin les podian dar en dos ó ena tres, ó en cuatro, ó en diez dias, que allí estuvieron y que mas estuvieran, del verdadero Dios, y tampoco les supieran dar para desarraigarles la opinion errónea de sus dioses, que en yéndose, que se fueron, no tornaron á idolatrar. Primero se han de raer de los corazones los ídoles, conviene á saber el concepto y estima que tienen de ser aquellos Dios los idólatras por diuturna y deligente é contínua doctrina, y pintalles en ellos el concepto y verdad del verdadero Dios, y despues ellos mismos viendo su engaño y error han de derrocar é destruir con sus mismas manos é de toda su voluntad los ídolos que veneraban por Dios é por dioses.

Y así lo enseña San Agustin en el sermon. *De puero centurionis, de verbis Domini*. Pero no fué aqueste el postrero disparate que en estas indias cerca desta materia se ha hecho poner cruces, induciendo á los

indios á la reverencia dellas. Si hay tiempo para ello con significacion alguna del fruto que pueden sacar dello, si se lo puedan dar á entender para hacerse y bién hacerse, pero no habiendo tiempo, ni lengua, ni sazon, cosa superflua é inútil parece.

Porque pueden pensar los indios que les dan algun ídolo de aquella figura que tienen por Dios los cristianos, y así lo harán idólatra, adorando por Dios aquel palo. La mas cierta é conveniente regla é doctrina que por estas tierras y otras de infieles semejantes á estos los cristianos deben dar é tener, cuando van de pasada como estos iban, é cuando tambien quisieren morar entre ellas, es darles muy buen ejemplo de obras virtuosas y cristianas, para que, como dice nuestro Redemptor, viéndolas alaben y den gloria al Dios é padre de los cristianos, é por ellas juzguen quien tales cultores tiene no puede ser sino bueno é verdadero Dios.

NUMERO VII.

DECLARACION DE ALONSO HERNANDEZ DE PUERTO CARRERO.

(Puerto Carrero y Montejo fueron los dos oficiales que envió Cortés desde Villa Rica, con pliegos para el gobierno. Los emisarios fueron examinados bajo de juramento, por el venerable Dr. Carvajal, del Consejo de Indias, sobre todo lo concerniente á la conducta de Velazquez y de Cortés. La siguiente declaracion es la de Puerto Carrero, hombre de buen nacimiento, y bajo este respecto superior á muchos de los que entraron en la expedicion. El original existe en el archivo de Simancas.

En la ciudad de Coruña, á 30 dias del mes de Abril de 1520 años, se tomó el dicho é deposicion de Alonso Hernandez Puerto Carrero por mí Joan de Samano, del cual habiendo jurado en forma su cargo del juramento dijo lo siguiente.

Primeramente dijo, que en el armada que hizo Francisco Hernandez de Córdova é Caycedo é su compañero él no fué en ella; de la cual armada fué el dicho Francisco Hernandez de Córdova por Capitan General é principal armador; é que ha oido decir como estos descubrieron la isla que se llama de Yucatan.

Item: dijo que en el armada de que fué Capitan General Juan de Grijalva este testigo no fué; pero que vido un Capitan, que se dice Pedro de Alvarado, que envió Juan de Grijalva en una carabela con cierto oro é joyas á Diego Velazquez é que oyó decir, que desque Diego Velazquez vido que traian tan poco oro, é el Capitan Juan de Grijalva se queria luego volver é no hacer mas rescate, acordó de hablar á Hernandez Cortés para que hiciesen esta armada, porque al presente en Santiago no habia persona que mejor aparejo tuviese, y que mas bien quisto en la isla fuese, porque al presente tenia tres navíos: fuéle pre-

guntado, cómo sabía lo susodicho; respondió, que porque lo habia oido decir á muchas personas de la isla.

Dice mas que se pregonó en el pueblo donde este testigo vivia, que todas las personas que quisiesen ir en el armada, de todo lo que se oviese ó rescatase habria la una tercera parte, é las otras dos partes eran para los armadores y navíos.

Fuéle preguntado, quien hizo dar el dicho pregon, é en cuyo nombre se hacia, é quien se decia entónces que hacia la dicha armada: respondió, que oyó decir, que Hernando Cortés habia escripto una carta á un Alcalde de aquel pueblo para que hiciese á pregonarlo; é que oyó decir, que Diego Velazquez habló con Hernando Cortés para que juntamente con él hiciesen la dicha armada porque al presente no habia otra persona que mejor aparejo en la dicha isla para ello tuviese, porque al presente tenia tres navíos, é era bien quisto en la isla; é que oyó decir, que si él no fuera por Capitan, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué; é que no sabe el concierto que entre sí tienen, mas de que oyó decir, que ambos hacian aquella armada, é que ponía Hernando Cortés mas de las dos partes della, é que la otra parte cree este testigo que la puso Diego Velazquez, porque lo oyó decir, é despues que fué en la dicha armada vido ciertos navíos que puso Hernando Cortés, en lo que gastaba con la gente, que le pareció que ponia las dos partes ó mas é que de diez navíos que fueron en el armada los tres puso Diego Velazquez, é los siete Cortés suyos é de sus amigos.

Dijo que le dijeron muchas personas que iban en el armada como Hernando Cortés hizo pregonar, que todos los que quisiesen ir en su compañía, si toviesen necesidad de dineros, así para comprar vestidos, como provisiones ó armas para ellos, que fuesen á él, é que él les socorreria é les daria lo que hobiesen menester, é que esto sabe, porque muchas personas á quien él socorria con dineros que lo dijeron; é que estando en la villa de la Trenidad, vió que él é sus amigos daban á toda la gente que allí estaba todo lo que habian menester; é así mesmo estando en la villa de San Cristóval en la Habana, vió hacer lo mismo, é comprar muchos puercos é pan, que podian ser tres ó cuatro meses.

Fuéle preguntado, á quien tenian por principal armador desta armada, é quien era público que la hacia, dijo que lo que oyó decir é vido, que Hernando Cortés gastaba las dos partes, é que los dichos Diego Velaz-

quez é Hernando Cortés la hicieron como dicho tiene, é que no sabe mas en esto de este artículo.

Fuéle preguntado, si sabía quel dicho Diego Velazquez fuese el principal por respecto de ser Gobernador por su Alteza en las tierras é islas que por su industria se descubriesen; que no lo sabe porque no le eran entónces llegados Gonzalo de Guzman é Varvaez.

Fuéle preguntado, si sabe el dicho Diego Velazquez sea lugar Teniente de Gobernador é Capitan de la isla de Cuba; dijo que ha oido decir, ques Teniente de Almirante.

Fuéle preguntado, si sabía del asiento é capitulacion que el dicho Diego Velazquez tomó con los Frailes Jerónimos en nombre de S. M., é de la instruccion que ellos para el descubrimiento le dieron; dijo que oyó decir, que les habia hecho relacion que habia descobierto una tierra que era muy rica, é les envió á pedir le diesen licencia para vojallá é para rescatar en ella, é los Padres Jerónimos que la dieron, é que esto sabe porque lo oyó decir: fuéle preguntado si vió este asiento ó poderes algunos de los dichos Padres ó de la dicha instruccion; dijo que bien los puede haber visto, mas lo que en ellos iba, no se acuerda mas que lo arriba dicho.

Fuéle preguntado, si vió ú oyó decir, que los dichos poderes ó capitulacion de los dichos Padres Jerónimos fuese nombrado Diego Velazquez ó el dicho de Cortés; dijo que en los poderes que los Padres Jerónimos enviaron á Diego Velazquez que á él sería, é no á Hernando Cortés, porque el dicho Diego Velazquez lo envió á pedir.

Fuéle preguntado, cómo é porque causa obedecia á Hernando Cortés por Capitan General de aquella armada; dijo que porque Diego Velazquez le dió su poder en nombre de su Alteza para ir hacer aquel rescate; é que lo sabe, porque vió el poder é lo oyó decir á todos ellos.

Fuéle preguntado, que fué la causa porque no usaron con el dicho Hernando Cortés de los poderes que llevaba del dicho Diego Velazquez; dijo que esta armada iba en achaque de buscar á Juan de Grijalva; que oyó decir que no tenia poder Diego Velazquez de los Padres Jerónimos para hacer esta armada; é con este achaque que arriba dice hicieron esta armada, é que él usó del poder que Diego Velazquez le dió, é allí rescató.

Fuéle preguntado, que fué la causa porque, cuando quisieron poblar, le nombraron ellos por Capitan General é justicia mayor de nuevo; dijo

que Hernando Cortés, desque habia rescacado é vido que tenia pocos bastimentos, que no habia mas que para volver tasadamente á la isla de Cuba, dijo que se queria volver; é entónces toda la gente se juntaron é le requirieron que poblase, pues los indios les tenian buena voluntad é mostraban que holgaban con ellos, é la tierra era tan aparejada para ello, é S. M. sería dello muy servido; é respondió, que él no traia poder para poblar, que él responderia; é respondió que pues era servicio de S. M. poblar, otejaba que poblasen; é hicieron Alcalde é Regidores, é se juntaron en su Cabildo, é le proveyeron de justicia mayor y Capitan General en nombre de S. M.

Fuéle preguntado, qué se hicieron los navíos que llevaron; dijo que desque poblaron venian los maestres de los navíos, á decir al Capitan que todos los navíos se iban á fondo, que no los podian tener encima del agua; i el dicho Capitan mandó á ciertos maestres é pilotos que entrasen en los navíos é viesen los que estaban de modo de poder navegar, é ver si se podiesen remediar; é los dichos maestres é pilotos dijeron, que no habia mas de tres navíos que pudiese navegar é remediarse, é que habia de ser con mucha costa; é que los demas que no habia medio ninguno en ellos, é que alguno dellos se undió en la mar, estando echada el ancla; é que con los demas que no estaban para poder navegar é remediarse, los dejaron ir al traves; é que esta es la verdad, é firmolo de su nombre.

Dijo que se acuerda que oyó decir, que Hernando Cortés habia gastado en esta armada cinco mil ducados ó castellanos; é que Diego Velazquez oyó decir, que habia gastado mil setecientos, poco más ó ménos; é que esto que gastó fué en vinos é aceites é vinagre é ropas de vestir, las que les vendió un factor que allá está de Diego Velazquez, en que les vendia el arroba de vino á cuatro castellanos que salia al respecto por una pipa cien castellanos, el arroba del aceite seis castellanos, é á lo mesmo la arroba del vinagre é las camisas á dos pesos, y el par de los al pargates á castellano, é un mazo de cuentas de valoría á dos castellanos costándole á él á dos reales, é á este respecto fueron todas las otras cosas; é que esto que gastó Diego Velazquez lo sabe, porque lo vido vender, é este testigo se le vendió hasta parte dello. — Alonso Hernandez Portocarrero declaró ante mí, Johan de Samano.

NUMERO VIII.

EXTRACTO DE LA CARTA DE VERACRUZ, MS.

(El siguiente extracto de la célebre carta dirigida al Emperador, por el Ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, da una idea sucinta de la fundacion de la primera colonia en México, y del nombramiento hecho en Hernan Cortés, para Justicia Mayor y Capitan General. — El original se conserva en la librería Imperial de Viena.)

Despues de se haber despedido de nosotros el dicho Cacique, y vuelto á su casa, en mucha conformidad, como en esta armada venimos, personas nobles, caballeros, hijos dalgo, zelosos del servicio de Nuestro Señor y de Vuestras Reales Altezas, y deseosos de ensalzar su Corona Real, de acrecentar sus Señoríos, y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho Capitan Fernando Cortés, dicendo que esta tierra era buena, y que segun la muestra de oro que aquel Cacique habia traido, se creia que debia ser muy rica, y que segun las muestras que el dicho Cacique habia dado, era de creer que él y todos sus indios no tenian muy buena voluntad.

Por tanto que nos parecia que nos convenia al servicio de Vuestras Majestades, y que en tal tierra se hiciese lo que Diego Velazquez habia mandado hacer al dicho Capitan Fernando Cortés, que era rescatar todò el oro que pudiese, y rescatado volverse con todo ello á la isla Fernandina, para gozar solamente de ello el dicho Diego Velazquez y el dicho Capitan; y que lo mejor que á todos nos parecia era, que en nombre de Vuestras Reales Altezas se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen Señorío, como en sus Reynos y Señoríos lo tienen; porque siendo esta tierra poblada de Españoles, demas de acrecentar los Reynos y Señoríos de Vuestras Majestades, y sus rentas nos podrian hacer mercedes á nosotros y á los

pobladores que de mas allá viniesen adelante, y acordado esto, nos juntamos todos en concordes de un ánimo y voluntad, y hicimos un requerimiento al dicho Capitan, en el cual dijimos; que pues él veia cuanto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de Vuestras Majestades convenia, que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba á Vuestras Altezas se ha hecho relacion, que le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venia á hacer, porque sería destruir la tierra en mucha manera, y V.V. Magestades serian en ello muy deservidos; y que ansí mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa, que se habia por nosotros de hacer y fundar, Alcaldes y Regidores, en nombre de Vuestras Reales Altezas, con ciertas protestaciones, en forma que contra él protestamos si ansí no lo hiciesen, y hecho este requerimiento al dicho Capitan, dijo que daria su respuesta el dia siguiente; y viendo pues el dicho Capitan como convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas lo que le pediamos, luego otro dia nos respondió diciendo, que su voluntad estaba mas inclinada al servicio de Vuestras Majestades que á otra cosa alguna, y que no mirando al interes que á él se le siguiese, si proseguia en el rescate que traia propuesto de rehacer los grandes gastos que de su hacienda habia hecho en aquella armada juntamente con el dicho Diego Velazquez, ántes poniéndolo todo le placia y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas; y luego comenzó con gran diligencia á poblar y á fundar una villa la cual puso por nombre Rica Villa de Vera Cruz, y nombrónos á los que la delantes suscribimos, por Alcaldes y Regidores de la dicha Villa, y en nombre de Vuestras Reales Altezas recibió de nosotros el juramento y solenidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer.

Despues de lo cual otro dia siguiente entramos en nuestro cabildo y ajuntamiento, y estando así juntos enviamos á llamar al dicho Capitan Fernando Cortés y le pedimos en nombre de Vtras. Reales Altezas que nos mostrase los poderes y instruciones que el dicho Diego Velazquez le habia dado para venir á estas partes, el cual envió luego por ellos y nos los mostró; y vistos y leidos por nosotros, bien examinados segun lo que pudimos mejor entender, hallamos á nuestro parecer que por los dicho poderes y instrucciones no tenia mas poder el dicho Capitan Fernando Cortés, y que por haber ya espirado no podia usar de jus-

ticia ni de Capitan de allí adelante; pareciéndonos, pues, mui Excelentísimos Príncipes que para la pacificacion y concordia entre nosotros y para nos gobernar bien, convenia poner una persona para su Real servicio, que estuviese en nombre de Vuestras Majestades en la dicha villa y en estas partes por justicia mayor y Capitan y cabeza, á quien todos acatásemos hasta hacer relacion de ello á Vuestras Reales Altezas para que en ello proveyesen lo que mas servidos fuesen, y visto que á ninguna persona se podria dar mejor el dicho cargo que al dicho Fernando Cortés, porque ademas de ser persona de tal cual para ello conviene, tiene muy gran zelo y deseo del servicio de Vuestras Majestades.

Y ansí mismo por la mucha experiencia que de estas partes y islas tiene, de causa de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenia por venir como vino con esta armada en servicio de Vuestras Majestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relacion, todo lo que podia ganar y interese que se le podia seguir si rescatara como traia concertado, y le proveimos en nombre de Vuestras Reales Altezas de justicia y Alcalde mayor, del cual recibimos el juramento que en tal caso se requiere, y hecho como convenia al Real servicio de Vuestra Majestad, lo recibimos en su Real nombre en nuestro ajuntamiento y cabildo por Justicia mayor y Capitan de Vuestras Reales armas, y ansí está y estará hasta tanto que Vuestras Majestades provean lo que mas á su servicio convenga: hemos querido hacer de todo esto relacion á Vuestras Reales Altezas, porque sepan lo que acá se ha hecho, y el estado y manera en que quedamos.

NUMERO IX.

SACADO DE LA HISTORIA DE TLAXCALA POR CAMARGO, MS.

(Este pasaje del cronista indio se refiere á la ceremonia de la inauguracion de un Tecuhtle ó caballero mercader, en Tlaxcala. Tal se figura uno estar leyendo las páginas de San Pelayo, ó de algun otro historia dor la caballería errante.)

Esta ceremonia de armarse caballeros los naturales de México y Tlaxcala y otras provincias de la Laguna Mexicana es cosa muy notoria, y así no nos detendremos en ella, mas de pasar secuntamente Es de saber, cualquir Señor, ó hijos de Señores, que por sus personas habian ganado alguna cosa en la guerra, ó que hubiesen hecho ó emprendido cosas señaladas y aventajadas, como tubiese indicios de mucho valor, y que fuese de buen consejo y aviso en la república, le armaban caballero; que como fuesen tan ricos que por sus riquezas se ennoblecian y hacian negocios de hijos y dalgo y caballero, los armaban caballeros por dos, diferentemente que los caballeros de línea recta, porque los llamados Tepilhuan. Al Mercader que era armado caballero, y á los finos que por descendencia lo eran, llamaban Tecuhtles.

Estos Tecuhtles se armaban caballeros con muchas ceremonias. Ante todas cosas, estaban encerrados cuarenta ó sesenta dias en un templo de sus Idolos, y ayunaban todo ese tiempo, y no trataban con gente mas que con aquellos que les servian, y al cabo de los cuales eran llevados al templo mayor y allí les daban grandes doctrinas de la vida que habian de tener y guardar; y ántes de todas estas cosas les daban grandes bejámenes con muchas palabras afrentosas y satíricas, y les daban de puñadas con grandes reprensiones, y áun en su propio rostro, segun atras dejamos tratado, y les horadaban las narices y labios y orejas; y la sangre que de ellos salia la ofrecian á sus Idolos.

Allí les daban públicamente sus arcos y flechas y macanas y todo género de armas usadas en su arte militar. Del templo era llevado por las calles y plazas acostumbradas con gran pompa y regocijo y solemnidad: poníanles en las orejas orejeras de oro, y bezotes de lo mismo, llevando adelante mucho truhanes y chocarreros que decian grandes donasres, con que hacian reir las gentes; pero como vamos tratando, se ponian en las narices piedras ricas, horadábanles las orejas y narices y bezos, no con yerros ni cosa de oro ni plata, sino con huesos de tigres y leones y águilas agudos.

Este armado caballero hacia muy solemnes fiestas y costosas, y daban muy grandes presentes á los antiguos Señores caballeros así de ropa como de esclavos, oro y piedras preciosas y plumerías ricas, y divisas, escudos, rodelas y arcos y flechas, á manera de propinas cuando se doctoran nuestros letrados. Andaban de casa en casa de estos Tecuhtles dándoles estos presentes y dádivas, y lo propio hacen con estos armados caballeros despues que lo eran, y se tenia cuenta con todos ellos. Y era república; y así no se armaban muchos caballeros hidalgos pobres, por su poca posibilidad, si no eran aquellos que por sus nobles y loables hechos lo habian merecido, que en tal caso los caciques cabeceros y los mas supremos Señores Reyes, pues tenian meromixto imperio con sus tierras, y horca y cuchillo para ejecutar los casos de justicia, como en efecto era así.

Finalmente, que los que horadaban las orejas, bezos, y narices de estos, que así se armaban caballeros, eran caballeros ancianos y muy antiguos, los cuales estaban dedicados para esto; y así como para en los casos de justicia y consejos de guerra. Servian estos caballeros veteranos en la república, los cuales eran temidos, obedecidos y reverenciados en muy gran veneracion y estima. Y como atras dejamos dicho, que al cabo de los 40 ó 60 dias de ayuno de los caballeros nobles los sacaban de allí para llevarlos al templo mayor donde tenian sus simulacros, no les horadaban entónces las orejas, narices, ni labios, que son los labios de la parte de abajo, sino que cuando se ponian en el ayuno, entónces, y ante todas cosas les hacian estos bestiales espectáculos; y en todo el tiempo de ayuno estaban en cura, para que el dia de la mayor ceremonia fuese sano de las heridas, que pudieren ponerle las orejas y bezotes sin ningun detrimento ni dolor; y en todo este tiempo no se lavaban, ántes estaban todo tiznados y embiajados de negro, y con

muestras de gran humildad para conseguir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno segun sus ordenanzas, constituciones y uso, y costumbres entre ellos tan celebrados. Tambien usaban tener las puertas donde estaban ayunando cerradas con ramas de laurel, cuyo árbol entre los naturales era muy estimado.

NUMERO X.

SACADO DE OVIEDO, «HISTORIA DE LAS INDIAS,» MS., LIB. XXXIII, CAP XLVI.

(Este capítulo, que me ha servido tanto para mi narracion, contiene algunas noticias circunstanciadas acerca del modo de vivir de Montezuma, obtenidas por él ántes de diferentes individuos bien informados y dignos de crédito. Es una buena muestra del estilo del historiador, y deben ser interesantes para los literatos españoles pues que no se les ha publicado nunca, y juzgando por las apariencias, no se le publicará jamas).

Cuando este gran Príncipe Montezuma comia, estaba en una gran sala encalada é mui pintada de pinturas diversas; allí tenia enanos é chocarreros que le decian gracias é donaires, é otros que jugaban con un palo puesto sobre los piés grande, é le traian é meneaban con tanta facilidad é ligereza, que parecia cosa imposible; é otros hacian otros juegos é cosas de mucho para se admirar los hombres. A la puerta de la sala estaba un patio muy grande en que habia cien aposentos de 25 ó 30 piés de largo, cada uno sobre sí, en torno de dicho patio é allí estaban los Señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los quales á la contina ocupan mas de 600 hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenian mas de 30 servidores, de manera que á lo ménos nunca faltaban 300 hombres de guerra en esta guarda cotediana del palacio.

Cuando queria comer aquel príncipe grande, daban el agua á manos sus Mujeres, é salian allí hasta 20 dellas las mas queridas é mas hermosas é estaban en pié en tanto que él comia. E traïole un Mayor-domo ó Maestre-sala 3000 platos ó mas de diversos manjares de gallinas, codornices, palomas, tórtolas, é otras aves, é algunos de muchachos tiernos guisados á su modo, é todo mui lleno de axi,

é él comia de lo que las mujeres le traian ó queria. Despues que habia acabado de comer se tornaba á labar las manos, é las Mujeres se iban á su aposento dellas, donde eran muy bien servidas.

E luego ante el señor allegábanse á sus burlas é gracias aquellos chocarreros é donosas, é mandaba les dar de comer sentados á un cabo de la sala; é todo lo restante de la comida mandaba dar á la otra gente que se ha dicho que estaban en aquel gran patio; y luego venian 3000 Xícalos i cántaros ó ánforas de brebaje, é despues que el señor habia comido ó bebido, é lavádose las manos, íbanse las Mujeres, é acabadas de salir de la sala, entraban los negociantes de muchas partes; así de la misma ciudad como de sus señoríos; é los que le habian de hablar hincábanse de rodillas cuatro varas de medir ó mas, apartados dél é descalzos, é sin manta de algodon que algo valiese; é sin mirarle á la cara decian su razonamiento; é él proveia lo que le parecia; é aquellos se levantaban é tornaban atras retraiéndose sin volver las espaldas un buen tiro de piedra, como lo acostumbraban hacer los Moros de Granada delante de sus señores é príncipes.

Allí habia muchos jugadores de diversos juegos, en especial con unos fesoles á manera de habas, é apuntadas como dados, que es cosa de ver; é juegan cuanto tienen los que son Tahures entrellos. Iban los Españoles á ver á Montezuma, é mandábales dar duchos, que son unos banquillos ó escabelos, en que se sentasen, mui lindamente labrados, é de gentil madera, é decíanles qué querian, que lo pidiesen é dárselo han. Su persona era de pocas carnes, pero de buena gracia y afable é tenia cinco ó seis pelos en la barba tan luengos como un geme.

Si le parecia buena alguna ropa que el Español tuviese, pedíasela, é si se la daba liberalmente sin le pedir nada por ella, luego se la cobria é la miraba muy particularmente, é con placer la loaba; mas si le pedian precio por ella, hacíalo dar luego, é tomaba la ropa é tornábasela á dar á los cristianos sin se la cobrir, é como descontento de la mala crianza del que pedia el precio, decia: Para mí no ha de haber precio alguno, porque yo soy señor, é no me han de pedir nada de eso; que yo lo daré sin que me den alguna cosa; que es muy gran afrenta poner precio de ninguna cosa á los que son señores, ni ser ellos Mercaderes.

Con esto concuerdan las palabras que de Scipion Africano, que de sí decian aquella contienda de prestancia, que escribe Luciano, entre los tres capitanes mas excelentes de los antiguos, que son Alexandro Magno,

é Anibal, é Scipion : Desde que nací, ni vendí ni compré cosa ninguna. Así que decia Montezuma cuando así le pedian precio : Otro dia no te pediré cosa alguna, porque me has hecho mercader ; vete con Dios á tu casa, é lo que obieses menester pídelo, é dársete ha : E no tornes acá, que no soy amigo desos tratos, ni de los que en ellos entienden para mas de dexárselos vesar con otros hombres en mi Señorío.

Tenia Montezuma mas de 300 señores que le eran subjetos, é aquellos tenian muchos vasallos cada uno dellos ; E cada qual tenia casa principal en Temixtitan, é habia de residir en ella ciertos meses del año ; E quando se habian de ir á su tierra con licencia de Montezuma, habia de quedar en la casa su hijo ó hermano hasta quel señor della tornase. Esto hacia Montezuma por tener su tierra segura é que ninguno se le alzase sin ser sentido. Tenia una seña, que trahian sus Almoxarifes é Mensajeros quando recogian los tributos, é el que erraba lo mataban á él é á quantos dél venian.

Dábanle sus vasallos en tributo ordinario de tres hijos uno, é el que no tenia hijos habia de dar un Indio ó India para sacrificar á sus Dioses, é si no lo daban, habian de sacrificar á él : Dábanle tres hanegas de mahiz una, é de todo lo que grangeaban, ó comian, ó bebian ; En fin, de todo se le daba el tercio ; E el que desto faltaba pagaba con la cabeza.

En cada pueblo tenia Mayordomo con sus libros del número de la gente ó de todo lo demas asentado por tales figuras é caracteres quellos se entendian sin discrepancia, como entre nosotros con nuestras letras se entenderia una quenta muy bien ordenada. E aquellos particulares Mayordomos daban quenta á aquellos que residian en Temixtitan, é tenian sus alholíes é magazenes é depósitos donde se recogian los tributos, é oficiales para ello, é ponian en cárceles los que á su tiempo no pagaban, é dábanles término para la paga, é aquel pasado é no pagado, justiciaban al tal deudor, ó lo hacian esclavo.

Dexemos de esta materia, é volvamos á este gran Príncipe Montezuma, el qual en una gran sala de 150 piés de largo, é de 50 de ancho, de grandes vigas é postes de madera que lo sostenian, encima de la cual, era todo un terrado é azutea, é tenia dentro desta sala muchos géneros de aves, é de animales. Havia 50 águilas caudalesen jaolas, tigres ;

lobos, culebras, tan gruesas como la pierna, de mucho espanto, é en sus jaolas así mismo, é allí se le llevaba la sangre de los hombres é mujeres é niños que sacrificaban, é cebaban con ella aquellas bestias; é habia un suelo hecho de la mesma sangre humana en toda la dicha sala, é si se metia un palo ó vara temblaba el suelo.

En entrando por la sala, el hedor era mucho é aborrecible é asqueroso; las culebras daban grandes é horribles silvos, é los gemidos é tonos de los otros animales allí presos era una melodía infernal, é para poner espanto, tenian 500 gallinas de racion cada dia para la sustentacion desos animales. En medio de aquella sala habia una capilla á manera de un horno grande, é por encima chapada de las minas de oro é plata é piedras de muchas maneras, como ágatas ó cornesinas, nides, topacios, planas desmeraldas, é de otras suertes, muchas é muy bien engastadas. Allí entraba Montezuma é se retrahia á hablar con el Diablo, al qual nombraban Atezcatepoca, que aquella gente tienen por Dios de la guerra, y él les daba á entender, que era Señor y criador de todo, y que en su mano era el vencer; é los Indios en sus areitos é cantares é hablas le dan gracias y lo invocan en sus necesidades. En aquel patio é sala habia continuamente 5000 hombres pintados de cierto betun ó tinta, los quales no llegan á mujeres é son castos; llámanlos papas, é aquestos son religiosos.

Tenia Montezuma una casa mui grande en que estaban sus mujeres, que eran mas de 4000 hijas de señores, que se las daban para ser sus Mujeres, é él lo mandaba hacer así; é las tenia mui guardadas y servidas; y algunas veces él daba algunas dellas á quien queria favorecer y honrar de sus principales: Ellos las recibian como un don grandísimo. Habia en su casa muchos jardines é 100 vaños, ó mas, como los que usan los Moros, que siempre estaban calientes, en que se bañaban aquellas sus Mujeres, las quales tenian sus guardas, é otras mujeres como Prioras que las governaban: E á estas mayores, que eran ancianas, acataban como á Madres, y ellas las trataban como á hijas.

Tubo su padre de Montezuma 150 hijos é hijas de los quales los mas mató Montezuma, y las hermanas casó muchas dellas con quien le pareció; él tubo 50 hijos ó hijas, no mas, y acaeció algunas veces tener 50 mujeres preñadas, y las mas dellas mataban las criaturas en el cuerpo,

porque así dicen que se lo mandaba el Diablo, que hablaba con ellas y decíales que sacrificasen ellas las orejas y las lenguas y sus naturas, é se sacasen mucha sangre, é se la ofreciesen, é así lo hacian en efeto.

Parecia la casa de Montezuma una ciudad mui poblada. Tenia sus porteros en cada puerta. Tenia 20 puertas de servicio, entraban muchas calles de agua á ellas, por las quales entraban é salian las canoas con mahiz, é otros bastimentos, é leña.

Entraba en esta casa un caño de agua dulce, que venia de dos leguas de allí, por encima de una calzada de piedra, que venian de una fuente que se dice Chapictepeque, que nace en un peñon, que está en la laguna salada, de muy excelente agua.

NUMERO XI.

DIALOGO DE OVIEDO CON DON THOAN CANO, SACADO DE LA HISTORIA DE LAS INDIAS MS., LIB. XXXIII, CAP. XLIV.

(La obra mas notable, bajo ciertos aspectos, que nos ha dejado Oviedo, son sus *Quinquagésimas* colecciones de diálogos imaginarios con los personajes mas eminentes de su época, sacados indudablemente algunas veces, de las conversaciones que realmente tuvo con ellos.

En su Historia de Indias trae uno, que nos dice haber tenido con Don Thoan Cano, hidalgo castellano, casado con la viuda de Guatemozin, la hermosa hija de Montezuma. Vino al país con Narvaez, y como por otra parte desde ántes de la conquista y despues de ella, era hombre bien relacionado, su testimonio es de gran peso. Por tal motivo he recurrido á él frecuentemente en el curso de mi historia, y trascribo ahora el diálogo original, que tengo por uno de los documentos mas importantes sobre la Historia de la Conquista.)

DIALOGO DEL ALCAYDE DE LA FORTALEZA DE LA CIBDAD E PUERTO DE SANTO DOMINGO DE LA ISLA ESPAÑOLA, AUTOR Y CHRONISTA DESTAS HISTORIAS, DE LA UNA PARTE, E DE LA OTRA ,UN CABALLERO VECINO DE LA GRAND CIBDAD DE MEXICO LLAMADO THOAN CANO.

ALCAYDE. Señor, ayer supe que Vm. vive en la grand cibdad de México, y que os llamais Thoan Cano; y porque yo tube amistad con un caballero llamado Diego Cano, que fué criado del serenísimo Príncipe Don Thoan, mi señor, de gloriosa memoria, deseo saber si es vivo, é donde soy señor natural, é como quedastes avecindado en estas partes, é

rescibiré merced, que no rescibais pesadumbre de mis preguntas ; porque tengo necesidad de saber algunas cosas de la Nueva-España, y es razon, que para mi satisfaccion yo procure entender lo que deseo de tales personas é hábito que merezcan crédito; y ansí, Señor, recibiré mucha merced de la vuestra en lo que digo.

Thoan Cano. Señor Alcayde, yo soy el que gano mucho en conoceros; y tiempo ha que deseaba ver vuestra persona, porque os soi aficionado, y querria que mui de veras me tubiesedes por tan amigo é servidor como yo os lo seré. E satisfaciendo á lo que Vm. quiere saber de mí, digo que Diego Cano, Escribano de Cámara del Príncipe Don Thoan, y camarero de la Tapicería de su Alteza, fué mi tio, é ha poco tiempo que murió en la cibdad de Cáceres, donde vivia é yo soy natural : Y quanto á lo demas, yo, Señor, pasé desde la Isla de Cuba á la Nueva-España con el capitan Pámphilo de Narvaez, é aunque mozo e de poca edad, yo me hallé cerca dél quando fué preso por Hernando Cortés é sus mañas ; é en ese trance le quebraron un ojo, peleando él como mui valiente hombre; pero como no le acudió su gente, é con él se hallaron mui pocos, quedó preso é herido, é se hizo Cortés señor del campo, é truxo á su devocion la gente que con Pámphilo habia ido, é en rencuentros ó en batallas de manos en México ; y todo lo que ha sucedido despues yo me he hallado en ello.

Mandais que diga cómo quedé avecindado en estas partes, y que no reciba pesadumbre de vuestras preguntas ; satisfaciendo á mi asiento, digo, Señor, que yo me casé con una Señora hija legítima de Montezuma, llamada doña Isabel, tal persona, que aunque se hobiera criado en nuestra España, no estobiera mas enseñada é bien dotrinada é Católica, é de tal conversacion é arte, que os satisfaria su manara é buena gracia ; y no es poco útil é provechosa al sosiego é contentamientos de los naturales de la tierra ; porque como es Señora en todas sus cosas é amiga de los christianos, por su respecto en exemplo mas quietud é reposo se imprime en los ánimos de los Mexicanos. En lo demas que se me preguntare, é de que yo tenga memoria, yo, Señor, diré lo que supiere conforme á la verdad.

Alc. Io acepto la merced que en eso recibiré ; y quiero comenzar á decir lo que me ocurre, porque me acuerdo, que fuí informado que su padre de Montezuma tuvo 150 hijos é hijas, ó mas, é que le acaeció tener 50 mujeres preñadas; E ansí escribí esto, é otras cosas á este propósito

en el capítulo 46; lo cual si así fué, queria saber, ¿como podeis vos tener por legítima hija de Montezuma á la Señora Doña Isabel vuestra Mujer, é qué forma tenia vuestro suegro para que se conociesen los hijos bastardos entre los legítimos ó espurios, é quales eran mujeres legítimas é concubinas?

Ca. Fué costumbre usada y guardada entre los Mexicanos, que las mujeres legítimas que tomaban, era de la manera que agora se dirá. Concertados el hombre é mujer que habian de contraer matrimonio, para le efuctuar se juntaban los parientes de ambas partes é hacian un areito despues que habian comido ó cenado; é al tiempo que los Novios se habian de acostar é dormir en uno, tomaban la halda delantera de la camisa de la Novia, é atábanla á la manta de algodon que tenia cubierto el Novio. E así ligados tomábanlos de las manos los principales parientes de ambos, é metianlos en una cámara, donde los dejaban solos é oscuros por tres dias contiguos sin que de allí saliesen él ni ella, ni allá entraba mas de una India á los proveer de comer é lo que habian menester el qual en tiempo deste encerramiento siempre habia bailes ó areitos, que ellos llaman mitote; é en fin de los tres dias no hai mas fiesta.

E los que sin esta cerimonia se casan no son habidos por matrimonios, ni los hijos que proceden por legítimos, ni heredan. Ansí como murió Montezuma, quedáronle solamente por hijos legítimos mi Mujer é un hermano suio, é muchachos ambos; á causa de lo cual fué elegido por Señor un hermano de Montezuma, que se decia Cuitcavaci, Señor de Iztapalapa, el qual vivió despues de su eleccion solos 60 dias, y murió de viruelas; á causa de lo qual un sobrino de Montezuma, que era Papa ó sacerdote maior entre los Indios, que se llamaba Guatimuci, mató al primo hijo legítimo de Montezuma, que se decia Asupacaci, hermano de padre é madre de doña Isabel, é hízose señor, é fué mui valeroso.

Este fué el que perdió á México, é fué preso, é despues injustamente muerto con otros principales Señores é Indios; pues como Cortés é los christianos fueron enseñoreados de México, ningun hijo quedó legítimo sino bastardos de Montezuma, ecepto mi Mujer, que quedaba viuda, porque Guatimuci señor de México, su primo, por fixar mejor su estado, siendo ella mui muchacha, la tubo por mujer con la cerimonia ya dicha del atar la camisa con la manta; é no obieron hijos, ni tiempo para procreallos; é ella se convirtió á nuestra santa fee católica, é casóse con

un hombre de bien de los conquistadores primeros, que se llamaba Pedro Gallego, é ovo un hijo en ella, que se llamaba Thoan Gallego, Montezuma; é murió el dicho Pedro Gallego, é yo casé con la dicha doña Isabel, en la qual me ha dado Dios tres hijos é dos hijas, que llaman Pedro Cano, Ganzalo Cano de Saavedra, Thoan Cano, Doña Isabel, é Doña Catalina.

Alc. Señor Thoan Cano suplicoos que me digais por qué mató Hernando Cortés á Guatimuci: ¿revelóse despues, ó qué hizo para que muriese?

Ca. Habeis de saber, que así á Guatimuci, como al Rey de Tacuba, que se decia Tetepanquezal, é al Señor de Tezcuco, el capitan Hernando Cortés les hizo dar muchos tormentos é crudos, quemandoles los piés, é untándoles las plantas con aceite, é poniéndoselas cerca de las brasas, é en otras diversas maneras, porque les diesen sus tesoros; é teniéndolos en continuas fatigas, supo como el capitan Cristóbal de Olit se le habia alzado en puerto de Caballos é Honduras, la qual provincia los Indios llaman Guaimuras, é determinó de ir á buscar é castigar el dicho Cristóbal de Olit, é partió de México por tierra con mucha gente de Españoles, é de los naturales de la tierra; é llevóse consigo aquellos tres principales ya dichos, y despues los ahorcó en el camino; é ansí enviudó doña Isabel, é despues ella se casó de la manera que he dicho con Pedro Gallego, é despues conmigo.

Alc. Pues en cierta informacion, que se envió al Emperador Nuestro Señor, dice Hernando Cortés, que habia suceido Guatimuci en el Señorío de México tras Montezuma; porque en las puentes murió el hijo é heredero de Montezuma, é que otros dos hijos que quedaron vivos, el uno era loco ó mentecapto, é el otro paralítico, é ináviles por sus enfermedades: E yo lo he escripto así en el capítulo 16, pensando aquello sería así.

Ca. Pues escriba Vm. lo que mandare, y el Marques Hernando Cortés lo que quisiere, que yo digo en Dios y en mi conciencia la verdad, y esto es mui notorio.

Alc. Señor Thoan Cano, dígame ¿de qué procedió el alzamiento de los Indios de México en tanto que Hernando Cortés salió de aquella cibdad é fué á buscar á Pámphilo de Narvaez, é dejó preso á Montezuma en poder de Pedro de Alvarado? Porque he oido sobre esto muchas cosas, é mui diferentes la unas de las otras; é yo querria escrebir verdad, así Dios salve mi ánima.

Can. Señor Alcayde, eso que preguntais es un paso en que pocos de los que hay en la tierra sabrán dar razon, aunque ello fué muy notorio, é mui manifiesta la sinrazon que á los Indiòs se les hizo, y de allí tomaron tanto odio con los Christianos que no fiaron mas dellos, y si siguieron quantos males ovo despues, é la rebelion de México, y pienso de esta manera: Esos Mexicanos tenian entre otras sus idolatrías ciertas fiestas del año en que se juntaban á sus ritos é ceremonias, y llegado el tiempo de una de aquellas, estaba Alvarado en guarda de Montezuma, é Cortés era ido donde habeis dicho, é muchos Indios principales juntáronse é pidieron licencia al Capitan Alvarado, para ir á celebrar sus fiestas en los patios de sus mesquitas é qq. maiores junto al aposento de los españoles, porque no pensasen que aquel aiuntamiento se hacia otro fin: E el dicho capitan les dió la licencia. E así los Indios, todos Señores, mas de 600, desnudos, é muchas joyas de oro, é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva, bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segund su costumbre; é al mejor tiempo que ellos estaban embebecidos en su regocijo, movido de cobdicia el Alvarado hizo poner en cinco puertas del patio, 15 hombres en cada una, é en él entró con la gente restante de los Españoles, é comenzaron á acuchillar é matar los Indios sin perdonar á uno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora. I esta fué la causa porque los de México, viendo muertos é robados aquellos sobreseguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos hobiese fecho, se alzaron é hicieron la guerra al dicho Alvarado, é á los christianos que con él estaban en guarda de Montezuma, é con mucha razon que tenian para ello.

Alc. ¿Montezuma cómo murió? porque diversamente lo he entendido, y ansí lo he escripto diferenciadamente.

Can. Montezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera, si delante dél no se pusiera un rodelero, porque como le vieran ninguno tirara; y ansí por le cubrir con la rodela, é no creer que allí estaba Montezuma, le dieron una pedrada de que murió. Pero quiero que sepais, Señor Alcayde; que desde la primera revelion de los Indios hasta que el Marques volvió á la cibdad despues de preso Narvaez, non abstante la pelea ordinaria que con los christianos tenian, siempre Montezuma les hacia dar de comer; é despues que el Marques

tornó se le hizo gran recibimiento, é le dieron á todos los Españoles mucha comida.

Mas habeis de saber, que el capitan Alvarado, como lo acusaba la conciencia, é no arrepentido de su culpa, más queriéndole dar color, é por aplacar el ánimo de Montezuma, dixo á Hernando Cortés, que finguiese que le queria prender é castigar, porque Montezuma le rogase por él, é que se fuesen muertos por muertos; lo qual Hernando Cortés no quiso hacer, antes muy enojado dixo que eran unos perros, é que no habia necesidad de aquel cumplimiento; é envió á un principal á que hiciesen el Franquez ó Mercado; el qual principal enojado de ver la ira de Cortés y la poca estimacion que hacia de los Indios vivos, y lo poco que se le daba de los muertos, desdeñado el principal é determinado en la venganza fué el primero que renovó la guerra contra los Españoles dentro de una hora.

Alc. Siempre oí decir que es buena la templanza, é sancta la piedad, é abominable la soberbia. Dicen que fué grandísimo el tesoro que Hernando Cortés repartió entre sus mílites todos, quando del terminó de dejar la cibdad é irse fuera della por consejo de un Botello, que se preciaba de pronosticar lo que estaba por venir.

Can. Bien sé quien era ese, y en verdad que él fué de parecer que Cortés y los Christianos se saliesen; y al tiempo del efectuarlo no lo hizo saber á todos, antes no lo supieron, sino los que con él se hallaron á esa plática; é los demas que estaban en sus aposentos é quarteles se quedaron, que eran 270 hombres; los quales se defendieron ciertos dias peliando hasta que de hambre se dieron á los Indios, é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que es dicho; é así los 270 Christianos, é los que dellos no habian sido muertos peleando todos, quando se rindieron, fueron cruelmente sacrificados: pero habeis, Señor, de saber, que desa liberalidad que Hernando Cortés usó, como decis, entre sus mílites, los que mas parte alcanzaron della, é mas se cargaron de oro é joyas, mas presto los mataron; porque por salvar el albarda, murió el Asno que mas pesado la tomó; é los que no la quisieron sino sus espaldas é armas, pasaron con ménos ocupacion, haciéndose el camino con el espada.

Alc. Grand lástima fué perderse tanto Thesoro y 154 Españoles, é 45 yeguas, é mas de 2000 Indios, é entrellos el Hijo é Hijas de Montezuma,

é á todos los otros Señores que trahian presos. Io así lo tango escripto en el capítulo 14 de esta Historia.

Can. Señor Alcayde, en verdad quien tal os dixo, ó no lo vidó, ni supo ó quiso callar la verdad. Io os certifico, que fueron los Españoles muertos en eso, con los que como dixe de suso que quedaron en la cibdad y en los que se perdieron en el camino siguiendo á Cortés y continuándose nuestra fuga mas de 1170; é así pareció por alarde; é de los Indios nuestros amigos de Tascaltecle, que decis 2000, sin dubda fueron mas de 8000.

Alc. Maravíllome como despues que Cortés se acogíó, é los que escaparon á la tierra de Tascaltecle, como no acabaron á él é á los christianos dexando allá muertos á los amigos; y aun así diz que no les daban de comer sino por rescate los de Guaulip que es ya término de Tascaltecle, é el rescate no le querian sino era oro.

Can. Tenedlo, Señor, por falso todo eso; porque en casa de sus Padres no pudieron hallar mas buen acogimiento los christianos, é todo quanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de mui buena voluntad.

Alc. Para mucho ha sido el Marques é digno es de cuanto tiene, é de mucho mas. E tengo lástima de ver liciado un cavallero tan valeroso é manco de dos dedos de la mano izquierda, como lo escrebí é saqué de su relacion, é puse en el capítulo 15. Pero las cosas de la guerra ansí son é los honores, é la palma de la victoria no se adquieren durmiendo.

Can. Sin dubda, Señor, Cortés ha sido venturoso é sagaz capitan, é los principales suelen hacer mercedes á quien los sirve, y es bien las hagan á todos los que en su servicio real trabajan; pero algunos he visto yo que trabajan é sirven é nunca medran, é otros que no hacen tanto como aquellos son gratificados é aprovechados; pero ansí fuesen todos remunerados como el Marques lo ha sido en lo de sus dedos de lo que le habeis lástima. Tubo Dios poco que hacer en sanarle; y salid, Señor, de ese cuidado, que así como lo sacó de Castilla, cuando pasó la primera vez á estas partes, así se los tiene agora en España; porque nunca fué manco dellos, ni le faltan; y ansí ni hubo menester cirujano ni milagro para guarecer de ese trabajo.

Alc. Señor Thoan Cano, ¿ es verdad aquella crueldad que dicen que el Marques usó con Chulula, que os una Cibdad por donde pasó la primera vez que fué á México?

Can. Mui grand verdad es, pero eso yo no lo ví, porque aun no era yo ido á la tierra; pero supe lo despues de muchos que los vieron é se hallaron en esa cruel hazaña.

Alc. ¿Cómo oistes decir que pasó?

Can. Lo que oí por cosa mui notoria es, que en aquella cibdad pidió Hernando Cortés 3000 Indios para que llevasen el fardage, é se los dieron, é los hizo todos poner á cuchillo sin que escapase ninguno.

Alc. Razon tiene el Emperador Nuestro Señor de mandar quitar los Indios á todos los Christianos.

Can. Hágase lo que S. M. mandare é fuese servido, que eso es lo que es mejor; pero yo no querria que padeciesen justos por pecadores: ¿quién hace crueldades páguelas, mas el que no comete delicto por qué le han de castigar? Esto es materia para mas espacio; y yo me tengo de envarcar esta noche, é es ya quasi hora del Ave María. Mirad, Señor Alcayde, si hay en México en que pueda yo emplearme en vuestro servicio, que yo le haré con entera voluntad é obra. Y en lo que toca á la libertad de los Indios, sin dubda á unos se les habia de rogar con ellos á que los tuviesen é gobernasen, é los industrasen en las cosas de nuestra sancta fee Católica, é á otros se debian quitar: Pero pues aquí está el Obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de las Casas, que ha sido el movedor é inventor destas mudanzas, é va cargado de frailes mancebos de su órden, con él podeis, Señor Alcayde, desenvolver esta materia de Indios. El yo no me quiero mas entremeter ni hablar en ella, aunque sabria decir mi parte.

Alc. Sin duda, Señor Thoan Cano, Vmd. habla como prudente, y estas cosas deben ser así ordenadas de Dios, y es de pensar, que este reverendo Obispo de Cibdad Real en la provincia de Chiapa, como celoso del servicio de Dios é S. M., se ha movido á estas peregrinaciones en que anda, y plega á Dios que él y sus Frailes acierten á servirles; pero él no está tan bien con migo como pensais, ántes se ha quexado de mí por lo que escrebí cerca de aquellos Labradores é nuevos caballeros que quiso hacer, y con sendas cruces, que querian parecer á las de Calatrava, seindo labradores é de otras mezclas é género de gente baja, duando fué á Cubagua é á Cumaná, é lo dixo al Señor Obispo de S. Joan, don Rodrigo de Bastidas, para que me lo dixese; y ansí me lo dixo; y lo que yo respondí á su quexa no lo hice por satisfacer al Obispo de San Joan, é su sancta intencion; fué que le supliqué que le dixese,

que en verdad yo no tube cuenta ni respecto, quando aquello escrebí, á le hacer pesar ni placer, sino á decir lo que pasó; y que viese un Libro, que es la primera parte destas Historias de Indias, que se imprimió el año de 1535, y allí estaba lo que escrebí; é que holgaba porque estabamos en parte que todo lo que dixe y lo que dexé de decir se provaria fácilmente; y que supiese que aquel Libro estaba ya en Lengua Toscana y Francesa é Alemana é Latina é Griega é Turca, é Aráviga, aunque yo le escrebí en Castellana; y que pues él continuaba nuevas empresas y yo no habia de cesar de escrebir las materias de Indias en tanto que S. S. M. M. desto fuesen servidos, que yo tengo esperanza en Dios que le dexará mejor acertar en lo porvenir que en lo pasado, y ansí adelante le pareceria mejor mi pluma.

Y como el Señor Obispo de San Joan es tan noble é le consta la verdad, y quan sin pasion yo escribo, el Obispo de Chiapas quedó satisfecho, aun yo ando por satisfacer á su palabra ni otro; sino cumplir con lo que debo, hablando con vos, Señor, lo cierto, y por tanto quanto á la carga de los muchos Frailes me parece en verdad que estas tierras manan, ó que llueven Frailes, pero pues son sin canas todos y de 30 años abajo, plega á Dios que todos acierten á servirle. Ya los ví entrar en esta Cibdad de dos en dos hasta 30 dellos, con sendos bordones, é sus sayas é escapularios é sombreros é sin capas é el Obispo detras dellos. E no parecia una devota farsa, é agora la comienzan no sabemos en que parará; el tiempo lo dirá, y esto haga Nuestro Señor al propósito de su sancto servicio. Pero pues van hácia aquellos nuevos volcanes, decidme, Señor, ¿ qué cosa son, si los habeis visto, y qué cosa es otro que teneis allá en la Nueva-España, que se dice Guaxocingo?

Can. El Volcan de Chalco ó Guaxocingo todo es una cosa, é alumbraba de noche 3 ó 4 leguas ó mas, é de dia salia continuo humo é á veces llamas de fuego, lo qual está en un escollo de la sierra nevada, en la qual nunca falta perpetua nieve, é está á 9 leguas de México; pero este fuego é humo que he dicho duró hasta 7 años, poco más ó ménos, despues que Hernando Cortés pasó á aquellas partes, é ya no sale fuego alguno de allí; pero ha quedado mucho azufre é muy bueno, que se ha sacado para hacer pólvora, é hai quanto quisieron sacar dello: pero en Guatimala hai dos volcanes é montes fogosos, é echan piedras muy grandísimas fuera de sí quemadas é lanzan aquellas bocas mucho humo, é es cosa de mui horrible aspecto, en especial como le vieron cuando

murió la pecadora de Doña Beatriz de la Cueva, Mujer del Adelantado Don Pedro de Alvarado. Plega á Nuestro Señor de quedar como Vmd., Señor Alcaide, é dadme licencia que atiende la Barca para irme á la Nao.

Alc. Señor Thoan Cano, el Espíritu Sancto vaya con Vm. y os dé tan próspero viage é navegacion que en pocos dias y en salvamento llegueis á Vuestra Casa, y halleis á la Señora doña Isabel y los hijos é hijas con la salud que Vm. y ellos os deseais.

NUMERO XII.

CONCESION HECHA POR CORTES A DOÑA ISABEL MONTEZUMA HIJA DEL EMPERADOR MONTEZUMA, FECHA EN MEXICO A 27 DE JUNIO DE 1526.

(Ya hemos dicho en nuestra Historia que Montezuma, al morir, encomendó sus tres hijas á la especial proteccion de Cortés. Despues de la muerte del padre fueron bautizadas y casadas con nobles españoles, de cuyo entroncamiento han salido várias casas nobles de España. Cortés concedió á la mayor de ellas, en calidad de dote, la ciudad de Tacuba y otros varios lugares extensos y poblados que formaban un distrito considerable. He copiado íntegro este documento porque me parece sumamente interesante en razon de las noticias que contiene sobre los últimos momentos de Montezuma, y de claro testimonio que ofrece de la constante amistad que tuvo á los españoles. Mas débese tener presente por el lector que Cortés tenia interes en presentar la conducta de Montezuma bajo el aspecto mas favorable al gobierno de Castilla, para justificar la cuantiosa gracia concedida á la hija del Emperador.

Este documento, que he tomado de la coleccion de Muñoz, ha sido sacado de una antigua copia que existe en la librería de D. Rafael Floranes, de Valladolid.)

PRIVILEGIO DE DOÑA ISABEL MOTEZUMA, HIJA DEL CRAN MOTEZUMA, ULTIMO REY INDIO DEL GRAN REYNO Y CIBDAD DE MEXICO, QUE BUATIZADA Y SIENDO CRISTIANA CASÓ CON ALONSO GRADO, NATURAL DE LA VILLA DE ALCANTARA, HIDALGO, Y CRIADO DE SU MAGESTAD, QUE HABIA SERVIDO Y SERVIA EN MUCHOS OFICIOS EN AQUEL REYNO.

OTORGADO POR DON HERNANDO CORTES, CONQUISTADOR DE DICHO REYNO, EN NOMBRE DE SU MAGESTAD, COMO SU CAPITAN GENERAL Y GOVERNADOR DE LA NUEVA ESPAÑA.

Por quanto al tiempo que yo, Don Hernando Cortés, capitan general é Governador desta nueva España é sus provincias por su Magestad, pasé á estas partes con ciertos Navíos é gente para las pacificar é poblar y traher las gentes della al dominio y servidumbre de la corona Imperial de S. M. como al presente está, y despues de á ellos benido tuve noticia de un gran Señor, que en esta gran cibdad de Tenextitan residió, y era Señor della, y de todas las demas provincias y tierras á ella comarcanas, que se llamaba Motezuma, al qual hize saber mi venida, y como lo supo por los Mensageros que le envié para que me obedeciese en nombre de S. M. y se ofreciese para su vasallo: Tuvo por bien la dicha mi venida, é por mejor mostrar su buen celo y voluntad de servir á S. M., y obedecer lo que por mí en su Real nombre le fuese mandado, me mostró mucho amor, é mandó, que por todas las partes que pasasen los Españoles hasta llegar á esta Cibdad se nos hiciese mui buen acogimiento, y se nos diese todo lo que hubiesemos menester, como siempre se hizo, y mui mejor despues que á esta cibdad llegamos, donde fuimos mui bien recevidos, yo y todos los que en mi compañía benimos; y aun mostró haberle pesado mucho de algunos recuentros y batallas que en el camino se me ofrecieron antes de la llegada á esta dicha cibdad, queriéndose él desculpar dello, y que de lo demas dicho para efectuar y mostrar mejor su buen deseo, huvo por bien el dicho Motezuma de estar debajo de la obediencia de S. M., y en mi poder á manera de preso asta que yo hiciese relacion á S. M., y del estado y casas destas partes, y de la voluntad del dicho Motezuma; y que estando en esta paz y sosiego, y teniendo yo pacificada esta dicha tierra docientas leguas y más hácia una parte y otra con el sello y seguridad del dicho señor Motezuma por la voluntad y amor que siempre mostró al servicio de S. M., y complacerme á mí en su real nombre, hasta mas de un año, que se ofreció la venida de Pánfilo de Narvaez, que los alborotó y escandalizó con sus dañadas palabras y temores que les puso; por cuyo respeto se levantó contra el dicho señor Motezuma un hermano suyo, llamado Auit Lavaci, señor de Iztapalapa, y con mucha gente que traxo asi hizo mui ruda guerra al dicho Motezuma y á mí y á los Españoles que en mi compañía estaban, poniéndonos mui recio cerco en los aposentos y casas donde estavamos; y para quel dicho su hermano y los principales que con él venian cesasen la dicha guerra y alzasen el cerco, se puso de una ventana el dicho Mo-

tezuma, y estándoles mandando y amonestando que no lo hiciesen, y que fuesen vasallos de S. M. y obedeciesen los mandamientos que en su real nombre le mandaba, le tiraron con muchas hondas, y le dieron con una piedra en la cabeza, que le hicieron mui gran herida; y teniendo de morir della, me hizo ciertos razonamientos, trayéndome á la memoria que por el entrañable amor que tenia al servicio de S. M. y á mí en su Real nombre y á todos los Españoles, padecia tantas heridas y afrentas, lo qual dava por bien empleado; y que si él de aquella herida fallecia, que me rogava y encargaba muy afetuosamente, que aviendo respeto á lo mucho que me queria y deseaba complacer, tuviese por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenia, y que se las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocia que era mui buena; á las quales despues que yo gané esta dicha cibdad, hize luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legítima heredera, Doña Isabel, y las otras dos Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar mui ahincadamente, que si él muriese, que mirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba, y que partiese con ellas de lo que tenia, porque no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que esta queria él mucho; y que si por ventura Dios le escapaba de aquella enfermedad, y le daba Victoria en aquel cerco, que él mostraria mas largamente el deseo que tenia de servir á S. M. y pagarme con obras la voluntad y amor que me tenia; y que demas desto yo hiciese relacion á su Magestad de como me dexaba estas sus hijas y le suplicase en su nombre se sirviese de mandarme que yo mirase por ellas y las tuviese so mi amparo y administracion, pues él hera tan servidor y vasallo de S. M. y siempre tuvo mui buena voluntad á los Españoles, como yo habia visto y via, y por el amor que les tenia le havian dado el pago que tenia, aunque no le pesaba dello.

Y aun en su lengua me dixo, y entre estos razonamientos que encargaba la conciencia sobre ello. —Por ende acatando los muchos servicios que el dicho Señor Motezuma hizo á S. M. en la buenas obras que siempre en su vida me hizo, y buenos tratamientos de los Españoles que en mi compañía yo tenia en su real nombre, y la voluntad que me mostró en su real servicio; y que sin duda él no fué parte en el levantamiento desta dicha cibdad, sino el dicho su hermano; antes se esperaba, como yo tenia por cierto, que su vida fuera mucha ayuda

para que la tierra estuviera siempre mui pacífica, y vinieran los naturales della en verdadero conocimiento y se sirviera S. M. con mucha suma de pesos de oro y joyas y otras cosas, y por causa de la venida del dicho Narvaez y de la guerra que el dicho su hermano Auit Lavaci levantó, se perdieron; y considerando así mismo que Dios nuestro señor y S. M. son mui servidos que en estas partes planté nuestra santísima Religion, como de cada dia va en crecimiento: Y que las dichas hijas de Motezuma y los demas Señores y principales y otras personas de los naturales desta Nueva España se les dé y muestre toda la mas y mejor Doctrina que fuere posible, para quitarlos de las idolatrías en que hasta aquí han estado, y traerlos al verdadero conocimiento de nuestra sancta fee cathólica, especialmente los hijos de los mas principales, como lo era este Señor Motezuma, y que en esto se descargava la conciencia de S. M. y la mia; en su real nombre tuve por bien de azetar su ruego, y tener en mi casa á las dichas tres sus hijas, y hacer, como he hecho, que se les haga todo el mejor tratamiento y acogimiento que ha podido, haciéndoles administrar y enseñar los mandamientos de nuestra santa fe cathólica y las otras buenas costumbres de Christianos, para que con mejor voluntad y amor sirvan á Dios nuestro Señor y conozcan y los Artículos della, y que los demas naturales tomen exemplo. Me pareció que segun la calidad de las personas de la dicha Doña Isabel, que es la mayor y legítima heredera del dicho Señor Motezuma, y que mas encargada me dejó, y que su edad requeria tener compañía, le he dado por marido y esposo á una persona de honra, Hijo-Dalgo, y que ha servido á S. M. en mi compañía dende el principio que á estas partes pasó, teniendo por mí y en nombre de S. M. cargos y oficios mui honrosos así de Contador y mi lugartheniente de Capitan Governador como de otras muchas, y dado dellas mui buena cuenta, y al presente está su administracion el cargo y oficio de visitador general de todos los Indios de esta Nueva España, el qual se dice y nombra Alonso Grado, natural de la Villa de Alcantara. Con la qual dicha Doña Isabel le prometo y doi en dote y arras á la dicha Doña Isabel y sus descendientes. en nombre de S. M., como su Governador y capitan General destas partes, y porque de derecho le pertenece de su patrimonio y legítima, el Señorío y naturales del Pueblo de Tacuba, que tiene ciento é veinte casas; y Yeteve, que es estancia que tiene quarenta casas; y Izqui Luca, otra estancia, que tiene otras ciento y veinte

casas; y Chimalpan, otra estancia, que tiene quarenta casas; y Chapulma Loyan, que tiene otras quarenta casas; y Escapucaltango, que tiene veinte casas; é Xiloango, que tiene quarenta casas; y otra estancia que se dice Ocoiacaque, y otra que se dice Castepeque, y otra que se dice Talanco, y otra estancia que se dice Goatrizco, y otra estancia que se dice Duotepeque, y otra que se dice Tacala; que podrá haber en todo mil y docientas y quarenta casas; las quales dichas estancias y pueblos son sujetos al puebla de Tacubo y al Señor della.

Lo qual, como dicho es, doy en nombre de S. M. en dote y arras á la dicha Doña Isabel para que lo haya y tenga y goce por juro de heredad, para agora y para siempre jamas, con título de Señora de dicho pueblo, y de lo demas aquí contenido. Lo qual le doy en nombre de S. M. por descargar su Real conciencia y la mia en su nombre.

Por esta digo; que no le será quitado ni removido por cosa alguna, en ningun tiempo, ni por alguna manera; y para mas saneamiento prometo y doy mi fe en nombre de S. M., que si se lo escriviese, le haré relacion de todo, para que S. M. se sirva de confirmar esta Merced de la dicha Doña Isabel y á los dichos sus herederos y subcesores del dicho Pueblo de Tacuba y lo demas aquí contenido, y de otras estancias á él subjetas, que están en poder de algunos Españoles, para que S. M. asimismo se sirva de mandárselas dar y confirmar juntamente con las que al presente doy; que por estar, como dicho es en poder de Españoles, no se las dí hasta ver si S. M. es dello servido; y doy por ninguna y de ningun valor y efecto qualquier cédula de encomienda y depósito que del dicho pueblo de Tacuba y de las otras estancias aquí contenidas y declaradas yo aya dado á qualquiera persona; por quanto yo en nombre de S. M. las revoco y lo restituyo y doi á la dicha Doña Isabel, para que lo tenga como cosa suya propia y que de derecho le pertenece.

Y mando á todas y qualesquier personas, vecinos y moradores desta dicha Nueva-España, estantes y habitantes en ella, que hayan y tengan á la dicha Doña Isabel por Señora del dicho pueblo de Tacuba con las dichas estancias, y que no le impidan ni estorven cosa alguna della, so pena de quinientos pesos de oro para la cámara y fino de S. M.— Fecho á veinte y siete dias del mes de Junio de mil quinientos y veinte y seis años.— Don Hernando de Cortés,— Por mandado del Governador mi señor.— Alonso Baliente.

NUMERO XIII.

CODIGO MILITAR DE CORTES, FECHO EN TLAXCALLA, A 22 DE DICIEMBRE DE 1520.

(Estas ordenanzas, mandadas publicar por Cortés la víspera de su última marcha sobre México, muestran la estricta disciplina que habia introducido en su ejército, y hasta cierto punto dan idea de su política militar. Este documento pertenece á la coleccion de Muñoz.)

ORDENANZAS MILITARES.

Este dia á voz de pregonero publicó sus Ordenanzas, cuyo proemio es este.

Porque muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifiesto quanto los antiguos que siguieron el exercicio de la guerra procuraron é travaxaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerras, que hobiesen de hacer é seguir; é por el contrario vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres é muertes á los que no siguieron la buena costumbre y órden que en la guerra se debe tener; é les haber sucedido semejantes casos con poca pujanza de los enemigos, segun parece claro por muchos exemplos antiguos é modernos, que aquí se podrian espresar; é porque la órden es tan loable, que no tan solamente en las cosas humanas mas aun en las divinas se ama y sigue, y sin ella ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ello sea un principio, medio y fin para el buen reximiento de todas las cosas: Por ende yo H. C., Capitan general é Justicia mayor en esta Nueva-España del mar occeano por el mui alto, mui poderoso, é mui católico D. Cárlos nuestro

Señor, electo Rey de Romanos, futuro Emperador semper Augusto, Rey de España é de otros muchos grandes reynos é Señoríos, considerando todo lo susodicho, y que si los pasados fallaron ser necesario hacer Ordenanzas é costumbres por donde se rigiesen é gobernasen aquellos que hubiesen de seguir y exercer el uso de la guerra, á los Españoles que en mi compañía agora están é estubiesen é á mí nos es mucho mas necesario é conveniente seguir y observar toda la mejor costumbre y órden que nos sea posible, así por lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor y de la sacra Católica Magestad como por tener por enemigos y contrarios á la mas belicosa y astuta gente en la guerra é demas géneros de armas que ninguna otra generacion, especialmente por ser tanta que no tiene número, é nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro; viendo ser muy necesario y cumplidero al servicio de su Cesarea Magestad é utilidad nuestra, Mandé hacer é hice las Ordenanzas que de yuso serán contenidas é irán firmadas de mi nombre é del infrascrito en la manera siguiente.

Primeramente, por quanto por la experiencia que habemos visto é cada dia vemos quanta solicitud y vigilancia los naturales de estas partes tienen en la cultura y veneracion de sus ídolos, de que á Dios Nuestro Señor se hace gran deservicio, y el demonio por ceguedad y engaño en que los trae es de ellos muy venerado, y en los apartar de tanto error é idolatría y en los reducir al conocimiento de nuestra Santa Fe católica Nuestro Señor será muy servido, y ademas de adquirir gloria para nuestras ánimas con ser causa que de aquí en adelante no se pierdan ni condenen tantos, acá en lo temporal seria Dios siempre en nuestra ayuda y socorro, por ende, con toda la justicia que puedo y debo, exhorto y ruego á todos los españoles que en mi compañía fuesen á esta guerra que al presente vamos, y á todas las otras guerras y conquistas que en nombre de S. M. por mi mandado hubiesen de ir, que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales destas partes, y reducillos, ó á lo ménos desear su salvacion, y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe católica ; porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, seria injusta, y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitucion, é S. M. no tenia razon de mandar gratificar á los que en ellas sirviesen. E sobre ello encargo la conciencia á los dichos Españoles, é desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo en

facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia ; y despues por los sozjugar é supeditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su Sacra Majestad, á quien juridicamente el Señorío de todas estas partes.

Yt. En por quanto de los reniegos é blasfemias Dios nuestro Señor es mucho deservido, y es la mayor ofensa que á su Santísimo nombre se puede hacer, y por eso permite en las gentes recios y duros castigos ; y no basta que seamos tan malos que por los inmensos beneficios que de cada dia dél recibimos no le demos gracias, mas decimos mal é blasfemamos de su santo nombre ; y por evitar tan aborrecible uso y pecado, mando que ninguna persona, de qualquiera condicion que sea, no sea osado decir : No creo en Dios, ni Pese, ni Reniego, ni Del cielo, ni No no ha poder en Dios, y que lo mismo se entienda de Nuestra Señora y de todos los otros Santos ; so pena que demas de ser executadas las penas establecidas por las leyes del reyno contra los blasfemos, la persona que en lo susodicho incurriese pague 15 castellanos de oro, la tercera parte para la primera Cofradía de Nuestra Señora que en estas partes se hiciese, y la otra tercera parte para el fisco de S. M., y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciase.

Yt. Porque de los juegos muchas y las mas veces resultan reniegos y blasfemias, é nacen otros inconvenientes, é es justo que del todo se prohiban y defiendan ; por ende mando que de aquí adelante ninguna persona sea osada de jugar á naypes ni á otros juegos vedados dineros ni preseas ni otra cosa alguna ; so pena de perdimiento de todo lo que jugase é de 20 pesos de oro, la mitad de todo ello para la Cámara, é la otra mitad para el juez que lo sentenciase.

Pero por quanto en las guerras es bien que tenga la gente algun exercicio, y se acostumbra y permítese que jueguen porque se eviten otros mayores inconvenientes ; permítese que en el aposento donde estubiese se jueguen naypes é otros juegos moderadamente, con tanto que no sea á los dados, porque allí es curarse han de no de decir mal, é á lo ménos si lo dixesen serán castigados.

Yt. Que ninguno sea osado de echar mano á la espada ó puñal ó otra arma alguna para ofender á ningun Español ; so pena, que el que lo contrario hiciese, si fuese hidalgo, pague 100 pesos de oro, la mitad para el fisco de S. M., y la otra mitad para los gastos de la

Xusticia ; y al que no fuese hidalgo se le han de dar 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto acaece que algunos Españoles por no valar é hacer otras cosas se dexan de apuntar en las copias de los Capitanes que tienen gente : por ende mando que todos se alisten en las Capitanías que yo tengo hechas é hiciese, excepto los que yo señalaré que queden fuera dellas, con apercibimiento que dende agora se les face, que él que ansí lo hiciese, no se le dará parte ni partes algunas.

Otrosí, por quanto algunas veces suele acaecer, que están en su capitanía burlan é porfian de algunos de las otras capitanías, y los unos dicen de los otros, de que se suelen recrecer quistiones é escándalos, é por ende mando que de aquí adelante ninguno sea osado de burlar ni decir mal de ninguna Capitanía ni la perjudicar ; so pena de 20 pesos de oro, la mitad para la Cámara, y la otra mitad para gastos de Xusticia.

Otrosí, que ninguno de los dichos Españoles no se aposente ni pose en ninguna parte, exepto en el lugar é parte donde estubiese aposentado su capitan ; so pena de 12 pesos de oro, aplicados en la forma contenida en el capítulo antecedente.

Yt. Que ningun capitan se aposente en ninguna poblacion ó villa é ciudad, sino en el pueblo que le fuese señalado por el Maestro de Campo ; so pena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma susodicha.

Yt. Por quanto de cada Capitan tenga mejor acaudillada su gente, mando que cada uno de los dichos Capitanes tenga sus cuadrillas de 20 en 20 Españoles, y con cada una quadrilla un quadrillero ó cabo de escuadra, que sea persona hábil y de quien se deba confiar ; so la dicha pena.

Otrosí, que cada uno de los dichos quadrilleros ó cabos descuadra ronden sobre las velas todos los quartos que les cupiese de velar, so la dicha pena ; é que la vela que hallasen durmiendo, ó ausente del lugar donde debiese velar, pague cuatro Castellanos, aplicados en la forma susodicha, y demas que esté atado mediodía.

Otrosí, que los dichos quadrilleros tengan cuidado de avisar y avisen á las velas que hubiesen de poner, que puesto que recaudo en el Real no desamparen ni dexen los portillos ó calles ó pases donde les fuese mandado velar y se vayan de allí á otra parte por ninguna necesidad que digan que les constriñó hasta que sean mandado; so pena de 50 caste-

llanos aplicados en la forma susodicha al que fuese hijo dalgo, y si no lo fuese, que le sean dados 100 azotes públicamente.

Otrosí, que cada capitan que por mí fuese nombrado tenga y traiga consigo su tambor é bandera para que rija y acudille mejor la gente que tenga á su cargo; so pena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma susodicha.

Otrosí, que cada español que oyese tocar el tambor de su compañía sea obligado á salir é salga á acompañar su bandera con todas sus armas en forma y á punto de guerra; so pena de 20 castellanos aplicado en la forma arriba declarada.

Otrosí, que todas las veces que yo mandase mover el Real para alguna parte cada capitan sea obligado de llevar por el camino toda su gente junta y apartada de las otras Capitanías, sinque se entrometa en ella ningun español de otra Capitanía ninguna; y para ello constriñan é apremien á los que así llevasen debaxo de su bandera segun uso de guerra; so pena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso declarada.

Yt. Por quanto acaece que antes ó al tiempo de romper en los enemigos algunos españoles se meten entre el fardage, demas de ser pusilanimidad, es cosa fea el mal exemplo para los indios nuestros amigos que nos acompañan en la guerra: por ende mando que ningun Español se entrometa ni vaya con el fardage, salvo aquellos que para ello fuesen dados é señalados: so pena de 20 pesos de oro, aplicados segun que de suso contiene.

Otrosí, por quanto acaece algunas veces que algunos Españoles fuera de órden y sin les ser mandado arremeten ó rompen en algun esquadron de los enemigos, é por se desmandar ansí se desbaratan y salen fuera de ordenanza, de que suele recrecerse peligro á los mas: por ende mando que ningun Capitan se desmande á romper por los enemigos sin que primeramente por mí le sea mandado; so pena de muerte. En otra persona se desmanda, si fuese hijo dalgo, pena de 100 pesos, aplicados en la forma susodicha; y si no lo fuese hidalgo le sean dados 100 azotés públicamente.

Yt. Por quanto podria ser que al tiempo que entran á tomar por fuerza alguna poblacion ó villa ó ciudad á los enemigos, antes de ser del todo echados fuera, con codicia de robar, algun Español se entrase en alguna casa de los Enemigos, de que se podria seguir daño: por ende mando que ningun Español ni Españoles entren á robar ni á otra

cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera, y haber conseguido el fin de la victoria; so pena de 20 pesos de oro, aplicados en la manera que dicha es.

Yt. Si por escusar y evitar los hurtos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas pertenece á su católica Mágestad, como porque han de ser repartidas conforme á lo que cada uno sirve é merece: por ende mando que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumage, ropa, esclavos, y otras cosas qualesquier que se adquieran, hubiesen, ó tomasen en cualquier manera, ansí en las dichas poblaciones, villas, ciudades, como en el campo, que la persona ó personas á cuyo podèr viniesen ó la hallasen ó tomasen, en cualquier forma que sea, lo traigan luego incontinente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que fuese sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna; so pena de muerte é perdimiento de todos sus bienes para la Cámara é fisco de S. M.

E por quanto lò susodicho é cáda una cosa é parte dello se guarde é cumpla segun é de la manera que aquí de suso se contiene, y de ninguna cosa de lo aquí contenida pretendan ignorancia, mando que sea apregonado públicamente, para que venga á noticia de todos: Que fueron hechas las dichas Ordenanzas en la ciudad y provincia de Taxclateque sellado 22 dias del mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesus Christo de 1520 años.

Pregonáronse las dichas Ordenanzas de suso contenidas en la ciudad é provincia de Taxclatecle, miércoles dia de San Estévan, que fuesen 26 dias del mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesus Christo de 1520 años; estando presente el magnífico Señor Fernando Cortés, capitan general é Justicia mayor de esta Nueva España del mar Occeano por el Emperador nuestro Señor, por ante mí Juan de Rivera, escrivano é Notario público en todos los Reinos é Señoríos de España por las Autoridades apostólica y Real. Lo qual pregonó en voz alta Anton Garcia pregonero, en el Alarde que la gente de á caballo é de apié que su merced mandó facer é se fizo el dicho dia. A lo qual fueron testigos que estaban presentes, Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Alonso de Prado contador, é Rodrigo Alvarez Chico veedor por su S. M. é otras muchas personas. — Fecho ut supra. — Juan de Rivera.

NUMERO XIV.

TRADUCCION DE LOS PASAJES DE LA CARTA DE CORTES, RELATIVOS AL VIAJE A HONDURAS.

(He hablado tantas veces en el curso de mi obra de la carta quinta de Cortés, que poco me queda ya que decir acerca de ella. He trascrito estas páginas para dar al lector idea de lo muy difuso y descriptivo del estilo del general. La última mitad de la carta trata de los sucesos acaecidos en México durante la ausencia de Cortés y despues de su vuelta. Por lo tanto debe considerársela como parte de la serie regular de sus cartas empezada á publicar por el arzobispo Lorenzana. Si se diese á luz otra nueva edicion de las cartas de Cortés, no hay duda en que esta deberia formar parte de la coleccion).

Un lago de considerable anchura y de profundidad proporcionada, era el obstáculo que teniamos que vencer: en vano buscábamos por todas partes el modo mas fácil de pasarlo, porque por todas era igualmente ancho. Los guias me dijeron que era inútil buscar por allí cerca un vado, pues el mas próximo estaba junto á las montañas, para llegar á las cuales se necesitaban cinco ó seis dias de camino. Volvernos era recibir una muerte segura, pues independientemente de la falta de víveres, los caminos estaban intransitables á causa de las fuertes lluvias que acababan de caer. Nuestra situacion era angustiada en extremo: la desesperacion nos acometia por todas partes; ni un solo rayo de esperanza alumbraba nuestro sendero. Mis compañeros, agobiados de la fatiga, se habian enfermado ántes de lograr el fruto de sus trabajos; por consiguiente, era inútil pedirles consejo en aquella situacion verdaderamente crítica. Fuera de nosotros y de nuestros caballos, nos acompañaban mas de tres mil quinientos indios. Habia una sola canoa, la cual era sin duda, la en que habian pasado el lago los primeros sol-

dados que envié. Tanto al entrar como al salir de la laguna, habia pantanos que hacian el tránsito muy dificultoso. Uno de mis compañeros entró en la canoa, y encontró que la profundidad del lago era de veinticinco piés ; ademas con lanzas amarradas unas con otras, me cercioré de que el barro y el fango ocupaban cosa de doce piés; por manera que la profundidad total era de cuarenta piés. En tal conflicto, resolví hacer un puente que construiamos yo y los otros españoles, miéntras los indios cortaban la madera.

La empresa era de tal magnitud, que nadie creia que estaria concluida ántes de que se hubiesen ya agotado nuestros víveres. Los indios se pusieron á trabajar con un celo digno de elogio; mas no así los españoles, que comenzaban á murmurar del trabajo que emprendian, sin esperanza de ver su término. El disgusto empezó á propagarse de uno en otro, hasta llegar á tal punto, que algunos tuvieron la osadía de hablar mal de mis disposiciones en mi misma presencia.

Herido vivamente con estas muestras de rebelion dadas en los momentos en que ménos eran de esperarse, les dije que para nada necesitaba de su ayuda, y volviéndome á los indios que iban con nosotros, les manifesté la absoluta precision en que estábamos de redoblar nuestros esfuerzos para pasar al lado opuesto, si no queriamos perecer todos de hambre. Les apunté con la mano el lado opuesto, donde estaba la provincia de Acalan, y los alenté con la pintura de la abundancia de víveres que allí encontrariamos, sin contar, con los que nos proporcionasen las carabelas: prometíles tambien, en nombre de V. M., que serian copiosamente remunerados, y que ni uno de los que ayudasen quedaria sin recompensa.

Mi breve discurso produjo los mejores efectos en los indios, que á una voz prometieron que su trabajo solo cesaria cuando cesase su vida. Los españoles avergonzados de su anterior conducta, se rodearon de mí suplicándome que les perdonase la falta pasada y alegando para disculparse, el miserable estado á que se hallaban reducidos, obligados á mantenerse con las insípidas raíces que desenterraban, las cuales apénas bastaban para alimentar la vida.

Inmediatamente se pusieron á trabajar, y aunque muchas veces estuvieron á punto de desfallecer de cansancio, no volvieron á dar otra sola queja. Desques de cuatro dias de incesante trabajo, el puente estaba

concluido, y pudieron pasar por él hombres y caballos, sin tener el mas pequeño accidente.

El puente estaba tan sólidamente construido, que habria sido imposible destruirlo, si no era incendiándolo. Formábanlo mas de mil vigas, unidas entre sí, y cada una de las cuales era mas gruesa que el cuerpo de un hombre, y de sesenta piés de largo. . . . .

. . . .

A dos leguas de distancia de este lugar, comenzaban las montañas. V. M. no puede saber de mi boca ni de la de ningun hombre que no sea privilegiado, la áspera fragosidad de los lugares que subimos. Solamente aquel que haya pasado los trabajos del camino, ó que los haya presenciado, puede formarse de ellos idea completa. Me bastaria decir á V. M. para que se forme idea de las dificultades que vencimos, que tardamos doce dias en andar ocho leguas.

En el tránsito perecieron sesenta y ocho caballos que cayeron en los precipicios que habia de uno y otro lado del camino: los que escaparon quedaron tan estropeados, que no pensábamos que fuesen sensibles. Mas de tres noches se pasaron ántes de que se recobrasen del cansancio del viaje. Jamas dejó de llover de dia y de noche, desde que empezamos la expedicion, hasta que la concluimos; y las peñas eran de tal naturaleza, que el agua corria sin que pudiésemos recoger en ninguna parte la cantidad bastante para apagar la sed. Así, este era un nuevo tormento, que se añadia á los otros que padecimos.

Algunos caballos perecieron por falta de un artículo tan esencial para vivir, como el agua, y á no ser porque en los vasos que servian para la cocina y otros, recogiamos la agua de las lluvias, todos habriamos muerto de sed. Un sobrino mio cayó en una peña viva y se rompió una pierna en tres ó cuatro partes, de suerte que para llevarlo fué preciso que de trecho en trecho se fueran remudando los cargadores. Solo nos faltaba andar una legua para llegar á Tenas, el lugar que he dicho que pertenecia al cacique de Jaico; mas allí se nos presentó un obstáculo formidable, un rio anchísimo y cuya corriente habia crecido con las continuas lluvias. Despues de buscar por algun tiempo un vado, encontramos uno de los mas sorprendentes de que se haya oido.

Algunos enormes peñascos sobresalientes obstruian el curso del rio; por cuya causa el agua se desparramaba en rededor; mas entre los peñascos que formaban estrechos canales, corria con un ímpetu supe-

rior á toda ponderacion. De uno á otro peñasco pusimos troncos de árboles, derribados con mucho trabajo: á ellos atamos sogas de esparto, y de esta suerte, aunque con gran peligro de nuestras vidas, logramos atravesar el rio. Si álguien hubiera caido, habria perecido indefectiblemente. Habia mas de veinte pasos de estos, y en atravesarlos empleamos dos dias enteros. . . . .

. . . .

Sería en verdad cosa difícil pintar á V. M. la alegría que se pintaba en todos los semblantes, cuando recibimos esta nueva consoladora. Llegar al término de un viaje tan lleno de peligros y fatigas, como el nuestro habia sido, no podia ménos de arrebatar de gozo. Los cuatro últimos dias de nuestra marcha habian sido muy angustiados, porque ademas de que no sabiamos si estabamos en buen camino, nos hallábamos en el corazon de unas montañas que por todos lados presentaban precipicios. Muchos caballos murieron en el camino; y un primo mio, llamado Juan Dávila, se cayó en un precipicio y se rompió un brazo, y á no haber sido por la armadura de que iba cubierto, se habria hecho pedazos; con todo, no solo se le rompió el brazo, sino que quedó muy estropeado: el caballo en que iba, como no tenia que lo guareciese, quedó tan maltratado que tuvimos que dejarlo dentro del precipicio, y en cuanto á mi primo, nos costó gran trabajo sacarlo de aquella peligrosa situacion. Sería cosa interminable referir á V. M. los muchos trabajos que hemos pasado; de los que el principal fué el hambre, pues aunque teniamos algun pan del que habiamos traido de México, se pasaron ocho dias sin que probásemos bocado.

El fruto del palmero, hervido con carne de cerdo y sin sal, porque nos la habiamos acabado algunos dias ántes, era nuestro único sustento. El lugar adonde llegamos estaba igualmente exhausto de provisiones, porque los que allí vivian, temian que los atacasen los españoles de un establecimiento vecino; temor infundado; pues segun la situacion en que encontré á los españoles, no estaban en situacion de causar el mas leve daño. Tanto nos alegramos de estar inmediatos á Nico, que olvidamos todos nuestros pasados trabajos; á la manera que el náufrago que cuando llega al puerto, no se acuerda de los peligros que ha pasado. Sin embargo, seguimos padeciendo el hambre, pues áun las insípidas raíces nos costaba gran trabajo conseguirlas; y despues de emplear largas horas en sacarlas, eran devoradas en el menor tiempo imaginable.

NUMERO XV.

ULTIMA CARTA DE CORTES AL EMPERADOR.

(Pongo aquí esta *última y sentidísima carta*, como la llama Vargas Ponce, quien la incluye en su importante coleccion sacada de los archivos de Sevilla. Justamente puede llamársele sentidísima, si se considera el tono triste en que está escrita y que contrasta con los anteriores, y las amargas circunstancias en que fué escrita. Sin embargo, cuando Cortés se lamenta de su pobreza, no debemos entender esto literalmente, pues cuando murió, tres años despues, dejó inmensos estados; bien que tuvo que gravarlos considerablemente para subvenir á los gastos de la expedicion al Mar del Sur; de manera que sus rentas apénas le alcanzaban, en los últimos dias de su vida, para cubrir los gastos mas precisos. Los últimos instantes de Cortés se pasaron en infructuosas solicitudes dirigidas á la corona, pidiendo la recompensa de los distinguidos servicios que le habia prestado; suerte que nos recuerda la no ménos infeliz de Colon. La vida de estos dos hombres nos enseña que la carrera mas brillante puede terminar en medio del dolor y el desengaño, á la manera que el Sol está rodeado de nubes cuando baja al ocaso.)

Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tubiera descanso, y así á quarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad todo en servicio de Dios trayendo obejas á su corral muy remotas de nuestro imperio, ignotas, y no escríptas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y trayéndole á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reynos y señoríos de muchas bárvaras naciones y gentes, ganado por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, hantes muy estorvado por nues-

tros muchos émulos y envidiosos que como sanguijuelas han reventado de artos de mi sangre.

De la parte que á Dios cupo de mis trabajos y vigilias asad estoy pagado, porque ..... la obra suya quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyesen alguna parte; aunque quien conociere de mí lo que yo beré claro, que no sin causa, la divina providencia quiso que una hobra tan grande se acavase por el mas flaco é inútil, medio que se pudo haber, porque seyendo Dios fuese el atributo.

De lo que á mi rey quedó, la remuneracion siempre estuve satisfecho que ceteris paribus no fuera menor, por ser su tiempo de V. M., que nunca estos reynos despues donde yo soy natural y á quien cupo este beneficio fueron poseydos de tan grande Católico príncipe magnánimo y poderoso Rey; y así V. M., la primera vez que vesé las manos y entregué los frutos de mis servicios, mostró reconocimientos de ellos, comenzó á mostrar voluntad de me hacer gratificacion, honrrando mi persona con palabras y hobras, que pareciéndome á mí que no se equiparaban á mis méritos. V. M. sabe que yo reusé de recibir. V. M. me dijo y mandó que las aceptase, porque pareciese que me comenzaba á hacer alguna merced, y que no las reciviese por pago de mis servicios; porque V. M. se queria haber conmigo, como sean lós que se muestran á tiron de ballesta, que los primeros tiros dan fuera del terreno, y enmendando dan en él y en el blanco y fiel; que la merced que V. M. me hacia hera dar fuera del terrero, y que iria enmendando hasta dar en el fiel de lo que yo merecia; y pues que no se me quitava nada, de lo que tenia, ni se me habia de quitar que reciviese lo que me dava; y ansí vesé las manos á V. M. por ello, y en bolviendo las espaldas quitóseme lo que tenia todo, y no se me cumplió la merced que V. M. me hizo.

Y demas de estas palabras que V. M. me dijo, y otras que me prometió, que, pues tiene tan buena memoria, no se le habrán olvidado, por cartas de V. M. firmadas de su real nombre tengo que muy mayores. Y pues mis servicios hechos hasta haquí son beneméritos de las obras y promesas que V. M. me hizo, y despues acá no lahan desmerecido; antes nunca ecesado de servir y acrecentar el Patrimonio de esos reynos, con mil estorvos, que si no obiera tenido no fuera menos lo acrecentado, despues que la merced se me hizo: lo hecho porque las merece, no sé porque no se me cumple las promesas de las mercedes ofrecidas, y se

me quitan las hechas. Y si quieren decir que no se me quitan, pues poseo algo; cierto es que nada inútil será una mesma cosa y lo que tengo, están sin fruto, que me fuera arto mejor no tenerlo, porque obiera entendido en mis grangerías, y no gastado el s..... de ellas por defenderme del fiscal de V. M., que á sido y es mas dificultoso que ganar la tierra de los enemigos; así que mi trabajo aprevechó para mi contentamiento de haber hecho el dever, y no para conseguir el efecto dél pues no solo...... me siguió reposo á la vejez, mas trabajo hasta la muerte; y pluguiese á Dios que no pasase adelante, sino con la corporal se acabase, y no se estendiese á perpetua, porque quien tanto trabajo tiene en defender cuerpo, no pueda dejar de ofender el ánima.

Suplico á V. M. no permita que á tan notorios servicios haya tan poco miramiento, y pues es de creer que no es á culpa de V. M. que las gentes lo sepan; porque como esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa, y se ha estendido la fama de ella por todos los reynos de V. M. y de los otros reyes cristianos y aun por algunos infieles, en estos donde hay noticias del pleito de entre el fiscal y mí no se trata de cosa mas; y unos atribuyen la culpa al fiscal, otros á culpas mias; y estas no las hayan tan grandes, que si bastase para por ellas negarme el servicio, no bastasen tambien para quitarme la vida, honrra, y hacienda; y que puesto no se hace que no deve ser mia la culpa, á V. M. ninguna se atribuye; porque si V. M. quisiese quitarme lo que me dió, poder tiene para ejecutarlo, pues al que quisiere y puede nada hay imposible; decir que se vuscan formas para colorar la obra, y que no se sienta el intento, ni caven ni pueden caber en los reyes unjidos por Dios tales medios porque para con él no hay color que no sea transparente, para con el mundo no hay para que colorarlo, por que así lo quiero, así lo mando, es el descargo de lo que los reyes hacen.

Yo supliqué á V. M. en Madrid fuese servido de aclarar la boluntad que tubo de hacerme merced en pago de mis servicios, y le traje á la memoria algunos de ellos; dijome V. M. que mandaria á los de su consejo que me despachasen, pues que se les dejava mandado lo que abian de hacer; porque V. M. me dijo que no queria que trajese pleyto con el fiscal, quando quise saberlo dijéronme, que me defendiese de la demanda fiscal; porque havia de ir por tela de justicia, y por ella se habia de sentenciar, sentílo por grave, y escribí á V. M. á Barcelona, suplicándole que pues era servido de entrar en juicio con sus siervos, lo

fuese, sin que obiese Juezes sin sospecha; y V. M. mandóme que con los del Consejo de las Indias se juntasen algunos de los otros, pues todo son criados de V. M., y que juntos lo determinasen, no fué V. M. servido que no puedo alcanzar la causa, pues quantos mas los bienes mejor alcanzarian lo que se devia hacer.

Veóme viejo y pobre y empeñado en este reyno en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros, que he gastado de los que traje; é me han enviado que algunos de ellos devo, tambien que los an tomado prestados para enviarme y...... Correcambios; y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa no es mucho lo que he gastado, pues nunca ha salido de la Corte, con tres hijos que traygo en ella, con letrados, procuradores, y solicitadores; que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera de ello y de lo que yo mas hoviera adquirido en este tiempo; ha hayudado tambien la ida de Argel.

Paréceme que al cojer del fruto de mis trabajos no debia hecharse en basijas rotas, y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar suplicar á V. M. sea servido que todos quantos jueces V. M. tiene en sus Consejos conozcan de esta causa, y conforme á justicia la sentencia sea. — Yo he sentido del obispo de Cuenca quedasen, que obiese para estos otros jueces demas de los que hay; porque él y el licenciado Salmeron, nuebo Oidor en este Consejo de Indias, son los que me despojaron sin hoyrme de hecho, siendo jueces en la Nueva España, como lo tengo provado, y con quien yo tengo pleito sobre el dicho despojo, y les pida cantidad de dineros de los intereses y renta de lo que me despojaron; y está claro que han de sentenciar contra sí.

No les he querido recusar en este caso, porque siempre crey que V. M. fuera servido que no llegara á estos términos; y no seyendo V. M. servido que hayan mas jueces que determinen esta causa, se me á forjado recusar al Obispo de Cuenca y á Salmeron, y pesarme ya en el ánima porque no podrá ser sin alguna dilacion; que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengó mas de un hijo Varon que me suceda; y aunque tenga la muger moza para poder tener mas, mi hedad no sufre esperar mucho; y si no tubiera otro, y Dios dispusiera de este sin dejar sucesion, ¿que me habria aprovechado lo adquirido? pues subsediendo hijas se pierde la memoria; otra y otra vez tornar á suplicar á V. M. sea servido que con los Jueces de' Consejo de Indias se junten otros jueces de estos otros consejos.

Pues todos son criados de V. M., y le fia la governacion de sus reynos y su real conciencia, no es inconveniente fiarles que determinen sobre una escritura de merced, que V. M. hizo á un su vasallo de una partecica de un gran todo con que se servió V. M., sin costar trabajo ni peligro de real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió, no solo en la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella ubo; y que V. M. mande á los jueces que fuere servido que entiendan en ello, que en cierto tiempo, que V. M. le señale, lo determinen y sentencien sin que haya esta dilacion, y esta será para mí muy grande merced; porque adilatarse, dejarlo é perder y bolverme á mi casa; porque no tengo ya edad para andar por mesones sino para recogerme á aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la acienda que el ánima. Dios Nuestro Señor guarde la muy Real persona de V. M. con el acrecentamiento de Reynos y estados que V. M. desea.

De Valladolid, á tres de Febrero de quinientos quarenta y quatro años.

De V. E. M. muy humilde siervo y vasallo, que sus muy reales pies y manos besa.

Marques del Valle.

Cuvierta. — A la S. C. C. M., El Emperador y Rey de las Españas.

Tiene este decreto. — A su Magestad del Marques del Valle, 3 de Febrero de 44: — *No hay que responder:* parece letra de Covos.

Original. Archivo de Indias.

NUMERO XVI.

FUNERALES DE CORTES.

(El original de este documento existe en los archivos del hospital de Jesus, en México.)

DOCUMENTO RELATIVO A LOS ENTIERROS DEL SR. D. FERNANDO CORTES.

ENTIERRO DEL AÑO DE 1629.

Entierro del Marqués del Valle de Oajaca, Hernan Cortés, y de su nieto D. Pedro Cortés, que se hizo en esta ciudad de México en 24 de Febrero del año de 1629.

Se trajeron los huesos de D. Hernan Cortés, primer Marqués del Valle de Oajaca, que estaban en el monasterio de San Francisco de Tezcuco mas habia de cincuenta años, que los habia traido del Castilleja de la Cuesta: y sucedió, que habiendo muerto en esta córte de México D. Pedro Cortés, Marqués del Valle, en 30 de Enero de dicho año, acordó el Sr. Arzobispo de México, D. Francico Manso de Zúñiga y el señor Virey de México, Marqués de Cerralvo, que se hiciesen estos dos entierros juntos en uno, honrándolos principalmente á los huesos de Cortés: fué el entierro en San Francisco de México; salió de las casas del Marqués del Valle; fueron adelante todos lo estandartes de las cofradías; fueron todas las órdenes de frailes; fueron todos los tribunales de México; fué la audiencia de los oidores; iba el dicho Arzobispo de la Catedral de México, y en este lugar iba el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés en un ataud descubierto y detras los huesos de D. Hernando Cortés en un ataud de terciopelo negro, cerrado: llevaba á un lado un guion de raso

blanco con un crucifijo y Nuestra Señora, y San Juan Evangelista, bordado de oro; y del otro lado las armas del Rey de España, bordadas de oro, este guion del lado derecho de los huesos, llevaba otro guion á la mano izquierda de terciopelo negro: con las armas del Marqués del Valle, bordado de oro; y los que llevaban los guiones iban armados; y detras el Señor Arzobispo con todos los prebendados, y detras los enlutados, y un caballo despalmado todo enlutado; todo lo dicho con mucho órden: luego proseguian todos los tribunales y la universidad, y tras estos iba la audiencia y el Virey, con mucho acompañamiento de caballeros; y tras de estos iban cuatro capitanes armados, con sus plumeros, picas en los hombros; y tras estos iban cuatro compañías de soldados con sus arcabuces, y otros picas, y detras banderas arrastrando, y los tambores cubiertos de luto: llevaban los huesos oidores, y el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés caballeros del hábito de Santiago: la concurrencia era inmensa, y hubo seis posas donde ponian los ataudes, y todas órdenes de frailes en cada posa decian un responso.

INDICE DE MATERIAS

DEL TOMO SEGUNDO

LIBRO QUINTO

SALIDA DE MEXICO

LIBRO SEXTO

SITIO Y RENDICION DE MEXICO

LIBRO SEPTIMO

CONCLUSION

Carrera subsecuente de Cortés

APENDICE

APENDICE

PARTE PRIMERA

APENDICE

PARTE SEGUNDA

Braine-le-Comte. — Imprenta de viuda Carlos LELONG.

